



Bufa subversiva







Bufa subversiva

RAÚL ROA

Prólogo de
Fernando Martínez Heredia

Estudio preliminar, notas y anexos de
Ana Cairo



Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
La Habana, 2006





Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Ediciones *La Memoria*
Director: Víctor Casaus
Coordinadora: María Santucho
Jefe de diseño: Héctor Villaverde

Edición: Haydée Gutiérrez Grova
Diseño y cubierta: Héctor Villaverde
Emplane computarizado: Carlos F. Melián López

© Herederos de Raúl Roa, 2001
© Sobre la presente edición:
Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2006

ISBN: 959-7135-37-X

Ediciones *La Memoria*
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*
Calle de la Muralla N° 63, La Habana Vieja,
Ciudad de La Habana, Cuba
Correo electrónico: centropablo@cubarte.cult.cu
www.centropablo.cult.cu



CONTENIDO

Agradecimientos / XI
Roa, *Bufa...* y el marxismo subversivo
Fernando Martínez Heredia / XIII
Asilo, espuela y renuevo
Ana Cairo / XXXIX
Precisiones sobre la edición anotada / LXXXIII

Bufa subversiva (1935)

Trago inicial

por Pablo de la Torriente Brau / 9

Toques de vermuth en plena ley seca universitaria

La actitud política y social de José Ingenieros / 17

Las directrices de nuestras aspiraciones / 41

Los estudiantes españoles y nosotros / 51

Copas históricas

27 de noviembre de 1871 / 59

30 de marzo de 1927 / 65

La jornada revolucionaria del 30 de septiembre / 72

El Segundo Congreso Nacional de Estudiantes / 102

Pimienta depurativa

¡Alerta, estudiantes! / 111

Tribunal Depurador Estudiantil / 115

Hotel Nacional Universitario / 118

Prueba definitiva / 121

La asamblea de hoy / 124

Réplica al profesor Alberto Blanco / 126

Fallo / 130

Láguer con jamón

De New York a Isla de Pinos con escala en El Príncipe / 137

Presidio Modelo / 158

Agis, el espartano / 183

Cañazos legítimos

Carta a Jorge Mañach / 191

Carta a Raúl Maestri / 210

Carta a los 108 héroes togados / 219

Réplica a Pilar Jorge de Tella / 223

Champagne universitario

Reapertura de la Universidad / 233

La reforma universitaria en marcha / 236

La premisa previa / 240

Reconquista revolucionaria / 242

Reforma: no trampolín / 246

La lucha por el mantenimiento y realización de la reforma / 252

Ni un paso atrás / 256

Recall estudiantil / 259

Nuestra protesta / 262

3 de mayo de 1934 / 264

La última jornada universitaria / 269

Paréntesis de agua con panales

Federico y yo / 279

El amor en Martí y el revolucionario marxista / 283

Instantánea campesina / 287

Remolino íntimo / 289

Presidentes

Alejandro Block / 295

José Manuel Poveda / 301

Mongo Paneque / 306

Minutos abstemios

Rafael Trejo y el 30 de septiembre / 313

Palabras en la tumba de Félix Ernesto Alpízar / 319

Palabras en la tumba de Enrique José Varona / 323

Julio Antonio Mella / 329

Rubén Martínez Villena / 333

Gabriel Barceló / 338

Ron Bacardí

Tiene la palabra el camarada máuser / 345

Mongonato, efebocracia, mangoneo / 350

Interviú profética / 359

Fin de fiesta

por Aureliano Sánchez Arango / 365

Otros textos

Martí, poeta nuevo / 375

Rubén Martínez Villena. Semblanza crítica / 379

José Zacarías Tallet. Semblanza crítica / 384

Divagación sobre el poeta Martí / 390

Presentación del autor de «Federico y yo» / 395

Impotencia / 396

Prefacio al folleto *La jornada revolucionaria del 30 de septiembre* / 399

Raúl Roa,

Pablo de la Torriente Brau / 400

Recuerdos en el *Diario* de Nueva York,

Pablo de la Torriente Brau / 402

12 de agosto de 1948 / 404

La Bufa... 15 años después / 415

Cartas

A Pablo de la Torriente Brau y Aureliano Sánchez Arango (¿26?/12/1931) / 419

A Pablo de la Torriente Brau (5/1/1932) / 422

A Pablo de la Torriente Brau (16/1/1932) / 423

A Jorge Mañach (2/4/1932) / 428

A Manuel Navarro Luna (30/8/1932) / 430

A Pablo de la Torriente Brau (12/12/1932) / 432

A Pablo de la Torriente Brau (22/12/1932) / 433

A Juan Marinello (¿13?/12/1932) / 435

A Manuel Navarro Luna (1º/8/1934) / 438
A Manuel Navarro Luna (29/11/1934) / 439
A José Antonio Fernández de Castro (14/9/1935) / 440
A Pablo de la Torriente Brau (4/11/1935) / 441
A Pablo de la Torriente Brau (8/11/1935) / 442
A Pablo de la Torriente Brau (9/11/1935) / 443
A Pablo de la Torriente Brau (12/11/1935) / 444
De Pablo de la Torriente Brau (9/12/1935) / 445
A Pablo de la Torriente Brau (19/12/1935) / 447
A Pablo de la Torriente Brau (22/12/1935) / 448
A Pablo de la Torriente Brau (3/1/1936) / 449
A Pablo de la Torriente Brau (10/2/1936) / 452
A Pablo de la Torriente Brau (2/5/1936) / 453
A Pablo de la Torriente Brau (11/7/1936) / 455
A Pablo de la Torriente Brau (26/7/1936) / 457
A Pablo de la Torriente Brau (5/8/1936) / 459
A Pablo de la Torriente Brau (12/8/1936) / 460

Anexos

Personalidades / 465
Personajes / 489
Obras / 490
Prensa / 492
Organizaciones políticas y sociales / 495
Sitios históricos y geográficos / 502
Educación popular / 504
Cronología de Raúl Roa (1907-1937) / 505

Agradecimientos

Un esfuerzo de esta naturaleza supone el aporte de numerosos compañeros, quienes ayudaron y/o aún lo hacen para que, con sus múltiples servicios directos e indirectos, los deseos se transformen en un libro riguroso, como digno homenaje a Raúl Roa.

¡Infinitas gracias! a:

Ada Kourí y Raúl Roa Kourí, viuda e hijo de Roa.

Víctor Casaus, promotor de este empeño.

Fernando Martínez Heredia, otro de los auspiciadores.

In memoriam: José Zacarías Tallet (1893-1989), José Antonio Portuondo (1911-1996), Enrique de la Osa (1909-1996), amigos de Roa; Gonzalo Sala (1936-2004), por el acceso a su biblioteca.

Carlos Lechuga, otro amigo de Roa.

Biblioteca Nacional José Martí:

Eliades Acosta, director; Teresita Morales, subdirectora; Araceli García-Carranza, Guelsy Alfonso, Deborah Peña, Alma Rosa González, Olga Vega, Ana Margarita Oliva, Taisuky Villa, Marta Beatriz Armenteros y María del Rosario Díaz.

Instituto de Literatura y Lingüística:

Nuria Gregori, directora. En el Archivo Literario de la Biblioteca: Rosa González y Marcia Castillo (ya jubiladas), Dania Vázquez.

Isabel Fernández, por facilitarme materiales de su biblioteca.

Lesbia Orta Varona, Colección Cubana de la Biblioteca Otto Richter de la Universidad de Miami, por completarme datos con gentileza.

Félix Mondéjar, solidario en la impresión de los textos.

Emilio Hernández, otro de los auspiciadores, primer editor, quien ha asesorado las decisiones esenciales.



Haydée Gutiérrez, quien además de digitalizar los *Otros textos*, los ficheros y mi ensayo, con audacia decidió hacerse editora para la fase final.

Carlos Melián, por el cuidadoso emplane.

Héctor Villaverde, por el diseño.

Se ha trabajado pensando en los jóvenes como los receptores ideales de la segunda edición –anotada– de *Bufo subversiva*. El supremo objetivo de esta coral de esfuerzos ha sido que disfruten con la memoria de un joven revolucionario en tiempos del machadato y del primer batistato.

La Habana, 18 de abril de 2005

98 cumpleaños de Raúl Roa



Roa, *Bufa...* y el marxismo subversivo

1. Raúl Roa y su obra, antes del tiempo del Canciller

Este libro es uno de los hitos intelectuales del proceso histórico cubano del siglo xx. Cuando el habanero Raúl Roa lo publicó, a los 28 años de edad, ya se había destacado como estudiante de izquierda en las resistencias, luchas y otros eventos políticos y sociales de los últimos cinco años —lo que después la Historia llamará la Revolución del 30—, y también era reconocido como intelectual. Aquel año 1935 era el peor posible cuando termina una revolución: era un año de derrota. Eso puede advertirse desde las primeras líneas, y sin embargo, Bufo subversiva es un libro de combate y un recuento dirigido hacia el futuro.

El autor no sabía entonces que viviría casi medio siglo más, siempre fiel a los ideales de aquella primera etapa suya, ni que una nueva generación haría una insurrección triunfante 23 años después, lo llamaría a servirla, y él se convertiría en uno de sus protagonistas. Pero aunque vivió más de veinte años dentro del poder revolucionario, nunca intentó publicar de nuevo este libro que le era entrañable.¹ Como tantos militantes que son intelectuales, Roa aclaró una y otra vez que sus escritos eran hijos de sus actividades y sus concepciones políticas, y que estaban signados por la urgencia y por el objetivo de servir a la causa. Esas aclaraciones, que se mueven entre la disculpa y el orgullo,

¹ «Es el libro mío que más aprecio y más me gusta», afirma un tercio de siglo después de su salida. («Tiene la palabra el camarada Roa»). Entrevista de Ambrosio Fomet a Raúl Roa. *Cuba* [La Habana], octubre de 1968. Reproducida en *La Revolución del 30 se fue a bolina*. La Habana, Instituto del Libro, 1969, pp. 285-313. [Ediciones Huracán.]

no son retóricas, pero a menudo resultan insuficientes. Existe un diálogo, pero a la vez una tensión —que muchas veces llega a ser angustiosa, o conflictiva— entre las creaciones o los deberes del intelectual y las exigencias, coyunturales o estratégicas, de la organización o el orden social con los que ese intelectual se ha comprometido. Esa tensión procede de las necesidades, ideas, creencias y prejuicios de estas organizaciones, y también de esos mismos rasgos, como están presentes en cada militante intelectual. Su interacción conforma las complejas historias de las ideas en cuanto a sus relaciones con los procesos políticos.

No me cansaré de reiterar, sin embargo, el carácter específico y la radical novedad que debe tener la política revolucionaria anticapitalista en cuanto a la actividad intelectual, para lograr realmente propiciar y convertir en realidad el gran cambio social y humano que pretende. Está obligada a elaborar una propuesta cultural superior a la de la dominación, además de diferente y opuesta, es decir, darle sentido y horizonte a los esfuerzos y los sacrificios, multiplicar las capacidades del pueblo y darle cabida y ser el motivador principal de la riqueza y la diversidad de la creatividad y de los hechos de las subjetividades, superar la pertenencia a elites del trabajo intelectual y las trampas terribles o sutiles que le pone su propio desarrollo, y superar a la vez las formas de dominación que generan la persistencia del mundo del trabajo y las propias estructuras del poder socialista. Debe saber prefigurar y proponer como objetivos sociales la libertad, la solidaridad y las realizaciones de los individuos asociados, a grados que no se pueden lograr todavía en las difíciles y limitadas condiciones de vida y de actividad de las sociedades en transición socialista, aprovechando las cualidades que posee la actividad intelectual cuando se libera de la tutela capitalista. Esa política revolucionaria debe consistir, en realidad, en una prolongada lucha cultural, que combine intencionalidad y creaciones, unidad y disimilitudes, poder popular y control popular, planeación e invención, militancia y libertad.

Por esto quiero comenzar con un elogio del militante Raúl Roa García, el intelectual que fue siempre dueño de una humildad sincera, a pesar de la vida que le tocó vivir en los años de la Segunda República.²

² «Había que rellenar el jolongo, y lo rebose. Mi sentido irónico me salvó a tiempo, por fortuna, de las soberbias y melindres de la vanidad literaria.» *Retorno a la alborada*. S/L., Universidad Central de Las Villas, 1964, t. I, p. 10.

Pensador social y ensayista sumamente culto y de intelecto brillante, asumió muy temprano una concepción revolucionaria de la cultura, mientras en su país se implantaba una dictadura; el joven estudiante tomó la decisión de pasar a la acción y supo arrostrar los riesgos de su elección, en una contienda abierta desde una militancia política comunista. Se distinguió por su actuación en la Revolución del 30, a la vez que escribió cientos de páginas al pie de los sucesos. Después, durante el largo interregno en que los ideales del 30 parecían suspendidos en otras esferas o abandonados, Roa fue un ejemplo de profesor y de activo universitario, de virtud ciudadana y de escritor profundo, chispeante y feraz, que cultivó las ciencias sociales y la filosofía, se expresó mediante el ensayo, la docencia y el periodismo, y actuó como un destacado promotor cultural. No militó en ningún partido político en esta segunda época —aunque fue Director de Cultura del Ministerio de Educación en 1949-1951—, pero pensó, divulgó y polemizó con gran consecuencia, en defensa de los ideales de la justicia social, la soberanía nacional y el protagonismo del pueblo humilde. Fue un intelectual sobresaliente entre aquellos de ideas marxistas y socialistas que eran independientes respecto al movimiento comunista durante la Segunda República, un grupo que espera todavía un reconocimiento como tal en la historia de nuestras ideas.

En la tercera etapa de su vida, el canciller Roa, dirigente político famoso en la revolución socialista de liberación nacional —y el Roa postrero, vicepresidente de la Asamblea Nacional— se abstuvo de brindar públicamente una parte de sus conocimientos y sus criterios, de aportarlos al debate de las ideas con la fuerza de su talento, su prestigio y sus experiencias. Esa abstención constituyó una actitud realmente militante, y fue una contribución suya a la unidad política y los intereses estratégicos del proceso de liberación del que tanta conciencia tenía.

En los libros Retorno a la alborada, Escaramuza en las vísperas y La Revolución del 30 se fue a bolina, y en otras publicaciones posteriores a 1959, Roa reprodujo gran parte de los textos que había publicado en Bufa subversiva, y también de los trabajos suyos que había recogido en tres libros sucesivos, 15 años después (1950), Viento sur (1953) y En pie (1959).³

³ Raúl Roa publicó otros dos libros en este período, *Mis oposiciones* (La Habana, Editorial Alfa, 1941) e *Historia de las doctrinas sociales*, tomo I (La Habana, Imprenta de la Universidad de La Habana, 1949). No me referiré a ellos, a pesar de la originalidad

Bufa subversiva fue la obra del militante de un criterio político, «el libro de una generación destinada históricamente a la lucha». Los dos siguientes se reclaman «gemelos en su estructura y espíritu» del primero, pero en 15 años después aclara que el autor es sólo «un sobreviviente de aquella generación, que aún sigue porfiando a su manera por los ideales de antaño». Plasma en él una defensa analítica y de gran vigor emotivo de la Revolución del 30 —una tarea fundamental de rescate de la memoria de las luchas populares, que era imprescindible en aquella coyuntura—, pero hace un recuento y un balance, y resalta «el dramático contraste entre lo que se quiso y lo que se ha logrado», de «lo que pudo haber sido y no fue». Roa invoca, no obstante, la conciencia que ha ganado el pueblo cubano, e incita a reanudar la obra y «proseguir la batalla».⁴ El prólogo de *Viento sur* testimonia, en dos páginas desgarradas, la angustia del autor ante un mundo sucio, de opresiones e injusticias, y su diagnóstico retador: «Sopla hoy el viento sur en el mundo y no cabe otra alternativa que la coyunda o la rebelión.»⁵

Los libros de 1950 y 1953 coleccionan 172 trabajos en mil cien páginas, y otros 152 —en promedio más breves— el de 1959. El conjunto constituye un extraordinario venero de asuntos, ideas, recuentos, juicios, acerca del ámbito cubano e internacional, donde se examinan eventos, personajes, teorías, procesos históricos o del pensamiento. Son textos orgánicos en su extrema diversidad, por la concepción y la posición asumidas por el autor, y por la unidad de estilo que se percibe a través de los disímiles géneros reunidos: periodismo del día, conferencias, artículos de fondo y ensayos, crónicas, evocaciones. Integra también un fresco impresionante de los temas de Cuba, América Latina y el mundo en el segundo tercio del siglo xx.

En pie es como un gozne de esta larga etapa de la obra de Raúl Roa, porque aunque contiene una colección de trabajos de 1953-1958,

y los valores que los caracterizan, por ser dispensables para el objeto de esta introducción y para no hacerla más extensa. Al fin ha aparecido una segunda edición del tomo I de *Historia de las doctrinas sociales* (La Habana, Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2001), una obra de madurez científica y docente; el autor sacrificó la edición de un segundo tomo al sentido del deber militante que le fijaban sus ideales.

⁴ Las palabras citadas proceden de «Al lector», en *15 años después*. La Habana, Editorial Librería Selecta, 1950, pp. 9-14.

⁵ *Viento sur*. La Habana, Selecta, 1953, p. 8.

el autor lo sitúa en el nuevo escenario —«viento de alborada», le llama— y afirma su entrega personal a la revolución que avanza: «Cuba ha retornado al futuro y se enrumba hacia la estrella de su destino», comienza el breve prólogo. El sobreviviente declara que «esa mañana que soñamos y quisimos es ahora carne viva de historia», funde «en la presencia creadora de Fidel Castro la ausencia radiante» de Trejo, Barceló, Guiteras, Pablo, Martí, Agramonte y Maceo, y caracteriza en un largo párrafo a la nueva revolución. Hija «de las entrañas mismas del pueblo cubano, que la alumbró, sustenta y defiende», con solera y problemática idénticos a los demás pueblos subdesarrollados de los tres continentes, y preñada de un genérico sentido humano: «es, en pareja medida, cubana, americana, afroasiática y universal». Su humanismo «es una posición de conciencia frente a concepciones que supeditan, deforman o aniquilan la personalidad humana». «Es la revolución que demandan los tiempos.» Roa afirma que esta obra, como las tres anteriores, es afirmativa, beligerante y abierta, y que «recoge y difunde un pensamiento y una actitud que, en esencia, responden a los ideales políticos, económicos, sociales y culturales de mi mocedad». En lo personal, se enorgullece de la oportunidad de poder servir a esta revolución «desde el puente de mando», y —ahora sí— proclama su certeza de que nunca se sentirá viejo. Y define otra dimensión de la postura que ha asumido: «Importa más ahora hacer historia que evocarla.»⁶

Este bosquejo muy parcial del recorrido intelectual y cívico del Raúl Roa previo a sus años de combate y gloria como canciller de la revolución me permite situar a Bufo subversiva y a su autor en un ámbito específico de la trayectoria y la biografía intelectual de este —las dos etapas previas a 1959—, y postular un primer argumento: aunque es decisiva la continuidad en su obra de aquel largo período —y Roa la defiende, con toda procedencia dadas las circunstancias que vivía— Bufo... tiene objetivos, rasgos y un tipo de organicidad diferentes a los que portan los libros sucesivos mencionados. Su ausencia como libro reeditado posee entonces su propia entidad. El Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau vuelve a publicarlo hoy, dentro

⁶ Todas las citas son de *En pie*. S/l, Departamento de Relaciones Culturales, Universidad Central de Las Villas, 1959. Prólogo.

de un programa editorial que a mi juicio es admirable como servicio a necesidades inaplazables de la cultura cubana. A poco más de setenta años de la primera y única edición, sale para el público cubano Bufo subversiva, tan desafiante desde su título mismo. Sería no entender al autor —ni a la generación y la revolución a las que el libro representa— reducir esta reaparición a la ocasión del próximo centenario del nacimiento de Raúl Roa. Esta obra tiene tareas en las cuales participar, como todo lo que es trascendente.

2. Roa y los caminos de la izquierda en la Revolución del 30

En la famosa entrevista concedida a Ambrosio Fornet en 1968, Roa narra sus recuerdos de niñez y juventud. Hijo de un hogar de posición desahogada, Raúl adquirió una sólida cultura libresca desde muy joven, y pronto se acercó al socialismo. El jovencito admirador de Julio Antonio Mella pasó del bachillerato en los Maristas a la Universidad de La Habana, mientras Cuba pasaba de un régimen muy corrompido pero más respetuoso de las libertades burguesas, bajo el presidente Alfredo Zayas (1921-1925), al del general Gerardo Machado Morales. Autoritarismo y «regeneración», control azucarero y diversificación industrial fueron sus primeras banderas, pero enseguida mostró sus garras y sus designios. Durante 1927 fueron «prorrogados» los poderes del Ejecutivo y el Legislativo, por seis años más que los cuatro para los que habían sido electos, y una coalición política «cooperativista» liquidó el bipartidismo liberal-conservador; a la vez, el régimen reforzó sus lazos con el imperialismo y su subordinación a él. Al implantar con tal descaro una dictadura abierta, la dominación burguesa neocolonial se deslegitimó ante el pueblo, por subestimar el valor hegemónico de su propio sistema democrático, y eso le acarreó funestos efectos.⁷ No es este el lugar para hacer análisis más totalizadores

⁷ En 1906 y 1917 se había violado la voluntad ciudadana por el Gobierno, y el país confrontó conatos de guerra civil. Pero en las condiciones de 1927 apuntaba ya la crisis de la formación económica, era muy dura la relación neocolonial y a la sociedad no le bastaba con la república de 1902. Dos veces se deslegitimó el sistema de dominación, exactamente a los 25 y a los 50 años de constituida la república, y las consecuencias fueron decisivas para el siglo xx cubano.

del proceso histórico del período, ni ensayar una narración de los hechos de 1927-1935. Baste decir que la extrema diversidad de la vida pública se condensó en disyuntivas, y las actitudes de los individuos y los grupos confrontaron duros retos.

Raúl Roa, alumno de primer año de Derecho, participa en las acciones estudiantiles desde el día inicial del movimiento de 1927-1928 contra la Prórroga de Poderes, que fue tan radical. Había afilado sus armas de intelectual militante como profesor de obreros —explica teorías sociales— en la Universidad Popular José Martí (1925-27), trabajando en la revista América Libre y compartiendo con Rubén Martínez Villena y con la hornada de jóvenes de izquierda que irrumpe en aquel momento convulso. En los dos años siguientes estuvo organizado en un pequeño grupo de estudiantes de izquierda, que afloró en la famosa jornada revolucionaria del 30 de septiembre de 1930. Roa escribió el manifiesto que circuló aquel día. Ya no hubo más descanso para el movimiento estudiantil durante cinco años, y Roa los vivió muy intensamente. Fundador del Directorio Estudiantil Universitario de 1930 (DEU), su posición ideológica lo lleva, con un grupo de compañeros en el que descuellan Gabriel Barceló y Pablo de la Torriente Brau, a constituir el Ala Izquierda Estudiantil (AIE) en enero de 1931. Ellos siguen la línea del Partido Comunista de Cuba (PC), y este la doctrina, la estrategia y las orientaciones de la Internacional Comunista (IC).

Actos de calle, manifiestos, acciones violentas, conspiración, propaganda, son las formas de subversión urbana que caracterizan a un movimiento estudiantil que adquiere enorme prestigio popular por ser antidictatorial, pero también por expresar una pureza de motivaciones y actos frente al tipo de oposición al machadato practicado por notables políticos tradicionales, enemigos de una salida radical a la crisis cubana. Se van a separar, sin embargo, el DEU y el AIE, por sus diferencias ideológicas, de vías para la lucha y de comprensión de la revolución. La represión de la policía política se encargará empero de reunirlos una y otra vez. Juntos inician el año 1931 pasando 105 días presos, que Pablo de la Torriente Brau immortalizará en el diario El Mundo. Crece el repudio popular y Roa y sus compañeros batallan contra el enemigo común, entre hermandad, discrepancias, consignas y disciplinas. En julio cae preso otra vez, y finalmente es llevado al Presidio Modelo, junto a gran parte de los cuadros del DEU y la AIE. Sólo quedará en libertad al

inicio de 1933. Siempre militante del AIE durante la crisis revolucionaria de aquel año, se ha formado en las duras experiencias de la lucha y ahora se encuentra ante nuevos desafíos.

Durante 1933 el viejo orden se desploma, una multitud de acciones populares colectivas sacude al país, Estados Unidos utiliza todos los medios menos la intervención directa para mantener su control, la violencia entre revolucionarios y contrarrevolucionarios se ventila incluso a cañonazos y bombardeos aéreos, un gobierno efímero trata de evitar la revolución y otro de cuatro meses intenta llevarla adelante. Más de un año tardará un nuevo régimen de coalición de la contrarrevolución para adquirir el control real de la situación, entre el golpe de enero de 1934 y el trágico final de la Huelga de Marzo de 1935 y la muerte de Antonio Guiteras en mayo.

Roa vive todo ese proceso —y otro año más de esfuerzos por recuperar y darle continuidad a la revolución— militando en la izquierda, compartiendo su concepción de la sociedad y de la revolución, y el ideal anticapitalista. Pero su trayectoria durante la revolución es un ejemplo vivo de la complejidad de los caminos de la izquierda, en aquella coyuntura revolucionaria cubana de su primera influencia e implantación a escala de masas, y también lo es de las vicisitudes del proceso de universalización del comunismo y de la concepción marxista, abierto a partir del más trascendente evento revolucionario de la época, la Revolución Bolchevique. El contenido específico y la historia de esos dos procesos de los años 20 y 30 del siglo xx —no se puede olvidar que el socialismo, el marxismo y el movimiento que ellos inspiraron, tienen historia— son fundamentales para acceder a la comprensión de aspectos muy importantes de nuestro devenir histórico, y son muy valiosos respecto a la actualidad y los proyectos de la sociedad cubana.

Raúl Roa fue uno de los revolucionarios «del 30» que actuaron contra la dictadura machadista en una forma rebelde más efectiva que la oposición dirigida por políticos del sistema, y que militaron en una de las diferentes fuerzas políticas consagradas a convertir la rebelión en una profunda revolución. Entre estos, perteneció a los que se inspiraban en el marxismo y el movimiento comunista liderado por la IC, pero en la crisis revolucionaria desatada en 1933 fue de los que finalmente optaron por independizarse del PC de Cuba y de la línea de la IC, sin abandonar por eso la contienda, ni sus ideales socialistas. Cuando

se afirma —con razón— que en la Revolución del 30 el socialismo se arraigó como ideología en Cuba y tuvo prácticas y experiencias de lucha y de organización —y con él la teoría del marxismo—, es imprescindible tener en cuenta que se trata de un grupo de posiciones e ideas socialistas diversas, y no de una sola. A partir de disensiones internas durante el machadato, un sector de cuadros y miembros del PC y de organizaciones que respondían a ese partido formaron la llamada Oposición Obrera, de inspiración trotskista, convertida en Partido Bolchevique Leninista en 1933. Otros comunistas pasaron a militar en otras organizaciones, o permanecieron alejados, en ese tiempo y en los años siguientes. Raúl Roa, Pablo de la Torriente y otros compañeros, en su mayoría procedentes de AIE, aunque en desacuerdo con medidas de la dirección, se mantuvieron hasta la Huelga de Marzo. Pero ya en el exilio crearon, en julio de 1935, la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA).⁸

Fundado en 1925, el PC cubano constituyó un partido de naturaleza proletaria, que organizó sobre todo a trabajadores en sindicatos combativos, divulgó las ideas socialistas, se enfrentó de manera muy consecuente al machadato, y se opuso a todos los gobiernos siguientes, hasta después del final de la Revolución del 30. Luchaba por un cambio de sistema social que liquidara el poder del imperialismo y el régimen dominante en Cuba, siempre de acuerdo con la línea política, las ideas y las orientaciones de la IC, de la cual eran secciones los partidos comunistas de cada país. Después de 1928, el PC cubano siguió rígidamente la línea sectaria de «clase contra clase» preconizada por la IC. En 1934-1935 el PC se reorganizó, y durante ese último año asumió la nueva línea del VII Congreso de la IC, llamada de frentes populares. Fue la única organización socialista que siguió existiendo durante toda la época de la Segunda República.

Otros revolucionarios socialistas nunca pertenecieron al PC o a sus organizaciones. Sus posiciones fueron fruto de las luchas y las ideas de trabajadores de la Isla en las décadas previas, muy influidas

⁸ La ORCA preconizaba la lucha armada y el socialismo; trabajó por la unidad de las organizaciones revolucionarias y tuvo relaciones fraternas con el PC. Su Secretario General era Pablo de la Torriente. Ver «Carta al CC del Partido Comunista de Cuba», de 23-10-1935, y «Circular a las organizaciones revolucionarias», de 23-3-1936. En: *Pensamiento Crítico* [La Habana], no. 39, abril de 1970, pp. 306-308 y 328-329.

por el anarquismo y el sindicalismo revolucionario que habían sido decisivos en los movimientos obreros del primer cuarto del siglo en Cuba, y por las ideas socialistas y comunistas, potenciadas por el triunfo bolchevique y la Rusia soviética. Junto a esas influencias inmediatas, no debemos subestimar el inmenso potencial radical que dejó la ideología mambisa, el logro ideal mayor de la gesta popular del 95, creadora de la nación. Ella convirtió al nacionalismo en una ideología en torno a la cual batallaban las clases y grupos sociales, y no en un atributo de la hegemonía burguesa; ella impidió que el antinjerencismo se volviera solamente hacia un pasado de «hispanidad» o hacia el mito de un antiguo paraíso de pequeños agricultores, dándole oportunidad en los años 20 a la formación de un nuevo antimperialismo, que pudiera formar parte de proyectos revolucionarios de cambio social radical y de refundación de la república sobre bases de soberanía plena, libertad y justicia social. Por el proceso histórico y la cultura de rebeldía, en Cuba el comunismo encontró mejores condiciones para establecerse y avanzar, en sus primeros tiempos, que en gran parte de los países de América Latina y el Caribe.

El caso más notable entre estos socialistas fue el de Antonio Guiteras, uno de los revolucionarios descollantes de nuestra historia nacional. Miembro del Directorio Estudiantil Universitario de 1927, luchó tenazmente contra la dictadura machadista, fundó organizaciones de lucha armada para hacer una revolución antimperialista y anticapitalista, se opuso a la injerencia yanqui y al gobierno de agosto de 1933. Guiteras participó como dirigente en el gobierno revolucionario de septiembre de 1933 a enero de 1934, fue el jefe de su ala radical, impulsó una legislación social muy avanzada y consistentes acciones antimperialistas, e intentó constituir y fortalecer un bloque revolucionario que llevara aquel proceso hacia la liberación nacional y social del país. Desde enero de 1934 hasta su caída en combate el 8 de mayo de 1935 actuó en la clandestinidad, fundó y dirigió la Joven Cuba —que tuvo miles de miembros—, una organización que pretendía, mediante la vía armada, implantar una dictadura revolucionaria que condujera al país hacia el socialismo.⁹

⁹ Aunque poseyó un alto nivel cultural, Guiteras no fue un escritor prolífico. Pero sus ideas pueden leerse en artículos como «Septembrismo», en documentos personales y en manifiestos y programas de las organizaciones que dirigió.

Por otra parte, en el curso y como consecuencia de la Revolución del 30 las ideas socialistas influyeron mucho en el movimiento sindical, entre los trabajadores y en la nueva legislación laboral; también impactó a numerosos intelectuales y en diferentes medios del país. El socialismo y el marxismo dejaron de ser asunto de pequeños grupos, e ingresaron en la cultura nacional.

No quiero dejar de mencionar al menos otra dimensión que es principal en este proceso: la nueva generación. Más allá de la exaltación de la juventud como factor que cambiaría o salvaría al mundo, que tanta fuerza había adquirido en aquella época, Roa y sus compañeros se saben y se proclaman miembros de una generación, no meramente por la edad que tienen, sino por ser revolucionarios y por las vicisitudes e ideales que comparten. Tiene una fuerza tremenda esa identidad, en el momento histórico en que la generación que hizo la independencia ha cumplido su ciclo y está desgastada, y la identidad de clase explotada y oprimida no tiene desarrollo suficiente para guiar al país a los cambios que necesita. En las nuevas condiciones en que se halla Cuba, las cuestiones nacional y social no encuentran su ligazón y su solución en una fórmula como la de «generación», pero sí un vehículo efectivo para identificarse y para luchar. Ante la falta de unificación ideológica y organizativa de los revolucionarios, para el sector en que Roa vive y combate la «generación» es una entidad de efectos muy positivos, que ayuda frente al viejo nacionalismo, y también frente al nuevo sectarismo proletarista. Ampara, en fin, a una unión de antimperialismo, rebeldía contra el sistema y justicia social, es decir, a un comunismo cubano. No en balde este libro es dedicado a una generación determinada, los jóvenes revolucionarios, y también a los protagonistas de la gesta nacional.

Bufo subversiva es la recolección intencionada de trabajos sueltos creados en el curso de una gran revolución que les da organicidad, y es evidente que ya el autor tiene una comprensión propia de la dimensión y el alcance de aquel hecho histórico. Es un instrumento de acción y presencia políticas, no un simple esfuerzo editorial. Lo emprende un revolucionario que se siente intelectual, un hombre de la Internacional Comunista que se va viendo forzado a ser hereje, que comparte en lo esencial la línea de esa organización acerca del carácter, las fuerzas fundamentales y las vías de la revolución, pero ha

entrado en contradicciones cada vez más profundas con aquella línea, por pretender lo que debía ser natural: guiarse por su cultura cubana, por las experiencias concretas de su vida de militante, por los ideales históricos y la conciencia de los cubanos de su tiempo, y por los condicionamientos reales de la lucha en Cuba. Es por tanto mucho más que un testimonio calificado de un gran evento histórico, y un conjunto de reflexiones de un participante: es el primer libro cubano fruto de la asunción del comunismo como concepción social y política, que trae consigo —aunque sea a escala parcial— un afán interpretativo marxista de las realidades, potencialidades y proyectos del país, y contradicciones muy fuertes entre la posición general que asume y las necesidades de la actuación y las ideas, discordancias que han caracterizado a la universalización del comunismo y el marxismo en el llamado Tercer Mundo a lo largo del siglo xx.

La obra resulta entonces transicional, por el momento en que cierra su elaboración, en las vísperas de la Huelga de Marzo.¹⁰ Los acontecimientos lanzarán al autor al exilio. Sale el libro al inicio de la etapa posrevolucionaria, aunque como es natural ni quien lo escribió ni sus escasos lectores pueden calificar todavía lo que están viviendo. Quedan fuera de Bufa... los nuevos criterios que Roa irá elaborando en el período de 1935-1936, raíz de la posición que finalmente asume, hasta 1959. Esto refuerza la especificidad y el valor de este libro en la historia de nuestras ideas. No intentaré sustituir ni sintetizar la tarea que tendrá el lector con el libro que tiene en sus manos. Me limito al objetivo que tiene esta introducción, comentando algunos aspectos de la obra.

3. Comentarios sobre la obra

Bufa... fue efectivamente preparada en medio de los afanes, reveses, combates y esperanzas de los meses previos a la Huelga de Marzo, como Raúl le anuncia a un amigo, con su habitual gracia y desenfado.¹¹ La estructura organiza cuarenta y ocho textos de Roa en diez capítulos;

¹⁰ La extensa nota al pie de «La última jornada universitaria» es de febrero de 1935.

¹¹ «Tengo en perspectiva un libro maravillosamente absurdo. Ya está hecho prácticamente. Se titula *Bufa subversiva*. En el capítulo “Presidentes” estás tú por derecho propio. Tiene esta Bufa tremendos aspectos y contingencias aladas. Es de culo,

sus títulos aluden directamente a bebidas, recurso que permite al autor agrupar temáticas o momentos, al tiempo que caracteriza el ánimo con que aborda cada uno. Dos íntimos suyos, Pablo de la Torriente Brau y Aureliano Sánchez Arango, escriben un prólogo («Trago inicial») y un epílogo («Fin de fiesta») para la obra. El de Pablo es una breve pieza arrebatada, llena de humor y precisiones brillantes o terribles, dedicada a pintar y pensar a Raúl, y con él al mundo de ellos; a mi juicio, es un verdadero clásico de la originalidad. El de Aureliano, dolido y hermoso, saluda a «nuestra pluma mejor» y anuncia el final de «una bacanal política —humana sobre todo— de los años mozos» de una generación que supo dar sentido a sus vidas y darse a los demás, ofrendarse sin convertirse en «sacrificada».

El movimiento estudiantil en la revolución es el ámbito central del libro, lo que hace muy fuerte su costado testimonial; es natural, por ser aquel el contingente al cual perteneció el autor.¹² Pero los temas de la reforma o la depuración de la Universidad, aunque tratados ampliamente, no son los más importantes de la obra, por el tiempo de rebelión y de cambios que vivió Roa, y por la posición política y la ideología que abrazó. La lucha estudiantil —y la Universidad— son para él actividades e instituciones que se explican y se miden por su papel en una empresa que trasciende a sus objetivos y sus funciones: la revolución y el comunismo, o para utilizar los conceptos que comparte, la revolución agraria y antimperialista que deberá suceder, bajo la conducción del proletariado y su partido de clase, que tiene una dimensión nacional palpable, pero forma parte de un movimiento histórico internacional.

La concepción de la revolución contenida en Bufa... está expresa o subtiende a toda la obra. Para comentarla abordaré sólo un trabajo del último capítulo, «Tiene la palabra el camarada máuser»,¹³ que es

viejito.» (Carta de Raúl Roa a Manuel Navarro Luna, 1º de agosto de 1934. Citada en: Ana Cairo. *La Revolución del 30 en la narrativa y el testimonio cubanos*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1993, p. 127.

¹² He tratado el tema en «Raúl Roa y su época» (*La Gaceta de Cuba* [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre de 1996). Reproducido en F. Martínez. *El corrimiento hacia el rojo*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2001, pp. 180-184.

¹³ Publicado en el clandestino *Línea*, órgano de la AIE, no. 2, 10 de julio de 1931. José Antonio Fernández de Castro tradujo al español por primera vez el verso de Vladimir Maiakovsky utilizado en el título, y lo publicó en *Revista de La Habana*, en mayo de 1930. (Información de Raúl Roa García al autor de este prólogo.)

el más antiguo y famoso de los tres. Ese breve artículo, y la extensa carta pública de gran rigor conceptual y polémico que —ya preso— envió a Jorge Mañach en noviembre de 1931,¹⁴ le dieron a Roa categoría de ideólogo en el ámbito de la izquierda cubana de orientación comunista. En «Tiene la palabra...» el joven estudiante llama a sus compañeros a la insurrección armada, en aquel verano ardiente que desembocó en el Alzamiento de Agosto, sublevación organizada por Mendieta y Menocal —líderes de la oposición burguesa y políticos infames—, pero secundada por miles de cubanos que veían en esa acción la vía para derrocar a la tiranía. Roa intenta concientizar a los que van a combatir, mediante un análisis de la estructura social y la situación cubanas, y de la necesidad y el carácter de la revolución.

En una síntesis deslumbrante, expone que Cuba es un país colonial sometido al capital imperialista que ejerce su opresión a través de las clases dominantes nativas —burgueses y feudales— y sus camarillas políticas. Pero crece la protesta contra la tiranía implantada por estos en Cuba, y se está convirtiendo en una revuelta de masas, situación a la que concurren los crímenes y la política económica de la dictadura, y la crisis revolucionaria mundial. Esa revuelta hay que «ampliarla, darle un contenido agrario y antimperialista, transformarla en revolución», si se lucha realmente por la liberación nacional y social. Para esto es urgente la insurrección. Pero esa revolución no tiene nada que ver, anuncia, con los políticos opositores ni con el DEU, porque su movimiento se reduce a derrocar a Machado, sin modificar la estructura del país. Es «absolutamente político», y por tanto no es revolucionario: «la revolución tiene siempre entraña económica [...] es la violencia organizada de las masas oprimidas» para cambiar de raíz las relaciones de producción y sus correspondientes superestructuras. El AIE moviliza y orienta sus fuerzas en esa dirección, «contra Machado y las fuerzas históricas que lo mantienen». Asume así la postura correcta, «prescindiendo al hacerlo de la posibilidad o no del logro inmediato de nuestros objetivos».

Ante todo hay aquí dos aciertos fundamentales: uno, el imperialismo y las clases dominantes de Cuba forman un bloque histórico, que

¹⁴ Publicada en folleto, *Reacción vs. Revolución (Motivos de polémica)*. Manzanillo, Editorial El Arte, 1933. Ella abre el capítulo «Cañazos legítimos» de esta obra.

debe ser combatido sin cuartel y derrotado. Pero esa afirmación crucial, que separa al socialismo y el marxismo revolucionarios del reformismo y la colaboración de clases, no es la conclusión de nada, solamente abre la cuestión de la práctica revolucionaria, es decir, de su política. El otro: se está abriendo una época de revolución, es decir, el poder entra en crisis, su campo se divide y arredra, el pueblo se pone en marcha, el orden se deslegitima sin remedio y los cambios se tornan inevitables; es decir, viene la oportunidad para los revolucionarios conscientes que saben que estos momentos estelares se presentan una vez cada muchos años. Sin embargo, las afirmaciones siguientes de Roa nos asoman a un conjunto de contradicciones e insuficiencias. Si la estructura económica es determinante para decidir qué revolución se puede hacer, entonces no es posible comenzar por una revolución anticapitalista, socialista, porque las sociedades «coloniales» son «atrasadas» o «semifeudales». Por tanto, la revolución debe ser «agraria y antimperialista», y si completamos esta lógica de lo político será también «burguesa», porque faltan por cumplir las «tareas» de desarrollo de las relaciones de producción capitalistas, que deben preceder en el tiempo a la «fase» de implantación del socialismo. El autor —como el PC cubano— ha asumido la formulación de la IC para guiar la política comunista en los países «coloniales y semicoloniales».

Más de un problema grave surge de esa aceptación. Entonces, ¿el enemigo burgués nativo que hemos identificado no está en el poder todavía, y le faltan «tareas revolucionarias por cumplir»? ¿Habría que pensar en alianzas con él, con una parte de él, al menos para una primera etapa? ¿Cómo evitar que los explotados y oprimidos sean manipulados por la burguesía, que quiere obtener más poder para ella o está destinada a someterse siempre al imperialismo? ¿Cómo convencer a sectores burgueses para que apoyen y marchen junto a organizaciones proletarias que están decididas —y destinadas— a acabar con el capitalismo? ¿Quién es cada uno y qué papel juega o puede asumir, en qué momento real estamos y hacia cuál hay que avanzar, cómo, por qué vía, con qué organización, junto o en contra de quiénes? Pero ese complejo de interrogantes no era nuevo en el movimiento mundial. Ya contaba con las experiencias, los debates y las ideas del bolchevismo y de otros comunistas, y con la existencia de una IC que incluso había elaborado una línea juiciosa, llamada de «frente

único», para las luchas en los países «coloniales y semicoloniales», que rigió hasta 1928. Y el fundador del PC cubano, Julio Antonio Mella, había logrado plantear muy bien la cuestión hacía más de tres años, al constituir un órgano político y lanzar una campaña de concientización marxista cubana y de organización de la lucha armada contra el machadato, buscando una alianza con ciertos sectores de la oposición tradicional, que hiciera factible la acción desde la situación real cubana y a la vez abriera la posibilidad de una revolución socialista de liberación nacional. Su programa «es la primera formulación política marxista para una revolución popular y socialista en Cuba».¹⁵

La línea sectaria aprobada por el VI Congreso de la IC en 1928 fue impuesta a los PC del mundo durante el año que siguió. La gran crisis económica mundial que estalló entonces fue interpretada como el prólogo de una catástrofe que barrería pronto al capitalismo.¹⁶ Al subordinarse a esa línea, los comunistas cubanos pretendieron que la revolución agraria y antimperialista fuera guiada por el proletariado y el PC, es decir, sin alianzas con aquellos que por su misma formulación del carácter de la revolución serían posibles aliados. Más

¹⁵ F. Martínez. «Una voz de la revolución». *La Gaceta de Cuba* [La Habana], año. 36, no. 1, enero-febrero de 1998. (Reproducido en: F. Martínez: *El corrimiento... Op. cit.*, pp. 185-197). Mella fundó en México, en 1928, la Asociación de los Nuevos Emigrados Revolucionarios de Cuba (ANERC). Para argumentos de Mella sobre esta cuestión, ver, en: Instituto de Historia del Movimiento Obrero y de la Revolución Socialista de Cuba. *J. A. Mella. Documentos y artículos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, pp. 377-381, 407-410, 415-417. Una versión pública de su proyecto apareció en la revista de la ANERC: «Programa de unificación del pueblo cubano para una acción común inmediata por la restauración de la democracia». *¡Cuba Libre! (Para los trabajadores)* [México, D.F.], no. 2, julio de 1928. Christine Hatzky ofrece datos muy valiosos sobre estas actividades de Mella en: *Julio Antonio Mella (1903-1929). Eine Biografie*, Vervuert Verlag, Frankfurt, 2004, pp. 263-277.

¹⁶ La línea de «clase contra clase» consideraba «socialfascistas», traidores o enemigos a los políticos no proletarios, y «oportunistas» a los militantes que no aceptaran todas sus orientaciones, clasificaciones y definiciones. Muy ligada a las pugnas internas y la liquidación de la Revolución bolchevique en la URSS, esa política rigió hasta 1935, con consecuencias funestas. Aquí sólo puedo insistir en que es imprescindible conocer toda esta historia, si se quiere comprender la historia del comunismo y de las ideas marxistas en cada país. Ver una exposición de la reunión del PC de Cuba que acordó seguir aquella línea en 1929, en: Raúl Roa. *El fuego de la semilla en el surco*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1982, pp. 346-357.

grave aún fue la renuencia a darle a la dimensión política el lugar principal que debe tener, olvidando el inmenso legado de Lenin, las experiencias cubanas de Martí y las advertencias de Mella. Quedaron ausentes entonces los análisis de las situaciones concretas, los instrumentos para concientizar, para hacer que la revuelta de masas se torne insurrección y esta tenga posibilidades de éxito, para plantear efectivamente la conquista del poder, los modos de llevar a cabo todo esto, la estrategia y las tácticas, las alianzas, la materia en fin de la política revolucionaria. En su lugar trabajaron con abstracciones, y su discurso no iba más allá de las descripciones y las exhortaciones. Un tópico muy repetido era el de que el triunfo no está cercano, aunque se presume inevitable, por lo cual los planteamientos alternaban su ubicación y sus referentes entre los planos y tiempos que van entre lo inmediato y el deber ser.

La tragedia de esta primera etapa de la historia del PC cubano está en la abnegación, el heroísmo, la tenacidad, la disciplina, la austeridad y la extrema consecuencia con que estos comunistas lucharon por sus ideales. Y no sólo eso. El PC consiguió implantarse entre los obreros organizados, logró levantar un sindicato nacional azucarero, influyó muy notablemente a explotados y marginados urbanos, a campesinos, a intelectuales, propagó las ideas marxistas, auspició o apoyó demandas de grupos sociales, combatió frontalmente al machadato, arrojó la represión y las campañas de rechazo burguesas, y alcanzó un gran potencial por la admiración y las simpatías de masas que tuvo durante la crisis revolucionaria.¹⁷

Vuelvo a «Tiene la palabra...». Roa saluda a la lucha armada que viene, «sin tregua ni cuartel», pero no dice nada acerca de quién la organiza, qué estrategia seguir en ella, cómo sustraer a los combatientes de la conducción de los politiqueros Mendieta y Menocal, que van a iniciarla. ¿Qué hace tan valioso a un llamado revolucionario a las armas que tiene tantas insuficiencias? Ante todo, la actitud del autor, la subversión por la praxis que Roa y los que actúan como él ejecutan contra su propia camisa de fuerza ideológica. Se sabe que Raúl y Pablo de la Torre rehicieron aquel número de Línea por su cuenta,

¹⁷ Completo esta breve valoración sugiriéndoles leer el homenaje explícito en los criterios del adversario, en el capítulo VIII de *Problemas de la nueva Cuba* (Nueva York/La Habana, Foreign Policy Association/Cultural, 1935, pp. 200-219).

para ponerlo en sintonía con el momento que se vivía, en momentos en que el director había caído preso, sin someterlo a la aprobación de su partido. Un hecho de valor simbólico es que cuando salió aquel número de Línea ya sus autores estaban presos en La Cabaña. Pronto irán a parar al Presidio Modelo, junto al más grande líder juvenil comunista de la época, Gabriel Barceló, seguidor de la línea de masas que reprueba el «terrorismo», pero que se ha batido a tiros con los esbirros en un acto de calle.

En segundo lugar, su asunto es la insurrección, su discusión es acerca de la revolución de liberación: tan ambicioso objetivo le brinda un enorme alcance como hecho intelectual. El marxismo comunista de Roa y sus compañeros está brindando a las nuevas ideas cubanas el avance extraordinario de sus tres exigencias: un cambio de la sociedad trascendental y superior a los que se han propuesto hasta entonces, a favor de la mayoría; una lucha subversiva por la consumación de la nación desde la perspectiva de las clases explotadas y oprimidas, que renueve al nacionalismo, componente ideal principal de la república, y la creación de una nueva política que por fuerza deberá promover el cambio de sí mismos de los cubanos y un poder popular. Claro que esa propuesta intelectual era muy superior al mundo que vivían y comprendían sus contemporáneos, y a sus condicionantes; también era muy superior a los instrumentos intelectuales y políticos de los reclamantes, y a sus creencias y dogmas. Eso la colocó entre las profecías que carecen de pertinencia para resolver las cuestiones prácticas candentes del día, que las han motivado, pero portan una trascendencia capaz de inspirar a futuros actores y trabajos, que se tornen capaces de asumirlas y hacerlas realidad. Esta es una de las funciones fundamentales de la producción intelectual a lo largo de la historia humana, que la hace imprescindible si de avances y de liberaciones se trata, frente al sentido común, el realismo, el orden y los saberes establecidos, fieles servidores de la dominación.

Lo cierto es que la organización política a la que Raúl Roa se debía no fue una alternativa de poder durante la Revolución del 30, ni participó en coaliciones que lo ejercieran o estuvieran próximas a hacerlo. Esto, y los largos períodos de clandestinidad y de encarcelamientos que vivió el joven revolucionario, hicieron que sus labores más relevantes fueran las de agitador, ideólogo y pensador. Por sus cualidades

personales, pronto alcanzó en esos terrenos un notable papel. Aunque se reclama muy militante en sus textos, y los define como expresión del colectivo al que pertenece, reina en los escritos de Roa una expresión individual lograda, que lo identifica. Los rasgos de sectarismo y la estrechez de ciertos juicios políticos que pueden hallarse a lo largo de esta obra, chocan con los propios anhelos políticos del autor, sus experiencias y la conciencia que va formándose, y también con su amplitud de criterios y su brillantez intelectual.

En la práctica Roa nos brinda combinaciones muy ricas —y a veces forzadas— entre el espíritu juvenil y los eventos más concretos y asibles, por una parte, y las referencias a la estrategia de las clases sociales enfrentadas, o las interpretaciones en que asoma una Razón histórica destinada a realizarse, por otra. Conviven en sus narraciones y reflexiones la materia real de la que se hace la historia —la actividad y la subjetividad de los seres humanos, y sus condicionamientos—, con los ideales y las consignas de su bandería, y con los ríos profundos de su país natal. Pinta a sus hermanos de ideas y organización como un grupo maravilloso de jóvenes, pero también los define como «la vanguardia de los estudiantes pobres y medios»; sin embargo, al narrar las acciones y los sufrimientos, y los hechos de los héroes y mártires, alaba por igual a aquellos hermanos de lucha que considera víctimas de la ideología burguesa. El joven militante Roa se salva, en buena medida, de distribuir premios y castigos y de ejercer la intolerancia en nombre del proletariado, por su formidable capacidad de burlarse de sí mismo y de los demás, pero sobre todo por la vocación y la entrega que lo han llevado al riesgo y a la acción constante, por su sana desconfianza respecto al dogma y la obediencia ciega, y por su educación en la ideología nacionalista mambisa. Al leer sus «Palabras en la tumba de Félix Ernesto Alpízar» es bueno recordar que se vivían los días febriles y decisivos de agosto de 1933, y que tanto el DEU como la AIE tenían conciencia del momento y tensaban sus potencialidades. Roa propone que ambas formen un frente único, cuando la IC ha abandonado la línea leninista desde hace años, y en su lugar impera la de guerra de clase contra clase. Pero no creo que el cálculo político sea una explicación suficiente: él está realmente identificado con la conducta de su hermano Alpízar. Pese a las diferencias ideológicas y políticas, ambos han vivido en comunión.

La prosa sabrosa y coloquial del texto que cierra el libro, «Interviú profética», condensa varios de los rasgos complejos y hasta cierto punto contrapuestos a los que me he referido. La extensa nota al pie deja entrever, en su incipiente contradicción con el texto, las dudas del autor, pero también las del movimiento comunista en diciembre de 1934. Roa levanta la consigna de «la creación de un verdadero frente único de masas [...] un cálido llamamiento a cuantos [...] estén sinceramente dispuestos a entablar combate contra el cesarismo fascista y los atropellos y abusos del imperialismo yanqui». El llamado, afirma Roa, lo hacen «los organismos revolucionarios de izquierda». La III Conferencia de los PC latinoamericanos recién celebrada en Uruguay iniciaba orientaciones a los partidos miembros hacia el gran viraje de la línea que significó el VII Congreso de la IC: los «frentes populares».¹⁸ Pero Raúl se ha retratado también en la aguda y festiva página inicial en que narra cómo pretende holgar en el Malecón, cortada abruptamente por su entrevistador y por una moraleja: «Estas fugas maravillosas y antimarxistas no pueden compartirse con nadie. Ni siquiera con uno mismo.»

Se trata de un cubano comunista entregado a la revolución, que comparte las concepciones y la política de la IC, pero que va camino de ser un hereje. Dejo al lector el encuentro con la riqueza de las ideas, con la precoz sagacidad de tantas frases suyas, con el taller dialéctico en que trabaja los materiales de lo político y de la acumulación cultural histórica de su país, con los hermosos y ásperos asuntos de la revolución.

La espléndida diversidad de temas que contiene este libro, sin robarle nunca organicidad, es otro de los aciertos principales de su autor. En vez de reducir su campo a la prisión mediocre que seca los pensamientos y la sensibilidad de las mismas personas a las que se

¹⁸ El dirigente comunista francés que escribe «Por el frente único nacional en Cuba (Carta desde París)» se permitirá criticar al PC cubano las insuficiencias de su IV Pleno del CC, de febrero de 1935, su lentitud y sus dudas en aceptar los cambios hacia una política de «frente único nacional», es decir, lo amonesta por mantener la línea que la IC había impuesto en 1929. Es mayo de 1935, y no tiene una palabra de autocrítica hacia la política orientada durante estos años en que Cuba ha vivido una oportunidad histórica revolucionaria (*Páginas de historia contemporánea*. Vol. 1º. Mayenne, Francia, Editorial SUDAM, pp. 48-67. Este texto es reproducido de *L'Internationale Communiste* no. 5, mayo de 1935).

desea ver dueños del mundo y creadores de una nueva sociedad, Bufo subversiva es una apuesta por la multiplicación de necesidades espirituales de los que se levanten por encima del rasero burgués, por el mejoramiento humano indispensable para emprender con éxito el gran cambio social, por la necesidad de subvertir todos los órdenes —y no una parte de ellos— si se habla seriamente de comunismo, por el ejercicio de pensar y debatir. Y todo eso precisamente para ser militante, y no a pesar de serlo. Para sumar fuerzas a la guerra contra el capitalismo, y para ser capaces de derrotarlo.

Leerán ustedes una muy sólida conferencia sobre Ingenieros por un estudiante de 22 años, varias piezas de crítica literaria y hasta un capítulo de «vida interior» —«Paréntesis de agua con panales»— que no deben perderse de ninguna manera. La calidad de su prosa, tantos pasajes cautivadores, son la carta de presentación de un ensayista de rango, y van anunciando un estilo que será inconfundible, el sello de Roa. En la entrevista dada a Fornet, Raúl brindará datos sobre su vida intelectual, sus trabajos de crítica literaria y su manera de escribir: «Mi estilo se parece a mí como yo a él.» Pero me gusta demasiado este tema y carezco de las prendas y la síntesis de un crítico literario, por lo que desisto de manejarlo con unas breves palabras.

4. «No depende de la ambición de uno escribir para la posteridad»

La primera reacción fue del enemigo: la policía batistiana ocupó casi toda la edición, en plena represión de la Huelga de Marzo.¹⁹ Pero ejemplares salvados fueron llegando a compañeros de Roa. En diciembre, Pablo le escribía a Tampa sus primeras impresiones, desde Nueva York:

[H]e leído tu libro, que me parece estupendo y que es una lástima que no se pueda leer en Cuba. Lo mejor del libro es que se parece a ti, desordenado, brillante, inquieto. Tiene cosas magníficas y cosas maravillosas. La instantánea campesina, aunque no lo hicieras con ese ánimo, en realidad es un cuento estupendo. Las páginas universitarias, un gran recordatorio. Y Agis el Espartano y la Entreviú profética

¹⁹ Ana Cairo. *Ob. cit.*, p. 127.

*dos de los mejores capítulos. Me gusta todo. Leonardo piensa que tú eres el primer escritor de Cuba. Yo pienso lo mismo.*²⁰

En los años siguientes se fue configurando el orden postrevolucionario. La negociación, las vías institucionales y la colaboración sustituyeron a los temas de la revolución y la confrontación clasista y antimperialista. Poco lugar quedaba para el comunismo de Bufa... en la nueva situación. Mientras, el pensamiento de Roa seguía avanzando, asumía al fin una comprensión marxista cubana de José Martí, emprendía un profundísimo análisis de la historia de las doctrinas sociales, aguzaba su metodología, ejercía la docencia y actuaba en la vida universitaria, interpretaba los acontecimientos mundiales contemporáneos y discutía obras y conductas de pensadores notables. Cuando en 1947 sostuvo con Ramón Vasconcelos una polémica que es fundamental en cuanto a su interpretación de la Revolución del 30, ya Roa había hecho entrar en ella y en su lugar histórico al gran ausente de Bufa subversiva, Antonio Guiteras, y se valía del concepto de nacionalismo revolucionario para darle validez y eficacia a la concepción marxista en el análisis de un proceso revolucionario latinoamericano. Se había enrolado en una doble lucha ideológica: criticar el abandono de los ideales y objetivos revolucionarios y promover su recuperación y avance por las vías institucionales y de cultura política que se habían abierto en Cuba después de aquel evento histórico; combatir la aparición de una «nueva derecha» política que intentaba aprovechar la desilusión provocada por la corrupción y la demagogia de la segunda república, magnificadas por el «autenticismo» en el poder.

Los textos polémicos que Roa llamó «escaramuza en las vísperas» emprendían una vigorosa recuperación de la memoria histórica de la Revolución del 30. En las postrimerías del desgastado gobierno de Ramón Grau San Martín aparece su artículo «12 de agosto»,²¹ en ocasión del 15º aniversario del derrocamiento del machadato. Allí Roa aporta varias precisiones interpretativas, enumera fuentes y esboza un verdadero plan de investigación marxista de aquellos eventos históricos.

²⁰ Pablo de la Torriente Brau. *Cartas cruzadas*. Selección, prólogo y notas de Víctor Casaus. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981, p. 177. Leonardo es Fernández Sánchez.

²¹ 12 de agosto de 1948. En: *15 años después*. *Op. cit.*, pp. 60-70.

Reconoce que «se han publicado valiosas interpretaciones dispersas en folletos, periódicos, revistas y algunos libros», pero afirma que la historia —«que desentraña, ilumina y aprehende»— de aquel movimiento popular está aún por hacer. Sobresalen tres libros, dice Roa, y los califica. Uno de ellos es Bufa subversiva, «una relación fragmentaria del movimiento estudiantil hasta la huelga de marzo de 1935».²² Ese comentario tan omiso será ampliado dos años después, en el prólogo de una obra suya que no por acaso tituló 15 años después. Al comparar su primer libro con su obra posterior, el autor expresa ante todo el dolor de una pérdida: «en vano se buscaría el candor, el desenfado, la intransigencia, el quijotismo y la juvenilia que palpitan en Bufa subversiva». Y a continuación describe los rasgos de Bufa..., en una página centelleante. Obra de militante era aquella, aclara, sustentada en la acción: «cualquiera de nosotros pudo haberlo compuesto». Ve en los valores de Bufa... la raíz de sus escritos y su actuación en las circunstancias muy distintas en que está viviendo, y establece una continuidad de la fe y la reivindicación de la pasada revolución, un compromiso presente e irrenunciable y, sobre todo, una esperanza en que la lucha podría generar un proyecto y un futuro.²³

Hacia mucho que el tema central de Bufa... —la revolución cubana del siglo xx— había salido del proscenio. Aunque se le mencionara tanto y tan superficialmente, la revolución era excluida cuidadosamente entre las variables de acción política, y se estimulaba el temor a ella. Tuvo que venir un profundo cambio de la situación después de 1952 para que el recurso a la insurrección y a la movilización por objetivos políticos y sociales radicales lograran ser una opción planteable, y hacerse viable y popular mediante sus hechos. La insurrección de los años 50 y los primeros años del nuevo poder fueron regidos por la actuación; ellos generaron nuevas representaciones e ideas, y sus propios símbolos. Desde el mismo Asalto al Moncada, la nueva revolución era subversiva respecto al complejo cultural de dominación

²² Los otros dos son: *¡En Cuba libre!*, de Gonzalo de Quesada y Miranda, y *Revolución y seudorrevolución*, de Carlos González Palacios, «un ensayo de valoración histórica que abarca los principales aspectos del proceso».

²³ Raúl Roa revisó el texto de *Bufo subversiva* e hizo anotaciones en un ejemplar, con vista a una nueva edición que pensaba hacer. (Información de la doctora Ada Kourí y de Raúl Roa Kourí al autor de este prólogo.)

existente, pero también respecto a los «dogmas revolucionarios», como recordara el Che 14 años después. Sin embargo, lo que sucedió de 1961 en adelante en los campos ideológico y del pensamiento social —cambios, características, herencias, pugnas internas e internacionales, nuevas relaciones e instituciones—, constituyó un proceso con momentos muy disímiles y creó un complejo entramado de realidades y creencias. He tratado esa cuestión, en escritos que ya van siendo numerosos, y no es este el lugar para repetir los datos, ni mis criterios.

En lo tocante a la posteridad de Bufo subversiva sí debo apuntar que ella estuvo ligada a la memoria de la Revolución del 30 en las nuevas condiciones históricas. Por razones y coyunturas diferentes, el nuevo régimen no echó mano con decisión a la herencia revolucionaria de los años 30, ni para la formación de una identidad revolucionaria cubana socialista que superara al trabajo de la hegemonía burguesa previa sobre el nacionalismo, ni para la afirmación de un socialismo y comunismo cubanos que enfrentaran a la corriente más poderosa de esa vertiente a escala mundial, constituida por la URSS y su campo de conducción y de influencia. La del 30 se fue convirtiendo en la menos atendida y conocida de las revoluciones cubanas, pese a la exaltación de figuras de aquella gesta y a la idea general de una continuidad revolucionaria desde 1868. Ese es el marco en que Raúl Roa actúa o se abstiene, en los sentidos a que me referí en el primer acápite de este estudio. Varios textos suyos entran a formar parte de la literatura política más querida e influyente entre los jóvenes revolucionarios; es el caso de los que narran la jornada del 30 de septiembre, episodios del presidio, semblanzas de Villena, de Pablo, Barceló y otros revolucionarios. «Tiene la palabra el camarada máuser» entronca muy bien con la ideología y la sensibilidad reinantes, por ser un brillante llamamiento a la acción armada. Pero no puede afirmarse que se avanzara hacia una comprensión de la organicidad, los rasgos principales y la evolución de la obra de Roa sobre la Revolución del 30. Y por otra parte, el marxismo teórico predominante no lo incluía entre los pensadores marxistas, aunque sin negar expresamente que lo fuera.

En la segunda etapa de la revolución en el poder se dio primero una situación paradójica: una gran dogmatización y empobrecimiento

del pensamiento social, pero un sensible aumento de las monografías sobre temas de la Revolución del 30, y de su calidad. El auge del nivel cultural y de los estudios históricos exigían esos desarrollos. En los años finales de la etapa, el proceso llamado de rectificación introdujo cambios en la situación.

Desde entonces a hoy una complejidad diferente se ha desplegado en numerosos terrenos de la sociedad cubana; así sucede en los campos del pensamiento social y de las ideas revolucionarias, aunque es cierto que una parte de las antiguas posiciones, antinomias y hábitos nocivos se resiste a desaparecer. El pensamiento y las ciencias sociales arrastran serias carencias y problemas, y por otra parte se libra una intensa pugna sorda, ideológica y cultural, entre las visiones socialista y capitalista del mundo y de la vida. Dentro del conflicto cultural en curso, «la república» es un teatro de recuperaciones en el que operan selecciones influidas por las inclinaciones de los que las llevan a cabo. En unos casos están ausentes las revoluciones y los revolucionarios, o demasiado lejos para verse; pero constato con satisfacción que también se esfuerzan y trabajan los que rescatan la Revolución del 30, y que entre ellos actúa un contingente de jóvenes.

La recuperación de la historia de las ideas cubanas exige que todos los materiales valiosos, sin exclusiones, queden al alcance de todos los interesados. La publicación de Bufo subversiva es un aporte inestimable en esa dirección. Aquí está el primer fruto ofrecido por un protagonista y un pensador, al pie mismo de los acontecimientos de la Revolución del 30. Los que dedican sus esfuerzos a investigar o divulgar los problemas reales y las dimensiones reales del arduo, complejo y maravilloso proceso que nos ha permitido a los cubanos llegar hasta aquí, tienen ante sí una piedra miliar de las relaciones, tensiones y contradicciones entre el pensamiento y la actuación, la elaboración de ideas, la comprensión de la época que aborda, un repertorio de cuestiones e interrogantes cruciales —una parte de las cuales sigue en pie— y una rica pieza dialéctica. Todo el que emprenda su lectura puede gozar de la aventura —intelectual y física— de un individuo en medio de una gigantesca conmoción social. Puede acompañar la proeza y la angustia, el amor y el odio, el acierto y el error, las renunciaciones y los encantos, la religión de la justicia y la libertad, y el asombro, el sacrificio, las victorias y las alegrías del que se lanza



a participar con todo el cuerpo, la cabeza y el alma en los eventos de ese tiempo incomparable que es el de las revoluciones. Y puede disfrutar del humor y la hondura, la persuasión y la frase provocativa, la vida nacional y los afanes de la lucha ideológica, en la prosa brillante de un escritor de talento.

Como todo esto hace falta para la batalla intelectual de nuestros días, bienvenida sea esta bufa subversiva.

FERNANDO MARTÍNEZ HEREDIA

Asilo, espuela y renuevo

Muchas veces he vuelto a esas páginas. [...] Han sido y son, para mí, a despecho de todo, *asilo, espuela y renuevo*.¹

RAÚL ROA

I

El baluarte de la libertad

Los estudiantes fueron en masa a honrar a los muertos. Los estudiantes que son *el baluarte de la libertad*, y su ejército más firme. Las universidades parecen inútiles, pero de allí salen los mártires y los apóstoles.² (1885)

JOSÉ MARTÍ (1853-1895)

II

El eterno rebelde

[...] *El eterno rebelde*, he aquí nuestro nuevo emblema. Sobre lo alto de una montaña cubierta de fuego y humo un joven ángel vigoroso y musculoso en gesto de suprema rebeldía tiende el brazo derecho hacia los cielos, hacia las altas regiones de la vida moral.

¹ Raúl Roa. «Al lector». En: *15 años después*. La Habana, Imprenta Alfa, 1950, p. 9. (El subrayado de A. C.)

² José Martí. *Lucía Jerez* (1885). En: *Obras completas. Edición crítica*. La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2000, p. 127. (El subrayado de A. C.)

Allí donde están las injusticias, donde se incuban todas las tiranías como pretendiendo destruirlas con el gesto heroico de su brazo, igual que el gesto profético y sublime de Prometeo, mientras su mano izquierda puesta sobre el pecho parece querer sujetarse dentro de su alma todos los dolores, todas las tormentas que su misma rebeldía desata, y que la injusticia y la envidia de los mismos porque lucha exaspera.

He aquí lo que somos, eternos jóvenes rebeldes, luchando en medio del fuego y del humo de la vida, luchando con las ideas en lo más alto del pensamiento humano para la liberación de la humanidad.

[...] esta inquietud constante, este renovar continuo de ideas y cosas es la condición esencial de nuestro existir. (1924)

No pretendemos implantar en nuestro medio, copias serviles de revoluciones hechas por otros hombres en otros climas, en algunos puntos no comprendemos ciertas transformaciones, en otros nuestro pensamiento es más avanzado pero seríamos ciegos si negásemos el paso de avance dado por el hombre en el camino de su liberación.

No queremos que todos sean de esta o aquella doctrina, esto no es primordial en estos momentos, en que como en todos, lo principal son Hombres, es decir, seres que actúen con su propio pensamiento y en virtud de su propio raciocinio, *no por el raciocinio del pensamiento ajeno*. Seres pensantes, no seres conducidos.

Personas, no bestias. (1924)

La principal característica del revolucionario es su comprensión y su identificación total con la causa que defiende. Las ideas que abrazan se convierten en dinamos generadores de una energía social.

Los ignorantes acostumbran a calificarlos de «fanáticos» por esta razón. Los reaccionarios, llevados por el odio y el temor, sí colman de insultos al REVOLUCIONARIO [...].

El REVOLUCIONARIO PROFESIONAL si es marxista, por ejemplo, sabe aplicar el marxismo a todos los problemas. Los enemigos se asombran ante la fuerza de su verdad, pero no se atreven a aceptarla a pesar de considerarla cierta y no combatirla abiertamente. Dan la sensación monstruosa de locomotoras avanzando por selvas vírgenes y ciudades populosas. [...] No aspira al «trascendentalismo». Tiene orgullo de ser puente para que los demás avancen sobre él. Probablemente no creará en el superhombre nietzscheano. Pero reconoce el progreso habido del gusano al mono y de este al hombre.

[...]

Es la profesión sin competencia, la profesión triunfante. La profesión que todo hombre honrado debe desempeñar.³ (1926)

JULIO ANTONIO MELLA (1903-1929)

III

Fuerza renovada

Los estudiantes han seguido en el campo de la revolución. *Fuerza renovada* todos los días, necesita y exige el cambio diario [...].

Para el estudiante el minuto que pasa nada significa porque ha de ser mejor el minuto que está por

³ Instituto de Historia del Movimiento Obrero y de la Revolución Socialista de Cuba. *J. A. Mella. Documentos y artículos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975; «Nosotros» [editorial], revista *Juventud*. La Habana, marzo de 1924. En: *Mella. Documentos...*, pp. 91-92 (El subrayado de A. C.); «Lenine coronado». Revista *Juventud*. La Habana, febrero de 1924. En: *Mella. Documentos...*, pp. 87-88; «Por la creación de revolucionarios profesionales». Revista *Aurora*. México, D. F., diciembre de 1926; *Mella. Documentos...*, pp. 264-266.

llegar. Y la razón y la verdad siempre están en el minuto que está por llegar. Y la razón y la verdad siempre están en el minuto que llegará mañana.⁴ (1927)

JUAN MARINELLO (1898-1977)

IV

Ir adelante, mirando más allá

Nuestra vida política ¿ha sido un progreso?

Sí, un encharcamiento progresivo

[...]

¿Libertad? En las nubes. ¿Igualdad? Bajo tierra. ¿Fraternidad? En ninguna parte.

[...]

La virtud no es obediencia, sino elección

[...]

¿Quieres ser profesor de virtud? Sé espejo de virtud.

[...]

El patriotismo es un sentimiento profundo y en ocasiones admirable. Pero fijémonos bien; se trata de un sentimiento, que se manifiesta en actos, no de una fórmula que se vierta en letras de molde. Produce héroes, no escritores ni parlanchines.

[...]

¿Qué te parece esta frase: «El feudo de Mr. Morgan, por otro nombre, la República de Cuba»? Pues medita sobre ella: vale la pena. (1927)

¿Quieres traducir al lenguaje popular la doctrina de Monroe? Aquí la tienes en cueros: Yo como, pero no dejo comer. Ejemplos: California, Texas, Puerto Rico... No sigas.

⁴ Juan Marinello. «Elogio del estudiante». 1927. *Revista de Avance* [La Habana], 15 de abril de 1927, p. 45. (El subrayado de AC)

[...]

Ir adelante, mirando más allá. Lema del que piensa y quiere actuar.⁵ (1928-1929)

ENRIQUE JOSÉ VARONA (1849-1933)

V

Una inquietud curiosa

[...] hoy marchó hacia la cultura de los pueblos ejercitando mis dedos en el gatillo del máuser.

En la llama del mundo
cocciono impaciente la canción del mañana;
quiero aspirar profundamente la nueva época.
[...]

Una inquietud curiosa ha insomnizado
mis ojos oblicuos.

Y para otear más lejos el horizonte
salto sobre la vieja muralla del pasado.⁶ (1933)

REGINO PEDROSO (1896-1933)

VI

Revolucionarios de marathon

[...] Debemos recordar en todo momento que nosotros somos *revolucionarios de marathon* y no de los cien metros, lo que no quiere decir que cuando haya que hacer un ataque violento, lo que se llama en *track* un «*sprint*» no lo hagamos también [...].

⁵ Enrique José Varona. *Con el eslabón* (1927). La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981, pp. 5, 31, 9, 21, 42, 248; «Comprimidos y nuevos comprimidos» (1928-1929). *Ob. cit.*, pp. 263-264. (El subrayado de AC)

⁶ Regino Pedroso. «Conceptos del nuevo estudiante». *Nosotros* (1933). En: *Órbita de Regino Pedroso*. La Habana, Ediciones Unión, 1977, pp. 131-132. (El subrayado de AC)

[...] Y esta es la única «literatura» que me permiten por ahora las actividades revolucionarias que ciertamente, apasionan tanto, que acaba uno por parecer un protagonista de libro. Creo que dentro de poco voy a andar en busca de autor yo también.

[...] Pero la revolución no es un vaso de cristal de lalik sino una sopa de vegetales, un ajiaco en donde entra todo...

[...] ¿cuál es la realidad revolucionaria y cuáles son sus posibilidades verdaderas? [...] Me persigue la angustia constante de ver nuestra impotencia de soluciones, de comprobar que nuestra relativa superior capacidad sólo nos sirve en la práctica, para sufrir antes que otros la visión de la realidad [...].

[...] siempre pienso que mi opinión ha de ser, ha de tener mucho de especulativa, de imaginativa, y ahora, cuando los desastres repetidos nos han enseñado un poco de la necesidad de consultar, antes que nada a la realidad, creo que sería demasiada pretensión mía tener mucha fe en mi propia opinión. Por eso, para remediar en parte eso, siempre estoy más dispuesto que nunca a dejarme convencer por los que creo a un tiempo sinceros, inteligentes y convivientes en los primeros planos revolucionarios.⁷ (1936)

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU (1901-1936)

⁷ Pablo de la Torriente Brau. *Cartas cruzadas*. La Habana, Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2004. T. 1, 1935. T. 2, 1936. «A Raúl Roa y Gustavo Aldereguía» (28 de abril de 1936), t. 2, p. 134; «A Jorge Icaza», (14 de marzo de 1936), t. 2, p. 85; «A Miguel de Unamuno y Gener» (22 de mayo de 1935), t. 1, p. 96; «A Aureliano Sánchez Arango» (26 de marzo de 1936), t. 2, pp. 98-99. (El subrayado de AC)

VII

Un mambí poeta

Raúl Roa García tuvo la suerte de disfrutar —aunque por pocos años— del abuelo paterno Ramón Roa Garí (1844-1912), a quien recordaba como:

Un viejo membrudo, de estatura imponente, cabellera fúlgida, perilla vibrante, corazón de seda y gesto bravío. En los ojos, entre irónicas lucecillas, el mar, su cielo y su abismo. Y en la boca tierna y desdeñosa, un panel circuido de avispas, esa misma lengua afilada y suelta que me legó de puño y letra.⁸

Roa Garí había combatido en la Guerra de los Diez Años. Había peleado bajo las órdenes del general Ignacio Agramonte Loynaz (1841-1873) y había participado en el proceso político que concluyó con el Pacto del Zanjón. Había alcanzado fama como poeta. Sus versos se habían recitado en las veladas culturales de los campamentos y después en las tertulias de los emigrados en los Estados Unidos, donde los ex soldados y sus familias recordaban nostálgicos las hazañas épicas de aquella contienda.

Entre 1886 y 1887, el narrador modernista Manuel de la Cruz (1861-1896) entrevistó a Roa Garí en La Habana. Hizo lo mismo con otros miembros del Ejército Libertador. Con el material acopiado, escribió el libro de cuentos *Episodios de la Revolución cubana* (1889).

José Martí, el más famoso de los intelectuales emigrados en Nueva York, leyó un ejemplar y lo felicitó en una epístola (3 de julio de 1890):

¿Cómo empezaré a decirle el cariño, la agitación, la reverencia, el júbilo, con que leí de una vez, por sobre todo lo que tenía entonces entre manos, sus «Episodios de la Revolución» de Cuba? No he tenido últimamente una hora de reposo, para decirle con qué orgullo he visto, como si fuera mía, esta obra de Vd., y en

⁸ Raúl Roa. *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1970, p. 3.

cuánto tengo su prédica patriótica y su arte literario; [...]. Es historia lo que Vd. ha escrito; y con pocos cortes, así para que perdurase y valiese, para que inspirase y fortaleciese, se debía escribir la historia. ¡Y la vergüenza, y la veneración con que se va leyendo el libro! Ya nada nuevo podremos hacer los que vini-mos después. Ellos se han llevado toda la gloria [...].

[...] Harto sabe Vd. de qué hoguera le nació, y con qué cuida-dos los fue rematando y bruñendo. ¿Qué le diría de nuevo, con decir lo que todo el mundo ve: la viveza de la acción, la reali-dad de los escenarios, la armonía entre los sucesos y la lengua en que los pinta, la pasión por nuestros héroes, que se ve en el esmero con que los describe y la capacidad rara de meter los brazos hasta el hombro en el color, sin apelmazarlo ni revol-verlo, sino que de las escenas más revueltas y confusas sale Vd. triunfante [...].?

[...] El que lo quiera leer de prisa no podrá, o lo tachará de oscuro, cuando en realidad no lo es, sino que el color es tan intenso y la factura tan cerrada, que ha de leerse sin perder pa-labra, por ser cada línea idea o matiz. Al principio parece que la mucha fuerza de color va a sofocar el incidente, o que el brío de la luz no va a dejar bien las figuras, o que del deseo de concretar y realzar puede venir alguna confusión; pero el que sabe de es-tas cosas ve pronto que no tiene que habérselas con un terminis-ta, que se afana por dar con voces nuevas, sino con un artista en letras, que lucha hasta expresar la idea con su palabra propia. [...]⁹

Manuel de la Cruz asumió como objetivos propios los juicios de Martí. En carta a Manuel Sanguily (junio de 1893) le explicaba que la obra era:

[...] expresión de una admiración profunda y sincera, de una emo-ción que crece y se dilata en el curso de la vida es, en gran parte, la consecuencia de una comparación entre dos generaciones

⁹ José Martí. «Carta a Manuel de la Cruz». En: *Obras completas*. La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, t. 5, pp. 179-181. (Se indicará en lo adelante como *OC*, tomo y páginas).

cubanas, comparación en que se llevó la palma la generación del heroísmo y de la abnegación [...].

Cúpome en suerte bosquejar el primero de la épica leyenda, y lo hice entre rompimientos de gloria, como que de propósito compuse un libro de devoción patriótica, para que fuese a sacudir y a conmover el corazón cubano.¹⁰

El éxito de los *Episodios...* había favorecido que otros independentistas decidieran publicar sus recuerdos. Roa Garí escribió *A pie y descalzo. De Trinidad a Cuba. 1870-71. (Recuerdos de campaña)* (1890). Este relato suscitó un comentario irónico de José Martí en el discurso *Con todos y para el bien de todos* (26 de noviembre de 1891). Se produjo un incidente con el general Enrique Collazo, quien escribió una carta agresiva a Martí en defensa de Roa Garí. La mediación de amigos comunes logró que el desencuentro se resolviera de una manera honorable para los tres implicados.

En 1893, Martí organizó la publicación del libro *Los poetas de la guerra*, en el que intervinieron numerosos ex combatientes, familiares y amigos. Él escribió el «Prólogo», en el que narraba cómo se hizo la compilación, y rendía un especial tributo a los vates antologados, entre ellos a Roa Garí, «el más original», quien hacía «romances felicísimos».¹¹

Durante la Guerra de 1895, se convirtió en una moda que los combatientes optaran por llevar diarios personales, y escribieran cartas, artículos, poemas y narraciones con las incidencias cotidianas y las meditaciones en torno a sus sentimientos y opiniones. Se había consolidado la tradición literaria, extensiva a las artes plásticas y a la música, de *una cultura revolucionaria* de las guerras independentistas.

Raúl Roa heredó la papelería del abuelo, junto con el compromiso moral de realizar la biografía de un mambí que había inculcado a sus hijos y nietos una vocación patriótica para venerar a los fundadores del independentismo y para admirar a los que se esforzaban por la consolidación de la vida republicana.

¹⁰ Manuel de la Cruz. «Carta a Manuel Sanguily». En: *Obras de Manuel de la Cruz*. Madrid, Editorial Calleja, 1926, t. 6, pp. 341-344.

¹¹ José Martí. «Prólogo al libro *Los poetas de la guerra*, publicado por el periódico *Patria*». *OC.*, t. 5, pp. 228-235.

VIII

Un congresista antianexionista

Cuando Raúl Roa García nació el 18 de abril de 1907, transcurría el primer año de la Segunda Intervención del gobierno de los Estados Unidos. Charles Magoon (ex gobernador y ex embajador en Panamá) regía los destinos cubanos desde octubre de 1906. Él sustituyó al secretario de Estado William Taft, quien —en los primeros momentos— tras la renuncia de Tomás Estrada Palma (septiembre de 1906), había implementado las prerrogativas imperialistas de la Enmienda Platt.

Manuel Sanguily (1848-1925), ex senador en la primera legislatura, envió una carta a mister Fred. M. Thompson, autoridad de la Escuela Normal de Kansas, institución que encuestaba opiniones sobre las alternativas de que Cuba pudiera ser anexada a los Estados Unidos. Sanguily le argumentaba en contra de esa posibilidad.

El 15 de abril se publicó en la revista habanera *Letras* el texto de Sanguily, bajo el título de «Cuba y la anexión». De inmediato se organizó una campaña solidaria con las tesis del político. Se preparó un homenaje público en el teatro Martí; en el banquete, Sanguily expresó:

Los cubanos con quienes yo me confundo e identifico, que son la mayoría incontable, no quieren la anexión: quieren —como es natural, muy justo y muy humano— su independencia nacional, distinta, separada y verdadera [...]

[...] nadie sabe todavía lo que es una «colonia» americana. Con respeto, pero con sinceridad, debo decir que toda colonia —bajo españoles, o ingleses, o americanos— es un infierno [...].

[...] el pueblo cubano ha conocido y amado la República, ha visto en ella su escudo, las glorias de su pasado, la garantía de su porvenir, por quererla verdadera, real y pura ha comprometido su destino y el suyo, ella ha sido la realización del sueño de patriotismo que fue la creación de sus virtudes y dolores, por lo que en vano se empeñarán en que renuncie a lo que nació de su entrañas desgarradas y es la condición esencial de su existencia [...].

La primera intervención se retiró dejando en Cuba a los enemigos de su independencia en la plenitud de su libertad de acción y con sus propios y no despreciables medios de socavar la república, mientras sus defensores quedaron destituidos de recursos [...]. Porque entre las pocas cosas amadas que me restan todavía, está ese ensueño glorioso al que tantos se ofrecieron en holocausto, esta República edificada con el corazón de tantas generaciones, por cuyo mantenimiento y perpetuidad son incontables aún los que con júbilo ofrendarían su vida —y antes quiera piadoso el destino cerrarlos de una vez, que vean mis ojos la plutocracia extranjera señoreada de esta tierra que amasaron con lágrimas y sangre nuestros hermanos y nuestros padres, porque ni siquiera sería la patria honrada y feliz de nuestros hijos.¹²

La revista *Letras*, el periódico *La Discusión*, entre otras publicaciones, funcionaron como voceros del pensamiento y de los sentimientos antinjerencistas de un grupo importante de la intelectualidad cubana. Se le exigía a los políticos la obligación moral de anteponer un acuerdo para acelerar la salida de Magoon y el enjambre de expertos. Se exhortaba a la suspensión de todo tipo de celebraciones hasta que no se restableciera un gobierno propio. Se ayudaba a multiplicar un ambiente de máxima exaltación patriótica; se republicaban textos o se difundían inéditos de José Martí.

Cuando el general José Miguel Gómez ganó las elecciones presidenciales (octubre de 1908) y se anunció que el gobierno juraría el 28 de enero de 1909, el músico Hubert de Blanck (1856-1932) compuso y estrenó este *Himno a la República*:

*Salve, ¡Oh, Cuba! la patria adorada
pues tu falta ya está redimida
hoy resurges de nuevo a la vida
aún más libre, que lo eras ayer.*

*Tu gobierno ya es libre y estable
tu horizonte ya está despejado*

¹² «Velada y banquete de homenaje a Manuel Sanguily». Revista *Letras* [La Habana], 30 de abril de 1907, pp. 11-20

*sigue el noble camino trazado
que así libre y feliz has de ser.*

*Toda Europa y América aplaude
y a la par los Estados Unidos
a tus hijos que ayer divididos
hoy los une el amor fraternal.*

*Nunca más la funesta discordia
hará presa en los pechos cubanos
darán antes, cual buenos hermanos
por la patria su aliento vital.¹³*

Roa Garí era uno de los admiradores del gesto nacionalista de Sanguily, con quien compartía, además, la devoción por la leyenda del general Ignacio Agramonte.

Sanguily aceptó la oferta de organizar la Secretaría de Estado del gobierno del general José Miguel Gómez. Entre 1909 y 1913 se esmeró para que la diplomacia cubana desarrollara las tradiciones mambisas, conformadas en las Guerras de 1868 y 1895. Multiplicó su prestigio y se retiró de la política ya convertido en uno de los iconos del nacionalismo revolucionario.

IX

Un pelotero lector de Salgari

Raúl Roa creció en una familia de intelectuales de clase media que residía en el barrio habanero de la Víbora (en las cercanías del parque Córdoba). Los tíos eran profesionales. Desde niño se convirtió en un lector voraz y muy curioso. También le gustaba dibujar.

En la niñez y en la adolescencia, se caracterizó por tener la autoestima bien alta. No le importaba que algunos juzgaran como una excentricidad el ir a los juegos de pelota con libros que disfrutaba —con absoluta concentración— en los recesos. Se desempeñaba como primera base.

¹³ Hubert de Blanck. *Himno a la República*. [La partitura estaba fechada el 25 de octubre de 1908]. La Habana, Conservatorio Nacional de Música, 1952.

Adoraba las novelas de aventuras de Emilio Salgari; las eróticas de José María Vargas Vila; los poemas de modernistas cubanos e hispanoamericanos, de parnasianos y simbolistas franceses; los ensayos de José Enrique Rodó, Miguel de Unamuno y Enrique José Varona; y las monografías de ciencias sociales.

Se fascinaba dibujando y construyendo papalotes. Tenía magníficas relaciones sociales con sus contemporáneos del barrio, aunque no pertenecieran a su clase social.¹⁴

Estudiaba en el colegio católico de los Hermanos Maristas. No obstante, era ateo; aunque aprendió a dominar los textos de la Biblia como referentes literarios, históricos y políticos, que podían facilitarle opciones para un buen manejo del sentido del humor y de la eficacia de la ironía y la sátira.

Era un apasionado del cine. Se enamoraba de las actrices y disfrutaba contar (acompañado de un amplio uso del lenguaje gestual) las películas. Por supuesto, leía y entendía el inglés y el francés.

¿Cuándo comenzó a escribir? Probablemente en la temprana adolescencia, aunque no se atrevió a publicar hasta 1927. Como José Martí y Julio Antonio Mella, pudiera, acaso, considerarse un grafómano. Monologaba consigo mismo. Se entrenaba en las búsquedas de la introspección psicológica, que estudiaba en las obras de Sigmund Freud y Karl Jung.

El hecho de que su familia estuviera convencida de que él tendría que hacer la biografía de Roa Garí, podría indicar que se le consideraba el heredero de esa fama escritural.

Roa fue uno de los estudiantes admiradores del liderazgo de Julio Antonio Mella. Quiso verlo actuar en la Universidad de La Habana. Se fascinó con el carisma que desplegaba en el ejercicio oratorio y durante las manifestaciones. Admirándolo, entendió que también existían los poetas de la política¹⁵ y decidió enrolarse como uno de ellos.

¹⁴ Véase. Federico de Córdoba. «Apuntes sobre la infancia y adolescencia de Raúl Roa García». Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa García. *Trabajos presentados al seminario sobre Raúl Roa García en el primer aniversario de su muerte*. La Habana, 1983, pp. 1-10.

¹⁵ Cintio Vitier. «Instantánea de Roa». *Trabajos...*, *ob. cit.*, pp. 75-81. Vitier afirmó: «Para mí Raúl Roa es una figura de la poesía cubana. No digo sólo por las imágenes que con frecuencia chispean en su prosa, ni sólo porque martianamente hablando, fue siempre

A partir de las audacias de Mella, comenzó a generalizarse la conciencia pública de que los estudiantes debían ser considerados como un grupo autónomo, social y político, que se ganaba un espacio propio en el campo intelectual. Ellos, además, tributaban al desarrollo de un motivo ideotemático en la producción literaria y de otras disciplinas culturales.

X Los estudiantes alegres

Cirilo Villaverde (1812-1894) se distinguió en la primera generación de narradores románticos por el desenfado para establecer algunas innovaciones ideotemáticas. Quería caracterizar a los personajes como tipos sociales que ayudaran a la autocomprensión de cómo pensaban, qué costumbres tenían y cómo eran las mentalidades de los cubanos, un grupo político y social ya diferente al de los españoles.

En 1839, él publicó el primer volumen de *Cecilia Valdés*, novela costumbrista que había surgido de la promesa a un amigo de evocar las ferias en el barrio habanero del Ángel, que ya no se celebraban.

El tiempo de la narración se fijaba en torno al 24 de octubre de 1831, día de San Rafael, uno de los santos a los que se le rendía culto en la iglesia del Santo Ángel. En la plazuela y las calles aledañas se instalaba una feria. En el capítulo VIII, los estudiantes Leonardo Gamboa, Diego Meneses y Pancho Solfa, querían divertirse hasta la madrugada:

Bailaremos en el comedor, en el patio, en el traspatio, en la azotea, en cualquier parte: el caso es bailar; una noche de feria como esta, convida a danzar hasta en la calle. Lo que importa es que la música sea buena, criolla, *sandunguera*.¹⁶

Villaverde abandonó esta *Cecilia*... y no fue hasta —aproximadamente— 1873, en que decidió escribir otra novela con el mismo nombre.

poeta en actos. Lo digo además por su persona misma, por su ser verbal y gestual, que está completo en su letra y a la vez la desborda» (p. 75).

¹⁶ Cirilo Villaverde. *Cecilia Valdés o la loma del Ángel*. La Habana, Imprenta Literaria, 1839, pp. 107-108.

Él, entonces, era un exiliado político en Nueva York. Se había afiliado al independentismo; se había arruinado económicamente por descuidar los negocios, y por la ayuda generosa para sufragar expediciones, como la del «Virginus», que fue capturada por los españoles; (estos revolucionarios fueron llevados a Santiago de Cuba y condenados al fusilamiento).

Villaverde convirtió el retorno al proyecto de *Cecilia...* en una forma de terapia intelectual ante la depresión y el pesimismo que le habían desencadenado los sucesos del «Virginus».

Entre 1873 y 1879, escribió la nueva *Cecilia...* Eligió como objetivo ideotemático la recreación de las fuerzas motrices de la vida colonial desde 1812 hasta 1832. Explicó las formas de la esclavitud, la trata negrera, el comercio, las costumbres sociales y los hábitos políticos. Construyó una galería de personajes en la que alternaban los inspirados en personalidades históricas y los inventados.

En el capítulo IX de la primera parte de *Cecilia...*, se narraron los hechos de un día rutinario de los estudiantes Gamboa, Solfa y Meneses. Ellos amanecieron recibiendo clases en el Seminario de San Carlos; allí se aludió a José Antonio Saco (1797-1879). A continuación, salían a pasear y a hacerles travesuras a los vendedores ambulantes. Los tres se consideraban criollos (muy diferentes a los españoles) y, en particular, detestaban la prepotencia de los militares, quienes se amparaban en los privilegios de las facultades omnímodas con las que se gobernaba a la colonia cubana desde 1825. El capitán general Dionisio Vives (político corrupto y despótico) aparecía como personaje.

Cecilia... se diseñó como una novela histórica que podía ayudar a los lectores de la década de 1880 a la comprensión —desde las raíces— de los diferendos que legitimaban el proyecto independentista de la Guerra de los Diez Años.

Villaverde concluyó *Cecilia...* entre 1879 y 1881; tuvo que recortarla al no disponer del dinero suficiente para la edición. En 1882 la novela comenzó a circular entre los familiares, amigos y admiradores en los Estados Unidos, Cuba y España.¹⁷

¹⁷ Véase Ana Cairo. «Epistolario de Villaverde (1852-1892)». En: *Letras. Cultura en Cuba*. Vol. 4. La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 1987, pp. 97-188.

XI

Los estudiantes mártires

La Habana, primero, y después toda la Isla de Cuba, se conmocionó con el asesinato de los ocho estudiantes de medicina (todos menores de edad) en la tarde del 27 de noviembre de 1871. Treinta y cinco compañeros fueron condenados a penas de cárcel. Se preparó una farsa judicial, en la que los batallones de voluntarios españoles aterrorizaron con la amenaza de una sublevación, si no se cumplía de inmediato con la orden de legalizar el crimen.

Algunos diplomáticos informaron lo que había ocurrido. Algunas naciones se solidarizaron con las víctimas y sus familias. La prensa internacional multiplicó los efectos del escándalo.

El gobierno de la monarquía española decidió promulgar un decreto de indulto para los estudiantes presos en mayo de 1872. Se trataba de un gesto para acallar las denuncias y para intentar el camino de una distensión pública en la Isla. La población cubana se había radicalizado más en contra de los españoles, aunque no profesara ideas separatistas.

Con el indulto, se les había sugerido a los jóvenes que abandonaran —de inmediato— la Isla. En junio, llegaron a Madrid algunos de los jóvenes liberados.

Fermín Valdés Domínguez (1854-1910) se reunió con su íntimo amigo José Martí, quien había publicado *El presidio político en Cuba* (agosto de 1871) para explicar las atrocidades que sufrían niños, adolescentes y ancianos en la institución penal cubana.

Martí escribió y publicó «El día 27 de noviembre de 1871», que difundió como una página suelta en Madrid al cumplirse el primer aniversario del crimen. El texto aparecía firmado por Valdés Domínguez y Pedro de la Torre, otro de los indultados.

Él convenció a Valdés Domínguez de que debía relatar con la máxima amplitud. Ayudó a estructurar el folleto *Los voluntarios de la Habana en el acontecimiento de los estudiantes de medicina, por uno de ellos condenado a seis años de presidio* (1872). Aportó «A mis hermanos muertos el 27 de noviembre».

El presidio político... sirvió de modelo. Se estructuró un relato en orden cronológico. Fermín se incluyó como personaje, además de ser

uno de los narradores. Se incorporaron documentos importantísimos, como la carta de denuncia del padre de Alonso Álvarez de la Campa, el más joven de los fusilados. Campa padre explicaba que él era un español que ayudaba a sufragar los gastos del cuerpo de voluntarios. Se consideraba un integrista cabal, y —por lo mismo— no podía comprender las razones del asesinato de su hijo. Exigía que se esclarecieran los hechos, porque los verdugos habían actuado con total impunidad. Además, su hijo Alonso (cuya edad era dieciséis años) no había cometido delito, que —de acuerdo con las leyes— mereciera el fusilamiento.

En el poema «A mis hermanos...», Martí se representaba como un sujeto lírico, acechado por los ocho mártires:

*Cadáveres amados, los que un día
Ensueños fuisteis de la patria mía,
¡Arrojad, arrojad sobre mi frente
Polvo de vuestros huesos carcomidos!
¡Tocad mi corazón con vuestras manos!
¡Gemid a mis oídos!
Cada uno ha de ser de mis gemidos
Lágrimas de uno más de los tiranos!
¡Andad a mi redor; vagad, en tanto
Que mi ser vuestro espíritu recibe,
Y dadme de las tumbas el espanto,
Que es poco ya para llorar el llanto
Cuando en infame esclavitud se vive!
[...]
¡Campa! ¡Bermúdez! ¡Álvarez!... ¡Son ellos,
Pálido el rostro, plácido el semblante;
Horadadas las mismas vestiduras
Por los feroces dientes de la hiena
¡Ellos los que detienen mi justicia!
¡Ellos los que perdonan a la fiera!
¡Déjame ¡oh gloria! que a mi vida arranque
Cuanto del mundo mísero recibe!
¡Deja que vaya al mundo generoso,
Donde la vida del perdón se vive!*

¡Ellos son! ¡Ellos son! Ellos me dicen
Que mi furor colérico suspenda,
Y me enseñan sus pechos traspasados,
Y sus heridas con amor bendicen,
Y sus cuerpos estrechan abrazados!
Y favor por los déspotas imploran!
Y siento ya sus besos en mi frente,
Y en mi rostro las lágrimas que lloran!

Aquí están, aquí están! En torno mío
Se mueven y se agitan...

—Perdón!

—Perdón!

—¿Perdón para el impío?

¡Perdón! ¡Perdón! me gritan,
Y en un mundo de ser se precipitan!

¡Oh! gloria, infausta suerte:
Si eso inmenso es morir, dadme la muerte

—Perdón —así dijeron

Para los que en la tierra abandonada
Sus restos esparcieron!—

[...]

¡Perdón! ¡Perdón! esclavos de miseria!
¡Mártires que murieron, bienandanza!

[...]

Y un mundo tienen ya por sepultura!

Y más que un mundo, más! Cuando se muere
En brazos de la patria agradecida
La muerte acaba, la prisión se rompe;
Empieza, al fin, con el morir, la vida!¹⁸

[...]

¹⁸ José Martí. «A mis hermanos muertos el 27 de noviembre». *Obra poética. Edición crítica*. La Habana, Centro de Estudios Martianos/Editorial Letras Cubanas, 1985, t. 2, pp. 35-41.

Martí había demostrado en *Abdala* (1869) su pasión por la confluencia del teatro con la poesía. En el drama interactuaba un protagonista con tres personajes, quienes hablaban en versos. En «A mis hermanos...», el hablante lírico protagónico (Martí) dialogaba con la coral de ocho (un personaje colectivo). Se aspiraba a conseguir una intensidad emocional ascendente con el juego de las voces. Esto se necesitaba para el realce de los objetivos patrióticos, puesto que las víctimas tenían la opción de alcanzar la plenitud de una sobrevivida espiritual universalizada:

*Mártires que murieron, bienandanza!—
[...]
Y un mundo tienen ya por sepultura!
[...]
Empieza, al fin, con el morir, la vida!*

En la década de 1880, Fermín Valdés Domínguez completó las pruebas para demostrar la inocencia jurídica de los ocho mártires estudiantiles, a quienes se les erigió un mausoleo en el Cementerio de Colón. Valdés Domínguez reescribió el folleto de 1873. Martí —sin aludir a su participación— lo recomendaba a los cubanos emigrados (agosto de 1887):

El libro está escrito a sollozos, mas sin ira. No está repuesta aún del horror ¿ni cómo pudiera reponerse? la mano que lo describe. A cada paso, como quien lleva en los ojos lo que no ha de olvidar jamás, interrumpe la trágica narración para invocar con patéticos arranques, en el desorden del dolor verdadero, la peregrina justicia del mundo. Se lee el libro cerrando el puño, dudando de lo impreso, poniendo en pie el alma. Pero la caridad [...] y la mesura [...] ponen «El 27 de noviembre de 1871», escrito en La Habana, entre aquellas obras escasas donde, por sobre la forma inquieta con la justa pasión, se descubre la legítima grandeza.¹⁹

¹⁹ José Martí. «El 27 de noviembre de 1871. Fermín V. Domínguez». *El Economista Americano* [Nueva York], agosto de 1887. En: *OC*, t. 5, pp. 117-118.

XII

El estudiante y la dignidad de su misión social

Entre 1918 y 1922, circulaban con rapidez las múltiples noticias sobre el asociacionismo y la insurgencia estudiantil, derivada de los movimientos de reforma universitaria en Argentina, Perú y México. En las facultades de la Universidad de La Habana, en los clubes deportivos, en las fiestas, los jóvenes cubanos conversaban entre sí y hasta con algunos profesores —como Evelio Rodríguez Lendián— quienes defendían una modernización institucional tan pronto como fuera posible... Es decir, cuando se terminara el autoritarismo despótico del gobierno del general Mario García-Menocal Deop, a quien se le ocurrió reprimir a sus enemigos declarándolos «germanófilos». De este modo, sugería que ellos podrían ser perseguidos fuera de Cuba, en el ámbito de los «aliados» de Estados Unidos durante la Primera Guerra Mundial.

La quiebra y la moratoria bancarias (octubre de 1920) determinaron que García-Menocal pospusiera las intenciones de un tercer mandato. Él pactó con Alfredo Zayas Alfonso (abogado y lingüista), quien había sido uno de los fundadores del Partido Liberal y un eterno aspirante a la presidencia.

Zayas asumió el 20 de mayo de 1921. Propugnaba un giro en el estilo de gobernar. Se inclinaba hacia la máxima apertura política. Autorizaba el surgimiento y desarrollo de todo tipo de organizaciones políticas, sociales, económicas, profesionales, etcétera. Era un cínico muy inteligente; podía prometer cualquier cosa, sin preocuparse por el desprestigio inherente al acto de no cumplirlo. Tenía un buen sentido del humor y una ecuanimidad absoluta. Por ejemplo: en febrero de 1920 se organizó una manifestación estudiantil para pedir cambios en el plan de estudios; la policía la atacó y tres alumnos fueron heridos; por el contrario, en noviembre de 1921 los estudiantes decidieron que no podía otorgarse un doctorado honoris causa a Enoch Crowder, el enviado personal del presidente de los Estados Unidos y el icono del intervencionismo diplomático; Zayas recibió amablemente a una delegación estudiantil y les expresó que los ayudaría en la demanda.

Este cambio en la vida pública aceleró el surgimiento de asociaciones modernas, con la máxima actualidad internacional posible. La Federación Estudiantil Universitaria (FEU) se fundó el 20 de diciembre

de 1922. Y –al unísono– surgía el grupo Renovación de la Facultad de Derecho, en el que se discutían las tesis y las variantes para ejecutar un proyecto de reforma universitaria.

Julio Antonio Mella, secretario general del Directorio de la FEU, encabezaba las acciones para organizar a los alumnos de la segunda enseñanza tanto en centros públicos como en privados, y preparar un congreso, cuya agenda implicaba pronunciamientos sobre temas nacionales y extranjeros.

El Primer Congreso Nacional de Estudiantes (octubre de 1923) constituyó una verdadera hazaña. Y su impacto político, social y cultural podría ilustrarse con la votación unánime que aprobó la «Declaración de derechos y deberes del estudiante»:

1. El Estudiante tiene el derecho de elegir los directores de su vida educacional, y de intervenir en la vida administrativa y docente de las Instituciones de Enseñanza, ya que él es soberano en estas instituciones que sólo existen para su provecho.

[...]

3. El Estudiante tiene el deber de ser un investigador perenne de la Verdad, sin permitir que el criterio del Maestro, ni del Libro, sea superior a su Razón.

4. El Estudiante tiene el deber de permanecer siempre puro, por *la dignidad de su misión social*, sacrificándolo todo en aras de la Verdad moral e intelectual.²⁰

Los acuerdos del Primer Congreso Nacional de Estudiantes multiplicaban la convicción personal y colectiva de que existían miles de nuevos sujetos sociales, dispuestos a pelear por el reconocimiento de un espacio autónomo en la vida pública. Los adolescentes de los institutos de segunda enseñanza, de las escuelas normales y de la enseñanza privada, se hermanaban con los universitarios y reclamaban también el acceso al liderazgo grupal.

Los universitarios coordinaban con ellos y, además, interactuaban con las organizaciones obreras, profesionales, y las agrupaciones culturales.

²⁰ Julio Antonio Mella. «Declaración de derechos y deberes del estudiante». En: *Mella. 100 años*. La Habana, Editorial Oriente/Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente, 2003, t. 1, pp. 45-48. (El subrayado de A. C.).

Se impulsaba un diálogo democrático entre agentes del cambio social, que se autoimaginaban como sujetos iguales, interdependientes, y con roles cada vez más precisos. Se hermanaban para identificar nuevos objetivos y para estudiar cómo implementarlos.

Estudiantes, obreros e intelectuales coincidieron en el proyecto de la Universidad Popular José Martí. Los primeros se entrenaron como maestros en las asignaturas que los segundos eligieron como prioritarias. Todos compartían nuevos saberes y funcionaban como sujetos culturales, con la autoestima en ascenso y la convicción de las ventajas múltiples, derivadas de la interdependencia de los roles públicos y de la justicia de las aspiraciones emancipatorias como nuevas fuerzas del cambio social.

XIII

Un estudiante testimonia

Entre abril y junio de 1920, el estudiante Nicanor McPartland escribió en un diario sobre su primer viaje a México, donde quería matricular en el Colegio Militar de San Jacinto. Redactaba para sí mismo y para la novia Silvia Masvidal. El 14 de abril anotaba:

Tengo ya el plan para escribir un drama, cuyo título será «Julio Antonio o la voluntad».

[...] Sólo la falta de Fe y Voluntad ha impedido que lleve a la acción esas ideas guardadas en el cerebro. Porque facilidad para escribir no me falta. Conozco claramente que tengo vocación, o mejor dicho, facilidad para la Literatura. Pero muy en breve llevaré la vida que me corresponde. Vida plena de acción intensísima y sosteniendo el imperio de la voluntad.²¹

Nicanor McPartland era el nombre legal del futuro líder estudiantil que se autobautizaría como Julio Antonio Mella, a partir de su ingreso en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana (octubre de 1921).

²¹ Véase Ana Cairo. «Julio Antonio o la voluntad de un altivo Prometeo». En: *Mella. 100 años. Ob. cit.*, t. 2, pp. 259-280. La cita en pp. 259-260.

Nicanor (como un original Pigmalión) automodelaba a Julio Antonio, su *alter ego* protagonista de una nueva épica estudiantil.

Este «[Diario del primer viaje a México]»²² anunciaba una forma singular de profecía en cuanto a la génesis del líder. No obstante, sólo se conoció fragmentariamente (a través de la prensa mexicana), cuando ya él había muerto asesinado (10 de enero de 1929); y sólo se publicó completo en el 2002.

La leyenda de Julio Antonio prevaleció como uno de los iconos del movimiento estudiantil y del revolucionario. Por el contrario, la historia personal de Nicanor sólo se mantendría conocida en los grupos de especialistas. Las aventuras para «la vida plena de acción intensísima» de Julio Antonio multiplicaban el impacto social, por intermedio de las versiones orales y escritas, narradas por los familiares, los estudiantes, los obreros y los intelectuales.

Julio Antonio era un paradigma de la ética y la praxis política y social revolucionarias. Su efigie se hermanó con la de los ocho estudiantes de medicina en 1871. Así, se construyó el imaginario de los mártires, como una serie abierta, a la que se incorporarían las nuevas víctimas de la satrapía machadista y, después, de la batistiana.

XIV

Atletas, músicos y teatristas

El Directorio de la FEU y un sector reformista del claustro profesoral se unieron para fundar la Comisión Atlética Universitaria, con los siguientes objetivos:

- El impulso a la práctica de deportes.
- La organización de diferentes equipos Caribes, los cuales deberían favorecer una identidad corporativa para campeonatos y competencias.
- La edificación del Stádium Universitario, un proyecto que suponía la obtención de recursos financieros estatales y privados.

²² Julio Antonio Mella. «[Diario del primer viaje a México]». En: Adys Cupull y Froilán González. *Hasta que llegue el tiempo*. La Habana, Editora Política, 2002, pp. 3-81.

Algunos estudiantes con habilidades para el canto y la actuación se agruparon, a modo de una compañía. Realizaban funciones en teatros, cuya recaudación se destinaba al Stádium. También realizaban programas gratuitos, sólo por el placer de las giras. Se presentaron en Regla, Guanabacoa, Santiago de las Vegas, San Antonio de los Baños, Güines, Artemisa, Jaruco, Santa Clara y Cienfuegos, entre otros lugares.

Carlos Robreño, graduado de abogado, decidió publicar *Cinco años de estudiante. 1918-1923. Narración de hechos y costumbres estudiantiles* (1928), en el que relató anécdotas desde los momentos inaugurales de las ansiedades del primer día de clases hasta los gozos de la graduación.

Robreño diseñó un inventario variadísimo de motivos:

- El miedo a las novatadas.
- Los terrores de algunos estudiantes de Medicina sin vocación.
- Las bromas y malacrianzas grupales en los tranvías.
- Las casas de huéspedes.
- Las elecciones en las asociaciones estudiantiles.
- Las manifestaciones, en las que arrollaban.
- Los bailes y las comidas campestres.
- Las visitas de novios.
- El finalismo en los estudios, previo a los exámenes.
- Los hábitos de los aficionados a los deportes.

Él se desempeñó como actor ocasional, porque prefería escribir los textos cómicos. Entre sus piezas breves estaban: *El Congreso de Estudiantes*, *La revolución universitaria*, *Los prácticos de farmacia* y *No hay formol*. Actuó con el papel de un estudiante negrito (en la tradición del teatro popular) en unas escenas burlescas, alusivas a la entrevista del presidente Zayas con una delegación estudiantil que le solicitaba fondos para el Stádium.²³

Este teatro hecho por estudiantes también era conocido con el nombre de *bataclán*; y se tornó famoso como uno de los referentes de las diversiones hasta 1927.

²³ Carlos Robreño. «La farándula pasa» (capítulo XII), «Cómicos de la legua» (capítulo XIII). En: *Cinco años de estudiante. 1918-1923. Narración de hechos y costumbres estudiantiles*. La Habana, Cultural, 1928, pp. 60-65, 66-71.

Por otra parte, Alejandro García Caturla (1906-1940), alumno de la Facultad de Derecho, innovaba en la música sinfónica, como vocero del nacionalismo vanguardista. Además, él componía danzones y experimentaba con la *jazz band* Caribe, que fundó con otros jóvenes universitarios.²⁴

XV

La génesis de un crítico literario

Entre 1923 y 1925, varios poetas y críticos literarios, algunos miembros del Grupo Minorista,²⁵ trabajaban con sistematicidad en la preparación de *La poesía contemporánea en Cuba*. Discutían los textos en la biblioteca Falangón, anexa al domicilio de Rubén Martínez Villena (1899-1934).

Los críticos José Antonio Fernández de Castro (1897-1951) y Félix Lizaso (1891-1967) aparecieron como los compiladores de *La poesía...* En 1926, se editó en Madrid y ese mismo año circulaba en La Habana.

La poesía... se abría con una selección de textos de José Martí y Julián del Casal (1863-1893), para realzar que los dos creadores modernistas eran los padres espirituales de todos los bardos antologados.

Roa disfrutó *La poesía...* con doble provecho intelectual, porque sistematizó los conocimientos en torno a nuestra evolución modernista y pudo ampliarlos en diálogos con los vates y los exégetas.

En la Universidad Popular José Martí, él anudó una amistad profunda con Martínez Villena y José Z. Tallet (1893-1989). Por intermedio de ellos, se acercó a Juan Marinello (1889-1977), Manuel Navarro Luna (1894-1966), Regino Pedroso, Fernández de Castro, Lizaso y Jorge Mañach (1898-1961), entre otros. Estudió *Ismaelillo* y *Versos sencillos* con entusiasmo. Se decidió a publicar «Martí, poeta nuevo» en 1927. *Revista de Avance*, un proyecto vanguardista que impulsaban —fundamentalmente— Marinello y Mañach.

²⁴ Véase, Leonardo Acosta. *Descarga cubana: el jazz en Cuba, 1900-1950*. La Habana, Ediciones Unión, 2000, pp. 35-36.

²⁵ Ana Cairo. *El Grupo Minorista y su tiempo*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978.

Con veinte años, Roa sorprendía como crítico literario impresionista, porque demostraba una imaginación audaz para correlacionar:

No sólo lo noviestructural es lo genuino. Tan revolucionarios fueron los versos de Rubén Darío como lo son ahora las estrofas dinámicas de Block. Todo el que cumple ampliamente con su tiempo lleva en sí una partícula de eternidad [...]. [...] La intensidad y el dramatismo de esos endecasílabos pujantes sólo encuentran eco en el poema «Los doce» de Alejandro Block. En la literatura de vanguardia —al menos en la americana— no hay nada parecido a los *Versos libres* de José Martí [...]. La visión de la vida a través de un prisma puramente plástico alcanza en la poesía de Martí sorprendentes cristalizaciones. Y al desborde inagotable de color y luz se aúnan, como en milagrosa concreción, la riqueza verbal y la soltura en el procedimiento. Tampoco le es ajeno el don sintético.²⁶

Si se sentía capaz de emitir una opinión argumentada sobre la fascinación que le inspiraba Martí, podía arriesgarse a evaluar los poemas de sus amigos Martínez Villena y Tallet. En el «Suplemento Literario» del *Diario de la Marina*, Fernández de Castro había decidido homenajear, con evidente intencionalidad política, a dos poetas incluidos en el proceso comunista (julio-agosto de 1927). Martínez Villena había sido hospitalizado con una pulmonía. La dictadura machadista lo había declarado un preso político. Con buen sentido del humor, el revolucionario había soportado la custodia permanente de un policía.

Cuando él estaba convaleciente y en libertad bajo fianza, Fernández de Castro diseñó una página completa del «Suplemento Literario» del *Diario de la Marina* para rendirle homenaje. Se escogieron catorce poemas, que acompañaban a «Rubén Martínez Villena. Semblanza crítica» (2 de octubre de 1927), firmada por Roa.

La «Semblanza...» avalaba las calidades del poeta y permitía la sugerencia en días posteriores, auspiciada por Fernández de Castro y Alejo Carpentier (1904-1980), de organizar una colecta pública entre

²⁶ Raúl Roa. «Martí, poeta nuevo». (1927. *Revista de Avance*, 30 de agosto). En: *Órbita de la Revista de Avance*. La Habana. Ediciones Unión, 1965, pp. 165-169.

amigos y admiradores, para reunir el dinero y publicar un libro con todos sus poemas.

Rubén rechazó el volumen, después de polemizar con Jorge Mañach.²⁷ Sin embargo, le gustó la «Semblanza...». Precisamente por ello, en 1936, la familia de Rubén le pidió a Roa un ensayo para que sirviera como prólogo a *La pupila insomne*.

La «Semblanza...», uno de los ejemplos mejores de Roa como crítico de poesía, quedó relegada al olvido por decisión autoral, puesto que él prefería dedicarse a cultivar las posibilidades del género biográfico.

«José Z. Tallet. Semblanza crítica» (27 de noviembre de 1927) también apareció en el «Suplemento Literario». Se trataba de un gesto admirativo hacia un amigo, que prefería la circulación en privado de sus versos. La exégesis involucraba elementos testimoniales desconocidos, porque el crítico comentaba pormenores de la biografía y de la poética del creador.

La «Semblanza...» quedó olvidada por varias décadas. Todavía recuerdo la cara de sorpresa gozosa cuando le facilité a Tallet una copia en la década de 1970. Él telefoneó a Roa y después se la mandó. Ambos coincidían en que dicho ejercicio crítico era muy valioso, no sólo porque había sido uno de los primeros, sino porque también demostraba el talento del intelectual bisoño.

Hasta 1934, Roa hizo crítica literaria. En *Bufa subversiva* (1935), recogió textos (como los dedicados a Alejandro Block y a Manuel Navarro Luna). Por decisión propia, abandonó esa labor y desdeñó salvar del olvido algunos materiales dispersos en revistas y periódicos.

Los trabajos de crítica literaria han resultado muy útiles para el estudio del proceso de formación del escritor. Se han podido analizar los inventarios de preferencias en cuanto a autores y obras, los tipos de asociaciones comparativistas y las técnicas discursivas. Se ha observado que el imaginario tropológico del modernismo le dejó huellas estilísticas entre 1927 y 1934. Se ha apreciado también, cómo se propuso evolucionar —con rapidez— hacia una estética vanguardista, en la que comenzaba a distinguirse Pablo de la Torriente Brau, a partir de sus cuentos en *Batey* (1930).

²⁷ Véase «La polémica Rubén Martínez Villena-Jorge Mañach». En: Ana Cairo. *El grupo...*, ob. cit., pp. 357-374.

XVI

Un ex futbolista cuentista

En 1923, Pablo de la Torriente Brau ingresó como mecanógrafo en el bufete Giménez Lanier-Ortiz-Barceló. Su labor específica era la de servirle de secretario particular al doctor Fernando Ortiz (1881-1969), un famoso científico social y, entonces, miembro de la Cámara de Representantes, en la que se distinguía como vocero del grupo Izquierda Liberal.

El jefe Ortiz y el secretario Pablo tenían complicidades, porque ambos escribían sobre asuntos muy ajenos al bufete. Martínez Villena, el secretario anterior de Ortiz, había aleccionado a Pablo sobre cómo utilizar una parte del tiempo laboral para la creación literaria.

Pablo hacía cuentos y antes había jugado fútbol americano. En *Batey* se autopresentó con humor:

[...] Caballero Gran Medalla de Oro, con distintivo negro-anaranjado, de la Orden de la Unión Atlética Amateurs de Cuba. Decano de la Sociedad de Empleados del Bufete Giménez, Ortiz y Barceló en comisión al servicio del Dr. F. Ortiz. Mecanógrafo de Mérito. Taquígrafo Graduado. Alumno de Dibujo de la Escuela Libre dirigida por el pintor Víctor Manuel y domiciliada en cualquier café de La Habana. Ex redactor anónimo de periódicos desconocidos. Socio de Pro Arte Musical. Del Centro de Dependientes y de Gonzalo Mazas, etc., etc.²⁸

En «Páginas de la alegre juventud», el último de los textos en *Batey*, él incorporó la vida cotidiana de los atletas y espectadores, quienes intercambiaban *cheers* durante los juegos:

Jooyá... Jooyá... Jooyá...!
¡Cachúm! ¡Cachúm!
¡Ráh! ¡Ráh!
[...]

²⁸ Pablo de la Torriente Brau. «No 2. Pablo de la Torriente Brau». En: *Batey*. La Habana, Ediciones Cultural, 1930, pp. 5-10.

*¡Atlético! ¡Atlético! ¡Atléticoooooo!
Pláplápláplápla [...]»²⁹*

En el cuento se ficcionalizaron acontecimientos reales, organizados en bloques. Se construyeron espacios paralelos para sugerir acciones simultáneas y se emplearon juegos temporales (presente-futuro). Se evidenciaba que había talento para las audacias vanguardistas.

En octubre de 1930 se cumpliría el cincuentenario del primer curso de filosofía impartido por Enrique José Varona (1849-1933). Desde los primeros meses del año, José María Chacón y Calvo (1893-1969) organizó un comité nacional de intelectuales para que coordinaran un programa de varias instituciones y auspiciaran —a través de las amistades y de la solidaridad antimachadista— un homenaje continental en América Latina.

Fernando Ortiz pertenecía al comité y en su bufete se realizaban numerosas gestiones. De este modo, Pablo se relacionó con el Directorio Estudiantil Universitario (DEU), el cual era una de las organizaciones promotoras.

Roa, miembro de la directiva de la Asociación de Estudiantes de Derecho, fue designado uno de los representantes del DEU en el Comité. Así intimaron los dos jóvenes, quienes compartían amistades con Martínez Villena, Fernández de Castro y Tallet.

Pablo decidió matricularse en la Universidad para poder ingresar en el DEU y participar en sus acciones públicas. Los dos estuvieron en la manifestación del 30 de septiembre. Pablo resultó herido; y mientras convalecía, escribió «Informe oficial estudiantil sobre el 30 de septiembre de 1930», dirigido «a los hermanos lobos» (los policías habaneros de Antonio Ainciart). Eligió una narración con intencionalidad satírica, la cual reforzaba la denuncia política de los atropellos:

Y fue un maravilloso espectáculo de virilidad y de esperanza el ver cómo, hermanos lobos, a pesar de todo, y del despliegue de ustedes y de la napoleónica prestancia del ex estudiante Ainciart, nosotros, un pequeño grupo, fuimos capaces de obligarlos a ustedes a que «asesinasen» a «Felo» Trejo de una manera

²⁹ Pablo de la Torre. «Páginas de la alegre juventud». *Batey, ob. cit.*, p. 206.

refinadamente cobarde; a que se armase en La Habana una pequeña revolución y a que estallase en toda la República la cólera subterránea que guarda hace tiempo en su seno irritado...³⁰

Pablo sorprendió con la inmediatez de su texto y la valentía de la denuncia, lo cual podría hermanarlo con la praxis eficiente de José Martí en torno a los sucesos de los ocho mártires de 1871.

La mayoría del DEU fue encarcelada el 3 de enero de 1931. Ellos salieron en libertad el 9 de abril. Pablo, de nuevo, se adelantó con el relato «105 días preso» (*El Mundo*, 26 de abril-8 de mayo de 1931), en el que contaba la vida de todos en el Castillo del Príncipe y en la Cárcel de Nueva Gerona.

La necesidad de ajustarse al espacio disponible en cada número del diario influyó en la estructura: doce capítulos con títulos independientes. Cada uno se subdividía en epígrafes. Se alternaban las primeras personas del plural (predominante) y del singular. El contrapunto de nosotros (los estudiantes) y yo (Pablo) se realizaba, porque servía al objetivo unitario de exaltar el heroísmo colectivo contra la satrapía, sin ocultar las diferencias ideológicas que habían gestado la aparición del Ala Izquierda Estudiantil, del cual Pablo era uno de los fundadores.

El humor impregnaba el relato de la cotidianeidad de los presos políticos:

Al fin, el sueño empezó a dominarnos.

Pero la realidad es que otro «agitador» con carácter de verdadero profesional, vino entonces a ayudarnos. Era un hombre gordo, casi ballénico, que panza arriba roncaba tirado sobre una colombina.

Aquello no era roncar. Aquello era sencillamente un aeroplano hecho hombre. O un automóvil de doce cilindros. De súbito hacía frrrrrris, fatajak, y de pronto cambiaba y hacía como una sirena de barco, pidiendo auxilio, fuiiii... fuiiii. No nos quedó más

³⁰ Pablo de la Torre. «Informe oficial estudiantil sobre el 30 de septiembre de 1930» (revista *Alma Máter*, octubre de 1930). En: *Hombres de la revolución. Pablo. Páginas escogidas*. Compilación de Diana Abad. La Habana, Imprenta Andrés Voisin, 1977, pp. 47-49. La cita en p. 48.

remedio que levantarnos en masa para ir a observar de cerca al «fenómeno» a despecho de la protesta del jefe de la galera. ¡Era el Titta Rufo del ronquido!³¹

De nuevo, Pablo incorporó a la narración *cheers*, en este caso políticos:

Riqui ti cás, cas, cas
Riqui ti cás, cas, cas
Calvo, Calvo
*Zas, zas, zas [...]*³²

Con «105 días preso», Pablo jerarquizó a los estudiantes como sujetos políticos y culturales autónomos. La memoria específica de su contribución antimachadista debería ser relatada por ellos mismos, como una necesidad impostergable del combate político y social. Ellos podrían ser identificados como un sector de los *libertadores*³³ modernos, quienes —además— tenían la ventaja histórica de no ser ni responsables ni cómplices del pasado.

XVII

Un poeta cronista

Tras el impacto favorable en la recepción pública del «Informe oficial...» y de «105 días preso», otros estudiantes decidieron hacerse cronistas. El poeta neorromántico Rafael García Bárcena (1097-1961), miembro del DEU, quiso continuar la saga con «105 días huyendo» (*El Mundo*, 21 de mayo-4 de junio de 1931), subdividido en catorce partes. En la primera, estableció el nexo:

Nosotros, los que logramos evadir el Príncipe y Nueva Gerona,
gracias a la complicidad de insospechados escondites, fugas

³¹ Pablo de la Torriente Brau. «III. En la galera 10». En: «105 días preso». En *Pluma en ristre*. La Habana, Dirección de Cultura, 1949, p. 22.

³² Pablo de la Torriente Brau. «I. Cómo fuimos detenidos». En: *Pluma...*, ob. cit., p. 7.

³³ Véase Julio Antonio Mella. «Los nuevos libertadores» (revista *Juventud*, noviembre de 1924, pp. 7-8).

espectaculares y afiligranadas simulaciones, también tenemos nuestra historia. Bien es verdad que no hemos vivido el drama horrible de ver desfilar las caravanas de veinticuatro horas desde un espacio limitado por cuatro paredes sombrías. Pero hemos vivido bajo una persecución interminable. Por eso estos artículos se titulan «105 días huyendo». Viene a ser la segunda parte, el complemento de «105 días preso».³⁴

García Bárcena amplió la denuncia política de los atropellos al relatar el ataque de unos porristas en la lechería de Manrique y San Lázaro:

Allí, noche tras noche, se reunía un enjambre de estudiantes para conspirar contra el Gobierno. Todos los estudiantes de las inmediaciones concurrían a este cafetín, y se congregaban en torno a las mesas a desahogar verbalmente sus resquemores y sus odios. Además, entre el ir y venir de las pacíficas tazas de café con leche, elucubraban planes y sistemas «para acabar con el hombre» [...]. Una noche cuando más compacto era el grupo de la lechería de Manrique y San Lázaro, surgieron por las cuatro calles correspondientes varios grupos de porristas. Eran como quince en total. Irrumpieron en el café intempestivamente y la emprendieron a golpes de *black jacks* con todo el mundo. Entonces se formó una verdadera batalla campal. Los agredidos esgrimieron sillas que fueron descargadas, más o menos afortunadamente, contra los porristas agresores. Ellos armados como estaban dieron de *black jacks* a diestro y siniestro, y dispararon los revólveres hasta saciarse, aprovechando que los ocupantes del café estaban desapercibidos sobre lo que había de sobrevenirles. Los dependientes, al considerar el abuso que se estaba cometiendo levantaron en alto las sillas que fueron descargadas contundentemente contra los alevosos agentes del Gobierno [...]. Cuando los porristas se sintieron satisfechos, abandonaron el cafetín, y se marcharon tranquilamente. El interior del café parecía un fuerte recién tomado. Cuerpos ensangrentados y maltrechos

³⁴ Rafael García Bárcena. «I. Ciento cinco días». «105 días huyendo». *El Mundo*, 11 de mayo de 1931, p. 11.

yacían por el interior del establecimiento, por las aceras, por la calle. Los mármoles de las mesas quedaron destrozados. Los cristales de las vidrieras, hechos añicos. Las pérdidas ascendieron a trescientos pesos. Sin embargo —con la estación de policía a cuadra y media— no hizo acto de presencia ni un solo agente de la autoridad.³⁵

«105 días huyendo» no se ha recogido en un libro. García Bárcena privilegiaba sus textos poéticos y —sobre todo— los filosóficos. Por desgracia, no se ha indagado lo suficiente sobre sus labores como director de publicaciones estudiantiles y como cronista dialogante con Torriente Brau.

XVIII El Loco Roa

Entre noviembre de 1927 y mayo de 1928, el Rector y los profesores machadistas lograron dismantelar el DEU, que había surgido para combatir la prórroga de poderes. Las expulsiones de alumnos se habían utilizado con el objetivo de pacificar la Universidad.

En el curso 1929-1930, Roa decidió matricular las asignaturas del primer año de la carrera de Filosofía y Letras, mientras avanzaba en la fase final de la de abogado.

Él se autoconsideraba un revolucionario marxista y antimperialista, pero no le interesaba afiliarse al Partido Comunista. Estaba comprometido con el grupo que aspiraba a reestructurar el DEU y —como parte de la estrategia— salió electo en la directiva de la Asociación de Estudiantes de Derecho.

Adquirió fama de buen orador y recibía encargos constantemente. La conferencia sobre el pensador argentino José Ingenieros (1877-1925) podría ser ilustrativa de su seriedad profesional. Probablemente, la pasión y la fluidez expositiva con que hablaba y la impactante gestualidad discursiva, contribuyeron a que se le dijera que parecía algo así como un *Loco*. Le gustó el mote y se encargó de difundirlo.

³⁵ Rafael García Bárcena. «XIII. La lechería de Manrique y San Lázaro». *El Mundo*, 2 de mayo de 1931, p. 15.

El *Loco* también aprendió de las audacias de Pablo (a quien comenzó a llamar *Abuelo*) y se propuso convertirse en narrador.

Quizás, desde la lectura inmediata del «Informe oficial...», surgieron las primeras anotaciones, contrastantes con las de Pablo, sobre la manifestación del 30 de septiembre de 1930. No fue hasta el año, que leyó en público «Rafael Trejo y el 30 de septiembre», primera versión de «La jornada revolucionaria del 30 de septiembre», cuya primera parte apareció en el periódico *Ahora* (15 de abril de 1934).

El *Loco* se proponía con «La jornada...» fijar una memoria oficial, con el consentimiento explícito del grupo fundacional del DEU de 1930. Justamente por ello mencionó con especial minuciosidad a todos los que se les reconocía la presencia entre 1929 y 1930. Algunos fueron retratados:

Breá, me dijo primero quién era y después me planteó la cuestión. Era —es— un tipo largo, prieto, de andar inverosímil, santiaguero, inteligente, de una conversación ingeniosa, capaz de —ignorándolo todo— cocinar al minuto la tesis más profunda y abstrusa sobre cualquier ramo del conocimiento; pero incapaz de asimilar la línea revolucionaria del proletariado, ni ninguna otra.³⁶

Roa contó los antecedentes del hecho histórico, como lo ocurrido el 27 de noviembre de 1929. Reprodujo los manifiestos. Hizo diálogos. La narración en la primera persona del singular predominaba. El presente se combinaba con el copretérito. No obstante, el estilo cambiaba, cuando se arribaba a la mañana del 30 de septiembre. Entonces, utilizaba de nuevo la primera y la tercera persona del singular y del plural; y la simultaneidad de imágenes, que tributaba al esquema primario de un montaje cinematográfico:

—¡Muera Machado! ¡Abajo la tiranía! Un toque de clarín rompe el tumulto y enardece los pechos: es Alpizar. Alguien saca una bandera cubana. La manifestación se organiza y se pone en

³⁶ Raúl Roa. «La jornada revolucionaria del 30 de septiembre». En: *Bufa subversiva*. La Habana, Cultural, 1935, pp. 64-94. La cita en p. 64.

marcha. No llevamos más armas que los puños selváticos de Pepelín y de Pablo de la Torriente. Policía que tocan, policía que cae. Huyen, como bóldos, los transeúntes. Estrépito de puertas, tiros.

—¡Abajo la tiranía sangrienta! ¡Abajo el imperialismo yanqui!... La policía acuchilla en dos la manifestación. Los estudiantes se defienden como pueden. Confusión. Disparos repetidos manchan de blanco la mañana gris. Ainciart, machete en mano, dirige el ataque brutal. Pepelín tira a un policía de un tortazo. Del otro lado de la calle suben toletazos y gritos. Cae Pablo de la Torriente con la cabeza ensangrentada. Juan Marinello, es detenido por el propio Ainciart, cuando se disponía a auxiliarlo... (pp. 91-92)

«30 de marzo de 1927» surgió como una derivación de «La jornada...», con el propósito de establecer una versión oficial del acto fundacional del DEU de 1927. Evocó aquella mañana de insurgencia, iniciada en el Patio de los Laureles y concluida en el domicilio de Enrique José Varona (Línea y 8). Contrapunteó los tiempos verbales (presente, pretérito, copretérito y antepresente); alternó las primeras personas del singular y del plural, con las terceras, sobre todo en las descripciones:

La universidad toda olía a primavera. Fragancia en el aire y fuego en los espíritus. Los estudiantes de Derecho, Filosofía y Ciencias, inquietos de la más viva inquietud, como obedeciendo a una misma consigna irresistible, se han ido concentrando junto al centenario Laurel. [...] Abandonaron unánimemente las aulas frías, ansiosas de sol y de polémica. [...] Discuten, gesticulan, gritan. Cada vez más, el contingente juvenil se ensancha. [...] Todos se pronunciaron con el mismo acento combativo y ardiente. Pero somos tantos que oír resulta difícil. Entonces, alguien, interpretando el sentir de todos, ordena: ¡Al Stádium!

Y allá vamos, decididos y anhelosos de convertir la protesta oral en acción [...].

[...] Mientras la policía distraía su atención persiguiendo y apaleando a los estudiantes que, totalmente desarmados, le hicieron

heroico frente, el grupo segregado invadía la casa de Varona. Recuerdo nítidamente el momento.³⁷

Roa empleaba una gradación como modalidad retórica de plasmar el apasionamiento juvenil. Imponía un lenguaje metafórico, en el que los elementos naturales se transfundían en estados anímicos. Se trataba de un recurso que había sido dominante en la estética romántica de los revolucionarios de José María Heredia (1803-1839) a José Martí, como podría ilustrarse con «Himno del desterrado» (1825) y el ya citado poema a los mártires de 1871.

Él demostraba haber alcanzado un primer nivel cualitativo en sus experiencias como escritor literario, al instrumentar una modalidad discursiva, en la que defendía la tesis de que su generación era la continuadora legítima —e indiscutida— del imaginar incultural de los jóvenes mambises, románticos en cuanto a las mentalidades sobre una cosmovisión del yo colectivo y a una praxis estética. Él afirmaba que el 30 de marzo de 1927 era una raíz fecunda —al menos— en dos direcciones: por la voluntad de tradición al desarrollar una nueva épica mambisa, y por ser la matriz del 30 de septiembre de 1930:

Aplastada circunstancialmente esa lucha por la fuerza, revivió ella, más pujante y decidida que nunca, el 30 de septiembre de 1930, en que la heroica jornada tuvo una sangrienta culminación. Un claro sentido matinal enlaza a ambos días en el recuerdo y en la historia. Idéntico el móvil, parejo el valor derrochado, unánime la esperanza en tiempos radicalmente mejores (p. 63).

En «30 de marzo...», él reconstruía un hecho ocurrido siete años antes. Probablemente, no conservaba apuntes de entonces y eso complicaba la evocación detallada en la variante de «La jornada...», Optó por diseñar un mural panorámico del heroísmo colectivo. Quizás encontró —por analogía técnica— las soluciones mejores en los modos expresivos de Diego Rivera (1886-1957) en las artes plásticas de México, o en los de Serguei Eisenstein (1898-1948) en la cinematografía de la Unión Soviética. *En el arsenal* (1929), mural perteneciente a la serie

³⁷ Raúl Roa. «30 de marzo de 1927». En: *Bufa...*, *ob. cit.*, pp. 58-63. La cita en p. 58.

El corrido de la revolución y hecho en las paredes de la Secretaría de Educación, Rivera pintó a Julio Antonio Mella. En *El acorazado Potemkin* (1926), Eisenstein recordó que la victoria de la Revolución Rusa de Octubre provenía del fracaso de los héroes de la Revolución de 1905.

Roa diseñó «La jornada...» y «30 de marzo...» como fragmentos de un mural literario. Legitimaba las escenas de una secuencia porque en la primera se apoyaba en el lenguaje coloquial y directo; mientras que en la segunda acudía a las resonancias románticas y modernistas. Reafirmaba las ventajas esenciales de un montaje en retrospectiva. Validaba su genealogía como vanguardista, atento a las formas del arte revolucionario internacional. Aspiraba a combinar la claridad y la eficiencia del mensaje ideológico con la actualización de las técnicas escriturales. Se hermanaba con Martí, Manuel de la Cruz y Torriente Brau para gestar imaginarios revolucionarios innovadores.

En 1934, él finalizó «De New York a Isla de Pinos con escala en el Príncipe» y «Presidio Modelo», textos dialogantes con la obra de Pablo. En «De New...» reproducía el formato de los apuntes rápidos en un diario de viaje. Se trataba de proponer una cronología de las acciones de su grupo, entre septiembre de 1930 y la salida del primer encarcelamiento (abril de 1931).

En julio, los miembros del DEU y del Ala Izquierda comprometidos con las acciones insurreccionales, que Roa había legitimado en el editorial de la revista *Línea* «Tiene la palabra el camarada máuser», regresaron a la prisión. Después de varias semanas reclusos en el Castillo del Príncipe, fueron transferidos al Presidio Modelo de Isla de Pinos. Allí estarían hasta 1933.

En la *Revista de La Habana* (1930), Roa había publicado «Federico y yo», un comentario entusiasta sobre la literatura confesional en el famoso diario de Federico Amiel.

«Presidio Modelo», el diario de Roa, podría haberse gestado, a partir de una habitual división de funciones entre los dos amigos. El *Abuelo* había elegido construir una red de informantes entre los presos comunes y políticos (de todas las ideologías), porque aspiraba a elaborar una monografía testimonial, que funcionara como una denuncia irrefutable de los crímenes masivos, cometidos bajo las órdenes del capitán Pedro Castells, jefe del antro carcelario.

El *Abuelo* se había formado como un sagaz analista de temas políticos y sociales en la interacción permanente con Fernando Ortiz entre 1923 y 1930. Quizás, cuando recolectaba los datos para «La isla de los 500 asesinatos» (1934) y —después— para *Presidio Modelo* (1935), fue cuando descubrió todo lo que le debía al antiguo jefe, a quien también le habían apasionado los problemas sociológicos de la comunidad carcelaria.³⁸

El *Loco* prefirió asumir la perspectiva de un narrador protagonista, quien combinaba el soliloquio introspectivo con la estampa costumbrista humorística. Se autoficcionalizaba, a partir de los gustos y estados anímicos:

Como el malogrado Lon Chaney, la vida tiene mil caras. Se maquilla y transforma por minuto. En esa variedad incesante estriba, precisamente, su inagotable interés. Yo amo la vida. Y la amo, aunque no pueda decirle, como Amado Nervo, que nada me debe y estamos en paz. En rigor, me lo debe todo. No me ha dado aún un goce supremo.

[...]

Prefiero el cine al ajiaco. Pero no cambio el ajiaco por Greta Garbo. Cuando yo existía —ahora sólo soy una sombra fichada— no perdía película de esta sueca desgarbada, que tiene más de figura geométrica que de mujer. Verdad es que antes yo me conmovía hasta con ese espectáculo vulgarísimo de la puesta del sol. No me explico ahora cómo pude yo ser así. Me he llegado a endurecer de tal suerte que ni yo mismo me conozco. En cambio, se me ha desarrollado monstruosamente el sentido crítico. Después de todo, no es tan malo estar preso. Por lo menos, se aprende a hacerlo todo a la vista del prójimo [...].

A veces, sin embargo, experimenta uno deseos locos de romperse el cráneo contra la pared. Es cuando sentimos, según nuestro lenguaje tan propio, que la prisión nos baila un desaforado jazz en la cabeza.³⁹

³⁸ Véase Ana Cairo. «La odisea para un grito de indignación». En: Pablo de la Torre. *Presidio Modelo*. La Habana. Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torre Brau, 2000, pp. 11-33.

³⁹ Raúl Roa. «Presidio Modelo». En: *Bufa..., ob. cit.*, pp. 152-174. La cita en pp. 153, 155-156.

En cuanto a la faceta de narración costumbrista, podría ilustrarse con las anécdotas de Gerardo y Puchito, trabajadores hermanados con los estudiantes. En la reconstrucción del habla de Gerardo, podría apreciarse el esmero del narrador:

Pues nada. Yo trabajaba en un puesto de frutas de San Antonio de los Baños. No hacía más que eso y por la noche darle con el curricán a una mulatica sabrosa que me había conseguido. Pero eso sí, honrado verdá. Pregúntale a Perico que me jama desde chiquito. No me metía con nadie. Todo el mundo me quería. Resulta que un día los comunistas armaron una tångana en el pueblo y yo, por curiosidad, fui a ver lo que era. ¡Pa qué habré ido! ¡Me cago un millón de veces en la hora que se me ocurrió ir!... Por la calle principal venían más de doscientos individuos con banderas rojas, gritando, cantando, con un alboroto del diablo y al frente un gran letrero que decía: «Exigimos la libertad de los negros de carburo». Realmente, me dio pena la prisión de esos negros, simpatiqué con la idea y me metí en el tumulto a gritar y cantar. En eso vino la guardia rural a caballo; dio plan que eso fue del culo. Tuve la salación que me atraparan. Me llevaron al cuartel. Allí después de sonarme otra vez me acusaron de petardista, de revolucionario, comunista, el mundo colorao. Por eso estoy aquí, por los negros de carburo, que yo ni conozco ni me importan... Tú ves, esa es la desgracia de los hombres: meterse en donde no lo han llamao... (p. 160).

Los «negros de carburo» no eran otros que los prisioneros de Scottboro, víctimas de la xenofobia racista en los Estados Unidos. Roa lo aclaró, en un ejemplo de cómo el narrador vanguardista titubeaba en cuanto a las libertades para reproducir un habla específica.

También —como Pablo— recurrió a la transcripción fonética de los gritos: «—Giraaá ¡qué malo eres Giraaaá!...». Con la adjetivación y los símiles en los sintagmas nominales se buscaban asociaciones novedosas:

«las fluviales barbas de Pablo» [...].
«velas saltarinas en el horizonte como blancos pañuelos que dicen adiós» [...].

«la galera parece esta tarde un enorme bostezo» [...].

Se empleaba la descripción basada en una enumeración caótica:

«Grajo, apretujamiento, rascabucheo, chicle, velocidad: el *subway*» [...].

Para *Presidio Modelo*, Pablo estudió el texto de Roa, porque necesitaba restringir las coincidencias temáticas. Los presos políticos debían ser caracterizados, porque ellos habían sido los primeros investigadores de los crímenes. En los seis capítulos iniciales concentró el tópico. Se autopresentaba en diálogo con todos los encarcelados.

En el relato «El tiempo» (capítulo XXVIII), presentó una experiencia individual y colectiva de los hombres en cautiverio. Utilizó el recurso de la personificación para expresar las angustias clave de los que vivían pendientes del reloj, el almanaque, las añoranzas de mujeres (no sólo en el aspecto sexual, sino en el afectivo), los sueños, el sentimiento de espanto, etcétera.

Pablo logró una adecuada eficacia dramática con este relato, que podía multiplicar el impacto emocional de los soliloquios de Roa. No obstante, los dos contribuyeron a la existencia del motivo literario de la enajenación de los presos. Aureliano Sánchez Arango (1907-1976) también incursionó con el relato «Hombres-fardos» (publicado en *Carteles*, 15 de abril de 1934).

XIX

***Bufa...*, libro vanguardista**

El 12 de agosto de 1933, Roa participó desde por la mañana en los numerosos hechos. Estuvo en el Palacio Presidencial, abandonado por las autoridades y visitado por miles de curiosos. Presenció los incendios de residencias y la destrucción del periódico *Heraldo de Cuba*. Vivió a plenitud las conmociones de un día histórico, porque comenzaba a cerrarse la etapa machadista, sin que hubiera posibilidades de una victoria revolucionaria.

Fue uno de los oradores —en nombre del DEU de 1930— en el entierro multitudinario de los restos de Félix Ernesto Alpízar, que

habían sido exhumados en el castillo de Atarés, uno de los antros de crímenes.

Se trasladó al campamento de Columbia (4 y 5 de septiembre) para enterarse sobre el golpe de Estado, instrumentado por el movimiento de los sargentos y la representación estudiantil del DEU de 1933. Se reincorporó a la vida universitaria. Terminó las últimas asignaturas. Resultó elegido delegado en la comisión depuradora, que debería juzgar a los cómplices del machadato en el claustro.

Entre julio y diciembre de 1934, Roa trabajaba —al menos— en dos direcciones. Seleccionaba los textos que creía mejores a partir de 1927 y evaluaba el deterioro de la situación político social en el primer año del batistato.

Bufa subversiva era el título para su primer libro, con el que deseaba circular una versión oficial de los actos de los estudiantes antimachadistas. Pablo y Aureliano aportarían respectivamente un prefacio y un epílogo. Así, se jerarquizaba el mensaje de una hermandad generacional. Su familia asumía el encargo generoso de financiarlo.

En *Bufa...*, Roa agrupó textos diferentes con una intencionalidad ideológica. Los capitulillos se denominaban como las bebidas de una noche de juerga. En el último, nombrado «Ron Bacardí», se yuxtaponían —a partir de un montaje con saltos temporales— tres textos, en los que se resumía la frustración presente y reiteraba la esperanza de una verdadera revolución.

El bloque abría con «Tiene la palabra...», que se inspiraba en un verso del poeta soviético Vladimiro Mayakovsky. Era como «La jornada...» un testimonio de la euforia patriótica.

En «Mongonato, efebocracia, mangoneo» (1933), comentaba sobre las diversas fuerzas políticas contendientes en el gobierno de Ramón Grau San Martín (septiembre 1933-enero de 1934). El analista político empleaba el humor para explicar la crisis de las instituciones estatales y de las organizaciones políticas. Reafirmaba con indignación el desencanto.

Retornaba a la narración confesional con «Interviú profética» (abril de 1934), como en «Presidio...». Se autoficcionalizaba:

Se me ocurre esta tibia noche de abril aromar los pulmones con acres fragancias marinas. Tumbo por el Malecón hacia la Punta.
[...]

Malecón y Galiano. Me detengo porque sí. Hago que miro el mar.
Luego el cielo, luminosa espumadera. En eso me pica el ombligo.
No me lo rasco. Y me siento en el muro.⁴⁰

El periodista Raúl Ortega de *El Crisol* lo entrevistaba prácticamente a la fuerza; y lo incitaba a una reflexión ensayística sobre los primeros meses del batistato.

No creía en «augurios de pitonisas», sino en las capacidades analíticas de una razón dialéctica marxista. Pensaba que se vivía de nuevo en una sentina tan degradada como la del machadato. Sin embargo, él creía en la posibilidad de una nueva situación revolucionaria. Seguía fiel a la declaración de combate del verso de Mayakovsky, que titulaba la arenga de 1931.

Los tres textos se articulaban como otra secuencia abierta. Se anunciaba otro momento de la épica revolucionaria. La esperanza funcionaba como una brújula política, que le permitía descartar una actitud pesimista ante una realidad muy cruel, porque podría destruir sueños:

[...] Esa crisis tiene salida real. Una salida revolucionaria de masas [...]. En otras palabras, una revolución agraria y antimperialista, que se prepara, organiza y desarrolla [...].

[...]

—Viejo, no me confundas con una vulgar pitonisa. Las transformaciones históricas están reñidas con el almanaque. Lo único que te puedo asegurar es que, más tarde o más temprano, ella se producirá [...].

[...]

—¿Un juicio de conjunto sobre el momento actual en una frase? Aquí está: ¡qué plasta!...

Y sigo Malecón abajo, dueño, otra vez de mí mismo, sin pensar en nada, magníficamente escoltado por un batallón de estrellas (pp. 349-359).

Bufa subversiva se terminó de imprimir alrededor de febrero de 1935. Roa repartía libros entre la familia y amigos, cuando se desencadenó la

⁴⁰ Raúl Roa. «Entreviú profética». En: *Bufa...*, *ob. cit.*, pp. 345-357. La cita en p. 345.

huelga de marzo. La mayoría de la tirada fue destruida con la brutal represión. En la dialéctica de la mentalidad revolucionaria, el futuro valía más que el pasado; no había tiempo para los lamentos, ni dinero para una reedición. Bastarían los ejemplares que circulaban.

Quizás, para Roa, la construcción de *Bufa...* había sido la aventura más fascinante, porque le había servido para una recapitulación personal, para un reajuste en los análisis políticos y en las opciones como escritor vanguardista.

En *Bufa...* había quedado lo esencial de sus «Paginas de la alegre juventud», como proclamaba el relato de Pablo, en ella se fijaba y se enaltecía una versión de la épica colectiva de los estudiantes antimachadistas y antibatistianos. Él quería confiar en que esta memoria honesta y fervorosa se salvaría del olvido.

En 1950, publicó *15 años después*, cuyo título remitía a la saga de Alejandro Dumas padre.⁴¹ En el prefacio, seguía declarando su amor por la *Bufa...*:

[...] Era un libro de combate y un libro de combate sigue siendo. Afirmativo y esperanzador, siempre abierto y pugnaz, como el espíritu que le infundió aliento y sentido. Era el libro de una generación destinada históricamente a la brega por el advenimiento de días radiantes, que acaso no serían suyos [...]. No conozco antídoto más eficaz para el escepticismo, el engolamiento y la papada que esta vibrante *Bufa subversiva* de mis años mozos.⁴²

Se entiende por qué Roa calificaba a su primera obra como un *asilo* (o arca de hermosos recuerdos); como una *espuela*, gestora de energías para la acción revolucionaria; y como un *renuevo* de aspiraciones éticas, en la mejor tradición literaria y patriótica de Martí, de la Cruz y Torriente Brau.

ANA CAIRO

⁴¹ Alejandro Dumas determinó que *Los tres mosqueteros* se continuaran con una segunda parte llamada *Veinte años después*. Roa se veía a sí mismo como un «mosquetero» permanentemente fiel a las aventuras cognoscitivas y prácticas de las revoluciones.

⁴² Raúl Roa. «Prefacio». En: *15 años después*. La Habana, Librería Selecta, 1950.



Precisiones sobre la edición anotada

Las complejidades de la labor para una segunda edición —anotada— de *Bufa subversiva* (1935) se pueden resumir en estas problemáticas:

Primera. Se trabajó con la edición príncipe de *Bufa...*, libro que Raúl Roa estructuró entre junio y diciembre de 1934. La obra había acabado de salir de la imprenta y comenzaba a ser distribuida entre familiares, amigos, condiscípulos y bibliotecas, cuando se desencadenó la huelga de marzo de 1935. Durante la feroz represión batistiana, los sicarios confiscaron la mayor parte de la tirada. No se llegó a vender en las librerías. Desde entonces, ya se cotizaba como una joya para los bibliófilos.

Segunda. Dentro de las acciones preparatorias del centenario del natalicio de Roa (a celebrarse el 18 de abril de 2007), se ha privilegiado esta necesaria segunda edición. Por otra parte, se ha añadido el azar concurrente de poder asociarla al ochenta aniversario de aquella dramática huelga.

Tercera. Se respetó la edición príncipe. No obstante, se han cumplido las obligaciones de corregir las erratas y de actualizar las normas ortográficas y tipográficas.

Cuarta. Se ha optado por una edición anotada, lo cual multiplica las formas de consulta. No se pudo acceder al archivo personal de Roa. Esto tornó imposible la pretensión de exhaustividad.

Quinta. Las notas incluidas por Roa en la edición príncipe se conservan y aparecen al pie precedidas de asteriscos. También al pie se ubican, precedidas por letras, algunas modificaciones del texto original que Roa deseaba incluir en una futura edición del libro, facilitadas



por su hijo, Raúl Roa Kourí. Las que aportó (sobre todo, aclaratorias de nombres, hasta donde fue posible), se han situado al final de los textos. Utilicé datos suministrados por Roa (en otros trabajos), Víctor Casaus, Fernando Martínez Heredia, Emilio Hernández y Carlos E. Reig.¹ Además —por supuesto— de las informaciones provenientes de mis búsquedas.

Sexta. Para evitar las repeticiones, se conformó un *anexo* con los siguientes ficheros, a los cuales deben remitirse los lectores:

- Personalidades
- Personajes
- Obras
- Prensa
- Organizaciones políticas y sociales
- Lugares históricos y geográficos
- Cronología de Raúl Roa (1907-1937).

Séptima. Se han fechado los textos (hasta donde fue posible). Se han indicado las publicaciones anteriores. Si ¿existe?, no se ha podido manejar una bibliografía de Roa. Trabajé con viejas fichas (algunas con más de treinta años) y datos que había ido registrando en mi ejemplar.

Octava. Después del material íntegro de *Bufa...*, se decidió incorporar la sección «Otros textos» para ofrecer cartas y artículos, los cuales permitirían contextualizar mejor el libro y facilitar la imprescindible profundización en la evolución ideológica y en la praxis política y cultural del intelectual revolucionario Roa. En algunos textos de Pablo de la Torriente, también había informaciones útiles sobre su hermano espiritual y se han incluido. Cuando son de Roa, no se indica autor; si pertenecen a Pablo, se aclara. Empleé materiales colectados por mí, Víctor Casaus y Fernando Martínez Heredia, con espíritu de hermandad solidaria.

ANA CAIRO

¹ Víctor Casaus, compilador de «Pablo: con el filo de la hoja». *La Gaceta de Cuba* [La Habana], enero-febrero de 1997, pp. 2-9; Fernando Martínez Heredia, compilador de «Inéditos de Roa». *La Gaceta de Cuba* [La Habana], septiembre-octubre de 1996, pp. 2-10; Carlos E. Reig Romero. *Correspondencia de Rubén Martínez Villena (mayo/1912-mayo/1933)*. San Antonio de los Baños, Editorial Unicornio, 2005.



[...] Tengo en perspectiva un libro maravillosamente absurdo. Ya está hecho prácticamente. Se titula «Bufa subversiva» [...]. Tiene esta Bufa tremendos aspectos y contingencias aladas.

CARTA A MANUEL NAVARRO LUNA
(1º de agosto de 1934)





Raúl Roa visto por Julio Girona





Bufa subversiva







Raúl Roa

BUFA SUBVERSIVA

Trago inicial

por

Pablo de la Torriente Brau

Fin de Fiesta

por

Aureliano Sánchez Arango

1935

Cultural, S.A.

Habana





Este es el libro de todos nosotros. El libro de una generación destinada históricamente a la lucha por un mañana luminoso y cordial que acaso no será suyo.

Cualquiera de nosotros —jóvenes que supimos ponderar el tesoro y aplicarlo responsablemente— pudo haberlo escrito. Por eso, lo abre Pablo de la Torriente Brau y lo cierra, para seguir siempre abierto, Aureliano Sánchez Arango.

Y por eso, también, va dedicado, por igual, a los jóvenes que ocupan un puesto de honor en la pugna revolucionaria contra la opresión imperialista y el fascismo, y a la memoria de Ramón Roa, mi abuelo, que peleó bravamente por la libertad en la manigua, junto a Ignacio Agramonte y Máximo Gómez, cuando la manigua y la libertad fueron el imperativo histórico.

R. R.





TRAGO INICIAL

por

Pablo de la Torriente Brau





Quando Raúl Roa murió hubo que celebrar dos entierros. Uno para los amigos y otro para los enemigos. A este concurrieron para despedir el duelo Jorge Mañach, Raúl Maestri, Pilar Jorge de Tella y otros. Al primer entierro acudieron sus amigos y hubo quien asistió a los dos acontecimientos. De hecho tan singular en la historia como el de un doble enterramiento dieron cabalmente cuenta los periódicos de entonces, a los que remito al lector. Ahora no tengo tiempo disponible, porque tengo que ir a comer con él a su casa ya que todavía no se ha muerto y se comen allí unos muy estimables espagheti.

Sin embargo, me parece muy prudente dejar aquí algunos datos para su biografía que pueden olvidar los diccionarios y los críticos.

Vivía en un cuarto, con una cama, una mesa, una maquinita de escribir prestada siempre por alguien y en la que no escribía nunca; tenía también un escaparate con dos espejos, bastante anticuado. Había allí dos estantes con numerosos libros: *El control obrero*, *La teodisea*, *Batey*, *Rusia en 1931*, todo Freud. Sobre la mesa más libros: *El capital*, *Páginas escogidas de Martí*, *Dramas de Shakespeare*, las *Catilinarias*, *Historia del materialismo* de Lange. Pero lo más importante del cuarto era la pared, llena de retratos: al lado del título de Bachiller, Mella y Lenin, José Carlos Mariátegui, más cojo que el cojo Estrada; Rubén Martínez Villena; el busto de Martí, por Sicre, incrustado con cabezas de Varona y Bolívar; Juan B. Kourí, que por estar en imagen no está hablando mal de Platón, de los seudosabios y de la mentira y de la infamia organizadas; José Manuel Valdés Rodríguez; Rafael Trejo; Navarro Luna en caricatura, o sea, «Mongo Paneque»; Juan Marinello, que fue de los que concurrió a los dos entierros; José Zacarías Tallet, con cara de

fauno; y en una foto, juntos: Aureliano, Guillot, Pendás, Carlos Martínez y el propio Raúl.

En la mesa hay dos retratos: en uno está toda la familia: el viejo Ramón Roa, ayudante de Ignacio Agramonte y, adheridos, el actual «Viejo» Roa, la «Vieja» Roa y la «Vieja» Gilda, con mucho menos melena que la que usa ahora.

En otro marco: Ada Kourí. (Se trata de un primer premio en cualquier lugar: aunque sea en New Orleans o en Jones Beach.) Podría actuar como estrella de la Metro, pero solamente vive en Perseverancia, adonde todas las noches va Raúl. (Este dato es muy importante para la biografía.)

Pero en el cuarto, lo que más se parece a Raúl es una composición fotográfica: por paradoja, él, que lo destrozaba todo, le gustaba componer algunas veces.

Es una composición tumultuosa: Aureliano en pose de arenga; Gabriel Barceló muerto; el Directorio de 1930, preso; la tumba de Mella, en México; tánganas estudiantiles; Arsenio Ortiz; Sylvia y Georgina Shelton; la policía frente a la Universidad; Mella de remero; Mongo Miyar y yo; y Teté Casuso y Ramiro Valdés Daussá y un perro de Isla de Pinos; tánganas estudiantiles; hombres asesinados en Santiago; heridos en Emergencias; Trejo herido; Benito Fernández; tánganas estudiantiles... Es una composición loca y agradable: lo más parecido a su biografía que hay en el cuarto.

Olvidaba dos detalles: en un rincón, sobre terciopelo rojo: la mascarilla en yeso de Rubén. Sobre otro estante: su cabeza en yeso bronceado por Julito Girona. Y aún quedan varias fotografías más; y el manifiesto del 30 de septiembre, redactado por él, manchado con sangre mía, aunque dicen que es de Trejo. Hay un título de Doctor en Derecho Público, para complacer a la madre. Y algunos pisapapeles de Isla de Pinos, como recuerdo del Presidio Modelo.

En este cuarto han sido creadas algunas cosas que nunca existieron, como Agis, el espartano. Y están juntas muchas cosas opuestas: el título de Bachiller y Mella; Lenin y Ada Kourí. Pero eso no importa.

Algunas veces en este cuarto ocurrieron cosas tremendas: la composición fotográfica se animó vertiginosamente en el insomnio: Trejo y Gabriel resonaron a gritos; la voz de Mella, era un estampido del mar; las manifestaciones de estudiantes se estremecieron aullando el lema de

«Muera Machado»: Raúl Roa se puso a escribir «Tiene la palabra el camarada máuser»... Pepe Tallet animó su cara de fauno y recitó «La rumba»: Raúl Roa le dijo mentiras a varias mujeres anteriores y les dedicó verdades fisiológicas; Rubén Martínez Villena tenía los ojos claros como su dialéctica maravillosa y en la noche de insomnio Raúl Roa hizo un artículo de estructura marxista irreprochable...

Pero Ada Kourí hace tiempo que está sobre la mesa en su retrato solitario. Por eso, hace tiempo también que Raúl Roa tiene una nueva locura: la del silencio. Del silencio, como una ofrenda creo yo, es que sale este libro que debe ser recuento del trabajo realizado.

Pero el libro no servirá para el biógrafo: ¡Ah, si yo contara episodios de La Cabaña, del Príncipe, el Presidio y la Universidad!... Pero en esta época de gases y petardos debo guardar silencio. ¿Qué museo guardará su lengua? ¿Y su melena?





**TOQUES DE VERMOUTH
EN PLENA
LEY SECA UNIVERSITARIA**





La actitud política y social de José Ingenieros*

Si en esta América infectada de caciquismo y de cultores de la espada, de intelectuales arrodillados y de viles tiranuelos, alguien merece vivir con perdurable destello en la memoria de los jóvenes es José Ingenieros,¹ que poseyó la singular grandeza de que «su pensamiento y su acción se confundieran, armónicamente, en una existencia sin dobleces ni debilidades».

En un bello artículo, publicado hace ya tiempo, Rubén Martínez Villena subraya, con encendida simpatía, su triple condición de carácter, apóstol y maestro. Lo sitúa entre los grandes de América, más allá de Rodó y de José Vasconcelos.

En efecto, la juventud perdió en él a uno de sus guías más leales y puros, a un hombre entero, que predicó con el ejemplo, que arrostró injuria, soledad y pobreza antes que torcer o callar, hipócritamente, su criterio. Por eso, porque lo vieron siempre dispuesto a perderlo todo, incluso la vida, antes que adherirse a la reacción y a la mentira organizada, los jóvenes se sintieron irresistiblemente atraídos por su noble figura. Por eso, cada año, en el aniversario de su dolorosa y prematura caída, los estudiantes de América se reúnen para comentar su obra, varia y nutrida y de calidades indiscutibles, para repasar su vida y reafirmar en ella su fe apasionada en que «todo tiempo futuro tiene que ser mejor».

Nosotros —hay que confesarlo— hemos dejado transcurrir dos efemérides en silencio. Hoy es la segunda vez que nos congregamos para

* Conferencia leída el 31 de octubre de 1929 en la Asociación de Estudiantes de Derecho.

conmemorarla públicamente. Y corresponde esa iniciativa, también por segunda vez, a la Asociación de Estudiantes de Derecho, que entiende con ello cumplir un deber irrenunciable al par que la manera más adecuada y fecunda de celebrar su cambio de directiva. Yo me permito advertir a los compañeros electos que esta simbólica coincidencia debe, tiene que traducirse en un esforzado acoplamiento de su gestión a los altos principios que formula Ingenieros en *Las fuerzas morales*, su obra póstuma, dedicada a la juventud, a la que asignó, con evidente impulso romántico, la dramática tarea de transformar el mundo. De pasada, me complazco, asimismo, en registrar la plausible labor de los compañeros salientes y mi profunda gratitud por haberseme deparado la oportunidad de levantar mi palabra en este acto.

Debo aclarar, inmediatamente, que no es mi propósito intentar un análisis riguroso del aporte científico y filosófico de Ingenieros a la cultura americana. Sobre la calidad y originalidad de ese aporte no se han puesto aún de acuerdo sus críticos y apologistas. Yo prefiero ahora eludir la cuestión. En definitiva, aun aceptando —que yo no lo acepto— que, a lo largo de su producción, predomina el divulgador sobre el creador, lo importante en él es su actitud ante la ciencia más que su obra científica, su posición crítica ante las abstracciones metafísicas más que sus *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, su vida acrisolada más que sus sermones laicos, en los que no resulta difícil percibir el eco de Guyau y la huella de Emerson. Y eso quedará.

Mi propósito se contrae, por un lado, a reseñar los puntos culminantes de su vida y a ofrecer los rasgos generales y la trayectoria de su obra y, de otro, en ocuparme más detenidamente en sus ideas políticas y sociales, en fijar su postura ante los grandes problemas históricos que conmueven la época.

Cuando Ingenieros nació —el 24 de abril de 1877— se verificaba en la Argentina la consolidación del poder industrial sobre las facciones agropecuarias que hasta entonces habían ejercido la dirección económica y política del país. Lucha implacable entre la pampa y la urbe, entre las viejas fuerzas feudales y los elementos pujantes de la burguesía que hallaron en la personalidad genial de Domingo F. Sarmiento su máximo líder. La transferencia del mando social y político a los intereses ascendentes, modificó, naturalmente, el panorama histórico e intelectual. A la vez que el capitalismo imponía su técnica peculiar, introdujo

sus conquistas mentales. Grandes inversiones financieras, particularmente británicas, aceleraron el proceso industrial con su consiguiente subordinación a Londres y el crecimiento y la organización del proletariado y la difusión de la teoría marxista se manifestaron paralelamente. El culto a la razón y al cientificismo, se pusieron de moda. En literatura, Rubén Darío fue el maestro. En el orden científico, el progreso se advirtió enseguida. Las ciencias naturales lograron inusitada primacía. Ramos Mejía orientó la medicina por los cauces de la investigación y de la experiencia. Florentino Ameghino —que según un escritor europeo merece sentarse a la diestra de Darwin— remató triunfalmente sus estudios paleontológicos, reclamando para América la gloria de ser este pedazo del mundo la cuna de la especie humana. Y mientras la religión entraba en crisis Comte y Spencer fueron deificados.

En ese ambiente de liberalismo político y de industrialismo económico, de predominio positivista y de ebullición proletaria, se desarrolló la juventud de Ingenieros. Hijo de un emigrado italiano, fundador de la Internacional, desde muy niño estuvo en contacto con intelectuales y conspiradores. Su casa era el centro de operaciones de los socialistas porteños. Durante todo el tiempo que permaneció en Buenos Aires, Enrique Malatesta era visita diaria y él asistía emocionado a las discusiones encarnizadas entre su padre y el célebre anarquista italiano.

No había cumplido aún los diecisiete años y ya andaba metido en andanzas revolucionarias. Aunque se confesaba socialista y secuaz de la Internacional, la realidad es que estaba más cerca de Bakunin que de Marx. La culpa la tenían, además de aquel y Malatesta, Max Stirner y Federico Nietzsche, cuyo rastro intelectual puede aún advertirse en sus últimos libros. El superhombre, la moral de los fuertes, la acción directa, le fascinaban. El motín callejero era su diversión favorita. En el Colegio Nacional —donde cursaba el bachillerato— sus maestros lo mostraban siempre como arquetipo de indisciplina y de aversión al estudio oficial. Era lógico. Un temperamento rebelde como el suyo y la fina calidad de sus neuronas no podían acomodarse al principio de autoridad ni a los conceptos escolásticos y raquíticos que le suministraban sus profesores. En cambio, la madrugada lo sorprendía en metódicas y provechosas lecturas.

Sus primeras escaramuzas políticas las hizo al frente de un periodiquito estudiantil titulado *La Reforma*, cuya publicación no pasó

del tercer número. La sublevación popular de 1890 tuvo en él su adhesión y su apoyo. Poco tiempo después, lo vemos encabezando revueltas estudiantiles, y al año siguiente, al producirse la llamada revolución provincial, fue uno de los directores del arriesgado asalto a la municipalidad de Avellaneda.

En este propio año ingresa en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires y es protagonista de un resonante suceso que llevó su nombre a la primera plana de todos los periódicos. Lo narraré escuetamente. La propaganda socialista había adquirido ya tanta fuerza y arraigo, que la Iglesia, que tan fuertemente ligada ha estado siempre a los intereses de la política argentina, acordó iniciar una contracampaña entre sus fieles, «señalando el peligro que traería el socialismo al país con sus postulados disolventes de la familia, la patria y la propiedad». Avisado por unos amigos que el cura de Magdalena iba a dedicar su sermón dominical a combatir el socialismo, desfigurando con fines sectarios sus verdaderos principios, Ingenieros decidió aparecerse en la iglesia y retar al pastor a una polémica pública en la plaza principal. Y así en los precisos momentos en que este desataba sus iras obesas contra los enemigos de Dios y de las sagradas instituciones del orden establecido, surgió aquel en la iglesia. Ingenieros se sentó tranquilamente en un banco a esperar que escampase la lluvia de invectivas que caía de labios del tonsurado energúmeno. Pero ante la inagotable sarta de estupideces y mentiras que estaba escuchando no pudo frenar su paciencia y, dirigiéndose resueltamente al púlpito, sacó de él, a empellones, al sacerdote empavorecido y, ante la estupefacción de las beatas y la tímida protesta de los feligreses, descargó una tremenda catilinaria contra el clero y la burguesía. La osada y pintoresca aventura le costó una tunda policíaca y varios días de cárcel.

Ingenieros concluyó su primer año de Medicina, obteniendo las mejores calificaciones. Sus profesores notaron en él una acusada aptitud para las ciencias médicas y biológicas.

Alumno interno del Hospital Nacional de Clínicas, concurrente asiduo a las clases prácticas, apasionado de su carrera, no se desvinculó por eso de sus inquietudes políticas y sociales. Estas asumieron, por lo contrario, un matiz ya definido. Ingenieros organizó el Centro Socialista Universitario e ingresó en el partido de los trabajadores haciéndose cargo de la Secretaría General del mismo.

En 1897 funda, junto al poeta Leopoldo Lugones, *La Montaña*, periódico que tuvo repercusión nacional y fue un defensor decidido de los intereses de la masa obrera argentina. En su primer número, Ingenieros explicó la filiación socialista de *La Montaña* con estas palabras:

Somos socialistas:

- a) Porque luchamos por la implantación de un estado social en que todos los medios de producción estén socializados; en que la producción y el consumo se organicen libremente de acuerdo con las necesidades colectivas, por los productores mismos, para asegurar a cada individuo la mayor suma de bienestar adecuado en cada época al desenvolvimiento progresivo de la humanidad.
 - b) Porque consideramos que la autoridad política representada por el Estado es un fenómeno resultante de la apropiación privada de los medios de producción, cuya transformación en propiedad social implica, necesariamente, la supresión del Estado y la negación de todo principio de autoridad.
 - c) Porque creemos que a la supresión de todo yugo económico y político seguirá necesariamente la de la opresión moral, caracterizada por la religión, la caridad, la prostitución, la ignorancia y la delincuencia.
 - d) Porque, en resumen, queremos al individuo libre de toda imposición o restricción económica, política y moral, sin más límites a la libertad que la libertad igual de los demás.
- Así, solamente así, concebimos la misión que el socialismo ha de realizar para la Libertad y por la revolución social.

Durante ocho meses *La Montaña* estuvo saliendo regularmente, suscitando cada número el odio y el ataque de la reacción que, pasando de súbito del plano polémico al activo, proyectó contra el periódico tan feroz batida que acabó con él. Esta circunstancia sirvió para constatar que no todos los que compartieron las jornadas de *La Montaña* poseían genuina consistencia política. En su gran mayoría, se fueron despavoridos a rumiar el recuerdo de sus hazañas revolucionarias en mansas ocupaciones burocráticas. Lugones, por su parte, se pasó al campo opuesto por unos mendrugos: su prosa restallante devino incensario de la burguesía y de la fuerza, proclamando, descocadamente, que el bienestar de América y del mundo radicaba en el dominio del sable. Recuérdese, para citar un episodio reciente, su abyecta defensa, con su lírico

colega José Santos Chocano, del régimen tiránico de Leguía, que ensangrienta y esclaviza el Perú.

En cambio, José Ingenieros se mantuvo siempre fiel a su ideario socialista, a la Internacional revolucionaria de Marx y Engels. Ciertamente que al graduarse de médico abandonó la barricada y el asalto por el laboratorio y la investigación. Pero esta retirada de la lucha activa —que fue sólo un paréntesis— no puede interpretarse como una dejación de sus principios. Cada vez que las circunstancias demandaron un pronunciamiento público, él lo hizo con la misma valentía y el mismo calor que en aquellos días inolvidables y turbulentos de su juventud. Y en todo instante sus libros fueron tribuna de su ideología política.

Tuvieron ellos, por eso, una considerable eficacia rectora. Cada nuevo ejemplar suyo era ansiosamente devorado por la juventud y los oprimidos, a los que llevaba el aliento y el acicate de su palabra fraternal y rebelde. Él seguía compartiendo sus inquietudes y agonías, sus esperanzas y afanes. Revítese su obra y se advertirá en toda ella un clamoreo constante contra el capitalismo y el churre politiquero, contra el dogmatismo y la hipocresía, contra la mentira y el sofisma, contra la simulación y el servilismo. Lo que en este sentido le debemos constituye deuda eterna.

En los últimos años de su carrera, Ingenieros especializó —a la sombra generosa de José María Ramos Mejía— en patología mental, orientándose, resueltamente, en los intrincados predios de Charcot y de Lombroso, de Maudsley y de Morselli. El conocimiento y trato del famoso criminólogo Pietro Gori, que dictó un breve curso en la Facultad de Medicina, agudizó en Ingenieros su apetito por los problemas psicopatológicos que actuaron sobre él, según Aníbal Ponce, su discípulo esclarecido, con la sugestión de un hechizo.

A los veintitrés años se graduó de médico y su tesis, *La simulación de la locura*, en la que hacía un prodigioso despliegue de sus conocimientos psiquiátricos y de muy agudas observaciones personales, obtendría el premio de la Academia de Medicina de Buenos Aires a la mejor obra científica publicada en el país. A propósito de su ejercicio de grado se cuenta una sabrosa anécdota que pinta admirablemente su carácter. Como carecía de recursos económicos solicitó de la Facultad que se le eximiera del pago de los derechos de grado, que eran excesivamente altos. Y como transcurrieron varios meses y aquella no

respondiese optó por ofrecerle la dedicatoria de su tesis al portero de la Facultad a cambio de que este le apresurara favorablemente el trámite. Ingenieros cumplió su palabra y así podemos ver al frente de *La simulación de la locura* esta frase deliciosa: «Al modesto y laborioso Maximino García, portero de la Facultad.» El tribunal examinador juzgó aquello como una grave irreverencia para sus miembros y antes de iniciarse el ejercicio así lo hizo saber a Ingenieros. Paróse este y, sin inmutarse, con voz serena pero enérgica, se limitó a responder: «Señores: yo no he venido aquí a discutir mis afectos sino mis conocimientos.»

No le habían entregado aún el diploma y ya Ramos Mejía lo había designado su Jefe de Clínica en la Cátedra de Neurología y Francisco de Veiga lo había nombrado en cargo análogo en el Servicio de Observación de Alienados anexo a su cátedra de Medicina Legal.

Su tesis de grado le había abierto a Ingenieros las puertas de la estimación científica. Aún hoy siguen vigentes no pocas de sus conclusiones. En efecto, no hay tratado de psiquiatría y medicina legal que no cite encomiásticamente *La simulación de la locura*. César Lombroso la calificó como una de las monografías más preciosas de la ciencia contemporánea.

Por su parte, la Academia de Medicina de Buenos Aires le había adjudicado el más codiciado galardón a que podía aspirar un sabio argentino. Y en el banquete que la intelectualidad hubo de ofrecerle para festejar el suceso, Ingenieros —sin abandonar su sonrisa y su típica levita gris— pronunció palabras que fueron luego norma luminosa de su vida. Fijó allí, como fórmula de juventud, la que enarboló como propia hasta el minuto terrible en que, sintiendo ya próxima la huída de la lucidez, escribió, con pulso trémulo, la página liminar de *Las fuerzas morales*. Fórmula que encuadró en estos términos: *Vida ascendente y programa infinito*. Concluyó su discurso refiriendo un recuerdo personal alusivo y con la expresión de un voto que merecen ser conocidos:

Permitidme, amigos, que al agradecer esta demostración asocie la medalla actual de la Academia de Medicina con un recuerdo que solía referirse en mi hogar modesto, recuerdo lejano, mas no por eso menos intenso en mi afecto.

Un niño cursaba grados elementales en el Instituto Nacional, dirigido por un virtuoso educador. Le otorgaron la medalla destinada al mejor alumno del Instituto; y el niño, menos contento por esa distinción que

lo hubiera estado recibiendo un cartucho de caramelos, regresó al hogar, comunicó el resultado de los exámenes y con gesto displicente entregó a su madre aquel premio cuyo valor no comprendía.

Ajeno a la emoción provocada, oyó de pronto a su espalda sollozos mal reprimidos, volvió la cabeza y vio a su madre, la medalla entre las manos, los ojos húmedos de llanto. He oído referir que el niño, inconsciente en sus siete años del por qué de aquellas lágrimas, corrió hacia su madre, trepó sobre sus faldas y echó a llorar también él, diluyendo en ese llanto virgen, cuyas fuentes ciega para siempre la edad que pasa, la sílaba de una frase justificativa.

—No llore, no llore, no lo haré más: ¿qué culpa tengo si me han dado esa medalla?

En el presente caso huelgan las disculpas. Pero cabe expresar un voto y no resisto a la tentación de formularlo. Os invito a levantar la copa, augurando que algún argentino de mi generación sobrepase este éxito obtenido ante la Academia de Medicina de Buenos Aires, y pueda anunciar que ha conquistado, para nuestra intelectualidad, una recompensa honorífica de la Academia de Medicina de París.

Este voto augural tuvo cumplida realización en la propia persona que lo emitiera. Poco tiempo después de aquel homenaje, José Ingenieros ganaba el premio de la Academia de Medicina de París con su libro, escrito en francés, *Patología del lenguaje musical*.

En 1901 Ingenieros fue representando a la Medicina argentina al Congreso Científico de Montevideo. A su regreso centró su atención en los problemas criminológicos, por los cuales sentía particular devoción desde su mocedad. Siendo aún estudiante había ya publicado trabajos y folletos sobre la materia, destacándose singularmente, entre ellos, *Dos páginas de psiquiatría criminal* y *Valor de la antropología criminal*. Ávido de imprimirle un carácter experimental a sus investigaciones, crea un Instituto de Criminología en la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires y como vehículo de difusión doctrinal organiza los *Archivos de Psiquiatría y Criminología* que vieron la luz durante doce años.

El resultado de sus indagaciones y experiencias las recogió en un libro justamente famoso, no obstante sus fallas y lagunas, la *Criminología*, en el que concreta su posición adversa a los excesos y miopías del positivismo italiano, que en un principio había seguido ortodoxamente. Lo más destacado de este libro es, sin duda, la clasifi-

cación psicopatológica de los delincuentes, altamente encarecida por Ferri y Lombroso.

Vinculado a la docencia universitaria como profesor auxiliar por concurso de la Cátedra de Psicología, Ingenieros desarrolló, a partir de 1904, una intensa labor en esa disciplina científica, culminante en uno de sus libros más estimados, la *Psicología biológica*, y en un ensayo que alcanzó gran boga, *Los accidentes histéricos y las sugestiones terapéuticas*. En abril de 1905 partió para Europa como delegado argentino al quinto Congreso Internacional de Psicología que tenía por sede a Roma.

Treinta años acababa de cumplir a su regreso del viejo continente y era ya la personalidad más descollante y discutida de la inteligencia argentina. Varios de sus libros habían merecido los honores de la traducción al inglés, al alemán, al francés, al italiano. Universidades de Europa y Estados Unidos le habían conferido, honrándose, títulos *honoris causa*. Hacía sólo unos meses había presidido en Roma un Congreso Internacional de Psicología codeándose fraternalmente con Lombroso, Sergi, William James, Ferri y Janet. De paso por París, el eximio Lacassagne no vaciló en ofrecerle su cátedra y lo presentó así a sus alumnos: «He aquí a un maestro que viene a enseñar a la edad en que yo comenzaba a aprender.»

Su cátedra de Psicología, de la que inmediatamente se hizo cargo, fue punto diario de cita de la intelectualidad argentina. Ingenieros explicó un curso magistral dedicado exclusivamente al análisis de los procesos mentales superiores, subrayando de una parte los fundamentos biológicos de la psicología y de otra sus conexiones sociales.

Desierta a la sazón la cátedra de Medicina Legal, Ingenieros se inscribió como aspirante a ella en el concurso abierto para cubrirla. La Facultad le otorgó, por unanimidad, el primer puesto en la terna. Nadie con capacidad más legítima y más sólida reputación que él para el cargo. A pesar de eso, o quizás por eso mismo, el presidente Alvear designó profesor de Medicina Legal a un paniaguado suyo.

Sintiéndose íntimamente ofendido en su dignidad intelectual, Ingenieros se embarcó para Europa, no sin antes consignar públicamente que iba a autopsiar moralmente a Alvear. Allí, en Suiza, frente a la quietud cristalina de los lagos que supieron de la angustia secreta de Amiel y a la azul majestad de los Alpes, Ingenieros cumplió su promesa escribiendo *El hombre mediocre*. Hay en ese libro páginas de subido valor analítico y exaltada fe en las virtudes cardinales del carácter. Si

Alvear sale descuartizado de ellas, en cambio, Ameghino y Sarmiento, que encarnan al genio argentino, son líricamente enaltecidos.

El hombre mediocre fue recibido en América con mezcla de alborozo y de sorpresa. Los jóvenes gustaron de aquella literatura cálida y emuladora, que entusiasmaba y esclarecía. Para los que lo creían enteramente sumergido en las hoyas insondables de la psiquiatría el libro fue una verdadera revelación. Y en la propia Europa, Mayer comentaba en los *Archivos de Antropología Criminal* la viva sorpresa que le había producido *El hombre mediocre*, cuyo potente lirismo le recordaba, a veces, los mejores capítulos de Emerson.

Pero la injusticia inferida va a operar un cambio decisivo en la vida de Ingenieros y a imprimir rumbos distintos en la orientación de su pensamiento. El hombre de gabinete dará paso al hombre de acción. El psiquiatra y el criminólogo al apóstol, al sociólogo y al moralista. El ciclo de su producción científica —iniciado con *La simulación de la locura*— se ha cerrado ya definitivamente. El nuevo ciclo será de prédica y de lucha. En Laussanne y Heidelberg prepara y afila sus armas. Presiente la gran tarea que le aguarda.

Estoy —escribe a un amigo fraternal— en el camino de Damasco. Atravesado por una crisis de idealismo romántico cuyo desenlace para mi personalidad intelectual no sé prever. Lo único que me pesa es la edad, irreparable; el alma se me ha regenerado totalmente. Ahora —¿lo crearás?— me gustaría ser un apóstol o un santo de algún nuevo ideal.

Como su ausencia parecía prolongarse indefinidamente y no se tenían noticias suyas la Facultad de Filosofía y Letras reclamó sus servicios. El nuevo curso estaba próximo a iniciarse y la cátedra de Psicología esperaba al maestro. Ingenieros respondió al requerimiento con una extensa carta cuyo ejemplar contenido merece ser íntegramente transcrito.

Heidelberg, agosto 28 de 1913

Sr. Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Dr. Rodolfo Rivarola.

De mi consideración y respeto:

Acuso recibo de su amable comunicación, en la que me pide en nombre del Consejo Directivo, me sirva expresar mis propósitos en cuanto al desempeño de mi cátedra de Psicología en esa Facultad.

A raíz de un acto que considero de inmoralidad gubernativa, e irrespetuoso para mi dignidad de universitario, me ausenté del país en 1911 con el propósito de no regresar a él mientras persista en su empleo la persona que desempeña el poder ejecutivo de la nación.

Entendiendo que la Facultad de Filosofía no debe perturbar su régimen docente concediendo licencias por largos plazos, en abril del corriente año envié al poder ejecutivo la renuncia de mi cátedra, por ser él y no la Universidad quien nombra a los profesores. Supongo que por deficiencias de procedimiento ella no ha sido comunicada a la Universidad; en tal caso, ruego a usted se sirva darla por recibida.

Deseo que en el archivo de la Facultad quede constancia de los motivos de mi retiro de la enseñanza. Creo, con ello, ofrecer un ejemplo de dignidad a la Universidad y a mi generación, sin pretender que, por ahora, sea comprendido.

Conviene establecer que el vejamen inferido a un hombre estudioso ofende a toda la cultura intelectual de su tiempo. Debe ser así; es indispensable que así sea. Cuando en un país no existe quien comparta los esfuerzos, goce en los triunfos y sufra por las injusticias de que uno sólo puede ser objeto, el estudioso se aparta; la ausencia es la única protesta posible donde se usa vivir asechando una prebenda o un destino y cuando no se puede olvidar que es el poder ejecutivo el único que las dispensa. Donde el favor, la privanza y la venalidad se sobreponen al mérito, al trabajo y la altivez, pueden florecer generaciones de domésticos pero no se multiplican los hombres dignos. La injusticia de los que dan es una simple consecuencia del envilecimiento de los que solicitan.

Esta crisis moral de la intelectualidad argentina sólo puede combatirse con ejemplos de dignidad y de renunciamento, no rebajándose al juego de las recomendaciones y estigmatizando abiertamente sus consecuencias inmorales. Expuestos a parecer inoportunos en el ambiente que los recibe, ellos pueden, con el tiempo, adquirir distinta significación y ser medidos en otra escala de valores; en mi caso particular ello dependerá de los veinte años de trabajo intelectual que tengo al frente, escudados por mi salud y laboriosidad ya probadas. Si logro realizar el programa que me he trazado —y advierta el señor Decano que escribo desde Heidelberg y no de Montmartre— mi actual resolución adquirirá un valor moral más tangible.

Frente a esta situación de hecho, impuesta a mi dignidad por los sentimientos enunciados, sólo puedo expresar a usted mis propósitos ulteriores respecto de la Facultad. Como yo no sirvo sino para estudiar, estoy ampliando mi cultura científica y filosófica en las Universidades

que frecuente; a mi regreso, tendré mucho honor en reincorporarme a esa Facultad en que aprendí a enseñar, presentándome a concurso para merecer una suplencia en la misma cátedra que he desempeñado como titular. Por ahora sólo puedo reiterar mi renuncia, pues pedir una prolongación de mi licencia implicaría pretender que la Facultad encarase el asunto como una cuestión moral y no como un simple caso administrativo.

Ruego al señor Decano quiera expresar al Consejo Directivo mis sentimientos de consideración y respeto.

José Ingenieros.

El 22 de noviembre de 1913 arribó Ingenieros a Buenos Aires. El motivo central que lo tenía en el destierro voluntario había desaparecido: Marcelo Alvear ya no era presidente de la República, habiéndole sustituido en el cargo Hipólito Irigoyen, que ascendió al mismo apoyado en considerables núcleos de población, fascinados por el canto de sirena de sus promesas.

Ingenieros venía desbordante de salud y de optimismo y con el ánimo tenso para las más grandes empresas. Se había vuelto a encontrar. El combatiente lejano de Tolosa y Magdalena había resucitado briosamente en el hombre maduro. Su último libro había actuado como un reactivo sobre la juventud, dormida a la sombra de Ariel. Su nombre empezaba a resonar de un extremo a otro del continente. La Universidad —que no había aceptado su renuncia por sugestión de Rivarola— lo recibió triunfalmente. En cambio, sólo un periódico registró —en un rincón de la penúltima plana y con insignificantes titulares— su llegada. Era la respuesta del mundo oficial, de la gauchocracia crapulosa y reaccionaria, a su rebeldía generosa y a su conducta transparente.

Meses después Europa se consumía en la hoguera sangrienta de la guerra. Ingenieros ocupó, inmediatamente, su puesto de combate. En lo adelante, cuanto haga y escriba irá transido de una viva emoción política y humana. Su vida será apostolado y torbellino. En medio de la confusión y de la angustia reinantes, su voz poderosa y nutrida se alzará iluminando el país.

Alrededor suyo se agruparon los jóvenes y los desheredados, base material y carne de cañón del régimen. Él les predicará la necesidad de organizarse y de prepararse para la gran rebelión inminente, la

verdadera, la definitiva, la que liquidará de una vez el privilegio y la opresión, la guerra y el hambre, el oscurantismo y la ignorancia. Tiemblan los usurpadores del poder económico y político, los explotadores del pueblo argentino, ante aquella palabra reivindicadora y prestigiosa, que opera milagros. Y como respuesta a su valerosa defección al crimen organizado le declaran una guerra sorda para reducirlo al silencio: boicot a su consulta, la más frecuentada de Buenos Aires y aislamiento moral.

Pero Ingenieros no pertenecía a la falange cobarde de los que ajustan sus ideas a las conveniencias particulares, sino a la heroica minoría de los que mantienen sus principios aunque ello importe los riesgos más duros. Por eso, no calló, no transigió, no claudicó. A los mordiscos feroces de la reacción contestó con una intensificación de su prédica. Su prosa, tan armoniosa y nítida en la exposición científica, fue entonces agresiva y candente.

La guerra que arrasaba los campos y ciudades de Europa afectó profundamente el ritmo y los fundamentos mismos de la sociedad capitalista en sus más remotos confines. En América, la conmoción fue tremenda. La guerra penetró en los hogares, dividió las familias, emponzoñó la plaza pública, suscitó una atmósfera turbia, de desasosiego y angustia inenarrables. La propaganda de uno y otro bando imperialista contendiente iba malévolamente encaminada a falsificar el verdadero sentido de la tragedia. Unos y otros se proclamaban defensores de la justicia y del derecho. Si desencadenaban la metralla y la muerte, la miseria y el odio, era para salvar, a expensas del sacrificio de millones de vidas, «las conquistas sagradas de la civilización y los supremos intereses de la humanidad». Germanófilos y aliadófilos se disputaban, en cínico derroche de mentiras, el cetro de la razón.

Argentina asumió frente al conflicto, como el resto de América, una aparente posición equidistante. Irigoyen —que sólo aguardaba el mandato de los intereses financieros dueños de la economía nativa para incorporarse al mismo— se vanagloriaba, demagógicamente, de su neutralismo. Pero la intervención del imperialismo norteamericano en la lucha transformó la situación radicalmente al mismo tiempo que decidía el curso de la guerra. Automáticamente, la América fue aliada. No podía ser otra cosa. Su economía, dependiente en su casi totalidad de Inglaterra y Estados Unidos, la determinaba fatalmente a ello. Así,

como obedeciendo a una misma voz imperativa, la mayoría de los gobiernos le declararon la guerra a los imperios centrales y los que no llegaron a ese extremo —que, en definitiva, no hacía falta— manifestaron oficialmente sus simpatías a la «causa aliada», que era, naturalmente, la «causa de la civilización». El aporte económico del continente fue decisivo en el desenlace de la horrenda matanza. Su poderosa capacidad productiva se volcó sobre el frente en arrolladores batallones de municiones y materias primas, de alimentos y conservas, de azúcar y carbón. En ese período, nuestras zafras alcanzaron volumen insospechado y el país gozó de unas relampagueantes vacas gordas para luego entrar, sin transición apenas, en la era interminable y dolorosa de las vacas flacas.

A la inteligencia hispanoamericana, hasta entonces deliberadamente inhibida, no le quedó más remedio que definirse. Y con el propio descaro con que se hubiera adherido a Alemania caso de ser las circunstancias favorables a esta, lo hizo por la «causa aliada». Para justificar su actitud fabricó los más elegantes y sonoros sofismas e hizo suyo el «evangélico» programa wilsoniano. Sólo Ingenieros siguió irreductible en su puesto. Desde un principio, había combatido y desmascarado el contenido real de la guerra. No era esta, como pretendían hacer ver los plumíferos a sueldo de uno y otro imperialismo combatiente, una lucha entre la democracia y la cultura, representadas gallardamente por Francia, Inglaterra y Estados Unidos, y la barbarie y el absolutismo, siniestramente encarnados por Alemania, el imperio austro-húngaro, Bulgaria y Turquía. Era, por lo contrario, un duelo monstruoso entre sectores hostiles de la economía y las finanzas mundiales por desplazarse mutuamente del mapa político en beneficio propio y a costa de la juventud y de las masas productoras. Pugna inhumana por el control del petróleo y del acero, de la hulla y del mar, de las colonias y de los mercados.

Pero en el seno ensangrentado de aquella brutal conflagración se iban madurando, sigilosamente, las premisas de la revolución de los pueblos contra el sistema que engendraba tales aberraciones y crímenes. Voces proféticas —Anatole France, Romain Rolland, Henri Barbusse— anunciaban el eclipse definitivo del mundo de la explotación y de la iniquidad y el próximo alborear de una nueva sociedad donde la justicia y la fraternidad fueran sus soportes centrales. En la

conciencia de los propios combatientes —oscurecida y mecanizada por la diaria necesidad de matar— se fue abriendo paso la luz. Del frente —de todos los frentes, pero singularmente del ruso— llegaron, nadie sabe cómo, noticias que lo evidenciaban. El descontento, las privaciones morales y el hambre empezaban a resquebrajar la disciplina de las tropas, nutridas principalmente de campesinos y obreros arrancados de sus labores a los acordes criminales de patrioterías fanfarrias. Sobre las campiñas devastadas y las ciudades en ruinas, sobre las trincheras cuajadas de ratas y de hombres embrutecidos y sobre el martilleo ensordecedor de los obuses, corría, invisible, un estremecimiento de protesta.

Y la revolución estalló. Tenía que estallar. Paz, tierra, pan. Rusia era el escenario: un escenario gigantesco y ornado de tenebrosas leyendas. La tiranía secular de los zares, autócratas corrompidos y sanguinarios, que por tantos años había mantenido el inmenso país sumido en la ignorancia y el crimen, caía oscuramente por el empuje violento de los obreros y campesinos que, conscientes de su tragedia y de su misión creadora, no querían ser más parias ni víctimas. Kerenski en el poder. República democrática y liberal, de estilo y estructura francesa. En consecuencia: ni pan, ni tierra, ni paz. Kerenski era un monigote parlero del imperialismo, un vil demagogo al servicio de la plusvalía. Pero la revolución seguía su curso ya inquebrantable y firmemente timoneada por Lenin y Trotski arribó triunfalmente, entre fusilazos y canciones, a su destino de sangre y de luz. El nuevo gobierno, presidido por Lenin, se organizó sobre la base de soviets, órganos directos de la dictadura del proletariado. Se decretó la socialización de la tierra y de los medios de producción, se repudiaron las deudas contraídas por el zarismo y la kerenskiada, se liberó a las nacionalidades oprimidas, se negoció la paz de Brest-Litovsk.

La Revolución Rusa abría un nuevo capítulo de la historia del mundo. Soldados y obreros, jóvenes y oprimidos la saludaron con el júbilo clamoroso con que se saluda el amanecer después de una noche interminable de tempestad y de horror. Por su amplio sentido humano, por su entraña liberadora, por su enorme proyección histórica, su influencia se dejó sentir inmediatamente: Alemania, Finlandia, Italia, Hungría. Y a pesar de las campañas deformadoras e injuriosas de las agencias telegráficas capitalistas, la verdad se impuso.

Empero, decir esa verdad, luchar por ella, mantenerla públicamente, en la propia sociedad que aspiraba a destruir para siempre, era exponerse, en el mejor de los casos, a la persecución y al desamparo definitivo. Ingenieros no vaciló. Aquella verdad era la verdad y, además, su verdad. Y él había escrito y proclamado a todos los vientos: «Una virtud, entre todas, debe admirarse en los grandes hombres y ser predicada a los jóvenes: el valor moral. Conocer la verdad y callarla, por temor a comprometer su bienestar material o a exponerse a la natural enemiga de los que piensan al revés, es la mayor inmoralidad en que puede incurrir un estudioso.»

Aquella admirable lección de ética viva no se perderá jamás. Sin pararse a medir las consecuencias adversas, acallando el temor cariñoso de la esposa y desoyendo la advertencia leal de la amistad, dando un ejemplo imperecedero de coherencia absoluta entre sus principios y su conducta, entre su ideología y su vida, Ingenieros hizo suya la causa de la Revolución Rusa, que era, según él, la causa de la justicia y de la cultura verdaderas. Su conferencia en el teatro Nuevo, colmado de estudiantes y obreros, sobre «La significación histórica del movimiento maximalista», tuvo relieve y resonancia americanos. De todos los países y regiones del continente le llegaron mensajes encendidos de simpatía y de aliento.

La reforma universitaria —que tuvo su inicio en Córdoba en junio de 1918— encontró en él un decidido y eficaz propulsor. Su palabra y su pluma se movieron, incansables, en favor del gran movimiento estudiantil que luchaba por incorporar la Universidad al ritmo político y social de los «nuevos tiempos». Con palabras certeras fijaba Ingenieros los fundamentos teóricos de la insurrección:

El nuevo ideal universitario se manifiesta como tendencia a aumentar la función social de la cultura, que no debe considerarse como un lujo para entretener ociosos sino como un instrumento capaz de aumentar el bienestar de los hombres sobre el planeta que habitan. Mientras la enseñanza superior fue un monopolio reservado a las clases privilegiadas, se explicaba que las Universidades vivieran enclaustradas y ajenas al ritmo de los problemas vitales que mantenían en perpetua inquietud a la sociedad; las ciencias estaban reservadas a pocos especialistas. La cuestión, en nuestros días, tiende a cambiar sustancialmente. Las Universidades comienzan a preocuparse de los asuntos de más trascendencia



social y las ciencias se conciben como instrumentos aplicables al perfeccionamiento de las diversas técnicas necesarias a la vida de los pueblos. Fácil es comprender que estos puntos de vista no tienden a propiciar simples reformas administrativas o burocráticas de las Universidades actuales. Consideramos más importante renovar el espíritu mismo de los altos instrumentos de cultura, para que puedan seguir el ritmo de la gran palingenesis ideológica que se está operando en la sociedad contemporánea.

Las nuevas posibilidades educacionales han sugerido el pensamiento de la extensión universitaria, que en pocos años se ha ampliado en proporciones imprevistas. Comenzóse por dictar cursos públicos en las Universidades del Estado; pero, poco a poco, se ha comprendido que el ideal consiste en utilizar todos los institutos de cultura superior para la elevación intelectual y técnica de todo el pueblo. Es evidente el beneficio que significa, para la sociedad, la creciente capacitación técnica de todos los individuos. En este sentido puede afirmarse que todo instituto habilitado para enseñar debe ser accesible a todos los ciudadanos que estén en condiciones de aprender, no para expedir, como hoy ocurre, títulos doctorales que autorizan para practicar las llamadas profesiones liberales, sino para que todo estudioso pueda perfeccionar su capacidad técnica de acuerdo con el trabajo de utilidad social que desempeña. La casi totalidad de los oficios y ocupaciones humanas pueden ser beneficiados por enseñanzas impartidas en los institutos universitarios, sin necesidad de exigir a los oyentes otra cualidad que el deseo de aprender.

Renovar la Universidad es un problema de moral y de acción. Las instituciones se tornan inútiles cuando permanecen invariables en un medio social que se renueva. La educación superior no debe mirarse como un privilegio para crear diferencias en favor de pocos elegidos, sino como el instrumento colectivo más apropiado para aumentar la capacidad humana frente a la naturaleza, contribuyendo al bienestar de todos los hombres.

Las ciencias no son deportes de lujo, sino técnicas de economía social. La filosofía no es un arte de disputar sobre lo que se ignora, sino un proceso de unificación de ideas generales para ensanchar el horizonte de la experiencia humana. La Universidad no debe ser un cónclave misterioso de iniciados, sino el organismo representativo de las más altas funciones ideológicas: elaboración de doctrinas, determinación de normas, previsión de ideales. Hará más dignos a los hombres, aumentando su capacidad para la vida civil; hará más justa a la sociedad, multiplicando los vínculos de la solidaridad humana.

El mundo ha entrado en una era de renovación más importante que el Cristianismo, el Renacimiento y la Revolución francesa. Sería estéril seguir escuchando a sofistas y escépticos, envenenados por la ideología del pasado; en horas como ésta conviene escuchar a los optimistas y a los creyentes, iluminados por la ideología del porvenir.

El movimiento reformista se expandió vigorosamente por toda América, llegando hasta nosotros en 1923, en que el estudiantado cubano logró, en pugna memorable, sentar las bases de una verdadera renovación universitaria, para muy pronto perderlas por la conjunción de factores y circunstancias adversos.

La propagación continental y el sentido histórico del movimiento estudiantil merecieron el siguiente comentario de José Ingenieros:

El generoso movimiento de renovación liberal iniciado en 1918 por los estudiantes de Córdoba va adquiriendo en nuestra América los caracteres de un acontecimiento histórico de magnitud continental. Sus ecos inmediatos en Buenos Aires y México, en Santiago de y La Habana, en Lima y Montevideo, han despertado en todos los demás países un vivo deseo de propiciar análogas conquistas. En cien revistas estudiantiles se reclama la reforma de los estudios en sentido científico y moderno, se afirma el derecho de los estudiantes a tener representación en los cuerpos directivos de la enseñanza, se proclama la necesidad de dar carácter extensivo a las Universidades, y se expresa, en fin, que la nueva generación comparte los ideales de reforma política y económica que tiendan a ampliar en sus pueblos la justicia social.

Decepcionados, en todos los países, de la vieja política; perdida ya la confianza en los vetustos figurones de la alta burocracia oficial; escépticos ante las declamaciones de los que en todas partes explotan el sentimiento patriótico para justificar sus privilegios o sus desmanes; burlosnes ante los cínicos dómines que siguen enseñando en la cátedra las apollilladas doctrinas de los tiempos coloniales; libres, en fin, de espíritu, las nuevas generaciones proclaman su verbo de renovación, haciendo suyos los nuevos ideales coincidentes en el triple anhelo de una renovación ética, política y social de los pueblos latinoamericanos.

La vieja declamación lírica no interesa ya a la juventud continental. Ha comprendido que necesita ideas nuevas contra los prejuicios viejos y trata de formarse una ideología que la prepare a vivir las grandes horas que el desastre de la guerra mundial ha deparado al mundo civilizado.

Instrumento muchas veces de los viejos declamadores que ponían todas sus mañas a la sombra del nacionalismo verbal, los jóvenes quieren hoy que el amor a la nacionalidad se defina en programas de reformas benéficas para los pueblos. Y ya comienzan a mirar como simples histriones del patriotismo a todos los viles tiranuelos que, como Juan Vicente y Leguía, han amordazado o corrompido la conciencia cívica de sus conciudadanos, o han puesto sus pueblos a los pies del imperialismo capitalista norteamericano.

Bienvenida la nueva generación universitaria que en todas partes alienta nobles ideales. Su obra será eficaz en nuestra América si logra que su acción se mantenga inmune de las filtraciones políticas y confesionales que en todas partes utilizan los renovadores amarillos que se mezclan a los movimientos juveniles para desviarlos de sus originarias tendencias liberales y sociales.

La juventud que no está con las izquierdas es una simple vejez que se anticipa a las canas.

Hombre de energías proteicas, de asombrosa capacidad de trabajo, Ingenieros, en medio de la tremenda agitación en que vivía, tenía tiempo y serenidad suficientes para elaborar, a la vez, dos de sus obras más ambiciosas y densas de pensamiento, *La evolución de las ideas argentinas* y las *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, que, como observa Luis Jiménez de Asúa, fue el único de sus libros por el que sintió verdadera estimación. Grita en sus páginas contra las supersticiones y el pasado, cuyo suicidio proclama alegremente, desenmascara la hipocresía tradicional de los filósofos, incita a la pugna abierta por la renovación de la sociedad, cree en un venturoso porvenir inmediato. Es un libro tumultuoso y profundo. Concluye con una invocación a los jóvenes:

Y a vosotros que sois la esperanza de la humanidad, de los pueblos, de la cultura, creo un deber decirles la última y más sincera palabra de mi juventud no estéril: respetad el pasado en la justa medida de sus méritos, pero no lo confundáis con el presente, ni busquéis en él los ideales del porvenir. Mirad siempre adelante, aunque os equivoquéis; más vale para la humanidad equivocarse en una visión de aurora que acertar en un responso de crepúsculo.

La penetración cada vez más veloz y sangrienta del imperialismo yanqui en nuestros pueblos preocupó hondamente a Ingenieros. Y en el banquete que en octubre de 1922 le ofreció la intelectualidad argentina

al escritor mexicano José Vasconcelos, fijó su posición frente al dramático proceso, desentrañando meridianamente sus causas. Dijo entonces palabras viriles y penetrantes, palabras que repetidas en este lugar constituyen la más formidable condenación de la farsa panamericana que se celebra en estos instantes en el Aula Magna.

No somos —dijo— no queremos ser más, no podríamos seguir siendo panamericanistas. La famosa doctrina de Monroe, que pudo parecernos durante un siglo la garantía de nuestra independencia política contra el peligro de las conquistas europeas, se ha revelado gradualmente como una reserva del derecho del gobierno norteamericano a protegernos e intervenirlos. El poderoso vecino y oficioso amigo ha desenvuelto hasta su más alto grado el régimen de la producción capitalista y ha alcanzado en la última guerra la hegemonía del mundo; con la potencia económica ha crecido la voracidad de su casta privilegiada, presionando más y más la política en sentido imperialista, hasta convertir al gobierno en instrumento de sindicatos sin otros principios que captar fuentes de riqueza y especular sobre el trabajo de la humanidad, esclavizada ya por una férrea bancocracia sin patria y sin moral. En las clases dirigentes del gran Estado ha crecido, al mismo tiempo, el sentimiento de expansión y de conquista, a punto de que el clásico «América para los americanos» no significa ya otra cosa que reserva de «América —nuestra América Latina— para los norteamericanos.»

Si durante el siglo pasado pudo parecer la doctrina de Monroe una garantía para el «principio de las nacionalidades» contra el «derecho de intervención», hoy advertimos que esa doctrina, en su interpretación actual, expresa el «derecho de intervención» de los Estados Unidos contra el «principio de las nacionalidades» latinoamericanas. De hipotética garantía se ha convertido en peligro efectivo.

Llamamos hipotética su garantía en el pasado; los hechos lo prueban. ¿Impusieron los norteamericanos la doctrina de Monroe, en 1833, cuando Inglaterra ocupó las islas Malvinas, pertenecientes a la Argentina? ¿La impusieron en 1838 cuando la escuadra francesa bombardeó el castillo de San Juan de Ulúa? ¿La impusieron en los siguientes años, cuando el almirante Leblanc bloqueó los puertos del Río de la Plata? ¿Y en 1861, cuando España reconquistó a Santo Domingo? ¿Y en 1864, cuando Napoleón III fundó en México el imperio de Maximiliano de Austria? ¿Y en 1866, cuando España bloqueó los puertos del Pacífico? ¿Y cien veces más, cuando con el pretexto de cobrar deudas o proteger súbditos las naciones europeas cometían compulsiones y violencias

sobre nuestras repúblicas, como en el caso, justamente notorio a los argentinos, de Venezuela?

Esa equívoca doctrina, que nunca logró imponerse contra las intervenciones europeas, ha tenido al fin por función asegurar la exclusividad de las intervenciones norteamericanas. Parecía la llave de nuestra independencia y resultó la ganzúa de nuestra futura conquista; el hábil llavero fingió cuidarnos cien años, lo mejor que pudo, pero no para nosotros, sino para él.

Así nos lo sugiere la reciente política imperialista norteamericana, que ha seguido una trayectoria alarmante para toda la América latina. Desde la guerra con España se posesionó de Puerto Rico e impuso a la independencia de Cuba la vergonzosa Enmienda Platt. No tardó mucho en amputar a Colombia el istmo que le permitía unir por Panamá sus costas del Atlántico y del Pacífico. Intervino luego en Nicaragua para asegurar la posible vía de otro canal interoceánico. Atentó contra la soberanía de México, con la infeliz aventura de Veracruz. Se posesionó militarmente de Haití, con pretextos pueriles. Poco después realizó la ocupación vergonzosa de Santo Domingo, alegando el habitual pretexto de pacificar el país y arreglar sus finanzas.

Desde ese momento la locura del partido imperialista parece desatarse. La ingerencia norteamericana en la política de México, Cuba y Centroamérica, tórnase descarada. Quiere ejercitar el derecho de intervención y lo aplica de hecho, unas veces corrompiendo a los políticos con el oro de los empréstitos, otras injuriando a los pueblos con el impudor de las expediciones militares.

El peligro no comienza en la anexión, como en Puerto Rico, ni en la intervención, como en Cuba, ni en el pupilaje, como en Nicaragua, ni en la secesión territorial, como en Colombia, ni en la ocupación armada, como en Haití, ni en la compra como en las Guayanas. El peligro, en su primera fase, comienza en la hipoteca progresiva de la independencia nacional mediante empréstitos destinados a renovarse y aumentar sin cesar, en condiciones cada vez más deprimentes para la soberanía de los aceptantes. El apóstol cubano José Martí advirtió hace ya tiempo lo que hoy repite con voz conmovida el eminente Enrique José Varona: guardémonos de que la cooperación de amigos poderosos pueda transformarse en un protectorado que sea un puente hacia la servidumbre.

¿No dijo Wilson, para conquistar nuestras simpatías, durante la guerra, que respetaría el derecho de las pequeñas nacionalidades y que todos los pueblos serían libres de darse el gobierno que mejor les pareciera?

¿Dónde están sus principios? ¿Cómo los ha aplicado su propio país?

¿En Cuba, interviniendo en su política? ¿En México, desconociendo al

gobierno que los mexicanos creen mejor? ¿En Santo Domingo, sustituyendo el gobierno propio por comisionados militares y ofreciendo retirarse de la isla a condición de imponer tratados indecorosos? ¿Y dónde irá a parar nuestra independencia nacional —la de todos— si cada nuevo empréstito contiene cláusulas que aumentan el control financiero y político del prestamista? Sabemos que en los últimos años la filtración norteamericana se hace sentir con intensidad creciente en todos los engranajes políticos, económicos y sociales de la América del Sur. ¿Dudaremos todavía? ¿Seguiremos creyendo ingenuamente que la ambición imperialista terminará en Panamá? Ciegos seríamos si no advirtiéramos que los países del sur estamos en la primera fase de la conquista, tal como antes se produjo en los países del norte, que siente ya el talón de la segunda.

Este discurso, publicado en *Renovación* y mil veces reproducido en las revistas estudiantiles y obreras de América, no es sólo una exposición documental y analítica del problema. Es también un llamamiento a la lucha, una incitación al combate contra el «monstruo» que, de no ser rechazado y exterminado a tiempo, acabará por devorarnos. Nuestro futuro depende de nosotros mismos: de nuestra organización y disciplina, de nuestro coraje y espíritu de sacrificio.

Convencido Ingenieros de la necesidad inaplazable de un vehículo de resistencia y combate contra los atropellos, exacciones y crímenes del enemigo común, echó, en 1923, las bases de la Unión Latinoamericana.

Propiciamos la Unión Latinoamericana —dice el documento de constitución de la misma, escrito por el propio Ingenieros— viendo en ella la única defensa posible de nuestras respectivas soberanías nacionales contra los peligros comunes con que las amenazan los imperialismos extranjeros. Y de todos los peligros, lo declaramos sin ambages, el más inmediato en la hora actual está representado por los Estados Unidos. Toda rivalidad, toda discordia, entre los pueblos latinoamericanos, es, hoy por hoy, una [sic] arma puesta en manos del enemigo común, dispuesto siempre a intervenir para «pacificarnos». Somos, pues, nacionalistas en el más alto sentido de la palabra, en cuanto anhelamos la federación de nuestros pueblos en una entidad capaz de resistir a cualquier amenaza de los imperialismos extranjeros.

En el orden nacional sostenemos la urgente necesidad de reorganizar todos los pueblos de la América Latina, pues en cada uno de ellos

reconocemos la existencia de vicios políticos, administrativos, sociales y éticos, cuya persistencia nos dejaría a merced de poderosos enemigos. El caudillismo, las deudas públicas, las injusticias de clase y la inmoralidad de la burocracia, son males que es necesario extirpar, bajo pena de perder la nacionalidad misma. Mejorarlos o sucumbir: tal es el dilema.

La experiencia histórica evidenció luego —especialmente en el caso de México— que la lucha antimperialista no puede hacerse ni desarrollarse correctamente en órbita tan ancha y confusa, entremezclando intereses y antagonismos irreconciliables. Es una lucha concreta, de clase, en todos los frentes. Contra la opresión extranjera y las fuerzas económicas y sociales nativas en que aquella se apoya para ejercer su dominio.

La Unión Latinoamericana —que es hoy nido desacreditado de los apristas porteños— fue así sustituida por las Ligas Antimperialistas.

En mayo de 1925, Ingenieros fue invitado por el gobierno francés a las fiestas del centenario de Charcot. Aquel viaje era, ante todo, una estupenda oportunidad para reponerse un tanto del constante ajeteo en que había vivido los últimos diez años.

Cuando regresó, en septiembre, alegre y respirando salud por todas partes, nadie podía sospechar su próximo fin. Venía cargado de esperanzas y de proyectos. Su primer paso sería publicar *Las fuerzas morales*, su último libro, concluido pocos días antes de embarcarse para Francia. Después se dedicaría a terminar el tercer tomo de *La evolución de las ideas argentinas* para ofrendar luego sus mejores meditaciones a la organización de los *Principios de metafísica*, que vendría a remachar brillantemente la labor filosófica emprendida en las *Proposiciones*.

No pudo ser así. Dos semanas después de su llegada, Ingenieros cayó enfermo con una aguda neuralgia. Como era este su padecimiento habitual no le concedió gran importancia al suceso. Sin embargo, en esta ocasión, el dolor, intenso como nunca, iba acompañado de un inquietante edema de los párpados. Era la primera vez, en veinte años, que Ingenieros faltaba a su consulta. «Yo no faltaré al consultorio, sino para morir», había dicho reiteradamente a sus amigos.

La enfermedad pareció ceder y se instaló de nuevo en su gabinete. Si había mejorado notablemente del dolor, en cambio la inflamación de los párpados se había hecho más visible.

El 29 de octubre cayó de nuevo en cama. Esta vez ya no volvería a levantarse. El 31 había muerto. Muerto como había soñado y pedido en el prólogo de *Las fuerzas morales*, escrito esa propia noche, en los umbrales mismos de la agonía: antes de envejecer y en la vanguardia de su generación. Muerto a los cuarenta y ocho años, en plena madurez intelectual y cuando más lo necesitaban los jóvenes y América. Muerto al alborar los «tiempos nuevos», que él había previsto y cantado.

En esta hora crepuscular que vive Cuba y particularmente la Universidad, convertida por el gobierno en cuartel —situación incompatible con su decoro y su función docente y de la cual yo protesto con toda energía—, este acto de rendir tributo al hombre excelso que hace hoy cuatro años se extinguió en Buenos Aires, cobra especial sentido. Porque no se trata sólo de una evocación sentimental, ni de un homenaje literario. Este acto significa y representa, por encima de todo, nuestra adhesión militante a los ideales de libertad y de justicia por los que luchó José Ingenieros, sin tibiezas ni claudicaciones, desde su juventud más temprana hasta el instante aciago en que entregó «su espada rota al Destino vencedor con varonil serenidad».

Nota

¹ Ingenieros visitó La Habana entre el 9 y el 11 de diciembre de 1915; y, por segunda vez, el 3 de agosto de 1925. Roa conocía numerosas anécdotas de este último encuentro del pensador con los estudiantes e intelectuales cubanos. Acaso, había leído estas declaraciones a *El Heraldo*:

«Diga a *El Heraldo*, amigo periodista, que agradezco infinitamente su saludo, y que lo único que puedo decir es que me ha extrañado grandemente que en una ciudad como La Habana en que existe una avenida presidente Wilson no haya otra que se llame Rubén Darío, ya que este último fue una gran figura hispano-americana que nos dio gloria; en cambio, el otro, engañó a nuestra América con los 14 puntos que no intentó cumplir. Así pensaré mientras exista la Enmienda Platt.» (*El Heraldo*, 4 de agosto de 1925, p. 12.)

Las directrices de nuestras aspiraciones*

Una palabra magna, una palabra entraña, nos congrega esta tarde en apretado haz juvenil, sincronizando nuestros corazones en un mismo ritmo cordial. La palabra solidaridad, regada con la sangre generosa del viejo apotegma: «Hombre soy; nada humano me es ajeno.»¹

Parodiándolo, digamos nosotros: «Estudiantes somos; nada estudiantil puede sernos extraño.» Así todo cuanto en nuestro ámbito acontezca —no importa el país— deber hallar cálida resonancia en nosotros. Todo triunfo legítimo de nuestra clase deberá encendernos de júbilo. Pero toda injusticia contra ella inferida ha de poner en nuestros labios la protesta indignada, porque un agravio a un estudiante lo es para los estudiantes todos.

Desdichadamente, nosotros estamos viviendo, desde 1928, de espaldas a todo pronunciamiento colectivo, a toda reacción solidaria en defensa de nuestros derechos pisoteados. Estamos dando al país, oprimido y esquilado por un régimen de latrocinio y de violencia, el espectáculo desolador de una juventud conformista, mansa, aborregada. De una juventud sin juventud. Mientras los tiempos y la realidad histórica nos llaman ardientemente al combate a nosotros no parece movernos más interés que el de ser cuanto antes doctos en la ciencia de ganar el pan. Por subordinarlo todo a ello, hemos visto fracasar nuestros anhelos de mejoramiento. Por valorar más un aprobado y un título de doctor que el gesto heroico y el sacrificio en masa de un bienestar ganado en

* Palabras leídas el 20 de febrero de 1930 en el acto organizado por la Asociación de Estudiantes de Derecho, como homenaje al profesor Luis Chico Goerne y sus compañeros de la delegación mexicana al Congreso Internacional de Universidades.



detrimiento de la tranquilidad de conciencia, la Universidad —que fue semillero de levantadas rebeldías, fermento del futuro, estrella polar para la desorientación colectiva, chasquido de látigo contra todos los despotismos y desafueros— es ahora oscura colmena de zánganos, yermo repleto de sombras. La Universidad que vive, orienta y protesta, la Universidad de Mella, la Universidad que fue luz y esperanza, alienta y existe fuera de este recinto, mancillado hasta hace muy poco por las bayonetas de la tiranía. Existe y alienta en el nutrido contingente de compañeros que, expulsados del seno universitario por combatir la reforma constitucional y la prórroga de poderes, dejamos abandonados en el camino áspero. Por esa gloriosa falange, la Universidad habrá salvado mañana estos años de sumisión y bochorno. Si hubiéramos caído, codo con codo, con esa falange de muchachos heroicos y videntes no tendríamos ahora que lamentar nuestra mezquindad y nuestra falta de compañerismo.

Sin embargo, de algún tiempo a esta parte se advierten signos claros de reacción. La conciencia estudiantil empieza a desperezarse de su estéril modorra. Hay un grupo de compañeros que se ha impuesto, arros-trándolo todo, la dura misión de levantar el espíritu estudiantil. La conmemoración revolucionaria del 27 de noviembre de 1929 —en que ese grupo afrontó abiertamente las responsabilidades de su actitud donde las circunstancias lo exigieron— es prenda segura de su coraje. Parece, asimismo, que ya nos vamos percatando que, sin la convergencia de nuestras conductas en un mismo objetivo, nada cierto y duradero lograremos nunca. Hay indicios prometedores. Y pocos como este acto organizado por los estudiantes de Derecho, que quieren —por intermedio del doctor Luis Chico Goerne y sus compañeros de delegación, entre ellos el licenciado Ignacio García Téllez, rector de la Universidad de México, que no es de los que acallan el fervor de la juventud con humillantes disposiciones cuartelarias— hacer llegar a sus camaradas de allende el Golfo su mensaje de salutación y adhesión fraternales a fin de que la comunidad estudiantil hispanoamericana logre convertirse en militante realidad. Gracias a esa palabra magna, a esa palabra entraña, la palabra solidaridad, los universitarios mexicanos están aquí presentes sin estarlo.

Pero al propio tiempo que afirmamos nuestra viva compenetración con ellos, queremos que este acto concrete la admiración que, desde

nuestro primer contacto con él, sentimos por el profesor Chico Goerne, hombre triplemente joven. Joven por sus años. Joven por sus ideas. Joven porque cree en los jóvenes. Es esta, pues, una fiesta de juventud.

Conversando precisamente hace dos noches con el doctor Chico Goerne me manifestaba este su íntima gratitud y regocijo por la cariñosa acogida que le habían dispensado los estudiantes cubanos. Y recuerdo que le respondí con juvenil petulancia: «Nuestra fórmula para valorar capacidades ajenas es esta: a cada cual según lo merece.» Y al profesor Chico Goerne le sobran merecimientos para comprometer nuestra admiración.

En efecto, rebosa talento, valentía, devoción por la causa universitaria y más aún por la causa de la justicia. Y como entre nosotros andan escasos los profesores de tan claro linaje, su actitud tenía que operar, fatalmente, a manera de imán. Además, el doctor Chico Goerne es mexicano. Y México es tierra morena y hermana, refugio amable para los cubanos de todos los tiempos. Para los que combatieron la colonia española y para los que, ahora mismo, están combatiendo la Colonia dentro de la República. No olvidemos que en México encontró José Martí calor de hogar y regazo blando Julio Antonio Mella.

En México, por otra parte, el proceso revolucionario de las masas populares por su definitiva liberación nacional y social cobra, por días, ritmo ascendente. No importa que en esa dramática lucha corra la sangre a torrentes. No importa que, cada mañana, surja un obstáculo nuevo y la marcha por la conquista de la justicia social sufra graves quebrantos. No importa que la revolución contra la dominación imperialista que, apoyada en la burguesía y terratenientes nativos y su aparato de coerción, el gobierno Portes Gil-Calles, exprime y sojuzga al pueblo mexicano, no esté aún madura para el triunfo. Lo que importa, en rigor, es el anhelo libertario que la impulsa y el creciente y denodado afán de las masas mexicanas de ejercer, a despecho de todo y contra todo, su propia dirección histórica. De esa pugna formidable entre las masas desposeídas y tiranizadas y las clases privilegiadas nativas y el imperialismo en su doble manifestación, yanqui y británica, surge la tragedia mexicana, cuya trayectoria seguimos con tan alerta y esperanzada pupila nosotros, porque la nuestra es, en esencia, trasunto de aquella.

De tal tierra tal hombre. El profesor Chico Goerne nos perfilará, dentro de breves momentos, con ese lenguaje suyo, soleado de sinceridad,

su concepción de lo que la Universidad debe ser. Por lo menos, nos hablará sobre problemas universitarios.

Por eso, no quiero concluir estas palabras sin siquiera subrayar las directrices de nuestras aspiraciones. Enseguida advertirán los profesores mexicanos que no son medularmente distintas de las que, oportunamente, alentara la juventud de su tierra.

La historia universitaria de Cuba es de una mediocridad rampante. Puede establecerse que, en líneas generales, es la misma que la de los demás países de América española. Fundada por Real Cédula de 5 de enero de 1728, nuestra Universidad no tuvo desde entonces hasta hoy más función que la de proveer de instrumentos a la casta dominante. La consecuencia de esto es su burocratización académica, su incapacidad creadora, su decadencia progresiva. El hecho de que a la sombra asfixiante de sus claustros haya germinado más de una personalidad de excepción no la redime de sus vicios, sino que, por contraste, los pone más de manifiesto.

En 1900, dos años antes de inaugurarse la República —máscara política de una realidad colonial sangrienta— la Universidad fue declarada en estado de reforma por el gobierno interventor. Se le confió a Enrique José Varona —secretario de Instrucción Pública del mismo y una de las cabezas mejor dotadas del país— la ardua tarea de llevarla a cabo. Precisa reconocer que el plan concebido y llevado a la práctica por este, con el beneplácito general de la intelectualidad criolla, no pudo ser más raquíptico y torpe. No iba al fondo del problema. La estructura universitaria seguía en pie. La enseñanza seguía teniendo el mismo carácter groseramente pragmático que había dominado bajo el sable opresor de los capitanes generales. Todo se reducía, en definitiva, a una supresión absurda de la Facultad de Filosofía y Letras para refundirla, disparatadamente, en la de Ciencias y a un nuevo reparto de cátedras. A pesar del flamante Plan Varona, la Universidad continuaba siendo la misma Universidad colonial en cuyo púlpito oficiaba el medioevo, sólo que ahora vegetaba bajo el signo yanqui.

Esta situación, agudizada por la constante intromisión de las oligarquías gobernantes en su desenvolvimiento interno, culminó en 1923 en una crisis de tan graves proporciones que el problema de la reforma de la Universidad se planteó en términos perentorios. Fue, desde luego, el estudiantado, dirigido por Julio Antonio Mella, quien asumió la postura



reformista. Unas palabras candentes del profesor argentino Arce, enjuiciando la génesis y el ritmo general de los pronunciamientos estudiantiles hispanoamericanos por una transformación verdadera de las universidades, encendieron la hoguera. Eran tan íntimos los puntos de contacto que ofrecía nuestro problema con el de las juventudes del Sur que el movimiento cubano fue un eslabón más del gran movimiento de reforma universitaria iniciado en Córdoba en 1918.

Claro que la insurrección estudiantil de 1923 estaba teñida del color de la época. Sin embargo, entre nosotros no asumió tan netos perfiles como en Chile y Perú, donde el movimiento superó el plano puramente universitario para volcarse, lleno de románticos bríos, en la realidad social. La revolución de 1923 se resintió, de un lado, de objetivos programáticos concretos y, de otro, de verdadera raigambre en la masa estudiantil, envenenada en su casi totalidad por los prejuicios religiosos y por los usos y prácticas vigentes durante dos siglos de coloniaje docente y de miserable profesionalismo. He aquí un ejemplo exacto de cómo sin la correspondencia de la madurez subjetiva y de las condiciones objetivas —en este caso propicias— la correlación de fuerzas dominantes, aunque profundamente perturbadas, mantienen su preponderancia. Por eso, y por la concurrencia de otros factores no menos importantes —resistencia activa del profesorado, renuente a cambiar su satisfecha mediocridad de mascadores monótonos de ideas ajenas por una postura vigilante y creadora; venta desvergonzada de algunos de los líderes más gritones con la consiguiente desmoralización de la masa; subida al poder de Machado— el movimiento universitario de 1923 se frustró a medio cuajar.

Fueron vanos los esfuerzos de la vanguardia estudiantil que había echado sobre sus hombros la responsabilidad de llevar adelante la reforma universitaria para evitar que sus precarias conquistas fueran definitivamente arrebatadas por el actual gobierno, en franca complicidad con un grupo de estudiantes que algún día pagarán su traición como merecen. A pesar de eso, y de la expulsión por un año de Mella, el desaliento no cundió en sus filas. Y así, engrosadas estas por elementos nuevos y honrados, al liquidarse la protesta política del estudiantado contra la prórroga de poderes, volvió a plantearse el problema de la modificación radical de la estructura universitaria. Esta vez también sin éxito. El gobierno actual, el gobierno cooperativista y regenerador de

Gerardo Machado y Wifredo Fernández, que más que ningún otro ha hecho de la Universidad feudo de políticos derrotados, que sabía que era difícil lograr sus propósitos de controlar la docencia universitaria con la repulsa combativa de los estudiantes, especialmente de los que, organizados en Directorio, tan valerosa y tenaz resistencia habían opuesto a la legalización del continuismo, en connivencia con el Rector y la mayoría del Claustro, mandó formar consejos de disciplina y arbitrariamente expulsó a cuantos creyó podrían obstaculizarle en la implantación de sus turbios deseos.

No obstante esa monstruosa amputación, las aspiraciones mantenidas por los estudiantes en 1923, 1925 y 1928 siguen hoy más vivas que nunca. Supervivientes de los consejos de disciplina y otros elementos nuevos, las han recogido y lucharán por su plena realización hasta el final. Creo que fue José Martí quien dijo: «Una idea justa que aparece vence.» Estamos, pues, en disposición de vencer. Acaso no sea tan pronto como quisiéramos. Es casi seguro que jamás lo lograremos bajo el gobierno de Machado, tan agresivamente antiuniversitario, empero la maravillosa escalinata. Pero lo importante es que el instrumento existe y la voluntad también. Y aunque no obtengamos inmediatamente la cosecha, nuestro deber es sembrar, sembrar afanosamente, sembrar aunque sean otros más afortunados los que recojan y se aprovechen de los frutos. La lucha por la reforma universitaria exige la inmediata movilización de nuestras filas. Reforma funcional y administrativa; reforma de los métodos y procedimientos pedagógicos en el sentido de que estos se basen en la observación y la experiencia e impidan así el cultivo de la vulgaridad, la glorificación del lugar común y del verbalismo, que tiene en nuestras aulas profesor titular y presidente perpetuo.

Puntualizando nuestras aspiraciones reformistas podrían contraerse al siguiente esquema: a) Autonomía de la Universidad. b) Participación del alumnado en su gobierno. c) Modificación de los métodos de enseñanza y de los planes de estudios. d) Exclaustración de la cultura. e) La oposición como el medio menos malo para proveer las cátedras. f) Docencia libre.

La importancia que reviste la autonomía académica y administrativa, para el funcionamiento adecuado de la maquinaria universitaria, salta a la vista. Obtenida esta, mediante la militancia revolucionaria del estudiantado que debe conquistarla en lucha abierta y sin cuartel, estaremos

ya en capacidad de lograr lo demás. La autonomía significa, antes que nada, que la Universidad deje de ser, como ha venido siendo hasta ahora, una mera dependencia del Comité de Barrio, con su hijo legítimo, el profesor por decreto, casi siempre sabio en doblar la cerviz pero miserable en conocimientos. De esta manera, al regirse la Universidad por sí misma, queda liberada, en lo que ello es posible dentro de la actual composición de fuerzas históricas, de la influencia coercitiva y corruptora del gobierno. Podrá ser tribuna libre y no, como hasta ahora, tribuna mediatizada y, a veces, tribunal.

La participación del alumnado en el gobierno de su casa de estudios es la base del equilibrio universitario y la garantía misma de la reforma en su aspecto científico y pedagógico. En el orden político, es la aplicación a la Universidad de la democracia funcional. De esta suerte, el estudiante está íntimamente vinculado al engranaje universitario. Se sabe elemento indispensable del mismo. Y responde responsablemente de su conducta. Por otra parte, siempre alerta, impedirá que los profesores se duerman plácidamente sobre la hamaca de sus laureles, no importa si internacionales. Ya no podrán venir —la voz engolada, el gesto altanero— ni a aburrirnos ni a tupirnos. Vendrán, conscientes de su sencilla y alta misión, a ponernos en contacto con la vida y con las ideas, a discutir con nosotros, a encender en los desorientados la llamita salvadora de la verdadera vocación, a formar, en suma, inteligencias críticas y responsables. El monólogo, hueco y frío —limitando el juicio a nuestra misérrima Facultad de Derecho— será sustituido por los seminarios, que ahora funcionan como ficciones, cuando debían ser verdaderos centros de investigación y de práctica. Porque el seminario es lo único que dignifica los estudios jurídicos, ya que el abogado nace de la injusticia, y, como clase, es clase parasitaria.

Pero, si el estudiante pretende intervenir en el gobierno de su casa de estudios, como depositario legítimo que es de la soberanía universitaria, debe, previamente, despojarse de ambiciones concupiscentes. No voy a citar nombres. Pero sí a afirmar, rotundamente que, al amparo del movimiento estudiantil de 1923, hubo quien aprobó varios años en uno y quienes, a cambio de su gallarda actitud, obtuvieron cátedras y ayudantías. No: si el precio de la reforma universitaria es la prebenda o la fulminante adquisición del título por medios ilícitos no seamos reformistas. Porque si le vamos a exigir ejemplaridad, cultura y

dedicación a nuestros profesores, tenemos que empezar por ser dignos nosotros mismos, por llegar aquí abrazados en el noble propósito de allegar ideas y enraizar levantados sentimientos y de participar, enérgicamente, en la vida estudiantil, que, rectamente vivida, tiene más sacrificios que goces. Entonces seamos reformistas. Tenemos que serlo si no queremos, inmediatamente, traicionarnos a nosotros mismos y al país.

La modificación de los métodos de enseñanza y de los planes de estudios es tarea central de toda genuina transformación universitaria. No basta la autonomía ni la corresponsabilidad del estudiantado en el gobierno de la Universidad para que esta cambie de fisonomía y de contenido. Precisa que la docencia se organice sobre bases enteramente científicas. Destierro del discurso. Prioridad al laboratorio, a la observación, a la crítica, a la experiencia. Es necesario que los planes de estudios no sean, como hasta ahora, un mero atiborramiento de asignaturas, sino sistemas de conocimientos perfectamente entabados, capaces de orientar y no confundir al alumno. Sólo de esta manera podrá la Universidad rendir plenamente su específica función docente.

En lo que respecta al contenido social de la reforma —acaso su fase más importante— hay que vincular la Universidad al pueblo, incorporar su vida intelectual a las masas, elevando su capacidad técnica, suministrándole los elementos adecuados a su redención histórica, abriéndole perspectivas y no obturándoselas. Las universidades eran antes —la nuestra lo sigue siendo— verdaderos claustros cerrados a las esperanzas y dolores del pueblo. La reforma universitaria barrió con esas estructuras feudales y los estudiantes se confundieron con las masas y volvieron a la Universidad remozados con el contacto. Así se explica que en la Argentina, Perú y Chile, los universitarios ligaran, momentáneamente, sus intereses a los de los obreros y se prestaran recíproco apoyo en sus luchas y huelgas. Desde luego, este es un hecho que repugna profundamente a los reaccionarios. En Cuba hay un antecedente precioso: la Universidad Popular José Martí. Reorganizarla, ponerla en funciones: he aquí una obligación ineludible de la vanguardia reformista. Por medio de esa organización, fundada por Mella,* el proletariado cubano se ligó

* La creación de la Universidad Popular fue un acuerdo expreso del Primer Congreso Nacional Revolucionario de Estudiantes, presidido por Mella y celebrado en 1923. Cuando Haya de la Torre —precursor peruano de la lija y máximo tañedor del arpismo— arribó a La Habana, la Universidad Popular José Martí ya existía y

brevemente a la vida universitaria, si no de una manera oficial, sí a través de un núcleo aguerrido y capaz de estudiantes que vertieron en sus aulas —sindicatos y talleres— lo mejor de su inteligencia y lo más puro de su espíritu. Toca a la Universidad, por su parte, como laboratorio científico que debe ser de la nación, llevar sus investigaciones y conocimientos a las clases pobres por medio de cursos especiales y gratuitos.

La provisión de cátedras constituye uno de los más serios problemas que confronta nuestra Universidad. Casi todas ellas han sido cubiertas de dedo —por influencias políticas o universitarias— y la gran mayoría que han sido otorgadas por el procedimiento llamado de oposición lo fueron con tribunales previamente comprometidos. Por eso, el primer acto de la reforma universitaria no puede ser otro que dejar desiertas todas las cátedras, y cubrirlas de nuevo, ya sea por nombramientos libres, o por oposiciones rodeadas de un mínimo de garantías. En la imposibilidad de que se acoja el nombramiento libre —que es el método más aceptado por los educadores modernos y puesto en vigor con notorio éxito en algunos países— nosotros nos avenimos a la oposición como el medio menos malo para proveer las cátedras. No ignoramos las grandes fallas de que adolece. Sabemos que es un sistema ya desechado por los pedagogos. Estamos convencidos de que en las oposiciones, por lo común, «los más capacitados para la investigación original son arrollados por los que asimilan fácilmente los conocimientos y tienen además buena memoria y habilidad para expresarse». Es esta una transacción impuesta por la realidad y el ambiente universitario.

La docencia libre —que es otro postulado cardinal de la reforma universitaria— podía compensar, caso de ser implantada, las deficiencias de la enseñanza oficial, permeada casi siempre de mediocridad. Es

funcionaba regularmente. Entonces Haya no era más que un agitador estudiantil enfermo de confucionismo. No era lo que es hoy: el más connotado parlanchín del nacional-reformismo americano. Por eso pudo levantar su oratoria efectista en la Universidad Popular José Martí. Hoy le habría acontecido lo propio que a aquel infortunado arpista que quiso consumir un turno en el gran mitin de frente único, verificado en el teatro Nacional, bajo las banderas de la Liga Antimperialista.

Quede, pues, definitivamente aclarado el verdadero origen de la Universidad Popular José Martí, y precisadas las relaciones que con la misma tuvo Haya de la Torre, a quien los arpistas criollos pretenden caracterizar como uno de los fundadores de tan gloriosa institución revolucionaria.

el método más seguro de establecer una verdadera selección del profesorado. Además, es el único instrumento que tienen las nuevas ideas para romper la costra de prejuicios e intereses dominantes. De aquí su importancia política. Luchar por la docencia libre es luchar por una docencia limpia de mentiras y de oscurantismos; por el mantenimiento del espíritu democrático en la enseñanza; por la incorporación a la Universidad de valores independientes, de valores no universitarios que carecen de tribuna donde exponer su pensamiento.

Esas son, en rápido esbozo, nuestras aspiraciones. Las mismas que tremolaron en 1918 los estudiantes argentinos, en 1919 los peruanos y chilenos, en 1920 los uruguayos y el año pasado los mexicanos. Este movimiento, enderezado a fumigar, enaltecer y democratizar las universidades, es, pues, uno en nuestra América. No se equivocaron, por eso, los compañeros de Córdoba al afirmar en su memorable manifiesto inicial de la reforma: «Estamos viviendo una hora americana; sabemos que nuestras verdades lo son —y dolorosas— de todo el continente.»

Nota

¹ Verso del escritor latino Publio Terencio Afer (n. c. 185 a.n.e) en su comedia *El atormentador de sí mismo*.

Los estudiantes españoles y nosotros*

Doblemente alborozada recibe hoy la Asociación de Estudiantes de Derecho la visita de Alfonso Hernández Catá. El autor de la *Mitología de Martí* es uno de los pocos valores de exportación que poseen las letras nativas actuales; y, además, nos trae, con el suyo, un encendido mensaje de simpatía y solidaridad de nuestros camaradas españoles, cuya denodada y heroica actitud frente a los desmanes, atropellos y crímenes de la dictadura primorriverista ha suscitado la más cálida resonancia en todas las juventudes que padecen análogos regímenes, la cubana en primera fila.

Hernández Catá es uno de los más destacados cultivadores del cuento y la novela entre nosotros. Desde luego, no pretendo subrayar ahora los lineamientos directrices de su ya cuajada y rica granazón literaria, transida toda de un sentido trágico que la engrandece y humaniza. Si no fuera en modo alguno propicia la coyuntura para ello, a la postre resultaría ocioso el empeño, ya que ha sido certeramente situada y explorada por quienes están peculiarmente dotados para hacerlo. Pero sí quisiera concentrar unos minutos la atención de ustedes sobre un aspecto de Hernández Catá, sobremanera interesante y dramático por sí mismo, pero que en este lugar adquiere un relieve insólito.

Es este: Hernández Catá no pasó jamás por un aula universitaria. Ni siquiera es bachiller. Yo, que soy bachiller y que, próximamente, me encasquetaré, nada orondo por cierto, la «muceta de doctor», me permito

* Palabras leídas el 1 de abril de 1930 en la Asociación de Estudiantes de Derecho, con motivo de un mensaje de los universitarios españoles a sus compañeros cubanos, del que era portador el novelista Alfonso Hernández Catá.

decirle: Afortunado Hernández Catá, que no es doctor ni bachiller. Afortunado, porque no supo, como nosotros, del libro de texto mal copiado que es ineludible recitar en el examen. Ni de profesores que predicán cínicamente a sus alumnos, como máxima suprema, el *primun vivere* romano. Es decir: los frijoles antes que el ideal. La barriga llena no importa si a cucharadas de indignidad. Ni de papagayos líricos y tupidores de oficio. Ni de rectores con vocación de sargento, temperamentalmente organizados para el ejercicio de la iniquidad. Afortunado, en suma, porque nunca sacó sobresaliente ni fue distinguido y bienquisto por su buena memoria, señalada untuosidad y cabal sentido de la disciplina, de la medida y de la corrección.

Pero sin ser bachiller ni doctor Hernández Catá ha triunfado en el ámbito de la inteligencia. En terrible pugna con la vida desde su más temprana mocedad, todo lo que es se lo debe a él mismo. Ha compuesto libros jugosos de dolor humano y goza de un prestigio literario que trasciende el Atlántico. ¿Cuántos bachilleres y doctores conocemos nosotros que ostenten pareja ejecutoria? ¿No nos quiere esto decir que, en definitiva, la Universidad actual, la cubana principalmente, no es sino una enorme fábrica de titulados sin auténtica cultura, de artesanos de la ley, del número o del bisturí? ¿Que si algún día llegamos a descollar intelectualmente es por el conocimiento que acarreamos por cuenta propia y no por lo que aquí nos enseñaron?

La culpa no es, precisamente, de los estudiantes. Ciertamente buena parte de ellos viene a la Universidad a adquirir, por cualquier medio y a cualquier precio, la clásica patente de corso. Pero no se vea causa en lo que sólo es signo. El mal radica en la base misma de la estructuración universitaria, en crisis profunda, como la propia organización histórica de que forma parte.

No ha habido espíritu de relieve en estos últimos tiempos que no se haya preocupado del problema universitario. Realmente es una cuestión inquietante.

En efecto, la Universidad —que debía ser avanzada del futuro, hogar de cultura y madre de la ciencia— ha devenido rémora del progreso social y, en el mejor de los casos, en una «humilde escuela de intérpretes de código, de constructores de puentes y casas, de curanderos de enfermedades, de diestros en sacar y poner muelas». Así, concentrada en sí misma, como Buda en su ombligo, en concubinato abierto con la

reacción y el sable, afanada exclusivamente en la fabricación en serie de doctores, reñida con la ciencia y la cultura no obstante proclamarse su representante oficial, ofrece hoy, particularmente la nuestra, el «triste espectáculo de una inmovilidad senil».

La Universidad de hoy —ha dicho un escritor argentino— es un templo en el que hay ídolos, pero no hay fe, y desde cuyo púlpito, añado yo, se preconiza cotidianamente la sumisión en el orden político, y en el intelectual, la subordinación estricta a los libros de texto y a las actividades propias de cada carrera.

Obediencia: he aquí la consigna de orden. Cada mañana el profesor lo recuerda con acento agrio a sus alumnos. ¡Guay del que se le ocurra, en un arranque viril, discrepar del pensamiento oficial, dogma intangible! ¿Acaso los tribunales de disciplina se hicieron por gusto?

Ya lo saben ustedes. Nada de criterio propio ni de másculas rebeldías contra la injusticia. Sumisión y obediencia. ¿Que la Universidad aherroja la inteligencia en vez de liberarla, que deforma la personalidad y engendra una psicología acomodaticia? ¿Que la Universidad es una madriguera de buitres? ¿Que en ella domina una oligarquía incapaz y soberbia que controla la docencia con fines de predominio? ¿Que el profesor por lo general es un títere que sólo se mueve y actúa por la cuerda de la pitanza? Sumisión y obediencia. ¿Que fuera de los libros de texto y de las actividades propias de cada carrera hay quienes maltratan y desangran al pueblo en beneficio propio y de los explotadores extranjeros? ¿Que el país es hoy patrimonio exclusivo de una minoría usurpadora al servicio de intereses foráneos? Sumisión y obediencia. No es misión del estudiante la de meterse en esos asuntos. Allá ellos. El estudiante no debe sino estudiar y aceptar como buena la realidad histórica por mala que sea y las doctrinas que expectoran sus profesores, casi siempre por reflejo.

No. La juventud es biológicamente rebelde, generosa y altiva. Juventud que acepta sin chistar la coyunda, que se casa con el pasado, que vive para el presente, que no siente la inquietud del porvenir, es vejez prematura. Nosotros no estamos, afortunadamente, en ese caso. Nosotros somos hoy una bandera y una esperanza para el dolor y la angustia del pueblo. No más sumisión ni obediencia. Levantémonos, resueltamente, contra la organización universitaria que sofoca todo ímpetu juvenil y contra el actual estado de cosas.

Es lo que hicieron los estudiantes españoles, que nos saludan y alientan por intermedio de Alfonso Hernández Catá.

La Universidad española, estructurada análogamente a la nuestra, imposibilitaba toda acción interna a sus alumnos. Mucho más la política. La preocupación por la tragedia histórica que fuera de sus claustros se desarrollaba y sigue desarrollándose no podía penetrar en ellos. Estudiante que se pronunciaba contra el desgobierno de la dictadura era inmediatamente expulsado, sin perjuicio de ir a parar a la cárcel. No obstante, seguían pronunciándose. Y con ellos varios de sus más destacados profesores —Miguel de Unamuno, Luis Jiménez de Asúa, Gregorio Marañón—, cuya participación fue decisiva en el desenlace de los acontecimientos. Hubo disturbios callejeros, manifiestos vibrantes, discursos de barricada, huelgas activas, persecuciones y cárcel, heridos y muertos; y, naturalmente —como aquí—, no faltaron las claudicaciones ni los gestos cobardes. Pero en cada escaramuza, en cada encuentro heroico con la guardia civil y los esbirros de la monarquía, los estudiantes se fortalecieron y una mayor compenetración los ligó. Y fue así como, fuertemente apretados, magníficamente erguidos, determinaron, en parte, con su postura beligerante, la crisis de la dictadura chabacana y soez de Primo de Rivera.

Los estudiantes españoles, al trocar generosa y heroicamente sus libros y sus intereses académicos por la lucha revolucionaria, supieron ser jóvenes, supieron ser hombres. Y entre ellos perfiló su rebeldía con los matices del líder Antonio María Sbert, perseguido y confinado a Palma de Mallorca por real gana. Al consignar el hecho recuerdo conmovido y colérico que también lo fue nuestro compañero Julio Antonio Mella, que, además de perseguido y confinado, fue cobardemente acribillado a balazos en Ciudad México por sicarios a sueldo de Gerardo Machado, en abyecta connivencia con Portes Gil y el embajador norteamericano Morrow.

Apunté antes que un contingente de profesores españoles —los de más reconocida solvencia intelectual— bregaron denodadamente junto a sus alumnos, confundidos en un mismo anhelo libertario; y que esa unión aceleró, notablemente, el proceso de los hechos que agitaron recientemente a España. Bellísimo gesto. Sobre todo raro. Muy raro. Por lo pronto, entre nosotros, que yo sepa, jamás un profesor salió a la calle a compartir con el discípulo su amor a la justicia, acaso pensando,

con evidente sesudez, que el amor a la justicia no trae sino persecuciones y sufrimientos y, a veces, la muerte. Si sobran datos para situarlo frente a los arranques generosos de la juventud y al servicio de los que tienen la sartén por el mango. Basta recordar un hecho: la lucha estudiantil contra la prórroga de poderes.

Los estudiantes españoles nos han señalado gallardamente el camino. Y para que se sepa hasta qué punto influyeron en la quiebra de la dictadura incivil del segundo marqués de Estella, voy a citar estas palabras de Jiménez de Asúa, el eminente penalista, pronunciadas en el recibimiento que, al regreso de su destierro a Palma de Mallorca, dispensó a Sbert la Universidad de Madrid: «Los estudiantes españoles han mantenido con constancia y empuje la denuncia pública contra la dictadura, por sus protestas y actitud, cuando España entera la soportaba. Gracias a la juventud escolar se ha salvado la dignidad pública y política de España.»

Compañeros: si quisiéramos, nosotros podríamos también salvar la dignidad pública y política de Cuba, ensangrentada por la inigualada tiranía machadista, cómplice del imperialismo yanqui.¹

Nota

¹ El 11 de noviembre de 1930, en Madrid, la Federación Universitaria Hispano Americana se solidarizó con los cubanos, con motivo de los sucesos del 30 de septiembre. Véase «La protesta contra Machado de la Federación Universitaria de Madrid», en Carlos G. Peraza. *Machado. Crímenes y horrores de un régimen*. La Habana, Cultural, 1933, pp. 271-273.





COPAS HISTÓRICAS





27 de noviembre de 1871

El 27 de noviembre ha sido tradicionalmente una jornada de luto oficial. Las oligarquías politiqueras que se han turnado el presupuesto hasta hoy se han esmerado especialmente en que no pase de esto. A lo sumo han tolerado —mediante una previa apología de las excelencias republicanas y particularmente de las suyas— que se vomiten pestes de la España colonial y hasta de los propios españoles aquí radicados, sobre quienes los oradorzuelos del día han descargado los más soeces e innobles insultos, como si fueran ellos nietos del conde de Valmaseda o tuvieran algo que ver con la madre de los voluntarios. Pero siempre han preferido —por natural temor a que la evocación del horror colonial suscitate el paralelismo histórico— los oficios religiosos y las ofrendas florales, la caminata estudiantil a lo largo del Malecón florecido de mujeres y los versos alusivos.

Naturalmente, la reiteración mecánica de los mismos motivos a través de los años ha vaciado la luctuosa y sangrienta efemérides de todo contenido vital. La fecunda lección histórica que ella encierra queda así oscurecida, sin eficacia práctica alguna, ya que la mera referencia objetiva de la anécdota nada dice ni significa por sí misma.

Nuestra obligación es, cabalmente, evitar a todo trance que esa lección se pierda, que la rutina la deslustre, que el comején del mito la destruya.

¿Lección de heroísmo consciente? ¿Culminación fatal de una postura deliberadamente asumida? ¿Sentido histórico de su sacrificio?

No. Aquellos infelices mancebos —fusilados brutalmente contra el paredón de La Punta, cuando aún no se habían apagado las detonaciones

que tumbaron a Juan Clemente Zenea en La Cabaña—^a cayeron limpios de todo pecado político, exonerados de toda veleidad revolucionaria, no obstante que el pueblo de Cuba se batía contra la opresión española, en desigual contienda, desde 1868.

Ni héroes ni mártires. Víctimas, exclusivamente víctimas.

Eso explica que todos, absolutamente todos, fueran al sacrificio protestando su inocencia, su desvinculación plena de la insurrección que incendiaba la Isla, y algunos hasta clamando piedad. La historia ha comprobado después la monstruosa injusticia de que fueron objeto. Totalmente incierto el incidente de la tumba del odiado director de *La Voz de Cuba*.¹ No habían hecho ni dejado de hacer nada que los hiciera acreedores al doloroso calvario a que fueron sometidos ni al tipo de ejecución a que fueron condenados. A pesar de ello, los nombres de los infortunados estudiantes aparecen entre los mártires de la independencia cubana. El tiempo —que parece ser discípulo de Max Factor, el mago del maquillaje— nos lo ha devuelto entre refulgencias heroicas. La realidad, sin embargo, es que su aporte a la lucha contra el régimen colonial fue inconsciente, a pesar de ellos mismos, que jamás habían soñado en verse los cráneos ceñidos de laureles y palmas ni estaban humanamente dotados para conquistarlos.

Resulta, por eso, falso y hasta pueril, vestir con atributos que le quedan anchos a quienes sólo fueron víctimas desgraciadas. Ninguno de los estudiantes fusilados —muy pocos de los que fueron condenados al palo del cómitre, a la cantera infame que le agujereó el tobillo a José Martí— se supo ni entonces ni después que alimentaran ideas adversas a la explotación española, al dominio criminal y exhaustivo de la monarquía lejana. Recuérdese que Federico Capdevila en su corajuda defensa ante la comisión militar que los juzgara subrayó más de una vez el sincero amor a España que albergaban sus pechos. Nada de particular tiene, por otra parte, que así fuera, o peor aún, que fueran apolíticos. Ni una cosa ni otra va a amenguar el crimen abyecto.

La lección, pues, debe ser otra. Puntalicemos rápidamente su contenido y sus enseñanzas.

Fuguémonos un momento de las tinieblas de la colonia yanqui para sumergirnos en las sombras de la colonia española. Estamos en 1871,

^a «**al poeta Juan Clemente Zenea en los fosos de La Cabaña—**».

el año terrible como le han dado en llamar nuestros historiadores. En efecto, Cuba presenció durante él sucesos de genuina envergadura selvática: el saqueo de la casa de Miguel Aldama, la masacre del teatro Villanueva,² el fusilamiento de Zenea y de los ocho estudiantes de Medicina.

Pero de todos ellos ninguno tuvo la resonancia histórica ni levantó la ira y avivó la hoguera de la rebeldía criolla contra el régimen español como este último. Lo que precisamente más encolerizaba y dolía era la inocencia y el candor de las víctimas, casi adolescentes. De haber sido realmente culpables, de haber rayado timbaludamente el sepulcro de Gonzalo Castañón, de haber sido conspiradores auténticos, revolucionarios empeñados en la dramática y riesgosa brega de sacudir^b la opresión colonial de España, el fusilamiento hubiera sido tomado de otra manera. Sus efectos no hubieran sido los mismos. Reprochable y todo, en la contingencia señalada el fusilamiento resultaba, en definitiva, un gaje del oficio.

Por otra parte, el hecho de que se entregara a la furia ebria de los voluntarios, secretamente alentados por el conde de Valmaseda y el gobernador de La Habana, Dionisio López Roberts, a ocho jóvenes incapaces de romper un plato —mucho menos iban a atreverse a rayar la lápida del integrista Gonzalo Castañón— evidencia, antes que nada, la putrefacción histórica a que había llegado el régimen colonial. Cuando, por complacer los instintos carniceros de una turba mercenaria se llegaba a semejante extremo, quería ello decir que la peligrosidad social del sistema era ya de tal alcance que la necesidad de barrerlo se hacía inaplazable. Sólo así, superando la realidad colonial por vía revolucionaria se podría evitar la repetición del hecho salvaje hasta que la descomposición dialéctica de los elementos integrantes de la nueva situación histórica lo volviese a engendrar. Reformas funcionales, recetas caseras, parches autonomistas y treguas políticas, no resolvían, sino prolongaban, agudizándolo, el problema planteado. No había más que una verdadera salida: extirpar radicalmente la raíz productora del mal.

Eso se quiso, pero no pudo ser. Factores más poderosos que la voluntad política criolla —por otro lado económicamente desvalida—

^b «de **sacudir**».

frustraron el empeño. Imperialismo norteamericano y república democrática en Cuba eran realidades incompatibles. Venció así el más fuerte. La colonia española devino, sin solución de continuidad, colonia yanqui.

En esta los vicios y males de la española se han reproducido y, en muchos aspectos, superado. Durante los treinta años de farsa republicana que llevamos sufriendo se han acumulado tanto fango y, sin duda, más sangre que en los cuatro siglos de dominación española.

La colonia que mangonearon los capitanes generales exhibe pústulas y lacras irredimibles.

La colonia que, desde Washington, manichea Wall Street a través de sus mayores nativos, ofrece miserias y llagas incurables.

El cuadro muestra analogías sorprendentes. Aunque sin otra pretensión que difuminar sus rasgos generales, el paralelismo histórico se impone.

Cuba —colonia española— no tenía el control y disfrute de sus propias riquezas ni de su dirección política. Estaba sometida a un régimen de triple explotación: fiscal, mercantil y burocrática. En el orden social, imperaba la división de castas. En el administrativo, el fraude y el cohecho. No había más ley ni más voluntad que la del capitán general, representante personal del rey de España. En esas circunstancias, el criollo pobre y medio, blanco y negro —el rico vivía como clase a la sombra jugosa de la corona integrando la nobleza colonial, tan pintoresca como cruel y ambiciosa— no podía ser más que un instrumento de explotación. Paria en su propia tierra, a merced de los tribunales militares, se le perseguía y acosaba como una alimaña. Se le encerraba en presidio por cualquier cosa y se le mandaba al cadalso por una futilidad. Se le fusilaba, aun sin hacer nada, como a los estudiantes de Medicina.

Cuba —colonia yanqui— vive sometida igualmente a la explotación extranjera. Tiene himno, capitolio y bandera, y hace poco le quitaron la Enmienda Platt, pero no es dueña de sus riquezas ni de su destino. Políticamente ha oscilado entre el desbarajuste y la tiranía. Ahora sufre de ambos con intensidad creciente. Sus gobiernos han sido, desde Tomás Estrada Palma hasta Carlos Mendieta, que acaso lo sea en mayor escala que ningún otro, perros de presa de los intereses bancarios que exprimen y aniquilan el país.

Cuba —colonia yanqui— ha visto y vivido cosas peores que el suplicio de Hatuey y la matanzas de indios en Caonao, la captura del «Virginius»³ y ametrallamiento inmediato de sus tripulantes y el saqueo^c de la casa de Aldama, los fusilamientos de Ramón Pintó, Agüero y los ocho estudiantes de Medicina. Ha visto y vivido en sus treinta años de esclavitud imperialista, asesinatos en masa de obreros y campesinos. Ha visto y vivido degollina de negros y colgadera de isleños. Ha visto y vivido la emboscada y la tângana, la tortura y la delación. Machado y Ainciart, el atentado personal y el contraterror, Crespo y Ferrara. Ha visto caer a jóvenes estudiantes con iluminada conciencia de su sacrificio. ¡Qué distantes en la valoración histórica y en la valoración humana Trejo y Alonso Álvarez de la Campa, Anacleto Bermúdez y Rubierita, Mella y Carlos Verdugo! Esos sí merecen el laurel heroico, la palma del martirio y la loa encendida. Ha visto y vivido expulsiones colectivas de estudiantes y la ocupación militar de los centros docentes, el 30 de marzo y el 30 de septiembre, el 7 y el 12 de agosto, el Nacional y Atarés, el entierro de Mella, Preston, Jaronú y Media Luna, los saqueos vandálicos de los sindicatos obreros y los tribunales de urgencia, la goma y el aceite ricino. Frustrada la revolución democrático-burguesa, agravado el régimen colonial por la agudización de las contradicciones del capitalismo en bancarrota, en ascenso la ola fascista, Cuba, factoría yanqui, vivirá y verá cosas peores.

La conclusión es clara y una: luchar a fondo, sin cuartel, contra la monstruosa realidad histórica que ha hecho posible la colonia yanqui, fruto legítimo de la colonia española. Mientras no desaparezcan definitivamente, arrancadas de cuajo, las condiciones económicas, políticas y sociales que la determinan y nutren, estaremos expuestos a nuevos y más sangrientos 27 de noviembre, a nuevas y más terribles dictaduras machadistas.

Por eso, no bastan la caminata y la ofrenda floral y la velada conmemorativa. Es indispensable, además, imprimirle un ritmo y un sentido revolucionarios a esos actos. Hagamos de este día tradicionalmente mixtificado por los gobernantes de turno y sus agentes estudiantiles, un día vivo, dinámico, de afirmación y de protesta, demostrando así que la lección y las enseñanzas que se derivan del crimen abominable

^c «de sus tripulantes, el saqueo».

han sido bien aprendidas y correctamente interpretadas. Fijemos en él, por acciones concretas, nuestra plena repulsa a los regímenes de opresión y barbarie, capaces de determinar el fusilamiento de ocho inocentes en 1871 y los asesinatos de Alpízar, Mariano González Gutiérrez, Floro Pérez, Marcio Manduley e Ivo Fernández Sánchez en este siglo.

[noviembre de 1934]

Notas

¹ Gonzalo Castañón.

² Ocurrió el 22 de enero de 1869.

³ La expedición del *Virginus* fue capturada en 1873. Sus miembros fueron fusilados en Santiago de Cuba.

30 de marzo de 1927*

La Universidad toda olía a primavera. Fragancia en el aire y fuego en los espíritus. Los estudiantes de Derecho, Filosofía y Ciencias, inquietos de la más viva inquietud, como obedeciendo a una misma consigna irresistible, se han ido concentrando junto al centenario laurel, sombra amable de mil historias galantes y tribuna obligada de toda rebeldía universitaria. Abandonaron, unánimemente, las aulas frías, ansiosos de sol y de polémica y, sobre todo, de cuajar en acción lo que les fermentaba por dentro. Discuten, gesticulan, gritan. Cada vez más, el contingente juvenil se ensancha. Algunos bedeles, despavoridos, ya han ido a enterar al Rector de que algo extraño les ocurre a los estudiantes. De la inquietud se ha pasado, insensiblemente, a la protesta. Ya hay gritos concretos. Del viejo reloj vigilante han caído, como martillazos sonoros, nueve contundentes campanadas. Por el maltrecho camino que conduce al Hospital Calixto García se advierte, de pronto, una estremecida legión de cabezas que avanza. Son los estudiantes de Medicina. También ellos se han sentido aguijados de la misma inquietud y vienen a compartirla con sus compañeros de las otras facultades universitarias. Son cálidamente recibidos. La unidad estudiantil es perfecta. Alguien habla con voz encendida. Hace un vibrante llamamiento a los estudiantes para que estos, irreductiblemente organizados,^a manifiesten su inconformidad militante con la reforma constitucional y la prórroga de poderes, que significaba la estabilización de un régimen de exterminio al servicio del imperialismo yanqui y de los núcleos sociales nativos, en

* 30 de marzo de 1934.

^a «firmemente organizados».

que este se afianza para desencadenar sobre las masas populares una política de terror y de miseria. Los estudiantes ratifican la exhortación con «mueras» y «abajos» que llenan de vida la soledad de las aulas. Habla otro. Y otro. Y otro. Todos se pronuncian con el mismo acento combativo y ardiente. Pero somos tantos que oír resulta difícil. Entonces, alguien, interpretando el sentir de todos, ordena: -¡Al Stádium...!

Y allá vamos, decididos y anhelosos de convertir la protesta oral en acción, de fijar en un gesto viril nuestra postura frente al monstruoso engendro que ya ha aprobado la Cámara de Representantes con muy escasa oposición y que pronto lo hará igualmente el Senado. Se organiza el mitin.

Consumen turnos numerosos estudiantes. Todos convergen^b en la inmediata necesidad de combatir, hasta impedirla, la prórroga de poderes. La calidad oratoria no es siempre la misma. No falta quien entreteja su peroración^c con las más auténticas guirnaldas de cursilería. Ni tampoco, quien en supremo raptó efectista, haga desfilar por sus palabras, desnudos y heroicos, machete en ristre y la estrella solitaria clavada en el pecho, a los mambises de Palo Seco y Las Guásimas.

Hay un momento que parece que todo aquello no va a trascender del mero plano verbal. Precisa encauzar la asamblea y llegar a conclusiones prácticas. Un estudiante —líder de la protesta— lee un manifiesto dirigido al país, redactado en los siguientes términos:

Los abajo firmantes, estudiantes de la Universidad Nacional, reunidos en magna asamblea, acuerdan protestar del proyecto de Prórroga de Poderes, por considerarla contraria a los más elementales principios democráticos. Los cargos, cuyo término quiere extenderse, son eminentemente electivos y, sin embargo, los actuales detentadores del poder, quieren seguir ocupándolos sin pasar por el filtro purificador de una elección. Individuos que traicionan al pueblo extendiendo ilegalmente su mandato no son dignos de reformar la obra de aquellos ilustres constituyentes que inspirados en el santo ideal del patriotismo, hicieron suya la frase del Maestro: «La patria es ara, y no pedestal.»

La asamblea, en su conjunto, acepta el contenido del documento leído. No queda un estudiante que deje de firmarlo.

^b «Todos **convienen**».

^c «su **perorata**»

Se suscita un problema planteado por un asambleísta al sugerir que salgamos en manifestación a la calle y llevemos el manifiesto a los periódicos para su publicación. La repulsa es completa. La prensa, en su totalidad, está miserablemente vendida a la oligarquía dominante. ¿A dónde llevarlo, a quién entregarlo? Quedaba el recurso de publicarlo en hoja suelta. Pero en el instante mismo en que se iba a aceptar este procedimiento,^d una voz salida como índice orientador, del seno encrespado de la asamblea, propuso que hiciéramos depositario de nuestra protesta a Enrique José Varona, el anciano glorioso que nunca hizo de la política instrumento de lucro y en todas las coyunturas levantó siempre su clara palabra condenando el despotismo y las prácticas turbias. El clamoreo fue unánime: —¡A casa de Varona!... ¡Todos a Línea y 8!... ¡Abajo la prórroga!... ¡Muera Machado!...

Y abandonando el Stádium, descendimos a la calle constelando el aire de anatemas y gritos, rumbo a la casa de Enrique José Varona. Una comisión se había ya encargado de telefonarle de nuestro propósito. Varona respondió que nos esperaba en el portal en su recoleto y modesto refugio.

En L y 23 se acordó bajar hasta 17 y rendir el trayecto por esta calle hasta 8. En el Hospital «Mercedes» —dependencia universitaria— se incorporaron varios estudiantes.

El primer choque con los esbirros de Machado se produce^e unas cuadras más adelante, en L y 17, donde nos salió al paso, con ademán bravucón, el Capitán de la 12 estación y un pelotón de policías que había recibido instrucciones enérgicas de disolvernos. Los portales y ventanas florecieron de curiosos ávidos de presenciar la «tángana», que prometía ser espectacular. El Capitán, descompuesto más de miedo que de cólera, ordenó que nos disolviéramos pacíficamente, si no se vería precisado a hacerlo por la fuerza.

—¡Muera Machado!... ¡Abajo la policía!... ¡Adelante, compañeros!...

Y la avalancha estudiantil quitó de en medio al capitán y sus hombres sin otro esfuerzo que algunos empujones y trompadas que los valerosos policías ripostaron con súplicas y amonestaciones.

^d «en que se iba a **aceptarlo**».

^e «se **produjo**».

Eran cerca de las doce del día. El sol quemaba los rostros y encendía los raíles. A nuestros gritos, la calle 17 despertó de su dorado e imbécil letargo. Pero ni una sola manifestación de simpatía, ni una palabra de aliento. Ambiente de campana neumática. En vez de amilarnarnos, aquel tácito repudio lo que hizo fue inflamarnos de coraje, a la vez que imprimía al gesto solitario un luminoso sentido precursor.

Pasó un tranvía con los nueve puntos del susto.

La distancia era larga.

—¡Muera Machado! ¡Abaaaajo la prórroga!... ¡Viva la juventud estudiantil!...^f

El grupo explorador, tripulando una cuña, nos informó que la policía, con su jefe al frente, nos esperaba en Línea y 8. Se apretaron las filas y la decisión fue una: —¡Adelante, siempre adelante!...

Y así seguimos hasta 17 y 8. A lo lejos se percibía la mancha azul, erizada de clubs. No obstante las perspectivas, ni una vacilación.

Una cuadra antes de llegar a casa de Varona, en un breve cambio de impresiones, se decidió que, mientras el grueso de la manifestación se enfrentaría con la policía, un grupo diese la vuelta a la manzana y, aprovechando la confusión consiguiente, le entregara el manifiesto al viejo maestro que, todo vestido de blanco, con la propia enhiesta postura que conocieron y respetaron los capitanes generales de la colonia, nos esperaba en el lugar prometido.

La estratagema tuvo el resultado apetecido. Mientras la policía distraía su atención persiguiendo y apaleando a los estudiantes que, totalmente desarmados, le hicieron heroico frente, el grupo segregado invadía la casa de Varona. Recuerdo nítidamente el momento. Caímos casi en brazos del anciano que, indignado, ante la escena vecina, había perdido su paradigmática serenidad. Un estudiante —previas palabras explicativas de nuestra actitud— leyó el manifiesto de protesta contra la prórroga de poderes. Varona, emocionado, agradeció primero el homenaje y nos exhortó después a que la mantuviéramos, costase lo que costase.

La lucha en Línea y 8 había adquirido un ritmo intenso. Un bofetón, certeramente administrado, puso fuera de combate a un policía. Otro, más certero aún, a un sargento insolente. Varios estudiantes fueron detenidos. Al cabo, y ante el implacable toleteo, se dispersaron los

^f Roa en su revisión independizó este párrafo del siguiente.

manifestantes. Pero, al advertir que sus propósitos habían sido frustrados y que un grupo de estudiantes había penetrado en casa de Varona, las fuerzas policíacas la asaltaron brutalmente y, atropellando de obra y de palabra a aquel, en su persecución de los jóvenes por el interior de la morada rompieron el piano y varios sillones. Varona, rodeado por un número escaso de nosotros que en vano tratábamos de sustraerle a los empujones y golpes que nos propinaban, apostrofaba enérgicamente a los policías y afirmaba su adhesión a la protesta estudiantil. Un hijo suyo cruzó palabras violentas con los esbirros, que al fin abandonaron la casa para situarse en las esquinas y esperar nuestra salida. Burlamos el cerco agresivo escapándonos por el fondo.

La colisión entre estudiantes y policías y el asalto a mano armada del domicilio de Enrique José Varona conmovió la ciudad, movilizando, a la vez, las iras cavernarias de Machado. Esa misma tarde, los estudiantes se reunieron en número de tres mil en el Stádium universitario para tomar acuerdos relativos a su actitud futura. Los atropellos y vejaciones de por la mañana habían enardecido a los muchachos.

El gobierno había cursado órdenes severísimas a todas las estaciones de policía para que se reprimiese, por todos los medios, las manifestaciones y protestas estudiantiles. Reproduzco, a continuación, la circulada a la décima estación:

De orden del señor jefe, que se notifique al señor Rector de la Universidad que de orden del Presidente de la República no permita a los estudiantes den mítines ni celebren reuniones en el Stádium universitario para protestar de la ley votada por la Cámara de Representantes, relacionada con la Prórroga de Poderes. Que mande la reserva que tenga a sus órdenes y que tome las medidas que estén a su alcance.

Apenas iniciada la asamblea, la policía, con su jefe, irrumpió violentamente en el recinto universitario por el fondo, dirigiéndose tolete en mano y ávida de renovar sus atropellos de por la mañana hacia el Stádium. Lo que no había acontecido en la colonia española estaba ocurriendo en la república. La Universidad, que había conservado sus fueros aun bajo el mando sanguinario de Weyler, estaba siendo violada bajo un gobierno que se titulaba liberal y democrático.⁸

⁸ Roa separó este párrafo del siguiente.

La reacción estudiantil fue inmediata. Los jóvenes, ante el suceso insólito, se dispusieron a defender la integridad universitaria. Era una pugna desigual. Pero sobraba corazón y lo «otro». A pesar de su superioridad combativa, la policía no se decidía a acercarse. Los estudiantes avanzaron entonces. Armados de palos y piedras y gritos, llegaron valerosamente al cuerpo a cuerpo. Un estudiante, que forcejeaba con un sargento, cayó súbitamente al suelo con la cabeza rota. Tuvo la fatalidad de que la piedra dirigida al sargento por otro estudiante le alcanzara a él. Ante la ofensiva creciente de los esbirros, los estudiantes se replegaron, refugiándose en el histórico Patio de los Laureles. Hasta allí mismo llegó la enfurecida jauría, saliéndole al paso el Rector que, informado de lo que ocurría, se encaminaba al lugar de los hechos.

Al protestar tímidamente de la invasión policíaca, el ambiente se cargó de amenazas y de injurias. El Rector ensayó un gesto enérgico, que se fundió, enseguida, en una pública confesión de impotencia. Los estudiantes acogieron con silbidos y manifestaciones de desagrado aquella actitud. Este desfallecimiento iba a costarle más tarde el rectorado a quien entonces lo ocupaba. No faltó, desde luego, el profesor que ante él, construyera, temblándole las orejas, una frase lapidaria: «De haber yo sido el Rector, la policía hubiera tenido que cruzar sobre mi cadáver para hollar este recinto.»

Poco a poco, los estudiantes, desamparados hasta por aquel que debía defenderlos a cualquier precio por ser la suprema autoridad universitaria, fueron abandonando la Universidad hasta sólo quedarse grupos pequeños que comentaban la jornada del día. Momentos después la Universidad y todas sus dependencias colgaron negros crespones en señal de protesta por la violación del recinto universitario. Reunidas las Asociaciones Estudiantiles nombraron su delegación respectiva, organizándose de este modo el Directorio Estudiantil Universitario contra la Prórroga de Poderes, cuyos integrantes serían muy pronto sustituidos por la falange aguerrida y capaz que dirigía, sin la política de compromisos y tibiezas que desarrolló el primero, poniendo en peligro la pureza inicial del movimiento, la pugna estudiantil contra la prórroga de poderes, que los llevaría a la expulsión, al destierro, al hambre y algunos a la muerte.

Siete años han transcurrido desde la memorable mañana del 30 de marzo de 1927, que señala el inicio de la lucha estudiantil contra el



gobierno de Machado. Aplastada circunstancialmente esa lucha por la fuerza, revivió ella, más pujante y decidida que nunca, el 30 de septiembre de 1930, en que la heroica jornada tuvo sangrienta culminación. Un claro sentido matinal enlaza a ambos días en el recuerdo y en la historia. Idéntico el móvil, parejo el valor derrochado, unánime la esperanza en tiempos radicalmente mejores.

[1934]

La jornada revolucionaria del 30 de septiembre

Salía yo de la Asociación de Estudiantes de Derecho la tarde del 30 de octubre de 1929, cuando fui parado en seco por un tremendo manotazo cordial.

—Hola, «loco» Roa.

Era Juan Ramón Breá.

Venía a plantearme una cuestión de parte de Aureliano Sánchez Arango. Nos sentamos bajo el laurel chiquito. Ya habían terminado las clases. En una ventana cómplice, un muchacho y una muchacha tejían un diálogo gelatinoso. Una suave fragancia otoñal envolvía el ambiente.

Breá me dijo primero quién era y después me planteó la cuestión. Era —es— un tipo largo, prieto, de andar inverosímil, santiaguero, inteligente, de una conversación ingeniosa, capaz de —ignorándolo todo— cocinar al minuto la tesis más profunda y abstrusa sobre cualquier ramo del conocimiento; pero incapaz de asimilar la línea revolucionaria del proletariado, ni ninguna otra. Recuerdo que yo le discutí algunos puntos. Por poco me come. Juan Ramón Breá no tolera más discrepancia que la suya. El plan propuesto me pareció bueno. Había que romper inteligentemente, la pasividad estudiantil y levantar de nuevo la lucha contra Machado. Para eso resultaba indispensable organizar un grupo de muchachos que, dispuestos a todo, se dedicaran a la «conspiradera», ejercicio, por otra parte, fascinante y pintoresco. Aureliano sugería algunos nombres y con otros que yo añadí, el grupo quedó constituido en principio. Nos despedimos. Yo tenía que concluir unas cuartillas sobre la actitud política y social de José Ingenieros, para leerlas al día siguiente en la Asociación de Estudiantes de Derecho, que

había organizado un acto conmemorativo del segundo aniversario de la muerte del egregio animador argentino.

Aureliano acababa de salir de la famosa Causa 228. Había estado un largo tiempo sumergido. Teóricamente, desde luego. Más de una vez me lo encontré en una guagua pretendiendo pasar inadvertido con unos espejuelos siniestros. Estuvo dichoso, porque si tropieza con Betancourt o Guanajo —aquel hecho papilla en Flores 66, este liberado por la desconflautación auténtica— va a parar, con espejuelos y todo, a la galera 13, donde, por varios meses, se pudrió un numeroso contingente de políticos y estudiantes.

Lo primero que hizo Aureliano cuando se vio desconectado oficialmente de la «justicia» machadista, fue nada menos, que intentar, con Rubén Martínez Villena y Juan Ramón Breá, revivir la Liga Antimperialista, que Machado había disuelto, so pretexto de estar subvencionada con «oro de Moscú». Véase la ancianidad y filiación de la táctica, que hoy, en connivencia con Caffery, esgrime el gobierno de concentración reaccionaria, presidido por Carlos Mendieta para declarar ilegales los sindicatos obreros y forzar a las masas al sometimiento patronal, a través de una política represiva que tiene exponentes concretos en la persecución sistemática de los militantes revolucionarios, en las cárceles y prisiones repletas y en 1 550 decretos del más claro contenido fascista. Se llamó a los intelectuales. A este llamamiento concurrieron, entre otros, Jorge Mañach, Paco Ichaso, Emilio Roig y Juan Marinello. Pero la reunión fue más estéril que el vientre de una mula. El intento no pasó de tal. Paco Ichaso y Mañach exigían, como requisito indispensable para meterse en la «fiesta», que se les demostrara, con fórmulas matemáticas, los modos y medios de lucha contra el imperialismo y, particularmente, cómo sería posible sostenerla a la boca misma del Mississippi sin que los Estados Unidos no vomitaran sobre la Isla, cuando fuera preciso, todas las unidades de su flota de guerra. Estos señores pretendían derrocar el imperialismo sin exponerse al más miserable rasguño. Por eso, han optado por servirlo.

Fue aquel el último esfuerzo de Rubén por incorporar a los intelectuales a la lucha revolucionaria. Aureliano quiso entonces tratar de despertar al estudiantado universitario de la abyecta molicie en que vivía desde los Consejos de Disciplina de 1927 y 1928. Concibió un plan de lucha, seleccionó nombres y me mandó a Breá con el encargo de

iniciar contactos y de reclutar adeptos. Si no concurría él en persona era porque, a virtud de su condición de estudiante expulsado, le estaba formalmente impedido el acceso al recinto universitario.

Mi conferencia sobre José Ingenieros se inició en una atmósfera de verdadero terror. Aún los soldados ocupaban la Universidad y sus dependencias y era rector el «Sargento» Averhoff. Recuerdo que Carlos Prío, Mongo Miyar, Rafael Rubio y otros compañeros me sirvieron de «claqué» en los puntos culminantes logrando arrastrar con su ejemplo al resto de la concurrencia que, por sí misma, no hubiera hecho el menor ademán de adhesión a mis palabras. Mi protesta contra la ocupación militar de la Universidad y mi denuncia de la farsa panamericana que se celebraba, paralelamente, en el Aula Magna —homenaje al monroísmo y a la Enmienda Platt en la persona intelectualmente descolorida de James Brown Scott— mientras Nicaragua se desangraba cruelmente y era cada vez más arrolladora y brutal la penetración imperialista en Cuba, Haití, Santo Domingo y toda la zona oprimida y explotada del Caribe, provocó un vendaval de protestas y gritos y más de uno condenando el régimen asesino y usurpador de Machado.

La primera reunión del grupo universitario con Aureliano y Breá tuvo efecto en el cuarto de este, en una casa de huéspedes situada frente por frente al domicilio particular de Machado. No podía ser más reducido en número, pero considerable si se recuerdan las condiciones imperantes en la Universidad, en la que no se podía hacer el menor movimiento sin caer en el Consejo Único de Disciplina, que Torquemada hubiera presidido con verdadero alborozo. Incluyendo a Aureliano y Breá, y el automóvil de aquel, lo integraron, inicialmente, Carlos Prío Socarrás, Mongo Miyar, José A. Guerra, Virgilio Ferrer Gutiérrez, Rafael Rubio y yo.

Cuando entramos en el cuarto Prío y yo, Breá sostenía una terrible polémica con Aureliano sobre la llamada «poesía nueva». Breá padecía entonces del sarampión vanguardista. Sus versos eran una prodigiosa colección de disparates.

Aureliano —concluida la discusión entre insultos recíprocos— tomó la palabra y expuso, concretamente, el plan que ya Breá me había esbozado en la Universidad. A todos nos pareció magnífico. El grupo quedaba organizado para comenzar, inmediatamente, una propaganda clandestina enderezada a prender la rebeldía en el estudiantado universitario

y proyectarlo luego contra el gobierno, en lucha abierta y franca. En un principio, las actividades nuestras tenían que ceñirse al terreno puramente académico. La opinión de todos fue unánime en este sentido. No podía ser de otro modo. La Universidad estaba militarmente tomada con la aquiescencia gozosa del profesorado que, a la sombra protectora de las bayonetas impudicamente exhibidas frente a las aulas mismas, podía, a la vez que ejercer su más desvergonzada dictadura a través del Rector y del Consejo Universitario, explotar tranquilamente la infamante coronación «honoris causa» del Tirano analfabeto —con el solo voto en contra del doctor Juan B. Kourí— y su apoyo, intelectual y práctico, a la reforma constitucional y prórroga de poderes, que afianzaban un régimen de represión sangrienta, al servicio de los intereses imperialistas y de sus cómplices cubanos. Las excepciones —si las hubo— no alteran el cuadro. En estas circunstancias, fresca aún la brutal expulsión en masa de 1927 y 1928, ordenada por Machado y sancionada y ejecutada por el Claustro por medio de inquisitoriales Consejos de Disciplina, se precisaba un tacto exquisito para ir venciendo, gradualmente, el terror y la inercia que paralizaban toda reacción de protesta en el conglomerado estudiantil.

Planteada la lucha, por el momento, alrededor de consignas exclusivamente académicas, se propuso la redacción de un manifiesto explicativo de nuestra actitud, demandando el apoyo militante del alumnado. Se designó a Guerra para que lo redactase y lo trajese al día siguiente por la tarde en que volveríamos a reunirnos. Lo que escribió aquel, era todo menos un manifiesto, por lo que hubo necesidad de hacer otro, que compuso Aureliano. Discutido y aprobado este se llevó esa misma noche a una imprenta de Neptuno esquina a Hospital que, por un precio regalado, se encargaría de tenerlo listo en tres días.

No fue así. La impresión se llevó casi una semana, pero por culpa nuestra. En ese interregno, se produjo un hecho de incalculable importancia para el fortalecimiento y ampliación de nuestra campaña: la retirada de la soldadesca de la Universidad ante la inminencia de una Conferencia Internacional de Universidades que tendría por sede el Aula Magna.

Impresos los manifiestos fueron trasladados en el fotingo de Aureliano a casa de Breá. Todos quedamos citados para las siete de la mañana siguiente en que, provistos cada cual de una buena ración, iríamos a

repartirlos en la Universidad, en el Hospital Calixto García y en la Escuela de Medicina.

Fue aquella una peripecia inolvidable. Nos dividimos en grupos. A la Universidad fuimos Breá, Guerra y yo. A la Escuela de Medicina, Prío, Mongo y Rubén.

Cuando Breá y yo llegamos a la Facultad de Derecho, no habían comenzado las clases. Eran las siete y media. Nos pusimos a conversar con un grupo de «filomáticos» sobre el próximo examen de Derecho Civil, que prometía ser duro por lo extenso y difícil de la materia explicada. De pronto Breá se perdió. Yo me escurrí hasta la clase de griego, que se da en una de las aulas conventuales que amurallan el Patio de los Laureles. Marcelino, el bedel mayor, se detuvo a conversar conmigo. En un recodo del patio cuchicheaban varios policías universitarios —cuerpo de delatores y porristas, creado a raíz del movimiento estudiantil contra la prórroga de poderes— entre los que sobresalía la figura repelente de Orta, que más tarde iba a ser guardaespaldas de Averhoff hasta su fuga vergonzante con Machado.

En eso, sentí que me llamaban. Era Sanjuán, el bibliotecario.

—¿A quién le vas [a] arrancar hoy la tira del pellejo? Chico, deja ya tranquilo al barrigón lírico. Tu constante tasajeo lo tiene loco...

Sanjuán —lengua viperina— era un asistente, por derecho propio, a nuestras charlas bajo el laurel, en las que el picadillo del prójimo era el plato diario. Le conté a lo que iba. Me recomendó prudencia. Los mastines de Averhoff estaban ansiosos de víctimas para justificar la pitanza. Mi conferencia sobre Ingenieros los había puesto en guardia.

Cumplida su faena —sustituir por manifiestos el papel higiénico de los inodoros de la Facultad de Derecho— Breá se me unió. Me contó cómo un estudiante casi se desmaya al encontrarse con la hoja inflamada, más propia para levantar ronchas que para limpiar excrecencias.

Orta y su pandilla siempre cuchicheando y recelosos, se encaminaron al Rectorado. Entonces Breá y yo, en brusca carrera, fuimos hasta el laurel grande y en el banco que lo rodea dejamos sendos paquetes de manifiestos. Unos minutos después sonaban las ocho.

Maza y Artola, terminada su clase, se fue vertiginosamente, cargado de libros ininteligibles. Muchachas y muchachos afluyeron, como de costumbre, al laurel a adquirir fuerzas para poder entrarle al latín.

Sentados en la ventana última de la Biblioteca, Breá y yo observábamos inquietos el desarrollo de los acontecimientos. ¿Cogerían los manifiestos? ¿No los cogerían? ¿Serían capaces de, por miedo, entregarlos al Rector?

Un grito rajado rompió el bullicio juvenil. Y todos recularon cobardamente hasta la estatua de Felipe Poey, donde se quedaron expectorando palabras sin sentido. Estaban aterrorizados.

Pero nosotros habíamos llevado aquellas hojas para que las leyesen. Allí, abandonadas, eran letra muerta. Por otro lado, la posibilidad de que algún policía universitario, o un bedel apapipio, las descubriese, era inminente. Precisaba una determinación instantánea. Así, Breá y yo nos acercamos con aire distraído al laurel y, demostrando una sorpresa que no sentíamos tomamos un manifiesto cada uno, lo leímos íntegramente y llamamos a los estudiantes para que hicieran lo propio. Ninguno respondió. Fallada la estratagema, no quedaba otro recurso que repartirlos a la brava nosotros mismos. Eso hicimos. Con los manifiestos sobrantes nos dirigimos velozmente al Hospital Calixto García. Entramos en el Anfiteatro. Un profesor, ya viejo, explicaba un intrincado problema patológico a una atenta legión de estudiantes. A una señal convenida, Breá y yo lanzamos sobre la mesa profesoral una encendida nube de papeles que provocaron una perturbación tal, que tuvimos que salir pitando en absurda carrera, no parando hasta la casa de Breá, donde Prío, Mongo y Rubio, realizada brillantemente su tarea en la Escuela de Medicina, y Aureliano, aguardaban impacientes el resultado de la nuestra.

Este primer manifiesto suscitó en la Universidad y fuera de ella, los más pintorescos y variados comentarios. La opinión dominante, claro está, era que detrás de su contenido disolvente se encubrían ácratas y políticos que, ávidos de entorpecer el maravilloso reinado de la regeneración, se servían de los estudiantes para el logro de sus «antipatrióticos» y «criminales» propósitos.

El grupo empezó a gastar las horas nocturnas en largas disputas sobre todo lo humano y divino, en el restaurant Sonora, cuyo propietario era el emigrado político mejicano Ricardo Topete, comprometido en la revuelta de Escobar y los Cristeros, por lo que tuvo que salir zancando de México para salvarse de las garras de Calles. De allí surgió la peripecia inmediata: hacer del próximo 27 de noviembre un día

de agitación y de combate contra la tiranía de Machado, ligando el nombre de Mella a la jornada. Se construyó un plan ambicioso:

- a) Reunión de los componentes del grupo en el cine Fausto, a las siete de la mañana, para de allí ir a La Punta, repartir un manifiesto alusivo y ocupación revolucionaria de la tribuna por Aureliano.
- b) Convertir la tradicional peregrinación al mausoleo que perpetúa la memoria de los infelices muchachos del 71, en una tángana gigantesca.
- c) Mientras esto acontecía, parte del grupo se trasladaría a la Universidad y pertrechado de brocha y pintura, constelaría las paredes de los edificios universitarios de tremebundas consignas.
- d) Por la noche en el Auditorium, además de repartir los manifiestos, se buscaría la manera de apagar las luces y proyectar contra el escenario una lluvia de bombillos eléctricos que, al explotar con la sonoridad del petardo, acaso produjeran la muerte de «Coquito» Averhoff por un colapso cardíaco. Los bombillos se suprimirían caso de no asistir el odiado ex Rector.

La actividad del grupo se orientó, febrilmente, en la preparación y realización del plan elaborado. Faltaba menos de una semana para el 27 de noviembre.

Breá fue designado para la confección del manifiesto. En definitiva, todo el mundo puso algo de su cosecha. El manifiesto tenía un tono y un contenido distinto al usual y llevaba al centro el retrato de Julio Antonio Mella. Copio algunos párrafos del mismo:

No se nos oculta, Asno con garras, que al señalarte a ti como el asesino de Mella, tentamos con ello a toda la gama del crimen; la alevosía y la impunidad —tu modo predilecto— al leer estas líneas ya se habrán hecho una seña inteligente en el estercolero mental de tu pobrecito cerebro de verdugo. No nos importa que te ensañes con nosotros. Nos encontrarás decididos siempre y en la celada fatal sabremos caer sin miedo. Y si nuestros ojos se abrieran de par en par por la sorpresa, no esperes que se cierran de terror; estallarán de indignación. Por lo demás, ya con ningún crimen podrás superar tu propio récord. Has asesinado, expulsado, secuestrado, sepultado en vida, torturado. Todo lo has ensayado con éxito aparente. ¿Qué te queda por hacer? ¿Qué puedes

intentar para impedir que nosotros, que no tenemos fuerzas aún para derrocarte, te lancemos al rostro tu ignominia? Tú, Señor de horca y cuchillo, harás lo que quieras. Pero Amo y Señor, no podrás impedir que, desde el vientre de un tiburón, tus víctimas te maldigan. Es difícil, pero aun cuando sea imposible, intentar nada contra ti, es necesario ensayarlo todo. Nada será inútil, pues el crimen que estas líneas pudieran inspirarte, sería la gota que desbordaría la copa que tantas víctimas han rebosado ya.

Sólo faltaba conseguir, por intermedio de algunos de los miembros del Comité Universitario 27 de Noviembre, la manera de apagar las luces en la velada del Auditorium. Rafael Trejo se prestó a ello. Desde ese mismo instante, se vinculó a nuestro grupo. El día antes de la efemérides estudiantil tuvo el grupo una reunión para ultimar detalles. Aureliano y Breá por poco se van a las manos. Este, en combinación con el resto, se había confabulado para eximir a Aureliano de su turno en La Punta. Era demasiado significado y conocido para arriesgar, en una misión que cualquiera de nosotros hubiera podido realizar airoosamente, su valiosa colaboración al desenvolvimiento ulterior del grupo. Aureliano, enseguida, advirtió la maniobra. Se puso furioso. Entre Breá y él se cruzaron, en progresión geométrica, todas las indecencias conocidas y por conocer. Al cabo, Aureliano salió con la suya: hablaría revolucionariamente en La Punta.

27 de noviembre de 1929. 7 de la mañana. Cine Fausto. Prío, Rubio, Manolín Sánchez, Medina, Paquito Aguilar —los tres últimos agregados la noche anterior a la aventura— y yo. Faltaban Mongo, Aureliano y Breá. Para hacer tiempo, nos dedicamos a ver los avances fotográficos de varias películas de próximo estreno. Un fotógrafo callejero empezó a imitarnos para acabar ofreciéndonos su arte. Como lo menos que nos podía pasar aquel día era dar con los huesos en la cárcel, posamos, anticipándonos a la posible contingencia, delante de una reja, evocadora de la otra. A los cinco minutos estábamos ya registrados en la cartulina.

Llegados los compañeros que faltaban, enderezamos nuestros pasos hacia La Punta. Primer fracaso. Frente a la improvisada tribuna no había ni una veintena de transeúntes, todavía adormilados. Alguien ensayaba pintar héroes donde sólo hubo inocentes. Nos fuimos a un cafecito cercano, en Prado y Cárcel, a ingerir un café con leche. Estando allí se presentó de súbito Carlos Fernández Arrate, popularmente

conocido por *Aspirina*, quien, enterado de nuestras actividades, venía a ofrecer sus servicios. Lo acompañaba un muchacho serio, silencioso, de piel acamaronada, que estaba ansioso por combatir a Machado. Era Carlos Fuertes Blandino. Hacía años que no lo veía. Le di un abrazo efusivo. Fuertes y yo habíamos sido compañeros de colegio. De allí nos trasladamos todos al Cementerio, donde iba a hablar el estudiante y político nacionalista Gilfredo Ortiz.

Cuando llegamos aún no había comenzado el acto. La concurrencia era nutrida. Verificada la misa que, tradicionalmente, se celebra ante el mausoleo de los estudiantes del 71, habló no sé quién y después Ortiz. Coincidieron sus palabras fustigadoras con el sepelio, a unos pasos, de José A. del Cueto.

Ortiz tuvo el talento de conectar su evocación del abominable crimen de la España colonial con los momentos que Cuba vivía, en que se asesinaba a mansalva y los estudiantes eran perseguidos, atropellados y expulsados de la Universidad por combatir el gobierno y sus procedimientos despóticos. Miguel Mariano Gómez, alcalde a la sazón de La Habana, se retiró del lugar, condenando cuanto había oído.

Mientras Gilfredo peroraba, nosotros repartíamos nuestro manifiesto. A las dos de la tarde, estábamos todos de nuevo en el cafecito de Prado y Cárcel. Las calles, desbordadas. Particularmente de mujeres. Estas caminatas anuales del 27 de noviembre, a falta de otras virtudes, han movilizado siempre la curiosidad femenina. A lo largo del itinerario, mujeres rutilantes hacen amables las paradas innúmeras que agujerean el trayecto. En el mausoleo de La Punta no se podía ya dar un paso. Policías, soldados y apapipios cuidaban el «orden». Al primero que se moviera se lo comía el león.

Empezaron a desfilar los primeros manifestantes. Nos dispersamos entre ellos. Les hablamos de la necesidad de transformar en acto revolucionario aquella mojiganga, que entrañaba, en el fondo, una adhesión a Machado. No hacía aún dos años que un nutrido contingente de compañeros habían sido irradiados de la Universidad y lanzados a la miseria y al destierro. No hacía aún uno, que Julio Antonio Mella había sido asesinado en Ciudad México por orden de Machado, en connivencia con Portes Gil y el imperialismo yanqui. La bota militar había hollado, hasta muy pocos días antes, su casa de estudios. Con esos antecedentes, aliados a la situación general de hambre y de opre-

sión que confrontaba el país, los estudiantes no podían, en un día como ese, que registra uno de los crímenes más horrendos de la historia colonial de España, discurrir por las calles, sin que la protesta brotara de sus labios y se concretase en gesto afirmativo y viril. Pero ni uno solo se dio por aludido. Segundo fracaso.

No importaba. Desde un principio, sabíamos que nuestros esfuerzos por rebelar a los estudiantes iban a estar erizados de obstáculos. Uno de los principales: la atmósfera de terror que habían formado los Consejos de Disciplina. Pero la aceleración de la crisis económica y política, en curva ascendente, ya provocaría la coyuntura adecuada. El estudiante se rebelaría, como conjunto, cuando sintiera en su carne el latigazo de la necesidad, agravada por el despotismo político. Esta conjunción de factores determinaría, meses después, la jornada revolucionaria del 30 de septiembre, de la que nuestro grupo sería la premisa indispensable.

En la cuña de Manolín, y con los implementos necesarios, nos dirigimos Aureliano, Breá, Prío y yo a pintar la Universidad de letreros subversivos. La vigilancia era tal que tuvimos que desistir del propósito. Tercer fracaso.

Un paréntesis de descanso hasta las nueve de la noche, en que iríamos al Auditórium a realizar la última parte de nuestro plan, hasta el momento de resultados bastante precarios.

Repletos los bolsillos de manifiestos y cada uno con su bombillo eléctrico, llegamos al Auditórium, ya abarrotado. Como carecíamos de invitaciones, los compañeros de la puerta nos negaron la entrada. Tremendo lío se armó entonces. Aureliano dio la orden de ataque y nos precipitamos, como una catapulta, contra los que cuidaban la entrada. Aureliano y Breá rompieron la línea. En el forcejeo, a Fuertes se le rompió el bombillo eléctrico y se hirió en una nalga, teniendo que ir a curarse. Virgilio, Ferrer y yo, nos quedamos fuera. En ese instante, Asela, la esposa de Rubén Martínez Villena y Sarah Pascual, enteradas de nuestra situación, nos dieron sus invitaciones y así pudimos colarnos. Fuimos al primer piso. Virgilio, para despistar, se había encasquetado un *smoking*.

Mongo y Prío, abajo, aguardarían la señal de Trejo para cortar la luz y zumar nosotros los bombillos. En el último piso, en el *balcony*, Aureliano y Breá, fumaban santamente.

A las nueve y media se abrió el acto. Virgilio y yo nos situamos en un palco entre compañeros recelosos. A la izquierda estaba situada la escalera de incendio por la que escaparíamos después de arrojar los manifiestos sobre la concurrencia. Al mismo tiempo, lo harían Aureliano y Breá sobre la de nuestro piso.

Carmita Raviña —la delicada recitadora universitaria— lanzó al aire, en melodioso surtidor, el poema de José Martí, «A mis hermanos muertos el 27 de Noviembre». Carmita le imprimía un ritmo nuevo a aquellos versos gastados por el uso y por los malos declamadores.

*No te pare el que gime ni el que llora:
¡Mata, déspota, mata!
¡Para el que muere a tu furor impío,
El cielo se abre, el mundo se dilata!*

Era la señal convenida. Como cintarazos de fuego, empezaron a llover los manifiestos sobre hombres y mujeres. El paquete de Virgilio le cayó en la misma cabeza a un oficial del ejército que, al leer la primera línea, dio un salto terrible y salió despavorido hacia la puerta. En nuestra fuga por la escalera de incendio, por poco nos quedamos prisioneros de la oscuridad. Al fin, sin saber cómo, salimos al patio y de allí fuimos a un palco donde nos sentamos tranquilamente.

Se recibió a la sazón el aviso de Averhoff de que no venía al acto por «hallarse indispuerto». Ya los bombillos resultaban un estorbo. Y Prío, Trejo y Mongo, nada tenían que hacer.

Mientras tanto, Aureliano y Breá se habían escabullido milagrosamente y nos esperaban en el café de enfrente. Pero el estudiante Jordán —de reciente adquisición— fue delatado por otro estudiante, y detenido por un policía.

Al reunirnos nosotros con Aureliano y Breá advirtió aquel que le faltaba la pluma de fuente, y junto con Breá decidió correr el riesgo de recobrarla. Al hacerse sospechosos, ambos fueron detenidos por un policía y minuciosamente registrados, pero al no encontrárseles nada, fueron puestos en libertad.

En diferentes máquinas nos trasladamos entonces al Vista Alegre. Al poco rato llegó Alejandro Vergara, quien, a cambio de nuestros manifiestos nos dio un centenar de copias de la «Carta de Peraza a

Machado». Reconfortados con un delicioso *cocktail*, se decidió inundar la ciudad de manifiestos y cartas. Al efecto, Prío, Mongo y Trejo, alquilaron una máquina mientras Vergara, Aureliano y Breá se fueron en la del primero. La cosa paró en que estos últimos fueron a dar a la guarida del teniente Calvo, después de una cinematográfica persecución policiaca. Breá se quedó en los Expertos, internado en un calabozo, que iba a ser luego familiar a los estudiantes revolucionarios y escenario de las más crueles torturas. Vergara y Aureliano fueron llevados por Calvo, Castro y Peñate, a la presencia del coronel Perdomo, en el Hotel Pasaje. Después de una breve conferencia de Calvo con Perdomo, volvieron a los Expertos y levantada un acta, fueron libertados los tres.

Poco días después y en nombre del grupo, Fuertes, Mongo y Prío le impusieron al delator de sus compañeros la sanción correspondiente a su conducta.

A pesar de no haber extraído de ella todo el jugo que habíamos imaginado, la jornada del 27 de noviembre fue un verdadero éxito para el grupo, que vio robustecidos sus efectivos numéricos y su popularidad.

A fines de diciembre, y en una misma hoja, publicamos los manifiestos número 3 y 4. En ambos se precisaban los puntos centrales de nuestra plataforma académica:

- a) Por la rehabilitación de los estudiantes expulsados.
- b) Por la Federación de Estudiantes.
- c) Por la reforma universitaria.
- d) Por la autonomía universitaria.

El grupo, cuya existencia y efectividad eran peligrosas para la «paz» universitaria, empezó a sentir la persecución y la vigilancia. Tuvimos, en consecuencia, que trasladar el campamento. Y no encontramos ninguno mejor que la tumba de los masones, en el Cementerio. Nos citábamos para el café de 12 y 23 y, de allí, separadamente, nos trasladábamos a aquella. Es esta la primera vez que se escogió, entre nosotros, el Cementerio como centro de conspiración. Por lo menos, los muertos si oyen, no pueden hablar. Y si la gritería era mucha, los pinos se encargarían de ahogarla.

La lucha en la Universidad había que concentrarla, en aquellos momentos, en la cuestión académica, pero dándole un claro sentido

político. Había que hacerle ver al estudiantado, cómo, sin una previa transformación histórica, aquella no tenía solución verdadera. De este modo, se iba creando en aquel la conciencia política que le faltaba.

En el mes de febrero de 1930, se celebraría, en el Aula Magna, el Congreso Internacional de Universidades, auspiciado por la de La Habana. El gobierno de Machado fue el gobierno de las conferencias. Las utilizaba, naturalmente, como vehículo de propaganda.

Pero esta vez había un problema enojoso por el medio: las expulsiones de estudiantes de 1927 y 1928. Aquello podría restarle lucimiento a la nueva farsa. Además, el ánimo del alumnado no era el mismo de hacía un año. De un momento a otro, se esperaba el estallido. Machado, Averhoff y el Claustro, para evitar males mayores, decidieron ponerse «generosos» y anunciaron, al efecto, que, con motivo del próximo Congreso Internacional de Universidades y de la celebración del bicentenario de la nuestra, serían amnistiados los estudiantes expulsados, siempre que lo solicitaren. Las asociaciones estudiantiles contribuyeron al magnánimo gesto pidiendo el retorno de los «compañeros expulsados».

El grupo se opuso decididamente a la medida. He aquí sus palabras:

Nosotros luchamos por la rehabilitación de los estudiantes expulsados, pero por una rehabilitación que no esté supeditada a la celebración de un Congreso donde se va a rematar con bombos y platillos y repique internacional la obra funesta de un Rector farsante; por una rehabilitación amplia, sin compromisos ni restricciones impuesta por la acción de nuestra unión exigida por el imperativo de una clase, que estrechamente vinculada, decidida y movida por la fuerza de ideales justos, es invencible. Indulto, amnistía o revisión de fallos, no son más que tres formas distintas de denominar una misma cosa: la benevolencia, la dádiva magnánima de los que podrán arrojar esa piltrafa cuando crean haber logrado el objetivo perseguido de rendir y avasallar el alumnado de la Universidad con sus métodos de aplastamiento, de persecuciones y expulsiones. Sólo cuando fuerzas poderosas, ajenas a ellos, impongan esa determinación, perderá su carácter de perdón. Sólo cuando la acción popular, volviendo por sus fueros, derribe la tiranía, o cuando la acción estudiantil —universitariamente— rehaciéndose y fortificándose con una sólida e indestructible unión, obligue al despotismo a reparar el crimen, podrá esta reparación ser aceptada por los expulsados.

Esta actitud nuestra fue resueltamente aprobada por la masa estudiantil. La efervescencia crecía por días. Ante la sustitución de Averhoff por el doctor Clemente Inclán, pasando aquel a la Secretaría de Instrucción Pública, la propaganda revolucionaria cobra fuerza extraordinaria.

En esas condiciones, en una atmósfera estudiantil adversa, se inaugura el 15 de febrero de 1930 el Congreso Internacional de Universidades. Lo que sobra de aparato oficial, falta de entusiasmo genuino. Los alumnos han concurrido en número muy escaso. El hecho preocupa al gobierno. Es un síntoma alarmante. La Universidad ha sido siempre el más exacto barómetro de las inquietudes populares.

Los delegados al Congreso comentan en los corrillos la arisca actitud de los estudiantes. Se les responde con evasivas. Pero muy pronto, a través de un manifiesto nuestro que le hemos remitido a cada uno a vuelta de correo, van a enterarse de la podredumbre que en vano tratan de ocultar la escalinata, las banderas al viento y las zalemas gubernamentales. Reproduzco sus párrafos más salientes:

Los Congresos y las Conferencias tienen un sólo objetivo, una sola razón que los explica: la necesidad común a todas las tiranías de hacer una propaganda que trascienda. Para esa farsa es indispensable el decorado, cueste lo que cueste. Y así, las bambalinas son el anverso de una medalla, la única cara que ven los delegados extranjeros: el Capitolio, la Carretera Central, el Maine, la Plaza de la Fraternidad... El reverso es bien distinto: miseria, desocupación, paralización de los negocios, supresión absoluta de los más elementales derechos democráticos.

Ahora la tramoya está montada en la Universidad, que vio construir su monumental escalinata cuando se aproximaba la Conferencia Panamericana y de la que desaparecieron todos los obreros cuando terminó la Conferencia, reapareciendo nuevamente, pese a todas las miserias, al conjuro del Congreso, porque es indispensable que los Delegados vean obras y cuenten de nuestra formidable potencialidad económica bajo la actual administración. Se hablará de reformas, se harán proyectos fantásticos, se engalinará a Minerva con una pedrería que deslumbrará. Y, al final, todo se habrá reducido a un concurso de verborrea.

Los estudiantes vienen luchando desde el año 23 por todas las cosas que se dirán en el Congreso y muchas más, encontrando el primer obstáculo en el profesorado que no entiende de reformas, ni de autonomía, ni de democracia universitarias, ni de exclaustración de la cultura, ni

mucho menos está dispuesto a depurarse en un sentido ético y científico. Por esa lucha, uno de cuyos iniciadores fue Julio Antonio Mella, cobardemente asesinado en México —¿quién no conoce en Cuba y fuera de ella, el nombre de su poderoso y abominable asesino?— el alumnado ha sufrido toda clase de persecuciones. Y hoy, los que comprendieron que la Universidad es sólo un espejo y se debatieron contra la causa productora de los males, se encuentran expulsados, con penas que varían entre uno y quince años. Hay más de setenta irradiados que pretenden indultar dadivosamente ahora, como una escena hábilmente interpolada en la comedia del Congreso, para volverlos a expulsar si no se presentan humildes y vencidos a estudiar colegialmente sus lecciones. Tal es, muy rápidamente expresado, el interior doloroso que se esconde tras la majestuosa fachada. Tal es lo que se quiere encubrir con el manto del Congreso. Por eso, este se verá huérfano de la asistencia de los estudiantes, que no quieren sancionar con su presencia la nueva burla, que no quieren hacerse cómplices de la última farsa.

Fue entre todos los delegados, el doctor Luis Chico Goerne, decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de México, el único que echó temporales raíces en el estudiantado cubano. Su actitud en el Congreso fue de constante y briosa defensa de los postulados de la reforma universitaria. En una conferencia que pronunció en nuestra Facultad de Derecho sobre el proceso político y social mexicano, incitó a los estudiantes a la acción generosa y heroica. Postuló la rebeldía como imperativo ineludible de la juventud. Sus palabras, en suma, le ganaron un homenaje de la Asociación de Estudiantes de Derecho. Pero no resulta exagerado decir que aquel día el doctor Chico Goerne se achicó de mala manera. Yo fui designado por mis compañeros para ofrecerle el acto, que se hizo extensivo al licenciado Ignacio García Téllez, rector de la Universidad de México. Leí unas palabras en las que planteaba desnudamente la realidad universitaria cubana y la inmediata necesidad de transformarla. Chico había convenido conmigo en hacerlas suyas y reafirmarlas en el ejemplo reciente de México. Lo que hizo fue —defraudando a los asistentes—, un picúo discurso de adiós a Cuba y a los estudiantes, a quienes, naturalmente, dejaba su corazón con todas sus diástoles y sístoles. Parece que el doctor Chico Goerne sufrió una repentina inhibición de la glándula suprarrenal.

El crecimiento del grupo fue notorio. Polo Miranda y Justico Carrillo se unieron a él y también Luis Botifoll, presidente entonces de la Asociación de Estudiantes de Derecho.

El mes de marzo fue rico en incidencias. Pero la más destacada de todas fue la desaparición de la tarja de la Facultad de Derecho en la que Machado y Carlos Miguel de Céspedes se tiraban el consabido lijazo: «Este edificio fue construido»..., etc. Aquello era un reto diario a la dignidad estudiantil.

Marzo 7. Asociación de Estudiantes de Derecho. Cinco de la tarde. Junta Directiva. Lorenzo Rodríguez Fuentes plantea la cuestión de solicitar del Rector y del Decano de la Facultad de Derecho, la inmediata retirada de la placa puesta por Machado a la entrada del edificio González Lanuza. Trejo, Botifoll, Secades y Pérez Lamy apoyan a Rodríguez Fuentes. La proposición fue rechazada por mayoría. Pero los que la habían presentado cambiaron un guiño de inteligencia. La arrancarían ellos mismos.

Concluida la junta, fueron retirándose todos, menos Rodríguez Fuentes, Trejo, Botifoll, Pérez Lamy y Secades. Apagaron las luces y esperaron a que fuese más tarde. A eso de las nueve, provistos de una barra de hierro, saltaron por una ventana y, sigilosamente, pusieron manos a la obra.

Botifoll, Secades y Rodríguez Fuentes se llegaron cerca del Rectorado, donde Corredor, el sereno, acostumbraba a apostarse. Allí estaba, sentado en una silla, durmiendo inefablemente sobre un libro de Nick Carter. Trejo y Pérez Lamy le entraron abiertamente a la placa. No hubo necesidad de esforzarse mucho para arrancarla de la pared. Tres barretazos bien administrados por Trejo y la placa cayó en brazos de Pérez Lamy. Envuelta luego en periódicos viejos, que llevaban el cuño de la Asociación, fue arrojada por todos en la furnia de L y 23.

La misteriosa desaparición de la placa provocó una intensa agitación en la Universidad. Corredor fue inmediatamente cesanteado.

Varios días después, un sargento de policía de posta en L y 23, bordeando la furnia, notó que del fondo negro de la misma brotaba una extraña refulgencia. Intrigado, descendió. Era la placa, en cuya superficie de bronce la luna espejeaba. Los periódicos se hicieron eco del hallazgo. La placa fue devuelta a la Universidad. La agitación fue más intensa aún. Se abrió una investigación judicial. Los periódicos en que

iba envuelta dieron la pista; pero ya Rodríguez Fuentes había reparado la pifia, repartiendo los que quedaban en el cafecito de la esquina, al nevero del barrio y en todas las bodegas de los alrededores. Llamado por el Secretario de la Universidad e interrogado, Rodríguez Fuentes tiró a relajo el asunto. El Rector, doctor Inclán, puso fin al enredo declarando que no eran los estudiantes quienes habían sustraído la placa, sino gente de la calle.

Pronto se supo entre los estudiantes quiénes habían sido los autores del hecho. La masa lo vinculó, naturalmente, a las actividades del grupo.

Las premisas subjetivas para el desarrollo de una lucha política empezaban ya a madurar. Por eso mismo, la persecución contra los miembros más destacados del grupo arreció. Aureliano se vio obligado a emigrar. Ya antes lo había hecho Breá.

Reunión precipitada en 12 y 23. Aureliano explica los motivos de su viaje. Nos exhorta a que sigamos en la lucha emprendida y nos señala, a su juicio, cuáles deben ser nuestras tareas centrales:

- a) Copo de la Asociación de Estudiantes de Derecho en las elecciones próximas.
- b) Hacer de la misma el instrumento dirigente y legal de la lucha.
- c) Plantear esta en octubre en un terreno francamente político.

El 22 de marzo se embarcó el compañero que tan directamente había influido en el cambio de perspectivas universitarias. Es por el grupo que Aureliano forma que va a tener sentido revolucionario la tángana del 30 de septiembre.

El primero de abril la Asociación de Estudiantes de Derecho abrió sus puertas al novelista cubano Alfonso Hernández Catá, cónsul de Cuba en Madrid, quien era portador de un vibrante mensaje de los estudiantes españoles a sus camaradas cubanos. Se me designó para que hablase en el acto. Mis palabras constituyeron una excitación a la lucha revolucionaria. Hice resaltar la significación que tuvo en el desplome de Primo de Rivera la militancia política de los estudiantes españoles. Cité frases de Luis Jiménez de Asúa al respecto: «Los estudiantes españoles han mantenido con constancia y empuje la denuncia política contra la dictadura, por sus protestas y actitud, cuando España entera la soportaba. Gracias a la juventud escolar se ha salvado la

dignidad pública y política de España». Parodiándolo, yo concluí de esta manera: «Compañeros: si quisiéramos nosotros también podríamos salvar la dignidad pública y política de Cuba, ensangrentada por la inigualada tiranía machadista, cómplice del imperialismo yanqui.»

Luego, a Catá no le quedó otro remedio que abundar en mis palabras. El acto terminó en un escándalo mayúsculo.

Pocos días después, la Asociación de Estudiantes de Derecho fue teatro de un suceso revolucionario: el repudio en masa de Fifi Bock, al pretender este dictar una conferencia de divulgación sobre profilaxis venérea.* La curva de la agitación marcó aquí un alza notable. Ya existía, indudablemente, un ambiente cuajado para desarrollar una acción extrauniversitaria, sobre todo entre los estudiantes de Derecho. A iniciarla se canalizaron nuestros esfuerzos.

El cambio reglamentario de directiva de la Asociación de Estudiantes de Derecho se aproximaba. Nuestra tarea inmediata fue, entonces, conforme la línea fijada por Aureliano, desenvolver una vigorosa y sistemática campaña orientada hacia el «copo» de la Asociación a través de las elecciones. El triunfo fue rotundo. Todos nuestros candidatos fueron electos por una abrumadora mayoría de sufragios, lo que entrañaba una adhesión y una ratificación a nuestra conducta. La Asociación era nuestra. Aureliano recibió alborozado la noticia.

La nueva directiva —de la cual la mayoría resultó «jaiba», viniendo a ocupar sus puestos miembros de la candidatura derrotada— quedó constituida así: Presidente, Alberto Espinosa y Bravo; Vicepresidente, Rafael Trejo; Secretario, Carlos Prío; Vicesecretario, Felipe Martínez Arango; Tesorero, Ernesto Freyre; Vicetesorero, Carlos Raggi; Vocales por Derecho Civil: Roberto Ravelo Fioll; Roberto Pérez Abreu y Raúl Roa. Vocales por Derecho Público: Emilio Roelandts, Mario Cañal y Enrique Rodríguez Narezo; Vocales por Notariado: Nicanor Díaz, José I. Suárez y Concepción Vigo González.

* Fifi Bock fue objeto de este repudio porque era, y sigue siendo, creencia arraigada en el ambiente estudiantil que él había festejado con un baile el asesinato de Mella. Por compartirla yo participé directamente, con Manuel A. de Varona y otros compañeros, en la realización del acto. Pero ahora he podido verificar, documentalmente, que tan gravísima imputación era gratuita; que Fifi Bock está exento de la tremenda responsabilidad que durante largo tiempo ha cargado su nombre como cierta. Cumpló con un deber de estricta justicia al consignarlo públicamente.

La proximidad de los exámenes absorbió la atención de los estudiantes. Dueño ya del instrumento adecuado, el grupo acordó recesar sus actividades hasta el próximo mes de septiembre. Nos merecíamos ese descanso.

La tiranía de Machado concitaba ya sobre sí el odio de la población entera del país. La situación económica agudizaba la opresión gubernamental. La tensión revolucionaria era enorme. Las facciones burguesas de oposición seguían, en esa distribución de factores, enarbolando el trazo inocuo de la legalidad. El miedo de sus «caudillos» a arriesgar el pellejo en una aventura armada, fue siempre la comidilla pública, antes y después de Río Verde. Por su parte, el Partido Comunista llamaba a las masas oprimidas a la lucha contra todos los frentes de explotación: contra Machado y el imperialismo, y contra sus futuros guardianes. El gobierno verdugo del imperialismo yanqui, poniendo en pie de guerra todo su aparato de represión, se aprestaba a defender los intereses de aquel y los de la burguesía y terratenientes nativos, que tenían su mejor aliado en su política criminal contra la clase trabajadora.

El mes de septiembre encontró al país ante la inminencia de un desbordamiento de masas contra el régimen sangriento de Machado. Presionado por la cruda realidad objetiva —empobrecimiento a marcha forzada de la pequeña burguesía, su raíz económica y social— el estudiantado sintió, a su vez, la necesidad objetiva de sacudirse de aquella situación, que no encerraba para él más que perspectivas sombrías. La posibilidad del hambre futura devino conciencia política. Era la coyuntura que el grupo aguardaba.

Mongo, Prío, Botifoll, Trejo y yo nos planteamos el 6 de septiembre la necesidad de reanudar inmediatamente la lucha. Para ello había que abandonar los estudios. El momento era decisivo. Aceptamos el sacrificio sin vacilar.

Hicimos de la Universidad nuestra casa. La Asociación de Estudiantes de Derecho fue el centro de operaciones. La radicalización operada en la masa de Derecho era evidente. Pronto alcanzó esta a todas las zonas estudiantiles. Medicina y Letras y Ciencias, se incorporaron a la lucha. Había el decidido propósito de llevarla hasta el fin.

Por esos mismos días, y en una entrevista con el doctor Ramón Zaydín, director de *El País* y profesor de la Universidad, Enrique José Varona analizó la situación cubana y, refiriéndose a los estudiantes,

lamentó su pasividad ante ella. Aunque injustas, aquellas palabras actuaron en la conciencia estudiantil como poderoso reactivo.

Donde tuvo esto cumplida evidencia fue una semana después en ocasión de ofrecerle la Asociación de Estudiantes de Derecho un almuerzo al escultor y estudiante Jesús Casagrán, con motivo de habersele concedido una beca para ampliar y consolidar sus conocimientos artísticos en Europa. Ocupaba interinamente el Rectorado, Ricardo Martínez Prieto, en sustitución del doctor Inclán que estaba en los Estados Unidos.

A las once de la mañana el local de la Asociación era un hervidero revolucionario. Advertido el Rector, vino a suplicarnos que no habláramos de política. Le prometimos complacerle, para quitárnoslo de encima, y, apenas se fue, no hicimos otra cosa que eso. A la hora de los brindis, habló Prío, habló Trejo, habló *Palanca* Pérez Ortega, hablé yo. Unos y otros afirmamos, enérgicamente, nuestra posición adversa al gobierno y la necesidad de organizarnos para combatirlo a sangre y fuego. Enterado el gobierno, le exigió al Rector que tomara medidas en evitación de actos análogos. Era inútil. Un proceso en marcha no se detiene con medidas.

Las aludidas declaraciones de Enrique José Varona, le imprimieron un nuevo sesgo al homenaje que, auspiciado por una Comisión, integrada entre otros, por Fernando Ortiz, Domingo Méndez Capote, Rafael Montoro, Luciano Martínez y Alfredo M. Aguayo, se proyectaba darle en el cincuentenario de su primera lección de Filosofía, consistente en la publicación de sus obras completas. Se añadió al mismo un acto público de adhesión a su actitud frente al gobierno, nombrándose una subcomisión al efecto, presidida por Juan Marinello y de la que formaron parte: Herminio Portell Vilá, como secretario, y como vocales: Gustavo Aldereguía, Emilito Roig, José Z. Tallet, Henry Salazar, Jorge Mañach, Juan Antiga, Pablo de la Torriente, José M. Valdés Rodríguez, Elías Entralgo, Antonio Penichet, Carlos Prío y yo. Se señaló el acto para el día 3 de octubre y se designaron para que hablaran en el mismo a Marinello, a Aldereguía y a mí. Como se recordará, Machado impidió que el homenaje a Varona se verificase.

Por días brotaban los grupos estudiantiles ávidos de cooperar en una acción coherente y enérgica contra la oligarquía machadista. Así, vinieron Rubén León, Félix E. Alpízar y Pepelín Leyva con el suyo.

Detrás de ellos, José Sergio Velázquez. En una reunión, Rubén propuso, y fue aceptado, que se le diera un carácter general al movimiento, en el sentido de que el grupo dirigente estuviese compuesto por estudiantes de todas las facultades y no dirigido, exclusivamente, por la Asociación de Estudiantes de Derecho.

Se multiplicaron las conferencias y discusiones. A cada una nueva, aumentaba el contingente. Polo Miranda, que estaba en San Miguel de los Baños, retornó precipitadamente. Pablo de la Torriente empezó a frecuentar nuestras reuniones. En una celebrada en casa de Botifoll, Carlos Guerrero entró a formar parte del grupo. Varona, Saumell, Lozano, Lezama, Maco Cancio, Carlos Fernández de Castro, Espinosa, Leví Marrero, Mario Cabeza, Vilaseca, Saavedra, Manolo Menéndez, Suárez Lopetegui, Orlando Alonso, Julio César Fernández, Díaz Baldoquín, Felipe de Pazos, Amat y Villarnovo se habían sumado varios días antes.

En esas circunstancias, surge la medida de posponer la apertura de las clases hasta después de verificadas las elecciones parciales de noviembre de 1930. A nadie escapó el subrayado color político de la maniobra. Era una manera efectiva —según creía el gobierno— de mantener a los estudiantes al margen de la farsa vecina. El rector Martínez Prieto impartió su aprobación e hizo suya la posposición de apertura de curso hasta que lo ordenara Machado. En la masa estudiantil hubo un encrespamiento de inconformidad ante la resolución del Rector interino. Nuevos grupos vinieron a engrosar los ya existentes. La necesidad de vertebrarlos se hizo perentoria.

Se abrió un febril período de reuniones clandestinas. Las dos más importantes tuvieron efecto los días 18 y 21 de septiembre, en la finca de Polo Miranda, cerca de Santa María del Rosario. Dominaron en ambas la más tremenda confusión ideológica entre los participantes: sólo había de común el ansia, el imperativo vital de manifestarse contra el gobierno sanguinario de Machado y de organizar, al efecto, una demostración de protesta contra la maniobra combinada del Rector y de aquel, suspendiendo, hasta después de las elecciones de noviembre, la inauguración de las tareas universitarias. Desde luego, se discutía hasta por los codos. Cada cual se sentía obligado a formular su plan que era, naturalmente, el mejor. De la primera reunión no salió nada práctico. En la segunda pudo, al fin, delinearse un programa:

- a) Asamblea en el Patio de los Laureles, en protesta contra el carácter político de la resolución de Martínez Prieto, y denunciando, asimismo, la situación de hambre, opresión y terror reinante en el país, exigiéndole, para «remediarla» la inmediata renuncia a Machado.
- b) Manifiesto al pueblo de Cuba.
- c) Terminada la asamblea manifestación en masa a casa de Enrique José Varona, como fueron el 30 de marzo de 1927 en análoga coyuntura los estudiantes universitarios.
- d) Solidaridad con los compañeros expulsados de 1927, de quienes nos proclamábamos continuadores.
- e) Establecer contacto con los profesores antimachadistas para que ellos apoyaran nuestra actitud y planearan en el Claustro la renovación del úcase de Martínez Prieto.
- f) Fecha 30 de septiembre. De este modo se aprovechaba la presencia en La Habana de los estudiantes del interior que habían venido a examinarse.

Se nombraron varias comisiones. Entre otras, una para redactar el manifiesto, compuesta por Rubén León, Carlos Prío, José Sergio Velázquez, Virgilio Ferrer Gutiérrez y yo. A Trejo se le comisionó para que fuera a ver a Raúl Godoy a fin de que este le facilitase un cuadro económico y financiero del momento. A entrevistarse con los profesores fueron algunos de los citados y otros. Resultado: estaban con nosotros Juan Marinello, Rodolfo Méndez Peñate, Ramón Zaydín, Herminio Portell Vilá y Emilio Fernández Camus. El 23 de septiembre, por la noche, y después de comunicarle a Enrique José Varona nuestro plan, que aprobó entusiasmado, Prío, Portell Vilá y yo, fuimos a casa de Ramón Grau San Martín, quien se puso decididamente a nuestro lado.

El 24 de septiembre se convocó el grupo a la Asociación de Estudiantes de Derecho, para que este discutiera y aprobara el manifiesto. Caras nuevas: Ladislao González Carbajal, Ramón Hermida, Oscar Jaime Hernández y José A. Soler. Este lograba incorporarse después de una tenaz resistencia de la mayoría, que olfateaba en él al espía.

En aquellos días se le acusaba por el Partido Comunista de haber entregado a la Policía su archivo y una reunión reciente. Una carta de Aureliano Sánchez Arango tachando todo aquello de una burda patraña, le había franqueado la entrada.

Los proyectos de Rubén León y Velázquez no fueron aceptados y se me encargó, entonces, que redactase yo el manifiesto, lo que hice en casa de mi fraternal amigo José Z. Tallet. Se citó, para conocerlo, a las dos de la tarde en el domicilio de Soler.

No constituye dicho manifiesto, como se verá enseguida, mi visión del problema revolucionario de Cuba. Él recoge el criterio político del grupo que lo respaldaba, teñido de franco democratismo. Con todo, no dejé de aludir en él a la situación colonial cubana. Como las circunstancias le confirieron rango histórico, lo reproduzco íntegro a continuación:

Cuba vive actualmente los momentos más trágicos de su nada brillante historia republicana. Enrique José Varona, la expresión más alta y más pura del pensamiento político cubano después de José Martí, acaba de enjuiciarlos, en memorables declaraciones, como los más sombríos que en su larga vida haya visto. La barbarocracia imperante desde 1925, en efecto, ha colocado el país, desangrado y empobrecido hasta lo inverosímil, al margen de la civilización.

En momentos, pues, como los actuales, notoriamente críticos, la inhibición entraña complicidad. «Ver en calma un crimen es cometerlo.» Por eso, los estudiantes universitarios, leales a sí mismos y a su tradición gloriosa, se aprestan de nuevo, mejor organizados y más decididos que nunca, a combatir la machadocracia, que nos explota y diezma a golpes de financiamientos e impuestos de infalibles perdigonazos. Varona ha afirmado en sus recientes palabras, que deploraba la pasividad en que hemos vivido los estudiantes universitarios a partir de la arbitraria expulsión de nuestros compañeros en 1927. Factores más poderosos que nuestra voluntad, jamás sojuzgada, nos han hecho aparecer ante el pueblo como indiferentes a sus vicisitudes. Pero, ¿qué podía una masa inerme contra las imposiciones brutales de la fuerza? No obstante el régimen cuartelario que sufrimos durante un año, propiciado y encarecido por el «Sargento» Averhoff, nos comportamos con el máximo de dignidad que permitían nuestras reducidas posibilidades. Siempre nos hemos sentido fuertemente solidarizados con nuestros compañeros de 1927 e hicimos, además, eje de nuestras actividades, su total rehabilitación impuesta por la masa estudiantil y no por indultos vergonzantes. Hoy somos los continuadores de su enérgica y limpia actitud y estamos, como ellos, dispuestos a cuajar de sentido la palabra sacrificio. Somos —conviene aclararlo desde ahora y para siempre— una fuerza pura. No nos determinamos por influencias extrañas.

No nos tiñe ningún matiz partidista. Nos pronunciamos por imperativos urgentes de la propia conciencia.

El propósito central que nos impulsa esta vez es coadyuvar con nuestras fuerzas a la caída del régimen. Machado es nuestro objetivo. Machado es el verdugo del pueblo cubano. (En rigor, rebasa todo límite de calificación.) Su desgobierno se ha caracterizado por un absoluto desconocimiento de los más elementales derechos vitales y ciudadanos. Machado ha hecho trizas, un día y otro día, el apotegma martiano de que la ley primera y fundamental de la República debe ser el culto a la dignidad plena del hombre. Machado ha eliminado por alevosos procedimientos a cuantos lo combatían.

Su sevicia ha trascendido las fronteras nacionales. Es ya del dominio público que la muerte de nuestro inolvidable Julio Antonio Mella fue perpetrada por sicarios suyos en connivencia con Portes Gil y secuaces. Sobre las aguas cómplices de la bahía de La Habana flotan acusaciones definitivas. En las lúgubres y hediondas mazmorras de La Cabaña perecieron, torturados previamente por sus esbirros, cientos de obreros y políticos desafectos al régimen. Y en las propias calles de La Habana y en poblaciones del interior, los escopeteros de la dictadura han realizado impunemente su cometido. Ha desvirtuado, en fin, la función de las fuerzas armadas, entronizando en sus cuarteles la política con el objeto de recabar su apoyo para mantenerse en el usufructo de realidades ilegítimas.

Esto en el aspecto político.

En el orden económico y financiero la situación no puede ser más dramática.

La machadocracia creó el Plan de Obras Públicas con la secuela de unos impuestos onerosos. Prometió en múltiples ocasiones no apelar al crédito exterior. Presupuestó en \$3 000 000 y \$52 000 000 respectivamente, la construcción del Capitolio y la Carretera Central, obras cuyos costos no bajarán de 20 millones de pesos la primera y de 100 millones la segunda. Ha saldado presupuesto tras presupuesto con enorme déficit, apelando para cubrirlo, al uso de Fondos Especiales destinados a otros gastos. Del Impuesto Especial de Obras Públicas se han tomado más de 15 millones para cubrir desniveles y ese equilibrio ha sido a su vez cubierto por financiamientos, verdaderos empréstitos con la Banca norteamericana que agudiza aún más nuestra condición histórica de factoría. Un presupuesto de 76 millones de pesos votado por el Congreso en forma festinada, dejará, según se calcula, un déficit de más de \$12 000 000. En cinco años y tres meses se han gastado en el absurdo Plan de Obras Públicas, \$200 000 000. Se piensa ahora en la unificación

de la Deuda Pública, lo que, de llevarse a cabo, costaría a la nación un millón de pesos por conceptos de intereses y, como entrada, la pérdida de diez y seis millones de pesos.

La carencia de sentido económico y financiero de la Dictadura, aliada a sus continuados atracos al Tesoro Público, ha suscitado la espantosa miseria que agobia al pueblo cubano y que ya va prendiendo en su ánimo iras beligerantes.

Enquistada en el medio social en que actúa, la Universidad no ha podido desvincularse de la desorganización presente. Muy principalmente por la carencia de un profesorado digno y capaz, con un claro concepto de la civilidad. Por encima del técnico y del especialista está el ciudadano, que ha de condicionar aquellas capacidades. Nuestros profesores, salvo honrosas y contadas excepciones, han sido los mantenedores intelectuales de la Dictadura. Apoyaron la Reforma Constitucional y [la] Prórroga de Poderes. Más de una vez manifestaron públicamente su alborozada adhesión a la tiranía. Expulsaron a nuestros compañeros de 1927 por haberse producido contra las violaciones repetidas de la voluntad popular. Y cuando el ejército ocupó, hollándolo, el recinto universitario, salvo también honrosas excepciones, se hicieron cómplices con su silencio.

Ahora mismo vemos, corroborando lo dicho, cómo el Rector Martínez Prieto y el Consejo Universitario, no son más que instrumentos de Machado. Porque la suspensión de clases hasta después del 10 de noviembre, es, en esencia, una medida política dictada por los que anhelan perpetuarse indefinidamente en el poder por medio de elecciones fraudulentas que repugnan a la conciencia pública cubana. Se ha sostenido, precisamente por ellos mismos, que la Universidad no debe hacer política de ningún linaje. Ahora bien, si Machado hace política en la Universidad por medio del Rector y del Consejo Universitario, los estudiantes y profesores tenemos igual derecho a hacerla y de la buena. Contra Machado y sus lacayos nacionales y universitarios.

En consecuencia, la única solución del problema cubano es el cese del actual régimen con la inmediata renuncia del Presidente de la República. Y no es ésta la aspiración de una minoría descontenta; es el clamor unánime del país, dispuesto a lograrla por todos los medios y procedimientos y a trueque de todos los sacrificios, aun el supremo de la propia vida pues, como postulara Martí, «los derechos no se mendigan, se arrancan».

¡Abajo la tiranía!

¡Abajo Machado!

Patio de los Laureles, 30 de septiembre de 1930.

El manifiesto fue aprobado en su totalidad. Todo parecía estar listo para la jornada del 30 de septiembre. Faltaba, empero, lo fundamental: el organismo directriz. Las opiniones estaban divididas sobre la necesidad de crearlo y de su posible denominación. Sometido el problema a votación, se acordó que fuera el grupo quien, sin rótulo de ninguna clase ni formalmente estructurado, el que se hiciera cargo de la dirección del movimiento. Nos opusimos: Soler, Hermida, Oscar Jaime Hernández, Polo Miranda y yo. Alpízar afirmó que él no entraba en esas pequeñeces, que él era hombre de acción. Lo mismo le daba que hubiera Directorio o no. Luchar contra Machado, como quiera y donde quiera, era lo único que le interesaba. Aquellas palabras suyas tuvieron en su conducta ulterior plena y heroica confirmación.

Citados para la tarde siguiente en la Iglesia Metodista, ofrecida por Blanquita Dopico, no pudo verificarse la reunión porque avisada la policía se posesionó horas antes de los alrededores. Esa misma tarde, la casa de Saumell fue asaltada por la policía y detenido aquel un buen rato. Nadie pudo explicarse a la sazón ambas incidencias. Hoy sospechamos de Soler.

El domingo 28 hubo una reunión en el Colegio Universitario. Asistieron a ella más de cuarenta personas. Se acabó de perfilar el plan para el 30 de septiembre. De nuevo suscité yo la necesidad de crear una organización dirigente. Sin ella íbamos al fracaso. La idea esta vez obtuvo favorable acogida y, al fin, se aceptó. Alrededor del nombre que debía ponerse hubo una dilatada discusión. Hermida, Polo, Soler, Mongo, Prío, Jaime Hernández y yo propusimos el de Directorio Estudiantil, que fue aceptado. Se pasó entonces a elegir a los componentes del mismo, quedando integrado en la forma siguiente: por la Facultad de Derecho: Carlos Prío Socarrás, Alberto Espinosa, Justico Carillo, Polo Miranda, Virgilio Ferrer Gutiérrez, Manuel Varona y Raúl Roa; por la Facultad de Medicina: Rubén León, José Leyva, Carlos Guerrero, José Ramón Blanco, Fernando López, Jaime Urquí y L. López Luis; por la Facultad de Letras y Ciencias: Ramón Miyar, Carlos Sardiñas, Carlos Fuertes Blandino y Antonio Viego.

La mañana del lunes 29 tuvimos un cambio de impresiones en la Asociación de Estudiantes de Derecho. Allí estaban Trejo, Rubio, Prío, Polo, Saumell, Lozano, Alpízar, Justico Carrillo, Mario Cabeza, Mongo Miyar, Fuertes, Saavedra, Raggi.

Trejo afirmó entonces en broma:

—Aquí hace falta una víctima. Y yo creo que debe ser alguno significado, como Prío, como Roa...

Prío respondió eléctricamente:

—¡Tú eres bobo! A mí no me gusta el papel de muerto... ¿por qué no lo desempeñas tú?...

En eso alguien llegó gritando:

—¡La policía!... ¡La policía!...

Parte del grupo se dispersó. Para disimular, Prío y yo nos pusimos a jugar al ping-pong. Total: una falsa alarma.

Por la noche de ese día, fuerzas de la policía a caballo, solicitadas por el Rector, rodearon la Universidad. Esa misma noche, recuerdo que fui a visitar a Sylvia Martell —hoy esposa de Mongo Miyar— a quien puse en antecedentes de nuestros planes.

Prío y Trejo pernoctaron en casa del entonces senador José Manuel Cortina, de cuyo hijo Humberto era muy amigo aquel. Desde la azotea pudieron ver cómo una compañía de soldados ocupaba la Quinta de los Molinos. El asunto empezaba a enyerbarse.

La Habana amaneció el 30 de septiembre cargada de inquietudes y de brumas. Se respiraba una atmósfera de tragedia. La guarnición del Estado Mayor había sido considerablemente reforzada la noche anterior. En los bajos de la Secretaría de Agricultura se habían concentrado doce ametralladoras listas para ser emplazadas en sitios estratégicos de la ciudad. Por orden de su jefe, el teniente coronel Carrerá, la policía, armada hasta los dientes, y sedienta de sangre, estaba acuartelada y presta al atropello y el crimen. En Columbia, dos escuadrones del Tercio Táctico, esperaban órdenes.

No obstante esas perspectivas, los conjurados del 30 de septiembre fueron llegando a la Universidad a la hora convenida, entre ellos el profesor Portell Vilá. Policías a pie y a caballo transitaban frente a aquella en ademán provocativo. Al frente de las fuerzas, pálido de miedo, temblando como una mujerzuela, a caballo, el inspector Antonio B. Ainciart.

Pronto se circuló la consigna: al parque Alfaro. De allí, organizados en manifestación, partiríamos rumbo al Palacio Presidencial, a restregarle a Machado en su propia cara nuestra rebeldía a su gobierno oprobioso y sangriento. La determinación, aunque peligrosa, era

políticamente más efectiva que ir hasta la casa de Varona, como se había acordado.

Somos ya como cien. José Sergio Velázquez lanza un discurso condenatorio contra el gobierno. Gritos. Aplausos. La excitación es tremenda. Trejo y Pepelín Leyva se encaraman a la azotea del edificio Ravelo, en Infanta. La policía inicia un movimiento envolvente. Pepelín y Trejo descargan sobre ella una granizada de piedras. Suenan tiros. Polo y Saumell van en busca de Pepelín y Trejo.

—¡Muera Machado! ¡Abajo la tiranía!...

Un toque de clarín rompe el tumulto y enardece los pechos: es Alpízar. Alguien saca una bandera cubana. La manifestación se organiza y se pone en marcha. No llevamos más armas que los puños selváticos de Pepelín y de Pablo de la Torriente. Policía que tocan, policía que cae.

Huyen, como bólidos los transeúntes. Estrépito de puertas. Tiros.

—¡Abajo la tiranía sangrienta! ¡Abajo el imperialismo yanqui!...

La policía acuchilla en dos la manifestación. Los estudiantes se defienden como pueden. Confusión. Disparos repetidos manchan de blanco la mañana gris. Ainciart, machete en mano, dirige el ataque brutal. Pepelín tira a un policía de un tortazo. Del otro lado de la calle suben toletazos y gritos. Cae Pablo de la Torriente, con la cabeza ensangrentada. Juan Marinello, es detenido por el propio Ainciart, cuando se disponía a auxiliarlo. Manos amigas recogen a Pablo, desvanecido en el suelo. Varona sintió como un mordisco en la oreja: estaba herido.

Trejo, indignado, impetuoso, se enreda con el policía Félix Robaina en un cuerpo a cuerpo. Baldoquín corre en su ayuda. Trata de arrancarle el revólver al esbirro. Un tiro. Otro. Trejo se desploma sangrando. Asesinado por la espalda, él ha tenido la desgracia y la gloria de ser la «víctima necesaria».

La manifestación se escinde. Una parte sigue hacia San Lázaro y, a toda carrera, perseguida de cerca por la policía, coge rumbo a Belascoaín. La otra, dobla por Jovellar hasta Espada y se une en San Lázaro con el resto de los compañeros.

—¡Abajo la policía!... ¡Mueran los asesinos de Trejo!...

Loca carrera. A la vez repartimos manifiestos y asaltamos los tranvías. Junto a mí va Mongo despetroncado. Su respiración es un silbido. Tose. Mongo ha salido el 30 de septiembre a la calle con 39 de fiebre.

Al llegar al parque de Maceo nos cruzamos con Carrerá, quien dejará la orden en la Quinta Estación de que nos ataquen a tiros.

Belascoaín y San Lázaro. El hotel Manhattan cierra sus puertas. Vista Alegre se repliega asustado.

—¡Abajo la tiranía!... ¡Muera Machado!...

Los estudiantes antimperialistas y el líder obrero Isidro Figueroa añaden:

—¡Abajo el imperialismo yanqui!...

Entre Belascoaín y Gervasio nos vemos cogidos entre dos fuegos. Los policías de la Quinta empezaron a disparar, primero al aire, luego al cuerpo. En vista de que no tocan a ninguno, yo me permito hacerle una observación a Prío, que junto con Mongo, Rubén León, Saumell, Carbajal y Figueroa van a la cabeza de la manifestación:

—Parece que están tirando con fulminantes.

Como respuesta, a unos pasos, cerca de un puesto de frutas, cae al suelo una anciana herida en el hombro.

Hay un momento de vacilación. Un grupo dobla por Gervasio y casi todos sus componentes se guarecen en las casas vecinas. El otro retrocede y se refugia en un laboratorio. Es sólo un minuto. De nuevo a la calle. Se restablece el tiroteo. Carbajal, Mongo y Saumell, este levemente herido, son capturados. Cae balaceado Isidro Figueroa. No queda más remedio que darse a la precipitada. No llegamos ni a veinticinco.

Al doblar por Belascoaín, ya en fuga, varios policías nos caen a toletazos a Polo, a Humberto Cortina y a mí. Los tres, junto con Prío, y Virgilio Ferrer Gutiérrez engrampamos una máquina y vamos a *El País*. Allí estaban muchos compañeros, entre ellos Rubén León, que enarbolaba como trofeo la chapa del vigilante 1324, que él había puesto fuera de combate de una certera pedrada.

La entrada en *El País* fue difícil. Había una confusión terrible. Los vendedores de periódicos se unieron a nuestra protesta. Volvieron a encandilar el ambiente las condenaciones de ritual. La policía. Tiros. Al fin, pudimos entrar en la redacción del periódico, Rubén, Cortina, Virgilio, Prío, Polo y yo. Nos recibió el doctor Zaydín. Rubén y yo, entonces, le explicamos lo sucedido y le hicimos unas declaraciones en el sentido de que en nuestra actitud no habían mediado sugerencias extrañas.

De allí a Emergencias, bajo un aguacero furioso. Trejo acababa de ser sometido a una delicada intervención quirúrgica. Pocas esperanzas de salvación. Un día después había muerto.

Torriente y Figueroa —aunque gravemente heridos— estaban bien, dentro de su situación. Sanaron al mes, y a la lucha de nuevo.

La jornada del 30 de septiembre conmovió al país entero. La agitación y la protesta se encendió en todas partes. La lucha contra el imperialismo y la opresión machadista adquirió un ritmo combativo. Sólo los «caudillos» siguieron, impávidos, echándose fresco en sus casas.

El desarrollo mismo de los hechos dividió a los estudiantes en lucha en dos grandes sectores, radicalmente adversarios en su concepción del problema cubano, en su estrategia y su táctica. Nació el Ala Izquierda Estudiantil.

La jornada revolucionaria del 30 de septiembre —organizada por estudiantes universitarios de todas las ideologías transitoriamente confundidos en la necesidad común de manifestarse contra el régimen de Machado— no fue, como se ha visto, un brote circunstancial, sino la culminación objetiva de un largo, intenso y oscuro trabajo organizativo iniciado en 1929, bajo la dirección de Aureliano Sánchez. Sin aquel grupo, la conciencia estudiantil no hubiese estado madura para la jornada heroica que culminó en el asesinato de Trejo. Por eso, al yo referirla, me he visto precisado, para explicarla, a remontarme a sus verdaderos orígenes y eslabonar las circunstancias y contingencias que pudieron producirla.

[*Ahora*, 15 de abril de 1934, sección dominical]

El Segundo Congreso Nacional de Estudiantes

Fue en el año 1923, en pleno zayato corrompido y vacilante que, por primera vez, se reunieron en Congreso Nacional los estudiantes cubanos, después de una brillante y ruidosa lucha contra la reacción académica, que tenía su máximo baluarte en la Universidad de La Habana. Aquel memorable congreso que constituyó, en su momento, la actualidad central del país, fue organizado y presidido por nuestro inolvidable compañero Julio Antonio Mella, que ya empezaba a destacar, con propio y vigoroso relieve, su figura de líder. El Primer Congreso Nacional de Estudiantes era el producto natural y acabada culminación de la denominada revolución universitaria que, encendida de nobles propósitos, aspiraba a hacer de ese centro de estudios una cosa dinámica, una realidad viva y actuante, sobre la base de una verdadera democracia universitaria, sustituyendo el bárbaro y arcaico principio de autoridad por un nuevo concepto de la disciplina, fundado en la comprensión. Se luchaba, como se sigue hoy luchando, por una Universidad mejor, sacudida de inquietudes y de afanes creadores, al servicio del pueblo, perpetuamente agitada por el fecundo y luminoso entrechocar de las ideas, por la polémica constante, ya que, «la única actitud silenciosa que cabe en un instituto de ciencia es la del que escucha la verdad o la del que experimenta para crearla o comprobarla».

Aquella insurrección estudiantil, que asumió caracteres nacionales por su extensión y la trascendencia de las cuestiones planteadas, hubo, naturalmente, de chocar, como está chocando la de ahora, con la dura y torpe maraña de los intereses vigentes. Y al quedar intacta la estructura misma de la maquinaria universitaria, sobrevino el fracaso, que el

gobierno de Zayas había preparado hábilmente. Cuando el hoy Asno errante escaló el poder, ya las conquistas logradas en la revolución universitaria, y que fueron acogidas y consagradas por el Primer Congreso Nacional de Estudiantes, prácticamente eran ficciones, supervivencias burocráticas que, en manos de dirigentes vendidos, propició el decreto del gobierno disolviendo la Asamblea Universitaria y la Federación de Estudiantes, situando las cosas en el mismo nivel en que se hallaban antes del movimiento de 1923. La Universidad —que supo de efímeros días de renovación y progreso— tornó a ser una gigantesca fábrica expendedora de títulos y diplomas, carácter que no perdió durante toda la tiranía de Machado. Además, política y moralmente —recuérdese el doctorado «honoris causa», los Consejos de Disciplina de 1927, la visita de adhesión al sátrapa analfabeto— fue, aunque parezca dura la frase, como una letrina dorada. Por fuera, fastuoso esplendor y escalinata monumental. Por dentro, la entraña podrida y un humillante régimen cuartelario. A partir de 1928 hasta el 30 de septiembre de 1930 —que señala con la trágica caída de Rafael Trejo, uno de los más significativos y heroicos pronunciamientos de la juventud cubana— la vida estudiantil es de un vergonzoso acoplamiento a lo establecido: supervisores militares en los institutos, el Patio de los Laureles ensombrecida su gloriosa historia por la charretera insolente. Mientras el estudiante, atemorizado por el régimen de terror, sólo se preocupaba de aprender su lección para luego recitarla fonográficamente en el examen, en la calle, en la realidad histórica, una inigualable jauría de rufianes togados, atracadores de levitas y asesinos a sueldo, descargaban sobre el pueblo cubano, con saña implacable, una política homicida, amasada con sangre, opresión y miseria, en favor de las clases privilegiadas nativas y de los intereses extranjeros que apoyaban a Machado. Sólo un reducidísimo grupo de estudiantes, encabezado por Aureliano Sánchez Arango, luchaba, sin vacilaciones, por fomentar la rebeldía estudiantil y canalizarla contra el régimen cuartelario imperante en los centros de enseñanza y contra el siniestro sistema de crímenes y pillajes entronizado por Machado al servicio del imperialismo yanqui. Aquella oscura y riesgosa faena no se perdió. Fue el antecedente necesario de la jornada revolucionaria del 30 de septiembre.

Vino entonces el espectáculo emocionante y dramático. El estudiantado cubano, aparentemente sometido, presionado por la propaganda y

por la cruda realidad objetiva, la intensificación de la crisis económica y el vil asesinato de Rafael Trejo, se revolvió, magníficamente, contra la dictadura más sombría de América y fue, desde ese momento, uno de los sectores que más coraje, decisión y espíritu de sacrificio aportó a la contienda política más prolongada y sangrienta que registra el proceso histórico cubano.

El estudiante devino así combatiente. Trocó el libro de texto y sus intereses específicos por la cárcel, la propaganda, el petardo y el rifle. Aún está fresco en la memoria de todos el horror de aquellos días sin paralelo, en que la tortura en las mazmorras cómplices de Atarés y el asesinato por la espalda estaban a la orden. El estudiante perdió, momentáneamente, su fisonomía característica. Su vida adquirió un ritmo febril, atorbellinado, trágico. Por todas partes, asomaba su criminal pezuña la bestia de la tiranía. Caer preso era lo mejor que podía a uno ocurrirle. Ser estudiante, en ese período, entrañaba concitar sobre sí todo el odio primitivo de Machado y sus cómplices. Era un título del que se podía, legítimamente, blasonar, tanto si se pertenecía a la derecha como a la izquierda, que se diferenciaba de aquella, además de en la interpretación del problema cubano, en su estrategia y su táctica. Caído Machado siguió superviviendo, en un pequeño núcleo del sector derechista, precisamente el mismo que, traicionando la línea independiente de lucha del estudiantado, se articuló en el gobierno de Grau San Martín, el estudiante-soldado, para el cual sólo podía considerarse revolucionario auténtico aquel que iba cargado de prestigios y aprestos bélicos, sin otra misión particular que la de predicar a balazos. La mayoría, sin embargo, no olvidó y sabe, aun en esta atmósfera reaccionaria que sofoca al país, que ser revolucionario es algo más que tener buena puntería y haber cazado una docena de porristas, y que la revolución es algo más que un pronunciamiento o un motín. Ella implica, para serlo, un fundamental desequilibrio de los intereses creados y el establecimiento de un nuevo equilibrio sobre una base económica y política también nueva. Y esa transformación sustantiva no puede verificarse sin el auxilio de la teoría, de la polémica ideológica y del libro. Por otra parte, ser estudiante significa tener, además del ánimo tenso para la peripecia heroica, el cerebro en perpetua ebullición y una clara conciencia de sus intereses específicos. El estudiante no debe perder jamás de vista su posición política



en el engranaje de la lucha de clases, ni las reivindicaciones y anhelos que le son propios. Actualmente, el problema académico —reorganización verdadera de abajo arriba de los centros de enseñanza— con sus derivaciones consiguientes, ocupa, para él, un plano inminente. Lo cierto es que, hasta ahora, la revolución no ha llegado a las instituciones docentes que, salvo periféricas modificaciones, siguen enquistadas en su tradicional rutina pedagógica y notorio estancamiento ideológico. De ahí, la imperiosa necesidad de la organización y celebración de un Congreso Nacional de Estudiantes, que será prolongación, adaptada a nuestro tiempo, del verificado en 1923, y en el que se discutirán, sin más limitación que el respeto a la opinión ajena, los palpitantes problemas que nos afectan. Esta necesidad articuló, en un mismo pensamiento, en octubre de 1933, a un grupo de muchachas y muchachos de los distintos centros docentes y de todas las ideologías, los que, después de un cambio de impresiones caldeado de cordialidad y entusiasmo, se integraron en el Comité Gestor del Segundo Congreso Nacional de Estudiantes, que tendría a su cargo todo lo relativo a la preparación y constitución del mismo. En esta reunión inicial, el Comité Gestor elaboró, discutió y aprobó las bases del Segundo Congreso Nacional de Estudiantes, que, precedidas de una nota explicativa firmada por los componentes del Comité Gestor, a continuación reproducimos:

«En esta hora de confusión y revisión generales, especialmente en el campo de la enseñanza y de las actividades políticas y sociales del estudiantado, nada tan necesario, desde estos puntos de vista, como el Segundo Congreso Nacional de Estudiantes.

Plantearse sus ingentes problemas, afiliarse, darse un contenido y señalarse una ruta, no ser más ni el símbolo de la algarada estéril ni la fuerza desconcertada y loca que empuja a ciegas, que es revolucionaria y reaccionaria con las circunstancias, que adelanta y retrocede, extravasándose a veces, sin saber exactamente a dónde va ni por qué, y sin un conocimiento cabal de su naturaleza íntima, de su significación social precisa y de sus verdaderas posibilidades: he ahí la tarea inmediata del alumnado en la polémica y el análisis amplio, sereno y constructivo del Segundo Congreso Nacional.

Si la obra trunca del Primer Congreso Nacional Revolucionario de Estudiantes de 1923, queda de este modo, completada, nosotros habremos satisfecho cumplidamente nuestro deber del momento.»

Bases:

- 1.- Este Segundo Congreso Nacional de Estudiantes, continuación y complemento del verificado en 1923, a raíz de la llamada revolución universitaria, radicará en La Habana, celebrándose en sesiones en el Aula Magna de la Universidad Nacional Autónoma.
- 2.- El objeto central de este Segundo Congreso Nacional de Estudiantes es plantear las cuestiones educacionales, políticas y sociales que afectan al estudiantado cubano. Estas últimas desde un punto de vista nacional e internacional. Una vez clausurado el Congreso, las conclusiones obtenidas serán presentadas al organismo superior universitario y a los Poderes Ejecutivo y Legislativo, según corresponda.
- 3.- Podrán concurrir a este Congreso las representaciones de todos los núcleos estudiantiles organizados —universitarios, Institutos de Segunda Enseñanza, Escuelas de Artes y Oficios y Escuelas Normales, Escuelas Industriales y de Comercio, colegios y academias, escuelas primarias y superiores, publicaciones estudiantiles— no pudiendo enviar más de tres delegados cada institución.
- 4.- Oportunamente se hará por el Comité Gestor de este Congreso la minuta o índice del orden en que se celebrarán las sesiones, así como la fecha de apertura del Congreso. La invitación a todos los núcleos estudiantiles expresados en la base tercera, se hará por escrito a las instituciones y además por la prensa diaria, a fin de que éstos designen sus representaciones, las cuales deberán acudir a la Comisión de Credenciales, que se creará al efecto, debidamente acreditados.
- 5.- En todo caso los delegados de los núcleos universitarios, de Institutos, Academias, etc., deberán ser alumnos actuales de dichas instituciones.
- 6.- El único límite a la libertad de exposición de ideas de los compañeros congresistas será el respeto al derecho de los demás.
- 7.- La cuota de ingreso de las delegaciones será de \$5.00 m.o.
- 8.- Todas las instituciones que deseen concurrir deberán enviar su adhesión a la Secretaría del Comité Gestor en un plazo no mayor de quince días las que residan en el interior de la República y de diez días las que residan en la ciudad de La Habana, contados a partir del momento en que se haga la invitación oficialmente por escrito a las instituciones y por medio de la prensa diaria, y recoger en la Tesorería de dicho Comité Gestor el recibo de la cuota de ingreso.
- 9.- Los trabajos y tesis oficiales de las delegaciones deberán estar en poder de la Secretaría del Comité Gestor en un término no mayor de diez días después de expirado el plazo fijado en la Base anterior para las adhesiones al Congreso.»

Aprobadas estas Bases, se pasó por los componentes del Comité Gestor a la estructuración interna de éste. Después de una ligera discusión se acordó designar un secretario y un tesorero generales con carácter permanente y sus respectivos auxiliares, creándose, asimismo, distintas comisiones que tendrán a su cargo las funciones del Comité Gestor, quedando hecha la distribución de los puestos de la siguiente manera:

Comité Gestor del Segundo Congreso Nacional de Estudiantes.

Secretario General: Manuel Lozano Pino.

Vicesecretarios: José A. Bustamante y Francisco Valdés Portela.

Tesorero General: Silvia Shelton.

Vicetesorero: Raquel Pérez.

Comisión de Propaganda: Zoila Mulet, Pedro Saavedra, Ada Kourí, Federico Gutiérrez, Carmen Castro, Rafael Campi, José M. Revilla, Heraclio Lorenzo, Felipe Pazos, Delia Echeverría y Raúl Roa.

Comisión de Credenciales: José Francisco Botet, Luis Torra y Manuel Guillot.

Comisión de Reglamento: Aureliano Sánchez y Enrique Cortázar Ulloa.

Comisión de Finanzas: Calixta Guiteras, Aquiles Capablanca, María Cecilia Folch, Alberto Saumell, René Villarnovo, José Luis Bernal, Noel Betancourt, Ramón Miyar, Zalduendo Selva y Jacinto Torras.

Se habrá advertido la nutrida representación femenina en el Comité Gestor del Segundo Congreso Nacional de Estudiantes. Ello demuestra que la mujer ya va percatándose de que el papel de jarrón en la vida es tan inútil como imbécil. Este grupo de compañeras, sin olvidar sus atributos peculiares, sin perder su sello propio, conservando toda su feminidad, viene a esta faena a aportar su capacidad, su entusiasmo, su inquietud espiritual y no a exhibirse como muñecas de cera. Para estas compañeras pasó ya la época en que ser bonita era para la mujer todo en el mundo. Los tiempos son otros. Las constelaciones han cambiado. A la estéril contemplación ha sucedido la militancia apasionada y creadora.

A los jóvenes de esta hora nos ha tocado «la suerte de vivir en tiempos trascendentales». El mundo actual, el mundo de la explotación sin límites, vive la hora del tramonto. De sus entrañas sangrientas y convulsas nacerá otro nuevo, mejor y más justo. Pero ese tránsito comporta el sacrificio, la angustia, acaso la muerte. Nuestra generación tiene un duro privilegio: luchar contra lo que es y por lo que será. Mas en el



fondo de nosotros, más allá del presente doloroso, vive la convicción de que a este ocaso sin gloria sucederá un amanecer triunfal.

Los estudiantes cubanos llevarán a este congreso que proyectamos, que precisa cuanto antes celebrar, sus inquietudes, sus anhelos de mejoramiento, su rebeldía constructiva, su afán de porvenir.

[1934]





PIMIENTA DEPURATIVA





¡Alerta estudiantes!*

Faltan menos de quince días para la señalada apertura de las clases y aún nada se ha hecho a fin de que pueda esta verificarse. La Universidad ha sido, particularmente en estos últimos días, un hervidero de ilegítimos intereses personales cuya vigencia entraña su decadencia y ruina definitiva. La buena fe, el sentido de la justicia, el sano deseo de estructurar sobre fundamentos científicos ese alto centro docente, no aparecen por ningún lado. Sirva de ejemplo —aparte de los planes de estudios confeccionados para satisfacer determinados compromisos y la conducta inmoral de un grupo de alumnos que quiere graduarse en un mes, en pugna abierta con los postulados de la reforma universitaria y en detrimento de los intereses generales de la enseñanza y de la cultura— la llamada «depuración cívica» del profesorado, que ha sido una farsa. A pesar de haberse invocado en cada sesión el supremo interés universitario, lo que ha primado ha sido el interés personal de unos cuantos, los más gritones y revolucionarios ahora, los más sumisos y callados cuando Machado asentaba su poderío sobre las mismas bayonetas que hoy mantienen a Grau, especialmente interesados en encubrir su descrédito de siempre con un falso jacobinismo de *ten cents*. El criterio rector no ha podido ser más descocado e injusto: benevolencia para ellos, sanción implacable para los demás.

* La depuración política del profesorado universitario por un tribunal revolucionario estudiantil captó, en su momento, la atención general del país. Fue una página original y dramática.

Yo recojo aquí —marcados con el fuego de las circunstancias en que fueron escritos estos trabajos— los aspectos más salientes del intenso proceso. La historia me lo agradecerá algún día.

Por ese camino, la autodepuración profesoral no podía culminar en otra cosa que en una maniobra arbitraria que, de cristalizar, dejaría la Universidad peor que antes. O se van, expulsados deshonrosamente, los verdugos de 1927 y cuantos sirvieron los intereses de Machado, aunque hayan firmado el manifiesto del Directorio, o se quedan, en paridad legítima, Averhoff y Ferrara. No son estos peores que aquellos.

Mueve más a risa que a indignación que individuos de negros antecedentes, chupópteros de todas las situaciones habidas y por venir, fueran quienes encabezaran la «cívica» poda. Estos señores, que sirvieron a Machado con insolente desplante, prestándose dócilmente a todas sus exigencias, pretenden guillotinar su pasado con una firma de adhesión al manifiesto del Directorio Estudiantil Universitario en diciembre del año 1930, cuando la caída del sátrapa se voceaba hasta en Palacio. El carácter marcadamente oportunista de esta maniobra no engañó ni puede engañar a nadie. Fundamentar el apostolado en un gesto tan turbio es como querer construir una estatua de mármol con cieno.

Se truena hoy cómicamente en nombre del «civismo» por los que lo tuvieron siempre del color que les convino. Vuélvase un minuto la pupila, al pasado, que nos da, con bastante exactitud, la medida y razón de ser del presente.

¿Gallardía? ¿Abnegación? ¿Verticalidad?

No. Más bien mimetismo, tripa y sumisión.

La Universidad no fue, precisamente, cátedra de «civismo» durante el desgobierno sanguinario de Machado, a menos que la historia —su historia— empiece a contarse el 9 de diciembre de 1930. Si el pasado acusa, no hay más remedio que condenarla en su conjunto, lo que no quiere decir que yo propugne, presa de un radicalismo pueril, la limpieza absoluta del Claustro, que no resuelve nada y sí complica el problema hasta el punto de situarlo en el plano de lo insoluble. Pero se sometió de tal suerte a la oligarquía dominante, que, traicionando sus funciones propias, dejó de ser tribuna libre para convertirse en tribunal. Acogió a Machado en su seno y en un acto de suprema abyección doctoró *honoris causa* a un individuo que nunca había salido de la selva, con un solo voto en contra, el del doctor Juan B. Kourí, profesor de Anatomía Topográfica, el mismo que en sesión reciente de la Facultad de Medicina, consignó su voto adverso —único también— a la negativa cerrada del Claustro de tratar las acusaciones contra los

profesores culpables de 1927. Luego vinieron los torquemadescos Consejos de Disciplina, de claro origen político, como se evidencia de pruebas documentales concretas encontradas en el archivo del Déspota, si no bastasen con las de orden moral.

Un poco de esfuerzo y estamos plenamente situados en el mes de diciembre de 1927. El alumnado universitario se había manifestado, de manera viril y resuelta, contra el monstruoso engendro de la prórroga de poderes, que implicaba la persistencia y consolidación de un régimen de opresión y miseria al servicio del imperialismo yanqui. La Universidad respondió con un generoso Consejo Único de Disciplina, que, vulnerando el precepto constitucional de que no pueden organizarse tribunales especiales para juzgar hechos realizados, se aprestó a las demandas de Machado de eliminar de su camino ensangrentado al heroico núcleo de jóvenes que, con su actitud rebelde, mantenían a la institución fuera del coro nacional de alabanzas interesadas o cobardes. Las penas impuestas fueron de naturaleza inquisitorial. Resultado: persecución, exilio, hambre, algunos muertos y uno loco.

En 1929, en pleno desbordamiento de la tiranía, ejerciendo Machado el poder sobre una montaña de obreros asesinados, caliente aún el cadáver de Julio Antonio Mella, un nutrido contingente de profesores, con Octavio Averhoff al frente, le llevaron su rendida adhesión al Tirano, so pretexto de la campaña intervencionista que hacían los malos cubanos. Al año, aquellos mismos sicarios, que, guataca en ristre, habían apoyado los desafueros y desmanes de Machado, olfateando su caída inminente, como vivos auténticos, se viraron bizarramente y se sometieron al Directorio Estudiantil Universitario, que, en aquel momento, representaba para ellos lo propio que el barbarócrata hacía sólo unos meses. Precisa registrar el hecho de que eran los profesores acusados por la opinión pública y el alumnado, de haber sido los verdugos de 1927, los líderes de la protesta.

Con estos antecedentes la Universidad está incapacitada para la autodepuración profesoral. No basta con haber bajado al Jordán de un manifiesto. No basta con haber estado preso si antes se fue esbirro. Quien persiguió a los estudiantes en 1927, porque estar junto a ellos significaba estar junto al sacrificio, que tiene forma de cruz, y se adhirió en el 30 porque de un minuto a otro la cosa iba a cambiar, debe quedar fuera del Claustro sin contemplaciones. Quien así se comporta no es

más que un oportunista de la peor especie. Quédese en cambio, con todos los honores, el que se atrevió, solo, [a] contrariar el Claustro y a Machado y, por esas mismas razones no firmó el manifiesto aludido, y cuantos, además de ser capaces, se mantuvieron en un plano discreto, ya que de mantenerse un criterio estricto sería tremendo el desmoche.

La autodepuración ha hecho crisis. Ha fracasado. No satisface a nadie y mucho menos al estudiantado. El plazo improrrogable que la Asamblea de Delegados de los distintos cursos universitarios fijó al Claustro General para que hiciera saber al alumnado en qué forma y hasta qué punto estaba hecha la depuración, se cumplió anoche a las doce. Desde ese momento, la Asamblea, por acuerdo expreso de la misma, empieza a actuar revolucionariamente, en la solución de tan candente problema.

Esta tarde a las tres, y en el Anfiteatro del Hospital Calixto García, los estudiantes en magna asamblea examinarán y discutirán tan debatida cuestión, trazándose la línea de conducta a seguir, que no puede ser otra que integrar en tribunal revolucionario a los representantes de los diferentes sectores universitarios para iniciar, inmediatamente, la depuración efectiva y necesaria de los profesores que positivamente la merezcan.

La responsabilidad que esta transferencia entraña, salta a la vista. La depuración debe hacerse despojada de todo apasionamiento. Debe analizarse cada caso específico. Nuestra mejor garantía, es nuestra historia pasada. La más absoluta imparcialidad ha de regir nuestra espionosa gestión. Tan lejos de la Inquisición como el Tribunal de Sociología cuando examinaba Sergio Cuevas Zequeira.

Parte del profesorado, empero, no querrá aceptar nuestra justicia, alegando acaso que ello lleva aparejada una humillación para su alta jerarquía, no oponiendo el menor reparo, en cambio, para aceptar la de individuos, aunque catedráticos, públicamente desacreditados. Se sabe, además, que en cierto sector del Claustro se está forjando una conjura para, por medio de una de esas maniobras a que son tan adictos algunos profesores, provocar un estado de anarquía en la Universidad que determine la intervención del gobierno. Se trabaja afanosamente para lograrlo.

¡Estudiantes, alerta!

[1934]

Tribunal Depurador Estudiantil

El estudiantado universitario ha tomado en sus manos el grave problema de la depuración profesoral. Su historia de siempre —sacrificio, desinterés, heroísmo— permite presumir la justa solución del mismo. A esta situación había que llegar forzosa, fatalmente. El juego mismo de los factores concurrentes determinaba que, al cabo, al palpase objetivamente el fracaso de la autodepuración profesoral, tenía ella que producirse. Ya he denunciado la incapacidad moral en que estaban los profesores, como conjunto, para hacerse justicia por sí mismos. Su pasado constituía, precisamente, el obstáculo insuperable. El resultado de su labor, manifiestamente parcial e incompleta, me ha dado plena razón. En la magna asamblea del martes último, los estudiantes se pronunciaron cerradamente contra ella y decidieron la constitución de un Tribunal Depurador Estudiantil, integrado por representantes de todos los sectores universitarios, que acometiese la solución del problema lo más rápidamente posible, dentro del más estricto y levantado espíritu de justicia y en todos sus aspectos. El tribunal se ha declarado en sesión permanente y funciona en la Asociación de Estudiantes de Derecho.*

Detengámonos un instante en la asamblea del martes. No fue una asamblea más. Tuvo, por lo contrario, una significación trascendental. Fue antes que nada y, por sobre todo, un enérgico acto de afirmación de

* El tribunal quedó constituido así: Por Derecho, Manuel Lozano Pino y Francisco Carone. Por Medicina: Ruperto Notario y Martín Landa Bacallao. Por Letras y Ciencias: Ángel Colina y Luis Sáenz. Por los expulsados de 1927: Aureliano Sánchez Arango y Gabriel Barceló. (Al enfermar este gravemente, fue sustituido por Ramón Hermida.) Por el Ala Izquierda Estudiantil: Roberto León y Pedro Raviña. Por la Comisión de los nueve: José Morell, Luis Barrera y Agustín Guitart.

la masa estudiantil, que, volviendo por sus fueros arrebatados, hizo patente su decisión y necesidad de intervenir como realidad viva y actuante en el desenvolvimiento de la vida universitaria. El principio de la ingerencia estudiantil en el gobierno de la Universidad, en proporción idéntica al profesorado, quedó en aquella asamblea vigorosamente subrayado. Constituye él la garantía máxima de una genuina y profunda renovación universitaria.

Tuvo la asamblea, además, un destacado sentido político. Se comprobó, una vez más, que la masa estudiantil nada tiene que ver con la situación imperante, ni se siente representada por el escaso núcleo de estudiantes que la apoyan, en abierta contradicción con sus principios y conducta pasada. El estudiantado universitario, como cuerpo, no se solidarizó nunca, ni puede solidarizarse, con el desenfreno y la incapacidad característicos del sistema entronizado el 4 de septiembre. Ni tampoco se siente ligado a las combinaciones alfabéticas y organizaciones politiqueras en pugna exclusiva por el presupuesto. Acaso en un principio, alucinado por la perspectiva de creerse en el poder —con excepción del sector en que milito, el Ala Izquierda Estudiantil— pudo estar vagamente identificado con la Pentarquía primero, y después en sus albores con el régimen anárquico de Grau. La masacre del 29 de septiembre selló su distanciamiento definitivo del poder. Puede ahora afirmarse que está frente a él, por propia decisión, en una línea de lucha independiente.

La asamblea entera se revolvió airada contra el asesinato del joven Mario Cadenas, que revive, por las circunstancias y procedimientos empleados, las horas más sombrías y trágicas del terror machadista. Se exigió la inmediata investigación del hecho y el castigo sin contemplaciones de los culpables y la libertad de todos los estudiantes presos, que son muchos.

La figura descollante de la asamblea fue, sin duda, Aureliano Sánchez Arango. Con autoridad incontrastable salvó la disolución de la misma entre bizantinismos imbéciles. Su explicación clara y resuelta del proceso estudiantil contra la prórroga de poderes que culminó, como es notorio, en los Consejos de Disciplina de 1927, le valió una cálida ráfaga de aplausos.

Sánchez Arango aportó a la asamblea pruebas concretas sobre el contenido político de los Consejos de Disciplina. El pretense carácter

académico con que quiere encubrirlo el sector culpable del Claustro quedó totalmente pulverizado. La lectura de las líneas que a continuación reproducimos, capturadas en el archivo de Machado, constituyen la evidencia más clara del origen político de aquellos fallos monstruosos.

Mi querido Presidente:

Adjunto un manifiesto. Los firmantes son los expulsados menos Chibás. He dicho al Rector le formen Consejo de Disciplina y lo expulsen también.

Todo acusa tranquilidad estudiantil en la Isla hasta hoy.
Ponte bueno y manda.

José B. Alemán

Diciembre 7 de 1927.

No se produjo el Claustro de manera uniforme en el tratamiento de la cuestión del 27. Mientras la Facultad de Medicina se solidarizó expresamente, con un solo voto en contra, con los verdugos togados, siguiendo sus huellas la Facultad de Derecho, en cuyo seno el machadato se agita sordamente, la de Letras y Ciencias dejó la puerta abierta para enjuiciarla, caso de presentarse pruebas escritas.

Al profesorado honesto y capaz se le presenta ahora un solo camino a seguir: ponerse de parte de la justicia, que, en estos momentos, la encarnan los estudiantes. Si, por un falso concepto de la solidaridad forma filas junto a los Torquemadas de 1927, caerá en la misma posición de los ex oficiales que, no obstante considerarse inmaculados, fueron a guarecerse bajo un techo que también albergaba a elementos connotadamente machadistas. Y hay que suponer que sean más inteligentes que aquellos, ya que, por lo menos, teóricamente, no tienen la mentalidad uniformada.

[1934]



Hotel Nacional universitario

La conjura denunciada de cierto sector del Claustro —precisamente el que más responsabilizado aparece en los Consejos de Disciplina de 1927— contra la existencia misma de la Universidad se mueve activamente en la sombra. Está ya casi en vías de cuajar. Se trata nada menos de que, en su apoyo y solidaridad, el Claustro en pleno renuncie sus cargos.

Resultaría en realidad, muy doloroso que, por un equivocado concepto de la dignidad y del compañerismo, profesores honrados y capaces se hicieran solidarios de individuos que, en vista de los cargos indubitables acumulados en su contra, no tienen más excusas que confesar, cívicamente, su delito.

El estudiantado exige, unánimemente, que los que delinquieron en 1927 reciban el adecuado castigo. Existe una poderosa corriente de inconformidad estudiantil con el arbitrario procedimiento empleado por el Claustro de ignorar cuanto en la Universidad ha ocurrido antes del 9 de diciembre de 1930, día memorable en que muchos profesores creyeron lavar sus culpas políticas en el suave Jordán de un manifiesto contra Machado. Es inadmisibles, por absurdo, este criterio de tajar la Historia a la medida de determinadas conveniencias particulares. El pasado es un hecho objetivo que existe independientemente de la amnesia y del oportunismo. Ir a él, hurgar en sus entrañas, examinarlo meticulosamente, como un corte histológico, es el medio más exacto de explicarse el comportamiento y desarrollo histórico ulteriores. ¿Que el Claustro no se sintió con fuerzas para depurar hechos de los que, en cierto modo, era responsable? ¿Por qué no lo manifestó abiertamente? Se explica, hasta cierto punto, que se exima pudorosamente de



enjuiciarlos por no tener la suficiente autoridad moral para hacerlo. Lo que sí ya no se explica es que, consecuente con esa incapacidad tácita, al tomar los estudiantes por cuenta propia ese enjuiciamiento, pretendan los profesores integrar un bloque compacto en solidaridad con los verdugos de 1927.

¿Que no todos los miembros del Consejo de Disciplina fueron instrumentos conscientes de Machado, que no todos actuaron por presión política?

Convenido. Soy el primero en conceder amplio margen a los que actuaron de buena fe, o fueron simplemente víctimas. Pero que vengan con pruebas rotundas, concretas, definitivas, a evidenciarlo ante el Tribunal Depurador Estudiantil. Mientras esto no ocurra no hay por qué presumir lo contrario. Las líneas del general José B. Alemán a Machado —ya reproducidas— constituyen prueba palmaria de las conexiones existentes entre el Rector de la Universidad, el Tirano y el Consejo de Disciplina. Por lo tanto, queda definitivamente desplazado el asunto del terreno académico, donde se pretende situarlo.

La perspectiva de un nuevo «Hotel Nacional», esta vez repleto de profesores, va directamente en perjuicio de la propia Universidad. No deben reaccionar los profesores como los ex oficiales del ejército. Descenderían intelectualmente. El profesorado en su mayoría se sumó el 9 de diciembre de 1930 al Directorio Estudiantil Universitario y no advirtió, al hacerlo, menoscabo alguno en su jerarquía. Ni tampoco en cumplir afanosamente, dentro del plazo exigido por los estudiantes, la autodepuración que les convino. ¿Puede alegarlo ahora sin desmentirse a sí mismo?

No se trata de un problema de dignidad, ni de vergüenza, ni de barras, ni de estrellas. Nadie está obligado a estar más lejos y por encima de esas zarandajas que un intelectual, que un profesor universitario. Esgrimir razones jerárquicas en esta coyuntura, entraña situarse a la altura de las charreteras, que en todas las latitudes del capitalismo, están siempre bajo el nivel del mar. Confundir este movimiento estudiantil, que no ignora la posición que al profesor corresponde en la vida universitaria y que está encendido de los mejores deseos y del más estricto espíritu de justicia, con el pronunciamiento del 4 de septiembre, sería, sencillamente, ponerse en la misma contingencia del oficial desposeído que sólo viese en él una bellaca insubordinación de la tropa

y no un fenómeno de naturaleza inequívocamente social, adulterado luego por las fuerzas políticas que lo usufructuaron.

Sobran razones para pensar que los profesores conscientes no incurran en pareja falta de visión. El pueblo entero de Cuba concentra sus pupilas, en estos instantes, sobre la Universidad de La Habana, que si ha dado figuras descollantes a la ciencia también ha contribuido con sangre estudiantil, generosa y pura, a la lucha por la liberación nacional y social de Cuba.

Una alta responsabilidad gravita, en estos momentos, sobre el rector, doctor José A. Presno y los profesores positivamente no maculados. El estudiantado confía en que sabrán conducirse de acuerdo con las necesidades y exigencias del supremo interés universitario, bajo cuyo luminoso signo ha puesto el Tribunal Depurador Estudiantil su gestión.

[*Ahora*, 25 de diciembre de 1933, p. 4.]



Prueba definitiva

El criterio, reiteradamente mantenido por los profesores participantes en los Consejos de Disciplina de 1927 y 1928, es que estos tuvieron un origen y naturaleza meramente académicos. Del puro examen formal de los expedientes y con una gran dosis de buena voluntad puede no sacarse otra conclusión. Pero, escarbando en ellos, analizando en la propia entraña de aquel escandaloso proceso, fluye, en chorro cristalino, su contenido político. La expulsión del núcleo de estudiantes, componentes del Directorio Estudiantil Universitario contra la Prórroga de Poderes, se debió, principalmente, a su viril y hermosa actitud contra la ley inicua que venía a consolidar un régimen sangriento, de opresión y de hambre, en beneficio de la oligarquía dirigente y de los intereses extranjeros que le prestaban su apoyo.

Las pruebas reunidas que lo evidencian son numerosas y definitivas. Ante ellas se esfuman, como brumas mañaneras al latigazo del sol, los últimos vestigios de dudas que puedan quedar al respecto. Como afirmaba Aureliano Sánchez Arango en su carta pública al doctor Manuel Dorta Duque, Gerardo Machado nos ha proporcionado un gran servicio con haber conservado todos esos papelitos comprometedores —hoy en poder nuestro— que ponen al desnudo la verdadera raíz de los Consejos de Disciplina: una raíz claramente política.

Sobre esta base es que debe estructurar sus fallos el Tribunal Depurador Estudiantil. Si se comprueba que la responsabilidad no es común a todos los miembros de los Consejos de Disciplina, que se sancione con un criterio gradual y específico. Son los propios profesores acusados los que mejor pueden esclarecer, con sus descargos sinceros, la parte de culpabilidad que les corresponda.



Si es general, nadie debe salvarse. El supremo interés universitario, la casa de estudios que proyectamos reconstruir desde sus cimientos mismos, así lo exige. Precisa establecer el precedente que impida la repetición de tan lamentables y monstruosos sucesos.

La realidad es que resulta pueril querer tapar con un antifaz académico lo que fue sustancialmente político. Para algunos profesores con quienes he hablado sobre el problema en cuestión esto no admite duda. La opinión pública y el estudiantado saben ya a qué atenerse, particularmente el último, que en la sazón misma de desarrollarse los hechos advirtió, primordialmente, en ellos, la resultante fatal de una fuerte presión política. Partió del gobierno y no del Claustro universitario, la idea de reprimir ferozmente, el pronunciamiento político de los estudiantes contra la prórroga de poderes. El Claustro decidió la formación de un Consejo Único de Disciplina ante la amenaza formal y concreta del gobierno —contenida en la Resolución de la Secretaría de Instrucción Pública de 13 de noviembre de 1927— de castigar a los profesores que no contribuyesen a liquidar, de una vez, la efervescencia política que agitaba al estudiantado.

El Claustro, atemorizado, no vaciló en constituir un Tribunal especial para juzgar hechos realizados, lo que implica una flagrante violación del precepto constitucional que taxativamente lo impide.

No es indispensable revivir ahora el desarrollo anecdótico del proceso disciplinario. Basta consignar que el 1° de diciembre de 1927, fueron inquisitorialmente juzgados, sin otra prueba que un informe de la Policía, emitido por el capitán Hidalgo, sin defensores ni testigos, diecisiete jóvenes que no habían cometido otro delito que levantarse, resueltamente, contra el continuismo machadista. En vez de ofrecerles su apoyo, que lo merecían entero y cálidamente, profesores universitarios fueron los que los lanzaron a la persecución, al destierro y a la muerte. En este caso, como en otros muchos, la lección magistral fue dictada por el estudiante y no por el profesor.

Si hay alguien que todavía duda que los profesores integrantes de los Consejos de Disciplina fueron instrumentos del gobierno en la consumación del arbitrario castigo, que hablen las pruebas escritas. Copio, enseguida, párrafos de una carta del general Alemán a Machado, con fecha 2 de diciembre de 1927:

Te envío el nombre de los estudiantes expulsados. Son 17 condenados a 10, 6, 4, 2 y 1 año de expulsión.

También Chelala lo será hoy por 10 años como Barceló, Rosell y Sánchez Arango lo fueron ayer.

Muy bien el Rector y el Consejo.

Otro acuerdo: como presumimos protestas, todos los que desputen en forma procaz, hablando de Directorios, serán sometidos a Consejos de Disciplina y expulsados. Ahora necesitamos autorizar reunir el grupo de sport en el Stadium. Son los serios, fuertes y se han declarado al lado del Rector y del gobierno.

Otros parrafitos de otra cartica de Alemán a Machado, habida en Palacio:

Hoy se celebrará el Consejo de Disciplina. He hablado largamente con el Rector. Parece que los alumnos no querían ir hoy a clase y se habían citado para un nuevo escándalo que la presencia del ejército, hasta ahora, ha impedido. Mi impresión es que es obra de políticos, que éstos dirigen desde fuera creando agitación. Vengo de una entrevista con el Rector a quien he dicho puede dar el decreto de expulsión de la Universidad, a reserva de otro Consejo, a los 28 que están en lista, de los que ayer alborotaron como cabecillas, sin perjuicio de lo que el juzgado resuelva. No te quede duda: *política, política y política, es el eje que mueve el brote.*

Después de lo transcripto, apaga y vámonos. Todo comentario, aun el más agudo y certero, huelga por inútil.

Andando el tiempo, muchos de los miembros de los Consejos de Disciplina ocuparon un puesto en la lucha heroica que sostenía el pueblo oprimido de Cuba contra Machado. Pero el que estos señores asumieran esa actitud y hasta algunos estuvieran presos y jalaran varios tramos de carne en trocitos, no significa, ni puede significar, más que un cambio deliberado de postura en vista de lo que venía, o que las constelaciones dominantes en el firmamento político empezaban ya a ser desfavorables para medrar a su luz. Esta es la realidad evidente y lo demás es querer tapar el Capitolio con la uña.

[1934]

La asamblea de hoy

El Tribunal Depurador Estudiantil ha concluido ya su recia faena, la que será sometida esta tarde a la aprobación o rectificación de la asamblea general de estudiantes universitarios en el Anfiteatro del Hospital Calixto García. Por la trascendencia y naturaleza del problema en cuestión, ningún estudiante debe dejar de asistir a ella. Puede afirmarse que, en la asamblea de esta tarde, se juegan los destinos mismos de la Universidad. De la coherencia y firme actitud del alumnado depende el fracaso o el triunfo. Lo primero evidenciaría ausencia de coraje e incapacidad manifiesta.

En dos circunstancias, se ha visto impelido a transferir la asamblea general de estudiantes el Tribunal Depurador Estudiantil. Justísima dilación. El Tribunal Depurador Estudiantil, no ha querido fallar a la diablo. La delicadeza y responsabilidad de su gestión lo ha obligado a agotar el procedimiento, la investigación y la prueba con el fin de que los perjudicados no alegaren luego negligencia y festinación. Pocas veces ha funcionado en Cuba un tribunal con el celo, seriedad y verdadero espíritu de justicia que este.

Ante los muchachos ha desfilado un nutrido grupo de profesores, sin considerarse por ello menospreciados en su jerarquía académica. Ninguno puede decir, sin caer en la mentira, que fue tratado con prejuicios, incorrección o inquina. No hubo discriminación ni aun para los notoriamente culpables. El interrogatorio no trascendió nunca el ámbito de la serenidad y respeto más estrictos. En una palabra: el Tribunal Depurador Estudiantil, impuesto de sus deberes y consciente de su misión, no ha hecho más que ajustarse, rigurosamente, a ellas. Si incurrió en errores no podrá imputársele parcialidad.

Contrastando con la actitud de los profesores que, ante el llamamiento de sus alumnos, concurrieron a presentar sus descargos, ninguno de los acusados por los Consejos de Disciplina de 1927 hizo acto de presencia. Por algo será. Cuando se sabe uno limpio está siempre dispuesto a que lo registren hasta en las vísceras y no se siente disminuido porque lo retraten en calzoncillos.

A la asamblea de hoy se ha de ir con el ánimo tenso, enérgicamente dispuestos hasta llegar a las últimas consecuencias. La más mínima vacilación implica pérdida de terreno. Y la hora es de avance esforzado y constante. Ofensiva: he aquí la consigna. Al final puede ser que nos hallemos solos en lucha contra un Claustro solidarizado que, por salvar su pitanza y un concepto pueril de la autoridad y del compañerismo, no vacile en lanzar la Universidad otra vez en manos de la soldadesca con tal de no ceder un ápice en su equivocada actitud. No obstante, hay datos, para presumir que no todos los profesores sitúen su capacidad y su prestigio bajo estandartes manchados. Esos formarán, con nosotros, un apretado y valeroso frente de combate por la realización de nuestras demandas. Sólo los profesores culpables y los miopes o soberbios arrasados por ellos, ocuparán un cuarto en el «Hotel Nacional Universitario», que muy bien puede ser el edificio Andino.

Por su parte, el estudiantado se aprestará a confrontar todas las contingencias, por graves y peligrosas que sean, con el propio denuedo, constancia y espíritu de sacrificio con que confrontó el machadato. Ni una nueva expulsión en masa, ni la cárcel, ni la más feroz de las represiones pueden ya detener nuestro proceso en marcha. Sepan el pueblo de Cuba, y los profesores culpables que los estudiantes universitarios regresaremos de esta contienda, a la manera espartana, «con el escudo o sobre el escudo».

[1934]

Réplica al profesor Alberto Blanco

Resulta verdaderamente deplorable que el profesor Alberto Blanco se disponga a separar una habitación en el «Hotel Nacional Universitario». No se desprende otra cosa de sus declaraciones públicas alrededor de los Consejos de Disciplina de 1927. Más deplorable aún, su torcida apreciación de los mismos. Acaso ello tenga su explicación y raíz en el hecho de ser el doctor Blanco abogado.

Empieza el doctor Blanco por plantear el asunto en un terreno subjetivo. Primera equivocación. El Tribunal Depurador Estudiantil, aunque medularmente revolucionario, ha cimentado sus fallos sobre pruebas concretas, documentales, salvo en aquellos casos en que, por ser tan obvia la responsabilidad del encausado, era ocioso emplearlas.

En el problema de los Consejos de Disciplina la investigación ha ido hasta su misma raíz hedionda. No se ha querido juzgar por convicción moral revolucionaria exclusivamente, no obstante ser esta tan fuerte y clara como la que arrojan las pruebas habidas, concretas y fehacientes, doctor Blanco, aun para los profanos del Derecho. Es, por lo tanto, una afirmación gratuita suya la de juzgar la actitud del estudiantado al respecto como producto de la animosidad personal o de la insania colectiva de una asamblea. Es lastimoso que un profesor se exprese así de los estudiantes y los sitúe, por falsa visión, o por un prurito de orden jerárquico, o hasta por amistad a algunos de los catedráticos acusados, en un plano de irresponsabilidad o de bajo apasionamiento.

Sepa el doctor Blanco, y, con él, los que aún tienen reservas o dudas, que los estudiantes jamás se han producido por la turbia presión de los malos instintos, ni por inquina, ni por rencores personales. No confunda el doctor Blanco a la masa estudiantil con los que, a espaldas

suyas y contrariando sus generosas aspiraciones, la han traicionado en todos los tiempos por unos dorados mendrugos u honores de hojalata. Sépase de una vez, que a la masa estudiantil, ni al Tribunal Depurador nacido de su seno, se le compra con favores de ninguna clase. Quizás no podría afirmarse otro tanto de algunos profesores.

Entendido, doctor Blanco: ni animosidad personal, ni insania colectiva. Nosotros sí podemos, en cambio, recordarle al Claustro que, más de una vez, ha incurrido en ellas. Mucho aparato jurídico y mucha invocación a la llamada dignidad profesoral ahora, cuando se trata de profesores perfectamente responsabilizados en la comisión de un delito ya demostrado con creces. Pero no se alegó lo mismo y hasta se expulsó sin pruebas ni testigos, sobre la base de un amañado informe policíaco, a los componentes del Directorio Estudiantil Universitario contra la Prórroga de Poderes. Verdad es que, entonces, esos profesores cumplían estrictamente con su deber. ¿Y si se contraían a una función puramente académica, por qué las sanciones fueron tan desproporcionadas a los hechos imputados? A lo mejor, pecaron por defecto.

Da la sensación el doctor Blanco de conocer el proceso estudiantil de 1927 y sus consecuencias académicas por versiones especialmente interesadas en desvirtuar su genuino sentido. Atrincherándose en la mera presunción, cabría, empero, sospechar lo contrario: que, plenamente enterado del origen y desarrollo reales de todo aquello, de las cartas definitivas de Alemán a Machado y de la corresponsabilidad de él mismo como miembro del Claustro al autorizar la formación de un Consejo Único de Disciplina por la amenaza y presión del gobierno, como consta documentalmente, el doctor Alberto Blanco lo deforma y pinta a su antojo quien sabe por qué ocultos imperativos. Pero yo no quiero ser suspicaz; ni prejuzgar posiciones que no me constan, concreta y fehacientemente.

Es muy lógico, y hasta humano, que el Claustro se haya inhibido en la cuestión del 27. ¿Con qué autoridad moral podía expulsar de su seno a los que él mismo designó, sancionando después su gestión? Lo cierto, doctor Blanco es que, si no en igual medida, el profesorado, como cuerpo, se hizo solidario de las expulsiones y cómplice del gobierno. De ahí arranca, precisamente, su incapacidad para autodepurarse, lo que determinó la integración del Tribunal Depurador Estudiantil, nombrado

en una magna asamblea, que, inconforme con la depuración realizada por el Claustro, exigió que se hiciera de nuevo y en todas sus facetas.

El doctor Blanco incurre en falsa apreciación al decir que el estudiantado aprobó el proceso disciplinario del 1927. No es cierto. Si el doctor Blanco no tiene flaca memoria, recordará que, por no aceptar las monstruosas decisiones de los Consejos, los estudiantes protestaron con tal virulencia que un numeroso grupo fue expulsado en masa por un simple decreto rectoral, y el Patio de los Laureles y todas las dependencias universitarias ocupadas militarmente por un año. Si la huelga estudiantil fracasó en sus inicios tuvo ello su origen en la situación de positiva impotencia en que quedó el alumnado frente a un hecho armado, incontrastable por el momento. Sin embargo, muy pronto, empezó a gestarse, clandestinamente, una vigorosa corriente revolucionaria contra los procedimientos cuartelarios imperantes en la Universidad y fuera de ella y en apoyo del retorno a las aulas, por imposición nuestra, de los compañeros expulsados. Fue este movimiento, soterrado en la ilegalidad más absoluta por virtud de las circunstancias vigentes, y encabezado por una minoría resuelta, de la que formé parte, la premisa indispensable del 30 de septiembre. Durante todo ese período, en cambio, el profesorado aceptó, sin chistar, el imperio insolente de las bayonetas.

No tema el doctor Blanco por la suerte de la Universidad. Vive precisamente la oportunidad mejor para salvarse. Si se perdiera, no sería por efectos de la justicia estudiantil, sino por la soberbia, incompreensión o solidaridad de los profesores no maculados con los que, por servir los intereses de una oligarquía sanguinaria y ladrona, no repararon en degollar las posibilidades de toda una juventud rebelde y ansiosa de superación. Sobre ellos sí quedará el marchamo ignominioso de haber superpuesto al interés universitario, espurias conveniencias políticas y particulares.

No nos extrañaría nada un nuevo «Hotel Nacional», esta vez universitario y en el edificio Andino. Si está convencido el doctor Blanco que ese es su deber como profesor, debe separar, cuanto antes, su habitación, con radio, luz eléctrica y baño privado. Nosotros, por nuestra parte, con los profesores que, por comunidad de principios, se nos li-guen, nos haremos fuertes en nuestra casa de estudios y desde la loma querida ya no podremos discernir entre los refugiados del «Hotel Nacional Universitario», a los profesores buenos de los malos.

Al cabo, triunfaremos, juntos, estudiantes y profesores. Y será el triunfo de la justicia y no uno más de la «revolución auténtica», como dolosamente afirma el doctor Blanco, ya que para él y para el pueblo de Cuba resulta indudable que la posición política del estudiantado es francamente adversa a la situación nacida el 4 de septiembre. El doctor Blanco, que tantas pestes dice, y con razón, de los auténticos, fue, no obstante, durante largos días, Alcalde de facto de La Habana siendo presidente de la República, Ramón Grau San Martín y secretario de Gobernación y Guerra, Antonio Guiteras.

[1934]

Fallo

El Tribunal Depurador Estudiantil hizo ya público, en magna asamblea convocada al efecto, el resultado de su difícil y esforzada gestión. No diré yo que todas sus decisiones fueron matemáticamente infalibles; pero sí afirmo, con particular satisfacción, que ninguno de sus fallos se resiente de parcialidad. Se podría aducir error en algún caso, pero injusticia en ninguno. No sería posible, en cambio, sin faltar a la verdad, afirmar lo propio de la fracasada autodepuración profesoral, que, además de incompleta, fue esencialmente arbitraria en el enfoque y tratamiento general del problema.

A la asamblea estudiantil fue el Tribunal Depurador a someter la aprobación o rectificación de sus juicios. El compañero Manuel Lozano Pino, secretario del aludido organismo, llevó consigo todas las pruebas sobre las que sus componentes, tras dilatadas controversias, fundamentaron su fallo. Cada caso sería expuesto, desnudamente, a la consideración y discernimiento de los asistentes, quienes se pronunciarían por la sanción aplicada por el Tribunal Depurador o contra ella, ya porque la estimasen excesiva, o extremadamente suave. Ni coacción ni blandura. Cada asambleísta estaba facultado para expresar su criterio sin más limitación que el respeto al ajeno. La asamblea —una, partida en dos prolongadas sesiones— se desarrolló así con un ritmo de libertad y serenidad ejemplares. Aun los excepcionales momentos en que la turbulencia asumió jacobinos perfiles —caída inesperada de profesores exculpados por el Tribunal Depurador— no mixtificaron nunca el alto espíritu de justicia que llenaba el Anfiteatro.

Sobre esos casos se ha de ir, hay que ir urgentemente y examinarlos de nuevo sin prejuicios, ponderando todos los factores en juego, por

propio decoro y responsabilidad de la asamblea, que debe pasar a la historia limpia de apasionamiento. Los estudiantes se están jugando, en estos instantes, nada menos que su futuro y el de la Universidad.

La asamblea depuradora —acaso de las más movidas e intensas que registra la historia, tan rica en matices, del estudiantado universitario— se desarrolló en una atmósfera genuinamente revolucionaria. Se iba a liquidar, de una vez, en su seno encendido, un problema de cuya falsa solución dependía la ruina misma de la Universidad como taller donde han de forjarse caracteres y no autómatas, hombres enteros y no espinazos flexibles a la imposición o al miedo. Cada estudiante se sentía responsable de su función. Se advertía que el individuo —fenómeno insólito— seguía existiendo independientemente de la masa. Hacer justicia era el interés central de todos. No se iba allí a salvar a Fulanito, si Fulanito, por conducta política, se merecía la repulsa de la juventud. Ni tampoco a hundir a otros por mera animosidad personal, o, porque, en la vía de la aspiración ulterior constituyeran un gran obstáculo, o la barrera insalvable. La asamblea se concretaría, exclusivamente, a podar de la ceiba profesoral las ramas podridas. Y eso hizo, a la sombra trémula de un recuerdo heroico y puro: Julio Antonio Mella, que de no haber sido asesinado, hubiera levantado allí su voz tempestuosa exigiendo justicia y sólo justicia, la presidió en efigie. Su másculo y noble perfil era un trazo palpitante de futuro en el Anfiteatro estremecido y repleto.

Dos momentos culminantes —de verdadero relieve dramático— tuvo la asamblea. Uno, el caso de Antonio Sánchez de Bustamante. El otro, el problema de los Consejos de Disciplina de 1927.

Intensa discusión movió el primero. Se fatigó la argumentación en el ansia de infundirle al fallo la justeza más absoluta. Al cabo, la asamblea, superando la sanción de renuncia impuesta por el Tribunal Depurador, impuso, por unanimidad, la expulsión de Antonio Sánchez de Bustamante del Claustro Universitario. Su pasado —el inmediato y el de anteaer— abonaba la decisión sin que quedasen resquicios de duda. Mañana, vista en perspectiva histórica, será, además de ratificada en su terrible plenitud, lección que no podrá olvidarse.

El planteamiento del problema creado por la naturaleza política de los Consejos de Disciplina de 1927 suscitó también un cálido y prolongado debate. Tenía que ser así. Este problema constituía la nuez misma

de la depuración. El Claustro lo había eludido abiertamente, provocando con ello la vigorosa protesta del estudiantado que no podía aceptar, sin establecer un peligroso antecedente, que todo aquello quedase en borrón y cuenta nueva.

Aunque la asamblea que designó el Tribunal Depurador se había manifestado, decididamente, por la expulsión total, sin más tramitación ni procedimiento, de los miembros de los Consejos de Disciplina de 1927, aquel juzgó que se debía, no obstante, analizar el asunto hasta apurar la investigación y la prueba. De esta suerte, si había inocentes o víctimas quedarían excluidos de la sanción aplicable a los que modelaron sus fallos con barro machadista. Conviene aclarar que el Tribunal Depurador siguió, dentro de un esquema general de infracciones, el estudio específico de cada caso. Pero como ninguno de los profesores acusados acudió a hacer sus descargos, la responsabilidad, conforme al más elemental sentido jurídico, quedó diluida en todo el Consejo. La consecuencia es que, si hubo profesores no complicados políticamente en los fallos, y salieron por la misma ventana que los que estaban, el culpable fue Panurgo y no el Tribunal Depurador, ni la asamblea estudiantil. Esta última evidenció que, aun siendo tribunal supremo, no dejaba, por eso, la puerta cerrada a una ulterior y definitiva investigación.

Fallada ya la expulsión de todos los componentes del Consejo, Aureliano Sánchez Arango, expulsado diez años de la Universidad, al filo de concluir su carrera, por combatir la prórroga de poderes, tomó la palabra. Hubo un enorme silencio. Iba a hablar uno de los estudiantes que más había sufrido por el fallo político de un Consejo académico. Durante varios años había sabido, en carne propia, lo que la miseria y la vida en tierra extraña significan. El destierro y el hambre sólo son amables y no se sienten en los folletines por entrega. Amargan el carácter, robustecen el espíritu, aclaran muchas cuestiones antes ocultas por la bruma rosada de la vida sin preocupaciones. Acaso se esperaba de él una implacable catilinaria contra sus verdugos.

No fue así. Aureliano Sánchez Arango demostró, una vez más, de la noble madera que está hecho. Él, que pudo no haber dado cuartel, fue tolerante, comprensivo, justo. Exigió y obtuvo, a la asamblea absorta ante el gesto impar, que se integrase una comisión mixta de profesores y alumnos con el objeto de iniciar una revisión del problema liquidado

por ella. Un formidable abrazo de aplausos estrechó a Sánchez Arango en emocionante ratificación de su conducta. La Comisión mixta fue aprobada.

Corresponde ahora al Claustro aceptar o rechazar la depuración efectuada por los estudiantes y la designación o no de la Comisión mixta de profesores y alumnos para la revisión de los Consejos de 1927. El estudiantado, por su parte, permanece alerta y más cohesionado que nunca y en vista del acuerdo del Claustro asumirá la postura adecuada.*

Se ha llegado al instante crítico del proceso. «Hotel Nacional Universitario» o apoyo franco a la gestión estudiantil por la justicia que la asiste. No cabe la posición intermedia.

La conjura, insistentemente denunciada por mí, del sector maculado del Claustro por envolver a todos los profesores en las mallas de una falsa solidaridad, continúa moviéndose cada vez con más fuerza. Viéndose perdidos, los profesores culpables no vacilarán en poner en práctica los más turbios procedimientos. Pretenderán hasta captarse un contingente de estudiantes que se les sumen y vengán a sembrar el divisionismo en la masa. Esto último no lo creo, no puedo creerlo. Pero si así ocurriera, esos estudiantes habrían inscripto para siempre sus nombres bajo el signo infamante de la traición.

[1934]

* El Claustro discutió la proposición estudiantil que, al fin, fue aceptada. La Comisión mixta de profesores y alumnos quedó integrada como sigue:

Delegados profesoriales. Por Letras y Ciencias: los doctores Antonio Fernández de Castro y Carlos de la Torre y Huerta. Por Medicina: los doctores Luis Ortega y Clemente Inclán. Por Derecho: los doctores Ernesto Dihigo y Gustavo Tomeu. Estos fueron sustituidos casi al iniciar su labor la Comisión por los doctores José Ramón Hernández Figueroa y Rafael Santos Jiménez.

Delegados estudiantiles. Por Letras y Ciencias: Salvador Vilaseca y Heraclio Lorenzo. Por Medicina: Juan Manuel Portuondo y Rafael Prieto. Por Derecho: Luis Martín y Raúl Roa.





LÁGUER CON JAMÓN







De New York a Isla de Pinos con escala en El Príncipe

Manhattan es una isla larga y estrecha, que fue primero holandesa, después inglesa y puritana y ahora es polaca, rusa, italiana, irlandesa, alemana, judía. Sobre todo judía. De americana no tiene nada más que el *chewing-gum* y el *hell*. Acaso, los mastodontes empinados hacia las nubes. Manhattan. «New York no es América, pero sin duda toda América quisiera ser New York.» Paul Morand es un cronista atildado que se dedica a gorjear por los salones las glorias de las ciudades burguesas. Negocio lucrativo. Pero lo entrecomillado es cierto. Ciudad fantástica, absurda. Ciudad de contrastes, misérrima y capitalista. Ciudad de agonías, de vértigos, egoísta, inclemente y dura como su roqueño subsuelo. Comprimida por la faja de sus ríos explota hacia arriba y hacia abajo. Una ciudad debajo de la ciudad. Aquí estoy, por debajo del nivel de la vida humana, como enterrado, ensordecido, loco. ¿Loco yo? A lo mejor es cierto.

La búsqueda absurda y el encuentro inverosímil

Bronx-South Ferry Express. Aureliano Sánchez vive en New York. Pero no lo encuentro por ninguna parte. Y tengo que encontrarlo. Necesito verlo. ¿Dónde vivirá Aureliano? Hace dos semanas sabía su dirección y hasta la repetía en alta voz por gusto, por pura gimnasia lingual. Ahora que me precisa, a pesar de que ya le he jugado a casi todas las calles cuyo nombre recuerdo, ni siquiera cojo aproximación.

Decididamente, el *subway* es una de las escasas maravillas del mundo actual. No puedo calcular el tiempo que llevo corriendo por los férreos



intestinos de la *city*. Por dos veces, he vuelto, sin percatarme, al punto de partida. Pero sigo *subway* arriba, *subway* abajo detrás de la dirección de Aureliano. Todo por un níquel. Mujeres. Hombres. Piernas sin consonante. Grajo en rima imperfecta. Chicle. Empujones. Puertas que se abren y cierran mecánicamente. Italia, Inglaterra, Francia, Polonia, Rusia, la América oprimida, colgando de los periódicos, de las revistas, de las palabras, de los hedores y de los perfumes. Todo el orbe metido en un cuadrilátero de acero crujiente, que se traga, sin mascarla, la distancia, con velocidad increíble.

Pensylvania Station. Otra vez empujones. Puertas que se abren y cierran. Y chicle. Y grajo. Y piernas. «Go to hell»... *Up town. Down town*. Y no doy con Aureliano. De pronto, un paradero en Brooklyn. A la media hora Wall Street, la cabeza del pulpo que nos succiona y desangra día por día y al que sólo las masas revolucionariamente movilizadas podrán destripar para siempre. Al cuarto, *Times Square*. Y contra mis deseos, salgo materialmente arrastrado por el *rush* implacable y una escalera me vomita parado en la calle.

Times Square, víscera del mundo.

Sorpresa. Inquietud. Enojo.

¿Dónde vivirá Aureliano? ¡Y yo que lo sabía hace dos semanas! ¿Estaré de verdad, como él mismo abyectamente ha regado, guillao del moropo?

Como lo cuento: acabo de saludar a Joan Crawford.

Rascacielos. Cines. Cines por dondequiera, como los sin empleos que venden manzanas. Superproducción: miseria. Anuncios fantásticos, joyas deslumbrantes sobre los edificios abarrotados. Teoría interminable y abigarrada de vehículos. Peste a técnica brota por las chimeneas, por los ventiladores de los entresuelos, por las ventanas, por el *entrance* del *subway*.

Inverosímil: unos ojos maravillosamente verdes, irradiando ternura en el medio de este torbellino mecánico.

Una inmensa angustia que, sin descanso, fluye por esta acera y refluye por la otra. Muchedumbre. Y automáticamente me incorporo, me diluyo en ella. Muchedumbre: cero ambulante para los sociólogos de pacotilla, que no logran ver que en el seno de sus entrañas sangrantes va la simiente misma del porvenir. ¿Y Aureliano? ¿Dónde vivirá Aureliano?

Camino. No hay más remedio que caminar, seguir adelante, siempre adelante, a menos que quiera uno convertirse románticamente en

piltrafa de recuerdo. Y al llegar a la calle 59, con el tumulto de New York golpeándome el cerebro y el fracaso de encontrar la ansiada dirección proyectado en el rostro, surge el martillazo de un grito que me clava de alegría en la acera:

—¡Loco!...

Y después de abrazarnos ya estamos el hombre que buscaba y yo caminando por Broadway. Naturalmente, la conversación se concentra en los recientes sucesos del 30 de septiembre, tan estrechamente él conectado a ellos, no obstante la distancia; la trágica muerte de Trejo —amigo común—; las posibilidades y características del momento cubano. Luego, evocación obligada de días conjuntamente vividos en Cuba, amarrados a la misma inquietud, a los mismos ideales de redención social; y concluimos por hablar de todo larga y desordenadamente. Almorzamos juntos. Apunté su dirección —la misma que yo sabía y repetía dos semanas antes por gusto, por pura gimnasia lingual— que guardo cuidadosamente y nos separamos para encontrarnos al día siguiente, a fin de vernos con los demás compañeros desterrados.

Aquella noche, en la confluencia febril de la Quinta Avenida con la 110, sobre una tribuna portátil, un joven de espejuelos lanzaba, en sonoro español, su palabra ardorosa y condenatoria a un grupo de personas, que jalonaban su discurso con repetidos aplausos. El corazón me brincó de alegría.

Era Gabriel Barceló.

El Palacio de las Chinchas

Tres días perdido, sin dar con la dirección de Aureliano, a pesar de llevarla apuntada. ¿Dónde vivirá Aureliano?... Al fin, luego de pasar y repasar por frente de ella y de la mía, situada en la propia cuadra, estaba en la casa del amigo cuya dirección allá y aquí, ha sido, es y será siempre para mí, un problema einsteniano. Entro. Subo. Y tropiezo con este elocuente, formidable y acogedor cartel: «Palacio de las Chinchas. Si usted es cuerdo no entre. Si es loco, pase. ¡Bienvenidos los locos, que de ellos es el Palacio de las Chinchas!»

Indudablemente, estaba de lleno en mi casa. En la penumbra, perfumada de Camel, divisé una melena anárquica ondeando sobre una boca

en blasfemia perenne. Era Carlos Rozas, loco entre los locos, y viejo amigo. Tirado sobre una tentativa de silla estaba Carlos Martínez, con la mirada neblinosa de demencia y la mano cordial. Cerca, en la calle, nos topamos con Manuel Guillot que iba a sacarse una muela, con o sin anestesia, lo mismo le daba, con Esteban de Varona. A la mañana siguiente, en el apretujamiento y estruendo del *subway*, los ojos luciferinos del Guajiro Pendás y los míos se enredaron en una amistad sin fin, como la lucha por la realización de nuestras ideas. Sólo me faltaba ver a Jorge Vivó y a Leonardo Fernández Sánchez. Al primero lo abracé no sé dónde. A Leonardo, en la primera junta de la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC) a que asistí, y en que me fue dado ingreso en sus filas.

La ANERC

La ANERC, celebraba sus sesiones en el Centro Obrero de Habla Española, 115 y Lenox Avenue. Este organismo de lucha ant imperialista fue fundado en México por Julio Antonio Mella y tenía filiales en New York y en París, integradas, principalmente, por los estudiantes expulsados de 1927, salvo el grupito reaccionario que se articuló en la UCEC con los residuos dispersos del APRA.

El Centro Obrero era el lugar de reunión diaria de los estudiantes afiliados a la ANERC. Es un local bastante amplio, desbordante de color, de entusiasmo y espíritu de clase. Por todas partes, el retrato de Lenin, de Mella, consignas alusivas a la lucha del proletariado por el logro de sus aspiraciones. Allí habló, cuando estuvo en New York de paso para Rusia, Rubén Martínez Villena. Allí hablaba frecuentemente Leonardo Fernández Sánchez, a la vez que galvanizando, adoctrinando. La dureza del exilio, el cotidiano contacto con la vida y con los hombres había enriquecido su experiencia, aguzando su visión política e interpretación de los problemas, como les ha ocurrido en general a los demás compañeros. Aún no se ha loado, como ella merece, el temple de esta generación, que sobrellevó las dramáticas contingencias del destierro sin perder la sonrisa. El poder agitativo de Leonardo sobre las masas era y sigue siendo tan extraordinario, por lo menos, como el del Flit para ciertos tenaces y cosquilleantes animalillos que pululan sobre todo

en las cárceles. (Experiencia personal de Pablo de la Torriente Brau, Pendás, Mongo Miyar, Aureliano y yo.)

Un mitin de calle

El día en que, por el *Times*, supimos la muerte de la señorita Barbarrosa, organizó la ANERC un mitin de calle al que concurrió mucho público. Todos los muchachos desfilaron por la tribuna. Cuando precisamente el Guajiro Pendás iniciaba su chubasco de denuestos, Aureliano y yo nos escabullimos y colamos en el café Campoamor para ultimar la crítica constructiva de los estudiantes del 27 al Directorio del 30 con motivo de su anciano y contradictorio manifiesto-programa. Luego nos enteramos que ni siquiera fue leído en junta. No deploramos la descortesía. La razón era otra. Entre el Directorio del 27 y el del 30 no existía ninguna afinidad ideológica ni política. Mantenían posturas radicalmente distintas. He aquí una de las causas del Ala Izquierda.

Escamoteo

12 p.m. 142 y Broadway, 407. Aureliano, Pendás y Guillot han renunciado, magníficamente, al Palacio de las Chinchas. Viven ahora en un confortable cuarto de tres metros de largo por dos de ancho. Cuatro dólares a la semana. En el mismo piso vive la novia de Guillot con su familia.

12 p.m. Todavía duermen los camaradas. 3 p.m. Empiezan a rasarse los ojos, enleñados. Se estiran. Blasfeman. Tiemblan: 40 grados Fahrenheit. Y, como vencidos por una misteriosa potencia, vuelven a perderse entre las frazadas cómplices y siguen durmiendo. A las 6 —noche— bañados y alegres, ya están dispuestos a todo. Se han ahorrado el almuerzo.

Hay que volver a Cuba

De chiripa, el Guajiro encontró pega en un *Child's*. Cobró y se fue. Una semana de fiesta, embanderada de milagros. *Breakfast, lunch and dinner*

a su hora. Picadillos, genialmente confeccionados por Aureliano. Caminatas por Broadway, triturando *chewing-gum* y las reputaciones ajenas. Hasta en «*the great white way*» he hablado yo horrores del prójimo. Reclamo el récord.

72 St. y Broadway. Las *girls* están bobitas. A unas, ondulantes y oxigenadas que nos pasan rozando le enrollamos la serpentina de un piropo. Rien. Se miran, ¡*Spanish boys!* Ya vamos a tirarnos a fondo cuando un golfo vendedor de periódicos nos restriega en la cara este letrero que enarbola el *Herald* en primera plana: «*New riots in Havana*». Y todos isócronamente:

—¡Hay que volver a Cuba!

La partida

En una junta celebrada en la ANERC se decidió nuestro inmediato regreso. Las condiciones objetivas de Cuba, sobradamente propicias para una insurrección de masas contra Machado y el imperialismo, exigían nuestra presencia. Iniciamos los preparativos. Desde luego, faltaban recursos. Cartas a Cuba, a los amigos más íntimos, Pepe Z. Tallet, Chema Valdés Rodríguez, el Loco Riera, César García Pons. Una al «apóstol» Carlos Prío en la que, además de exponerle la necesidad que tenía el Directorio de adoptar una línea en consonancia con la realidad económica y política de Cuba, junto con un plan táctico a desenvolver, le planteábamos el asunto del viaje. Respuestas poco concretas. Algunas contradictorias. Otras negativas. Cartas nuestras. Más cartas. Un paréntesis cuajado de angustioso silencio. La desesperación, nacida de la impotencia, nos daba mordiscos feroces. A los pocos días, un sueltecito en *La Prensa*, en que se registraba el haberse ocupado a Prío una carta fechada en New York, en ocasión de una tángana frente a la Escuela de Comercio. Aureliano, que a la sazón cocinaba, al enterarse de la noticia por José Antonio Inclán que acababa de leerla en el *Cigar Store* de la esquina, tiró al suelo la sartén y rellenó el cuarto de apóstrofes y de injurias, que compartieron Dios, los dioses y el «apóstol» del Directorio. La ocupación de nuestra carta nos aguó el viaje por el momento y luego en Cuba nos costó un proceso por conspiración para la rebelión.

Se pensó entonces en aplazar el viaje. Pero cada vez que Guillot, Aureliano y yo peripateábamos por Riverside, que por aquel sitio se nos asemejaba en el lado de New Jersey a Casa Blanca, nos volvía a entrar la picazón del retorno a Cuba; y así lo decidimos una mañana en que el frío y el hambre eran más recios que de costumbre. Y otra vez reanudamos los preparativos.

Cartas. Diligencias. Días completos a café con leche y la tragedia cubana en los labios. ¡Aquellas caminatas bajo el frío y la lluvia desposados, buscando vanamente trabajo en las agencias de vapores para venir enrolados como friegaplatos! ¡Aquellas noches pasadas en claro, obsesionados por una idea fija, fatigando de proyectos la imaginación!

¡Como nos pareció un cuento de hadas la mañana en que Aureliano, junto con Pendás, llegó con el Whippet comprado en un rastro a precio ínfimo por estar circulado en la Florida como dedicado al contrabando de licores y en el que iríamos hasta Miami! Dos días para sacar papeles falsos. Mientras tanto, inopinadamente, Guillot se casaba. Una semana demorado el viaje, nuestro regalo de bodas.

La tarde antes de partir, el Guajiro y yo sacamos de casa de un primo mío donde yo vivía mi ropa por la escalera de incendio. Aquella noche, nuestra última noche en New York, comí en casa de un tío de quien me despedí «*til-to-morrow*». Aureliano tenía un «*date*» importante. A las diez el Guajiro y yo, previamente citados, nos encontramos en la estación de la 180 y de allí fuimos a casa de Paco Villapol —que, aunque hermano de Manolo, nada tiene que ver con él en ningún sentido— donde bailamos son y nos emborrachamos. Idéntica despedida: «*til-to-morrow*». Y una invitación tentadora para comer el domingo. Al salir del elevador, un tremendo perro *bull-dog*, que jugaba alegremente con su dueña, una americana enjuta y pecosa, se me tiró a la tibia derecha con el peor de los propósitos. Pendás, ante la perspectiva sangrienta, se cubrió los ojos con las manos. Yo me quedé clavado del susto. Pero «todo pasó, sin que pasara nada». A un gesto de mando de su dueña el perro volvió sumiso a esta y se acurrucó a sus pies. Y por todo comentario:

—*¡Just playing, boy! ¡Just playing!...*

—*¿Playing with a perro bull-dog?... ¿Usted es boba?...*

Y pitamos sin decir «*good bye*».

En la 142 y Broadway, 407, nos aguardaban impacientes los compañeros de viaje, además de Leonardo, Gabriel y un uruguayo llamado

Lezama, quien nos obsequió con bebida que luego resultó alcohol de madera. En el buzón de la esquina eché dos cartas, una para mi primo explicativa de mi actitud y otra para mis padres. Este primo mío —Juan P. Bosch— tuvo siempre abierta su casa, repleta su mesa y lista su cooperación y simpatía para los muchachos revolucionarios. Yo lo consigo agradecido en nombre de todos.

Todo estaba perfectamente planeado. Aureliano, Guillot, Pendás, Martínez y yo iríamos en nuestro Whippet hasta Miami y de allí en aeroplano hasta La Habana. Al cruzar por Filadelfia nos pertrecharíamos del instrumental bélico adecuado. Gabriel iría por barco y varios días después le seguiría Leonardo. Aureliano y yo llevamos a Gabriel y al uruguayo al barrio latino. Un abrazo y *so long*. A Leonardo lo dejamos en *Vida Obrera*, 3.^a avenida y la 125, de la que era director. Otro abrazo. Por el camino, Aureliano y yo filosofamos. Tejimos patéticas reflexiones sobre nuestra suerte, sobre nuestras vidas cargadas de problemas y complicaciones y unas palabras trémulas sobre la amistad que era, en definitiva, lo único bello y concreto que dejábamos detrás. Al llegar a la casa eran las tres y media rayando. Sacamos y dispusimos el equipaje. Nos despedimos, sin exudaciones nasales, de la esposa de Guillot y sus familiares.

—*¡Forward!...*

Eran las cuatro de la madrugada del 11 de diciembre de 1930.

Atravesamos todo New York asediados por los recuerdos y la íntima convicción de que no volveríamos a contemplar las testas de los *skyscrapers*, a correr por los intestinos de la *city*, a diluirnos gozosamente en la muchedumbre de Broadway y a paladear aquellos picadillos geniales que aderezaba Aureliano y que ahora, al evocarlos, me provocan reacciones sentimentales en el estómago. Así se explica el que nos desviáramos al entrar al *Holland Tunnel* que comunica, por debajo del Hudson, a New York con el vecino Estado de New Jersey. ¡Qué emocionante el ruido del río que amenaza reventar la bóveda y bebernos sin misericordia!

Al salir estamos en New Jersey. Avanzamos algunos cuerdas con perceptible torpeza y frente a un SOCONY, nos enteramos por un transeúnte alerta que vamos dejando como estela un refulgente reguero de gasolina. Nos arrojan del Whippet entre rabiosos y desalentados. Todos chillamos a una:

—¡Se nos ha roto el tanque de gasolina!

Pero también todos a una nos volvemos a instalar en el Whippet y reanudamos la marcha con un humor excelente. Sólo había sido una tomadura de pelo del tanque repleto.

Filadelfia

A pesar de ir el automóvil herméticamente cerrado temblábamos de frío. Cogimos el *Lincoln High-way* rumbo a Filadelfia, donde en el Hotel Bellevue-Strafford nos aguardaba Emilio N. Robaina. La noche, ya agonizante, era clara. Campo pleno. De pronto, a lo lejos, una mancha confusa y luces diseminadas. Bajo una tibia llovizna dorada entramos en Filadelfia. Robaina estaba desayunando cuando llegamos. A la calle enseguida.

Filadelfia es una ciudad gris, torva, antipática, que denuncia a cada paso su psicología cuáquera. En cada esquina, un rótulo del *Salvation Army*. Tantos como establecimientos dedicados a la venta de armas. Los gánsteres se aprovisionan en ella con impunidad absoluta. A lo propio íbamos nosotros. Robaina se encargó de conseguirlas de la mejor calidad y al más bajo precio. A una pregunta del armero inquiriendo nuestra nacionalidad y el uso que haríamos de las pistolas y revólveres comprados, respondió Robaina con aristocrático gesto:

—Cazar venados.

Almuerzo ligero. Nos despedimos de Robaina que retornaría inmediatamente a New York. Engrasado el Whippet, meticulosamente revisado el motor, rebosante el tanque de gasolina, salimos de Filadelfia.

Noche de Walpurgis

A eso de las seis paramos para darnos un toque de café con leche. Hacía un frío espantoso. De nuevo en marcha. Aureliano al timón. Junto a él, Guillot dormitaba. En el asiento de atrás el Guajiro, Carlos Martínez y yo sosteníamos una tremenda disputa por un pedazo de frazada. A uno y otro lado de la carretera un paisaje escueto, desolado, igual.

De súbito, el automóvil se paró en seco. Nuestras cabezas casi se incrustan en el techo del Whippet. Según Aureliano se había fundido el carburador. Desde luego, los demás convinimos que podía ser cualquier cosa menos eso. La suerte fue que el percance se produjo a pocas cuerdas de un SOCONY. No sin gran esfuerzo pudimos empujar el Whippet hasta allí. Y mientras un tipo largo, feo y enfundado en una bata apestosa intentaba arreglar la avería, nosotros aprovechamos la coyuntura para desaguar los riñones y meternos un delicioso *hot dog*. No nos habíamos aún encasquetado los abrigos cuando el tipo aludido asomó el flaco pescuezo por una ventana y nos dijo con voz acre:

—*¡Ey! ¡My money!*

—*¿How much?*

—*Five dollars.*

No. Aquello era un atraco mayúsculo. Se entabló una discusión, cada vez más violenta, entre Aureliano y el tipo de la bata apestosa. Intervino Pendás. Carlos Martínez y yo le mentamos la madre en el más rancio español. Como si nos hubiera entendido, el atracador asumió una postura agresiva. Una nube de sangre le coloreó la mirada. El *match* de boxeo era inminente. Pero un papazo, certeramente colocado en su quijada por Guillot, liquidó a tiempo el incidente. Nos montamos precipitadamente en el Whippet y nos perdimos en la sombra.

A unos kilómetros más arriba por poco el Whippet se cuelga trágicamente de un árbol. No faltó nada para que allí mismo todo concluyese en una sangrienta mermelada de hueso, pelo y pellejo. El frío se hacía intolerable. La pugna por el pedazo de frazada entre el Guajiro, Carlos Martínez y yo se estableció de nuevo, con tal violencia que amenazaba convertirse en riña. Más de una vez Guillot intentó poner la paz entre nosotros. Pero, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, nos abandonó a nuestra suerte. Aureliano empezó a hablar de política. Carlos se enredó en una discusión fenomenal con Pendás. Por unos momentos el pedazo de frazada fue mío.

El Whippet dio de pronto un resoplido tremendo. Nos miramos desconcertados. Algo extraño iba a ocurrir. En efecto, el automóvil devino caballo cerrero. Saltos a diestro y siniestro. Parecía haberse vuelto loco. Chirriaba el chasis, del motor brotaban misteriosos ronquidos, las gomas gemían. Aureliano forcejaba por dominarlo. Yo sugerí una

inyección de sedol. Pendás sacó una pistola y le entró a tiros a la noche densa. Entonces ocurrió lo inaudito: el Whippet se paró en dos ruedas. Así recorrió más de una cuadra. Después giró en redondo y se quedó inmóvil y silencioso. Respiramos. Ni antes ni después, ya en plena lucha contra el terror sangriento de Machado, habíamos vivido minutos tan emocionantes como aquellos. Puestos a explicarnos el extraño suceso, luego de agotar la especulación y el análisis, no nos quedó más remedio que reír larga y nerviosamente.

La situación era seria. En un descampado y con toda la noche por delante. Aureliano revisó el motor. No acusaba desperfecto alguno. Pero el Whippet no caminaba. Muertos de cansancio decidimos esperar el día durmiendo. Enseguida, roncábamos. Como yo fui el último en dormirme gané la pelea por la frazada. Mis compañeros reflejaban en el rostro visiones apacibles y tibias.

Tanta belleza no podía durar mucho tiempo. Así, todos a la vez nos encontramos despiertos. El frío cobraba ya crudeza polar. Pero era tanto el cansancio que volvimos a dormirnos. Esta vez el Guajiro se llevó la frazada. A eso de las tres de nuevo despiertos. Encendimos cigarros. La atmósfera se hizo irrespirable. Aureliano abrió una pulgada de cristal para renovarla, pero la crueldad del frío era tan intensa que preferimos respirarnos a nosotros mismos a purificar el ambiente. Nos dolían las manos, las piernas, los ojos. Un automóvil que cruzó como un cohete iluminó el horizonte. A una vuelta del camino se alzaba una pequeña estación de gasolina. Estábamos salvados. Se brindó el Guajiro para ir hasta ella. Volvió temblando, con las orejas partidas, la nariz hecha una chimenea, el fracaso en los ojos. Estaba deshabitada. A alguien le dio entonces por chiflar. A mí por hablar mal del universo entero. Carlos amenazó de muerte al Guajiro porque este le arrebató violentamente el pedazo de frazada que aquel había conquistado en su heroica salida. Un grito tremendo nos dejó en suspenso: era Guillot. Amanecía. Sobre el bosque lejano la sombra nocturna se iba diluyendo en un rosa pálido. Carlos se quejaba de un dolor cortante en el brazo izquierdo. Aureliano tosía. Yo me quedé sin piernas. Otro grito, más tremendo aún, de Guillot. Más cigarros. Más gritos. Blasfemias. El Guajiro se agarró al fotuto y por poco lo gasta. De súbito se escuchó un petardo. Un olor nauseabundo siguió a su estallido. Guillot se tiró al cristal.

—¡Nariz con él! —gritó Aureliano en un supremo gesto por salvarse de la carretera. No. Precisaba afrontar todas las contingencias antes que tragarse aquel olor. Nos tiramos todos afuera. Y pudimos advertir entonces que la nieve entoldaba de blanco el techo del Whippet. Para conservar la vida había que correr, saltar, revolcarse demoníacamente por el suelo. Todo menos quedarse quieto. Ya de día, y en plena locura muscular, pasó la primera máquina, un Packard reluciente. No hizo caso de nuestro SOS. Luego pasó otra y otra y otra. Al fin se apiadó de nosotros un viejo lechero. El Guajiro fue con él hasta el próximo pueblo —50 millas distante— y volvió con un tractor que remolcó el Whippet hasta el garage donde fue curado de su rara dolencia. Allí supimos que esa misma noche habían muerto de frío varias personas en la carretera.

La capital del imperio

Con el Whippet ya en caja y la barriga repleta pusimos radiador rumbo a Washington, la capital del imperio. Se presentía un crepúsculo huérfano de matices, típicamente invernal. La temperatura era baja, pero soportable. Desde luego, en contraste con la sufrida la noche anterior, era casi cubana. Desfile maravilloso de pinos. De vez en cuando, una colina azul. A lo lejos un penacho de humo negro manchaba el paisaje. Íbamos contentos.

De repente, sombras. Noche cerrada. Empezó a lloviznar. Brisa gruesa. Del pinar cercano brotaron canciones lúgubres. El alma esclava del sur parecía llorar en ellas.

Acordamos arrimarnos a la cuneta y dormir hasta la mañana siguiente. La pelea por el pedazo de frazada no pasó esta vez de la simple escaramuza que ganó Carlos Martínez.

La entrada en Washington fue muy avanzada la mañana. Hacía un sol fuerte y el cielo era de un añil claro. La capital del imperio no se había levantado aún. Escaso movimiento en las calles. Tranvías pulcros y veloces. Policías gigantes y agrios. Oficiosidad en los transeúntes. Banderas yanquis sobre los edificios. Estamos a media cuadra del Capitolio: bajo su cúpula blanca —más blanca que un copo de nieve— se elabora y legaliza la opresión de las masas.

Un negro ya viejo y miserablemente vestido barre la calle con diligencia furiosa. Está de espaldas al Capitolio. Paramos. Pendás le pregunta:

—Oiga *míster*, ¿dónde está el Capitolio?

Silencio. El negro pone más furia en su faena y las venas del cuello amenazan estallarle.

Insiste Pendás. El negro —siempre de espaldas al Capitolio— responde esta vez con los ojos iluminados de resplandores extraños.

—No sé; ni me importa dónde queda. En el Capitolio se hacen las leyes contra los negros. En el Capitolio se reúnen los blancos para oprimirnos y explotarnos en nombre de la «civilización» y de nuestra supuesta inferioridad. Algún día nos sentaremos nosotros en lugar de ellos...

Y la sombra de su mano negra se proyecta sobre la cúpula brillante como nuncio de terribles y justas venganzas.

Bordeamos el Capitolio lentamente. Una ira sorda nos agitó por igual. Desde allí se sojuzgaba a Cuba a través de Machado. Desde allí se lanzaba a la miseria y al dolor a las muchedumbres coloniales y a las propias norteamericanas. Sí: algún día —más próximo que lejano— bajo aquella misma cúpula que hoy es antro de buitres se congregarán los hombres de abajo, blancos y negros, y le darán su merecido a los que, por siglos, los han exprimido y tratado como bestias de tiro.

—¡Abajo el imperialismo!

Junto al Potomac risueño nos detuvimos un rato. Río transparente, musical, abarrotado de botecillos y de banderas. Inevitablemente, se recuerda a Jorge Washington —fundador del imperio— surcándolo con un puñado de héroes. Mount Vernon se recorta altivamente en el horizonte. Una bandada de aviones dibuja en la pizarra del cielo las más atrevidas figuras geométricas. Seguimos. Hay que ganar el tiempo perdido. 60 kilómetros por hora. No se percibe ya la insolente mole capitolina. Ni Mount Vernon. Washington es una pincelada blanca en la lejanía verdeazul.

En un pueblecillo incoloro paramos para engullir algo. Pendás compra un periódico. Cuba viene en primera plana. Nuevos disturbios y nuevos motines. Las muchachas de la Escuela Normal han desafiado con varonil denuedo, frente al periódico *El País*, la represión salvaje de la tiranía. Ha corrido sangre. Enseguida al Whippet y a toda velocidad. Quisiéramos llegar a La Habana ese mismo día.

Piraveo frustrado

No paramos hasta Richmond. Son las siete de la noche. La ciudad es una fiesta de luces y de piernas. Parqueamos el Whippet en una esquina céntrica. Mujeres bellísimas hasta el hastío. Pendás se fue, piafante y alegre, detrás de una melena rubia montada sobre anchas y rítmicas caderas. Le siguió Carlos. Aureliano, Guillot y yo preferimos descansar.

Cuando ambos volvieron supimos la singular aventura. Ni Carlos ni el Guajiro lograron nada de la mujer detrás de la cual se fueron. Entonces decidieron irse de «piraveo». Un chofer de taxi les dio con mucho misterio una dirección. Allá fueron. Era un quinto piso, severamente amueblado. Se sentaron. Ambos aguardaban ávidos la aparición gloriosa que les hiciera dioses por unos segundos. Silencio absoluto. Transcurrió un buen rato. Pero nadie venía. Se dieron, entonces, a escudriñar las paredes. A cada paso un cuadrado con un precepto bíblico. Se desconcertaron. En la mesita, cargada de revistas y libros, un tomo enlutado del Kempis convidaba a la renuncia de los goces mundanos. Carlos leyó en voz alta: «Es vanidad ir tras los apetitos de la carne y dejarse arrastrar de aquellas cosas que han de acarrear severo castigo. Es vanidad amar lo efímero y transitorio y no buscar con ansia el gozo perdurable. Procura, pues, apartar tu corazón del amor de las cosas visibles y llenarlo de las cosas invisibles; porque los que se dejan llevar de la sensualidad manchan su conciencia y pierden la gracia de Dios.» Empezaron a comprender. Ya iban a irse cuando irrumpió por una puerta secreta un negro grandísimo con una gorra de ribetes dorados, vistosa y galoneada librea, quien, haciendo una reverencia profunda, les dio a cada uno una hojita del *Salvation Army*. Pendás y Carlos Martínez huyeron despavoridos.

Salir de Richmond constituyó un verdadero problema. No había manera de que encontráramos el *Lincoln High Weigh* [sic]. Desesperados le preguntamos a un policía. A la media hora, estábamos otra vez frente a él. Nos comió a insultos. Al fin logramos engrampar el camino.

Apenas hay frío. Noche clara y fragante. El Whippet va raudo sobre el asfalto gris. Pendás al timón. Carlos Martínez a su lado paliqnea incesantemente. Detrás nosotros dormitamos. El pedazo de frazada llora su abandono a nuestros pies. Cruzan pueblos y algún que otro automóvil.

Guillot sustituye al Guajiro y yo a Carlos. Al instante casi nos embiste un camión. Más allá el guardafango pulveriza un marcador de kilómetros. Me quedé dormido.

Cuando desperté manejaba Aureliano y corríamos entre una niebla espesa y pegajosa. Desayunamos copiosamente en un pueblecito del cual conservo una imagen borrosa.

Adelante por la niebla con fantástica celeridad. El fotuto gruñe sin cesar. Aureliano se mete, sin verlas, por entre las máquinas que, prudentemente, han moderado su marcha. Las sorteas, nadie sabe cómo. Más de una vez nuestra defensa se enredó con la ajena; pero el Whippet salía siempre airoso del trance. La realidad es que si escapamos indemnes de aquella absurda carrera fue de pura chiripa.

La sombra mítica de Lincoln y el patinazo mortal

Greencake, Petersburg, South Hill. El Whippet va dejando, en cinemático desfile, ciudades y pueblos difuminados en la bruma. A veces esta alcanza tal espesor que parece que vamos por un túnel de algodón.

Almorzamos en Henderson, en un cafecito de inconfundible perfil aldeano.

Cuando reanudamos la marcha todavía no ha desaparecido totalmente la neblina. Sol anémico. Aureliano, visiblemente cansado, me ha cedido el timón a mí, lo que constituye una verdadera garantía para la vida de mis compañeros, que él ha puesto más de una vez, ahora mismo, con desconsideración punible, en el propio pico del aura. Yo soy, indiscutiblemente, el único chofer auténtico del grupo. Recuerdo, inflado de orgullo, aquella proeza mía de burlar el tráfico de Broadway con una velocidad media de cincuenta millas. Eso es lo que Aureliano nunca podrá perdonarme.

Por la tarde —todavía yo en el timón— entramos triunfalmente en North Caroline. Paisaje esclerótico y sin accidentes. Aire espeso, gelatinoso, envolvente.

Estamos ya en pleno sur. Se siente físicamente que pisamos tierra de esclavos. ¡Angustia indefinible del hombre desposeído históricamente de su condición de tal! ¡Vivencia odiosa y sangrienta del negroero insaciable! ¡Sombra mítica de Lincoln!

Caseríos dispersos, polvorientos, tristes. El camino es una tira de acero serpenteando los algodonaes. En un SOCONY, donde paramos un momento a llenar el tanque de gasolina exhausto, se lee, en un urinario público, esta advertencia que resume un sistema de discriminación abierto: «*For white only*». Guillot y yo, indignados, arrancamos de cuajo el letrero.

Raleigh: negación mediocre del régimen esclavista.

Carlos compra un periódico. «*Martial law in Cuba*». Más allá, en Bennetsville, nos enteramos en otro periódico, que compra el propio Carlos, que es inminente el estallido de una revuelta popular contra Machado. La inquietud que nos posee, ante la perspectiva terrible de llegar demasiado tarde a Cuba, se refleja en las ruedas del Whippet.

No vale la pena comentar este crepúsculo. Es de una vulgaridad fastidiosa.

No hablamos. Carlos da cabezazos. Maneja el Guajiro. Yo masco *chewing-gum* mentalmente. Oleadas de sombras anegan el Whippet. Vibraciones dolorosas —vago rechinar de seculares cadenas— suben de la tierra oscura.

Guillot propone que comamos algo en el próximo pueblo, Bishopville.

El Guajiro le transfiere el timón a Aureliano. Yo hago de machacante. Muy pronto, Carlos, Guillot y Pendás roncan como unos benditos.

Para entretener el sueño, yo hablo con Aureliano. Mejor dicho, conmigo mismo. En vista de su poco caso, concentro mi atención, entonces, en el cuentamillas. Vamos con un promedio de ochenta por hora. De repente, los faroles se eclipsan y la máquina, dando un patinazo en redondo, se para al borde de un mortal derriscadero.

Sin duda: acabamos de nacer.

Reparada la avería, seguimos adelante. Guillot, Carlos y el Guajiro, vuelven a roncar. Aureliano me informa, para que lo sepa, que el Whippet está a punto de soltar, en cualquier momento, una rueda. En efecto, traquetea de un modo alarmante y extraño. Empero, hay que mantener la velocidad hasta donde dé el motor. Es preciso llegar a Miami al amanecer.

Miami

Columbia. Savannah. Brunswick. Jacksonville. Fantasmas luminosos en el recuerdo. Ciudades apenas entrevistas en la vigilia brumosa.

Estamos ya en la recta final. El Guajiro se encarga de rendirla al timón. Yo voy junto a él, roto de cansancio y de sueño, haciendo esfuerzos inauditos por no sucumbir. Detrás, Guillot, Carlos y Aureliano duermen profundamente.

El Guajiro y yo cruzamos algunas frases sin sentido. El Whippet corre por un escenario constelado de tropicales prestigios. Sobre la carretera tiemblan los luceros, como en la mejilla espejeante de un río dormido. Vegetación profusa, fuerte, lujuriente. Silencio repleto de misteriosas canciones. ¡Palmas!

Un gran grito de alegría se me escapa del pecho: ¡Palmas!

—¡Guajiro!... ¡Guajiro!... ¿No te parece que estamos en Cuba?

La noche se prepara a recoger sus sombras azules para dar paso al reinado efímero de la luz. Se presiente el gran parto diario del alba en que el sol se abre a la vida con ímpetu de recién nacido.

Una claridad rosada empieza a encender el horizonte cerrado de palmas. La brisa viene envuelta en fragancias silvestres. Piar de pajarillos cae, en surtidor sonoro, de los árboles vestidos de limpio.

El Guajiro da señales de un vencimiento irremediable. Una y otra vez se unta saliva en los ojos. Yo voy perdiendo el sentido suave, dulcemente, como en un sueño de opio. De pronto, sombra. Inconciencia.

Cuando vuelvo a la realidad el Whippet descansa en la arena como un gigantesco crustáceo mecánico. A uno y otro lado, un reguero de balas, dos pistolas y mi Colt 38. El Guajiro, atontado, pugna por recobrase. Guillot, Carlos y Aureliano ríen con una risa vacía, de gente alelada, con los ojos semicerrados aún por la fatiga de la larga jornada. Guillot es el primero en salir de la máquina. A lo lejos, a la izquierda, una mancha azul reverberante de oro. Muy cerca, como arrancada de una tarjeta postal, una ciudad de suburbios frondosos. Arriba, a unos metros, la carretera. Sencillamente habíamos caído en un terraplén casi llegando a la meta, a unos pasos de Miami. Y como único culpable: el sueño.

¿Cómo salir de aquel atolladero?

Desde luego, lo primero que se nos ocurrió fue empujar el Whippet. Lo segundo: no empujarlo más.

Junta inmediata. Se discutió la cuestión ampliamente. En definitiva, se acordó no hacer nada. Y nos sentamos a esperar que el tiempo —salvador de los infelices— nos resolviera el problema. Así fue. Al poco rato acertaron a pasar por allí varios individuos, obreros desocupados al parecer, que por unos dólares reintegraron al Whippet a su natural campo de acción. Pero me reservo —porque me sale— la técnica usada por esos señores con tan maravillosos resultados.

A las nueve de la mañana, resoplando el Whippet de contento, con un hambre furiosa y el sobaco a toda orquesta, entramos en Miami. Desayunamos magníficamente entre miradas recelosas. La realidad es que tenemos más tipo de todo que de personas normales. Barba y churre, conjugados, nos dan un peculiar aspecto de fascinerosos. En consecuencia, hay que afeitarse y bañarse inmediatamente. Además, hay que darse prisa para tomar, si todavía no ha salido, el avión para Cuba.

Somos ya otros. Es decir: somos otra vez nosotros. Rasurados, bañaditos, metidos en trajes flamantes, irrumpimos en las oficinas de la Pan American Airways, sita en el cogollo mismo de Miami. Contrariedad irreprimible: el avión ya salió a las ocho, que es su hora regular de despegue. Cada uno muestra sus papeles. Aureliano se ha enfundado la nacionalidad puertorriqueña. El Guajiro viene como yanqui oriundo de Brooklyn. Yo me llamo Ramón García. Mientras nos despachan los pasajes, en un breve cambio de impresiones, acordamos que uno del grupo debe venir por mar desde Cayo Hueso a fin de que, si la ruta ofrece garantías, la aproveche Gabriel Barceló, pues es considerablemente más barata. Lo tiramos a la suerte y le toca a Carlos Martínez.

¿Qué hacer con todo un día por delante en una ciudad de turistas? El Guajiro da la pauta: irnos a la playa. Decidido. Pero no habíamos caminado unos metros cuando una máquina negra se nos echa encima y cinco hombres fornidos y de torvo semblante, revólveres en mano, ordenan imperativamente:

—*Hands up! ¡The law!*

Minuto terrible. Como íbamos cargados de balas y las pistolas al cinto y carecíamos de licencia de automóvil y el Whippet estaba circulado en la Florida como instrumento de contrabandistas de licores, creímos que todo habría concluido oscuramente en Sing-Sing. No fue así. El Guajiro salvó la situación. ¿Cómo? Con su inglés pintoresco.

No obstante estar oficialmente en invierno, Miami Beach está cuajado de bañistas. Sol fuerte. Sol de verano. Mar de una transparencia maravillosa. Desfile alucinante de muslos morenos.

Allí trabajamos conversación con un simpático comprador de trastos viejos, quien acabó por hacerse cargo del Whippet mediante el desembolso irrisorio de diez dólares. Con profundo dolor nos separamos del leal y eficiente cacharro. No lo olvidaremos nunca. De vuelta a Miami, ya casi de noche, íbamos pensando en él con gratitud emocionada, como se piensa en esas amantes que pudiendo destruir de una vez nuestras vidas con una sola palabra supieron no hacerlo por delicadeza.

Comimos y a la cama. A las seis de la mañana siguiente todos en pie. Nos despedimos con un abrazo conmovido de Carlos en la estación del ferrocarril.

Cuando llegamos al aeropuerto de la Pan American faltaban unos minutos para el despegue. El avión trepidaba bajo el impulso ensordecedor de la hélice. Nos instalamos. A las ocho, exactamente a las ocho, el suelo huía vertiginosamente bajo nosotros.

En pleno espacio. Entre el cielo y la tierra, como el sepulcro de Mahoma. Miami es un vil aglutinamiento de casitas. La playa, una línea dorada.

Estabilidad perfecta. Sensación imbécil de ir en un *pullman* suspendido de las nubes. A la hora, mar y cielo. Dentro de otra hora, ya estaremos en Cuba.

Yo tomo una tarjeta y escribo al dorso palabras viriles y emocionadas que, suscritas por todos, constituyen un pacto de amistad imperecedera. ¡Dondequiera que estemos, por encima de todo, la tarjetica del aeroplano!

¡Qué lecheros!

Ya empiezan a brotar del azul trémulo los vislumbres del Pan de Mantanzas. Por momentos —por segundos— el horizonte visible empieza a poblarse de cosas: lomas, velas, humo, casas.

¡La Habana a la vista!

Instintivamente, nos llevamos las manos al cinto. Estamos decididos a no dejarnos coger vivos.

El Morro, mole legendaria que desafía la historia y los tortazos del mar. El Malecón, vitrina crepuscular de la burguesía. La torre cristiana de Reina, la testa agujereada de la Cuban Telephone, el Capitolio: tres cúpulas para un ensayo. Maceo, negro inmortal. El Maine, zalema marmórea.

Planeamos sobre Columbia con majestad de cóndor. Barracas, soldados, el coronel Castillo. Puedo afirmarlo por todos: estamos serenos.

Desembarcamos separadamente, como desconocidos, pero sin perdersenos de vista, dispuestos a ripiarnos el pellejo al primer movimiento sospechoso.

Nuestra sorpresa fue grande cuando advertimos las oficinas del aeródromo tomadas militarmente. ¿Habría alguien dado el soplo de nuestra llegada?

No. Se trataba de algo más importante. Aquellos soldados cuidaban a Gerardo Machado de un posible atentado por parte de elementos civiles. Machado estaba a unos pasos de allí, en la Escuela de Aplicación, presidiendo un acto en su honor, con su ejército.

Uno a uno pasamos ante los funcionarios de inmigración. Los soldados se limitaron a registrar nuestras maletas. ¡Si nos hubieran puesto un dedo, sólo un dedo encima! Pero a Guillot se le quedaron, olvidadas, cincuenta balas en su maleta, en el bolsillo de un pantalón. Espe-luznados, con la mano presta vimos como el soldado las rozaba sin darse cuenta.

Evidentemente: somos unos lecheros. Hay que apuntarlo: 16 de diciembre de 1930.

En Calzada y H, en una bodeguita solitaria y para festejar la feliz culminación de la aventura, nos dimos sendos tragos de ron, ron cubano, ron Bacardí.

Allí nos separamos. Guillot fue a su propia casa. Aureliano y el Guajiro a casa de Pepe Tallet. Yo a la de José Manuel Valdés Rodríguez, donde mi inesperada presencia suscitó un alegre tumulto.

Esa misma tarde, y en el «Governor Cobb», llegó Carlos Martínez. Por la noche nos reunimos todos en casa de Valdés Rodríguez, donde yo narré, a grandes rasgos, la jornada rendida, con el consiguiente deleite de los circunstantes.

Una semana más tarde arribó Gabriel Barceló. Venía con pasaporte de turista. Del muelle se apareció en casa de Tallet, dirección que yo le

había dado, donde, sin más averiguación, se posesionó de un cuarto, tal si se tratara de un hospedaje. Mi oportuna llegada salvó la enojosa situación. La criada, que estaba sola en la casa, se había ido al fondo a procurarse una escoba.

105 días presos

24 de diciembre de 1930; frustrado asalto a los cuarteles. Nochebuena dos veces frustrada. Despiertos hasta el amanecer, en casa de Tallet, aguardando vanamente el aviso. Por la mañana, en todos los periódicos, con grandes titulares, ordenada nuestra detención.

3 de enero de 1931. Casa de Rafael Suárez Solís. Reunión del Directorio Estudiantil Universitario. Motivo: nuestra separación del mismo por no estar de acuerdo con su línea política. Resultado: todos presos, menos Carlos Martínez, que equivocó la dirección. Al Príncipe. Mes y medio después a la Cárcel de Nueva Gerona. Ese mismo día Carlos cruzó el rastrillo, para quedarse allí y ser libertado días antes que nosotros.

17 de abril: «los muchachos en la calle».

Sobre lo que esta primera y brevísima prisión fue para nosotros y nosotros en ella remito al lector a los «105 días preso», dramatizados por Pablo de la Torriente Brau, revolucionario, futbolero y protagonista *honoris causa* del episodio narrado.

Un duelo eterno del grupo, hoy como ayer, en su puesto de combate: falta en él Gabriel Barceló.

Un recuerdo claro y dulce para mí de las bóvedas oscuras y agrias del Príncipe: bajo ellas yo le dije a Ada, una muchachita entonces, una muchacha maravillosa hoy:

—Mucho gusto en conocerte.

Conclusión: nuestros nietos no tendrán necesidad de *Las mil y una noches*.

[diciembre de 1930]

Presidio Modelo

*A mis padres
A mi hermana*

Otros harán —o quizás yo mismo— la denuncia pública* de Presidio Modelo, la Guayana nuestra, constelada de horrores y repleta de presos políticos. Pero estas líneas atropelladas que hoy empiezo a escribir no tienen otro propósito que sacar afuera lo que me bulle por dentro, para propio desahogo y como el medio más eficaz de tomarle el pelo al almanaque, que, en definitiva, me lo tomará a mí.

Me trajeron aquí por primera vez hace ya muchos meses, con veintitrés compañeros, a raíz del fracasado revolico de agosto que tuvo en Río Verde pintoresca culminación. No. No podré olvidar nunca nuestra crepuscular llegada al feudo escalofriante del comandante Castells ni la monserga sobre la «disciplina consciente» que nos empujó este de entrada. Veníamos a disposición de Machado y absolutamente incommunicados. Previendo esto último y para tranquilizar a nuestras familias yo redacté en el «24 de Febrero» —la nave de guerra del comandola Loys¹— unas letras a Pepe Tallet, quien se encargó de mostrarlas a cada una de ellas. El segundo del barco, el teniente Mondéjar, las llevó personalmente al destinatario.

Varias semanas después fui trasladado al Castillo del Príncipe, enfermo. De aquí pasé al Hospital Militar de Columbia, donde, en honor a la verdad, debo decir que fui tratado exquisitamente. Ismael Angulo, Tomasito Yáñez y Benjamín Vinajeras —oficiales médicos— tendrán siempre en mí un amigo inquebrantable. Tabares, Cremata y Acosta —soldados— lo mismo.

* Esta denuncia ya ha sido hecha por Pablo de la Torriente Brau, y próximamente verá la luz en forma de libro. El Presidio Modelo ha encontrado, al fin, su fiscal y los presos su voz dolorida y colérica.

Cuando llegué al Hospital Militar, Gustavo Aldereguía —expedicionario de Gibara y viejo compañero de brega— convalecía de una enfermedad gravísima. Poco faltó para que lo sacaran definitivamente tieso de La Cabaña.

En cuanto me repuse un poco de mi tradicional dolencia, recrudecida por la carne en trocitos, me dediqué a conspirar con algunos soldados del coronel Castillo, un marinero palúdico, Rodríguez Cruz y el estudiante interno y excelente amigo, Eduardo Moreno. El contacto con la calle se hacía por medio de otro estudiante, Arturo Sonville. Naturalmente, cuando ya mis tremendos proyectos parecían a punto de cuajar, cuando ya yo me veía dueño y señor de Columbia y Machado suplicante a mis pies, el soldado más entusiasta del grupo, en quien yo había depositado toda mi confianza, me vendió por cinco pesos al coronel Castillo, quien dio orden al no menos coronel Guerrero, de que prendieran a Rodríguez Cruz y a Moreno y a mí me zumbaran para Presidio con una nueva causa al hombro. Así fue. Y aquí estoy otra vez.

¡Ah, si las circunstancias me depararan algún día la deliciosa oportunidad de poder retorcerle el pescuezo a ese Judas amarillo que se llama Antonio Valladares!

Ahora acaban de traer el rancho. Tengo un hambre feroz, creciente, insaciable. Son ya muchos los días en que comiendo no como.

Como el malogrado Lon Chaney, la vida tiene mil caras. Se maquilla y transforma por minuto. En esa variedad incesante estriba, precisamente, su inagotable interés. Yo amo la vida. Y la amo aunque no pueda decirle, como Amado Nervo, que nada me debe y estamos en paz. En rigor, me lo debe todo. No me ha dado aún un goce supremo.

Decididamente, Amado Nervo me disgusta sobremanera. Antes, era uno de mis poetas favoritos. Recuerdo que no podía leer *La amada inmóvil*, versos a una muerta, sin que mis ojos relucieran como las aceras después de llover. Ya yo no soy un sentimental.

6 a. m. La Academia Carlos Marx comienza su cotidiana tarea. Es admirable el tesón y el ansia de saber que enciende a estos camaradas. Gabriel² lee y explica, con certero sentido didáctico, los puntos oscuros. De todos los asistentes, nadie más devoto y atento que César³. Es un obrero de Manzanillo dotado de una inteligencia muy clara y de una gran comprensión. Está acuciado por el noble afán de superación. No ignora la enorme responsabilidad que entraña ser dirigente. Me gusta discutir con él.

Por la noche, a las siete, funciona la Academia Materialista. Se comenta, en sesiones nutridas, el interesante libro de Nicolás Bujarin, *Materialismo histórico*, que Gabriel y Pablo⁴, auxiliados por el poeta Juan y alguna que otra vez por mí, han vertido al español de la edición inglesa, bastante mala por cierto.

Estos camaradas constituyen, sin duda, la porción mejor de nosotros. Son los intérpretes e instrumentos del mundo futuro. No vacilan ante el sacrificio. Viven en tensión heroica. Mañana sus nombres rutilarán, con luz propia, en la vía láctea de los precursores.

La vida no ha sido muy buena conmigo. Le he pedido mucho y lo que me ha otorgado es insignificante. En realidad, yo soy o mejor dicho, fui, un ingenuo muchacho que se le ocurrió nada menos que descolgar una estrella del cielo para ponerla en su cuarto de bombillo eléctrico. Soñar es más productivo que sembrar caña. Alguien ha dicho que estamos hechos de la madera de los sueños. Creo que fue Píndaro quien afirmó que la vida es el sueño de una sombra. Es decir: sueño soñado. Yo no sé. Yo no creo en el misterio. Yo me siento de carne y hueso, predestinado a ser vorazmente engullido por la tierra y los gusanos. Esa perspectiva no me asusta, pero sí me pone triste. Es doloroso haber llorado y reído y ser luego sólo fango en el fango y, en el mejor de los casos, fango putrefacto en el recuerdo. Dios no existe.

Hace tres años yo estaba a punto de doctorarme en Derecho. Si no me gradué, fue, sencillamente, porque no quise. Hubiera sido, indudablemente, más cómodo enrolarme en esta lucha, ya abogado, que no siendo nada y perdiéndolo todo. Pero yo, como estudiante, había predicado la necesidad del sacrificio, cuando casi todos eran «jardineros exclusivos del propio vientre». Y con mi conducta he hecho buena mi prédica. Esto me satisface.

Hace hoy sol y el cielo se cuele en el ánimo tiñéndolo de azul. Estoy alegre. Nada como sentirse uno contento. Se es entonces de una simplicidad asnal. Sin duda, ser animal tiene sus ventajas. Y es lo que yo soy ahora. Me siento maravillosamente bien. Mi fisiología funciona con precisión mecánica. Sudo salud por todas partes. Amo la vida. Soy un hombre feliz.

Leer un bello libro es la manera más fecunda de perder el tiempo. Ya yo no leo casi nunca. Lo que yo quiero es vivir. Pablo no pasa día sin que me pondere, cálidamente, la trascendencia y necesidad de vivir la vida antes que aprenderla, falsificada, en los libros. Él tiene razón. Creo que sólo ha leído a Emilio Salgari, en cuyos libros trepidantes mamó la pasión por la aventura heroica. Sin embargo, escribe cuentos maravillosos. Algunos me han estrujado violentamente el miocardio. Otros me han dado un sentido claro y alegre de la vida. *Batey* ha sido mi supremo refugio en múltiples circunstancias. En él he encontrado siempre lo que deseaba. Y hasta me ha servido, en cierta coyuntura inolvidable, de específico contra el estreñimiento.

Prefiero el cine al ajiaco. Pero no cambio el ajiaco por Greta Garbo. Cuando yo existía —ahora sólo soy una sombra fichada— no perdía película de esta sueca desgarrada, que tiene más de figura geométrica que de mujer. Verdad es que entonces yo me conmovía hasta con ese

espectáculo vulgarísimo de la puesta del sol. No me explico ahora cómo pude yo ser así. Me he llegado a endurecer de tal suerte que ni yo mismo me conozco. En cambio, se me ha desarrollado monstruosamente el sentido crítico.

Después de todo, no es tan malo estar preso. Por lo menos, se aprende a hacerlo todo a la vista del prójimo. Es un retroceso evidente al estado natural que propugnara Rousseau. Sin duda, un paso de avance.

A veces, sin embargo, experimenta uno deseos locos de romperse el cráneo contra la pared. Es cuando sentimos, según nuestro lenguaje tan propio, que la prisión nos baila un desaforado *jazz* en la cabeza. Pero todo pasa sin que pase nada, como en el verso del poeta. La vida siempre tiene interés, por muy dolorosa y adversa que sea. Además, sería un feo espectáculo eso de dejar los sesos pegados en la pared. Los camaradas no podrían conciliar el sueño esa noche. Y eso es de una desconsideración positiva.

Están repartiendo las cartas. Lo noto por el clamor alegre que sube del patio. Saco el pescuezo indagando si yo recibí alguna. Pablo —que es nuestro cartero— me responde negativamente. Vuelvo a la ducha con el corazón un poco ensombrecido. Un rayo de sol me quema el pecho de pronto. Bien. No tuve carta hoy, pero tendré mañana.

Aquí se trata de estafar el tiempo por mil procedimientos y modos. ¿Lo consigue alguien? Por lo menos, nadie lo ha dicho. La mayor parte de la gente se entrega al trabajo manual, a la «fifina», con furia verdaderamente trágica. Hay en esta dedicación frenética como un deseo enorme de huir de sí propio. Da la sensación de que cada uno de nosotros lleva clavado en el pecho un secreto angustioso que es preciso olvidar. Pero nadie alude nunca a su drama.

Esta noche, cargada de vahos tibios y de misteriosas fragancias, he salido al patio con Pablo a «leer» el cielo. Pablo se ha metido a astrónomo. Asqueado acaso de las miserias de los hombres y del hediondo planeta que habitan, ha querido aliviar su desencanto en el estudio y conocimiento de lo infinito, que, en definitiva, lo es sólo de nombre. Está ya más enterado de la vida y milagros de los astros que el propio Millás⁵, con el que sostiene furiosas polémicas epistolares. Ha inventado hasta la manera de dialogar con ellos sin usar el telescopio, la televisión, ni la radio. Él me enseña, refulgentes de luna sus negras barbas tremendas, sus estrellas preferidas. El corazón se le pone alegre al enumerarlas. Pablo es un muchacho en el fondo. El recuerdo astral de Teté⁶ se le asoma a los ojos. Luego, no sé cómo, retornamos sombríamente a la vida oscura y miserable que vivimos. Masticamos cuatro frases amargas y después de darnos un «toque» de gofio, con limón y azúcar, nos entregamos silenciosos al sueño con el cerebro ardiendo de nostalgia.

Esta tarde he recibido una carta de X. Su primera carta desde que estoy preso. X escribe deliciosamente. Ha puesto en su carta toda la frescura de su juventud en flor. Recuerdo que la conocí estando yo preso la otra vez, en el Castillo del Príncipe. Me sorprendió el extraño fulgor de sus ojos y su aire tan fino y propio. Luego, ya en la calle, fui su amigo. Fue una amistad brevísima, relampagueante. Empero, en esos pocos días, pude penetrar algo en su espíritu. Me pareció un temperamento delicado, con cierto fondo de tristeza sutil. A pesar de sus años, su feminidad tenía ya madurez de mujer y su inteligencia empezaba a cuajarse. Su boca me dejó impresionado. Ahora el correo me trae su sensibilidad en una carta. La he leído y releído. Ya le he contestado. Mi oscura vida de presidiario se aclara un poco con esta carta de X. Cultivaré su amistad. Presiento que seré comprendido por ella. Me acuesto con el ánimo embanderado de júbilo.

El rancho está hoy delicioso. Arroz, papas con carne, plátano asado, agua fría. No; no podemos quejarnos. Un menú estupendo y variado. Hacía ya mucho tiempo que no nos daban una comida como esta de hoy, abundante y sabrosa. Verdad que hoy es domingo primero de mes y, por lo tanto, día de visita para los compañeros presos comunes y conviene dejar una impresión agradable a los visitantes. Mañana volveremos de nuevo al arroz con frijoles y a la carne en trocitos, cocinada con sebo. Aunque rancho, no será el rancho de hoy. No hay que olvidar que hasta en la porquería es posible percibir matices.

Como presintiendo largos días de hambre, Pablo ha comido por diez. Ahora está ahí sobre la cama, con la barriga hinchada, leyendo, entre carcajadas únicas, los «muñequitos» del magazín dominical de *El Mundo*.

El Guajiro⁷, Manolo⁸, Gabriel y yo nos hemos sentado alrededor de la cama del segundo y, tabaco en ristre, en una atmósfera turbia de humo y de secretas torturas, nos hemos puesto a hablar sin ton ni son. De pronto empieza a llover. Se levanta un viento terrible. La conversación deriva, fatalmente, hacia la zona erótica. La mujer aquí es el tema que se repite y no cansa. Ya, en este terreno, el Guajiro no puede dejar de aludir a sus complicados «problemas endocrinos». Gabriel cuenta entonces, por milésima vez, aquella célebre y pintoresca aventura suya con una judía rubia en New York. Manolo y yo escuchamos. Él acaba de casarse; yo carezco de episodios picantes.

Esta mañana, después del desayuno, ha habido una formidable escandalera en el patio. La tångana parecía inminente. Por fortuna y como siempre, la violencia no trascendió la palabra. Es verdaderamente curioso la muchedumbre de «guapos» que se ha destapado aquí últimamente. Yo quisiera ver si lo serían tanto en un choque de calle. La realidad es que aquí se puede muy fácilmente pasar por héroe, apóstol o mártir. Basta con decirlo. Y para tener un deslumbrante *ballyhoo*, nada como insultar a alguien más fuerte que uno y amagar un bofetón. Los compañeros más arriesgados y heroicos en la calle, pero amantes de la convivencia pacífica aquí dentro, son los que precisamente frustrarán a tiempo el lance, metiéndose con muy buen juicio por el medio.

Ese alarde de «machismo» me revienta muchísimo. Lástima que no se presente una coyuntura seria para comprobar, una vez más, que perro que ladra no muerde.

Hago constar que Breíta —el buscabronca del «grupo»— nada tiene que ver con todo esto.

Otra carta de X. De ella fluye una alegría cristalina. X no ha sufrido aún el manotazo brutal de la vida. Tiene el corazón intacto. Yo le mando, junto con unas letras apresuradas, un pulso de granadillo por correo.

1º de mayo. Mitin, a toda máquina, esta noche. No ha llovido hoy por fortuna. Los oradores lanzan al aire su chorro ardiente de palabras bajo las estrellas tranquilas. Hay calor. Por momentos, el ambiente se va cargando de fuerza dramática. El contenido y ritmo de los discursos se hace violento, se pinta de rojo puro. El grupo numeroso de oyentes se siente estremecido por un mismo fervor de justicia y un afán de sacrificio ilumina las cabezas febriles. El enorme patio se puebla, de pronto, de gritos, consignas y esperanzas.

El recuerdo de Rubén Martínez Villena flota sobre nosotros como una bandera.

Un día más. Un día menos. Ya mayo empieza a atormentarnos con sus aguaceros diarios. El tiempo sigue clavando sus invisibles dientes en nuestra carne joven. Todo está igual. Comer. Dormir. Comer. Y así, días tras días, semanas tras semanas, meses tras meses, acaso años tras años. ¿Hasta siempre?

No hay duda que este Gerardo⁹ es un tipo fantástico. Se dedica a la «fifina» el día entero. Vive entre montañas de sortijas, de pulsos, de

cortapapeles. Algunas veces —muy pocas— abandona la faena y juega a pleno sol su partido de *hand-tennis* con Pablo o conmigo. Y al sacar en vez de decir «*ready*» grita, con acento inconfundible: «*Siinglee*»...

Arribó una mañana lluviosa, sucia de tedio y de melancolía, con Perico, Daniel¹⁰, el Viejo Valdés¹¹ y Parfemio Protopilión¹². No hizo más que instalarse y se pegó como un *tutti frutti* a la «fifina». Jamás se le ha visto con un libro en la mano, ni siquiera con el *Gamiani* que Matías¹³ lee todos los sábados. Ni habla ni discute con nadie. El problema político —tema diario— no parece interesarle. No asiste a las conferencias, ni a las conmemoraciones revolucionarias, ni a las academias. Machado, el imperialismo, la revolución, Mendieta, el ABC, el Directorio, el Ala Izquierda, son tópicos que le entran por una oreja y le salen por la otra. Sin embargo, está aquí como preso político y vive en la izquierda.

A todos nos intriga en mayor o menor grado esta situación absurda. Más de un malicioso ha pensado que a lo mejor es un confidente. Pero han saltado enseguida en su defensa Daniel y Perico.

Un día ya Pablo no pudo más y le entró abiertamente.

—Oye Gerardo, ¿por qué estás tú aquí? ¿Cuál es tu posición política? Hace más de seis meses que llegaste y aún no sabemos nada de ti; ni siquiera sabemos si eres antimachadista.

—Seguro. No faltaba más. Si yo no soy político, viejo. Yo no sé nada de eso que ustedes se pasan la vida discutiendo, ni me importa. Machado es un cabrón; eso lo sé yo. Eso lo sabe hasta Cuna. Pero yo no estoy aquí jalando agujero, como ustedes, por combatirlo. Yo estoy aquí por culpa, exclusivamente, de los negros de carburo¹⁴; por ellos, nada más que por ellos...

—No te entiendo...

—Pues nada. Yo trabajaba en un puesto de frutas de San Antonio de los Baños. No hacía más que eso y por la noche darle con el curricán a una mulatica sabrosa que me había conseguido. Pero eso sí, honrado verdá. Pregúntale a Perico que me jama desde chiquito. No me metía con nadie. Todo el mundo me quería. Resulta que un día los comunistas armaron una tángana en el pueblo y yo, por curiosidad, fui a ver lo que era, ¡Pá qué habré ido! ¡Me cago un millón de veces en la hora que se me ocurrió ir!... Por la calle principal venían más de doscientos individuos con banderas rojas, gritando, cantando, con un alboroto del

diablo y al frente un gran letrado que decía: «Exigimos la libertad de los negros de carburo». Realmente, me dio pena la prisión de esos negros, simpatiqué con la idea y me metí en el tumulto a gritar y cantar. En eso vino la guardia rural a caballo; dio plan que eso fue del culo. Tuve la salación que me atraparán. Me llevaron al cuartel. Allí después de sonarme otra vez me acusaron de petardista, de revolucionario, de comunista, el mundo colorao. Por eso estoy aquí, por los negros de carburo, que yo ni conozco ni me importan... Tú vez, esa es la desgracia de los hombres: meterse en donde no los han llamao...

Pablo lanzó una carcajada tan tremenda que toda la galera acudió junto a él.

—Sí, por los negros de carburo... —repetía Gerardo—. Por esos cabrones que ni sé cómo se llaman... ¡Siiingleee...!

De conocer tan pintoresco episodio, hubieran reventado de risa los condenados inocentes de Scottsboro, cuyas cabezas caerán trágicamente si el proletariado no lo impide por su acción revolucionaria mundial.

Después de haber jugado nuestro habitual partido de *hand-tennis* al crudo sol del mediodía, Yeyo¹⁵ y yo hemos ido al «café al aire libre» a ingerir algo y a enhebrar una charla sobre cualquier cosa. Previsora-mente, cada cual lleva una jugosa y dorada toronja con la correspondiente dosis de azúcar prieta. Yeyo me invita a sentarme. A pesar de no llevar más indumentaria que unos calzoncillos ya deteriorados, pone en el gesto sobrias gentilezas de *gentleman*. Nos sentamos.

—¿Qué tú quieres?

—Un *cocktail*.

—¡Mozo!... ¡Eyyyy, mozo!... ¡Mozooooo!...

Desde luego, el mozo no viene. El mozo no oye. El mozo no existe. Entonces, con aire resignado y un tanto melancólico, le entramos a nuestras toronjas con abyecta avidez. Naturalmente, Yeyo y yo hubiéramos preferido un daiquirí. Pero en este «café al aire libre» no se expenden, para desgracia nuestra, esos maravillosos mejunjes, que encienden la lengua, rubrican el hígado e iluminan la mirada. Sin duda, este es un «café al aire libre» radicalmente distinto a todos los conocidos. Es un «café al aire libre» que, además de carecer de cantina y de

mozos, ni está al aire ni mucho menos es libre. Se trata, sencillamente, de un amable y hospitalario recodo del patio al que Yeyo y yo hemos bautizado así en recuerdo de los ratos deliciosos que disfrutamos en los auténticos, en aquel brevísimo paréntesis de libertad que vivimos en 1931.

Esta noche, todos, con rara unanimidad, se han acostado temprano y dormido. La galera es como un fuelle inmenso. Cosa insólita: nadie ronca. Como no tengo sueño, salgo al patio y me siento en la silla del barbero a no pensar en nada. El silencio profundo, la soledad, los misteriosos efluvios que bajan de la loma cercana, el angustioso temblor de los astros, me van llenando de resonancias sentimentales. Me pongo a evocar cosas lejanas, que van desfilando por la pantalla de mi memoria, borrosas unas, brillantes otras. Recuerdo, con maravillosa nitidez, a aquella muchachita ingenua y rubia a la que yo regalaba cocuyos a cambio de una mirada verde. De pronto, esa imagen desaparece y ocupa su sitio, con claridades insospechadas, el rostro de Y. Hace ya mucho tiempo que no sé de ella. Acaso ni se acuerde ya de que existo, de que me estoy pudriendo día por día en este agujero temporal que puede ser también el definitivo. Tiene un nombre bonito. Lo acaricio con la imaginación. ¡Si la imaginación tuviera dedos! Quisiera ahora apretarla contra mi cuerpo angustiado y hundir mi cabeza en su seno fragante y ser allí «ciervo herido que busca en el monte amparo». Y ante mi propio asombro, a pesar de ser yo marxista convicto y confeso, me pongo blandito. Lo imposible es posible. El acero ha devenido merengue. Sospecho que esta mujer va a dejar un surco profundo en mi vida, hasta ahora vacía de pasiones intensas. Desde la primera vez que la vi, tuve ese presentimiento. Quizás ni la vuelva a ver más. Pero ahora estoy todo lleno de ella, como de un extraño perfume.

Pablo y yo contra Bartolo¹⁶ y Ladislao en un duelo sin cuartel al *hand-tennis*. El juego es casi parejo. El peloteo, largo y difícil. Aplausos y gritos.

—Pablooo!... ¡Pabloooo!...

Es Gabriel. Tiene el rostro alterado. Se acerca a Pablo y le dice algo al oído. Pablo da un volido, me lo transmite a mí junto con el secreto y yo, a mi vez, a Ladislao y a Bartolo.

De pronto, todos se han arremolinado en el patio en desordenado vocerío:

—¡Muera Machado!... ¡Abajo el imperialismo!...

Y nos abrazamos como locos.

Se explica: ¡han limpiado a Calvo!¹⁷!

Emilito¹⁸ nos ha enviado el último número de *Social* a Pablo y a mí. Emilito es un amigo genuino y un hombre que está en su puesto. Nos ha procurado, además, el goce del chocolate nocturno durante una semana. Al evocarle mi estómago agradecido no puede por menos que hacer pucheros.

Este *Social* nos trae la alegría de caras y triunfos de amigos muy queridos. Los retratos de Pepe¹⁹ y Chema²⁰ vienen colgados de sus páginas. También un poema de Pepe, «La balada del pan», y un trozo de una conferencia leída por Chema, en el Lyceum sobre el cine visto dialécticamente.

El poema de Pepe suscitó, naturalmente, una tremenda polémica. El poeta Juan²¹ afirmó, después de recitarlo con acento deliberadamente desganado, que en él había de todo menos poesía. Yo insurgí belicoso. Por fortuna, todo acabó con un abrazo a lo Maidique-Villena.

El trabajo de Chema es manjar difícil para el paladar profano. No fueron muchos los que lograron sacarle sus jugos más sustantivos. La terminología resultaba muy dura. El enfoque, personalísimo. Chema ha escrito, sin duda, un ensayo de calidad genuina.

Después de leerlo, Argimiro²² me pregunta azorado.

—Oye, ¿qué significa eso del contrapunto visual sonoro?

—Pregúntaselo a Chema.

Bajo la crueldad del sol meridiano, frente al comandante Castells y su blanca cohorte de rufianes, rumbo al trabajo forzado, desfilan los

hombres azules. A través de la alta ventanilla enrejada, hurtando cuanto podemos el cuerpo a la mirada del «chivato» que afuera vigila nuestros movimientos, un grupo de nosotros asiste al espectáculo terrible y diario. El puño se contrae con rabia generosa y una cólera impotente empurpura los rostros.

Allá van cansados y tristes, la faz amarilla, la ropa sucia y deshecha. Allá van los hombres azules, víctimas, la mayoría, de la monstruosa organización social vigente. Allá van con el serón agobiante de sus penas a cuesta, solos de la soledad más sola —la soledad en compañía— y olvidados del mundo. Acaso alguno tiene novia, amante o mujer, que aún —a pesar de la ya larga ausencia y de los años por delante— le es fiel y piensa desesperadamente en ella para sobrellevar erguido su angustia de ex hombre, el dolor de presidio. Allá van a extraer, con el esfuerzo dramático de sus músculos flácidos, el fruto de la tierra pródiga, para que Castells y los «mayores» —los odiados «mayores», que cubren con albo uniforme su alma siniestra— coman, negocien y vivan. Allá van a ser apaleados, exprimidos, humillados, para luego, al quebrarse los ardores del sol, volver a las celdas infames, en espera de ser militarmente llamados a la inmunda carne en trocitos. Allá van —en trágico desfile— los hombres azules.

El poeta Juan acaba de recibir un libro de Raúl Maestri. *El nacional-socialismo alemán*. Me lo transfiere a mí para que lo lea, lo que hago enseguida. Luego se lo paso a Gabriel. Y este a Yeyo y así todos lo van leyendo. La opinión unánime es que el libro es francamente nazista. Por fuera, un pasquín electoral. Por dentro, en cada página asoma la pezuña el tráfuga que Maestri lleva pulcramente embozado.

Pero Maestri —ex antiprorroguista, ex aprista, ex marxista— no es sólo un tráfuga. Es, además, un representante típico del amarillismo hispanoamericano. Lógicamente, su «caso» llena nuestras conversaciones por unas horas. Se recuerda a César García Pons, al que le cabe la honra de haber sido el primero en desenmascarar públicamente a Maestri. Unánimemente, todos empapan a este a manguerazos de oprobio. Desde luego, el más suave y correcto en sus juicios es el poeta Juan, que, no obstante militar en las izquierdas, no acaba de entrarle a

las cuestiones hasta sus últimas consecuencias. A pesar de eso, ha afirmado, rotundamente, que no le extrañaría nada ver a Raúl Maestri de subsecretario de Hacienda, ya que para ello le sobra madera. Es decir: *mínimum indispensable de conocimientos, gloriola, palanca y un espinazo adecuado.*

En la calle ya habrá lugar de pronunciarse contra él y la turbia ideología que encarna. Si es que tenemos tiempo que perder. En rigor, hay ya muy poco que decir de Maestri que los estudiantes y obreros no sepan.

Raro es el día que no recibo carta de casa. A través de ellas me siento vivamente conectado a mis padres y mi hermana. Se desviven y preocupan por mí. A cada rato me remiten cajones repletos de dulces, libros, revistas de cine y materias alimenticias. Entonces proyectamos y realizamos los grandes banquetes. El Guajiro es el designado para officiar de cocinero y yo cuido del fuego. Realiza verdaderos prodigios con la espumadera. Yo lo proclamo, sin que me quede nada por dentro, el Homero del arte culinario, entre rejas.

Algunos amigos me escriben también. Ninguno con la asiduidad y el cariño de mi amiga Judith²³. Yo le cuento mis cosas. Más de una vez me he sentido consolado por ella. De Evelia sólo he recibido unas líneas muy cariñosas la otra tarde, que me trajeron su espíritu, tejido de supremas delicadezas.

Otro amigo constante y generoso: Elías Entralgo. Escribe y manda dulces y libros con frecuencia.

—Giraaaá... ¡qué malo eres Giraaaá²⁴!...

En efecto, a pesar de que él piensa lo contrario, Girá es un tenista matao. Yo lo vapuleo de lo lindo. Lo hago jugar columna cada vez que quiero. Ahora mismo Yeyo y yo acabamos de propinarle una formidable pateadura a Manolo y a él.

Ha sido ella de tal monta que Manolo, su propio compañero, lo ha cogido por la cintura y lo ha tirado, con ropa y todo en la ducha.

Y Yeyo, Manolo y yo le gritamos a una, a boca de jarro, el grito que pienso espantarlo dondequiera que me lo encuentre en la calle:

—Giraaaá... ¡pero qué malo eres Giraaaá!...

Gerardo se he declarado esta mañana en huelga de hambre. ¿Protesta heroica por su ya larga prisión a causa de los negros de carburo? No. Huelga de hambre porque la novia ha dejado de escribirle. Su actitud es firme: no comerá carne en trocitos hasta que reciba carta de ella.

Ahí está tirado en la cama, con el ceño arrugado, la mirada sombría, las manos morenas arañando nerviosamente la frazada. Perico se le acerca. Va luego Daniel. Va Pablo. Voy yo.

Todos insistimos en lo absurdo de la medida. Pablo, con la autoridad incontrastable que le dan sus ya bíblicas patillas, la califica de cursi. Ni un gesto ni una palabra de Gerardo. Decididamente, está dispuesto a morir.

Pasan tres días. A la hora que Pablo reparte las cartas Gerardo pregunta si hay alguna para él. A la del rancho se pone a cantar.

Lleva ya cuatro días sin probar bocado. Se siente débil. Está pálido. Respira trabajosamente. A veces se le va una lágrima y se limpia los mocos.

De nuevo sus amigos y compañeros le vamos a la carga a fin de que desista de su actitud. Inútil.

Esta vez Gerardo ha hablado. Su novia no le escribe porque ha roto definitivamente con él. En consecuencia: no le escribirá más. No tiene otra salida su situación que suicidarse por amor. Él lo ha dicho con acento dramático.

Nos retiramos todos entre desconcertados y jocundos. La realidad es que aquello es más bufo que trágico. Y como no tragamos eso de volar el turno porque no nos quiera la novia le entramos valerosamente al rancho hediondo.

6 de la tarde. Una almibarada penumbra empieza a lamer los objetos y los rostros. De la Sierra del Caballo bajan densos aromas. A veces se cuelan entre ellos nubarrones de mosquitos.

Aunque diseminados en grupos, todos tenemos una misma preocupación: Gerardo. Lo damos ya por muerto. Sus fraternales compañeros

de San Antonio de los Baños comentan tristemente su próximo fin. ¡Qué maravillosa coyuntura para un novelista por entrega!

Entonces, de pronto, por la puerta que da a la izquierda del patio irrumpe Gerardo envuelto en una sábana blanca. Le relucen los ojos, sonrío. En una mano enarbola una piña pulposa.

Todos quedamos como bajo el sortilegio de una aparición.

—Camaradas, he decidido no morirme de hambre por amor. No hay mujer que se merezca mi vida... ¡*Singleeee!*...

A partir de aquel atardecer folletinesco, Gerardo se apellidó el «Niño de Guatemala»

El Guajiro ha recibido una cajetilla de Camel, que, naturalmente, ha volado enseguida. Yo me acurruco en mi cama a fumar el mío. Estoy solo. La gente anda por el patio alrededor de Parfemio Protopilión, tipo de San Antonio de los Baños que se pasa el día entero divirtiéndose a expensas de su propia capacidad para el ridículo, que es realmente excepcional. Mis ojos se entretienen imbécilmente en perseguir los perfumados anillos de humo. Un Camel es una de las siete maravillas del sistema capitalista. Un Camel es, además, un pedazo mismo de la formidable Babel del chicle. Inevitablemente, naufrago en nostalgias neoyorquinas. Hace dos años yo me paseaba con Yeyo y Manolo por Riverside con un secreto deseo de que Jersey fuera Casa Blanca. Los *skyscrapers* se superponen en mi imaginación como apretado destacamento de gigantes agujereados. La Gran Vía Blanca, constelada de milagros lumínicos, es en mi recuerdo vivísimo resplandor deslumbrante. Uno a uno pasan ante mí, hormigueantes de sombras, los grandes cines de Broadway. 42 Street: una esquina del mundo. Grajo, apretujamiento, rascabucho, chicle, velocidad: el *subway*. En Lenox Avenue, Leonardo levanta su palabra a las masas magníficamente erizada de apóstrofes. ¡Vote comunista! Centro Obrero de Habla Española. Demostraciones rojas en Union Square. Melenas oxigenadas. Escotes apestosos a *cold cream*. Pantorrillas inquietantes. Amoríos de *ten cents*. La ilusión es perfecta. Pero un Camel dura muy poco.

En torno a las fluviales barbas de Pablo se arremolinan y apretujan los camaradas. Luis María²⁵ —el sargento mayor del Hospital— acaba de entregarle un nutrido racimo de cartas. Por lo menos, cinco son para Alberto²⁶. Vienen, además, algunas revistas de cine, como es de rigor, cuajadas de bellas y apetitosas mujeres: fiesta para los ojos y más de una noche intranquila. Durante una semana habrá que vigilar al Viejo Matías.

Como siempre, he recibido cartas de casa. Esta vez de mi padre. Asimismo unas líneas muy cariñosas de una amiga a la que me ligan vínculos viscerales. Es una de las muchachas más interesantes, inteligentes y generosas que he conocido. Indudablemente, no es una belleza obvia, de esas que dejan el ánimo estremecido y caracoleante el bajo vientre. Pero tiene una alborotada melena color de trigo maduro que le cae como una cascada sobre el rostro nítido. Y sus ojos se cuelan hasta lo hondo dejando un trémulo rastro de miel. Más de una vez ellos pusieron sobre mi vida oscura, turbulenta y amarga, un suave resplandor estelar.

Ahora se embarca para Barcelona. Está enferma. Durante más de ocho meses interminables ha estado presa en la cárcel de Nueva Gerona a unas cuadras de donde yo estoy ahora. Su organismo precario no pudo resistir la prueba terrible. El día que supe que la devolvieron a la vida con un grupo de compañeras el corazón me bailó de alegría. Le contesto ahora su carta quizás con sequedad excesiva y demasiada amargura.

Se me ocurre releer ahora lo que llevo escrito. Sin duda, no tiene unidad. Por todas partes, contradicciones. Muy seguro de mí mismo afirmo que ya yo no soy un sentimental y unos párrafos adelante soy una mermelada de cursilería. ¡Un marxista romántico! Me consuelo pensando que, cuando concluyó de escuchar la *Appassionata* de Beethoven, Lenin sintió deseos urgentes de acariciar cabezas de niños y se le escapó una gota de ternura por sus ojos usualmente fríos y duros.

Noticia especial para el grupo: ligaron a Carlos en Santiago. Debían zumbarlo para acá. Con él se completaban los «locos». Sólo falta él de

los que formamos la expedición punitiva, como la llama el Guajiro. Tengo vivos deseos de verlo. Es un gran muchacho, de corazón ancho e inteligencia clarísima.

Un ondulante lienzo azul moteado de espumas. Velas saltarinas en el horizonte como blancos pañuelos que dicen adiós. Un barco gigantesco enfilando el canal. Sol fuerte y dorado. Olor a marisco y a yodo. Alegría de la vida. Limpieza de alma. Sueños maravillosos.

Todo eso viene en una carta de X, que me empapa el corazón de primavera.

23 de septiembre. Gran asamblea en el patio. Mañana es San Gerardo. Con ese motivo Castells, para festejarlo, dará una bazofia más nutrida y mejor condimentada. Un grupo de nosotros estima que nuestro deber es rechazarla. Más aún: declararnos como protesta en huelga de alimentos durante todo el día y comunicar la razón de ella a la jefatura del penal. Se produce una larga y encrespada discusión. Hay estómagos — porque esta es una polémica de estómagos— que piensan que no estamos para sacrificios románticos. El hambre es vieja y las fuerzas empiezan a faltar.

Manolo y yo mantenemos nuestro punto de vista. Convenimos en que, en efecto, el gesto es romántico. Materialmente inútil. Hasta negativo si se quiere. Pero de una indudable significación moral. Es la única manera que tenemos de afirmar nuestra aversión y nuestro desprecio al monstruo que sojuzga al país y nos tiene aquí presos, a ochenta kilómetros de tierra firme, incomunicados de nuestras familias, carne indefensa donde cebar en cualquier momento sus sanguinarios instintos. En definitiva, sin eficacia práctica alguna, lírico y todo, es un gesto que quedará y un gusto que le damos a la conciencia. La tesis triunfa.

Ya Gabriel, que la ha presidido, va a dar orden de romper la asamblea, cuando del rincón del patio donde está la silla del barbero surge una voz imperativa:

—¡Pido la palabra!

Todos, como movidos por un mismo resorte, volvemos la vista hacia allá. Es Puchito²⁷. Nada menos que Puchito, el hombre cuyo código de vida se concreta en estos dos únicos artículos: 1°. Cada uno puede hacer lo que le salga de adentro. 2°. Nadie está obligado a cumplir el artículo anterior.

—Camaradas —empieza diciendo Puchito— yo he decidido comer mañana...

Un murmullo hostil acogió estas palabras. Pero Puchito continúa como si con él no fuera.

—Sí, voy a comer mañana. Pero no se figuren que es porque yo considere romántico no comer... Es que si ustedes acuerdan colectivamente no comer, por lo que sea, yo tengo de todas maneras que comer. Es cuestión de principios. Yo no puedo hacer nunca lo que hacen los otros. Si yo me sometiera como un vil esclavo al acuerdo de ustedes mi terrible anarquismo quedaba hecho tierra. Y yo antes que nada me debo a mi ideología. Por eso, ya lo saben, voy a comer mañana nada más que para dejar bien puesta mi línea política... ¡Y me cago en San Gerardo!...

Efectivamente, al día siguiente el único que se atracó de bacalao a la vizcaína fue Puchito.

Aquí falta Mongo. ¿Por qué demonios se habrá fugado del Príncipe? Sin duda, Mongo ha traicionado abyectamente a Sandokan, el quinquenio y las vitaminas. Su deber era haber sacrificado su libertad por nuestra compañía. El tedio y los jejenos están acabando con nosotros. Aquí hacen falta sus cuentos estrafalarios, sus dilemas absurdos, su amistad generosa, sus cóleras tremendas y sus estimables canciones.

Dondequiera que estés, Mongo miserable, yo te envío un fraterno saludo. Y para que no se te olvide, te recuerdo nuestra común hazaña del Príncipe donde estuvimos, tú cuarenta días y yo dieciocho sin jugar agua por una tos subalterna.

Segundo aniversario del asesinato de Rafael Trejo. El primero lo pasé en el Castillo del Príncipe donde se verificó un hermoso acto conmemorativo en el que leí unas cuartillas alusivas.

No se ha hecho nada ostensivo esta vez. Pero el día ha sido declarado de inactividad absoluta en memoria del amigo caído. Y en todos los rincones se ha evocado su nombre y se han narrado, una vez más, las mil incidencias de la heroica mañana del 30 de septiembre de 1930.

La galera parece esta tarde un enorme bostezo. Nadie habla. El rancho fue devorado mecánicamente. En un rincón, Alberto sueña con su niñez campesina. Por sus ojos claros, pasa el recuerdo verdinegro del río. Y las montañas de Oriente se hacen sombra en su rostro. Repartidos en grupos un mismo silencio nos vincula a todos. Acaso nos hemos puesto a la vez a evocar el pasado remoto. El niño que llevamos acurrucado en el pecho parece revivir más niño que nunca. Las caras, antes ensombrecidas por el aburrimiento, refulgen súbitamente. Niños, todos niños. Aun los que, como Pablo cuelgan patillas ancianas. Y entonces alguien, Yeyo creo, grita:

—¡A jugar, compañeros!... ¡Juguemos a la «tabla maí picao»!...

Y como impulsados por un mismo deseo irrefrenable responden todos:

—¡A jugar!...

Y jugamos.

Sobre el patio alborotado y chillón se cierne la transparente ingenuidad de lo que fuimos.

Ha amanecido lloviendo copiosamente. En consecuencia, salvo unos cuantos que se han puesto a chismear en el «zoco» del Viejo Matías todo el mundo se ha quedado en sus camas, leyendo unos, dormitando otros. Sólo Alberto anda revolcándose alegremente en el patio encharcado.

Yo ni dormito ni estoy acostado. Tampoco me ha dado por leer versos románticos, como Girá, cuya barba moruna y la mirada ausente le

dan un pintoresco aspecto de mendigo de *Las mil y una noches*. En la silla del barbero, con mi pipa cargada y el corazón insensible al ritmo melancólico del agua, yo no pienso en nada ni en nadie.

Lluvia y viento furiosos. La situación se ha puesto fea. Pablo lo ha dicho con acento dramático, subrayando cada palabra con un golpe de barba.

—Muchachos, tormenta a babor...

De la Sierra del Caballo —oculta a nuestra vista por una densa cortina de agua— caen, en avalancha creciente, basuras y piedras. Es un verdadero peligro andar por el patio.

Por el mediodía, la tormenta adquiere su máxima intensidad. No hay donde estar. El agua lo ha invadido todo, con la complicidad de los barrotes de las ventanas que en vez de aminorar sus efectos lo que hacen es proyectarla en mil direcciones.

A eso de las siete empieza a amainar. El viento ha cedido y la lluvia es tenue e intermitente. El visible «retorno a la normalidad» nos llena de júbilo. Ya era hora.

Pero Pablo —más trágico que nunca— alza de nuevo su voz profética y sabia en achaques atmosféricos:

—Muchachos, recurva a estribor...

Afortunadamente esta vez la tormenta no le hizo caso y siguió su camino impertérrita.

Tan cansados estamos que a las diez y media todo el mundo duerme a pierna suelta.

Pero a eso de las doce una orden imperativa nos arranca violentamente de las camas y nos hace formar, todavía adormilados, en el patio, frente al comandante Castells²⁸ y su inevitable escolta de «mayores».

¿Qué pasará? En vano pretendemos adivinarlo en los movimientos faciales de aquel. De lo que no hay duda es que de algo grave se trata.

Castells escruta largamente los rostros. Y al fin habla.

—Señores —dice, y la palabra casi se le ahoga de emoción—, los he reunido para comunicarles que la república vive momentos gravísimos... Una verdadera catástrofe...

—Seguro que se han llevado al Asno, susurra alguien.

—No; debe ser que los Estados Unidos han decretado la intervención, responde otro.

Castells continúa. Tiene la mirada neblinosa. Le tiemblan las manazas brutales.

—Es algo pavoroso, señores, algo que crispa los nervios, que remueve todos los sentimientos del hombre de bien. Yo no he podido acostarme sin que ustedes lo supieran. Santa Cruz del Sur ya no existe; ha sido barrido por el ciclón. Las pérdidas materiales son cuantiosas; suman millares los muertos, hombres, mujeres, niños.

Aquí se le escapa un sollozo. ¡A él que ha mantenido a los presos comunes durante todo el día a la intemperie!

Y para que conozcamos detalles de la hecatombe lee entonces las informaciones oficiales que le han cursado. La magnitud del desastre nos sobrecoge de espanto.

Castells baja la cabezota siniestra y parece sumergirse en dolorosa meditación. Así permanece un buen rato.

Luego, de pronto, pide mil excusas por habernos molestado, da las buenas noches a todos y se va a la derecha a montar la misma función.

Verdaderamente es un tipo digno de ser autopsiado por Freud.

El recuerdo de Y me asedia con dulce tenacidad. Son ya muchas las noches en que sus ojos refulgen en mi memoria como dos reflectores de miel. A veces la evocación es tan intensa que siento el tibio perfume de sus manos entre las mías. Creo que las veces que nos hemos visto no alcanzan a cinco. En todas sentí, sin embargo, ante su boca jugosa, prometedora de goces inexpresables, una borrascosa movilización de mis sentidos. Tenía que ser así. Pero siempre mi espíritu advertía que detrás de su sonrisa fragante se ocultaba una tristeza inconfesada. Esa mujer hurta a la pupila indiferente un corazón llagado por penas profundas. De todos los recuerdos que conservo de mi fugaz contacto con ella, ninguno como el de una noche de mayo en que después de haber bailado, caminamos muy juntos por entre abanicos de palmas inquietas.

Fue un paseo inolvidable. Guardo sus incidencias claramente registradas en el archivo de mi mente. Recuerdo que me insinuó, con trémulo

acento, algo de su vida dolorosa y frustrada. Largos silencios nos fundían en un mismo pensamiento triste. Yo la miraba a los ojos con evidente avidez. La claridad de la noche se refugiaba en ellos a través de las palmas. Las estrellas nadaban temblorosas en su frente de playa. Noche maravillosa.

*Sonora noche, en que como un cordaje,
la sombra azul nos dio su melodía.*

El encanto se rompió de pronto. Había concluido el paseo.

Cuando nos separamos, yo me fui convencido de que aquel bello recuerdo sería para ambos, a lo largo de los días grises y de los días azules, como una viva quemadura eterna.

Angustia de estar preso. No ser uno, siendo. Sentir la tremenda impotencia del «que quiere y no puede». Vivir en un patio cuadrado, teniendo por único paisaje un trozo de cielo también cuadrado y la testa desnuda de palmas de una loma. Vivir siempre pendiente de nada. El espíritu es un estropajo, roto y sucio. El cuerpo, una pobre cosa inerte que se aferra, cobardemente, al rancho nauseabundo como motivo y razón de ser único de su propia existencia. Tengo asco de mí mismo. Quisiera no estar aquí; quisiera ser un individuo mediocre sin más inquietudes y afanes que comer y dormir y, alguna que otra vez, cuando el sexo se pusiera majadero, ejercer brutalmente mi oficio de hombre.

El calor es asfixiante. Aplana, embota. No basta darse una docena de duchas diarias. Los mosquitos, implacablemente, nos asedian y pican desde que la diana revienta con el sol frente a las «circulares». A veces, únense a estos, en temible frente único, cucarachas, moscas, guasasas, grillos, jejenes y más de una rana. Recuerdo que una noche tormentosa de abril nos vimos súbitamente invadidos por unos extraños bichos rojos que cubrieron el patio y las camas por millones. Como en ese tiempo leíamos *La vorágine* de José Eustasio Rivera, comparamos esa terrible invasión a la de las tambochas, aunque, por suerte, sin las destructoras consecuencias de estas. Aún resuena en mi memoria el extraño rumor de la lluvia esa noche. Hoy cambiaría mi vida toda por

unos besos de mujer, de cualquier mujer. La prisión hunde hoy sobre mi pobre carne desgarrada sus garfios más afilados. Intento huir de mí mismo. Inútil. Ensayo rellenar mi cerebro con pedazos luminosos de mi juventud. Inútil también. No puedo evadirme de mí mismo. Estoy dos veces preso. Yo soy esta noche, por encima de todo, el número 122.

Y mientras yo siento la angustia comerme el pecho, como un corrosivo, afuera, en la calle, en Cuba, junto al asesinato y al hambre, indiferentes al dolor de un pueblo salvajemente oprimido, muchos ríen, cantan, bailan, viven.

Un acre sabor me ensucia la boca. Es sólo un segundo. Dentro de mí ha resonado acompasada, suavemente, con ritmo tranquilo, la voz serena y profunda del judío Spinoza: «No lloro ni río ante las acciones de los hombres. Sólo aspiro a interpretarlas.»

—Perico, recoge, en libertad...

El compañero aludido no sabe qué hacer. Se le ha agarrotado la palabra. Su mirada está extrañamente húmeda. De repente, se pone a gesticular. Quiere hablar y no puede. Su alegría incontenible se le escapa por los dientes que le faltan. Y cae estremecido en los brazos de todos.

*Cachín, Cachán, Cachumba,
Cachín, Cachán, Cachumba,
Cachín, Cachán, Cachumba,
Psssssssss... Bumba...
¡A Perico le zumba!...*

Cuando el paraván se lo traga, un silencio pesado nos derrumba sobre las camas.

[agosto de 1931-enero de 1933]

Notas

¹ Felipe Loys.

² Gabriel Barceló.

³ César Vilar.

- 
- 
- ⁴ Pablo de la Torriente.
 - ⁵ Juan F. Millás.
 - ⁶ Teté Casuso.
 - ⁷ Porfirio Pendás.
 - ⁸ Manuel Guillot.
 - ⁹ Gerardo Hernández.
 - ¹⁰ Daniel Valdés.
 - ¹¹ Juan Valdés.
 - ¹² Rafael Luzán.
 - ¹³ Matías Barceló.
 - ¹⁴ Condenados de Scottboro.
 - ¹⁵ Aureliano Sánchez Arango.
 - ¹⁶ Bartolomé Barceló.
 - ¹⁷ Miguel Calvo.
 - ¹⁸ Emilio Roig de Leuchsenring.
 - ¹⁹ José Z. Tallet.
 - ²⁰ José Manuel Valdés Rodríguez.
 - ²¹ Juan Marinello.
 - ²² Argimiro Pérez.
 - ²³ Judith Martínez Villena.
 - ²⁴ Ángel Giral.
 - ²⁵ Luis María Pérez.
 - ²⁶ Alberto Saumell.
 - ²⁷ Juan Pedro Ramírez.
 - ²⁸ Pedro Castells.

Agis, el espartano

Era un mediodía moreno de sol y cargado de frutas y de fragancias espesas del año 200 antes de Jesucristo, aquel en que Agis decidió refugiarse en el templo de Neptuno. A pesar del cielo maravillosamente azul de Laconia y de su juventud limpia y piafante, los enemigos políticos de Agis habían decretado su muerte. Agis había desatado la guerra de la justicia con sus prédicas encendidas y su ejemplo generoso. El pueblo seguía su palabra llameante, prometedora de trabajo apacible, de pan para todos. El nombre de Agis era un símbolo, una bandera redentora, alrededor de la cual se agrupaban, en bloque compacto, los espartanos explotados y oprimidos por una oligarquía rapaz y sanguinaria, que rellenaba sus arcas a expensas del hambre y de la miseria de aquellos. Pero al reclamar justicia para los pobres, Agis estaba poniendo en evidente peligro los privilegios y abusos de esa casta, que, para mantener su dominio, no vacilaba en asimilar su estabilidad a la de la patria espartana. La nación devenía así patrimonio exclusivo de la clase dominante. La maniobra es tan vieja como el mundo y fue Platón en su libro *De las leyes* quien primero la condenó con frases severas. Pronunciarse contra aquella situación histórica era hacerse reo de traición a Esparta. En este sentido, la peligrosidad social de Agis demandaba su eliminación inmediata. Por eso, el asesinato alevoso lo acechaba en la sombra. Leonidas, al servicio del Senado y de los éforos, organizaba una guerrilla para prenderlo y entregarlo al verdugo. Cuando Agis se despidió aquel día de su madre, Agistrata, en el dintel mismo del templo de Neptuno, ante los frisos indiferentes, esta tuvo la visión trágica de su próximo fin. Al advertir cómo el dolor se retorció en las manos de Agistrata, el valeroso mancebo sintió como un desgarramiento brutal

en el pecho, pero en sus labios serenos y finos floreció la sonrisa y brotaron palabras tranquilizadoras.

La figura de Agis sólo tiene paralelismo en la antigüedad con la de Espartaco, que encabezando una magna rebelión de esclavos casi quiebra la estructura histórica del imperio romano. Ambos surgen del fondo de los siglos constelados de luz. Uno y otro tendrán siempre el recuerdo emocionado de los oprimidos.

Yo conocía y admiraba desde muchacho la historia de Espartaco. Pero fue en Presidio Modelo, en 1932, que supe de Agis, el espartano, que entregó su cabeza al verdugo sin renegar de sus convicciones. Esta vez el libro no resultaba indigno del héroe. La proeza lejana tenía, para nosotros, en aquellos momentos, resonancia inmediata. Agis vivía en carne y hueso en los militantes de la lucha revolucionaria contra Machado y el imperialismo. Atarés, La Cabaña, las calles solitarias y oscuras, y, a veces las más iluminadas y céntricas de La Habana y de las ciudades y pueblos del interior, eran testigos impotentes del heroísmo silencioso de los estudiantes y obreros que los instrumentos de la dictadura sometían a las más crueles y refinadas torturas. Pero ninguno abría la boca sino para escupir en el rostro de sus verdugos su cólera y su desprecio. Todos, como este Agis ignorado por ellos, recibían la muerte sin que la claudicación ni la cobardía ensombrecieran su martirio. Cada sacrificio era un semillero de héroes. A cada hueco en las filas cientos de luchadores bisoños pugnaban por llenarlo. La opresión agudizaba la rebeldía y fortificaba el frente revolucionario. La lucha se intensificaba en razón directa de la represión gubernamental.

Agis nació en una Esparta empobrecida y famélica, mangoneada por un pequeño número de familias que habían concentrado en sus manos todas las riquezas del país. La descomposición histórica de Esparta alcanzaba ya signos de madurez. Las luchas por la hegemonía de Grecia y las guerras del Peloponeso, habían minado las bases económicas y sociales en que descansaba el Estado espartano. A esta época refiere Plutarco el inicio de su decadencia. La miseria en el pueblo fue creciendo velozmente. La casta gobernante se movía en una órbita de corrupción y de sangre.

Aquella crisis no tenía otra salida real que una transformación social revolucionaria. Las masas, en su angustia y su hambre, añoraban los tiempos dorados de Licurgo, «donde se trabajaba apaciblemente,

por propia voluntad, con bienes benditos». La guerra, la navegación y el comercio habían barrido aquella época idílica, en que cada cual poseía su trozo de tierra y todos eran hermanos. El retorno a Licurgo se hizo conciencia política en el pueblo. La lucha de clases que corría la sociedad espartana tenía cada vez perfiles más netos. La agitación social empezaba a adquirir un ritmo revolucionario. Faltaba sólo el hombre que, articulándola políticamente, la lanzara contra el Estado. Ese hombre pudo haber sido Agis, si no lo hubieran estrangulado prematuramente.

Agis era de estirpe real. Había nacido en la abundancia y en ocio perfumado, pero una simpatía instintiva le empujó desde muy joven hacia los que no tenían más patrimonio que la miseria y el hambre. Supo de aquella tragedia por sus propios ojos. Su madre Agistrata y su abuela Arquidamia rivalizaron en procurarle una educación exquisita. Agis prefirió el contacto diario con los humildes y templar su espíritu en la filosofía estoica. A los veinte años renunció públicamente a todos los goces materiales y retornó a la vieja sobriedad espartana, a la naturaleza, no sin consignar que «le sería completamente indiferente la dignidad real si no pudiera, merced a ella, restablecer las antiguas leyes e instituciones». Los jóvenes aclamaron su actitud, mientras los ancianos y las mujeres le daban su repulsa.

Agis se ofrendó totalmente a la causa de los humildes. Vivía entre ellos y como ellos fue mordido por el hambre y acuchillado por el frío. Trazó su línea política: plantear ante el Senado la inmediata condonación de las deudas y fragmentar de nuevo el país en 19 500 partes iguales, 4 500 para los verdaderos espartanos y 15 000 para los «periecos» y los extranjeros dignos de incorporarse, por sus condiciones intelectuales y físicas, al Estado espartano. Esto significaba, en esencia, la vuelta a Licurgo.

El régimen político espartano ofrecía como característica específica la dualidad del ejecutivo. El país estaba gobernado por dos reyes bajo la inspección de cinco éforos —provenientes de las familias más ricas— los cuales tenían atribuciones para decidir en casos de discrepancia entre ambos reyes. Los proyectos de ley se sometían a la consideración del Senado, y después a la Asamblea popular, que resolvía en última instancia. Ante aquel, expuso Agis su proyecto de ley. La discusión se inició en una atmósfera cargada de electricidad. De afuera, subía, en ritmo creciente, la impaciencia del pueblo.

Agis enjuició duramente la situación que Esparta confrontaba y responsabilizó al Senado como factor determinante de ella. Protestaron sus componentes. El pueblo protestó más alto y se confundieron en un mismo grito los nombres de Agis y de Licurgo. Al cabo, el Senado rechazó, unánimemente, el proyecto de Agis.

La inminencia de un estallido revolucionario hizo que uno de los éforos llevase a la Asamblea popular el proyecto de Agis y se manifestara en contra del Senado. Esta contradicción dentro del propio gobierno complicó el problema. Agis tomó la palabra. La Asamblea daba una impresión de desconcierto. El pueblo rugía. Agis increpó de nuevo al Senado, amenazando con declarar la guerra social si no se aprobaba su proyecto. La Asamblea se bajó de la cerca y empezó a asentir a las frases de Agis. «Lego toda mi fortuna —concluyó este— que es considerable, en campos y praderas, a más de 600 talentos de plata efectiva. Otro tanto hacen mi madre y mi abuela, así como mis amigos y parientes, quienes se cuentan entre los más ricos de Esparta.» Sólo Leonidas se pronunció en contra. Los demás hicieron lo que siglos después y en Cuba haría el senador Osuna. Puesto a votación, el proyecto de Agis fue aprobado.

Pero el gobierno reaccionó violentamente contra la Asamblea popular, disolviéndola. Al manifestar su disgusto por aquella medida, el pueblo fue masacrado. Agis fue condenado a muerte, refugiándose en el Templo de Neptuno, de donde salía para bañarse. Como la Universidad autónoma de La Habana, el templo de Neptuno era teóricamente inviolable.

Agis fue espiado día y noche. Leonidas, con su grupo de esbirros, estrechaba cada vez más el cerco. Agis tuvo que dejar de bañarse. El pueblo quiso rescatarlo, pero Leonidas, siempre alerta, frustró su propósito.

La situación era ya insostenible. Acosado por el hambre, Agis decidió rifársela y salió a la calle dispuesto a comer. Tres forajidos tipo Balmaseda cayeron de improviso sobre él y fue conducido a la cárcel. Como Ainciart y Trujillo en sus buenos tiempos, se presentó inmediatamente Leonidas con su porra espartana. Vinieron luego los reyes, los éforos y gran número de senadores. Agis los recibió a todos de espaldas. Sentía por todos ellos un desprecio profundo. Se constituyeron entonces en tribunal. Al interrogatorio respondió Agis con un silencio

desdeñoso y cerrado. Por último, se le prometió respetarle la vida si se arrepentía y renegaba de su proyecto. Agis habló esta vez. Y habló para decir con voz muy alta y serena que no tenía nada de qué arrepentirse ni de qué renegar y que la revolución de los humildes se haría a pesar de su muerte y de todo. El tribunal lo condenó a la pena de estrangulación por traidor a la patria y poner en peligro la estabilidad del Estado espartano.

De la cárcel fue llevado Agis al lugar del suplicio. Allí estaban su madre, Agistrata, su abuela, Arquidamia y sus servidores. A lo lejos se percibían masas estremecidas de hombres. Agis los saludó conmovido y el estremecimiento fue más intenso. Un viejo servidor se lamentaba y lloraba. Agis lo miró. Acarició su mano trémula. La abuela y la madre afirmaron, que, estando plenamente identificadas con la conducta de Agis, exigían seguir su destino. El verdugo iba a entrar en funciones. Otro servidor lloraba. Agis le miró y dijo: «Cesa de llorar, amigo, pues muero injustamente, y por eso me revelo mejor que mis verdugos.» Abrazó a su madre y a su abuela y adelantó su noble cabeza al verdugo. Agistrata y Arquidamia fueron estranguladas inmediatamente después de él.

El ejemplo de Agis cobra en la presente hora cubana —hora de reacción fascistizante y de latrocinio, de mano dura y de entrega asquerosa a la plutocracia yanqui, hora de Mendieta, el ABC y míster Caffery— plenitud de sentido.

[1934]





CAÑAZOS LEGÍTIMOS





Carta a Jorge Mañach*

Hospital Militar de Columbia, noviembre 18 de 1931.¹

Amigo Jorge Mañach:

Estoy siguiendo con apasionado interés, desde mi forzado retiro del Hospital Militar de Columbia, la cálida polémica entablada entre Porfirio Pendás y tú, con motivo de un artículo de aquel, publicado en *Línea*, glosando apreciaciones tuyas sobre las minorías revolucionarias. Como, al igual que Pendás, pertenezco al Ala Izquierda Estudiantil, y se ventilan en ella cuestiones que me afectan muy directamente —no penetro en la vía, pues, por un chucho—, quiero emitir, con la amplitud necesaria, mi opinión al respecto.

No se trata, indudablemente, de una polémica más; su trascendencia es mucho mayor de la que a primera vista parece. Y estriba esta, a

* Esta carta a Jorge Mañach, fue redactada en noviembre de 1931, estando yo preso en el Hospital Militar de Columbia. Se intentó publicarla a la sazón con el resto de la polémica sostenida por Mañach y Porfirio Pendás, que la determinara, en un folleto que se rotularía «Reacción vs. Revolución». A pesar de los reiterados esfuerzos de algunos compañeros y amigos, no pudo ser. Trasladado yo entonces a Presidio Modelo —donde me pasé nueve oscuros meses incomunicado y a carne en trocitos, sin que el Club Rotario ni la Cruz Roja me enviaran ni recuerdos—, toda gestión en ese sentido quedó, por el momento, aplazada. Ya en la calle tampoco hubo manera ni medios de publicarla. No había más remedio que esperar tiempos mejores, o que la coyuntura propicia se produjera. El semanario *Noticias* me la ofreció y yo la acepté agradecido.

Publicada luego en folleto por Manuel Navarro Luna, se incluye ahora, por derecho propio, entre los «Cañazos legítimos».

mi ver, en que constituye un duelo abierto, sin concesiones ni reservas, no obstante tus evidentes esfuerzos conciliatorios, entre dos mentalidades que coexisten pero que se excluyen. Llamémosle, si quieres, para situarlo históricamente y destacar toda su significación, el duelo sin cuartel entre la vieja y la nueva mentalidad, que vienen a corresponder, en rigor, al «alma desencantada» de José Ortega y Gasset^a y al «alma encantada» de Romain Rolland. Aquella, representativa y mantenedora de un orden histórico —el capitalismo— y de una cultura —expresión ideológica de los intereses de la clase dominante— en franca e irremediable decadencia, vacíos de posibilidades auténticas, superados. Esta, encarnación misma del mundo nuevo que en el propio seno ensangrentado y convulso de aquel se gesta, sólo aguarda para dar su universal vagido los fórceps ineludibles de esa comadrona de la Historia, que, según Carlos Marx, es la violencia organizada para modificar revolucionariamente la sociedad. Así, mientras Porfirio Pendás, con todas sus «limitaciones» y «dogmatismos», con su «moscovitismo ortodoxo» y su prosa sin afeites (como que no se ocupó nunca de llevarla al *beauty parlor*, ni hace ello falta para expresar nuestros puntos de vista y gritar nuestra fe revolucionaria), es un entusiasta forjador de ese mundo nuevo, por cuyo alumbramiento luchan enardecidos cuantos sufren los vicios e injusticias del viejo, y cuantos intelectuales, comprendiendo esas realidades, se ponen a su servicio y aceptan la *línea*: tú —es duro decirlo—, a pesar de tu libérrimo enjuiciamiento de las teorías, de los hombres y de las cosas, y de tu prosa exquisita; a pesar de tus reiteradas simpatías por los oprimidos y el «experimento ruso»; a pesar del quijotismo que «rezuman tus convicciones acerca de la injusticia social y del régimen competitivo desenfrenado»; a pesar de tus generosos desvelos y afanes por una Cuba con un *mínimum* de decencia dentro del *status* colonial que vive, y, sobre todo, por tu incapacidad temperamental —más de una vez confesada por ti, con sinceridad plausible— para enrolarte en una lucha que exige fe combativa y denuedo heroico hasta el garrote, la desaparición misteriosa y el perdigonazo inclusivos, eres, aunque te creas maravillosamente equidistante de la tradición y de la innovación, un representativo genuino de una cultura —de la que te nutres—

^a «de José Ortega y Gasset».

y de un orden social —del que vives— que si todavía existen es a expensas de su propia ruina.

¿Tendré que añadir que la crudeza de discernimiento va totalmente limpia de animosidad personal? No lo creo. Se trata —según tu propia advertencia a Pendás— de una justa de ideas y no de ingenios. Si hay dureza en la expresión —que incuestionablemente la hay— nace ella exclusivamente de la irreconciliabilidad de las ideas en conflicto. Ocurre que así como tu lenguaje y tu ideario reflejan tu posición contemplativa y cauta, así nuestro ideario y nuestro lenguaje reflejan la nuestra, beligerante, afirmativa, revolucionaria, incompatible, por eso, con la ambigüedad, el oportunismo, el *flirt* y el criollísimo nadar entre dos aguas.

Con lo dicho creo que basta para sustanciar lo que al principio de estas líneas apuntaba: la trascendencia de esta polémica entre Pendás y tú, y en la que desde ahora considérame formalmente encarrilado, ya que, teóricamente,^b desde su inicio lo estaba.

No es mi propósito intentar una minuciosa réplica de todos tus pareceres en los puntos controvertidos. Me concretaré a los principales.

De algún tiempo a esta parte, he notado que, a veces sin comerlo ni beberlo, y otras con la mejor buena fe, te has convertido, por obra y gracia de tus gratuitos denostadores, en un *back-stop* para sus vituperios. En este caso tienes que convenir en que la coyuntura polémica fue propiciada por ti. Al tú publicar determinadas opiniones sobre las minorías revolucionarias, mi compañero Pendás, fiel guardagujas de *Línea*, alerta a las luces peligrosísimas de confusionismo político que llevaban tus vagones encendidas, violando manifiestamente las normas del tráfico revolucionario, creyó función suya bajar la barrera y darte el obligado, el necesario: «¡Alto!» Dejar pasar tu convoy hubiera constituido, por parte de Pendás, una negligencia inexcusable. En su caso, cualquiera de los integrantes del Ala Izquierda Estudiantil se hubiera comportado lo mismo.

Porque, en efecto, al tú aceptar categóricamente la existencia de minorías revolucionarias al margen, o por encima de la lucha de clases, estás incurriendo en flagrante confusionismo político. Estás, por defecto de visión o conscientemente, deformando el sentido de un fenómeno

^b «ya que, **en razón de la similar militancia**, teóricamente.»

de contornos nítidos y precisos. Por eso, tiene razón Pendás cuando te replica, también categóricamente, que sólo pueden estimarse tales en el régimen capitalista, a aquellas que combaten por la total reivindicación^c de sus víctimas. No sé si tú figurarás, entre los que, a estas alturas, se empeñan en tapar con la pluma la realidad histórica de la lucha de clases, fenómeno que tiene su origen en la estructuración económica de la sociedad y su base dialéctica en sus contradicciones; o, de los que, a sabiendas, reconociéndola en su fuero íntimo, se esfuerzan, afanosamente, por remendar los intereses inconciliables del proletariado y del capitalismo, contribuyendo así a la perpetuación del abominable ordenamiento histórico actual. No es otra la posición de Mac Donald en Inglaterra, de Largo Caballero en España, de Norman Thomas en Estados Unidos, de los que aquí insurjan tremolando consignas laboristas o socialistas. Las posiciones intermedias jamás fueron buenas. Menos ahora. El dilema —nunca se repetirá demasiado— es terminante y concreto: o se toma un puesto junto a los oprimidos,^d que integran la única clase históricamente revolucionaria en la hora actual, o contra ellos y a favor de la reacción. Lo demás es complicidad responsable, o abstención, que, en el fondo, es idéntico. La minoría intelectual que opte por lo primero será cabalmente revolucionaria. Los intelectuales que opten por la militancia burguesa, o la inhibición, o la neutralidad, no merecen otra calificación política que la de traidores «al mundo que nace» y servidores, expresa o tácitamente, del crimen, de la explotación, de la arbitrariedad, de la injusticia, elementos basales del mundo que muere.

La minoría intelectual históricamente revolucionaria es aquella, pues, que, penetrada conceptual y sentimentalmente de las realidades, aspiraciones y necesidades vitales de cada época, rompe con su propia clase y se incorpora al servicio de las masas explotadas y desposeídas por la oligarquía dominante.^e Sólo ellas, por su posición creadora en el proceso productivo, son capaces de determinar, por vía revolucionaria, una transformación de tipo histórico. Esas masas explotadas son hoy las obreras y campesinas, como lo fue la burguesía cuando el medioevo

^c «en el **régimen** capitalista, a aquellas que combaten por **su derrocamiento** y la total reivindicación».

^d «junto a los **explotados** y oprimidos.».

^e «las masas explotadas y **oprimidas**.».

entró en su madurez.^f Las minorías revolucionarias se articularon entonces en el enciclopedismo. Las actuales, en el marxismo.

Estas minorías han sido siempre numéricamente insignificantes. Se explica. El intelectual por su temperamento, educación, procedencia social, intereses, condiciones de vida, es un individuo «fatalmente inclinado a las doctrinas más cómodas, no a las más justas», erizadas siempre de exigencias riesgosas. Que hablen los hechos con su elocuencia objetiva. ¿Cuántos Julio Antonio Mella y cuántos Rubén Martínez Villena han frutecido en Cuba? ¿Y cuántos Mariátegui en el Perú? ¿Y cuántos Barbusse en Francia?

«El reaccionarismo de un intelectual, en una palabra —escribe aquel nobilísimo y malogrado José Carlos Mariátegui— nace de los mismos móviles y raíces que el reaccionarismo de un tendero. El lenguaje es diferente; pero el mecanismo de la actitud es idéntico.»

A lo sumo, salvo excepciones —concede el propio Mariátegui, que tan finamente escarbó en estos achaques—, el intelectual, apuradamente, agregó yo, se entrega a medias a la revolución. Pero «la revolución —continúa—, es una obra política. Es una realización concreta. Lejos de las muchedumbres que la hacen, nadie puede servirla eficaz y válidamente. La labor revolucionaria no puede ser aislada, individual, dispersa. Los intelectuales de verdadera filiación revolucionaria no tienen más remedio que aceptar un puesto en la acción colectiva.»

«Los intelectuales —vuelve a dejarse oír la clara y autorizada voz de Mariátegui— son, generalmente, reacios a la disciplina, al programa y al sistema. Su psicología es individualista, y su pensamiento es heterodoxo. En ellos, sobre todo, el sentimiento de la individualidad es excesivo y desbordante. La intelectualidad del intelectual se siente casi siempre superior a las reglas comunes.»

¿Crees tú posible, Mañach, que constituya una minoría revolucionaria la mera concertación de estos señores, podridos de vanidad y de egoísmo, no obstante sus diarias declaraciones de desinterés y de espiritualidad, de culto a la belleza y de amor a la cultura, guarecidos en el mezquino concepto de que la masa es vil y de que confundirse con ella, pulsar sus anhelos, interpretar sus intereses, colocarse bajo su

^f «Esas masas explotadas y oprimidas son hoy las obreras y campesinas, como lo fue la burguesía cuando el medioevo entró en su **senectud**.»

hegemonía, envilece? En nombre de esta mentira convencional es que usualmente ustedes los intelectuales se pronuncian contra la militancia política. Y, cuando se deciden a ello, lo hacen, también usualmente, para la conservación y mayor gloria del poder, del orden establecido, no importa si sobre la miseria y el crimen, de la traición, de los intereses creados o para, so pretexto de que los frutos no están todavía maduros, hacerles el juego, demagógicamente, a las ambiciones políticas en discordia con el usufructo exclusivo del hueso presupuestal.

El intelectual, por su condición de hombre dotado para ver más hondo y lejanamente que los demás, está obligado a hacer política. Política realista, de crítica y denuncia constantes, revolucionaria, sin compromisos ni alianzas, por transitorias que sean, con el poder burgués, sometido en Cuba al imperialismo, ni con las facciones que bregan por asaltarlo,⁸ sin otro fin que enriquecerse desenfrenadamente a costa del hambre y la desesperación del pueblo. Política igualmente distante del comité de barrio que de la quimera.

Hacer política —postula Henri Barbusse— es pasar del sueño a la realidad, de lo abstracto a lo concreto. La política es el trabajo efectivo del pensamiento social; la política es la vida. Admitir una solución de continuidad entre la teoría y la práctica, abandonar a sus propios esfuerzos a los realizadores, aunque sea concediéndoles una amable neutralidad, es desertar la causa humana.

Veamos ahora otro punto igualmente equivocado e inexplicable en quien, como tú, hace ya algún tiempo es notorio entre tus amigos, vives metido en las hoyas de la filosofía. La realidad es que, a pesar de eso, sostuviste, enfáticamente, que no podías entablar polémica con el camarada Pendás —propósito que luego modificaste al presentártela aquel— porque el guardaguasas de *Línea* está afiliado al «dogma marxista» y tú a ninguno. Rehuir el encuentro polémico porque el marxismo es un dogma, y, en consecuencia, discutir con sus mantenedores sería como tirarle piedras al Morro, demuestra, decididamente, que la laguna de tu cultura sigue siendo el marxismo. Resultando así que estás a veintinueve iguales con la pléyade numerosísima de los que aquí —palabras tuyas que suscribo aplicándolas a la inmensa mayoría de

⁸ «ni con las facciones **politiqueras** que bregan por asaltarlo.»

nuestros intelectuales— «no conocen a Marx, sino por el forro y por la Biblioteca Cénit».

Empero nuestro marxismo, ninguno de nosotros ha renunciado al libre examen como ligeramente presumes, lo que —resulta obvio aclararlo— no entraña una adhesión al libre albedrío. Pensamos que es facultad soberana del individuo el decidirse mentalmente en un sentido o en otro, a la izquierda o a la derecha, a la revolución o a la reacción. Aceptar el marxismo como instrumento eficaz y único de redención social y humana en el período histórico en que vivimos, nos parece, desde el punto de vista especulativo, tan natural como rechazarlo por ineficaz y haber otros más idóneos, a condición, eso sí, de no trastocar deliberadamente la valoración intrínseca de las cosas. Esa trastocación la haces tú al calificar al marxismo de dogma, sin que, para justificarla, puedas alegar ignorancia de esa zona tan importante de la cultura, ya que, aun aceptándola, tu dedicación filosófica te obliga, por propio decoro, a tener siquiera una visión panorámica del pensamiento filosófico universal y de la posición de los sistemas que concurren a su integración. Desde luego, tú puedes seguir considerando y sosteniendo que el marxismo es un dogma, y confundiendo deplorablemente a Carlos Marx con el Papa. Pero lo evidente, amigo Mañach, es que, aun para los círculos intelectuales menos sospechosos de radicalismo, el marxismo es, en su contenido histórico, una interpretación dialéctica de los procesos sociales, una verdadera sociología, y, en su contenido filosófico, una visión peculiar de la vida y de sus problemas, una explicación materialista del mundo, que aspira también a transformarlo. Lo que, sin embargo, no excluye que las muchedumbres marxistas —cuya vanguardia política es el Partido Comunista— sean eminentemente dogmáticas, estremecidas de religiosidad combativa. No se crea un mundo nuevo dudando previamente de él. La experiencia histórica lo comprueba. En todas las épocas, las masas se han movido, han actuado a impulsos de una realidad potencial que la fe apasionada en su ulterior realización ha convertido en un mito dinámico. Es precisamente su fuerza. Las muchedumbres vivieron el cristianismo, el renacimiento y la solución democrática como metas definitivas, como hoy las masas explotadas viven la solución marxista —sin ser el marxismo un dogma— como la solución final, sin serla.

Fuera un dogma el marxismo, si considerara las cosas y los conceptos, «como objetos distintos, rígidos, inmutables, dotados de una vez para siempre, que se pueden examinar uno después de otro, e independientemente de los demás», y no, como los considera, «en su conexión, en su encadenamiento, en su aparición y desaparición;» es decir, como procesos. Lo fuera si, contrariando su propia base dialéctica («todo fluye, todo cambia»), presentara la solución comunista como una solución absoluta y no, como la presenta, como la solución correspondiente a un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas. Como ves, Marx plantea el problema descartando su tradicional aspecto ético, de si la propiedad privada es o no consustancial a la naturaleza humana. A tal grado de evolución de las fuerzas productivas corresponde una forma especial de propiedad; a tal otro, otra.

Marx —no vendría mal recordarlo— fue, como Federico Engels, su amigo y colaborador de siempre, discípulo de Hegel y organizó la llamada «izquierda hegeliana», núcleo disidente que se pronunció contra el finalismo lógico y la metafísica idealista de aquel y contra el absolutismo alemán. Es innegable que Marx recibió de Hegel su concepto de la evolución social. A través de esta poderosa fuerza pensante, conoció Marx la dialéctica, que, filtrada en Platón y Aristóteles, venía rumoreando de Heráclito de Efeso, que, por más que lo intentara, no logró bañarse dos veces en el mismo río. Pero en Hegel, como en Platón y Aristóteles, la pupila taladrante de Marx advirtió que la dialéctica coincidía con la metafísica, perdiendo así su virtualidad revolucionaria; que, según Hegel, «el pensamiento progresa gracias al descubrimiento y solución de las contradicciones contenidas en los conceptos». En pleno desacuerdo con su maestro, Marx respondió —situando la dialéctica sobre una base materialista— que «las contradicciones contenidas en los conceptos no son más que el reflejo de las contradicciones que residen en los fenómenos, como consecuencia de la naturaleza contradictoria de la base común, el movimiento».

Así, mientras, según Hegel, «la marcha de las cosas está determinada por la marcha de las ideas», según Marx, «la marcha de las ideas se explica por la marcha de las cosas; la marcha del pensamiento por la marcha de la vida». Las reglas de la lógica formal pasan a convertirse, de esta manera, en un caso particular del pensamiento dialéctico, como lo es la inercia del movimiento. La fórmula dialéctica «sí es no y no es

sí,» despoja, de su valor absoluto, a la de «sí es sí y no es no,» de la lógica formal. Y al traspasar el materialismo, evaporándolas, las brumas místicas en que Hegel había envuelto la dialéctica, fue dable apreciar, con palpitante evidencia, su esencial y constante espíritu revolucionario.

Bajo su forma mística —escribe Marx en el prefacio al primer tomo de *El Capital*— la dialéctica se puso de moda en Alemania porque ponía una aureola al estado de cosas existente. Bajo su forma racional, la dialéctica no es a los ojos de la burguesía y de sus defensores teóricos, más que escándalo y horror, porque al lado de la comprensión positiva de lo que existe, engloba, al mismo tiempo, la comprensión del derrumbamiento necesario del estado de cosas existente; porque concibe cada forma en el flujo del movimiento, y, por lo tanto, bajo su aspecto transitorio; porque no se inclina ante nada, y es, por esencia, crítica y revolucionaria.

La dialéctica, pues, es la ley que regula la dramática evolución de la Historia,^h en la que nada es y todo deviene. Es el motor del marxismo. De ahí su vivacidad, su dinamismo, su flexibilidad, su permanente frescura. Precisamente lo contrario del dogma.

Injertar aquella en el materialismo filosófico, imprimiéndole así un ritmo revolucionario; señalar como hecho histórico primario la lucha de clases y explicar las contradicciones económicas que la alimentan; formular la teoría de la explotación (plusvalía o sobrevalor) y analizar su función rectora en la evolución del capitalismo; convertir el socialismo de utópico en científico, asignándole en el proceso histórico la sustitución revolucionaria de la burguesía para echar los cimientos de una sociedad sin clases, son los aportes cardinales de Marx al pensamiento humano. Lenin —su más genial exégeta y su primer realizador—, no hará más que adaptar la doctrina marxista, sin que sustantivamente sufra menoscabo, a la época del capitalismo financiero y de la revolución proletaria, aplicándola a la realidad rusa en su forma transitoria de dictadura del proletariado, como instrumento de dominación de este sobre la burguesía que se resiste a morir mansamente; como se aplicará igualmente a la realidad mundial cuando las condiciones subjetivas de las masas esclavizadas y la madurez misma de los acontecimientos la imponga catastróficamente. No antes.

^h «que regula el curso fluente de la Historia.»

Comprendo que el afán de darle a mis objeciones un *mínimum* de consistencia ha dilatado, excesivamente, esta carta. Pero no quiero concluir sin antes ensayar demostrarte que nosotros pretendemos, no obstante nuestro marxismo, resolver el problema cubano con datos cubanos y no con datos rusos; y cómo nuestra forma de verlo y de acometerlo no es «inútil» ni «contraproducente», sino extraída de las propias necesidades cubanas, y, por ende, cierta y fecunda. Si la salvación del mundo no está en manos cubanas, sí lo está la de Cuba, ligada naturalmente a aquella a través de los que luchamos por lograrla. Esperar con las manos cruzadas a que nos caiga de Estados Unidos sí sería «aplazar la causa de Cuba para las calendas griegas»; pero organizarse y prepararse teórica y prácticamente, minar con la propaganda y con actos revolucionarios la estructura colonial cubana, proyectando la lucha en un sentido antimperialista, es hacerse acreedor a merecerla. En eso estamos.

Es axiomático que no hay efecto sin causa, que todo consecuente tiene su antecedente. El problema cubano no escapa a la regla. El tremendo caos económico, político y social en que trágicamente nos debatimos no empieza en 1925, sino se agrava, con el inigualado desgobernio de Gerardo Machado, que ha fatigado parejamente la miseria, el crimen y la sumisión al imperialismo. Viene de más lejos. Tiene su raíz inicial ese proceso en el siglo pasado, como enseguida veremos.

Desde Colón hasta hoy, Cuba ha sido, fundamentalmente, un riquísimo y codiciado centro de explotación, con privilegiada posición geográfica y, por eso mismo, estratégica. Fatalmente, la ambición de adquirirla de España, se cernió sobre ella,ⁱ de modo más agudo a partir de la independencia suramericana, que tuvo, por contagio histórico y por ser nuestros problemas análogos a los que la habían determinado, su proyección cubana en la conjuración de la Cadena Eléctrica en 1822 en Puerto Príncipe, y la de Soles y Rayos de Bolívar, que debía proclamar la independencia de la República de Cubanacán el 17 de agosto de 1823, ambas desbaratadas sin resultado positivo, y en las que —hay que destacarlo— no desempeñó ningún papel Estados Unidos.^j Es en la lejana fecha de 1805 que, por boca de Jefferson, Estados Unidos, por primera vez, expresaron formalmente sus deseos, («porque ello llenaría la

ⁱ «la ambición de adquirirla de España, **o de amputársela**, se cernió sobre ella.»

^j «ambas **desbaratadas** sin resultado positivo, [...] no desempeñó ningún **papel** Estados Unidos.»

medida de nuestro bienestar político», Jefferson) de apoderarse de Cuba, reiterados en 1809 e interferidos explícitamente por Inglaterra, que deseaba también a Cuba por parecidos motivos.^k En 1823, John Quincy Adams, a nombre del presidente Monroe, formuló oficialmente, reforzado por la propuesta de anexión del cubano Bernabé Sánchez, discutida en Consejo de Secretarios, el decidido propósito de anexionarse a Cuba que alentaba Estados Unidos por razones económicas, estratégicas y políticas. A las sutiles maniobras de Lord Canning para frustrarlo, respondió Monroe el 2 de diciembre de 1823 con la doctrina de su nombre, que no significaba otra cosa, y sigue significando, que «manos atadas para el mundo en América y manos libres para Estados Unidos». Ramiro Guerra (ese mismo Ramiro Guerra que hoy tiene su pluma y su capacidad intelectual, alquiladas abyectamente a Machado) ha verificado, documentalmente, en uno de sus mejores ensayos de interpretación histórica, «el claro objetivo antiinglés de la doctrina de Monroe y sus conexiones evidentes con la historia particular de Cuba». Toda nuestra historia a partir de la formulación de ese documento político, que consagra el derecho yanqui a oprimir y despojar de sus tierras y fuentes de riquezas a las Antillas, a la América Central y del Sur, hasta la guerra de 1868, francamente anexionista en su inicio —guerra que estalló después del fracaso del movimiento reformista y de los numerosos intentos anteriores de incorporación de Cuba a Estados Unidos, propulsado por un grupo de cubanos, entre los que se singularizó Narciso López, conectados a los terratenientes nativos que amasaban su lujo con sudor de esclavos— es la historia de la rivalidad angloamericana por apoderarse de Cuba,^l que, al neutralizarse mutuamente, retardó la independencia nuestra, frustrando su misión histórica, en parte por la inexistencia de una burguesía criolla vigorosa y consciente de sus fines, al convertirse la revolución de 1895 en guerra hispanoamericana por la intervención de Estados Unidos. Así fue como la revolución predicada por José Martí y su órgano político, el Partido Revolucionario Cubano, con auténtico ideario y raigambre populares, antianexionista,^{ll} por lo

^k «expresaron formalmente **su intención**, [...] reiterada en 1809 e interferida explícitamente por Inglaterra, que **ambicionaba** también a Cuba por parecidos motivos.»

^l «por **adueñarse** de Cuba.»

^{ll} «la revolución predicada **y organizada** por José Martí [...] antianexionista y **antimperialista**.»

tanto, se trocó, al transferirle el general Leonardo Wood el poder político a los cubanos, ya impuesta la Enmienda Platt —ley yanqui mucho antes que apéndice constitucional cubano— de posibilidad republicana en protectorado virtual, realizándose de esta manera^m la aspiración básica de Estados Unidos en América, propiciada entonces por su rival de todo un siglo porque las necesidades de la política internacional la impelían a ello, aun a costa de contrariar sus propios intereses en el Caribe. Aunque, con y sin el apoyo inglés, esta aspiración se hubiese realizado de todos modos, pues ya Estados Unidos, en pleno crecimiento capitalista, empezaban a sentir la urgencia de colocar en tierras y mercados extranjeros su excedente económico, resultado de la intensa producción mecánica. Para garantizar el «mejor» desenvolvimiento de esas inversiones en tierras extranjeras era preciso controlarlas o adquirirlas. Eso hicieron. Controlaron a Cuba políticamente por la Enmienda Platt, adquirieron por cesión a Puerto Rico y la isla Guam en el archipiélago de las Marianas o Ladronas y, por conquista, las islas Filipinas. Si no bastasen sus anteriores depredaciones —en México, en Hawai— la guerra hispanoamericana consagra a Estados Unidos como potencia de presa.

Cuba, pues, vive retardada históricamente. Al igual que el resto de la América española, no ha pasado aún por la revolución democrático-burguesa, a pesar del rescate de Sanguily, de Las Guásimas, de la Invasión, del Himno bayamés y de la estrella solitaria. El cambio ha sido periférico.

Por eso, no obstante su forma política republicana y su constitución liberal, Cuba sigue siendo colonia y no precisamente por la Enmienda Platt, que es un hecho posterior a ella; por así decirlo, su cristalización jurídica. Colonia, por su estructura económica, en la que el latifundio azucarero y la servidumbreⁿ son sus más firmes soportes; colonia, porque su economía, fundada sobre relaciones feudales de propiedad y de trabajo, está casi íntegramente en manos norteamericanas; colonia, porque es una plantación azucarera a merced de la preponderancia o no, en el Congreso yanqui, de los intereses remolacheros; colonia, porque su crédito se lo otorga o quita Wall Street; colonia, porque su miseria

^m «consumándose de esta manera».

ⁿ «el latifundio azucarero y el monocultivo».

o sus «vacas gordas» dependen principalmente de los aranceles estadounidenses; colonia, porque no puede emitir papel moneda de curso legal; colonia, en fin, porque todos sus gobiernos, desde Estrada Palma hasta Machado, han calorizado todas las maniobras y planes —traducidos en empréstitos, concesiones de monopolios, subpuertos, decretos de restricción de la zafra, Plan Chadbourne— que tienden a desangrarnos y empobrecernos, en beneficio exclusivo del capitalismo yanqui y de la burguesía y terratenientes nativos. Como todos los gobernantes de los países coloniales, nuestros presidentes han sido verdaderos lacayos del imperialismo,ⁿ que los protege y apoya mientras sean una garantía y sirvan sus intereses. Cuando ya no les procuran utilidad, el imperialismo les retira su apoyo y los abandona a su suerte. A veces, como en México, para citar un caso concreto, hasta organiza sus enemigos políticos —futuros siervos de Wall Street y financia a cambio de pingües remuneraciones, cuartelazos, y motines en que, por lo común, el pueblo permanece al margen.

¿Cómo podrían, sobre nuestra estructura histórica semifeudal, en la que viven injertados elementos industriales de producción, funcionar adecuadamente los derechos democráticos que constituyen la expresión política de la organización económica típicamente capitalista? Mira rigurosamente a nuestra realidad y verás que, congruentemente con ella, en Cuba desde 1902, los dos polos de la vida política nacional han sido la dictadura o el caos, o ambas cosas a la vez, como ahora acontece.

¿Te das cuenta, amigo Mañach, que por las razones expuestas ni «urge ni es posible ahora galvanizar las voluntades limpias de Cuba» con el exclusivo fin «de situar la nación en su normalidad democrática?» Ni urge, porque la democracia, forma política correspondiente a la estructura económica capitalista, está ya putrefacta. Lo constatan patéticamente sus más acérrimos defensores. Ni es posible, en el supuesto que no estuviese aún superada y no constituyese, como constituye, una traba del desarrollo económico^o de la sociedad, por la sencilla razón de que, como quedó ya apuntado, no puede ella funcionar en un país cuyo régimen de propiedad de la tierra es todavía feudal. Por eso, lo

ⁿ «Como todos los gobernantes de los países coloniales, **nuestros presidentes** han sido verdaderos lacayos del imperialismo.»

^o «una traba **al** desarrollo económico».

que «aquí ahora urge» es proyectar, organizadamente, las fuerzas antimperialistas contra esta situación histórica y sus instrumentos nacionales^p —Machado y su camarilla en estos instantes— liquidándola por medio de la insurrección armada. Porque lo inmediato, lo urgente, lo positivo, es canalizar nuestros mejores esfuerzos, constante, sistemática, directamente, contra el imperialismo que nos estrangula y el Estado cubano que lo sirve. Lo demás sí «es irse por la tangente de la utopía».

El imperialismo fue, acaso, un espeluznante tópico de sobremesa en los estérilmente célebres «almuerzos sabáticos» del, a tiempo fenecido, Grupo Minorista. Y es presumible —conociendo, como conozco a muchos de sus componentes— que se le negara allí por algunos hasta existencia real y se le juzgara una invención de Moscú para justificar el «alboroto sistemático de los profesionales del desorden», mientras, ya saboreado el café, un proceso digestivo sin preocupaciones y el humo perfumado^q de las brevas inundaban a los comensales plumíferos de una santa dulzura, de una paz inefable. Pero lo indiscutible Mañach, es que, cabriolas o miedos de la inteligencia letrada y dudas posibles sobre su existencia histórica aparte, el imperialismo capitalista es un hecho objetivo, concreto, una realidad quemante, que a diario la sienten sobre sus espaldas tumefactas los millones de esclavos coloniales, quienes, si por serlo precisamente, están al margen de su explicación teórica, la conocen, en cambio, en toda su inhumana plenitud. No habrán leído ellos seguramente, como tú quizás, *La diplomacia del dólar*, u otro libro análogo en que se denuncie la mecánica homicida del imperialismo, pero sí han sufrido y vivido, y la seguirán viviendo y sufriendo en tanto que la revolución proletaria no los rescate para siempre de esta esclavitud sin nombre, sus manifestaciones reales, sus consecuencias históricas, su experiencia trágica.

Pero el imperialismo no ha existido siempre. No es lo mismo, en efecto, la política de conquista que la política imperialista, aunque a veces esta implique aquella. Representantes típicos de la primera, conquistadores de fibra, fueron, entre otros hombres y grupos sociales,

^p Por eso, lo que «aquí ahora urge» es proyectar, organizadamente, **las clases explotadas y oprimidas contra el imperialismo norteamericano y la burguesía y los terratenientes nativos».**

^q «el humo **fragante».**

Alejandro Magno, los romanos y cartagineses, los puritanos de la «Mayflower», Napoleón y toda aquella jauría de aventureros rapaces que la España de los siglos xv y xvi vomitó sobre la América recién descubierta de chiripa por Colón, quienes realizaron, en el empeño sangriento de «cristianizar y civilizar» en nombre de los Reyes Católicos a los aborígenes desconcertados y ariscos, el más formidable despilfarro de «timbales» que registra y condena la Historia. Son, en cambio, imperialistas, y también de auténtica fibra, entre otros, Roosevelt, Wilson, Clemenceau, Chamberlain, Hindenburg, Lloyd George, Hoover, polichinelas con luz propia en el retablo político contemporáneo.

El imperialismo, es, pues, una categoría específicamente histórica, es decir, temporal. Corresponde a un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Es «la reproducción amplificada de la concurrencia capitalista». Es —en otros términos— la política peculiar del capitalismo financiero, del capitalismo, llevado a su más alto grado de complejidad y evolución. Es —en fin— el capitalismo monopolista, que nace del concubinato gozoso del capital bancario, en otro tiempo independiente del capital comercial e industrial, con este último, integrando el capital financiero. El desenvolvimiento monstruoso de este desemboca, necesariamente, en el revuelto golfo de la trustificación nacional, alimentada y sostenida^r por los grandes bancos a través de los cuales se conciertan las operaciones económicas y financieras fundamentales, y se orienta la política del Estado en un sentido cada vez más reaccionario y represivo culminante en el fascismo.

El régimen capitalista, que descansaba en sus dorados inicios en la unidad productiva individual, se va trocando, paulatinamente, en una «piña» inexpugnable de gigantescos *trusts*, que se enfrentan en el mercado del mundo, luchando por su absoluto control, usando todos los procedimientos.^s Desde la penetración económica pacífica (Canadá) y las denominadas «esferas de influencia» (China), hasta la ocupación militar abierta como en Nicaragua, donde el heroico Sandino mantiene la protesta armada contra el explotador extranjero, pasando por los tratados y pactos impuestos, las notas diplomáticas conminatorias, el soborno, las conferencias, congresos y reuniones internacionales, donde

^r «en el revuelto golfo de la trustificación nacional, **alimentado y acrecido**».

^s «**mediante** todos los procedimientos.».

la única voz que se escucha y manda es la voz del Amo, alternativamente francés, inglés, japonés, norteamericano, italiano. Esta estructura capitalista moderna, en cuyas entrañas babélicas se trituran, exprimen y acogotan a los trabajadores de todas las nacionalidades, colores y sexos hasta sacarle la última gota sanguinolenta de plusvalía, no sólo domina la vida económica de los distintos países, sino que reviste una influencia decisiva en su política interior y exterior. Se convierten así, en imperativos de naturaleza biológica, el ensanchamiento constante, por las fuerzas del oro o por las fuerzas de las armas, de sus mercados y territorios económicos, la exportación de capitales, las guerras de tarifas, el *dumping*, los empréstitos impuestos, los cobros de deudas por amenazas o a cañonazos y a bombazos si no bastasen aquellas.

Esta transformación —escribe Lenin— del capitalismo en un sistema mundial de esclavizamiento y de opresión colonial de la inmensa mayoría de la población de la tierra por un grupo de países «avanzados,» ha convertido a las economías y a los territorios nacionales en los eslabones de una sola cadena, llamada economía mundial; por otra parte, ha dividido la población del globo en dos campos: un puñado de países capitalistas «avanzados,» que oprimen y explotan a vastos países coloniales^t y dependientes, obligados a luchar para emanciparse del yugo imperialista. Es, pues, vicio interno y no epidérmico el que determina nuestra condición de factoría yanqui. En consecuencia, la lucha inmediata a desarrollar entre nosotros es la lucha contra el imperialismo, en su doble aspecto, nacional y extranjero. De ahí nuestra consigna: Contra el imperialismo yanqui y su actual verdugo Machado, por la liberación nacional y social de las masas explotadas y oprimidas de Cuba.

Pero esta lucha, para ser efectiva, no puede tener una base lírica, ni étnica, sino una base real, económica y política. Ha de poseer un carácter y un contenido antifeudal y antimperialista.^u Nacen uno y otro no de una fórmula abstracta, caprichosamente elaborada en un belvedere, sino determinados por las condiciones históricas que presiden el desarrollo general del país. Todo movimiento social que no tienda a superarlas dialécticamente está frustrado por su raíz misma. Y en las actuales

^t «a numerosos países coloniales».

^u «un carácter **democrático** y un contenido antifeudal y antimperialista.».

circunstancias que confronta el régimen capitalista^v y las peculiares que dentro de él vive Cuba, no hay otra manera de superarlas que a través de la revolución agraria y antimperialista, que, llenando la etapa democrático-burguesa no cumplida por las fuerzas históricas correspondientes,^w va directamente encaminada a la liquidación del feudalismo y de toda forma precapitalista de producción y trabajo aún vigentes, al derrocamiento del imperialismo y de sus soportes económicos y políticos, y de la burguesía nativa y de sus órganos burocráticos y represivos.

No existe otra salida redentora para nosotros fuera de esta vía. Ella significa y entraña la ascensión de las masas al primer plano de la vida histórica, al poder democrático de los obreros y campesinos. Sólo un gobierno de este tipo es capaz de garantizar, por su estructura y su poderosa raigambre en las masas, condiciones positivas de resistencia y de combate contra el imperialismo. No contribuir a la caída de este es hacerse solidario y sostén suyo, apuntalar en Cuba y en el mundo su predominio, que es el predominio del hambre y del terror en su forma más aguda, la fascista, que es ya un régimen de guerra civil abierta contra el proletariado.

Por nuestra parte, nosotros hemos entablado una lucha a muerte por su destrucción. Las capas explotadas no proletarias de la población, la pequeña burguesía acorralada, los intelectuales, empleados y estudiantes tienen un lugar visible en esa lucha por la liberación nacional y social del país si aceptan a la clase obrera, aliada al campesinado, como dirigente histórico de la misma, ya que la burguesía cubana que en 1895 le correspondió esa función nacionalizadora, que no pudo realizar por causas internas y externas, está fragmentada y prácticamente ligada al capitalismo extranjero. A esa emancipación revolucionaria del yugo colonial sucederá, por la mecánica misma del proceso histórico en fase ascendente, la socialización de Cuba, vinculada, como la anterior etapa, al desenvolvimiento revolucionario mundial en las colonias y sus respectivas metrópolis, particularmente en Estados Unidos y los pueblos oprimidos de la América del Sur y del Caribe.

No se trata sólo de quitar a Machado para poner a otro, general o doctor, en su sitio. Un desplazamiento de esta índole —que es el que

^v «que **afrenta** el régimen capitalista».

^w «no cumplida **en su esencia** por las **clases sociales** correspondientes.».

propugnan los sectores politiqueros de la burguesía desafecta a Machado—^x no pasa de ser un apoderamiento del erario público en beneficio de los instalados en el gobierno y sus dependencias. Se trata, como ves, de modificar sustantivamente la estructura histórica de Cuba. Y eso, viejito, no se logra en un pestañazo. Exige tiempo, organización revolucionaria, madurez política, fe en la eficacia del empeño. Es una lucha dilatada, durísima, cuajada de sacrificios y de reveses, en la que la potencia del enemigo extranjero rivaliza con la sangrienta opresión criolla. Una lucha de todos los días, que se reanuda cada mañana, denunciando y combatiendo las maquinaciones, resortes y realidades^y del imperialismo, al mismo tiempo que enfrentándose con el gobierno cubano —ahora el de Machado, mañana con el equipo que lo sustituya— cuya desvergüenza, inepticia y sumisión corren parejos a la brutal penetración de aquel.

El Ala Izquierda Estudiantil, vanguardia de los estudiantes pobres y medios de Cuba, ocupa ya un puesto de honor en esa lucha despiadada y violenta contra Machado y el imperialismo. No aspira, ni puede, usufructuar el poder. No es un partido político. Es un organismo estudiantil puramente antiimperialista, que en la lucha contra el dominio sangriento de los sindicatos bancarios y la opresión colonial acepta la hegemonía del proletariado y la línea política —la única entrañablemente revolucionaria— de su partido de clase. Nada más. Y nada menos.

¿Y es eso desentenderse de los problemas cubanos? ¿Es eso «consagrarse», como dices, a una «mera política de propiciación, del proselitismo comunista, de proletarización inútil y hasta contraproducente?»²

Te saluda,

Raúl Roa

Notas

¹ Roa le explicó a Pablo:

«[...] Ha sido de lo más divertida esta “pugna” dialéctica. La originó Pendás con unos comentarios a unas glosas de Mañach sobre las minorías revolucionarias, y

^x «los sectores politiqueros de la burguesía y de los terratenientes desafectos a Machado—».

^y «los resortes y las realidades».

empezaron los insultos a llover por ambas partes. Entonces yo, que no tenía nada que hacer y sí muchas ganas de clavar a Jorgito, jalé por el estilete y lo convertí en un insecto con una carta personal que tiene más de veinte cuartillas a máquina. No les envío copia porque la única que tengo está en la imprenta, pues la gente del Ala —del cuarto de ala— han confeccionado un folleto recogiendo toda la polémica, titulándola *Reacción vs revolución* [Motivos de polémica]. Cuando se publique les mandaré un ejemplar. Van a gozar se los aseguro.» [¿noviembre? de 1931] (Véase completa la carta en la sección «Otros textos»).

Por su parte, Jorge Mañach le explicó a Lino Novás Calvo:

«[...] Este problema de lo social y lo político sigue ateneándome. Por primera vez en mi vida intelectual, he faltado a la vanidad y a mis deberes polémicos dejando sin contestar públicamente la carta de Roa, de la que ud. tendrá ya noticia. He querido meditar bien el asunto, sin ir a parar, como Descartes, a la duda filosófica que nada resuelve. Estoy inconforme con el capitalismo, no le veo salida a Cuba dentro de él. Pero tampoco veo salida del capitalismo en Cuba, y en los Estados Unidos, eso está todavía muy en «veremos». Está muy bien la adhesión teórica, por la inevitabilidad, a la larga, de esa solución al problema del mundo. Pero es que lo de Cuba urge terriblemente, porque ya no es posible seguir viviendo en esta barbarie sin encanallarse. Yo he optado por la guerra de guerrilla para salvarme del encanallamiento —pero no puedo darle detalles, porque las cosas en estos días están que arden y las cartas se abren. [...]» [26 de mayo de 1932] (Colección Mañach, no. 1030, Archivo Literario Instituto de Literatura y Lingüística. Citado en Ana Cairo. *La Revolución del 30 en la narrativa y el testimonio cubanos*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1993, pp. 54-55.)

² «No obstante el tiempo transcurrido y de todo lo pasado, esta Carta a Jorge Mañach sigue teórica y prácticamente en pie, y aún sin respuesta. Es posible que esta venga ahora cargada de implicaciones abecedarios, como de haberla hecho en su oportunidad hubiera venido teñida del más amarillento socialismo reformista. En el fondo, será el mismo Mañach de siempre el que hable, ya que su actual filiación política no es más que un cambio de etiqueta a una postura cerradamente reaccionaria —R. R.» Manuel Navarro Luna lo publicó como folleto titulado *Reacción vs revolución. Polémica sobre las minorías revolucionarias*. Manzanillo, Casa Editorial El Arte, 1933. En el folleto apareció este sumario:

«Raúl Roa terea en la polémica que, sobre las minorías revolucionarias, entablaron Porfirio Pendás y Jorge Mañach. Una justa de ideas —Confusionismo político del doctor Mañach. —La verdadera minoría intelectual históricamente revolucionaria. —El intelectual tiene la obligación de hacer política, pero política realista. —Cómo sería un dogma el marxismo. —Un caso particular del pensamiento dialéctico. —El Ala Izquierda Estudiantil desea que el problema cubano sea resuelto con datos cubanos, y no con datos rusos. —Cuba, desde la llegada del Gran Almirante, fue siempre objeto de codicia. —Nuestro país no ha pasado aún por la revolución democrático-burguesa. —La dictadura y el caos han sido los dos polos de conquista y la política imperialista. —La trustificación nacional. —Una lucha por y para el campesinado. —El Ala Izquierda Estudiantil lucha contra el imperialismo y la opresión.»

Carta a Raúl Maestri*

Tú no mereces siquiera el «señor mío» convencional y burgués. Por eso, suprimo todo encabezamiento y voy derechamente a lo que me interesa decirte. Antes que nada, constatar tu propia imbecilidad al depararme la coyuntura para fotografiarte como tú eres, sin retoques deliberados. Después, registrar el hecho de que, al mencionar en tu columna infecta a ese «tal» Raúl Roa que está tan lejos de ti como tú cerca de Domingo Ávalos, has justificado, por primera vez, las pesetas que te paga el *Diario de la Marina* por acumular diariamente comentarios viscosos al margen del cable.

No olvides que nadie en Cuba conoce tu engranaje espiritual y mental como yo. Ya sé que para tus allegados eres un Genio. Es un criterio que respeto. Pero yo bien sé que ni siquiera tienes mal genio. Eso nadie lo creería por mucho que tú insistieras en probarlo. Y aquí viene a cuento lo de mis «trastornos endocrinos» y mi «desequilibrio mental».

* Esta carta abierta a Raúl Maestri —que constituye, sin duda, su certificado de defunción civil— fue redactada el mismo día en que aparecieron en el *Diario de la Marina*, replicando a un comentario político mío, escrito en el Presidio Modelo, sobre su libro *El nacional-socialismo alemán* y publicado en el magazine dominical de *El Mundo*, las nauseabundas y cobardes alusiones que la determinan. Por el tono y extensión que necesariamente hubo de imprimirsele, no pudo ella publicarse en la prensa diaria. Se pensó entonces recogerla en un folleto, lo que hubo de llevarse a cabo dos semanas después porque el desarrollo y sesgo de los acontecimientos políticos culminantes en la caída de Machado, a través de una formidable huelga general magníficamente dirigida por la CNOC y el Partido Comunista, reclamaron mi total dedicación a la lucha revolucionaria.

Yo dedico estas páginas —que delinean la trayectoria típica del tráfuga— a la memoria de Rubén Martínez Villena y a la heroica vanguardia de las masas obreras y campesinas de Cuba, al Partido Comunista.

¿Consisten aquellos en que, al revés de ti, hice cuanto pude para no manchar mi juventud en los prostíbulos? Yo no tengo la culpa de que tú sólo conozcas y te sientas espiritualmente satisfecho, entre piltrafa tarifada. En cambio, a pesar de eso, tu aparato endocrino adolece de torpezas incurables. Por ejemplo, y sobre todo, esta: insuficiencia de las glándulas que le sobran a Pino el de Luyanó. Esa es, precisamente, una de las diferencias fundamentales que existen entre tú y yo.

¿Cómo se explica entonces, que, no obstante tu aparente equilibrio endocrino y tu estatura respetable, se te haya descompuesto el estómago en cierta inolvidable contingencia estudiantil acaecida en los dorados tiempos en que todos y yo creíamos en ti dada tu excepcional capacidad simuladora que nos hacía ver como una promesa revolucionaria a quien en realidad sólo era una liebre asustadiza? ¿Y cuál es la causa de que no hayas hecho bueno tu truculento augurio a César García Pons, no obstante haberlo tropezado más de una vez en la calle? ¿Qué se hicieron de aquellas tremendas amenazas tuyas vociferadas desde Colonia contra García Pons y Aureliano Sánchez Arango? ¿O es que, a fuer de sincero, reconoces allá en tu intimidad más íntima, que si estudiaste alemán se te olvidó, en cambio, como anunciaras enfáticamente, aprender las reglas elementales del boxeo, y todo aquello no fue sino un lijazo allende el Atlántico?

Y en cuanto a mi «desequilibrio mental» te digo que me siento muy orgulloso de sufrirlo. Ya sé que para muchos paso por loco. Es más: en la Universidad mis camaradas me denominan cariñosamente así. Pero un «loco» muy especial. Loco, porque le cantaba y le canto las cuarenta a cualquiera, como te las estoy ahora cantando a ti. Loco, porque no transigía ni transijo con lo establecido, ni con las glorias oficiales, ni con los mediocres, ni con la abyección, ni con la injusticia. Loco, porque mantenía y mantengo ideas que perturban la tranquila digestión de los acomodaticios y miméticos. Loco, porque tengo una «filiación y una fe»; porque estoy con los oprimidos y contra el sistema capitalista; porque no rehuyo afirmar mi ideología comunista; porque mientras tú vegetabas plácidamente en Colonia, yo le daba el pecho a una realidad histórica que tú cobardemente pretendes ignorar, y hasta vituperar a los que se pronunciaban heroicamente contra ella, como hiciste en carta a un ex amigo tuyo y entrañable mío. Loco, en fin, porque esa es la manera más propia con que los tráfugas como tú califican a los

individuos que, como yo, luchan por ideas y cosas cuya realización acaso no vean ni gocen. Déjame, pues, con mi «locura» y mis «trastornos endocrinos», mientras tú te avienes cuerdamente a la injusticia organizada del presente y distraes tus sobrantes en deshonrar con tu presencia a esos lúgubres tugurios donde una infeliz mujer se va a plegar a tus primarias exigencias, por presión implacable del régimen que sufrimos, del cual tú vives y al cual tú sirves gozosamente.

¿Recuerdas, Raúl Maestri, aquel primero de mayo de 1927 en que tú levantaste tu palabra encendida y admonitoria a una arremolinada muchedumbre de obreros en el Nuevo Frontón? ¿Y aquellas tus clases en la Universidad Popular José Martí, en las que predominaba un marcado tono bolchevique? ¿Y tus vibrantes artículos de *América Libre*? ¿Y tus diarias manifestaciones de ofrendar tu existencia toda a la causa del proletariado? ¿Y tus trémulas confesiones, a mí, que era, según tú, tu íntimo amigo, de que ardías en ansias de probar cárceles y sufrir persecuciones? ¿Recuerdas todo eso? ¿No? Pues yo me tomo el trabajo de hacerlo para que, los que no lo sepan, se enteren.

Pero todo aquello no fue sino el sueño de una noche de verano. Muy pronto, tus tormentosas rebeldías encontraron fuertes diques: de un lado, tu propia incapacidad temperamental para afrontar la más leve contingencia riesgosa, y de otro, el imperialismo familiar que te hizo su víctima propiciatoria, sin que tú ensayaras siquiera revolverte. Es decir: probaste tener madera de esclavo. Tu caída fue tan oscura, como lo es hoy tu nombre, a pesar de tu viaje a Alemania y tu apología de Hitler y tus conversaciones con Ortega y Gasset y tus loas a Fernando de los Ríos y Largo Caballero, y tu carta a Lino,* quien, por si no lo sabes, tiene de mí un concepto del que tú ya quisieras que fuese el que posee de ti.

De paso aludo a tu indecorosa manera de responderme. En rigor, no me extraña. Tú siempre has hurtado la cara a los problemas de cualquier naturaleza. Tu postura normal es la huida. Por lo pronto, aprende a hablar claro y de frente. Ten, a lo menos, esa grandeza, ya que de toda otra careces.

Por mi parte, me gusta expresarme diáfananamente. Creo que, en tu resentimiento desmesurado por no ser hoy lo que en otro tiempo quisiste ser, no vas a retirarme esa virtud.

* Lino Novás Calvo, joven y destacado escritor residente en Madrid.

Por eso, no niego que fui amigo tuyo, tu mejor amigo sin duda, ya que, en aras de mi afecto, traspasé las fronteras a que la amistad obliga. Por ser amigo tuyo, me vi hostilizado por muchos compañeros que te veían como tú eras realmente, y a los cuales mi ceguedad les molestaba con razón. Por ser amigo tuyo, soporté innumerables murmuraciones en la Universidad. Por ser amigo tuyo, asistí a tu doctorado en Derecho Público, acto al cual sólo concurrieron ni tres personas y en el que, como recordarás, el ponente de la tesis se refirió a la decepción política que había experimentado al leerla. Por ser amigo tuyo, escribí un artículo sobre ella publicado en *Orto*, y rechazado para mi fortuna por la *Revista de Avance*, en el que vertía al propio tiempo que mi amistad por ti mi más reconocida simpatía por tu esfuerzo, no sin subrayar que tu tesis no era marxista. Por ser amigo tuyo, te salvé de una merecida pateadura que quiso propinarte José Antonio Inclán en San Rafael y Galiano. Por ser amigo, tuyo, en suma, incurrí en la falta más reprochable de mi vida. Lo vine a comprender después, aunque a tiempo por suerte. Pude percatarme entonces que quien era amigo tuyo era yo, y no tú mío; que sólo sentías por mí una afinidad puramente libresca, y sobre esta base, jamás ha podido construirse ninguna amistad auténtica.

Esta aclaración me parece importante por la luz que proyecta sobre el subsuelo psíquico de este pobrecito muchacho que ni siquiera se quedó en bedel. Así se verá, de una parte, el comportamiento que tuvo contigo el hombre que hoy insulta honrándolo, y de otra, tu inaudita indignancia espiritual.

Esta amistad mía por ti se mantuvo viva hasta el momento en que quisiste utilizarla para encubrir con ella tu propia indignidad. Y aquí entramos de lleno en el aspecto central de esta carta, en lo que en definitiva me interesa e interesa a las masas estudiantiles y obreras de Cuba, en el aspecto político. Si a lo largo de lo escrito hasta ahora se ha empleado un lenguaje individual es porque tus cobardes y mentirosas alusiones a mi persona me obligaron a no quedarme en silencio. En este sentido, evidenciaste una vez más tu viciada estructura moral.

Pero fijemos la cuestión en su verdadero terreno. En mi comentario al paso de la impresión que tu libro, *El nacional-socialismo alemán*, produjo en los estudiantes y obreros presos en el Presidio Modelo, afirmaba que tú, además de ser un tráfuga, eras un representante típico del amarillismo hispanoamericano. Es lo que voy a demostrarte enseguida.

No obstante el tiempo transcurrido, tu actitud en el torquemadesco Consejo de Disciplina de 1927, a virtud del cual fueron gloriosamente expulsados de la Universidad los integrantes del Directorio Estudiantil Universitario de entonces, permanece viva en el recuerdo del estudiantado cubano, sin distinción de matices ni de grupos. Lo mismo para la izquierda que para la derecha, tú encarnas y simbolizas al traidor, al individuo que antepone sus intereses personales a los intereses generales de la causa. No olvides que cambiar de criterio y traicionar una idea no son una misma cosa. Tu conducta es fisiológica e históricamente explicable. Pero ni moral ni políticamente tiene justificación. Te sobró charlatanería y te faltó visión de ti mismo, de tus propias limitaciones. Creíste que la lucha revolucionaria era una novela. Mientras lo fue, figuraste en ella con un arrojo verbal que casi convencía. Pero cuando el sacrificio asomó su ensangrentada silueta en tu horizonte, todo aquello se evaporó mágicamente. Y es que cuando uno adopta una postura que suponga contingencias que no está dispuesto ni preparado para afrontarlas bizarramente, debe, sabia y prudentemente, retirarse a su casa. Es lo que tú debiste hacer ante tu incapacidad nativa para llegar hasta las últimas consecuencias. Pero pudo más en ti el afán del «figura» revolucionario y, forzosamente, caíste en el lodo víctima de ti mismo. No quiero negar la influencia que tuvo en tu determinación la presión familiar. En ese sentido, sabes que soy testigo de mayor excepción.

Los estudiantes revolucionarios de Cuba conocen ya bien cómo se desarrolló el asunto del Consejo de Disciplina. Se acordó, por unanimidad, no declarar, por la razón muy poderosa y cierta de que el tribunal nombrado al efecto por el gobierno de Machado estaba incapacitado moralmente para sancionar la pura y viril conducta de los estudiantes que se manifestaron adversos a la reforma constitucional y prórroga de poderes.

Tú declaraste y, en consecuencia, fuiste absuelto. Para ello hiciste un uso acertado de las palancas —que jamás te han faltado— y de la mentira. Afirmaste ante el Consejo de Disciplina que el día que los estudiantes, con su Directorio a la cabeza, acordaron en una violenta asamblea tumbar los carteles que la tiranía había puesto en la Universidad como un reto, tú no estabas presente en dicho acto. Como recordará, estabas a mi lado y junto a otro compañero que no podrá negarlo sin dejar de ser honrado: el hoy doctor Rubén Arango Suárez. Y además

Aureliano Sánchez Arango, al que por varias ocasiones le pediste que encauzara un poco el ritmo tumultuoso con que la asamblea se desarrollaba. Esta falsa versión tuya encontró resuelto apoyo en algún profesor amigo, que dijo, mintiendo a su vez, que a la hora en que los estudiantes despedazaron los carteles, estabas tú con él tomando café con leche en no sé dónde. Naturalmente, el Consejo de Disciplina te absolvió a cambio de tu declaración y de tu reconocimiento explícito, al hacerla, de su muy dudosa moralidad.

Aureliano Sánchez Arango, la cabeza más descollante de aquel formidable movimiento que en el proceso de las revueltas estudiantiles de Cuba tiene ya su propio relieve histórico, quiso aún salvarte y te propuso una rectificación a través de una carta, la que en efecto tú redactaste. Pero en ella, en vez de afirmar resuelta y honradamente que tú no tenías fibra de revolucionario y, en consecuencia, te retirabas de la lucha para siempre, dijiste lo contrario, alegando, entre otras razones, que desde el punto de vista de la causa y de acuerdo con un criterio aritmético y materialista histórico, tu permanencia en la Universidad era favorable, ya que tú podías así seguir combatiendo por los ideales estudiantiles dentro de aquel recinto. La carta se leyó y discutió, y, a petición del propio Sánchez Arango, se te filió como un traidor públicamente en la revista *Universidad*, que aquel dirigía. Entonces a mí me dolió como amigo lo que se afirmaba de ti. Ahora lo encuentro hasta excesivamente suave. Recuerdo que tú seguiste viviendo tu vida de siempre, sin el más leve remordimiento y yo saliendo contigo, a pesar de la repulsiva estela que a tu paso dejabas. A los pocos meses te graduaste de doctor en Derecho Público y partiste rumbo a Alemania, becado por la Institución Hispano Cubana de Cultura, beca, que, como no habrás olvidado, trabajaste muy finamente.

De suerte que, como ves, en el terreno estudiantil eres un tráfuga en toda la línea. Sobre esto la opinión es unánime.

Pero a la vez eres un representante típico del amarillismo hispanoamericano. Tu primera aparición política fue en el seno del proletariado revolucionario. A pesar de tus trajes flamantes y tus medias tricolor los obreros te aceptaron como un honesto y entusiasta colaborador en su lucha heroica y constante por su total liberación del régimen capitalista. Tú eras uno de los miembros más significados de la Universidad Popular José Martí. Te carteabas con Julio Antonio Mella. Cuando el

sarampión aprista, con Haya de la Torre. Tu lenguaje resplandecía de marxismo. Todos los problemas y cuestiones los enfocabas con un estricto criterio de clase. *América Libre*, revista antimperialista dirigida por Rubén Martínez Villena, la figura más pura y capacitada de la juventud revolucionaria cubana, te tenía como su jefe de redacción. Los centros obreros eran tu obligado escenario. Allí perorabas, allí discutías, allí reafirmabas tu devoción inquebrantable por las masas obreras y su partido de clase. Créeme que dabas el golpe. Si no usabas *overall* era porque acaso temías te hiciera lucir un poco más gordo. Yo te acompañaba y compartía contigo en un mismo local nuestra tarea revolucionaria. Constato el hecho de que fuiste tú mismo quien me llevó a la Universidad Popular José Martí y me presentó a Leonardo Fernández Sánchez. En fin: tu actividad toda parecía enderezarse hacia una sola meta, la caída del capitalismo y la instauración de la dictadura del proletariado como paso ineludible para llegar a una sociedad sin clases. Todos creían en ti.

Pero un buen día llegó la prueba y ella determinó que todo tu revolucionarismo era periférico, a flor de piel, mero exhibicionismo. Y vino entonces, fatalmente, el retorno a ti mismo y a tu procedencia social. Volviste a ampararte a la sombra de la misma clase que, circunstancialmente, habías combatido. Después de todo, era lo más cómodo. La cordura, la sensatez, el quietismo, volvió a ser tu atmósfera habitual. Parecías resignado a vivir entre conceptos literarios. Al cabo de cierto tiempo empezó a dar señales de existencia el amarillismo que circulaba por tus venas. Publicaste *El latifundismo en la economía cubana*, que es un documento incontrovertible en apoyo de mi afirmación. Era un folleto políticamente cobarde, derrotista, lleno de ambigüedades y de esquinas, en que se mencionaba demagógicamente a Carlos Marx y se copiaba a Ramiro Guerra, y en el que, renunciando a la única época hermosa y fecunda de tu vida, confesaste que ya no tenías fe en ninguna de las soluciones hasta ahora expuestas y mucho menos de la que, a ratos, pareció solicitar tu entusiasmo. Luego vino la beca y tu viaje a Alemania. Aún tú seguías coqueteando con el marxismo. Semanas antes de tu partida, tú y yo nos encontramos por el Prado a Rubén Martínez Villena, con quien entramos a charlar en un cafecito de San Lázaro. Allí Martínez Villena, refiriéndose a ambos, dijo de ti que ya te consideraba definitivamente perdido para la causa

revolucionaria, mientras él estaba seguro de que yo militaría en sus filas. No se equivocó por cierto. Y esta es otra de las diferencias fundamentales que existen entre tú y yo.

El día antes de tu embarque fuimos juntos a conversar a la Plaza de la Fraternidad. Hablamos de todo. Desde luego, principalmente de tus proyectos políticos. Me dijiste que ibas a reforzar en Alemania tus conocimientos económicos, y, asimismo, a estudiar profundamente a Marx, y de esta manera cuando volvieras podrías entregar todo un gran bagaje teórico al Partido Comunista cubano. Fuiste aún más explícito: añadiste que no podía ello ser de otro modo ya que el comunismo en ti no era un impulso sentimental sino fruto de una convicción científica. Después supimos todos aquí que tú estabas dando conferencias sobre los problemas cubanos en los sindicatos amarillos. Se produjo entonces el choque con García Pons. Tú solicitaste mi testimonio como el de mayor crédito para negar tu presencia en la asamblea aludida. En estas circunstancias, ya yo no podía seguir siendo amigo tuyo si mi amistad entrañaba complicidad con tu conducta política. Y dije lo que tenía que decir: que, efectivamente, tú estabas en aquella asamblea.

Mientras tú seguías aprendiendo alemán, en Cuba se desarrollaban acontecimientos dramáticos, en los que nosotros nos vimos envueltos. La cuestión política hizo crisis. No tuvimos que definirnos. Seguimos en la lucha con una ideología de izquierda, apoyando al Partido Comunista de Cuba en su pugna contra el imperialismo y sus solidarios criollos, la burguesía y latifundistas cubanos y su actual aparato político, el gobierno cavernario de Machado. Los estudiantes expulsados en 1927, salvo dos o tres, precisamente los mismos que arrogándose por cuenta propia la representación de los que se hallan en el extranjero se han declarado ahora francamente mediacionistas, traicionando así su línea política, se integraron en el Ala Izquierda Estudiantil. Vino la persecución, la cárcel, la tortura, la muerte. Tú, entretanto, seguías aprendiendo alemán en Colonia y así cierto día cayó tu engendro nazista en nuestras manos. Fue, repito, unánime la calificación política y tu nombre supo de manguerazos de oprobios, muy merecidos por cierto. Es tan evidente el reprimido furor hitlerista que llena tu libro, que rehuso analizarlo. Sería de todo punto imbécil el hacerlo. Por otra parte, tomar en serio a ese energúmeno es signo inequívoco del más absoluto cretinismo.

Tu amarillismo reviste en este libro su más subido color. En él estás todo tú. Y los que, como yo te conocen, saben las implicaciones que esto tiene.

Desprecio profundamente tus rastreras suposiciones de que mi pronunciamiento político tenga su raíz en el resentimiento ante el esfuerzo ajeno. Hasta ahora, evidentemente, yo no he escrito ningún libro. Aca-so no escriba ninguno. Pero si alguna vez lo hiciera ten la plena seguridad de que no se parecería en nada a los tuyos. En cambio, mi vida ha sido útil y digna. He luchado y lucho por mis ideas, hasta el sacrificio inclusive. Tengo por encima de ti dos años de cárcel por contribuir con mis fuerzas al advenimiento de un mundo donde los Raúl Maestri no tendrán cabida. Pero tú estás moralmente incapacitado para entender este lenguaje.

Y otra diferencia fundamental entre tú y yo: contigo forman y formarán causa común, los corrompidos, los intelectuales de derecha, los mediocres, los tráfugas, los abyectos. Conmigo estarán y están los puros, los intelectuales de izquierda, los estudiantes y obreros todos de Cuba, que entre Raúl Roa y Raúl Maestri no vacilarán en decidirse.

Tú puedes responder a esta carta en la forma y manera que quieras. Por mi parte, no descenderé a contestarte un renglón más. Y me tienes a tu disposición en cualquier terreno, menos en el del honor conocido, ya que tú careces de él y yo no soy un caballero andante.

[1933]

Carta a los 108 héroes togados

Muy bien vuestra protesta contra el Estado Mayor que se pasa por el rifle las resoluciones judiciales y el uso del crespón negro en las fachadas, porque la justicia ha muerto en Cuba. Bizarro gesto y tremenda protesta. Sin duda, sonó ya la hora solemne de reivindicar con hechos concretos, revolucionarios, el ya desacreditado prestigio del gremio.

Yo estoy realmente asombrado. No es para menos si se pondera y mide vuestra abnegación y vuestra audacia. Por ese camino, vamos, derechamente, a la paz y a la felicidad perdurables e idílicas. No me explico, en realidad, cómo se han atrevido a tanto. El dilema planteado al gobierno tiene *cocoricamo* y no tiene precedente en Cuba: o sueltan a los ex oficiales^a o se decreta un paro general de abogados, secundado, fieramente, por jueces y tribunales y por las fachadas enlutadas. Raquíptico y descolorido resulta Leonidas en las Termópilas junto a estos 108 héroes togados, que en defensa del derecho y la justicia pisoteados por Grau,^b amenazan con paralizar, de un tirón, la actividad jurídica del país. De otro modo no se explica, que el pueblo entero de Cuba, mujeres y hombres, niños y niñas, y recién nacidos, campesinos y obreros, soldados y marinos, estudiantes y profesores, sordos y bizcos, polígamos y ascetas, Fulgencio y Mongo, se sientan enérgicamente solidarizados con este gallardo y valeroso pronunciamiento. ¡Admirable, maravilloso, único, definitivo!...

No se hagan ilusiones. Es inútil. Aquí el más cándido tiene amigdalitis.^c A ustedes les acontece^d lo propio que a los ex oficiales que

^a «o sueltan a los ex oficiales **del ejército de Machado**».

^b «por **el gobierno de Grau San Martín**,».

^c «**padece** amigdalitis.».

^d «les **ocurre**».

defienden, que después de disfrutar gozosamente los más jugosos beneficios del presupuesto se figuraron que ocho años de mantenimiento, con su complicidad, del machadato, se podían borrar con la goma oportunista de un cuartelazo apadrinado por Welles.^c ¿Que hay personas decentes entre los ex oficiales y que algunos —fuera del malogrado Armando de la Torre, a quien conocí y supe de sus actividades políticas, estando yo preso en el Hospital Militar de Columbia, y de René Reyna, Feliciano Maderne, Emilio Laurent, Manuel Villada y Pedro Luis Díaz, que combatieron abiertamente a Machado— fueron siempre, en pensamiento, enemigos de la tenebrosa situación dominante? De acuerdo. Pero las excepciones confirman la regla y es perfectamente aplicable a ustedes.

Piensan que acaso con un poco de vociferación y no menor dosis de plante se van a quitar de encima todo el cieno acumulado en todas las coyunturas y especialmente en la machadista. Yo no recuerdo durante ese funesto período nada parecido a lo que ustedes acaban de realizar. ¿Que, entonces, la influencia gubernamental imprimía su dirección y sello al Colegio de Abogados? ¿Y por qué no se revolvieron contra ella, como era su más elemental deber? Y eso que cada mañana, soldados y jueces, competían a ver cuál se superaba en la transgresión de la norma jurídica. Entonces ustedes, los que hoy protestan y gritan, veían en silencio —voy a suponer que enfurecido— todo ese atropello constante de la justicia y del derecho que hoy dicen defender. Pero de ahí no pasaban como cuerpo: del silencio enfurecido. Cuando era preciso encontrar un abogado que lo defendiese a uno ante la injusticia machadista, había que buscarlo con lupa. Se podrían contar con los dedos los que, en ningún momento, fueron remisos a tomar nuestra defensa. El mío fue Alberto Riera.

Ahora resulta muy cómodo y hasta elegante protestar y colorear el ambiente de amenazas terribles. Y se protesta y se amenaza por los ex oficiales exclusivamente. A los demás presos que los parta un rayo. En el fondo, se comprende.

Nada más similar, en el vigente ordenamiento histórico del mundo, que un oficial y un abogado. Además de idéntica genealogía social, objetivamente representan categorías análogas. El oficial —lo mismo

^c por **el embajador** Welles.».

aquí, que en París y en Shanghai— es el mantenedor y sostén del aparato estatal. El abogado —igualmente en todos los meridianos—^f es el soporte jurídico de toda esa organización monstruosa que, en provecho de una oligarquía ociosa y rapaz, explota las masas, cruel y sistemáticamente. Es el encargado de envolver en leyes el atropello y el crimen. El oficial —el de ayer y el de ahora, ese mismo que hoy luce por las calles los galones usurpados— realiza su gestión en nombre de la obediencia jerárquica, del honor y de la patria. El abogado, a su vez, atraca, justifica, pinta las cosas del color que le conviene, llega hasta pedir, en el cumplimiento de su «sagrado ministerio», la absolución de Souto y Zubizarreta,^g en nombre de la justicia y del derecho.

Otra similitud también entrañable: ambos, como grupo social, son esencialmente parasitarios. Por eso, lo único que a uno y otro los dignifica es que aquellos tomasen un puesto junto a los oprimidos y estos que hagan de sus conocimientos un instrumento revolucionario y no de explotación y castigo. Por último, unos y otros, han sido los más fieles servidores de los intereses norteamericanos que han hecho de la Isla una miserable factoría azucarera.

Afortunadamente, aquí ya nadie puede estafar a nadie. En el problema planteado, políticamente, me importa un pito que excarcelen o no a los ex oficiales. Lo siento, individualmente, por los amigos que están dentro. Pero lo que no puede pasar desapercibido^h es ese postizo furor revolucionario que posee a sus defensores. Sólo los que no vacilaron en levantar su voz contra Machado, cuando la tiranía estaba en su sangriento apogeo y no a última hora, cuando la Mediación o después de la Pentarquía, tienen autoridad legítima para exigirle al «mongonato», en nombre de la justicia, que la cumpla.

Por eso, como estudiante y como revolucionario que no transigió con Machado, ni apoyó al gobierno sietemesino de Céspedes, ni la Pentarquía y está claramente frente al sistema establecido el 4 de septiembre, hago constar mi protesta contra el sistemático desprecio que tiene el Estado Mayor por las resoluciones judiciales y pido a los

^f «en todos los meridianos **del mundo capitalista**—».

^g «la absolución **del porrista** Souto y **del inductor** Zubizarreta,».

^h «pasar **inadvertido**».

jueces y tribunales que reclamen, enérgicamente, su cumplimiento inmediato. Ahí está, en el Príncipe,ⁱ por si no lo saben, un numeroso núcleo de obreros entre las torturas de la huelga de hambre, como justa repulsa a su encierro arbitrario.

Y para concluir, les recuerdo a los 108 héroes togados que el «mongonato» se diferencia del machadato en que «todavía» tolera ciertas actitudes de vidriera, sin perjuicio del propio pellejo y que, si a este no se le podía tumbar con papelitos, a aquel tampoco con crespones de luto, sino por la presión revolucionaria del pueblo oprimido de Cuba.

[¿octubre de 1933?]

ⁱ «en el Castillo del Príncipe.».

Réplica a Pilar Jorge de Tella

La señora Pilar Jorge de Tella ha lanzado, desde las páginas de la revista *Carteles*, un encendido llamamiento a las mujeres cubanas, a fin de que se organicen y se apresten a luchar, si es necesario hasta con las uñas y a mordiscos, contra el comunismo, que es, según ella, la «herencia criminosa» que nos dejaron los gobiernos de Machado y Grau San Martín. El llamamiento me parece justo en labios de la aludida señora. Responde, perfectamente, a su condición de «alta dama de nuestra mejor sociedad y feminista de abolengo». No sería honrado pedirle que se manifestara como, pongo por caso, lo haría nuestra común amiga Charo Guillaume, que ha entregado, en heroica y generosa ofrenda, su vida a los oprimidos. La señora Pilar Jorge de Tella está, pues, cumpliendo un rol histórico, cuando propugna una ofensiva feroz, implacable y exterminadora contra el movimiento obrero revolucionario. Pero eso no es original, ni es sugestivo, ni es perspicaz. Es la manera adecuada de reaccionar de su clase. Si le replicamos no es precisamente por eso, sino por el estilo de su argumentación que, queriendo ser aplastante, deja intacto lo que pretende destruir.

Tiene razón la señora Jorge de Tella cuando afirma que nos encontramos en plena crisis. Pero no es Machado la causa, ni lo es Grau San Martín. Ni tampoco Mendieta. Eso equivaldría a tomar el rábano por las hojas, que es el método más correcto de pasar por alto la verdadera clave de los problemas. Machado, Grau San Martín, Mendieta y los que lo sustituyan, son expresiones políticas del sistema histórico,^a que tiene ya la entraña podrida en el mundo entero. La responsabilidad

^a «del régimen capitalista.»

de esos individuos está en razón directa de la eficacia con que sirvieron o sirvan los intereses de ese sistema.^b Machado fue, en ese sentido, quien lo sirvió con más celo y rendimiento, a costa de la miseria y de la opresión del pueblo de Cuba. Grau no le sirvió, ni pudo servirlo, no obstante sus sangrientos esfuerzos por hacerlo, porque su gobierno carecía de la composición de fuerzas indispensables para injertarse, con éxito, en la mecánica imperialista. De ahí su zigzagueo, su demagogia constante, su política desorientada y sin coloración definida. De ahí su caída, como cayó Machado, al entrar en contradicción con el imperialismo, a virtud de las condiciones políticas, desfavorables a su auge y explotación, creadas por su mandato criminal e incapaz. Al derrumbarse Machado, por un cuartelazo militar propiciado por Welles ante el desenlace revolucionario de los acontecimientos a que llevaba fatalmente la huelga general, y desarticularse el aparato político sobre el que se asentaba, se abrieron para el país las perspectivas de anarquía y guerra civil, que luego habían de acentuar el ascenso revolucionario de las masas obreras y campesinas de un lado y del otro la pugna feroz por la reconquista del presupuesto de las facciones politiqueras madrugadas el 4 de septiembre. Esas perspectivas no se han cerrado porque Mendieta haya escalado el poder y sea «un espíritu abierto a todas las posibilidades democráticas», o, quieran creerlo, para frenar su miedo ante la inminencia objetiva de perder su dominio, las clases explotadoras. No se explica, por otra parte, que, si el «mongonato» disolvió el «carácter nacional del cubano», pueda él recuperarse por el sólo hecho de haberse ido de Palacio Grau San Martín. Ni tampoco, como, en pura doctrina democrática, si Mendieta se debe a esos principios se le pida que suprima, en nombre de ellos, los derechos elementales del proletariado para organizarse y luchar por su mejoramiento.

El fenómeno social no se crea artificialmente. Afirmar que la convulsión que hoy agita al mundo y, particularmente a Cuba, es producto de Moscú y de unos cuantos «intelectuales presumidos» y agitadores a sueldo, significa, sencillamente, ignorancia o mala fe. Si así fuese, nada más fácil que liquidar esa situación. Con suprimir a esos intelectuales y a esos agitadores estaba todo resuelto. La prueba más concluyente en

^b «de ese régimen, que en Cuba opera firmemente condicionado por el imperialismo norteamericano.».

contrario es que, a pesar de haberse puesto en práctica el procedimiento^c en todas las latitudes, la crisis general que atraviesa el capitalismo se intensifica por días, acelerándose, paralelamente, el crecimiento revolucionario mundial y el carácter combativo de los partidos comunistas. Esa crisis adquiere en Cuba peculiar agudización a causa del cúmulo de contradicciones que minan su estructura histórica. Por eso, se hace tan sombrío el horizonte para la burguesía y terratenientes nativos y hay pavor en los ánimos y todas las medidas para superar el caos resultan inútiles al primer contacto con la realidad. La miseria y el hambre no se satisfacen con vana palabrería, ni con programitas de circo. Ya las masas han visto claramente, el camino dramático y violento de su genuina liberación. Ya las masas no reaccionan ante el arado y el gallo, ni ante las combinaciones alfabéticas y los engrudos seudomarxistas de sus líderes. Los tiempos son otros. Vivimos en 1934, en plena catástrofe capitalista, con la economía mundial escindida en dos porciones antagónicas, entre preparativos de guerra, con el ambiente tenso de angustia y la miseria más espantosa madurando las premisas de la insurrección proletaria. Y Cuba, la más codiciada factoría azucarera del Caribe, no resulta el paraíso en medio de ese infernal pandemonium.

La agitación comunista cubana, no es, por ende, un «fenómeno exógeno a su contextura social», ni nada tiene que ver con la sensualidad típica que nos achacan, sin más averiguación, los reporteros de *ten-cents*. El comunismo se nutre precisamente de ella —de nuestra desajustada estructura social—, hunde su raíz y toma su fuerza en las condiciones objetivas del país. Al adquirir estas expresión política en la conciencia de las masas cubanas —condenadas al hambre y a la desocupación por la «contextura social» imperante— el Partido Comunista, su vanguardia de acero, que combate denodada y abiertamente por darles tierra, pan y libertad, ha visto engrosar sus filas y el movimiento obrero tomar ritmo ascendente hacia planos más elevados de lucha, que tiene concreciones culminantes en grandes movimientos de huelgas en la ciudad y en el campo. Las facciones burguesas de oposición, en su interesado afán de desviar al pueblo oprimido de la única salida real de la crisis, que no puede ser otra que la revolución agraria y antimperialista, descargaban toda la responsabilidad de la

^c «el método».

situación primero en Machado y después en Grau San Martín. Ahora repetirán el gastado disco los desplazados por Mendieta, Batista, Caffery y el ABC. Pero, en rigor, lo único que existe es una crisis profunda, sustantiva, de todo el sistema de explotación colonial-burgués-terratiente, del cual todos esos núcleos son fieles perros de presa. El gobierno de concentración reaccionaria, del que la señora Pilar Jorge de Tella parece aguardar frutos benditos, no podrá hacer otra cosa que arremeter, fieramente, sin contemplaciones prácticas ni escrúpulos teóricos, contra el movimiento obrero y defenderse de la crisis a costa del nivel de vida de las masas, imponiendo el orden fascista sin discernir la calidad de los métodos. Esperar otra conducta de él sería como pretender que San Pedro diera trabajo en el cielo a los desocupados.

Combátase el comunismo en nombre del orden burgués, que se resiste a entregar el aparato de producción a sus poseedores legítimos, que no puede resignar mansamente su explotación aunque quisiera. Combátase con principios que, aunque falsos, tengan por lo menos fisonomía de principios. Siempre habrá, entonces, margen para la polémica. Pero no se venga a estigmatizarlo en nombre del jabón y el agua, la media de seda y el maquillaje. Y mucho menos en nombre del «buen gusto». Es duro creer que la señora Pilar Jorge de Tella —que goza fama de mujer culta, inteligente, comprensiva y avanzada— piense eso en serio. ¿Quién dijo, además, que el comunismo está reñido con el aseo? ¿Y que la limpieza es indicio de vacilación ideológica? ¿Y que la ordinarietà es requisito ineludible para ser buen dirigente? ¿Quién dijo eso o dónde se leyó?

El argumento no puede ser más pueril. Con todo, voy a suponer que la señora Tella tiene razón: que la mujer cubana no tiene otro interés vital que lucir bien y el revolucionario responsable se sienta a la mesa —cuando se sienta— sudoroso, jadeante y fatigado, y a veces huele mal y lleva meses enteros un mismo traje, sucio y remendado. ¿Y eso, por gusto, por mero deporte, por amor al hambre y a la suciedad, nacido al contacto de las doctrinas marxistas? No, señora Tella. No se confunda la sociedad comunista, con la lucha heroica y diaria por realizarla.^d El militante abnegado carece de tiempo para pensar en sí mismo. La

^d «la sociedad comunista, **fase superior de la convivencia humana**, con la lucha heroica y diaria por **lograr** realizarla.»

pugna es tan absorbente que el individuo llega un momento en que vive a contrapelo de las más elementales necesidades: se autosuplicia para que el sufrimiento, la injusticia y el hambre desaparezcan del mundo, a expensas de innumerables hombres de temple iluminado que lo regalan todo para que el futuro sea distinto. Yo he visto a compañeros, pasarse días enteros, curvados en la faena, sin otra preocupación que acelerar, con su sacrificio, la redención de los oprimidos. Los he visto «volando turnos», y venciendo el sueño a golpes de voluntad. Yo he visto, con el corazón estrujado, a Rubén Martínez Villena, que usted conoció, quemar, jubilosamente, sus pulmones en la brega diaria y he visto a Gabriel Barceló morir prematuramente por subordinar su salud precaria al triunfo de la causa por la que luchó. El espectáculo es para emocionarse y no para fabricar frasecitas despectivas a su costa. ¿No se conmovió usted nunca ante Charo Guillaume, enferma, despreocupada de sí misma, admirablemente clavada en la cruz de su destino? Hay una grandeza oscura en todo eso que no puede percibirse, sino excepcionalmente, desde la apacible y perfumada orilla donde sobra la molicie y el dinero para escoger la media de seda y acicalarse cuidadosamente, donde el «rouge» y la esencia cobran sentido de categoría histórica. En la opuesta se vive mal y se come peor y son la mayoría de las cubanas las que se ven sometidas a esas terribles condiciones para que viva bien y coma mejor el reducido núcleo de cubanas que, al amparo de esa inhumana situación, derrochan el traje de buen corte y conocen al dedillo el prehistórico *Manual de Carreño*. Vea, pues, señora Tella, cómo su dialéctica se vuelve contra usted misma, con evidente perjuicio de sus ideas feministas.

El comunismo —que no es la dictadura del proletariado— es una forma superior de vida social. Tiende precisamente a la superación colectiva del «*standard*» de vida. En esa sociedad cada cual tendrá, no «lo justo para no morir», sino «lo justo para ser dichoso». La dictadura del proletariado es el instrumento necesario que... ¿Pero no resultaría absurdo que yo intentara convencer a la señora Pilar Jorge de Tella de cosas que ya ella ha deformado a su gusto y medida?

De todos modos, convénzala o no, y en consonancia con el decreto de abolición de la careta en los carnavales, se ha declarado ya, en defensa de Cuba y de la «revolución» triunfante el 18 de enero, la guerra a muerte contra el comunismo. Ley-decreto sobre las huelgas, Ley de

defensa del Estado, calcada de la República española y de la del régimen sangriento de Hitler, exhortaciones cotidianas del *Diario de la Marina* a que se persiga y extermine a los comunistas a quienes, dolosamente, se les acusa de poner las bombas nocturnas, estudiantes de izquierda presos por tiempo indefinido, ametrallamiento de obreros en el central Preston. Ni es para sorprenderse, ni mucho menos para asustarse. El procedimiento es correlativo a la estructura social y económica del gobierno de concentración reaccionaria, que parió mister Caffery y comadroneó Fulgencio Batista. Lo que resulta pueril es intentar romper con decretos, vociferaciones, y amenazas terribles el frente de los oprimidos. La tensión revolucionaria no se relaja con papelitos. Las situaciones históricas que responden a una distribución objetiva de factores no se liquidan con decretos fascistas, ni con reglamentaciones represivas. Si la demagogia desconcierta y divide las masas y retrasa el proceso revolucionario, en su conjunto, la opresión, en cambio, lo acelera. No se olvide que el comunismo cubano^e encontrará su mejor levadura en la represión sistemática y brutal del movimiento obrero, en la supresión a sangre y fuego de las huelgas y de todos los derechos democráticos, en la política de hambre y desempleo, en la persecución y en la cárcel, en el desplazamiento de las riquezas nacionales en favor del imperialismo y en las milicias de asalto y el aceite ricino.

La técnica fascista en los países coloniales y semicoloniales es la víspera de la revolución agraria y antimperialista.

[20 de agosto de 1934]

^e «el movimiento comunista cubano».



CHAMPAGNE UNIVERSITARIO





No hay que hacerse ilusiones. Bajo el actual orden de cosas la Universidad no llegará nunca a lo que puede y debe ser. Por mucho que se lograra llevar adelante el proceso de la reforma universitaria la institución seguirá siendo, en última instancia, la expresión ideológica de los intereses históricos dentro de los cuales vive. La Universidad nueva, la Universidad maravillosa que dibujan los pedagogos y vibra en las proclamas estudiantiles no podrá existir sin la previa modificación revolucionaria de la estructura económica del régimen político y social vigente.

Sin embargo, la reforma universitaria habrá llenado su objeto, habrá cumplido su alta misión —singularmente en un país de tipo colonial como Cuba, en manifiesto retraso histórico— si, como afirma el profesor argentino Alberto Palcos, depura a la Universidad de los malos profesores, que toman el cargo como empleo burocrático; si permite que tengan acceso al profesorado todos los capaces de rendir una tarea fecunda, sin excluirlos por sus convicciones políticas, sociales o filosóficas a menos que ellas sirvan de base a sistemas de vida atentatorios a la dignidad humana; si neutraliza, en parte, por lo menos, el chauvinismo y fomenta en los educandos el hábito de la investigación y el sentimiento de la propia responsabilidad. En el mejor de los casos, la reforma rectamente entendida y aplicada puede contribuir a evitar que la Universidad sea, como es en rigor en todos los países, como lo fue en la misma Rusia —sitio donde se daba, sin embargo, una intelectualidad avanzada que a la hora del cuajo saboteó escandalosamente a la revolución— una Bastilla de la reacción, esforzándose por ganar las alturas del siglo. En este sentido, la coyuntura histórica demanda de la misma una misión específica, que entre nosotros deviene consigna de orden: luchar sin tregua ni cuartel contra el desbordamiento creciente del imperialismo y la amenaza cada vez más inmediata, en todos los frentes de los partidos de las clases dominantes, del terrorismo fascista. En este desplazamiento del terreno puramente académico estriba precisamente el gran valor político y social

de la reforma universitaria, que no es sólo un problema de aulas ni de autonomía, sino un fenómeno histórico que tiene su raíz en otro más general y profundo, determinado por el nivel de desarrollo de la crisis económica y la nueva correlación de fuerzas en las relaciones de clase. Por esta ligazón previa e ineludible de las reformas universitarias con el proceso social—inadvertida por la mayoría de sus propios protagonistas— ha podido ser, en no pocas circunstancias y especialmente en estos últimos años, una verdadera fuerza de choque revolucionaria. Como también ha sido, con lamentable frecuencia y por razón análoga, una fuerza definitivamente reaccionaria. Y más de una vez un impulso desconcertado, zigzagante, demagógico. En consecuencia, en uno y otro caso, el motivo determinante habría que ir a buscarlo, no en el ámbito estudiantil aisladamente, sino a la vez en las condiciones objetivas generales del país.

Nuestro aporte teórico al movimiento de la reforma universitaria en su experiencia cubana no daría siquiera para llenar un volumen. En cambio, en cuanto a calidad resiste victoriosamente cualquier cotejo con los más sobresalientes esfuerzos que exhibe la bibliografía continental. En este sentido, los trabajos de Julio Antonio Mella, Alfonso Bernal del Riesgo, Aureliano Sánchez Arango, Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez sobre la materia evidencian cabalmente el acierto. Ha faltado, sin embargo, el ensayo de conjunto con un criterio rigurosamente marxista.

Las páginas que aquí reúno fueron escritas al servicio de la reforma universitaria en su etapa actual. Concebidas al calor de los acontecimientos y subordinado en más de una ocasión el rigor crítico a la necesidad política del instante, predominan en ellas lo episódico, la visión fragmentaria, el espíritu polémico, la sobreestimación deliberada. Si algún valor tienen, a pesar de eso, no soy yo el llamado a constatarlo.

Reapertura de la Universidad

La Universidad de La Habana —dos veces centenaria y ahora autónoma— reanudó, oficialmente, ayer tarde,* su vida académica, colapsada durante cuatro años de opresión y barbarie. La apertura del curso 1933-1934 se inicia en circunstancias históricas verdaderamente críticas. Acaso sea este el más difícil, turbulento y complicado estadio que Cuba ha vivido. La crisis general que convulsiona al régimen capitalista se agudiza, particularmente, en esta factoría azucarera yanqui, donde, por eso mismo, el problema político asume perfiles dramáticos.

La Universidad fue brutalmente clausurada por una dictadura sombría, que, como todas, cimentaba su estabilidad en la fuerza homicida de las armas. Abrió ayer sus puertas, en espléndido concierto de banderas y júbilo legítimo, bajo «otro» gobierno que, no obstante considerarse producto de las masas y respaldado por ellas, enraíza su sangrienta vigencia en procedimientos análogos al de Machado y al de Céspedes. Las bayonetas, en plena «revolución auténtica», continúan siendo el signo dominante. El mismo ejército que persiguió y atropelló y asesinó a la valerosa muchachada revolucionaria durante el mando siniestro de Gerardo Machado está hoy en el poder, en usufructo directo del aparato político. Nuevos oficiales, extraídos de la tropa, sustituyen, en su habitual gestión parasitaria, a los oficiales depuestos el 4 de septiembre. En rigor, entre estos y aquellos, como conjunto, como casta al servicio de las oligarquías políticas que se han turnado el gobierno y del imperialismo yanqui, no existe diferencia alguna, y, en rigor, también, las excepciones confirman la tesis. El estudiantado cubano, que

* 14 de enero de 1934.

tan heroicamente se batió contra el sistema impuesto por Machado y los intereses extranjeros y nativos que lo determinaban y nutrían, sobre la base del predominio militar en detrimento del poder civil, está, pues —sépanse de una vez— frente a unos y a otros. La reapertura de su casa de estudios lo encuentra en su aguerrida y generosa postura de siempre. En magna asamblea, recientemente celebrada, el estudiantado universitario fijó, concretamente, su línea política general en estos momentos: contra la reacción imperialista y el sectarismo político, por la total desvinculación de la masa estudiantil del gobierno de Grau y de los que lo sustituyan, frente a los cuales adoptará, una actitud independiente y combativa, en defensa de sus intereses específicos y de los intereses y derechos populares.

La Universidad no ha podido superar, hasta ahora, el nivel colonial. Su fisonomía de hoy es la misma que contemplaron los usufructuarios de la factoría española. La revolución de 1895 no pasó por ella. En definitiva, porque fue un escamoteo histórico. Su organización, su estructura misma, descansan sobre normas y criterios feudales. La relación del estudiante y del profesor ha sido la del vasallo con el señor de horca y cuchillo. El profesor ha ejercido su cátedra, casi siempre anémicamente servida, investido de un derecho divino que él mismo se ha otorgado. De esta suerte, lo que debió y debe ser compenetración dinámica de partes que se complementan recíprocamente, ha sido pugna, a veces sorda, otras abierta. Y la experiencia demuestra que poco se aprende de aquel a quien se odia o se teme.

Se impone la necesidad de reorganizar, sobre bases nuevas, la Universidad. No basta decretar su autonomía para que la ansiada transformación se verifique por sí sola. Ni tampoco con recoger en el estatuto unos cuantos principios más o menos detonantes. La reforma no arranca del estatuto. Este debe ser su consagración, su cáscara jurídica. Es a la realidad misma a donde debe irse, a la entraña del problema. Una estructura ideal nada resuelve, por acabada y bella que sea.

Reformar sustantivamente la Universidad, adaptarla al ritmo de los tiempos y a la realidad política y social cubana: he ahí la tarea inmediata e ingente que tienen ante sí profesores y alumnos. Esto sólo puede lograrse por un estudio acucioso y profundo de las posibilidades universitarias y de las condiciones históricas dentro de las cuales la Universidad ha de funcionar. Entidad viva y actuante, estará, por eso mismo, sujeta a las

alternativas del proceso político. La experiencia vivida es terminante en este sentido. La Universidad no puede ser apolítica. Los antagonismos políticos y económicos que constituyen la trama de la vida histórica —lucha de clases— penetran en ella y la escinden en dos grandes porciones esenciales y sus ramificaciones correspondientes. Por eso, como institución, sólo deberá pronunciarse en problemas que afecten, por igual, a todo el agregado estudiantil. La coincidencia de enfoque y táctica en una circunstancia determinada permitirá que, temporalmente, tan heterogéneo conglomerado se unifiquen, sin perjuicio de que cada núcleo político mantenga, en ese frente único, su independencia ideológica.

Pero si la lucha política seguirá planteándose en su seno en dos direcciones centrales, derecha e izquierda, cabe, sin embargo, la unificación de fuerzas en el terreno académico. El estudiantado en pleno anhela una Universidad democráticamente estructurada y científicamente organizada. Por ella ha luchado y continuará luchando. Es ahora, precisamente, que ese combate por nuestras demandas exige de todos los estudiantes una militancia denodada y responsable. Vayamos, de una vez, al logro de nuestras aspiraciones.

Aureliano Sánchez Arango, en su discurso de ayer tarde en el Aula Magna, subrayó las directrices que han de regir la nueva Universidad. Ningún profesor que se estime intelectualmente puede alegar razón de peso en contra. Lo que se pide es realizable. La oportunidad es propicia y ocupa el Rectorado un profesor encendido de afanes renovadores, el doctor José A. Presno.

A la Universidad se le ha concedido ya la autonomía. Una autonomía limitada, precaria, pero no impermeable a las reformas que queremos. Si las obtuviéramos, por primera vez se habría conseguido algo eficaz en una Universidad donde todo está por hacer.

Docencia libre, participación, por partes iguales, de los profesores y estudiantes en el gobierno de la Universidad, planes de estudio rigurosamente científicos, matrícula y vivienda gratis para los estudiantes pobres y medios, enseñanza experimental, seminarios vocacionales, extensión universitaria, universidades populares: he aquí las premisas indispensables para la edificación de una Universidad mejor.

Una Universidad de este tipo constituiría la ofrenda más alta y perdurable que el estudiantado puede hacer al recuerdo glorioso de los compañeros caídos en la lucha heroica contra Machado y el imperialismo.



La reforma universitaria en marcha

La insurrección estudiantil ha estallado impetuosa y magnífica. Se ha declarado la huelga indefinida hasta que el gobierno nos reintegre la autonomía y el Consejo Universitario resuelva favorablemente el pliego de demandas que le hemos sometido a su consideración. No podrá el Claustro alegar esta vez que nos hemos lanzado a tan extrema actitud, ni improvisada, ni arbitrariamente. Si se ha recurrido a la huelga ha sido por culpa de los propios profesores, por su resistencia sistemática a dar curso y viabilidad a las peticiones estudiantiles, por justas y fundamentadas que sean. La experiencia de estos últimos tiempos lo demuestra cumplidamente. No hay un sólo caso en que la docencia acceda a nuestras demandas por la razón que las asiste y, mucho menos, por el impulso renovador que las inflame. Sólo en última instancia, ante la perspectiva egoísta de verse despojado del cocido, o por la fuerza incontrastable del estudiantado, el profesorado cede. O déspotas ensoberbecidos, o esclavos abyectos: no parecen conocer otra postura.

El Comité Estudiantil de Huelga, compuesto por los más destacados dirigentes de todos los núcleos universitarios, ha explicado ya públicamente, el origen, desarrollo y estado actual del conflicto.

El primero de diciembre —dice en su boletín— la Asamblea de Delegados de Curso presentó al Claustro de profesores de la Universidad un pliego de demandas académicas que, por su justicia, debió a lo menos, ser considerado por dicho organismo. En vista de que el tiempo transcurría sin que el Claustro resolviera ninguna de las peticiones planteadas, la Sección Universitaria del Ala Izquierda Estudiantil convocó a una asamblea general de estudiantes, el 30 de enero, (casi dos meses después) la que elaboró otro pliego de demandas, que fueron planteadas,



conjuntamente, con las de la Asamblea de Delegados de Curso. Estos pliegos planteados, no sólo tenían identidad, sino que se complementaban. A instancias del Rector de la Universidad, se amplió a diez días el plazo que había sido dado por la asamblea, de 48 horas. Transcurrido este nuevo plazo, la respuesta fue un nuevo plazo para conocer el informe de las Facultades. Ya vencido el plazo fijado y la última prórroga, el 17 de febrero se celebró una nueva asamblea general de estudiantes, con la asistencia del Rector y de los Decanos de Medicina y Letras y Ciencias. Después de una amplia discusión, y con la realidad presente, de dar tiempo a todas las peticiones, la asamblea general acordó ir a una huelga hasta que el Consejo universitario resolviera en forma definitiva las demandas planteadas.

Estas demandas comprenden, desde la participación inmediata de los estudiantes en el gobierno de la Universidad hasta la supresión del examen de grado y del pago de los derechos del título, incluyendo

las clases nocturnas para los estudiantes que no puedan concurrir durante el día; curso académico de ocho meses durante dos años y medio, en la forma siguiente: seis meses para clases (150 días de clase como en los años anteriores, según acuerdo de todas las Facultades, desde 1928) y dos meses para exámenes y vacaciones; confección de los horarios de clase y de exámenes por los profesores y alumnos, y la sesión única de clase; no asistencia obligatoria a las clases, excepto a las prácticas, donde se requerirá el ochenta por ciento de asistencias; supresión de los exámenes totales de fin de curso, calificándose los alumnos por los exámenes parciales, habiendo sólo pruebas de este tipo a fin de curso, supresión de las incompatibilidades de asignaturas y de la precedencia de éstas en el momento de matricularse; confección por los profesores de los programas de las materias a principio de curso, entregándose los mismos a los alumnos y obligación del profesor de señalar textos para el estudio, o, en su defecto, entregar versiones taquigráficas de sus conferencias al alumnado, repartiéndose gratuitamente las mismas por las distintas Facultades; enseñanza física no obligatoria y la creación de un Buró oficial de empleados para gestionar toda clase de trabajo a estudiantes y graduados.

El lenguaje del aludido boletín del Comité Estudiantil de Huelga es correcto, sin dejar de ser enérgico. No se pide, como se habrá visto, lo que no puede otorgarse. Lo que, en el orden económico, falte, debe

exigirse virilmente al gobierno por profesores y alumnos. La Universidad está obligada, como institución, a reclamar la adecuada consignación en el presupuesto y protestar, en todo momento, de que sus necesidades científicas y administrativas se vean sacrificadas al mantenimiento de un aparato de represión innecesario e insolente. La Universidad debe exigir, con igual celo y decisión, la intangibilidad de sus fueros, desconocidos por el gobierno fascistoide de Mendieta, y el pleno ejercicio de la libertad científica, que aparece concretamente vulnerada en el medieval «Proyecto de Decreto-Ley de Defensa de la Revolución», elucubrado por plumas abecedarias, y los medios indispensables a la verdadera realización de su alto cometido cultural como primer centro docente del país. En este sentido, precisa que la Universidad se manifieste en apretado frente de lucha. Lo que en esta coyuntura no se conquiste, será sumamente difícil lograrlo mañana. El gobierno va, limpio de escrúpulos, en loca carrera, por la pendiente de la reacción machaquizante y del entreguismo descarado a Wall Street.

Las demandas planteadas por la Asamblea General de Estudiantes Universitarios, a través de su Comité de Huelga, constituyen, en su totalidad, salvo las determinadas por las circunstancias anormales en que ha vivido el alumnado en estos últimos años, las bases para iniciar sobre ellas la realización plena de los postulados de la reforma universitaria.

La Universidad y la época reclaman perentoriamente esa reforma. La Universidad no puede seguir enraizada en bases pedagógicas, administrativas y científicas en pugna con el espíritu renovador del alumnado y la efervescencia política que enciende el país, que se cuele, en llamarada traviesa, por la escalinata hasta el centenario laurel, a cuya sombra fragante más de una vez Julio Antonio Mella levantó su verbo cargado de gérmenes nuevos. Hay una contradicción profunda, esencial, entre su arcaica estructura, al servicio del profesionalismo y de la reacción, y las apetencias y reivindicaciones estudiantiles y populares. Su externo esplendor —que ha deslumbrado más de una pupila turista— es puro maquillaje: Quasimodo en el rol de Brummell. Bajo esos afeites ornamentales, que pretenden ocultar la giba monstruosa, se percibe el trabajo sutil y mortal de la arteriosclerosis. En consecuencia, la tarea es una y el deber ineludible: convertir en amanecer triunfal lo que es ya crepúsculo sin gloria.

El alumnado universitario lucha, desde hace más de diez años, por ese renacimiento. Por viabilizarlo, ha sufrido persecuciones y reveses

y ha rubricado y ennoblecido sus afanes de mejoramiento con la sangre generosa de sus elementos mejores. Julio Antonio Mella, Rafael Trejo, José Elías Borges y Gabriel Barceló combatieron también por transformar la Universidad. Es su mismo espíritu el que anima a los que hoy intentamos lograrlo.

La lucha que mantenemos, con inquebrantable firmeza, no es, pues, una huelga más. No se hace para no estudiar, ni para adquirir a su costa vías ilícitas de acceso a los títulos. Nos impulsa, por lo contrario, un noble afán de superación, sin el cual los estudiantes carecen de autoridad moral para exigirle un esfuerzo mayor a sus profesores. De otro modo, nuestra postura estaría viciada de origen. Pero las demandas planteadas no constituyen, no pueden constituir, nuestra aspiración final. La reforma universitaria no es sólo eso. No debemos ceñir nuestras exigencias a la simple participación del estudiantado en el gobierno de la Universidad ni a conquistas de orden subalterno. Nuestra acción debe orientarse, resueltamente, en la renovación total de los métodos de enseñanza, en la docencia libre, en la vinculación efectiva de la Universidad con el proceso social por medio de una bien dotada Facultad de Ciencias Sociales y de universidades populares, en la gratuidad de la matrícula para los que carezcan de recursos económicos, y, antes que nada, en la consecución inmediata de nuestra autonomía, que es el instrumento indispensable para llevar adelante ese proceso.

La lucha por la realización de la reforma universitaria está en marcha y nada, ni nadie, podrá ya frenarla, ni desviarla de sus verdaderos objetivos. La calle está con nosotros. Sus anhelos y los nuestros se confunden así en un gran grito de rebelión. La Universidad no debe ser ya más cárcel de la inteligencia ni rémora del progreso social. Toda palpitación colectiva, toda aspiración de justicia debe hallar eco generoso en su seno. Universidad viva, inquieta, rebelde, solidaria de todo pronunciamiento puro, proyectada hacia el futuro.

La Universidad tiene que ser un foco superior de irradiación de ideas, un taller de trabajo, un centro de investigación. Pero no será nada si, además de todo eso, no es un irreductible baluarte de lucha contra la opresión y el despotismo.

[1934]



La premisa previa

El conflicto estudiantil está a punto de ser favorablemente resuelto en su aspecto universitario. La opinión general es que el Claustro aceptará todas nuestras peticiones. Seguirá, empero, la huelga, hasta que el Gobierno de Concentración Presupuestal presidido por Carlos Mendieta nos restituya la autonomía universitaria, omitida aviesamente en su estatuto constitucional, instrumento político del más puro corte reaccionario. No resulta ocioso recordar que esta deliberada omisión suscitó la más cálida y viril protesta en el estudiantado universitario que, advirtió en ella, una burla sangrienta a todos sus sacrificios y esfuerzos por conquistarla, durante largos años de lucha. La protesta estudiantil, que, a la vez, iba enderezada contra la supresión de la pena de muerte a los asesinos y porristas de Machado, fue violentamente reprimida por la fuerza pública, no obstante que al frente de la manifestación iban las madres de Alpízar y de González Rubiera. Solamente por esto merecen ser arrastrados por las calles los que hoy detentan el poder.

Poco importa, en definitiva, que el Claustro acepte nuestras demandas si la Universidad va a seguir sometida a «la alta inspección del Estado». Sabemos ya, en carne propia, lo que encierra esa frase pomposa: puerta abierta a la incompetencia y caldo de cultivo de la sumisión, control político de la docencia, planes de estudios más atentos a satisfacer los compromisos de la oligarquía gobernante que a las necesidades del proceso científico y pedagógico, mediocrización de la enseñanza, opresión profesoral. En una palabra: retornar a la Universidad machadista, a la Universidad que nos vejó y expulsó, y en la que el dominio de sus destinos por parte del poder ejecutivo fue de tal alcance que Gerardo Machado llegó a ser el verdadero Rector.



La Universidad que aspiramos a estructurar es, precisamente, la antítesis de la Universidad machadista. No podemos, no queremos seguir siendo juguete, como hasta ahora, de la camarilla de turno. No estamos dispuestos a seguir tolerando la ingerencia gubernamental en nuestros asuntos. Cuando la Universidad deja de ser dueña de sus propios destinos, cuando su dirección científica y administrativa no dimana de sus elementos componentes, ha dejado ya de existir como tal. La Universidad, para que realice una función social útil y pueda desarrollar libremente su capacidad creadora, tiene que estar absolutamente desvinculada de las combinaciones y maniobras politiqueras del gobierno.

La durísima experiencia vivida no ha sido en vano. El propio profesorado, que durante largo tiempo vegetó a la sombra ominosa de aquel régimen, lo primero que exigió a la caída de Machado fue, evidenciando así su propósito de rectificar su conducta, como ya lo había hecho en el orden político al incorporarse a la lucha contra la tiranía, la autonomía universitaria, concedida por el decreto de 6 de octubre de 1933 del gobierno de Grau San Martín, para ser desconocida por el de Mendieta. En estos momentos, el profesorado, que nada ha resuelto aún sobre nuestras demandas, ha declarado ya, sin embargo, su voluntad de luchar junto con nosotros hasta reconquistarla.

La autonomía es la premisa previa de toda genuina reforma académica. Sin ella, bajo la «alta inspección del Estado», controlada la Universidad por la Secretaría de Instrucción Pública, todo lo que se intente y consiga en este sentido no pasará de ser una farsa. La autonomía, la desvinculación plena y real de nuestro primer centro docente del poder político, es el instrumento indispensable para transformarlo, es el vehículo de la reforma universitaria.

El Comité Estudiantil de Huelga no debe, pues, ceder un ápice en el empeño de reconquistar la autonomía. Por lo pronto, continuamos en huelga. La respuesta que el gobierno dé a nuestra exigencia condicionará nuestra actitud futura. A este respecto, podemos adelantar que estamos dispuestos a mantenerla en cualquier terreno y preparados a toda eventualidad.

Unión, disciplina, combatividad: he ahí el secreto del triunfo.

[1934]



Reconquista revolucionaria

La Universidad ha reconquistado, por la acción solidaria y enérgica de sus alumnos a través de una formidable huelga general, la autonomía académica y administrativa, que, otorgada por el gobierno de Grau San Martín, había arbitrariamente desconocido, al promulgar su Estatuto Constitucional, el presidido por Carlos Mendieta. El logro pleno de su pliego de demandas presentado al Claustro, y la inmediata inclusión de la autonomía en la nueva y vieja ley constitucional, ha evidenciado, una vez más, lo que puede y hasta dónde resulta invencible la fuerza bien proyectada y unida de los estudiantes. Ni dádiva, ni limosna. Movilización para obtenerla, dirección viril y acertada de los miembros del Comité Estudiantil de Huelga, cohesión absoluta de la masa, reconquista revolucionaria: he ahí el sentido concreto y profundo del hecho. Mediten unos minutos los compañeros lo que ello significa y promete para nuestras contiendas futuras y advertirán la necesidad indispensable de articular nuestros intereses generales, políticos y académicos, en un irreductible frente de acero. La lección es clara. Sólo por este medio, por la militancia solidaria y denodada en defensa de nuestros derechos y como vehículo para la consecución de nuestras aspiraciones, estaremos siempre en capacidad de vencer.

Perspectivas fecundas y luminosas se abren para la Universidad de La Habana, con la reconquista revolucionaria de su autonomía. El triunfo obtenido ha llenado de legítimo júbilo a profesores y estudiantes, que ven, facilitadas por ella, las vías para la estructuración de una Universidad mejor, empeño hermosísimo en el que, unos y otros, hemos puesto nuestras esperanzas y nuestra decisión. La Universidad festejó tan resonante y fundamental victoria con una velada



que se caracterizó por la sobriedad discursiva y la alegría propia y sana de la mocedad estudiantil.

El rector, doctor José A. Presno, inició el acto con unas palabras limpias de retórica y fuertemente esperanzadas en tiempos mejores para la institución que, hasta ahora, ha regido con mano firme y serena, sorteando con éxito, los múltiples problemas y complicaciones que ha venido confrontando en su difícil gestión. El estudiantado confía en el doctor Presno, para el logro cabal de sus aspiraciones, alimentadas por largos años con tenacidad ejemplar, de una Universidad a la altura de la época, abierta a todas las ideas y prácticas científicas, consciente de su alta misión. En ese sentido, puede adelantarse que los estudiantes no perderán coyuntura, ni escatimarán sacrificios, para liquidar las supervivencias del pasado universitario, que, por su viciada naturaleza, lastrarían, frustrándola, su tarea renovadora.

El doctor Félix Martín, profesor de la Escuela de Ingenieros, leyó, a continuación del Rector, y en nombre del Claustro, unas cuartillas precisas y claras, en las que, además de calibrar la magnitud de la reconquista lograda, subrayó la trascendencia que para el funcionamiento armonioso y seguro de la maquinaria docente representaba la colaboración equilibrada de profesores y alumnos en la dirección de la Universidad. Sin ese equilibrio no hay democracia universitaria posible.

A esa organización universitaria corresponde una disciplina también nueva. Nunca se repetirá demasiado el postulado de Goethe que establece «que sólo se aprende de aquel a quien se estima». En su entraña está, precisamente, el germen de la disciplina que debe imperar en la Universidad Autónoma. Ni la letra, ni la estimación, ni el respeto, entran por despóticas disposiciones. «Fundar la garantía de una paz fecunda en el artículo conminatorio de un reglamento o de un estatuto es, en todo caso, amparar un régimen cuartelario, pero no una labor docente, ni científica.» La coacción es la semilla de toda rebeldía. No será necesario sacar la pupila del recinto universitario para verificar la validez del aserto. Por eso, no hay disciplina más justa que la que nace del recíproco acatamiento de los derechos y deberes de las partes, ni más pura estimación que la que mana, espontáneamente, de la constatación práctica del valer ajeno. Sobre ese tipo de disciplina y de estimación es que debe cimentar su vigencia el orden universitario. De ese modo, queda hasta donde es posible frustrada la contingencia de que la

Universidad vuelva de nuevo a trocar su condición primaria de tribuna libre de pensamiento por la de tribunal al servicio de intereses particulares, o de las exigencias políticas de los gobiernos reaccionarios. De ahora en adelante, la más íntima y fértil armonía debe vincular a estudiantes y profesores, que en su función respectiva, de aprender aquellos y de enseñar estos, en vez de excluirse, formal y sustantivamente, se complementan. No hay Universidad sin alumnos, ni puede haberla sin profesores.

Una Universidad totalmente distinta a la que hasta ahora hemos tenido, de fisonomía y contenido nuevos, es la que queremos establecer. Una Universidad que tenga, como directrices cardinales, la compenetración docente y científica de alumnos y profesores y la corresponsabilidad de ambos elementos en el gobierno universitario; una Universidad en la que la libertad científica tenga calor de hogar; en la que no haya discriminación social ni étnica; en la que la más rigurosa investigación científica se hermane a la más alta dispensación de conocimientos técnicos y profesionales. Una Universidad, en suma, digna de llamarse así.

Aureliano Sánchez Arango —el orador estudiantil de la velada conmemorativa de la reconquista de la autonomía universitaria— señaló, en su magistral exposición del intenso proceso revolucionario que vivió el alumnado hasta obtenerla, la importancia que asumía aquella como premisa indispensable de toda profunda y radical reforma académica. Entendiéndolo así, fue que Julio Antonio Mella —evocado por Sánchez Arango, como propulsor primero e infatigable de la autonomía— planteó la consecución de esta como garantía suprema de la implantación efectiva y perdurable de los postulados de la revolución universitaria de 1923. Concedida a medias por Zayas, la autonomía universitaria fue violentamente arrebatada por Machado, disolviendo a la vez la Asamblea Universitaria y la Federación de Estudiantes. Esto aconteció en 1925. Sánchez Arango destacó, con palabra fácil y cálida, los lineamientos centrales que presidieron el desarrollo de la lucha revolucionaria de los estudiantes en su doble aspecto académico y político, desde 1925 hasta hoy. Precisó, remarcándola, la significación histórica y revolucionaria de reconquistar la autonomía —omitida en su Estatuto Constitucional por el gobierno reaccionario que nos rige— por medio de la solidaridad combativa de la masa estudiantil,



que no hubiera retornado a las aulas hasta obtenerla. Con la autonomía —concluyó Aureliano Sánchez Arango— poseemos ya el instrumento que nos va a viabilizar la edificación de una Universidad mejor.

No será ello faena de un día, ni de un año acaso. Ninguna obra de verdadera transformación puede hacerse en menos de lo que canta un gallo, ni deslizarse sobre un lecho de rosas. Tiempos duros, ajetreados y de pugna a brazo partido con las viejas fuerzas que, subterráneamente, ensayarán reconquistar sus privilegios perdidos, se avecinan para nosotros. Pero responsabilizarse en ese empeño y rematarlo triunfalmente, es obligación inmediata que tienen contraída con la época y el país, los profesores y estudiantes.

[1934]

Reforma: no trampolín

El llamado movimiento de reforma universitaria es uno en América y tuvo su brote inicial en Córdoba, Argentina, en 1918. Los estudiantes cordobeses se lanzaron a la revuelta contra su casa de estudios porque ella sólo había sido hasta entonces «el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos de la inteligencia y, lo que es peor aún, el lugar donde todas las formas de tiranizar e insensibilizar hallaron la cátedra que las dictara». No era aquella una de esas típicas algaradas estudiantiles que llenan con su estruendo infecundo buena parte de la historia universitaria de América. Era un movimiento de hondo sentido histórico y de vasto y perdurable alcance. Aquel impetuoso estallido juvenil, que representaba la protesta inconsciente del estudiantado contra un orden general de cosas que tenía y tiene en la Universidad su baluarte ideológico, iba a plantear sobre nuevos supuestos políticos y sociales el problema universitario. Nacido en una época de crisis profunda —entre los primeros resplandores de la revolución rusa y los últimos cañonazos de la guerra mundial—, traía el lenguaje empenachado y la fisonomía imprecisa, propias de un instante donde las más opuestas corrientes ideológicas se entrelazaban confundiéndose. Podía ya advertirse en él, sin embargo, un propósito dominante, nítidamente perfilado, que ha sido, en todo momento, por encima de características locales y de tiempo, el denominador común que ha hecho de la reforma universitaria un proceso único: una insurgencia cerrada, de la calle al aula, contra un sistema docente, que, enraizado en supervivencias feudales —derecho divino del profesorado, verboratría, sumisión de la enseñanza al criterio oficial— ha devenido en instrumento de dominación y garantía del

privilegio, abriendo así entre la Universidad y las masas populares, a cuya dignificación y mejoramiento debía haber puesto toda su actividad, un ancho foso insalvable. Por eso, son asimismo postulados ineludibles dondequiera que el fenómeno se produjo con clara conciencia de sus propios fines y madurez objetiva, la autonomía universitaria, la ingerencia estudiantil en el gobierno de la institución, la gratuidad de la enseñanza, la exclaustación de la cultura y la docencia libre.

El sentido de la protesta tuvo primero resonancia argentina y luego proyección americana. Como obedeciendo a una misma consigna, la juventud estudiantil, tocada de una inquietud que nutría su sentido y su fuerza en factores históricos comunes al continente, se manifestó en masa contra el régimen universitario imperante en América y proclamó, en manifiestos que a veces alcanzaron vibración mesiánica, que era preciso transformar sustantivamente la Universidad y ponerla al servicio del pueblo. Lima, Cuzco, Santiago de Chile, México, Montevideo, Medellín, Bogotá, Trujillo, Quito, Guayaquil, Panamá, La Paz y Asunción, contemplaron, no sin sobresalto de las clases dominantes, cómo los estudiantes universitarios se insurreccionaban y enarbolando la bandera de la reforma no cejaban en su actitud hasta que los gobiernos respectivos les concedían sus peticiones. Esas luchas estuvieron repletas de episodios y de contingencias que le imprimen fisonomía peculiar al fenómeno. Los conflictos con la fuerza pública fueron numerosos y no pocas veces, singularmente en Argentina, Chile y Perú, los estudiantes fueron perseguidos y hasta ametrallados en las calles, rubricando con su sacrificio la pureza del propósito. Este dramático proceso, que tiene su trayectoria precisa en todos sus aspectos y fases, no se ha fijado aún concretamente. Sólo poseemos de él versiones fragmentarias y contradictorias y un único intento de sistematización y análisis debido a Ricardo Martínez de la Torre.

El estudiantado cubano supo, a través del doctor Arce, rector de la Universidad de Buenos Aires, de aquella insurrección. El doctor Arce, primer rector reformista de dicha Universidad, traía en su palabra el fuego de la cruzada argentina. Este señor, que tan briosamente encareció el movimiento iniciado en Córdoba, resultó después, como otros muchos que hicieron, ante los frijoles amenazados, profesión de fe reformista, traidor de los más connotados y cínicos. La chispa renovadora prendió en nosotros y, encabezados por Julio Antonio Mella, los



estudiantes universitarios se organizaron para transformar la vieja Universidad colonial, que estrangulaba sus ímpetus y llevaba una vida vegetativa, a espaldas del progreso científico y de la época, en un taller de cultura, atento al ritmo de las nuevas constelaciones. La Universidad tuvo su minuto de gloria. Pero el intento se frustró al cabo, en parte por las inmoralidades de un sector del alumnado que quiso medrar a la sombra de la situación que él había contribuido a crear. La mayoría del profesorado, que estaba renuente a toda exigencia de superación científica, aprovechó la coyuntura y, sirviéndose de los estudiantes filibusteros, maniobró de tal modo que el descrédito del sistema se hizo tangible.

Al escalar al poder Gerardo Machado la reforma universitaria iniciada en 1923 estaba en crisis. Sólo una insignificante minoría permanecía leal a sus principios. Esta minoría se debatía, heroicamente, por reconquistar el terreno perdido. Pero ya la descomposición era tan intensa que cada día se hacía más inminente el triunfo soberbio y aplastante de la contrarreforma. Las conquistas logradas, a costa de sacrificios, tenían una función puramente burocrática. El estudiante hizo de los puestos representativos en la Asamblea Universitaria instrumento de lucro personal. Las prácticas electorales no fueron menos turbias que las maquinaciones de los comités de barrio. La Universidad se retrotrajo, moralmente, a sus tiempos más lúgubres. Mella fue expulsado por un año. La Federación Universitaria y las asociaciones estudiantiles fueron copadas por los elementos más corrompidos. Al plantearse el problema del retorno a sus cátedras de los profesores separados en 1923, el régimen universitario explotó. Machado los restituyó a sus cargos con la complacencia de los dirigentes estudiantiles que se vendieron por una piltrafa, mientras Julio Antonio Mella, el líder immaculado de la reforma universitaria, agonizaba en la huelga de hambre, insultado por ellos. La contrarreforma reinstaló la Universidad sobre los carcomidos cimientos que el movimiento de 1923 intentó barrer. El derecho divino del profesorado, la relación feudal de señores y vasallos, la actividad docente como mero vehículo de producir doctores, la restricción absoluta de la libertad científica, imperaron de nuevo en la institución que el núcleo revolucionario de 1923 ensayó transformar de raíz. Machado hizo lo demás.

La Universidad vivió hasta 1927 la paz de los cementerios. Al producirse la protesta estudiantil contra la prórroga de poderes el

problema de la reforma universitaria quiso plantearse de nuevo. La semilla de la rebeldía de 1923 había germinado en las conciencias a pesar del absolutismo universitario. La Universidad y Machado, perfectamente compenetrados entonces, se encargaron de degollar el éxito del propósito. Los Consejos de Disciplina irradiaron a los componentes del Directorio, que, habiendo fracasado en su enconada lucha por impedir la aprobación de la prórroga de poderes, centraba su actividad en la conquista de las demandas académicas formuladas en 1923. Los soldados se posesionaron del Patio de los Laureles y de todas las dependencias universitarias. La Universidad se rigió entonces por normas cuartelarias.

La inconformidad con aquel sistema fue creciendo, no obstante la proximidad de las bayonetas. Un grupo de estudiantes, entre los que me contaba, forjó, por medio de la propaganda personal y de manifiestos clandestinos, las premisas subjetivas de la jornada revolucionaria del 30 de septiembre. El asesinato de Trejo incorporó al estudiantado, en su conjunto, en la lucha contra el régimen de Machado.

Al reanudar la Universidad sus labores docentes, después de una prolongada clausura, el estudiantado planteó, esta vez con más bagaje teórico y mayor conciencia que en 1923, el problema de la reforma académica. A través de una huelga general de estudiantes universitarios se reconquistó del gobierno de Mendieta, que la había desconocido en su Estatuto Constitucional, la autonomía, y el Claustro concedió, en su totalidad, las reivindicaciones planteadas a su consideración. El proceso de la reforma universitaria entró, pues, en fase constructiva. Llevarlo adelante, hasta sus últimas consecuencias, es obligación irrenunciable de estudiantes y profesores.

Pero este proceso constructivo vive momentos verdaderamente críticos. Está sufriendo una mixtificación cuyas consecuencias no pueden ser otras que el fracaso del sistema implantado. La reforma universitaria está en peligro. Yo denuncié el hecho ante la opinión del país y ante los estudiantes y profesores que se han responsabilizado por llevarla a cabo. Son ya muchos los estudiantes que se han percatado de la conjura que se está organizando en cierto sector del alumnado, por frustrar el empeño que diez años de lucha sostenida y enérgica obligan a cuajar, contra todos los intereses y ambiciones, en obra viva y perdurable. Se pretende, en síntesis, por esos elementos retardatarios y arribistas,



convertir en trampolín lo que debe ser, antes que nada, instrumento de renovación intelectual y docente, vehículo que permita sentar y robustecer las bases de una Universidad a la altura de la época, consciente de su triple función investigadora, social y técnica, y no oficina expendedora de aprobados y títulos sin el previo reconocimiento de la capacidad para adquirirlos. El espectáculo de estos últimos días, con ocasión de los exámenes parciales y en algunos casos finales, en que ha predominado en muchos la lenidad más irresponsable por parte del profesor y el empleo abierto del fraude por el alumno, es para poner en guardia al más confiado. Soy el primero en reconocer, y hasta exigir que, a virtud de la acumulación de años perdidos por el dilatado cierre de la Universidad y las circunstancias anormales que presiden el desarrollo del presente curso, deben los profesores usar un criterio de tolerancia en los exámenes. Pero tolerancia y relajo son cosas distintas.

El hecho aludido reviste una gravedad evidente para los que hemos vinculado limpiamente nuestros esfuerzos al movimiento de reforma universitaria. Se nos ha concedido representación en los organismos universitarios atendiendo, precisamente, a que estamos intelectual y moralmente dotados para compartir esa responsabilidad. Demostrar que la merecemos es cosa que debemos dejar sentado en todo instante. La participación del alumnado en el gobierno de la Universidad exige probidad absoluta y afán de superación. De otro modo, se convertiría esa participación en simple instrumento de lucro o de «figurao». No faltan, ni faltarán, los que luchen por ir a las posiciones dirigentes por afán exhibicionista, por tirar el plante de que ellos también gobiernan la Universidad. En estos momentos, en que se preparan las elecciones para cubrir los puestos estudiantiles en el Consejo Universitario y en los Consejos de Facultad, resulta imperioso, para el mantenimiento riguroso del nuevo régimen universitario, que vayan a ocuparlos los que tengan conciencia clara de su misión y no los que sólo van por compartir con el Rector y los decanos un asiento en el Consejo Universitario, si no a medrar al amparo del cargo, que todo puede ocurrir.

Pero no estamos, afortunadamente, en 1925. El estudiantado, en su mayoría, siente la responsabilidad que le incumbe en esta magna empresa de construir la Universidad que exige el país. Existe, además, un



grupo de profesores identificados en el empeño. Sobre aquellos y estos gravitará la culpa del fracaso o la gloria del triunfo.

Movilicémonos todos para que los contrarreformistas de uno y otro bando, desenmascarados y combatidos sin tregua, no puedan convertir en trampolín de sus intereses el movimiento de reforma universitaria que, encendido de los más nobles anhelos, aspira a hacer de nuestro primer centro docente lo que hasta ahora no ha sido: una verdadera Universidad.

[1934]





La lucha por el mantenimiento y realización de la Reforma

La reforma universitaria debe mantenerse y consolidarse a toda costa. Si para ello es necesario desarrollar una lucha sin cuartel contra los elementos —estudiantes y profesores— que pretendan convertirla en trampolín de sus intereses, esa lucha debe plantearse inmediatamente. Hacerse la vista gorda, o deplorar y hasta condenar el hecho en corrillos, entraña complicidad. Movilizarse para impedirlo es tarea ineludible de cuantos no quieran responsabilizarse históricamente de un descrédito que fue dable evitar a tiempo. La Universidad no puede, sin traicionar sus funciones y la lucha heroica que, por dignificarla y enaltecerla, han mantenido los estudiantes por más de una década, volver a su antiguo estatus, que propiciaba, junto al despotismo profesoral, todas las desvergüenzas e inmoralidades que lastraron su misión docente, situándola, a pesar de la escalinata y de la farsa panamericana celebrada en su Aula Magna, a la cola de las peores Universidades del mundo.

Sobre la Universidad se proyecta en estos instantes la atención popular. Se explica. La Universidad es el único centro docente que funciona con autonomía, la que ha reclamado, constantemente, como premisa previa para su normal desenvolvimiento. Disfruta ya de ella y, sin embargo, se dice que la institución está pasando por un período caótico, de verdadero desbarajuste moral, en el que profesores y estudiantes, en connivencia, tratan de legalizar un estado de cosas sólo comparable al reinante en aquellas famosas academias que poseían ciertos catedráticos del Instituto en las que la simple matrícula garantizaba el resultado satisfactorio de la prueba. La opinión está tan extendida que son ya muy pocos los que creen lo contrario. De ese modo, la Universidad —que dio a la pugna sangrienta contra Machado las más



descollantes figuras de la «generación asesinada», que ha exaltado Leví Marrero en emocionante relato— se ha visto atacada por radio la otra tarde. Alguien —cuyo nombre y filiación ignoramos— se entretuvo en lanzar al aire, durante buen rato, un chorro de cieno sobre estudiantes y profesores. El anónimo en que se encubrió el ataque imposibilita desmascarar al autor. El procedimiento no puede ser más repugnante ni las acusaciones más injustas al referirlas a la totalidad de los profesores y estudiantes. Por eso, importa precisar lo que hay en ellas de realidad innegable y quiénes son los que, con su conducta, están dando pábulo al descrédito y poniendo en peligro los principios de la reforma académica.

No es cierto que la mayoría del estudiantado intente titularse a la sombra del fraude. Ni tampoco que la mayoría del profesorado se haya prestado, o esté dispuesto a prestarse, a tamaña inmoralidad. Lo innegable es que una minoría de alumnos de todas las facultades, apoyados en su maniobra por los profesores que pretenden encubrir con «favores» su incapacidad o su pasado en tela de juicio, a la vez que haciéndole el juego más turbio al gobierno que acecha la coyuntura para arrebatar nos nuestras conquistas, ha querido y quiere aprobar asignaturas por medios nada plausibles. Pero lo que no puede aceptarse, lo que constituye una infamia, es que se enjuicie la colectividad universitaria a través de esa minoría, como se hizo aviesa y anónimamente por radio. Yo he sostenido y sigo sosteniendo, que los exámenes en este curso deben ajustarse al mínimum de rigor científico compatible con el prestigio universitario. Ni me opongo a los llamados exámenes de «suficiencia» siempre que en ellos se demuestre que se posee. Ni estimo delito a que se recurra, en extrema necesidad, al compañero que puede aclarar el concepto o dar el pie de la pregunta que se sabe pero se ha confundido o momentáneamente olvidado. A lo que sí me opongo, como estudiante que jamás recurrió a recomendaciones ni a credenciales más o menos revolucionarias ni a técnicas ilícitas para sacar sus asignaturas, y que ofrendó su entusiasmo y sus energías al movimiento de reforma universitaria sin otra aspiración que la de verlo triunfante, a que se legalice el fraude por los que están más obligados, por su posición en la vida universitaria, a impedirlo. En este aspecto, se me encontrará siempre en pie de guerra, aunque me quedase solo, que no me quedaré, porque en esta campaña me encontraré también briosamente erguido,

hasta el final, a Aureliano Sánchez Arango, con quien repetiré, si al cabo la reacción y la inmoralidad se entronizan en la Universidad y el estudiantado, en su conjunto, claudica y fracasa definitivamente el movimiento de reforma universitaria, aquellas palabras amargas de Enrique F. Barros ante el cuadro doloroso que ofrecía la Universidad de Córdoba, que él había luchado por transformar: «Esta Universidad no vale un dolor de cabeza ni una mala digestión.»

La gravedad sintomática de los hechos aludidos ha provocado una intensa reacción en la masa estudiantil, que advierte, primordialmente, en ellos, la imposición de prácticas y procedimientos, que, al generalizarse públicamente, evidenciarían la incapacidad del estudiantado para el ejercicio de la autonomía y para su participación en el gobierno de la Universidad. De este modo, se propicia la intervención gubernamental en sus asuntos internos, lo que, por otra parte, alienta y prepara la reacción dominante, que sabe que fue del seno universitario de donde brotó la lucha revolucionaria del estudiantado contra el régimen de Machado. Existen datos concretos para presumirlo. Fuerzas del ejército han ocupado recientemente, la Escuela Técnica Industrial y la Granja Escuela con el propósito de aplastar por la violencia las luchas de los estudiantes por sus demandas, hasta ahora desoídas o burladas. De ahí a la ocupación militar permanente de los centros de enseñanza sólo hay un paso. Llegado el momento, propiciada la coyuntura, se intentará llevar el sistema a la Universidad misma, que en tiempos recientes vio hollado su recinto por la soldadesca machadista y la libertad científica abolida. Únicamente podrá impedir que ello ocurra la movilización de los estudiantes en un frente de acero por la defensa de sus conquistas y contra la reacción fascizante que va cogiendo fuerza por días. El Ala Izquierda Estudiantil ha dicho ya su palabra al respecto, poniendo en guardia al estudiantado contra las agresiones que se avecinan y pronunciándose, al mismo tiempo, enérgicamente, contra «la forma que en muchos casos se están llevando a cabo los exámenes y la terminación de los estudios». Esa organización denuncia, asimismo, la ver-dosa pretensión del ministro de Instrucción Pública, doctor Jorge Mañach, de imponer profesores por decreto en nuestro más alto centro docente, medida que, de implantarse, vulneraría la autonomía universitaria, y contra la cual se levantarían, por igual, estudiantes y profesores, que están dispuestos a mantener la Universidad desconectada de

los mangoneos de esa dependencia, por la que todavía no ha pasado, ni antes ni después del 12 de agosto, el hombre adecuado al cargo. El doctor Mañach —que yo sepa— jamás ha sobresalido por su dedicación a la pedagogía.

La lucha por el mantenimiento y realización plena de la reforma universitaria está, pues, a la orden del día. La reacción gobernante —que representa en la historia de Cuba la más importante concentración de fuerzas retardatarias y represivas que hasta ahora se han conjurado, bajo la hegemonía del imperialismo yanqui, para oprimir y explotar a las masas laboriosas— no perderá prenda en despojarnos de nuestras conquistas, por un decreto tipo de los que han despojado al proletariado de las suyas. Hay que estar en guardia constante para que el intento no nos coja dispersos, desprevenidos, o sin fuerza moral. La Universidad no es ahora ese sumidero de abyecciones que se dijo por radio. La Universidad parece entrar, en estos momentos, por vías de redención positiva. Es una minoría de estudiantes y de profesores la que pretende frustrar que sea lo que puede ser. Combatirla, desenmascararla, sacar a la luz su podredumbre, desentrañando sus móviles y su condición de agente de la reacción en el ámbito universitario: he ahí la consigna. Yo hago un llamamiento a todos los profesores y a todos los estudiantes que contemplan este movimiento de reforma universitaria como una etapa de superación y no como un trampolín de sus intereses para que impidan, por una acción concertada y viril, que se desmoralice primero y se nos arrebate después, en complicidad con el gobierno, nuestro actual régimen universitario, producto de nuestras luchas y de nuestros esfuerzos. Es indispensable que sepa el país cómo piensa la Universidad al respecto, desde el Rector hasta el último estudiante.

[1934]

Ni un paso atrás

En el espeso memorándum presentado por el ABC al presidente provisional Carlos Mendieta, como vehículo adecuado para situar el país a «la altura de los tiempos históricos» de la Alemania de Hitler, se exige someter a los institutos de educación a una «disciplina del Estado». No se pueden quejar los estudiantes. Hacerlo evidenciaría —aparte de la posibilidad de caer aprisionado entre las mallas férreas de algún decreto-ley que, sin miramientos de ninguna clase, los reintegra a la carne en trocitos— una deplorable incapacidad para el ejercicio de la gratitud. Sus heroicos servicios a la lucha contra Machado y el imperialismo —en la que cayeron ferozmente victimados más de un centenar de compañeros— van a ser generosamente premiados con la vuelta al benemérito coronel Espinosa y al exquisito teniente González. Eso es lo que significa, en rigor, la propuesta «disciplina del Estado» para los centros de enseñanza que, en su oportunidad, se encargaría de cumplir, inflexiblemente, con el apoyo celoso de Fulgencio Batista, el ministro de Instrucción Pública, doctor Jorge Mañach, cuya secreta simpatía por la letra con sangre no debe asombrar a nadie si se recuerdan sus loas emocionadas al régimen presidencial de Castells. Más claro todavía: mordaza, consejos disciplinarios para el que ose disentir del criterio oficial, masacres bien administradas a los que tengan la juvenil imprudencia de demostrar su inconformidad en las calles, catedráticos de dedo, portavoces y ejecutores idóneos del componente político, imperio sublimado del terror. Perspectivas, en realidad, deliciosas, para los muchachos que, en días recientes, afrontaron la persecución, la tortura y la emboscada callejera por combatir, precisamente, a una situación política que intentó, en favor del imperialismo yanqui y de la burguesía y terrate-

nientes criollos, generalizar a todos los núcleos sociales desposeídos y explotados una «disciplina del Estado» y contra la cual se levantó airadamente el pueblo oprimido de Cuba, los estudiantes en primera fila.

La Universidad, por su parte, se ha «salvado» por el momento. «En vista de las especiales circunstancias, ateniéndose a la autonomía universitaria el Estado —se consigna en el memorándum citado— se mantendrá, por ahora, al margen de los problemas internos de la Universidad.»

El que no quiera deducir de esas palabras terminantes una amenaza inminente contra la integridad universitaria —conquistada en una brega repleta de sacrificios— o padece candidez irresponsable o participa, directa o indirectamente, de ella. Sobre la Universidad acechan, para asaltarla, mil oscuras voracidades, agudizadas por las perspectivas que ofrece el instante. Desde la necesidad política de dominarla para reducirla al silencio y a la pasividad más absoluta hasta la ambición inconfesable de injertarse en su nómina por el procedimiento tradicional y espurio del decreto de los que se les frustraría el empeño al intentarlo por el instrumento legítimo de la oposición rigurosa. Ni una cosa ni otra podrá obtenerse si el estudiantado se mantiene unido y vigilante, dispuesto a defender sus derechos y conquistas con el mismo denuedo y espíritu revolucionario con que se enfrentó al régimen criminal de Machado.

Esas «especiales circunstancias» a que alude el memorándum abecedario no son otras que el alza vigorosa que aún mantiene el movimiento estudiantil, específicamente en su fase política. Mientras este nivel de lucha se mantenga será muy difícil que se nos despoje de la autonomía y del nuevo ordenamiento universitario que ella ampara y consagra. Pero entiéndase que al primer descenso, a la menor vacilación en nuestras filas, a la manifestación más leve de que este ordenamiento ha fracasado por incapacidad estudiantil, la ofensiva gubernamental se hará sentir con toda su fuerza y el retorno al medioevo universitario se impondrá por la técnica consabida.

A propiciar esa coyuntura, a entregar la Universidad en manos de los que laboran para someterla políticamente y uniformarla de verde, a fin de luego repartirla entre sus cancerberos intelectuales como premio justísimo a sus desvelos y afanes por dotar de contenido vital a un régimen históricamente agotado, están contribuyendo, en estos momentos,

los estudiantes y profesores que, en beneficio de recíprocos intereses particulares, recurren a procedimientos y prácticas que mixtifican y traicionan la sustancia misma de la reforma universitaria, convirtiendo en ficciones lo que deben ser pruebas concretas para la expedición de títulos aprobados. De seguir repitiéndose los hechos de los últimos días, que yo he denunciado públicamente con el propósito de que la opinión supiera que es sólo una minoría la responsable de esos atentados al prestigio universitario y de que la masa estudiantil se manifestase contra ellos, como ya lo ha hecho, se daría la contingencia que aguarda el gobierno, y especialmente el ABC, para controlar la docencia universitaria con la inmediata supresión de la libertad científica y el consiguiente debilitamiento de la lucha revolucionaria del estudiantado contra el fascismo, la guerra y la opresión de los países coloniales y semicoloniales por las potencias imperialistas y sus verdugos nativos.

La autonomía universitaria está, pues, seriamente amenazada. Y los centros de enseñanza secundaria al borde mismo del sistema que Machado impuso para somerterlos e impedir, por medio de esa suprema «disciplina del Estado», toda protesta contra sus procedimientos tiránicos.

A los estudiantes, y sólo a ellos, les corresponde asumir, ante esas perspectivas sombrías, la adecuada actitud combativa. Respondamos a los que intenten arrebatar nos nuestras conquistas con el frente único en defensa de ellas y por la consecución de las que aún no hemos logrado, o han sido burladas. El movimiento estudiantil vive una situación crítica. Superarla victoriosamente por la cohesión y la militancia constantes, es nuestro primario e ineludible deber. La experiencia demuestra que, unidos, somos una fuerza potentísima. Por esa unión, reconquistamos la autonomía universitaria que el gobierno actual deliberadamente nos había quitado. Por ella, por la concertación enérgica de todos los estudiantes, podremos mantenerla ahora a despecho de la conjura fascista que se ha organizado para intervenir los centros de enseñanza y, principalmente, la Universidad. Si fuera preciso un nuevo 30 de septiembre para consagrar con sangre la integridad de nuestras reivindicaciones, vayamos a él como fuimos al otro, que incorporó el nombre de Rafael Trejo a la historia revolucionaria de Cuba.

Cueste lo que cueste, ni un paso atrás.

[1934]



Recall estudiantil

Los estudiantes de Derecho y de Letras y Ciencias han elegido ya sus representantes en el Consejo Universitario y en los Consejos de Facultad. Sólo faltan por cubrir los puestos correspondientes a Medicina. En lo que respecta a las elecciones celebradas, el balance resulta bien poco halagüeño: baste decir que fueron derrotados en ellas los candidatos que, por sus antecedentes revolucionarios y estudiantiles, se daban por triunfadores legítimos, principalmente Ramiro Valdés Daussá y Aureliano Sánchez Arango. El fenómeno, entre otras muchas, tiene también su explicación histórica.

Pero lo que ahora me importa subrayar es la trascendencia que para el futuro universitario y la masa estudiantil lleva aparejada esas elecciones. Constituyen ellas la afirmación práctica del principio de la participación del estudiantado en el gobierno de la Universidad. Es esta la conquista más alta y fecunda de la reforma universitaria y así lo han proclamado en sus luchas los estudiantes todos de América.

Esta participación supone, primordialmente, la responsabilidad dirigente del estudiantado en el desenvolvimiento universitario. Medítense las implicaciones y deberes que lleva implícita esa responsabilidad y se comprenderá, entonces, las condiciones peculiares que necesitan para ejercerla correctamente. Al gobierno de la Universidad no puede ir cualquiera. Ni se puede ir en ademán burocrático, ni mucho menos con miras particulares. Si de los electos alguno se siente aludido que renuncie.

La cuestión es mantener intangible el principio ya inserto en la maquinaria universitaria. Vigilancia: he ahí el medio. El estudiantado debe fiscalizar, celosamente, la conducta diaria de sus representantes,



para desautorizarlos y denunciarlos públicamente a la primera sospecha de que no están interpretando justamente sus intereses específicos y los generales de la Universidad. Esa vigilancia ha de ser sostenida, sistemática, si es posible hasta organizada. El principio de la participación del estudiantado en el gobierno de la Universidad, mientras no se adultere, es la garantía más efectiva del desarrollo ascendente de la reforma académica y la defensa misma de la nueva estructura universitaria. Por eso, los estudiantes todos de América han luchado y luchan por designar representantes aptos, probos y renovadores. Dondequiera que los electos han sido incapaces, logreros y reaccionarios la reforma ha entrado en crisis profunda. Argentina y Perú ofrecen, al respecto, un rico manantial de experiencia. El profesor argentino Alfredo L. Palacios, decano que fue de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata, analiza el problema en cuestión en su libro, *Los nuevos métodos*, cuya instructiva lectura yo recomiendo, por igual, a estudiantes y profesores.

En este sentido, yo propongo como medio de vehiculizar la vigilancia de la masa sobre sus representantes en los organismos universitarios dirigentes e impedir, por ende, que el principio de la participación del estudiantado en el gobierno de la Universidad sufra menoscabo o sean mixtificadas sus esencias, la inmediata instauración del *recall*. Es decir: la revocación del mandato cuando quien lo ejercite no lo haga conforme al ideario reformista. De esta suerte, la colectividad estudiantil no podrá ser, en ningún momento, engañada, ni traicionada. La experiencia del movimiento estudiantil hispanoamericano conocido continentalmente por la reforma universitaria, arroja que son los seudolíderes los que han contribuido, en gran parte, al fracaso del sistema.

En todo movimiento de tipo renovador —reformista, no revolucionario— como este de la reforma universitaria se cuelan siempre los aventureros y demagogos de todas las circunstancias y situaciones. Conspiran, además, contra la plena realización de sus objetivos centrales —sustitución del monólogo por el trabajo de investigación, que disciplina el carácter y aguza el sentido crítico; la docencia libre; la popularización de la cultura; matrícula y vivienda gratis para los estudiantes pobres y medios—, factores plurales. A reducirlos deben concentrar sus esfuerzos los estudiantes que han ido al gobierno de la



Universidad. Tiene esta gravísimos problemas pendientes de pronta liquidación. El depurativo en primera fila.

Los compañeros electos demostrarán en el enfoque y solución de ellos y de los nuevos que se susciten hasta dónde han sido merecedores de los sufragios de la masa, que debe desposeerlos de sus puestos desde el instante que su comportamiento lo exija.

[1934]



Nuestra protesta

La ofensiva gubernamental contra el estudiantado asume, por momentos, alarmantes perfiles. Al año escaso de haber sido cruelmente victimados Pío Álvarez, Carlos Fuertes Blandino y los hermanos José Antonio y Solano Valdés Daussá, están a punto de reproducirse los días trágicos en que policías, soldados y porristas, por orden de Machado, ensayaban cada mañana en carne juvenil el atropello, la persecución y el crimen. Los estudiantes —los mismos estudiantes que desafiaron en gesto impar las garras de un sistema particularmente inhumano— han sido atropellados, presos, tiroteados, con frecuencia creciente, desde que, por obra y gracia de mister Caffery y del coronel Fulgencio Batista, se hicieron cargo del presupuesto y del aparato de represión Carlos Mendieta, el ABC, don Cosme de la Torriente y el ex dictador Mario García Menocal. Hechos concretos: la manifestación en defensa de la autonomía universitaria y contra la supresión de la pena de muerte a los asesinos y esbirros a sueldo de Machado brutalmente disuelta el 6 de febrero en el parque Trillo, los repetidos asaltos a los centros de enseñanza por el ejército, el tiroteo contra el Instituto de La Habana, lleno de muchachas inermes. Y ahora mismo, cuatrocientos alumnos han sido sitiados, por fuerzas del llamado ejército constitucional, en la Escuela Normal de Santiago de Cuba. Seis profesores han compartido, valerosamente, el asedio con ellos. Si aún no ha sido él levantado, la perspectiva de un choque sangriento parece inminente.

La noticia, por lo que significa y augura, ha puesto al estudiantado nacional en pie de guerra. Solidaridad combativa con los compañeros orientales y con los estudiantes que, en huelga de hambre, con un



centenar de obreros, desfallecen heroicamente en las cárceles, ante la torpe indiferencia del gobierno: he ahí la consigna que aprieta y moviliza a la masa estudiantil en estos momentos dramáticos y decisivos para ella.

En la Universidad, la protesta ha sido unánime y enérgica. Como esta no resuelve nada oralmente en coyunturas de la gravedad y trascendencia de la actual, se organiza una magna asamblea de estudiantes con el fin de adoptar una línea de conducta ante el sesgo y desarrollo de la situación política que va, con ritmo vertiginoso, hacia el fascio tropical y sangriento. Los estudiantes universitarios —que dejaron entre los vericuetos de la lucha contra Machado y el imperialismo más de cincuenta compañeros asesinados— están dispuestos, como en la mañana trágicamente bella del 30 de septiembre de 1930, a salir de nuevo a la calle en solidaridad con sus compañeros en huelga de hambre en las cárceles y con los militarmente sitiados en Santiago de Cuba. Y no cederán un ápice —sépase bien— en la defensa y consolidación diaria de sus conquistas académicas, económicas y políticas.

Ni Mella, ni Trejo, ni Alpízar cayeron en vano. Su recuerdo vive en nosotros, depositarios legítimos de sus luchas, como una conminación y un alerta constantes. Y si precisan nuevos sacrificios, los supervivientes de la «generación asesinada» están ahí para renovar, con el suyo, el gesto afirmativo y viril de los que murieron, en la emboscada y en la tángana, por una Cuba en la que no fueran signos dominantes, como hoy acontece, las bayonetas y el imperialismo, el latrocinio y la miseria, todo carnavalescamente encubierto con fluses blancos y banderas verdes.

[1934]

3 de mayo de 1934

Cuando todavía el espíritu popular vibraba indignado por la masacre del primero de mayo, en que la fuerza pública fusiló a quemarropa la manifestación proletaria que, con permiso del propio gobierno, recorría pacíficamente las calles de la ciudad, un nuevo hecho selvático sacude la Isla en general protesta. Esta vez el crimen ha sido también a plena luz, en el centro mismo de La Habana. El Instituto Provincial, de cuyas aulas salió Rubierita niño aún a la lucha y a la muerte, el escenario. Hombres uniformados, soldados del Ejército Constitucional, los autores. Estudiantes, las víctimas. Cómplices, Carlos Mendieta, Jorge Mañach, Martínez Sáenz, el gobierno todo. Responsable máximo, el régimen colonial imperante, que mantiene y defiende a sangre y fuego, con la complacencia de mister Caffery, el coronel Fulgencio Batista.

Todo se verificó en un instante, como en una cinematográfica visión de pesadilla. Muchachos rebeldes y dignos que se arremolinan frente al Instituto en un mitin de protesta por los sucesos del primero de mayo y contra la interminable teoría de agresiones de que es víctima diaria el estudiantado. En Santiago de Cuba, profesores y alumnos han sido tiroteados y apaleados por la soldadesca. En Camagüey, el Claustro entero de la Escuela Normal ha sido preso y la señorita Consuelo Barroso Hernández, alumna de la Escuela de Comercio, brutalmente agredida por el Supervisor Militar. José Antonio Inclán e Hidalgo —oficiales policíacos ambos— intentan persuadir a los muchachos de que celebren el mitin dentro del Instituto. Cuando están ya a punto de lograrlo, un pelotón de soldados se aparece repentinamente y, sin mediar palabra, rodilla en tierra, como si se tratara de un combate en regla, dispara sus ametralladoras y rifles sobre la muchachada iner-

me, que perseguida por el plomo homicida corre a guarecerse en el interior del plantel. Los soldados que custodian de las iras populares al *Diario de la Marina*, alentados por su propio director, esa concreción viscosa de todas las excrecencias humanas que responde por Pepín Rivero, abren también fuego contra el Instituto. Testigos presenciales del monstruoso suceso refieren, indignados, cómo se asesinó fríamente al estudiante universitario Antonio González, que protestaba del atropello. En el periódico *Ahora*, se ha publicado la fotografía de la mano destrozada por una bala *dum-dum* del estudiante Raúl Anaya. El sangriento balance arroja, hasta este momento, dos muertos, varios heridos graves, uno gravísimo y múltiples lesionados, todos de bala.

¡3 de mayo de 1934!

Otra efemérides sangrienta que incorporar a la historia, nutrida de héroes y mártires, del estudiantado cubano. ¡3 de mayo de 1934, 7 de agosto abecedario y mendietista! ¡7 de agosto que nada tiene que envidiarle a aquel otro en que Ainciart y sus esbirros sembraron el terror y la muerte sobre la muchedumbre indefensa y confiada!

Un gran grito de cólera se ha alzado de todos los pechos honrados. Machado fue un espécimen político al parecer difícilmente igualable. Machado llevó a su exasperación las contradicciones políticas y económicas que determinan^a la realidad cubana. Machado persiguió y torturó, asesinó y vejó sin compasión y sin tregua; pero sólo en sus postrimerías, ya próximo a saltar definitivamente, desesperado e impotente para conjurar el desarrollo del proceso que culminaría en su renuncia, se atrevió a ametrallar al pueblo en masa. Precipitando los acontecimientos, quemando etapas en delirante desenfreno, a los cinco meses escasos de estar en el poder, el gobierno cooperativista que preside Mendieta ha reproducido ya lo que Machado sólo hizo cinco días antes de irse.

Pero hay algo más todavía en favor de Machado. Machado deploró cínicamente la masacre del 7 de agosto. Mendieta ni siquiera ha hecho eso. Mendieta la ha justificado. Mendieta ha dicho, como mil veces se produjo Machado, que los estudiantes tienen gran responsabilidad en el suceso por haberse manifestado públicamente contra su gobierno. Mendieta ha dicho que los estudiantes deben estudiar^b y nada más y

^a «que **desgarran**».

^b que los estudiantes **sólo** deben estudiar

que los profesores que no puedan dominar a sus alumnos deben renunciar. Eso ha dicho el hombre que aún no hace seis meses alentaba la protesta estudiantil contra Grau San Martín, porque entonces así convenía a sus ambiciones políticas. El mismo Mendieta, que en la Junta de Columbia afirmó a Eddy Chibás y a Justo Carrillo, mientras se doraba la intriga^c que debía instalarle en el disfrute presupuestal, que si algún día llegaba a ser Presidente se daba primero un tiro en el corazón antes que derramar sangre estudiantil.

La realidad ha demostrado precisamente lo contrario: que es capaz de convertir la Isla en un cementerio antes que soltar el mamey.

También han dejado oír su voz Hitlerito Martínez Sáenz y Goebbels Mañach. Asimismo don Carlos de la Torre y Fulgencio Batista.

Martínez Sáenz no ha encontrado mejor manera de facturar su opinión que calcándola en moldes tan familiares a los que luchamos contra Machado, que no precisa filiarla. Martínez Sáenz ha proclamado, enfáticamente, profanando una vez más la pura memoria de Mariano González Gutiérrez: «Manos ocultas mueven la protesta estudiantil.» Ese era el disco de Zubizarreta y Machado: «detrás de los estudiantes está el comunismo». Don Carlos, siempre mimético, se ha concretado a repetirlo. Después de esa paladina declaración suya, ¿qué autoridad moral tiene don Carlos de la Torre para hablarle a los estudiantes aunque sea sobre malacología?

Jorge Mañach ha ido más lejos. Con una insolencia que no le conocíamos y un lenguaje que jamás usó hasta ahora, ni siquiera cuando anónimamente escribía, entre frascos de perfumes y telas de fantasía, los editoriales de *Denuncia*, ha aprobado el crimen horrendo. Si se trata de defender el principio de autoridad —obsesión de los hombres débiles de carácter y sostén de los regímenes de fuerza— todo está bien hecho, todo es lícito, todo es justo. Eso ha dicho el apolítico de 1929, el esteta de la *Revista de Avance*, el individuo que presenció desde Fin de Siglo^d la lucha heroica de los estudiantes contra el régimen de Machado y que, con descoco punible, pretendió sentar a José Martí en la mesa redonda de la Mediación, en contubernio con Welles y los representantes de la tiranía.

^c «se **freía** la intriga».

^d «desde **la tienda** Fin de Siglo».

¿Qué hace el estudiantado que no le exige inmediatamente la renuncia de su cargo de Ministro de Educación Pública, dependencia que, por otra parte, ha convertido en un cuartel abecedario y cercado de fusiles, cesanteando maestros capaces y honrados cuyo único delito era no pensar como él, disolviendo, en fin, el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Enseñanza y calorizando, en cambio, la Unión de Maestros, de puro corte fascistizante?

Fulgencio Batista ha sido más hábil. No ha condenado el crimen ni prendido a los autores, ni podía hacerlo sin desmentirse a sí mismo, verdadero responsable, en definitiva, no obstante hallarse durmiendo cuando se produjeron los hechos, pero tampoco le ha impartido su aprobación como Jorge Mañach y el propio Mendieta. Más vivo que ambos, Batista, en demagógico gesto, como Machado el 7 de agosto, ha deplorado públicamente lo ocurrido.

Estamos, pues, en presencia, de una tiranía más irresponsable y feroz que la de Gerardo Machado. Una tiranía que empieza por donde concluyó la tiranía por antonomasia que Cuba ha sufrido. La jornada sangrienta del 3 de mayo lleva el germen de futuros atropellos y de futuras masacres. Ya nadie podrá llamarse a engaño respecto a los propósitos y a la estructura del gobierno que preside Mendieta. Basta ya de establecer diferencias odiosas y falsas entre los distintos sectores politiqueros que integran el gobierno y el gobierno mismo. Eso equivaldría a negar su carácter de clase. El gobierno cooperativista que nos oprime y explota, que ha desencadenado el terror contra los estudiantes y las masas laboriosas porque no están dispuestas a someterse a condiciones inhumanas de vida, al hambre y al servilismo, es el instrumento político del imperialismo yanqui, cuyas órdenes ha obedecido y obedecerá ciegamente, como el perro la voz del amo. Sobran hechos concretos que lo evidencian. Y a medida que el tiempo transcurra y la efervescencia política y la crisis económica se intensifiquen con la agravación creciente de la misma en el terreno internacional, ese sometimiento será más estrecho y visible.

Días dolorosos y trágicos apuntan en el horizonte histórico del país, en que se alza, cerrándolo para la cultura y la dignidad humana, como una realidad inminente, la garra cavernaria de la reacción fascistizante, con un siniestro cortejo de violencia y oscurantismo, de aceite ricino y dominio pleno del capital financiero yanqui. El gobierno ha trazado ya

su ruta futura. Ruta de sangre y de cieno, ruta de sombras, ruta que desemboca, fatalmente, en el medioevo balcánico, infierno de Europa y mancha del mundo.

Ante esas perspectivas no cabe otra postura que la militancia diaria y heroica por romper^e las bases de la situación imperante. Nos va en ello la vida misma. El estudiantado, en un solo frente revolucionario, en abrazo apretado, con sus banderas al viento y el recuerdo de los mártires hecho sangre en su acción, debe reanudar el combate limpio y honrado de 1930. La dolorosa experiencia vivida desde el 12 de agosto hasta hoy nos dice, con la elocuencia irrefutable de los hechos, que no es bajo los gobiernos del imperialismo, de estructura y reacciones coloniales, donde hallaremos la solución verdadera, real, definitiva de nuestra vida social y académica. No nos ilusionemos con el canto de sirena de los grupos politiqueros, antes en el poder, hoy en la oposición, que, por arrastrarnos a *su* lucha no tienen empacho en prometer-nos hasta el paraíso, para luego, satisfechas sus apetencias presupuestales, balacearnos y patearnos cada vez que en uso del derecho irrenunciable, que ahora nos reconocen, como lo reconocieron Mendieta y el ABC cuando les convino, nos opongan a sus desafueros y abusos. Esos grupos de oposición sólo aspiran, no obstante su demagogia populachera y su fraseología antimperialista, a sustituir a los que hoy mangonean el poder para ponerse al servicio de las clases dominantes y del imperialismo. La lucha estudiantil debe desarrollarse junto al pueblo dolorido y burlado, junto a las masas trabajadoras hasta ahora atropelladas y escarnecidas, para la implantación revolucionaria de un régimen nacido de sus entrañas y sostenido por ellas. Un régimen donde no haya esclavitud, ni miseria, ni sumisión a los sindicatos bancarios, un régimen dentro del cual Cuba se realice por sí misma, en el pleno disfrute social de sus cuantiosas riquezas, controladas hoy por hoy por una oligarquía lejana y voraz y sus esbirros cubanos.

Ya lo ha dicho Pablo de la Torriente: «El 3 de mayo puede ser, debe ser, el 30 de septiembre de una nueva etapa de la lucha estudiantil contra el imperialismo y la tiranía.»

[5 de mayo de 1934]

^e «para romper».

La última jornada universitaria

Sobre la historiada colina ha convergido de nuevo la atención pública. Mil comentarios disímiles se han tejido alrededor de los últimos acontecimientos universitarios. Han opinado los estudiantes. Han opinado los profesores. Interpretación deformadora de los hechos por parte de la prensa vendida. Versión interesada del gobierno por boca de su Ministro de Instrucción Pública, cuya renuncia acaban de solicitar los estudiantes universitarios, en solidaridad con sus compañeros de toda la Isla.

No: en la Universidad no ha pasado nada. Nada de lo que muchos timoratos burgueses presumieron o imaginaron al calor de evocaciones truculentas. Hubo, en efecto, un 4 de septiembre, que viró al revés, como si se tratara de un vulgar calcetín, la estructura jerárquica de las fuerzas armadas y colocó encima, sin alterar las esencias ni modificar la función, a los que antes estaban debajo, echando por la borda a los que, desde siempre, y por razones puramente clasistas, gozaron del mangoneo, de la gasolina gratis y de la impunidad en el crimen. No: en la Universidad no ha habido un 4 de septiembre estudiantil, como propalan, con insistencia digna de mejor causa, las estaciones de radio a sueldo de la reacción gobernante. Ni un golpe comunista, enderezado a sovietizar nuestro primer centro docente y ponerlo a los santos juanetes de José Stalin, que es la pesadilla constante de Kid Tamarguito. En consecuencia, ni Chelala va a ser Rector, ni yo jefe de los bedeles, cargo máximo al que puede aspirar un individuo oriundo de la pequeña burguesía y de contra visto con ojeriza por los popes del Ala Izquierda.

Pero si usted quiere enterarse de lo que verdaderamente ha ocurrido en la Universidad en estos días no tiene más que leerlo a continuación,

narrado por Aureliano Sánchez Arango, uno de los principales protagonistas de la última jornada universitaria.*

Tiene la palabra el compañero:

Es tarea difícil, sin duda, la de enjuiciar y aun perfilar a vuelo pluma la fisonomía de un movimiento —sus alcances, sus proyecciones

* La reacción de un lado y de otro el cauce legalista que presidió su desarrollo y el socavamiento sordo de la masa pirata que advertía en él la frustración de sus escamoteos y chanchullos, ahogaron muy pronto las posibilidades renovadoras latentes en este pronunciamiento que tuvo su origen inmediato en el proceso depurativo, pero cuya íntima aspiración era rescatar la Universidad del marasmo en que se hallaba. Por lo menos, este fue el propósito dominante de los que nos responsabilizamos honradamente con el movimiento.

A los tres meses escasos del famoso madrugón estudiantil, la Universidad vivía un franco proceso de regresión académica en la misma medida y con el ritmo acelerado con que el gobierno de Mendieta retornaba al machadato. En esas circunstancias, a los dirigentes estudiantiles honrados no les quedaba otro camino que renunciar a sus posiciones en el gobierno de la Universidad. No hacerlo, quedarse en los Consejos atados de pies y manos, implicaba compartir responsabilidades ajenas, hacerse cómplice de la corrupción y desbarajuste imperantes. Sólo renunció Aureliano Sánchez Arango. Ya antes lo había hecho al ser desautorizado y calumniado por los «popes» del Ala Izquierda, en asamblea previamente formada al efecto; pero en una gran asamblea posterior la masa le exigió que continuase en el puesto que honraba con su conducta y con su prestigio.

He aquí ahora el texto de su renuncia, que merece ser recogido por la alta lección de moral estudiantil que contiene:

Al Consejo Universitario

Compañeros:

Recientemente comencé unas gestiones personales encaminadas a la organización de un frente único Universitario, convencido de que sólo así podríamos realizar un trabajo sólidamente respaldado, constructivo y responsable. Estas gestiones han fracasado plenamente. Coincidiendo con ese fracaso he podido comprobar que los más fundamentales acuerdos del Consejo Universitario no tienen vigencia alguna, siendo burlados en las Facultades con detrimento no sólo de la moral Universitaria, sino del prestigio y autoridad del propio Consejo Universitario. El acuerdo de las treinta y seis horas no ha sido cumplido por ninguna de las tres Facultades, habiéndose realizado hasta el presente una cantidad considerable de exámenes viciados de nulidad por incumplimiento del acuerdo referido. Los alumnos del Quinto Curso de Medicina, pese a los reiterados acuerdos del Consejo en sesiones laboriosas, han logrado, fuera de tiempo e ilegalmente por tanto, una ampliación de matrícula que les ha permitido acudir a los actuales exámenes extraordinarios.

Por último, los profesores que fueron separados de la Universidad por acuerdo firme del Consejo han continuado cobrando sus sueldos durante los meses de julio y agosto —y aún cobrarán en septiembre según está ordenado,— con abierta violación

posibles— en el momento mismo en que se desarrolla a nuestra vista. Dificil para los observadores externos, perplejos ante el sesgo sorprendente de los acontecimientos; y difícil hasta para los que estamos incorporados a su engranaje y vivimos paralelamente todos sus episodios. No pretendo, pues, verificar un análisis crítico, ni un juicio

también de un acuerdo del Consejo tomado bajo el rectorado del doctor Presno, según el cual los sueldos de sus ex profesores debían quedar en la Universidad, en depósito, a las resultas de cualquier reclamación que en el orden judicial se estableciera por los interesados. Con estos antecedentes y algunos otros de menos importancia se completa un panorama sencillamente desastroso desde todos los puntos de vista. El remedio, a mi modo de ver, estaba antes que nada en la integración del Frente Único de estudiantes, moviendo, además, la masa de profesores en el sentido de interesarlos efectiva y activamente en la marcha de los acontecimientos académicos. Fracasado este empeño no me resta otra actitud que la de negarme rotundamente a aceptar la responsabilidad personal que esta situación entraña para los que hoy tenemos la dirección de los asuntos universitarios. En consecuencia sirvanse tener por presentada, con carácter irrevocable, la renuncia de mi cargo de miembro del Consejo Universitario.

Atentamente de Udes.,

Aureliano Sánchez Arango
Habana, Octubre 2 de 1934.

Cerca ya de la apertura del curso académico de 1934-1935, se suscitó un grave incidente con motivo del problema de la matrícula gratis. La realidad indiscutible es que el Consejo Universitario y especialmente los delegados estudiantiles al mismo, tramaban un golpe mortal contra la matrícula gratis. Creían de esta manera reducir al minimum la fuerza política del Ala Izquierda, que había hecho y hace de esa demanda uno de sus más robustos pilares de lucha. Hay que recordar, además, que desde varios meses atrás los dirigentes de la derecha, constantemente aguijoneados por la crítica agresiva del Ala Izquierda, poniendo en claro sus maniobras y denunciando su reaccionismo, buscaban la contingencia propicia para caer sobre la organización y aplastarla.

El ataque al Rectorado y la expulsión de Cadenas fue la oportunidad. Una vez más los «popes» contribuían con su sectarismo y ausencia de previsión política, a entregar los destinos del Ala Izquierda en manos de sus adversarios. Como represalia, miembros del «Bunch» y un grupo de estudiantes universitarios encabezados por varios lidercillos asaltaron y saquearon el local de la sección universitaria del Ala, acaso creyendo que destrozando sus muebles, profanando sus muertos en efígie y quemando sus libros la organización desaparecía. Dos días después, el Consejo Universitario acordaba, sin que uno sólo de los delegados estudiantiles expresara su inconformidad, clausurar el local del Ala Izquierda y disolver el Comité de Matrícula Gratis, elegido en asamblea.

acabado sobre la trascendencia histórica de esta etapa del movimiento universitario, sino plantear de una manera organizada los antecedentes que lo determinan así como las circunstancias peculiares de este momento y los factores especiales que en él influyen.

Por lo pronto, es necesario negar de plano que estemos frente a un movimiento revolucionario. La revolución universitaria comenzada en 1923 procede por períodos espasmódicos y va venciendo lentamente los momentos de crisis y las reacciones negativas. Pero un proceso revolucionario no puede prolongarse tanto sin que, día a día, vaya

He aquí la calificación política que merecen, a mi juicio, esos hechos:

a) Ataque al Rectorado y expulsión de Cadenas: un «putsch». Una elevación artificial de la temperatura revolucionaria en detrimento de los intereses generales del movimiento estudiantil de izquierda. b) Asalto y saqueo del local del Ala por el «Bunch» y los dirigentes derechistas: un acto porrista. c) Clausura del local del Ala por el Consejo Universitario: un acto machadista.

En las distintas asambleas verificadas a virtud de estos sucesos, algunos dirigentes de la derecha y principalmente Eddy Chibás enarbolaron nuestros nombres con fines demagógicos, mostrándonos a la masa como los «buenos» izquierdistas, en contraste con los que a la sazón dirigían el Ala, a quienes calificó de traidores y de sarampionosos. Puede que no le falte la razón a Chibás en esto último. Pero lo cierto es que si fuéramos nosotros, los «buenos» izquierdistas exaltados por Chibás, los que tuviéramos la dirección del Ala seríamos igualmente repudiados y combatidos por él y los que como él piensan y actúan. ¿Pero es que se ha olvidado ya el paraván de Presido Modelo? ¿Quiénes dirigían entonces el Ala Izquierda?

El más cerrado espíritu reaccionario presidió la apertura del curso 1934-1935. El profesor Guillermo Portela y el estudiante Manuel Lozano mantuvieron en sus respectivos discursos la necesidad imperiosa de desvincular la Universidad de los problemas políticos y de reinstalar la vida docente sobre bases autoritarias y represivas. El discurso del rector Cadenas en su toma de posesión del más alto cargo universitario, tuvo un acento bronco y una visión más limitada que los de Portela y Lozano. En uno y otro caso, aplaudió Pepín Rivero, sonrió Mendieta y Batista se frotó las manos de gozo.

Sin embargo, las perspectivas tan sombrías a principios de año se han tornado claras y prometedoras en este mes de febrero. El cuadro ha cambiado radicalmente. El estudiantado universitario, en su conjunto, deponiendo viejas rencillas y consciente de su rol histórico, se ha puesto en pie de guerra por los derechos democráticos, contra la dictadura militar y la opresión imperialista. En estos momentos, el Comité de Huelga, integrado por estudiantes de todas las ideologías, acaba de fijar su actitud en un extenso manifiesto, cuyo contenido y alcance político, le confieren categoría de documento excepcional. El Comité de Huelga ha recibido ya múltiples adhesiones de todos los núcleos y grupos sociales. Puede establecerse que estamos en presencia de un poderoso movimiento de masas y de un resurgimiento del prestigio estudiantil, circunstancialmente opacado.

superándose sustancialmente y proyectándose hacia horizontes más amplios. Así el programa revolucionario de 1923 se transforma en la aspiración reformista de 1934. En otras palabras, no puede hablarse hoy de revolución universitaria si no se ha planteado el rompimiento abierto con el legalismo y si no se conquista de este modo el principio fundamental de la docencia libre.

Mejor será, aceptando la opinión brillante de Rafael Suárez Solís, vincular este episodio, al afán de liquidar, venciendo todas las etapas, el proceso de lucha política antimachadista, con todas sus consecuencias. Sólo los estudiantes han tenido esta preocupación, decididos a arrojar por la borda toda nuestra rémora de profesores maculados, culpables de un machadismo más o menos activo y utilitario, pero en todo caso consciente y responsable. Junto a estos, únicamente por aprovechar la coyuntura, los otros, los ineptos, los Pacheco, los que detentan, sin méritos científicos, las más brillantes posiciones. Y junto a unos y otros, los inmorales académicos, los que han propiciado, por debilidad culpable o por complicidad interesada, la farsa de algunos exámenes recientes, verdadera puñalada traperera a las más legítimas y honradas conquistas del estudiantado.

Cuando todos los núcleos y sectores han determinado que la lucha antimachadista terminó con el 12 de agosto y la carnicería subsiguiente de los ex porristas; cuando todos esos núcleos traban un combate a dentelladas por el reparto del botín, los estudiantes aún se encuentran empeñados, con grave perjuicio para sus intereses, en agotar todos los momentos de esa lucha, en vencer hasta la última etapa de la jornada antimachadista. Por esto el origen directo, la causa inmediata del presente movimiento se encuentra precisamente en el proceso depurador, en la formidable obra de saneamiento que venía realizando la asamblea, cuyo impulso quiso ser contenido por los que pretendían limitar esa labor profiláctica a la expulsión de los Ferrara y de los Averhoff, y reeditar entre nosotros la estafa criminal de los Tribunales de Sanciones. Salvar a los miembros de los Consejos de Disciplina de 1927 a 1928 y limpiar todas las culpas de los que aún en 1930 se mantenían complicados con la maquinaria gubernamental, tal era la consigna que comenzaba a ser lanzada subterráneamente. Una catarata de absoluciones o, cuando más, de inofensivas amonestaciones, iba a ser el colofón de nuestras sangrientas luchas. Y para ello, vista la actitud agresiva del

estudiantado, su resolución depuradora, sólo una solución cabía: el *lock-out*. Rápidamente corrió de una boca profesoral a otra, esta amenaza, detrás de la cual nadie sabe, además, qué maniobras políticas se escondían, qué propósitos de arrancar a los estudiantes la autonomía y entregar nuevamente la Universidad a la voracidad política, a la militancia gubernamental de todas las épocas. Aquí mismo nació el conflicto. La amenaza de *lock-out* tuvo la doble virtud de encender el ánimo estudiantil y de vincular más estrechamente las tendencias disímiles que mantienen a la masa políticamente fraccionada; y a esa amenaza se respondió inmediatamente con una decidida acción de los que pudimos prever la maniobra y sus consecuencias, respaldados sólidamente por grupos de profesores igualmente empeñados en el propósito común de evitar el caos universitario, su reabsorción por el pulpo de la política y, especialmente, la burla y el escamoteo de la depuración, tanto la llamada cívica como la académica. En estas condiciones, se lograron las renunciaciones de los profesores del Consejo Universitario como paso previo para colocar nuestra plena confianza en ese supremo organismo en cuyas manos íbamos a depositar los fallos de la Asamblea que habrían de ser garantizados. La sustitución de los señores decanos, sin embargo, fue hecha dentro de la más estricta legalidad.

La Universidad, como se ve, quiere superarse, quiere limpiar todas sus impurezas, barrer con todos sus vicios, liquidar su pasado brumoso. La Universidad quiere derivar un positivo beneficio de sus luchas recientes, no con un «borrón y cuenta nueva» sino con una efectiva liquidación de la vieja cuenta. La Universidad se ha estremecido largamente, viviendo un agitado período de convulsiones y quiere que «lo podrido caiga a tierra». Cuando los demás aran en el mar o aran para el bolsillo, la Universidad tiene que hacerlo en terreno fértil y obtener su fruto, porque le está negada específicamente la esterilidad.

Hoy la misión del estudiantado es más grave y trascendente que nunca. La responsabilidad de esta nueva edificación pesa sobre sus hombros y el triunfo o el fracaso sólo al estudiantado le será imputable. Con una visión más clara y certera de cómo se desarrollan y transforman incesantemente los organismos vivos, la Universidad no puede detenerse ya. Depurada y reorganizada académicamente aún se le plantean otros problemas de enorme magnitud que habrá de ir venciendo, siempre por etapas, con las limitaciones naturales de este

medio económico, político y social, lamentablemente retrasado. De todos esos problemas, ninguno tan interesante ni tan vital como el de la docencia libre, por la cual han de luchar los estudiantes, día a día, desde las posiciones dominantes conquistadas o desde la tribuna soberana de la Asamblea General. Esa es la verdadera revolución universitaria, la que vive en el alma de la masa anónima, la que vibra en el clamoreo de las asambleas, la que ha impulsado y vigorizado todos los movimientos desde 1923 hasta aquí, la que ha roto con la Universidad colonial para construir, sobre la marcha, la Universidad moderna. Y por hoy, hacer trincheras de la depuración política y académica. Mantener las sanciones a los miembros de los Consejos de Disciplina, a los profesores expulsados del año 30, a los que en este momento caigan por su ineptitud pedagógica, sentar las bases que hagan imposible la desmoralización de los exámenes, tales han de ser nuestra actitud y nuestra tarea.

[octubre de 1934]





PARÉNTESIS DE AGUA CON PANALES





Federico y yo

¿Lo ignoraban? Ya lo saben. Federico Amiel y yo somos dos grandes amigos, a tal punto que le llamo Federico a secas. Seguramente usted lo conoce. Si no de vista, al menos de nombre. De todos modos ahí va un dato para precisar la evocación: Federico es suizo. (Por si interesa, yo nací en Carlos III, 205, altos). Otro dato: Federico profesó filosofía en la Universidad de Ginebra, mejor que la nuestra por varias razones. Para mí, primordialmente por esta: su eufónico nombre en vez de al estudio y a la meditación y a la tângana incita gloriosamente a la embriaguez, estado perfecto para la ética de vanguardia. Pero Federico es, sobre todo, el famosísimo autor del *Diario íntimo*, desolado y patético como las noches de una cuarentona que se quedó para espiar el jugoso noviazgo de sus frutales sobrinas.

Pues bien: aunque no nos hayan presentado nunca —ni quiero yo que por mucho tiempo tal memorable suceso acaezca— conozco hoy tan a fondo la vida de Federico, macerada por su psicológica incapacidad para besar y ser besado, como la mía propia, jocunda a pesar de todo. Y como estoy convencido, absolutamente convencido, que sobre ella no se ha dicho aún la magna palabra, la narraré próximamente en un libro genial, que editará Saturnino Calleja y excomulgará el Padre Chaurrondo: *Vida de Federico, virgen y víctima*. Tengo el delicioso presentimiento que este será el libro que me procurará la universal celebridad.

Pero no diré ahora ni pío acerca de la vida de Federico. Sí divulgaré, con esa sinceridad mía, que a falta de abuela soy el primero en ponderar, además del gran hallazgo —la raíz que nutre la congoja de Federico—, algunas de las resonancias que en mí ha suscitado la relectura

del *Diario íntimo*, en estos días de fragante soledad campesina en que vivo anegado, lejos, muy lejos de la barbarie organizada. Y de ella. Ella es la bañadera.

Desde luego, cuando yo era romántico —el romanticismo es el sarampión de los 18 años—, el *Diario íntimo* era mi breviario. Lloraba como más las penas de Federico. ¡Cuántos «turnos» —que ya no volverán como las oscuras golondrinas— me obligó a volar el punzante recuerdo de su angustia desmesurada! Después constaté sorprendido que ya Federico y sus dolores apenas me conmovían; que un día dejaron de conmovirme. Casi siempre —como en la sazón que me robaba la sonrisa y el apetito— al iniciar las estrellas «sus habituales guiños», que diría Juan Marinello, cuyos papiros líricos andan en busca de un Champollión que los descifre; y casi siempre esta misma página, que meses antes subrayaba en mis labios pucheros inverosímiles.

Tristeza. Gruesa tos. Multiplicación de los hilos de plata, sentimiento de lo imposible y de lo irreparable, impresión de locura y de imbecilidad. Lasitud de la vida, fatiga de mí mismo. Humillación. Nostalgia. Percepción de mi propia decadencia. Clara visión de lo que jamás obtendré. No pudiendo suprimir ni satisfacer mis deseos, los ahogo. Demasiado orgulloso para lamentarme de la suerte, demasiado desencantado para luchar con ella, demasiado clarividente para tener confianza en mí mismo, o en el mundo, ignoro qué actitud adoptar frente al destino. No soy feliz ni infeliz. Soy un náufrago que no quiere convenirse de su naufragio. Soy una aspiración fallida y una vida rota. La duda ha destruido en mí hasta la facultad de esperar. De tal modo tengo presente la fragilidad del bien, que apenas si creo en lo que poseo. Advierto que todo, todo, se me escapa; si estrechara la mano de una mujer leal, diciéndole: «¿Quieres ser mía?» abrigo el presentimiento de que la muerte enfriaría casi al momento esta mano en la mía. La vida es tan pérfida y cruel, que nada le pido para sustraerme a su tiranía. Disfruto de lo que me concede, pero sin confiar más en ella que en el buen tiempo.

Luego no lo leí más. Naturalmente, prefería ir al cine a ver a Charlot y los libros afines a mis nuevos estados de ánimo. O vagar por el Prado. O —cuando mayo reventaba en paraguas, mujeres y rosas— estudiar leyes para mañana comer con la ignorancia y el dolor ajenos.

Así cuando menos lo soñaba —cuando parecía imposible— he vuelto al *Diario íntimo* de Federico, quien, a pesar de la ausencia, me ha recibido con los brazos generosamente abiertos. Se explica: para Federico y para mí, ausencia no quiere decir olvido. Y francamente, nunca, nunca —ni en mi vibrante mocedad cercana— sentí tan aguda emoción al leerlo como hoy. No acierto a explicármelo con nítida exactitud. Acaso fue el ambiente, propicio a la efusión sentimental. La soledad. Los recuerdos. El sentirse uno olvidado precisamente por la única que uno no olvida ni quiere olvidar. El trémulo hilo de agua, junto al cual leía. La alada ronda de ensueños que no serán. El azul espejismo del cielo. En fin: toda la gama lírica de las ridiculeces al uso. Acaso fue el subconsciente pensar —mientras leía— en la trágica posibilidad latente en todo hombre de ser o haber sido *alter ego* de Federico, psicológicamente incapaz para besar y ser besado, suprema desgracia. Lo que sea. Lo cierto es que nunca comprendí y se me antojó más dramático que ahora su introvertido vivir, más caudalosa su angustia e incurable su llaga. Lo confieso, Federico: me has hecho llorar como un niño. Cuando muchacho el *Diario íntimo* fue mi breviario. Pero sólo ahora —hoy— he penetrado verdaderamente en la raíz misma de tu congoja: incapacidad para besar y ser besado. O lo que es igual: vedado para ti el cielo de la mujer, único cielo al que van los ateos, si van.

¡Infortunado Federico! ¿Se me permitirá que me enjague los mocos con el pañuelo de un breve descanso?

Como en los folletines de ley, al finalizar la lectura del *Diario íntimo* de Federico, el poniente es una hoguera donde se cuece la castaña de la tarde. La sesión de llanto ha concluido. El trémulo hilo de agua, junto al cual leía, refresca mis ojos encandilados. Distraídamente, me pongo a hojear a Federico, o su libro, que es lo mismo. Y tropiezo por milésima vez con esta frase, que hasta Félix Lizaso sabe y probablemente acepta como inconvencible postulado: «El paisaje es un estado de alma.»

Deploro contradecirte, mi querido Federico: pero no siempre el paisaje es un estado de alma. No siempre el paisaje es una proyección de nuestra intimidad sobre la hospitalaria pantalla de la naturaleza. Aunque tú no lo creas —créeme Federico: pronto seré abogado y notario— hay paisajes nativamente tristes y paisajes nativamente

alegres. Aquellos, llorosos aunque estemos más felices que unas Pascuas. Estos, sonrientes, aunque se nos haya muerto la familia toda en un incendio. Y también los hay nativamente vulgares, como lo oyes; como este mismo que estoy contemplando. Vulgarísimo, no obstante los esfuerzos que para prestigiarlo moviliza el crepúsculo. Y si este paisaje existe, si el paisaje cubano existe, es por la palma, solamente por ella —novia del rayo que sucumbe a su beso de luz. ¡La palma! Tú sabrás de pinos y melancolías y ensueños frustrados, pero no de palmas, Federico. Escucha. Te voy a hablar de la palma. Te voy a contar su tragedia. La palma...

No puedo seguir Federico. ¿No adivinas por qué? No, no lo adivinas. Nadie lo adivinará. Federico, mi querido Federico, ¿me perdonarás que jamás sepas por mí la tragedia de la palma? ¿Me perdonarás asimismo que yo haya insinuado lo que tú eres y nadie te ha dicho: un intersexual de la inteligencia?

Gracias. Federico. Gracias. Y tan amigos como siempre.

[*Revista de La Habana*, no. 7-8, julio-agosto de 1930, pp. 53-56.]

El amor en Martí y el revolucionario marxista

Como en todo revolucionario de su tipo, de pura fibra romántica, la mujer, el amor, fue una cuestión central para José Martí. En ciertos momentos, en que los fríos y la soledad del destierro se le cuelan demasiado hondo, la pasión amorosa fue el matiz predominante de su vida. Y en más de uno el solo cauce por donde fluiría, torrencialmente, su poderosa capacidad creadora. Amar es también crear. Aun en los instantes más decisivos de su propaganda política, cuando la necesidad de centrar sus energías todas en la fortificación y crecimiento del Partido Revolucionario Cubano se hace más apremiante y heroica, Martí no olvidará que «sin sonrisa de mujer no hay gloria completa de hombre», y que «si construir es la gran labor del hombre, consolar, que es dar fuerzas para construir, es la gran labor de las mujeres». Y, como el turbulento Dantón, encontrará siempre propicios, de vuelta de la arena arrebatada y un tanto sibilina, «los brazos fragantes de Pomona». Después de «cada encuentro rudo» hallará siempre, para su «frente sulfurosa y herida, asilo en algún seno de mujer». Él mismo lo confiesa con palabras iluminadas de gratitud: «Amé y fui amado. En todas partes un alma de mujer ha venido a bendecir y endulzar mi vida exhausta.»

No podía ser de otro modo. El revolucionario de la filiación de Martí está obligado, por temperamento y propio decoro, a fatigar, igualmente, la posesión, el suspiro y el «ay» desolado. Su gesto deliberadamente enfático y su palabra encrespada y admonitoria no son incompatibles con la lividez del rostro y los ojos mojados de tristeza. La contradicción es sólo aparente, Martí se completa sí mismo, totaliza su personalidad, amando como amó. «Amar en mí —escribe— y vierto aquí toda la creencia de mi espíritu, es cosa tan vigorosa, y tan absoluta, y tan

extraterrena, y tan hermosa y tan alta, que cuanto en la tierra estrechísima se mueve no ha hallado dónde ponerse entera todavía.» De ahí que mujer suya sea «más que mujer común».

Toda la obra de Martí está cuajada de conmovidas alusiones a mujeres que perfumaron su pobreza y aliviaron su inevitable angustia interior, en ocasiones, como en todo romántico, más metafísica que real. Sin embargo, si alguien sintió con intensidad entrañable la dulce ternura del amor sentimental fue él. Martí se pasea, con individualidad inconfundible, entre los grandes amadores de la Historia.

En algunos de sus versos quedaron registrados —cicatrices resplandecientes— momentos culminantes de su vida amorosa. Junto a la realización anhelada florece la defraudación dolorosa de lo que se quiso y no pudo ser. Pero ante el desamor y el olvido no tendrá nunca Martí el ademán grueso ni el reproche emponzoñado porque él no empañará su vida «hablando mal de mujer». Sufrirá solo y su pena aguda la refugiará en el verso amigo, al que dirá en un supremo raptó de romanticismo»:

*¡Verso, o nos condenan juntos,
o nos salvamos los dos!*

Mas como para él «la única verdad de esta vida y la única fuerza es el amor» uno nuevo vendrá a reconstruir lo que el anterior deteriorara. Y el revolucionario incansable encontrará en él fuerzas desconocidas y se sentirá, a veces, como embanderado de gozo. Entre beso y beso redactará una proclama, concertará voluntades, limará discrepancias, traducirá del inglés para comer y pronunciará un discurso encendido. Amará por amar, más acá y más allá de toda conveniencia y de todo prejuicio social, en cuyo fondo tenebroso vive casi siempre acurrucada una injusticia. Genuinamente romántico, lo que le interesa sobre todo es darle libre expansión a sus sentimientos. No concibe el amor sino como una entrega que tiene su justificación y su fin en sí misma. Lo otro es cosa abyecta y mediatizada. Martí vivirá perpetuamente enamorado. Pero no se consolará jamás de su hogar prematuramente roto por la incomprensión: «¡Dios tenga piedad del corazón heroico que no halla en el hogar acogida para sus nobles empresas!» Cuando caiga acribillado en Dos Ríos llevará «sobre el corazón como un escudo contra las balas el retrato de María Mantilla».

Si políticamente fue, sin duda, el último gran demócrata, en el terreno amoroso Martí quedará como la cristalización suprema del amor sentimental. Su linaje romántico reluce en este aspecto con nitidez meridiana. Pero precisamente en este, como en su ideario político y en su concepción filosófica y social, se diferencia radicalmente del revolucionario de hoy, del revolucionario marxista.

El revolucionario marxista tiene una psicología centrífuga. Carece de vida interior. En la clasificación de Jung, pertenece a los tipos extravertidos, al revés del revolucionario romántico, que es un introvertido. Vive apasionadamente proyectado hacia afuera, hacia la realidad histórica, objetiva. Ha degollado conscientemente todo contacto con lo inefable y jamás se verá roído por la inquietud sentimental, tan comunes en Martí como culminación que fue del revolucionario romántico.

Al margen de las complicaciones amorosas de categoría romántica, el revolucionario marxista vuelca incansablemente su capacidad energética en su labor revolucionaria, a la que se entrega con lealtad total. Diluido en la masa sus problemas no trascienden nunca el ámbito colectivo. El fragor, la ronca trepidación de la lucha, repleta de peripecias y urgencias, ahoga en él toda posibilidad de replegarse en sí mismo.

Su aparato afectivo no funciona como en el revolucionario romántico, que entre proclama y discurso cultiva pródigamente la amistad y el amor. En el revolucionario marxista todo es ofrenda vivísima y creciente por la causa. El camarada por encima del amigo. La camarada por encima del amante. Y por encima de todo la devoción inquebrantable y llameante al Partido, por el cual afronta con el ánimo iluminado las más tremendas contingencias riesgosas. Hay sin duda, una grandeza trágica en este olvido suyo de sí mismo. Una grandeza sin aureola y, por lo mismo, más admirable.

Para el revolucionario marxista, el amor no es más que un fugaz episodio sexual. La amistad, una relación existente mientras sea útil. Tiene que ser así. En el mundo futuro, por cuyo triunfal advenimiento él sacrifica su vida cada mañana, la amistad y el amor tendrán un contenido distinto y, sin duda, más humano y perdurable que en el actual.

Amar a la manera romántica, es, pues, deleite vedado al revolucionario marxista. Se explica: un amor de ese tipo, calenturiento y



absorbente, disminuye la capacidad de trabajo y roba un tiempo precioso. El amor, para él, no tiene más escenario que la cama. Desahogo puramente físico, mera eclosión instintiva. Luego al trabajo diario y heroico, en el que el cuerpo y la mente se queman alegremente al saberse cumpliendo el más alto y puro deber.

Cuando José Martí volvía agotado y entristecido de rendir su cotidiano servicio a la causa por la que luchaba, no le faltó casi nunca una boca que besar ni pecho hospitalario en que sacudirse el polvo amargo del cansancio. Todas sus horas vacías las cuajaba de amistad y de amor. El revolucionario romántico podía permitirse el lujo de tener horas vacías. Para el revolucionario marxista «no hay más descanso que la cárcel o la tumba», ni más premio «que seguir siendo útil después de muerto».

[Publicado en el periódico *Ahora*, ¿1934?. En esa versión tiene como subtítulo «Fragmentos de un ensayo sobre Martí el romántico».]

Instantánea campesina

Hace diez minutos apenas que ha cesado por hoy el romántico abejeo estelar. Ya los guajiros picotean con los gallos la fruta del alba. De pronto, el sol. Alguien va derramando del cielo misteriosas fragancias. Ciertamente, Coty no es el perfumista de Dios, si es que este existe y no es un espantapájaros metafísico creado por los opresores para desviar a los hombres en su lucha tremenda por traer el paraíso a la tierra. Por todas partes, se descuelgan ahora músicas inéditas. Al chocar unas con otras se rompen en melodías ininteligibles para el oído educado en Chopin. Yo las gozo en toda su plenitud y en mi corazón en vez del ensueño o la remembranza estalla el júbilo por sus válvulas. Un júbilo que nutre sus raíces con jugos de lo inconsciente. El verdadero júbilo.

Camino. Por mi lado cruzan vacas. Vacas pintadas, oscuras, áureas. Una maravillosamente blanca. Cruzan palmas. Cruzan hombres. Dos, tres carretas, hundidas de palmiche. Los bueyes van babeando su incapacidad de amar. Recuerdo —confusamente— versos de Juan Maragall, versos de Rubén Darío, versos de Agustín Acosta. Camino. Camino. Me detiene un guajiro. ¿Qué querrá? Lo conozco de darle los buenos días. Su «conuco» linda con el «sitio» en que temporalmente descanso de la barbarie dorada. Su bohío, de puro canijo, no resistirá el puñetazo del primer frío. Presumo que él tampoco lo resistirá: irradian menos luz sus ojos que los luceros de un cocuyo. Me habla. Naturalmente, de su miseria, de su frugal comer y escaso dormir. De su dolor de no ser y tener lo que pudiera haber sido y tenido. Yo lo oigo como quien oye llover. ¿Cómo lo voy a oír si yo ahora —en este amanecer glorioso— me siento dueño y señor del mundo? ¡Si presiento que se realizarán cabalmente mis mejores anhelos!

No, la culpa no es mía. Toda la culpa la tienen los pajarillos. Saco a relucir el socorrido disco: «Lo siento, amigo, lo siento, pero no hay que desesperar.» Y brinco la cerca de piña para evitar el pantano cuya proximidad huelo. Atravieso chiflando un cafetal florecido. Le regalo un delicado piropo a una guajirita de elementales encantos, que me sonrío entre los trapos que lava. Rompo la transparente quietud de un remanso con una certera pedrada. Brinco otra cerca de piña. Más allá otra de alambre. Y ya estoy en las cañas.

¡Las cañas! De súbito una dolorosa visión ensombrece mi claridad interna. ¡Las cañas! Paradójicamente, sus verdes penachos evocan tragedia. La tragedia de un pueblo desangrado y empobrecido, que se va ya sintiendo extraño en su propia tierra; que se percató que, despojado de ella, no puede existir como conjunto histórico diferenciado. A pesar del himno, El Morro y la bandera, símbolos de una soberanía ficticia. ¡Caña: tú endulzarás la vida de los rubios millonarios del norte y la de sus sicarios criollos! Pero eres la gran amargura de los que te trabajan brutalmente curvados de sol a sol. ¡Caña: tú sólo nos sirves para endulzar el café, que nos procurará vigilia y chasquido de lengua, pero no bienestar!

El guajiro Juan —aquí a mi lado, todo ojos e indignación contenida— asiente con la cabeza. La dolorosa visión ha aventado mi júbilo. Ahora sufro. Ahora soy. Ahora existo. Ahora siento como mío, fundido en la angustia cubana, el drama de aquel pobre guajiro —no lo olvidaré jamás— cuyos ojos irradian menos luz que los luceros de un cocuyo.

[1934]

Remolino íntimo

(Capítulo primero de una novela que no será)

Ayer celebré mi cumpleaños, en la barra de Miami, con un vaso de horchata. Me llamo Ku. Así: K + u = Ku. Lo proclamo orgullosamente: soy el único Ku que habita en el planeta. Seguramente, por eso, es por lo que mi entrañable amigo el barbero ha regado en su barrio que yo —Ku— fui vaciado en arcilla pulimentada. Quizás. Pero, no obstante llamarme Ku, tengo estómago, hígado, riñones, intestinos, aparato respiratorio, corazón y, creo que, por lo menos, un átomo de materia gris. Condenado estoy, por tanto, a dormir en 12 y 23, entre cruces y pisapa-peles funerarios, como todos.

¡Qué fastidio tener que levantarse!

No sé. Se me ocurre ahora pensar que pronto voy a virarme.^a La otra tarde, en el cine, Tom Mix, intentó asesinarme. Mejor: así nunca mi calumniada melena visitará la tintorería. Además, me seduce sobremañera la perspectiva de morir joven y sin haber hecho nada. ¡Qué trágicamente bello morir cuando la vida es un pirulí y se tenía talento! Me llorará mucha gente. O quizás nadie. O quizás Lis, que es como si me lloraran los luceros. Y los primeros tres días, mis amigos cursis se dirán con voz trémula: «Era un amado de los dioses.» ¡Qué formidable trompetilla prometo reventarles desde mi refugio si todavía los gusanos no se han almorzado mis labios!^b Pero yo ahora soy Ku. Ku de carne y hueso y alma intacta, que sufre y sueña y que, no obstante, se siente ricamente dotado para el ejercicio de la teoría marxista y para el logro de un título de Doctor en Derecho Civil. Ahora soy Ku. Mañana no sé. Me atemoriza el rumor de los pinos y la soledad sin palabras.

^a «voy a **soltar la cutara**».

^b Roa señaló dividir aquí este párrafo..

Quisiera ser siempre Ku. Y siempre reír. Y morir viejo, subrayado todo el cuerpo de arrugas y cargado de nietos. ¿No será tan aburrido ser abuelo como montar en bicicleta? Francamente, me espanta la posibilidad de no serlo y la realidad de serlo.

¿Quién es el imbécil que aún cree en la democracia? ¿Y en la virgen María? ¿Y en el Sirgosol?

¡Qué dolor tan dramático y punzante aquel de ayer tarde, junto al vaso de horchata! Mi cumpleaños. Mi corazón solitario. Ni por broma un vulgar «muchas felicidades». Y el pesar, agudizado por la horchata, de que hasta hoy ninguna mujer me haya enfocado con pupilas relucientes de amor. Y menos que ninguna, la soñada y la soñadora Lis. ¿Habré yo nacido al revés?

Pero no hay remedio. Tengo que levantarme. Y como todos los días, lo hago con los ojos profusamente embanderados de legañas.

El sol. El cielo. El chino del puesto. Esta mañana es como las otras mañanas. Posiblemente hoy salga con Nita a la que estoy acuchillando a fuerza de plante. Mientras me afeito leo cuidadosamente a Brisbane. Me gusta Brisbane. También el café con leche. Yo nunca lo tomo. El café con leche me toma a mí, que es distinto. Lis. Lis. ¿Quién es esa dulcísima Lis que yo he nombrado varias veces sin jamás haberla visto? Nita es un carrito de última hora. ¿Y Lis? Súbito deslumbramiento. Recuerdo que he soñado anoche con una mujer diferente a las otras mujeres: una mujer sin consonante. Sueño maravilloso. Se me apareció impalpable, como humo de luz. Inexacto. Como resplandor estelar. Y alguien me dijo al oído que la encontraría, porque ella caminaba, purificándolas, por las calles que yo a diario cruzaba, absorto ya en su recuerdo. Y que se llamaba Lis.

¿Por qué se llamará Lis?

Brisbane tiene razón. El que no come se muere. Su penetración trastorna. Yo opino que debían subirle el sueldo. Brisbane es... ¿Tendrá mi *gillette* vocación homicida? Brisbane es... Decididamente, Brisbane es un Pero Grullo que se produce en yanqui.

¿Y ese ruido tan desusado a estas horas? ¿Y esas voces airadas? Es la criada. Tenía que ser la criada. Está gritando a los cuatro vientos que yo soy un explotador con corbata, que mi comunismo es tan hipócrita como mi manifiesto desdén por el ron. Sonrío. Todo porque la mando por *tutti-frutti* cuando el clarín de los gallos aún no han relevado a las

estrellas de su clara faena. Suena el teléfono. Vuelve a sonar. Por mí puede estar sonando hasta siempre. ¿A mí? No estoy. Yo nunca estoy. El teléfono me disgusta, como la criada. La infeliz ni siquiera es fea. ¿Qué es? Me voy. Aquí nadie me entiende. Ni allá. Me voy. ¿A dónde? Decidido. Me voy a visitar a mi entrañable barbero, no para rasurarme, porque, en rigor, nunca lo necesito, sino para conversar largamente con él de su encantadora mujercita. Encantadora, pero yo nada quiero con ella.

Ni un ingenuo *flirt* óptico.

Porque sobre el amor, señoras y señores, yo tengo mi teoría. Ahí va condensada. El amor...

Bueno, porque quiero y puedo la dejo para nunca.

[1934]





PRESIDENTES





Alejandro Block

Alejandro Block, poeta ruso al que la revolución arrastró en su dramático remolino, es una de las más apasionantes figuras de la inteligencia contemporánea. José Carlos Mariátegui, en nerviosa semblanza, me puso en contacto con aquel espíritu atormentado que sintió como suya, sin comprenderla, la histórica Revolución de Octubre. Un desterrado peruano —Esteban Pavletich— me deparó la coyuntura de conocer sus dos grandes poemas: «Los doce» y «Los escitas». Mi impresión la vacié en una tenia vibrante en la que había más desenfreno que sentido crítico. Eso fue en 1927, en plena lucha estudiantil contra la prórroga de poderes. De entonces a acá, mi vida se ha enriquecido con nuevas experiencias y nuevas lecturas. Sin embargo, la emoción que me produjo el conocimiento de Alejandro Block sigue siendo brasa viva en mi recuerdo, y, por eso, vuelvo a él, en esta mañana cargada de «bolas».

Alejandro Block, fue, antes que nada,^a un poeta de carne y hueso. La presencia del hombre se siente en todos sus poemas. Aun en aquellos en que la sombra nihilista proyecta su desesperanza y su tragedia. Y eso tiene su explicación en el hecho de que Block, más que imaginativo, era sentimental. Ningún verso suyo fue fabricado a golpes de albañilería. Todos tienen una palpitación visceral.

Block militó, antes de 1902, bajo las banderas recamadas del simbolismo. Rusia confrontaba una situación prerrevolucionaria.^b Se estaban forjando las premisas de 1905. Al margen de la peripecia

^a «antes **de todo**».

^b «una situación **social** prerrevolucionaria.».

política, Block lanzaba al aire, preñado de rojos augurios, su verso entrañable pero sin sentido histórico.

Un día siente, sorprendido, la inquietud política. Su sensibilidad da entonces un profundo viraje. Lecturas marxistas y convivencia con intelectuales revolucionarios. Pero no penetra, ni puede, en el cogollo del marxismo. Mas toda el ansia de justicia que hay en él lo vincula espiritualmente a los oprimidos. No tiene un concepto materialista^c del fenómeno revolucionario, sino místico. Su fe en la victoria crece por minutos.

La revolución estalla. Block la saluda con verso centelleante. Cuando viene el fracaso, Block, como poeta auténtico que era, dotado de capacidad intuitiva para anticiparse en el tiempo, dijo en tono augural, solemne, proféticamente.

*Lo imposible es posible
Y es fácil la vía larga.*

Días oscuros y dolorosos empiezan para los que habían creído ciegamente en la toma del poder. El proletariado, que ignora el desaliento y que en cada derrota adquiere fuerzas para continuar la lucha con mayor denuedo, rehace sus cuadros, aprieta sus filas, fortifica su aparato político. El intelectual simpatizante, sufre, en cambio, una crisis intensa. El fracaso de 1905 lo eleva a definitivo. La revolución queda relegada a espejismo. Se enturbia la atmósfera. El nihilismo entra en juego. Se hace ritmo vital. *Sanin*, de Arzibachev, es el documento representativo del momento.

Alejandro Block también sucumbe. Su arte de entonces, afirma Mariátegui, se nutre de nostalgias aristocráticas. Cae en el ajenjo y hace su elogio verde. Conclusión: neurosis aguda.

El poeta vive de sí mismo y para sí mismo. El mundo objetivo no le interesa. Carece de meta. Su existencia es inútil. Y ni protesta ni grita. Acepta. La no-defensa es su doctrina.

Una mujer enflorace después su espíritu y su carne. Su negación deviene afirmación. Cree. Ama. Su unión cuaja en hijo. Esperanzas claras desplazan recuerdos sombríos. A los diez días el hijo muere y

^c un concepto **dialéctico**, materialista».

retorna al alcohol, al pesimismo y a la angustia. Ensayó el ahorcamiento.

La metralla imperialista destroza la juventud del mundo. El zarismo aporta su tributo de sangre a la pugna inhumana de los sindicatos bancarios. Block empieza a ver claro en aquella tenebrosa contienda de intereses. Se olvida de sí mismo. Frecuenta de nuevo los intelectuales revolucionarios. En el destierro, Lenin tiene en sus manos los destinos del proletariado ruso.

Triunfa la Revolución de Octubre. Se instauro el poder soviético. Alejandro Block, se entrega, íntegramente, a la revolución. Su vida cobra sentido. Ha nacido un hombre.

La profecía rimada de Alejandro Block había tenido su más cumplida y cabal realización histórica. Había sido posible el desplazamiento del despotismo zarista por una nueva realidad social. Y sería, Block, precisamente, quien había de desentrañar, en estrofas caldeadas de pasión artística y de ansias reivindicadoras, el sentido lírico de la Revolución rusa. El idilio civil de la revolución, celebrado en las calles de Moscú a los acordes estremecedores de *La Internacional*, quedó plasmado, con intensidad dramática jamás prevista,^d en su poema «Los doce».

Y Block, deslumbrado ante el cuadro magnífico, conmovedor, de hombres y mujeres besándose místicamente en las calles, como hermanos que la misma aspiración juntó tras larga ausencia, se volcó, plenamente, en su verso. Así surgieron «Los doce» y «Los escitas»: al choque crudo con la realidad histórica.

Pero de ambos poemas, el rotulado «Los doce» es el que alcanza caracteres de epopeya. Su significación ideológica, su trascendencia artística son universales. Es el máximo poema, escribe Salomón Kahan, de la literatura revolucionaria.^e Obra simbólica, en ella se enlazan melodiosamente, por medio del cordón umbilical del ritmo interno, el hecho acaecido y la posibilidad futura, el sufrimiento y la ilusión, el amor y el odio, toda la vida y toda la historia.

El argumento sorprende por lo original y simple. Gira, fatalmente, alrededor de doce hombres, soldados valerosos del Ejército Rojo que,

^d «con intensidad dramática **escalofriante**».

^e «de la literatura revolucionaria **rusa**».

como antaño los pescadores de Judea inmortalizados por Ernesto Renán, salen con la cruz al hombro, a predicar desnudamente «la nueva verdad» de Marx. Afuera ruge la tempestad y la nieve azota brutalmente los cristales trémulos de miedo. Voces ásperas, como campanas rústicas, rompen la monotonía del viento invernal y un ronco grito unánime se escucha rodar por las calles vestidas de blanco, como novias: «Todo el poder a los soviets.» Y el eco, robustecido por la complicidad de la atmósfera,^f se expande a través del inmenso territorio, poniendo una esperanza^g de primavera en las estepas heladas de Siberia.^h Y enhietos, y desafiándolo todo, prosiguen su marcha victoriosa los apóstoles de la revolución social. A la vuelta de una esquina somnolienta, tiritando, está el burgués de pie. «Parece, taciturno, una interrogación.» Súbitamente, se oyen blasfemias espantosas —el pope colgado de un farol ensaya inútilmente taparse los oídos— y como un chocar estruendoso de palabras inconexas: «¡Rusia ha muerto!» ¡Y los bolcheviques son sus asesinos! Y alguien, como iluminado, responde por Lenin.

*Y quién es ese melenudo
que dice a media voz:
¡Traidores!
¡Pereció Rusia!
Es un escritor, no hay duda,
es un charlatán.*

Y se hace un silencio dramático. El ambiente se cuaja de ansiedades. Hay un rompimiento de presagios en el cielo hostil, sordo a los clamores de la aristocracia. Y como un alerta estelar se desprende de lo alto el inexorable consejo de la Cheka:

*¡Cuidado, camarada! Siempre hay que vigilar
que nuestro enemigo se puede despertar.*

Y guiados por Jesucristo —por un Jesucristo de perfil heroico, agresivo, de fuerte contextura física y moral, educado en la dialéctica marxista— los doce:

^f «Ese eco, robustecido por la **resonancia** de la atmósfera,».

^g «**engendrando** una esperanza».

^h Roa señaló dividir aquí este párrafo.

*Listas las carabinas prosiguen su camino
sufriendo el latigazo tenaz del remolino.*

La técnica es completamente revolucionaria: responde al contenido. El poeta se despersonaliza: se objetiviza el motivo. El poeta no aparece jamás, como individuo, en sus estrofas. Lo absorbe el mugido rencoroso de la multitud, sedienta de justicia. Y a ella incorpora su poema. Abolición absoluta de lo personal. Imperio total de lo colectivo. Block deviene así en muchedumbre. Consecuencia: su canto no es el suyo. Es el de las masas explotadasⁱ que, encendidas de alborozo incontenible ante el fenómeno revolucionario, anhelan traducir en fórmulas concretas su hambre y su esperanza. Su poema, en fin, y esto es lo que le imprime peculiar fisonomía, se halla subconscientemente regulado por las leyes de psicología colectiva en que descansa la concepción social del arte.

No es la poesía de Block exclusivamente suya. El hombre hongo es un mito. El pasado existe. Y pesa duramente en los hombros del presente. Más aún: lo determina. Block —que no niega su ancestro y al cual debe más de una caída y un desaliento— es original, principalmente, por los motivos que canta. La Revolución rusa es cantera inagotable de sensaciones y matices hasta ahora inéditos. Como lo son igualmente, en el ámbito capitalista, la vida en el agro, el progreso mecánico, la lucha de clases, las huelgas, el motín libertario.^j Pero para explotar esas canteras con éxito es preciso haber bebido, directa o indirectamente, en las fuentes del pasado.

Máximo Gorki ha reflejado^k en un artículo, su impresión personal de Block. El escenario es una alameda melancólica de Petrogrado. Y bajo el ramaje fragante,^l el maravilloso creador de los ex hombres nos pinta a Block torturado, enloquecido de ignorancia, frente al misterio de la vida. Como Rubén Darío, se desespera ante «el no saber dónde vamos, ni de dónde venimos». El poeta ha vivido largos días de soledad y de alcohol. Piensa en el suicidio. Pero lo detiene el no saber qué vendrá después. Esto, sin embargo, dura poco. El incendio bélico lo despierta a

ⁱ «las masas **sublevadas**».

^j «el motín **revolucionario**.».

^k «Máximo Gorki ha **dejado**».

^l «Petrogrado **en los umbrales del otoño**. Y bajo el ramaje **dorado y fragante**.».

la realidad y se percata, de nuevo como en 1905, que es inútil la especulación intelectual cuando no va directamente enderezada hacia un objetivo pragmático.^m Y se da a escribir panfletos candentes, como las cóleras soberbias de Kropotkin. El nihilista se ha trocado en irreductible meliorista. Sabe que hay mucho que hacer y que se puede hacer. Detesta a Baudelaire y a Tolstoi; a aquél por enfermizo y decadente,ⁿ a este, por conformista y asceta. Nutre su intelecto en sueños viriles. Y le rinde admiración a Lenin. (Él, que había rimado el elogio verde del ajeno y se había replegado en su angustia, como un macao en su cárcel de nácar.)

Vida intensa, trágica, contradictoria. A esa vida correspondía una muerte condigna. No fue así. En 1921, lo que fue poema dramático, se hizo epílogo vulgar.^ñ Estaba enfermo, pálido, ojeroso, triste: daba la desconcertante sensación de un Espronceda eslavo. La Revolución le había robado los glóbulos rojos y no le quedaba otro recurso que pegarse un tiro. Ahora le preocupaba exiguamente el más allá y en la muerte veía su liberación. E intentó suicidarse. Pero le traicionó su pistola preferida. Entonces esperó pacientemente la hora de volver a la tierra. Y se fue de Moscú grotescamente, víctima de la dispepsia, en una tarde otoñal.^o La última estrofa de su vida fue un romancillo detestable.

[Suplemento Literario del *Diario de la Marina*, 29 de mayo de 1927, p. 33]

^m «un objetivo **social**.».

ⁿ «por enfermizo y **asceta**.».

^ñ «**tuvo un** epílogo vulgar.».

^o «en una **noche blanca de estío**.».

José Manuel Poveda

José Manuel Poveda —muerto en plena granazón de su talento lírico— entronca la poesía cubana con el simbolismo francés.

Hasta 1910 fue casi un desconocido. Vivía en Santiago de Cuba, su ciudad natal, soñando entre atormentadas rimas con las estrellas lejanas, como el Rubén adolescente en la tediosa Metapa. Pero La Habana —meca de los provincianos con alma— le atraía fatalmente, como París a Gómez Carrillo.^a Y un buen día se apeó del tren, en la vieja y destaralada estación de Villanueva. No traía los bolsillos llenos de papiros, mas sí un caudal de ilusiones y su juventud. Pero ya el poeta venía enfermo de «exquisitos males».

Heraldo de Cuba^b le brindó calor de hospedaje. Y Poveda escribió sus *Crónicas trascendentales*. Eran, en su mayoría, impresiones de literatura y arte —apasionadas, jugosas—, filones de aciertos estilísticos, que exigen, con las publicadas anteriormente en el diario *La Independencia*^c de Santiago, la consagración del libro. Hizo campaña por el modernismo, que entrañaba, literariamente, una renovación.^d Al tanto como nadie del desenvolvimiento literario universal, dio a conocer altos poetas de otras lenguas, ignorados por la mediocridad letrada que entonces, con el virulento Bobadilla^e al frente desde el extranjero, pretendía, a todo trance, imponer su criterio estético, podrido de misoneísmo. Tradujo del francés, en que se produjera formidablemente,^f a

^a «como París a **Julián del Casal**».

^b «**El diario** *Heraldo de Cuba*».

^c «en el **periódico** *La Independencia*».

^d «que entrañaba, **técnica y estéticamente**, una renovación.».

^e «con el virulento **Emilio Bobadilla**».

^f «en que **escribiera con insólita soltura**».

Augusto de Armas, el autor de *Rymes Byzantines*, tan cordialmente acogidas por Theodore de Banville. Y dictó clases definitivas sobre los problemas fundamentales de la métrica que conocía profundamente.

Después pasó a ocupar la jefatura de Redacción en *El Fígaro*.^g

Y pasaron los meses, con sus claros y sus sombras.^h Y otro buen día Poveda regresó a su patio oriental. Pero en la maleta llevaba, como emergencia infallible, junto a su instrumento lírico la «muceta de doctor».

Durante un tiempo apenas si se habló de él. Parecía olvidado. Mas en la soledad urdía, febrilmente, poema tras poema.

En ese interregno —1913 a 1915— aparecieron *Arabescos mentales* de Regino E. Boti y, *Alas*, de Agustín Acosta.* El primero de esos libros de versos nos colocó —después de veinte años de estancamiento y desidia intelectuales— relativamente a la altura de la poesía moderna. El segundo no nos trajo nada inédito —fuera de una rara musicalidad externa, estupendamente entrelazada a una sabia selección de los motivos— porque, en lo esencial, era Rubén Darío, no Acosta, quien hablaba. De todos modos, implicaba un paso de avance.

Y por fin, coronada la labor de saneamiento y renovación líricas conjuntamente emprendidas por Boti y Acosta, publica Poveda en 1917 su primer y único libro de poemas: *Versos precursores*. Estos versos sí eran —en relación con la época y el medio— totalmente nuevos: estaban, por lo tanto, muy por encima de *Alas* y de *Arabescos mentales*. Y no eran la reproducción verbal del yo, sólo un camino hacia él. Porque tras doce años de esfuerzo continuo y doloroso el poeta no nos daba la obra creada, es decir, la definitiva cristalización de su intelecto, sino el ensayo de ulteriores realizaciones que la muerte le impediría llevar a cabo. Sin embargo, en *Versos precursores* está todo Poveda, como Tallet en «Elegía diferente».

^g «en la revista *El Fígaro*.»

^h «con sus claros y sus sombras, **sus espinas y sus aromas**.».

* Este Agustín Acosta no es otro que Agustín del Cubo, escudero máximo de Mendieta y uno de los tipos más aborrecidos de la situación actual. Si en poesía, no logró jamás librarse de Rubén Darío —cuyo espíritu preside toda su obra, menos *La zafra*, que no es suya—, en política Agustín Acosta ha demostrado ser un discípulo opaco de Ramiro Guerra.

(Roa había eliminado esta nota cuando incluyó este ensayo en *Escaramuza en las vísperas y otros engendros*, publicado por la Universidad Central de Las Villas en 1966. *N. del E.*)

Y como es lógicoⁱ que acaeciera, dada la temperatura estética de aquel momento histórico, el libro y Poveda fueron descuartizados por los críticos al uso. Se le llamó megalómano, egocentrista, loco, destructor de la gramática y del verso —calificativos análogos a los que Max Nordau propinara a Paul Verlaine en *Degeneración*. Admirable polemista, Poveda defendió su libro.

Cinco partes comprenden *Versos precursores*: «Joyel parnasiano», «Evocaciones», «Advocaciones», «Las visiones y los símbolos», «Cantos neo-dionisiacos». Cinco partes que son, en rigor, las cinco etapas que el poeta recorrió en su doble trayectoria estética y espiritual. Y todas ellas estrechamente unidas por el nexo férreo de la ideología nietzschiana,^j que, como observó Rafael Esténger en notable conferencia, llena la ideología de Poveda, si no la rebosa. Aunque este nos diga, una y otra vez —en su maravilloso «Prefacio» a los *Versos precursores*, que Andrés Núñez Olano ha comparado, por la acuidad del examen, a la *Filosofía de la composición*, de Edgar A. Poe— que en él, en Poveda, hay más de Walt Whitman que de Zaratustra.^k

Eso en lo que puramente respecta a su ideología. Porque a través de su obra se diluye —vino negro, elixir fatal— el espíritu de Baudelaire y el sentido del horror que ya había fatigado Poe hasta el exceso en sus crispantes poemas y en sus cuentos macabros. Y es sobre todo en «Tenebrario»^l donde la perversión y el vicio alquitarados alcanzan el clímax. Todo el hedor de «La carroña» se desprende de esas rimas, como el ajenjo destila de los *Poemas saturnianos*.

Pero el poeta, horrorizado de sí mismo, decidió cambiar de rumbo y oteó la lejanía en busca de luz. Mas, a poco cae entre las garras torturantes de los alcaloides y aparecen entonces, en interminable teoría, las visiones de pesadilla, los sueños monstruosamente agotadores, el sentirse arrastrado hacia otro mundo, para experimentar en los momentos lúcidos, como antaño Julián del Casal, «ansias infinitas de llorar a solas».

Empero, tan tremenda situación anímica —reflejo de un estado orgánico anormal— no se prolongó mucho tiempo. Y definitivamente

ⁱ «Como es lógico».

^j «por el nexo **alucinante** de la **soberbia** nietzschiana, que llena la ideología de Poveda,».

^k «que de **Nietzsche**.».

^l «Y es, sobre todo, en “Tenebrario”,».

convencido de que no es lo morboso y lo raro lo que informa lo bello, se dio a hurgar serenamente en el silencio, traduciendo en símbolos sus misteriosos, imperceptibles estremecimientos. Entonces el artista, el gran artista que alentaba en él, se reveló en toda su talla. A esta época, a más de «Las visiones y los símbolos», corresponden casi todos los impecables sonetos que integran el «Joyel parnasiano».

Evolucionó el poeta. Y tras las «Evocaciones» y las «Advocaciones», en que las sombras de Baudelaire y Nietzsche se proyectan confundándose, arribó Poveda a la cima luminosa en que la creación imperaba soberana. Quedaron atrás —envueltas por las nieblas del olvido— las caídas en el vicio, el satanismo sistemático, el ver las cosas a través de un prisma artificial. Desbordaban sus tanques espirituales. Y desbordaban vida, sed de belleza, obsesión de lo auténticamente original. Es tan intenso el impulso creador que lo sacude que a veces entona el canto «de abstruso motivo, aunque ignore con qué fin». Y se siente fuerte como Zaratustra, más allá del bien y del mal, muy superior y lejos de sus hermanos de la tierra. No vive sino para él. Se goza, absurdamente, en la contemplación de sus paisajes interiores y, como Narciso, gusta de adorarse. Y en^m sus delirios egolátricos se piensa creador de la noche y sueña con hacer al hombre a imagen y semejanza del canto, de su canto. Y cuando la melancolía lo inunda hasta el fastidio, convoca a sus recuerdos y amores y escuchaⁿ vibrar en su cerebro la sinfonía dolorosa del pasado.

A esta época —la última que literariamente viviera— pertenecen los «Cantos neo-dionisiacos», a mi juicio lo más original y consistente y perdurable de *Versos precursores*. La flauta de Pan —mágica despertadora de ocultas sensualidades— se deja oír, persistentemente, en todos sus poemas. Y el deseo se prolonga, más allá del orgasmo. Es este un paganismo sin dioses, gozador, libérrimo, como el mismo Poveda confiesa.

Y en punto a la técnica, Poveda se supera. Llega a la perfección. Se diría que todo su libro está como vaciado en mármol, tal es la rigidez inalterable de sus líneas. No ha habido en nuestra literatura parnasiano más puro que él.

^m «En».

ⁿ «sus recuerdos **sombríos** y **sus** amores **frustrados** y escucha

En cuanto a las innovaciones métricas, traslado al lector al «Prefacio» de los *Versos precursores*, que allí se hallan acuciosamente expuestas por el propio Poveda. No obstante quiero añadir, por mi parte, que tales innovaciones poseen un valor puramente americano, por lo que cabría afirmar que son adaptaciones a la lírica continental de los procedimientos simbolistasⁿ de acuerdo con los gustos y peculiaridades temperamentales de José M. Poveda. Fue además, junto con Boti, el consagrador en lengua castellana del versolibrismo.

Y ahora un reparo inevitable. Poveda fue corifeo —el más esforzado acaso entre nosotros— de la doctrina «del arte por el arte». Pusó su enorme talento y su profunda y variada cultura al servicio y satisfacción de su yo, preocupándose más por su dolor metafísico que por el dolor concreto de sus semejantes. De ahí su cabal indiferencia ante los fenómenos históricos. En nuestra época, rectamente orientada hacia las supremas reivindicaciones políticas y sociales, de vivir él, mi generación le hubiera combatido, yo el primero. Muerto, precisa únicamente subrayar la discrepancia.

No quiere esto decir que José Manuel Poveda haya sido del todo infiel a su tiempo. Históricamente, sí. Literariamente, no. *Versos precursores* cumplió, ampliamente, su misión estética. Y, en relación con nuestra mediocre y trasnochada realidad poética, fue un libro revolucionario. Introdujo nuevos módulos y fórmulas de expresión, barrió con el claro de luna y los ayes románticos, llevándonos mucho más allá del modernismo. Y renovó medularmente la métrica cubana, librándola de la «agonía del verso clasizante, engendro de una retórica cuadriculada». Pero no consoló al infeliz ni prendió lumbres de rebeldía en el pecho de los sojuzgados.

[14 de agosto de 1929]

ⁿ «tales innovaciones **son, en rigor**, adaptaciones a la lírica **hispanoamericana** de los procedimientos simbolistas»

Mongo Paneque

Yo puedo señalar en mi vida disparatada y ardiente siete días que la Historia se verá obligada a recoger —muy a su pesar, desde luego— con áureos ribetes. Uno de ellos fue aquel en que conocí a Mongo Paneque, ebrio de alcohol y de poesía, en el parque Maceo. Él andaba por allí apostrofando líricamente al guerrero epónimo —cuyos testículos no reconocen par en el mundo— por haberse muerto tan pronto. Yo había ido, por lo contrario, a alegrarme sinceramente que lo hubiera hecho tan a tiempo. Se cruzaron nuestras miradas afines. Y caímos conmovidos yo en sus brazos y él en los míos. Aquella estremecida conjunción de huesos registra el inicio de una amistad como no la soñó nunca Montaigne.

Naturalmente —sobra decirlo—, fuimos a parar a un café.

—¡Ron! ¡Ron legítimo! ¡Ron oriental!

Y entonces me empezó a hablar, con cierto tintineo sentimental en la voz, de Manuel Navarro Luna, a quien ya yo conocía por sus libros jugosos y por correspondencia. Poeta, prosista de estirpe. No lo discuto. Pero Navarro Luna es un tipo insignificante al lado de Mongo Paneque. Aquí se reprodujo el milagro que observaba genialmente Miguel de Unamuno en su tocayo Cervantes: que no le sirve a Don Quijote —mucho menos a Sancho— ni para sacudirle el pisajo. Y se lo dije a Mongo Paneque.

Mongo Paneque no se puso bravo por eso. Al contrario: me arrancó la corbata y me apolismó la nariz. Yo sonreí satisfecho. Otra actitud hubiera sido indigna de él, lo hubiera desconceptuado a mis ojos. Y más alegres que Boruga nos pusimos a decir pestes de Navarro Luna.

Mongo Paneque: gran hombre de carne y hueso. Como yo, flaco, feo y nervioso. Como yo, soberbio y humilde. Como yo, agresivo y cordial. Como yo, febril y ordenado.^a Como yo, cuerdo y loco. Como yo, único en el mundo. Por eso, cuando retornó una semana después a la Ciénaga los dos habíamos escrito con tinta china lealtades y afectos recíprocos.

Yo tuve la desgracia infinita de nacer en el cogollo mismo de la urbe. Mongo Paneque no. Mongo Paneque nació entre el misterio y el fango de la Ciénaga, donde bullen, confundidos, los gérmenes de las grandes acciones y de las vilezas enanas. Allí mamó, allí creció, allí se nutrió de avispas y de rosas, allí se armó del aguijón que desgarró y se pertrechó de la miel que consuela.

Hay quienes mueren de viejos sin haber pasado del libro o del sueño. Cuando Mongo Paneque visitó la aldea por primera vez ya era un hombre cujeado. Trataba a la vida de tú. No en balde había sorbido sus jugos amargos, los más amargos, aun aquellos que para tragarlos sin náuseas exigen el escamoteo encendido del ron. Y él se los había empujado a pulso, sin pestañear, sin hacer una mueca.

Su primera visita fue —tenía que ser— en domingo. La aldea entera se había vaciado en el parque, en cuyo mismísimo ombligo la banda municipal profanaba la majestad del crepúsculo con sus chabacanas melodías. Gazmoñería, chismorreos, mimetismo: categorías auténticas del ser aldeano. Mongo Paneque, jinete en su penquito brioso, contempló todo aquello con aire burlón y luego de darse unos palos en la bodega de Venancio Menéndez retornó presurosamente a la Ciénaga.

Esa misma noche, frente a las únicas montañas que existen en Cuba, Mongo Paneque, paraguayo en ristre, le declaró guerra a muerte a la aldea.

Guerra descubierta, cara a cara, a pie firme. Mongo Paneque, picándole el pecho una extraña cosquilla apostólica, lió al amanecer sus calzoncillos azules y se mudó para la calle central de la aldea. Afuera, colgando de una cornisa, rezaba un letrero:

*Ni doy cuartel
ni lo pido.*

^a «Como yo, **humano** y cordial. Como yo, **áspero y tierno**.».

Así fue. Cada mañana, sin faltar una sola por espacio de cien meses, la aldea desfiló sus prejuicios, mezquindades y lacras por las páginas, hasta entonces ignoradas y humildes, de *El Volcán*. Única vez que fue volcán *El Volcán*.

La aldea se retorció desesperadamente ante aquel chorro implacable de fuego. Y se aprestó a defenderse. Hubo conciliábulos, se invocó a los espíritus, los masones brindaron su apoyo. La opinión era unánime: había que tomar una determinación inmediata. Por su parte, adelantándose a esta, desarmando moralmente a la aldea —que no le quedó otro remedio que meter su oscura belicosidad en un tabor— Mongo Paneque recogió sus artículos y los organizó bajo el título de *Siluetas aldeanas* en un libro señero en nuestra literatura. El libro que le ha conferido precisamente a Mongo Paneque la privilegiada condición de ciudadano de todas las latitudes. Pues por ser muy de la aldea, por ser la aldea misma, ese libro pertenece al mundo.

Pero la aldea no se dio por vencida. Cambió de táctica. Y se produjo lo insólito. Mongo Paneque fue la figura del día. A su paso solitario y altivo por las esquinas cuajadas de vagos suscitaba fatalmente entre estos la murmuración admirativa. Hasta los perros hueveros formaron parte del coro ladrándole maravillosas apologías. Una noche de retreta en el parque, a presencia del cura y de las más altas autoridades aldeanas, varias muchachas se abofetearon y tiraron de los pelos por conquistar su atención. Los intelectuales tampoco fueron remisos en rendir pleitesía al «compañero». No hubo poetastro ni literatoide ni cagatinta de rango que no exaltara su genio. Los propios protagonistas de su libro fueron todos un día, con una charanga al frente, a lamerle los cicotes^b bajo palio. Los bomberos —a falta de uno verdadero donde lucir sus cascos absurdos— inventaron un incendio en su honor. Y una madrugada la brisa fragante le metió en la oreja insomne este canto rarísimo, que parecía venir de muy lejos, de vuelta del cementerio.

*Mongo Paneque, nuestro redentor,
Mongo Paneque, nuestro redentor,
Mongo Paneque, nuestro redentor,
¡Jun, jun, jun, jun, jun, jun, jun, jun!
¡Jun, jun, jun, jun, jun, jun, jun, jun!*

^b «a lamerle los pies».

¡Jun, jun, jun, jun, jun, jun, jun, jun!
¡Elévalo!... ¡Elévalo! ¡Elévalo!...
Olelí, olelá, olelí, olelá, olelí, olelá...

El 24 de febrero, a las doce meridiano y en sesión solemne, con la asistencia de las fuerzas vivas de la localidad y la previa bendición del cura, el Ayuntamiento acordó otorgarle a Mongo Paneque el título de hijo adoptivo como premio a sus patrióticas y desinteresadas campañas de *El Volcán*.

Decididamente, Mongo Paneque había perdido la partida. La aldea es más abyecta y traidora que una tembladera. Es irredimible. Aldea nació y aldea morirá. Cuando el puntapié y la goma le fallan usa entonces la componenda y la baba. Mongo Paneque, un tanto mohíno por su fracaso y con el pecho sudando desprecio, lió sus calzoncillos azules, se procuró con Venancio Menéndez una tonelada de ron y sin despedirse de nadie, jinete en su penquito brioso, retornó al misterio y al fango de su tierra natal, a las montañas y al sol de Oriente, que en nada se parecen al sol desteñido de por acá ni a las injustamente célebres Tetas de Managua.

¿Pero cuándo los locos y redentores dieron su brazo a torcer? ¿Acaso escarmentaron alguna vez Ulises, Bayardo y Sandokan?^c ¿No fueron siempre la derrota y el descalabro la raíz nutricia de su fe?

Otra vez fue volcán *El Volcán*.

Resultado: lava inútil.

Mongo Paneque se ofrendó oscuramente a la tierra. Parecía curado de su locura apostólica. Pasaron los años. Un día la aldea supo, relamiéndose el vientre de gozo, que Mongo Paneque sufría enfermedad y miseria.

Alguien se lo contó a míster Smith que andaba por allí comprando tierras por una bicoca.

Mongo Paneque lo recibe en la puerta, con un poco de malhumor y otro poco de inquietud. No lo invita a pasar, ni le ofrece, para que se siente afuera, un taburete. Y míster Smith, sin darse cuenta de su actitud agresiva, o quizás juzgándola mal, le propone, sin andar con muchos rodeos, comprarle la finquita. Mongo Paneque hizo un silencio

^c «¿Acaso escarmentaron alguna vez Ulises, Bayardo, **Don Quijote** y Sandokan?».

largo y hondo, por el que cruzaban todos los relámpagos de la cólera. Y el yanqui, que seguía juzgando mal su actitud, le obligó a que hablase.

—Mire usted, míster Smith: yo no la vendo.

—¿Cómo?

—Sí; que no la vendo. Yo haría con usted otra cosa.

—¿Cuál? ¿Arrendármela?...

—No: ensuciarme en su madre. ¡Lárguese!... ¡Lárguese!...

Y le enterró la punta colérica de su zapato campesino en salva sea la parte.

Una vez más fue volcán *El Volcán*. Y una vez más también fue inútil la lava gastada.

Empero, Mongo Paneque siguió en sus trece. Publicó un nuevo libro, *Cartas de la ciénaga*. Más exactamente: lo publicó un titulado Grupo Provincia, que organizaba recitales y fiestas literarias en un barranco insondable.

Mas este libro —que coloca a Mongo Paneque sobre los hombros de Fradique Mendes— no ha podido circular en la aldea. Y los escasos ejemplares que lograron colarse, gracias a las artimañas de un guajiro, fueron requisados por el cura y una medianoche quemados en pleno parque a la mortecina luz de los trabucos.

Mongo Paneque había vuelto a perder la partida. Pero, a cambio de ello, había ganado el mundo.

Mongo Paneque está hoy más loco que nunca.

[1934]



MINUTOS ABSTEMIOS





Rafael Trejo y el 30 de septiembre*

El primer aniversario de la jornada revolucionaria del 30 de septiembre —que soñábamos conmemorar sobre la cabeza aplastada de la tiranía machadista— encuentra las cárceles, el Presidio Modelo y las fortalezas militares repletos de presos políticos. Y entre ellos, precisamente, algunos de sus más destacados actores y organizadores y uno —Pablo de la Torriente, compañero y amigo entrañable— de los que, con Rafael Trejo, mortalmente herido, e Isidro Figueroa, líder obrero, compartió aquella mañana los zarpazos brutales de los esbirros de Ainciart.

¡Qué lejano el día en que, luego de varias semanas de frecuentes y acaloradas reuniones clandestinas, nos vertebramos aquel reducido núcleo de estudiantes conspiradores en Directorio —posteriormente escindido por disentir varios de sus componentes en la visión e interpretación de los problemas de Cuba, agrupándose los discrepantes en Ala Izquierda Estudiantil, en la que me integré— y acordamos lanzarnos a la vía pública, en demostración de protesta contra el despotismo y la explotación imperante, e ir hasta la casa de Enrique José Varona, a quien, ya advertido, entregaríamos un manifiesto explicativo de nuestra actitud, y cuya redacción me fue confiada! ¡Qué lejano aquel día y, sin embargo, qué cercano! Porque la realidad durísima es que la situación objetiva que determinó aquel memorable estallido de inconformidad^a persiste agravada. El hambre, que adquiere, por momentos, perfiles

* Palabras leídas en el acto organizado por los presos políticos reclusos en el Castillo del Príncipe al cumplirse el primer aniversario del 30 de septiembre y del asesinato de Rafael Trejo.

^a «de **disconformidad**».

apocalípticos; la sangre de los caídos;^b la agudización del terror en ritmo^c francamente fascista; el descontento que agita sus puños con ademán desesperado; la descomposición social creciente; el paro forzoso y los salarios irrisoriamente bajos; el Plan Chadbourne y los impuestos agobiadores, profundizan la crisis que afrontamos desde hace años y cuya positiva solución —como reflejo que es de la crisis general que sufre el sistema capitalista— no estriba en ajustar temporal y artificialmente lo que natural e históricamente es inconciliable. Más claro y concretamente: o se remueven las bases históricas en que descansa la organización económica y social del país y ascienden al poder las masas esquilmas y oprimidas por el imperialismo y la burguesía y terratenientes nativos, a través de su instrumento político, la dictadura sanguinaria de Machado, o cada día, con Machado o los que lo sustituyan,^d la opresión y la miseria, la angustia y el caos, serán cada vez mayores. Las soluciones intermedias, la terapéutica de agua con azúcar,^e a lo sumo, atenúan el mal y, a veces, matan. La intervención quirúrgica es urgente.

Ahora mismo estamos verificando la terrible verdad de cuanto acabo de afirmar. El fracasado revolico de los caudillos decrepitos y podridos —que arrastró criminalmente, en su afán de combatir a Machado con las armas en la mano, a estudiantes honrados como Chacho Hidalgo y Leclerc— ha evidenciado, con nitidez aterradora, la abyección sustancial del régimen y la de aquellos que, a espaldas del pueblo, y apoyados en un ejército envilecido y nativamente reaccionario,^f querían controlar el poder en usufructo propio y del imperialismo, reproduciendo realidades idénticas a las tristemente célebres de Uriburu y Sánchez Cerro, adulterando así el estado revolucionario más formidable y trascendental que registra nuestra historia. Pero la revolución —no el revolico—; la verdadera revolución —no el que se vaya Machado para mangarnos los despojos nosotros—, no ha fracasado, ni puede fracasar. Sigue su marcha arrolladora y ascendente. Se perciben ya los mugidos del río que, rotos los diques, se lanza adelante destructor y hermoso. Y como la

^b «la sangre de los caídos, **que reclama justicia**,».

^c «**con** ritmo».

^d «o **quienes** lo sustituyan,».

^e «la terapéutica de **paños calientes, de** agua con azúcar,».

^f «y **orgánicamente** reaccionario,».

revolución será la violencia organizada de las masas para sacudirse de una vez el régimen colonial que las sojuzga e implantar su poder económico y político a ella concurriremos con los ojos resplandecientes, en los labios vibrantes nuestras consignas y gritos de guerra, embanderados, en dramático y glorioso despliegue, con los nombres de Mella, de Varona, de Alfredo López, de Trejo, de todos los que cayeron por verla triunfante, y al hombro, el camarada máuser, que tiene la palabra para rato entre nosotros.

El 30 de septiembre —brote primaveral y magnífico entre la desolación y las sombras de un inacabable invierno de horrores— es ya una efemérides de genuino rango histórico. En el proceso de las luchas estudiantiles de Cuba figura, emparejada, con aquel 30 de marzo de 1927, en que un nutrido grupo^g de jóvenes fuimos a la propia casa de Varona,^h donde, rodeados de policías y trémulo el aire de amenazas,ⁱ maltratado el mismo Varona por aquellos, le entregamos en una atmósfera cargada de iras, la copia de un manifiesto a él dirigido y oímos su palabra clara, firme, contundente, que nos conminaba a mantener, al más caro precio, la enérgica postura asumida. Ninguno de los que vivimos plenamente aquel instante,^j podemos dejar de recordarlo sin estremecernos. Del mismo modo, ninguno de los participantes de la jornada del 30 de septiembre podrá olvidarla mientras viva. No pasará ella, pues, desapercibida ni tranquila,^k ni para los que, heroicamente, siguen luchando en la calle, ni para cuantos su primer aniversario nos encuentra presos. Como evocamos a Julio Antonio Mella en esta misma galera en ocasión análoga en que Aureliano Sánchez Arango^l —a quien acabo de dejar con veintitrés compañeros en Presidio Modelo— desentrañó los móviles de su cobarde asesinato y narró, con acento encendido, los episodios culminantes de aquella vida ejemplar, así evocaremos a Rafael Trejo y el 30 de septiembre. Lo evocaremos —lo estamos evocando ya— con gritos, con discursos, con un silencio final del que los espíritus saldrán más puros y decididos.

^g «un **numeroso** grupo».

^h «a la propia casa del **viejo maestro, Enrique José Varona**,».

ⁱ «y **palpitante** el aire de amenazas,».

^j «aquel **suceso**,».

^k «**inadvertida** ni tranquila,».

^l «en que **Pablo de la Torriente Brau**,».

Trejo y el 30 de septiembre irán íntimamente vinculados^{ll} en el devenir histórico. No se hablará de este^m sin que, a la vez, surja su nombre,ⁿ prematuramente aureolado por el martirio. Por eso mismo, «será útil después de muerto». Por eso mismo, su nombre es y será bandera de combate que enarbolamos y enarbolaremos, a todos los vientos, mientras no desaparezcan de raíz las causas históricas que provocaron^ñ la bárbara represión en la que él perdió la vida. Rafael Trejo, como todos los que se enrolaron en esta lucha con una ideología clarificada y limpio el pecho^o de ambiciones, no salió aquella mañana a jugarse la vida, como se la jugó, para el encumbramiento, por su sacrificio, de caudillos desprestigiados o por desprestigiar. Sabía que —como sabemos nosotros—, la hora de los caudillos, de los providenciales y de los césares, pasó ya para el mundo. Estaba penetrado^p —como lo estamos nosotros— que en el reloj^q de la historia había sonado, con campanadas definitivas y solemnes, la hora de los oprimidos, cuyas necesidades y aspiraciones fueron desde siempre desoídas y estranguladas por un régimen basado en la explotación del hombre por el hombre. Aunque él no militara definitivamente en la izquierda —por sus sentimientos generosos, por su honradez, por su fe en un mundo más justo y más bello— estaba más cerca de nosotros que de la derecha, ávida de mando y de riqueza.

Por eso, ante el recuerdo^r de Rafael Trejo —que bregó y murió por una Cuba esencialmente distinta, liberada del caudillaje y del imperia-
lismo opresor— yo afirmo, en nombre de los estudiantes de izquierda, cuya palabra ostento en este acto revolucionario, que no estamos, ni podemos estar, con los que sólo aspiran a perpetuar, en beneficio personal y con apellidos distintos, una situación que, medularmente, no difiere de la trágica que sufrimos, ni de las anteriores. Río Verde triunfante no hubiera entrañado más cambio que la turbia sustitución de Machado y secuaces por Mendieta, Menocal y comparsa, cuya exclusiva

^{ll} «**permanecerán** vinculados».

^m «No se hablará del **30 de septiembre**».

ⁿ «surja el nombre **de Trejo**».

^ñ «no desaparezca **la estructura** histórica que **provocó**».

^o «y **vació** el pecho».

^p «Estaba **persuadido**».

^q «**de que** el reloj».

aspiración es el control del presupuesto.⁸ Río Verde frustrado, no afecta en lo más mínimo los verdaderos intereses de la revolución popular, que vive y clamorea en las fábricas y en los talleres, en el latifundio azucarero y en las calles, que no va enderezada solamente a barrer con el machadato, sino con la estructura económica y social que lo engendra y reproduce, contra el imperialismo criminal que depaupera y desfalca el país y sus aliados nativos, contra el gobierno de Machado que es su más refinado producto político.¹ Con esa revolución —que va proyectada por igual contra los que ahora asesinan y explotan que contra los que encubriendo el torvo propósito con centelleante y demagógica fraseología, únicamente luchan por hacer lo propio—^u sí estamos ardientemente identificados nosotros. Por ella, por llevarla adelante y rematarla victoriosamente, nos hallamos dispuestos a todo. Y, si en el camino tumultuoso y repleto de acechanzas, nos sorprende el escopetazo alevoso o la infame tortura, no habrá sido estéril nuestro sacrificio. Con sangre de precursores se abona el futuro.

Esa es nuestra postura. Aquí estamos, en la impotencia angustiada de la cárcel, por hacerla válida. Si algún día el «rastrillo» nos devuelve a la vida, retornaremos a la lucha con más ardor y denuedo que nunca. Nos sentimos jóvenes y somos estudiantes; y ser estudiante y ser joven —ha dicho Luis Jiménez de Asúa— es sentirse el corazón a la izquierda, porque a muchos, aunque parezca anatómicamente absurdo, les late a la derecha del tórax.

Nuestra línea política —sépase de una vez— no admite vacilaciones ni compromisos: la absoluta liberación económica y política de Cuba de la garra extranjera y de la tiranía nativa. A los que, para disuadirnos o combatirnos, aleguen que el objetivo es remoto, que falta madurez política en las masas para realizar el empeño, o que la aspiración es vana porque Cuba no saldrá jamás, por razones de fatalidad geográfica e histórica, de la órbita de hierro del imperialismo yanqui, les respondemos con estas palabras de José Martí: «Ustedes ven sólo la atmósfera; nosotros vemos el subsuelo.»

^r «Ante el recuerdo».

^s «es **enriquecerse y enriquecer a los monopolios norteamericanos.**».

^t «su más **legítimo** producto político.».

^u «—que va proyectada por igual contra los que ahora asesinan y explotan que contra los que luchan por **sustituirlos**—».

No se consigue modificar la estructura histórica^v de un país de un plumazo. La lucha por ese logro sustantivo es dura,^w larga, dramática. No hay «más descanso que la cárcel o la tumba». Lo sabemos. Pero no nos preocupa ni recorta entusiasmo. Porque, también sabemos, que «ninguna idea de redención vale nada si detrás de ella no se perfila la silueta de una cruz».

^v «modificar la **secular** estructura histórica».

^w «La lucha por **conseguirlo** es dura.».

Palabras en la tumba de Félix Ernesto Alpizar

Ninguna organización compuesta por estudiantes podía carecer de representación^a en el sepelio de nuestro inolvidable amigo y compañero Félix Ernesto Alpizar, cuyo nombre ha ido a nutrir,^b con luz propia, la gloriosa constelación de los sacrificados por la furia machadista.^c Por eso, yo he traído a él,^d con mi dolor personal, la palabra revolucionaria del Ala Izquierda Estudiantil.

Como Mella, como Trejo, como Fuertes, como Pío Álvarez, como Mariano González Gutiérrez, como todos los camaradas caídos en la lucha emocionante y sangrienta contra el reinado^e cenagoso y criminal de Machado, Alpizar será ejemplo y será luz. Alpizar quedará registrado en el recuerdo de la juventud revolucionaria como destacadísimo exponente de lo que sufrió e hizo aquella por liberar al país de un régimen de vejamen y de peculado,^f de terror y de hambre, que sólo tiene par en América, en el Paraguay de Francia y en el gomezato que hoy arruina y entenebrece a Venezuela.^g Contra ese sistema de inaudita explotación económica, al servicio del imperialismo yanqui, y de exacerbada opresión nacional, se pronunciaron, sistemática y resueltamente, el proletariado militante y la muchachada estudiantil. A ambos sectores les cabe la amplia satisfacción de haber sido de los primeros en

^a «Ninguna organización **revolucionaria estudiantil** podía carecer de **voz** y representación».

^b «ha ido a **acrecer**».

^c «por la furia machadista y el **imperialismo yanqui**».

^d «yo he traído a **sus funerales**».

^e «en la **épica** lucha contra el **régimen**».

^f «y de **oprobio**».

^g «y **desangra** a Venezuela.».

hacer oír su voz condenatoria contra un estado de cosas que pertenece más a la jungla que a la civilización. Fue precisamente un estudiante, el más grande, noble y puro de los estudiantes, que cayó asesinado en México con sus ideales comunistas clavados en el puño estremecido —me refiero a Julio Antonio Mella— quien previó, por el análisis acertado y concreto^h de las fuerzas económicas, políticas y sociales determinantes de la naturaleza y ritmo de la historia de Cuba, lo que Machado iba a ser: un cesarillo de opereta, un Mussolini tropical. Ahí están, en una revista estudiantil que fundara el propio Mella y que «murió de honrada», como otras muchas de su orientación y carácter, sus palabras videntes.

Los estudiantes, pues, han sido de los primeros y más relevantes núcleos sociales que se han erguido, decidida y enérgicamente, contra la feroz tiranía de Machado. Suman ya muchos los nombres de los victimados por él y sus secuaces. Y entre ellos, pocos de más abnegación, espíritu viril y capacidad de acción que este compañero nuestro que supo en carne propia de todos los horrores y torturas del machadato en las mazmorras hediondas y lúgubres del castillo de Atarés. En las faldas de ese castillo, cubil que fue hasta hace unos días de ese Torquemada sietemesinoⁱ que es el capitán Crespo, aparecieron sus restos junto a los del obrero Margarito Iglesias y del sargento Miguel Ángel Hernández, igualmente asesinados por orden de Machado. Ese Castillo de Atarés ha sido el sitio preferido donde los sicarios y verdugos de la tiranía fatigaron^j toda la gama del refinamiento criminal y de la crueldad humana. De ese Castillo de Atarés no debe, en consecuencia, quedar piedra sobre piedra.

Alpízar ha muerto. Ya no queda de él sino lo que fue y pudo ser, es decir, lo mejor de él mismo.^k Yo recuerdo que cuando él estaba preso^l en la cárcel de Nueva Gerona y a sus compañeros de lucha^m les daba por fabricarⁿ quimeras políticas, siempre afirmaba que de nada servía

^h «por el análisis **dialéctico-materialista**».

ⁱ «Torquemada **tropical**».

^j «El Castillo de Atarés **fue** el sitio **escogido por** los sicarios y verdugos de la tiranía **para fatigar**».

^k «de **sí mismo**».

^l «cuando **Alpízar** estaba preso»

^m «de **brega**».

ⁿ «por **forjar**».

todo aquello si no podía^ñ llevarse a la práctica. Por eso, a él, que no tenía otra idea dominante^o ni más perspectiva política que tumbar a Machado, le dolía^p en las entrañas cada hora perdida sin realizar un acto que adelantase el derrocamiento de la dictadura. Si la consecución de ese propósito implicaba la ofrenda de su propia vida, él estaba gozoso por afrontar la contingencia. Una noche nos dijo: «Si me sueltan, hay que matarme para prenderme.» Alpízar hizo buena su prédica. Yo lo presento como un ejemplo de ajuste perfecto entre el pensamiento y la conducta.

Sobre su tumba,^q más que desfallecimiento sentimental, los estudiantes revolucionarios sentimos una enorme cólera que se resuelve en el decidido empeño de seguir en nuestro puesto de lucha. Renovemos sobre los despojos de este camarada sincero y heroico nuestras esperanzas y nuestros anhelos de seguir^r pugnando por la realización cabal de nuestros ideales, cueste lo que cueste, caiga quien caiga. Ante los estudiantes de Cuba se abren dilatadas perspectivas, deberes inaplazables. Machado ha caído, pero la estructura de su régimen no ha experimentado la menor alteración. Por eso, es ahora más urgente^s que nunca vertebrar y fortificar nuestras filas. El desenlace y sesgo de los acontecimientos hacen necesidad imperiosa que el Ala Izquierda Estudiantil^t y el Directorio Universitario, los dos únicos organismos representativos^u del estudiantado cubano, se articulen^v en un frente único sobre bases comunes y predeterminadas, salvando la independencia ideológica y política de ambas. El cuartelazo imperialista del 12 de agosto, dirigido y controlado por Sumner Welles, ha escamoteado la revolución del pueblo contra Machado, entregando el poder al ABC y a la vieja y corrompida política caudillista y poniendo en la presidencia de la República a un embajador de Machado que no tiene otro timbre de gloria que llevar el nombre de su padre. Los objetivos centrales por los que se despilfarró tanto desinterés

^ñ «siempre **explicaba** que de nada **servían las lucubraciones** si no **podían**».

^o «Por eso **afirma que, al no tener otra** idea dominante».

^p «le doliera».

^q «Sobre **la tumba de Alpízar**».

^r «**nuestra fe revolucionaria** y **nuestra decisión** de seguir pugnando».

^s «**De ahí que sea** ahora más urgente».

^t «los acontecimientos **inducen imperativamente** al Ala Izquierda Estudiantil».

^u «**las dos únicas organizaciones representativas**».

^v «**a articularse**».

y heroísmo, por los que se sufrió persecución, muerte y tortura, no se han logrado aún, ni se lograrán sin un previo derrumbamiento del estatus colonial de vigente.^w Los grandes culpables de la realidad machadista —Machado el primero— se fueron huyendo con la complicidad del nuevo gobierno y con los bolsillos repletos de oro robado a las masas. Nosotros demandamos el inmediato castigo de todos los verdugos y ladrones del pueblo. Aún respira el hombre que le dio el tiro de gracia a Alpízar, el teniente coronel Rafael Carrerá. Exijamos su inmediato fusilamiento en nombre de todos los asesinados por Machado y sus hordas.

Alpízar ha muerto. Dentro de unos instantes los jugos de sus huesos martirizados irán a enriquecer, por ley fatal de la naturaleza, los jugos de la tierra. Pero si ya él no existe para la vida de relación, si ya él es sólo un puñado de compuestos minerales, espiritualmente está más vivo que nunca, presente en nuestro corazón y en nuestras luchas futuras. Alpízar quedará siempre, en el estudiantado cubano, como un magnífico símbolo de coraje, abnegación y honradez.

19 de agosto de 1933

^w «de la estructura colonial de Cuba».



Palabras en la tumba de Enrique José Varona

Los hombres que rindieron plenamente su función histórica no se extinguen jamás. Se concretan en símbolos. Si la faena en la que metieron su pasión y su mente tiene aún resonancias vitales, o está en proceso candente de elaboración, siguen siendo «útiles después de muertos». Si, por el contrario, la filiación ideológica y el pensamiento político del gran caído están ya históricamente agotados, el dinamismo constante que rige los procesos sociales respetará su recuerdo y lo evocará, siempre, como el antecedente humano indispensable en su momento. Quien fue leal a su tiempo, quien lo vivió y sintió entrañablemente, será de todos los tiempos. Enrique José Varona, cuyos mortales despojos venimos a enterrar esta tarde, pertenece a esa privilegiada categoría de individuos que por ser auténticos creadores de historia, sobreviven a su definitivo aniquilamiento físico. La gloria no está en cosechar un retórico racimo de laureles póstumos, sino en haber puesto un grano de esfuerzo en el mejoramiento del mundo.

Con Enrique José Varona desaparece el último gran vehículo del pensamiento liberal cubano, que tuvo en José Martí su otro insigne exponente. La ideología democrática ha perdido en Varona el único vocero que durante treinta oscuros años de factoría azucarera yanqui no enturbió jamás sus esencias teóricas. No hizo nunca de la política cheque ni trampolín. Tuvo por sus principios una lealtad inusitada. Fue siempre, en la Colonia española y en la colonia dentro de la República, como una «flor de mármol», para emplear la justa expresión de Martí en carta al egregio escritor fallecido.

La continuidad en la conducta y en sus principios es la nota dominante en Varona. A pesar de las dudas tremendas que desgarraban su



espíritu, murió conservando aún su fe en el credo democrático. Y si en este siglo ser liberal y demócrata es estar fuera de él, y aun contra él, no lo fue, en cambio, serlo en el pasado, particularmente en Cuba, donde las trabas económicas sobre las que se estructuraba la colonia española ponían la revolución por la independencia nacional en plano de novedad y urgencia inaplazable. No ser liberal, entonces, entrañaba una adhesión, expresa o tácita, a un régimen inhumano, en el que a la opresión política más cruel se aliaba la más espantosa explotación económica. La salida de la colonia española no podía ser otra que la revolución democrática, como la salida de la colonia yanqui no puede ser otra que la revolución agraria y antimperialista, bajo la hegemonía histórica del proletariado. Por la cabal realización de aquella, luchó Varona con ímpetu sostenido y denodado. Nadie interpretó más lúcida y medularmente que él, el contenido teórico de ese vuelco ingente. Nadie analizó, con mayor penetración y justeza, las causas del fracaso general de la democracia en América, que reside en la magna contradicción, insoluble dentro de la órbita periclitada del capitalismo financiero, entre una estructura económica podrida de residuos feudales controlada por el imperialismo y una forma política republicana y liberal, inadecuada a ella. Resulta ya un lugar común afirmar que nada significa una constitución política maravillosamente concebida si carece de la base económica correspondiente. De esa contradicción apuntada, mana, precisamente, el ritmo atorbellinado, convulso, a veces caótico, que rige el desenvolvimiento de los pueblos hispanoamericanos. No es un problema de raza ni de temperamento: es una cuestión de raíz económica y social. Varona la contempló y denunció en uno de sus más sustanciosos trabajos.

Fue Varona uno de los más fuertes resortes del Partido Revolucionario Cubano, organizado y fundado por José Martí. Su labor política de entonces tuvo una proyección y trascendencia enormes. Su pluma no descansó. Puede establecerse que fue él, más que Martí, quien le dio un severo contenido doctrinal a la revolución de 1895. Martí sufría, a menudo, del torrencial desbordamiento de su inteligencia. Varona, en cambio, no perdía nunca el rigor del enfoque. El problema cubano de entonces lo sometió a un análisis sistemático y objetivo, del que es expresión culminante su potentísimo estudio, *Cuba contra España*, en el que poniendo énfasis en el factor económico como determinante

de los cambios históricos, saca a luz el horror sin límites de la esclavitud política de Cuba. En este documento palpita con fuerza propia el talento político de Varona.

Surge la revolución de 1895. Martí cierra, con romántico broche, al caer envuelto en su propia sangre en Dos Ríos, su vida andariega y dramática. La proeza mambisa adquiere legendarios relieves. Una noche vuela el «Maine» en la bahía de La Habana. La prensa amarilla de Hearts enarbola, escandalosamente, el hecho para, revolviendo los bajos fondos de la patriotería yanqui, precipitar la intervención del gobierno de Washington en el conflicto cubano. Llueven en el Congreso los proyectos de ley demandando el inmediato envío de tropas a Cuba. El interés económico arropa esta vez su oscuro designio en falsos arañeos de desinterés. Al cabo, la intervención se produce. El heroico esfuerzo criollo por liberarse de la explotación española, fue secuestrado, descaradamente, en beneficio del gobierno norteamericano y del sector financiero dominante, imponiéndosele a Cuba, como condición previa a su estructuración en república, la Enmienda Platt. A este le llamaron y siguen aún llamando los miopes y especialmente los interesados en extraerle provecho, el «gesto noble y limpio de la gran potencia vecina». La Joint Resolution tenía un origen tan cenagoso como la cacareada gestión amistosa del embajador Sumner Welles en los asuntos políticos de Cuba. Fue aquella la sugestiva careta con que el imperialismo yanqui, urgido de nuevas tierras y nuevos mercados, disfrazó su voracidad, ya en vías de maduración. Cuba así cambió de bandera, pero no de estructura histórica. No hubo solución de continuidad en nuestra evolución colonial. Varona señaló más de una vez el hecho con esa claridad y energía tan suyas.

En una frase concentró la verdadera tragedia de Cuba republicana: «Colonia superviva». En esto coincidía con los revolucionarios de izquierda en la constatación de un hecho objetivo y concreto. A Enrique José Varona le cupo la honra legítima de haber sido el primer intelectual cubano que avizó el trágico peligro de la absorción imperialista. Una conferencia suya, «El imperialismo a la luz de la sociología», evidencia, cumplidamente, su amplio conocimiento del problema.

Su estrategia y su táctica ante el fenómeno, no eran, no podían ser, las de Lenin. Conocía el peligro y sus consecuencias históricas, mas no proponía la correspondiente solución revolucionaria. La juventud

estudiantil, sin embargo, aún más la radical, contempló siempre con respetuosa admiración los esfuerzos patéticos del viejo maestro por seguir las señales de los tiempos.

Sufrió Varona, en sus últimos años, una gran crisis en su pensamiento. No sabía él si imputársela a su edad, o achacársela a los acontecimientos. «Pero es lo cierto —afirmaba— que este súbito derrumbe de cuanto considerábamos altos valores humanos, la integridad nacional, el derecho de gentes, la libertad civil, la humanidad, se me presenta como confirmación en lo real de la más espantable pesadilla.»

La guerra imperialista asolaba entonces a Europa, degollando, en implacable y bestial carnicería, lo mejor de la estirpe humana. A Varona se le antoja el mundo un pandemonium terrible. No acierta a discernir, meridianamente, lo que saldrá de este formidable desquiciamiento. Pero tiene la vaga intuición de que de su seno nacerá una nueva realidad.

En ocasiones —escribe— me figuro asistir a la apocalíptica destrucción de un mundo la cual predice el alumbramiento de otro orden social muy diverso. Los poderes públicos elevados sobre las mismas ideas en que se había nutrido mi espíritu, parecen tocados de vértigo, y lanzados unos contra otros en una colisión tremenda de la que han de salir destrozados. Sólo el socialismo como doctrina se mantiene, o pretende mantenerse, fuera del conflicto, cual si hubiera de ser el llamado a edificar sobre sus ruinas.

Esta crisis, empero, se resolvió en un sereno retorno a su postura ideológica de siempre, aunque conservando la angustiada impresión de haberse asomado al abismo. Sus últimos escritos están llenos de sombras y por su subsuelo fluye un hilo trémulo de escepticismo.

Pero lo que Varona conservó inalterable fue su gesto viril ante el despotismo nativo. Nadie lo censuró y combatió con el fuego y entereza de él. Era el mismo Varona que tronó, valerosamente, entre las propias garras homicidas de los Capitanes Generales, contra la opresión colonial de España. Recuérdese su conducta frente al machadato. Fue él de los primeros en salirle al paso al sombrío matarife villareño. Cuando Machado y su cohorte de asesinos y ladrones, atracaron la voluntad popular con la reforma constitucional y la prórroga de poderes, fue la voz de Varona de las primeras en erguirse para condenar el hecho monstruoso. Por eso, fue que los estudiantes universitarios marcharon en

manifestación nutridísima y resuelta a entregarle, como legítimo depositario, su protesta contra la prórroga de poderes, la memorable mañana del 30 de marzo de 1927. Varona, previamente avisado por teléfono, nos esperaba. Al desembocar la manifestación en Línea y 8, la esquina de su casa, fue violentamente agredida por la fuerza pública. No obstante, un grupo de estudiantes pudo, esquivando el cerco, llegar hasta el jardín donde Varona indignado condenaba el hecho con energía juvenil. La policía, entonces, enfurecida por la estratagema, se replegó sobre la casa del viejo maestro y enarbolando sus clubes y ensuciando el ambiente con expresiones soeces y amenazas cobardes, sin respetar su ancianidad, lo atropelló brutalmente y en su persecución de los estudiantes por el interior de la casa hizo destrozos en el mobiliario. Varona no presencié impasible aquel suceso selvático. Su palabra fue como un látigo encendido sobre el rostro de los asaltantes. Cuando más crítica era la situación y el tumulto amenazaba degenerar en tragedia, afirmó su repulsa vibrante contra los procedimientos de la tiranía, exhortando a los jóvenes que, junto a él sufrían los embates de los esbirros, que era preciso mantener, ahora más que nunca, la rebeldía organizada contra el gobierno de Machado. Esa misma tarde, Varona redactó para los estudiantes una máscara página de adhesión a su actitud.

El 30 de septiembre y el asesinato de Rafael Trejo lo encontraron serenamente en su puesto. Varona no era ajeno tampoco a aquel hecho. La manifestación, sangrientamente reprimida por la policía, se acordó en principio dirigirla a su casa. Días más tarde, el gobierno impidió un acto organizado por un grupo de mujeres a la memoria de Trejo y en el que Varona iba a leer unas palabras. Varona fue uno de los objetos preferidos de la ira de Machado. Pero ni las amenazas, ni el atropello, ni la posibilidad carcelaria, entibiaron nunca su repulsa a la tiranía. Era un hombre de una sola pieza.

Varona ha muerto en una de las más agitadas y sangrientas etapas de la historia económica y política de Cuba, en la que la Isla vive toda convulsionada, entre acechanzas y peligros externos y la más crítica e inestable situación interior. Y muere sin haberse verificado el homenaje nacional a que era acreedor por sus relevantes merecimientos políticos y su dilatada dedicación a la literatura y a la filosofía. Pero si no tuvo, por la acumulación de circunstancias adversas, el acto público que subrayara, objetivamente, la honda estima que se le profesaba, no

le faltó, en cambio, en ningún momento, el aliento vivo y constante de los que en él veían al hombre que, fiel a su ideario, levantaba su palabra viril, limpia de vacilaciones, incendiada de mocedad no obstante sus años, en la coyuntura precisa que otros, por temor o por imperativos puramente gástricos, silenciaban la suya, acechando una más productiva y cómoda.

Junto a Varona estuvo siempre, en apretado abrazo, la insignificante minoría que no había manchado en el comité de barrio el ideario demoliberal que nutrió y orientó su conducta política. Los trepadores del presupuesto, los que ayer se vestían de popular y conservador y hoy de las combinaciones alfabéticas en boga, con el exclusivo propósito de adquirir una prebenda, tropezaron con su acerado repudio, vaciado en cristalina forma. Los estudiantes fueron constantemente su esperanza y su apoyo. Tenía por ellos la misma supersticiosa devoción que alentó José Ingenieros, otro hombre excelso de América. Las grandes masas oprimidas del país, los revolucionarios de izquierda, fundamentalmente distanciados de su ideología, contemplaron su obra y su ejemplo con marcada distinción. Todos, absolutamente todos, hubieran participado, sin que ello entrañase una fusión de opuestos criterios políticos, en el homenaje que, organizado por el Comité Varona, se proyectaba celebrar en los primeros días del mes de octubre de 1930 y que impidió el gobierno de Machado. Pero lo que no pudo ser cuando aún funcionaba su poderoso cerebro, se está verificando esta tarde en que hemos venido a devolverlo a la tierra en compacta manifestación admirativa.

Sobre la tumba de los hombres como Enrique José Varona sobran, por inútiles, las lamentaciones huecas de los pésames de ritual. Hay toda una fraseología necrológica, que repetir aquí, implica profanación. Queda eso para los mercenarios de la oratoria, que ni ante la muerte misma sienten el rubor de su descoco. Yo he traído a este acto, de peculiar relieve histórico, la palabra del estudiantado universitario. Una palabra genuinamente joven, viril, afirmativa, que despide al viejo y amado maestro con la convicción diamantina y resuelta de completar su obra superándola, ya que el magisterio es estéril si no existen discípulos dispuestos a la negación constructiva.

[21 de noviembre de 1933]

Julio Antonio Mella*

Cinco años han transcurrido del asesinato de Julio Antonio Mella en Ciudad México en la soledad y silencio de la noche cómplice. Su caída es de las que quedan. Formidable gesto de afirmación, de carácter, de energía. De su pecho sangrante, brotó, en chorro magnífico y viril, el grito inolvidable y terrible: «¡Muero por la Revolución!» El mundo revolucionario, las masas explotadas a las que había entregado su vida en desinteresado holocausto, se revolvieron de dolor e ira contra el crimen repulsivo y cobarde.

Esbirros a sueldo de Machado fueron hasta México a romper esta vida, que era esperanza y clarín de los oprimidos. No fue aquel crimen —como algunos, particularmente interesados, intentan establecer, oscureciendo de esta suerte la verdadera significación histórica del hecho, sus implicaciones políticas y sociales— producto exclusivo de un impulso aislado, sin otra trascendencia que la supresión de un individuo por imperativos personales. Aunque Machado fuese capaz de eliminar a cualquiera por satisfacer su megalomanía homicida, obedeció, además, en este caso, como siempre que las circunstancias lo exigían, al mandato del Amo. Julio Antonio Mella —quede ya definitivamente aclarado— cayó en una miserable emboscada del imperialismo yanqui, que utilizó, en la realización del crimen abominable, a dos de sus preferidos verdugos, Portes Gil y Machado. Aquel 10 de enero de 1929 señala el eclipse biológico de una de las vidas más fecundas, atorbellinadas y generosas que registra, con caracteres de acero, la lucha revolucionaria contra el imperialismo y la reacción nacional.

* 10 de enero de 1934.

Al paralizarse para siempre en aquel cuerpo joven la circulación de la sangre y dejar de funcionar aquel cerebro clarísimo, se inició para Mella una nueva vida a través de su recuerdo y de su ejemplo. Como todos los revolucionarios caídos en su puesto de combate, Mella devino símbolo. Por eso, sigue siendo útil después de muerto, como él mismo pidiera. Por eso, su nombre es hoy para nosotros —para los estudiantes de izquierda y el proletariado revolucionario— bandera que llevamos clavada en el pecho. No hay, en rigor, premio más alto para el revolucionario desaparecido, que este de seguir sirviendo la causa desde la tumba.

La figura, la vida, y la obra de Mella, constituyen, sin duda, lección ejemplar y clarísima que ofrecer a los jóvenes. Mella: he aquí alguien cuya imitación sería para nosotros más fecunda y trascendental que la imitación de Cristo. Esta vida, tan llena de desusados matices, tan pura y emocionante, reclama para ser relatada, una pluma condigna. Será, tiene que ser, una pluma desvinculada totalmente de los intereses de la burguesía cubana, capaz, por su posición política en la lucha de clases, de comprender, medir, interpretar, en su cabal grandeza, lo que Julio Antonio Mella fue. En suma: una pluma revolucionaria. Únicamente por este vehículo tendremos la versión caliente, directa, genuina, del hombre, que, revolucionario de su tiempo, sigue ganando batallas clamorosas después de muerto. Apenas si se han escrito sobre él trazos tímidos, loas confucionistas, ensayos incompletos, algún que otro trémulo esbozo que sólo da una vaga impresión suya. Sólo un individuo ideológicamente afín a Mella, de su propia envergadura revolucionaria, podrá dar victorioso remate a la magna empresa de ponerlo vivo en letras de molde. Un Rubén Martínez Villena. Un Pablo de la Torriente Brau.

Mella^a realiza, plenamente, el tipo del intelectual que viene a la revolución de los oprimidos por vía del determinismo ideológico, por comprensión del juego de las fuerzas políticas, económicas y sociales operantes en el proceso histórico. Mella, como José Carlos Mariátegui y Rubén Martínez Villena, pertenece a esa heroica minoría que rompe valerosamente con sus intereses de clase y se integra en la revolución proletaria para servirla hasta sus últimas consecuencias.

Fue en la Universidad, donde apareció por primera vez Julio Antonio Mella en el terreno político. Temperamento dinámico, repleto de

^a «Fundador del Partido Comunista de Cuba, Mella».

poderosas energías, fuertemente influido por José Ingenieros, inició en 1923 el llamado movimiento de reforma universitaria, enderezado a la renovación funcional, pedagógica y científica de la Universidad sobre una base democrática, que entrañaba la participación del alumnado en su gobierno. Mella se transformó en pocos días en un gran líder estudiantil, en el más auténtico líder estudiantil que hasta ahora ha producido Cuba. El histórico Patio de los Laureles fue el escenario de sus resonantes triunfos de entonces. Tantas veces lanzó su palabra violenta y magnética desde aquel sitio, que cree uno aún percibir el eco de su oratoria encrespada y sonora. Recuerdo la última vez que le oí hablar. Fue el 26 de noviembre de 1925. Ya Machado había descargado su aparato de represión y de barbarie sobre el estudiantado en rebeldía, amenazando con arrebatarse las conquistas logradas en la revolución de 1923, lo que al cabo obtuvo con la ayuda de los estudiantes traidores. La atmósfera era tensa. Mella —aclamado por todos— subió a la improvisada tribuna. Su mirada resuelta y brillante se recogió un momento en sí misma, y luego, con gesto dominador y altivo, la melena flameante, el brazo poderoso rubricando el aire, rompió a hablar. Cuando concluyó, toda aquella muchedumbre de jóvenes enardecidos pugnaba por estrecharlo en sus brazos.

Fue esa la última vez que lo oí hablar y la última también que lo hizo en Cuba. Al día siguiente fue arbitrariamente detenido, y, como protesta, se declaró en huelga de hambre. En el recuerdo de todos está, vívidamente registrada, aquella proeza suya de mantenerse diecinueve días sin tomar alimentos, en medio de una formidable agitación nacional y continental. Los que alguna vez nos hemos visto en parejo trance, sabemos muy bien que si, para mantenerla tres días, se requiere un temple de acero, para sobrellevarla diecinueve, sin vacilaciones ni desmayos, como Mella, es preciso estar vaciado en moldes excepcionales.

Amenazado de muerte, lleno aún el ambiente de los rumores de su hazaña, Mella se vio obligado a partir al destierro. Va a Panamá, a Guatemala, a México. En este último sitio levanta establemente su tienda. Se enrola^b en el Partido Comunista. La lucha revolucionaria lo absorbe totalmente. Un año después Mella ha sufrido una gigantesca transformación. Su visión política es más fina, su preparación teórica es ya

^b «Se **integra**».

consistente, su palabra revolucionaria ha madurado. Mella es ya el líder de fibra continental, de que nos hablará un embajador soviético al pasar por La Habana. Ocupa posiciones responsables en las organizaciones revolucionarias mexicanas. Es Secretario del Partido Comunista mexicano y Secretario Organizador del Comité Continental de la Liga Antimperialista de las Américas. Habla. Escribe. Multiplica su actividad de manera asombrosa. Funda la ANERC y su vehículo de lucha y propaganda, *Cuba Libre*. Va a Bruselas, al Congreso mundial contra el imperialismo y la opresión colonial, donde presenta un amplio y documentado informe titulado *Cuba, factoría yanqui*.^c Retorna a México. Mella es el eje de la lucha revolucionaria continental. Su insólita capacidad energética,^d le permite estar en todo, vigilante y certero. Organiza y elabora un libro sobre el problema revolucionario de Cuba, que la muerte dejó trunco. En un panfleto que se ha hecho célebre, denuncia, crítica y desenmascara al APRA, (Asociación Para Revolucionarios Arrepentidos). Arde en ansias de volver a Cuba, cuyo proceso revolucionario sigue alerta. Balazos arteros tronchan su deseo. Mella muere antes de que caiga, por el empuje revolucionario de las masas, el régimen sombrío de Machado, que él había previsto en un artículo suyo publicado en *Juventud*.

Asesinado en tierra extraña, no ha podido aún reposar en la suya. El 10 de enero de 1929 y el 29 de septiembre de 1933 se confunden así en una misma jornada de lucha contra el imperialismo y la reacción nacional. El proyectado entierro de sus cenizas culminó en una sangrienta masacre, ya incorporada a la historia de la lucha de clases en Cuba. Aquel día quedó objetivamente demostrado el demagógico antimperialismo que enarbola la «revolución auténtica». Bajo un gobierno estudiantil y universitario, que se dice apoyado en las masas, no pudo ser inhumado Julio Antonio Mella, no obstante haberse concedido el permiso y llenado la tramitación correspondiente. Aquel día Julio Antonio Mella pronunció, estando muerto, el más elocuente y perdurable de sus discursos.

[*Bohemia*, 17 de septiembre de 1933, pp. 3, 60]

^c «titulado *Cuba, factoría yanqui*, elaborado por Rubén Martínez Villena.»

^d «Su insólita **energía**.».

Rubén Martínez Villena*

La juventud revolucionaria cubana está de duelo. Ha perdido a su cabeza más fuerte, a su líder más destacado, a su más representativa y noble figura. Rubén Martínez Villena ha muerto. «Llorarlo fuera poco.» Rematar su obra, imitar su gesto, emular su vida: he ahí la ofrenda condigna. Agitar su recuerdo como bandera de gloria: he ahí el cotidiano deber de los oprimidos y explotados, a los que entregó su vida toda desde que, en 1927, se enroló en el Partido Comunista de Cuba. Su última preocupación, el jadeo último de su pulmón destrozado, fue para ellos y para la organización en que militara. Murió obsesionado por el destino de los campesinos y obreros del mundo, por la revolución agraria y antimperialista en desarrollo ascendente, por los resultados prácticos del Cuarto Congreso Nacional Obrero de Unidad Sindical. Murió en la trinchera.

Rubén Martínez Villena se ha ido de la vida con la misma serenidad con que —poeta entrañable— se despidió de los versos. «Vale la pena comerse un melocotón antes de morir», dijo sonriente a la enfermera que, conteniendo su angustia, se desvelaba por aliviar su agonía. Horas después, cuando ya se confiaba en que pudiese rebasar la crisis tremenda, la asfíxia lo estrangulaba, ante la emocionada impotencia de su médico y fraternal amigo, Gustavo Aldereguía.

Acabo de estar junto a él, ya inerte, en silencio, el ambiente cuajado en llanto inconsolable. Resultaba incomprensible verlo tranquilo, callado, inmóvil. Por un segundo todo aquello adquirió para mí la realidad de una pesadilla. Pero no. Allí estaba él, tendido a lo largo,

* 16 de enero de 1934.

muerto, envuelto en una sábana nítida, con un puñado de flores rojas junto a la cabeza vacía ya de inquietud, junto a la cabeza que «sólo se inclinó ante los libros». Incrédulo aún, quise espiar su mirada, aquellos ojos suyos relampagueantes y verdes. Y a pesar de mi anhelo y del dolor profundo, terrible, de su hermana Judith, siguieron sin lumbre, cerrados, perpetuamente cerrados. La tibia bruma que empañó los míos me devolvió a la tragedia, a la certidumbre indubitable de lo que yo me resistía a creer. Rubén había muerto.

La realidad es que Rubén Martínez Villena se sobrevivía desde el 20 de marzo de 1930. La preparación febril y sistemática de un paro general contra el imperialismo y su verdugo, el gobierno sanguinario de Machado, le quemaron el pulmón de tal suerte que ya, en lo adelante, más que por este, respiraría por los nervios. De los nervios vivió hasta anoche, en que saltaron, rotos, de una vez. Admiraba la resistencia y el temple de aquel hombre que, de su propio vencimiento, extraía fuerzas para seguir combatiendo. Y más admirable aún, aquel olvido suyo de sí mismo, aquella lúcida autoextirpación de su intimidad y de sus sufrimientos. En este sentido, se hermana con José Carlos Mariátegui, que perdió, trozo a trozo, su cuerpo desgarrado, sin que la queja más leve oscureciese su iluminado estoicismo.

El 20 de marzo de 1930 es una de las más relevantes efemérides del proceso revolucionario de las masas oprimidas de Cuba por el logro de su liberación nacional y social. Fue la primera huelga general que se le hizo a Machado, no obstante sus repetidas declaraciones que no toleraría un paro más de un cuarto de hora. Veinticuatro horas duró esa formidable demostración política de masas. Y fue Rubén Martínez Villena quien la organizó y dirigió, en supremo derroche de inteligencia y energía. La jornada fue un triunfo rotundo. El Partido Comunista se cubrió de gloria. Pero Martínez Villena fue condenado a muerte. Machado circuló su nombre a todos los puestos militares de la República, ordenando su eliminación inmediata. Rubén, ya asesinado por la tuberculosis, pudo escapar de Cuba y se instaló en Nueva York.

Rubén Martínez Villena hizo versos. Un día los tiró por la borda al olvido y colgó el instrumento lírico, que tan hábilmente había manejado. Poeta no dejó de serlo nunca. Poeta nació y poeta ha muerto. Toda su vida no es más que un emocionante torbellino, un poema rico de sentido humano, de superior calidad trágica. Deja una obra breve,

intensa, torturada. Lleva el cuño de su vida y de su exacerbado subjetivismo de entonces.

Yo le conocí a la sazón. Rubén refugiaba su desencanto del Movimiento de los Veteranos y Patriotas en su cultivo interior. Retornó al verso, con un desgano evidente. La inquietud política empezaba a dominarlo.

Había vivido días viscerales. Ya le resultaba duro explicarse aquel desolado verso suyo, «*Mi vida: una semilla en un surco de mármol.*» Se le antojaba absurda, antihumana, la postura psíquica en que se enraizaba. Pase la «Canción del sainete póstumo» y la «Defensa del miocardio inocente». Mas «la paz callada» era una traición a sí mismo y a la hora del mundo. En su subconsciente se operó un viraje. Y desde aquel momento la pupila fue insomne en el atisbo de la injusticia social. Rubén había roto con su pasado, tan bellamente inútil. La política asumió en él categoría de religión. El poeta devino revolucionario. Recuerdo que yo subrayé el hecho en un artículo infame en el que intentaba enjuiciar su obra poética.

Rubén Martínez Villena figuró, en el inicio de su vida revolucionaria, en el cuadro de profesores de la Universidad Popular José Martí, organización fundada por Julio Antonio Mella. Fue su primer contacto con el trabajador. Allí supo de sus angustias y de sus esperanzas. Se compenetró con ellos, abrazó su causa y tuvo un sitio en su partido, coincidiendo su ingreso en él con el llamado «proceso comunista» de 1927 y una aguda congestión pulmonar.

A la nueva ideología correspondió, naturalmente, una conducta correlativa.^a Martínez Villena repudió todo nexo con el mundo burgués. Dejó de frecuentar los cenáculos intelectuales, cuya pasividad y connivencia con la reacción abominaba. Mientras Jorge Mañach y sus acólitos seguían prosternados ante Ortega y Gasset, él se enfrascó con la realidad social y se pertrechó de los medios intelectuales para transformarla. Su escenario fue el sindicato. El proceso de proletarización se consumó rápidamente. Rubén Martínez Villena sintió ya como suyo el sentimiento de clase desposeída propio del proletariado. Rara vez se le veía por la calle. Estaba permanentemente curvado sobre el papel, o en reuniones, u organizando. Carecía de ese lujo que se llama ocio. Sus

^a «una conducta **congruente**».

amigos, al margen del problema que lo absorbía, no acertaban a entender su actitud. Empero, lo seguían queriendo, acaso, por eso mismo, con mayor intensidad. Y él no era remiso al abrazo afectuoso cuando se los tropezaba por ahí. Era el mismo Rubén de siempre. Sólo que su cara empalidecía y afilaba y la tos cortaba su palabra nerviosa y clara. La muerte iba lentamente, sin resistencia casi, conquistando posiciones estratégicas.

Su antiguo ámbito social no supo más de él durante algún tiempo. Rubén se había diluido en la masa. Pertenecía sólo a ella. Fue su conductor, su vocero y su pabellón. Eran aquellos, días de sacrificio, abnegación y valor. El aparato de terror de la burguesía y del imperialismo funcionaba con precisión siniestra. Ser comunista era la más segura manera de ir a parar al vientre de un tiburón. ¿Dónde estaban entonces los que lo insultaron cobardemente desde las páginas anónimas de *Denuncia*? ¿Qué hacían entonces los «revolucionarios» intervencionistas y reaccionarios que se honraron en atacarlo? ¿No había ya Machado acumulado suficientes crímenes y horrores para ponerse en frente?

Esas son preguntas sin respuesta. En cambio, Rubén Martínez Villena, enfermo, jadeante, comido por la fiebre, luchaba, sin pensar en él, porque aquel sistema de opresión y de oprobio se derrumbara por el empuje revolucionario de las masas, como al cabo ocurrió en agosto de 1933, siendo él uno de los dirigentes de la histórica huelga general que tumbó al gobierno de Machado.

Rubén Martínez Villena estuvo en Rusia,^b más de dos años, a donde fue desde Nueva York. Allí permaneció recluido en un sanatorio del Cáucaso ensayando curarse. A su llegada a Moscú estuvo a punto de morir. Yo he leído una carta suya a su esposa en ese trance dramático. Es una clarinada más que una despedida.

En Rusia no se concretó a mejorarse. Estudió aquel estupendo ensayo sobre el terreno de la experiencia. Leyó, aprendió ruso, estaba en estrecho contacto con el proceso revolucionario cubano, que fue siempre, en todo momento, su más viva obsesión. No se curó: empeoró. Y retornó a Nueva York y de allí a Cuba, donde penetró clandestinamente, ofrendándose enseguida a la lucha, a pesar del estado avanzado de

^b «estuvo en la Unión Soviética.»

su enfermedad. Cuando *Denuncia* —órgano de la facción politiquera ABC, cuyo torvo papel contrarrevolucionario él había desenmascarado en memorable panfleto— lo situaba malévolamente en Moscú, disfrutando de apacible comodidad a expensas de la «burocracia soviética», ya Martínez Villena hacía meses que estaba aquí, largando el resto con abnegación imponente, ávido de dar al Partido Comunista y a la lucha revolucionaria sus últimas energías.

Así fue. Ha caído en su cama, que era todo menos eso. En su cama, que, como el sillón de ruedas de José Carlos Mariátegui, quedará como símbolo heroico de lo que es capaz una voluntad tensa al servicio de un ideal.

Nunca ignoró el proceso patológico que lo devoraba. Lo seguía con serenidad conmovedora. Sólo le preocupaba su muerte como paralización total y definitiva de sus actividades revolucionarias. Cuando Gustavo Aldereguía lo ingresó en el sanatorio La Esperanza, él dijo que ya no tenía otra esperanza que salir muerto de él.

Rubén Martínez Villena: ¡una semilla en un surco de fuego!

[enero de 1934]

Gabriel Barceló¹

Encuadrar la vida de Gabriel Barceló en un comentario necrológico, convulsionado aún el espíritu por su muerte cercana y la pupila oscurecida por el imponente espectáculo de su sepelio, es empeño irrealizable. Requiere esa vida, para ser plenamente captada, la latitud del libro. Más que obra escrita, deja hechos y gestos que constituyen verdaderos jalones de luz. Sus amigos de siempre, los que luchamos junto a él en días preñados de horrores y junto a él estuvimos durante toda su enfermedad y en la hora tremenda de su muerte, nos proponemos relatarlos para que ellos queden como ejemplo y sirvan de estímulo a los indecisos y pusilánimes. A ese libro hay que meterle mano enseguida. Es el tributo mínimo que podemos rendirle a su pureza revolucionaria y a su sacrificio.

Gabriel Barceló se inició en la lucha revolucionaria en 1927, siendo uno de los más señalados dirigentes del Directorio Estudiantil Universitario contra la Prórroga de Poderes. La trascendencia histórica y la proyección política ulterior de aquel hermoso movimiento estudiantil no han sido aún fijadas. Cuando se haga, el nombre de Gabriel Barceló quedará definitivamente incorporado a él con luminoso relieve. Expulsado diez años de la Universidad, se enroló en el Partido Comunista de Cuba al que, desde entonces, dedicó toda su actividad y su talento.

Supo de la persecución y del destierro, del hambre y del frío. La adversidad lo que hizo fue robustecerle el carácter y arraigar sus convicciones. En el extranjero acrecentó sus conocimientos, enriqueció su experiencia, afinó su puntería política. Estudió y trabajó intensamente. Abofeteó, junto con Porfirio Pendás y Manuel Guillot, a Viriato Gutiérrez, al pasar por Nueva York este repugnante sicario de Machado.

Regresó clandestinamente a Cuba en diciembre de 1930 y se integró en los cuadros heroicos del Ala Izquierda Estudiantil, ocupando, por derecho propio, la dirección de su hoja de combate, *Línea*. Revólver en mano levantó su poderosa palabra —que tenía vibraciones broncíneas— en la plaza de San Juan de Dios el 10 de enero de 1931, segundo aniversario del asesinato de Mella. El 1º de mayo del propio año y en unión de un escaso número de compañeros desafió las balas de los porristas de Machado y, en defensa de un amigo, puso uno fuera de combate. Detenido en Pinar del Río con Aureliano Sánchez Arango, fue internado en la fortaleza de La Cabaña, de donde fue trasladado a Presidio Modelo. Estuvo preso por espacio de dos años. Tuve oportunidad entonces, en la convivencia forzada de la prisión, de aquilatar la calidad de su espíritu y la penetración de su entendimiento.

Compartía el tiempo —inmóvil en su desesperada monotonía— en explicaciones comentadas de *El capital*, hasta cuya entraña él había llegado, y la traducción del inglés, con Pablo de la Torriente, del *Materialismo histórico* de Nicolás Bujarin, recientemente publicada en España por la editorial Cenit. De la prisión salió nuevamente para el destierro, como había salido en 1928 del «Máximo Gómez», antesala flotante y siniestra de los llamados «extranjeros indeseables». Volvió ya enfermo —resultante fatal de una vida sometida a los más crueles rigores— a la caída del gobierno de Machado, que con tan inquebrantable firmeza y arrojo él había combatido. Concentró su actividad revolucionaria en el sector estudiantil, donde, por su personalidad relevante y superior capacidad intelectual, obtuvo triunfos rotundos para la organización en que militara. En la Primera Conferencia Nacional del Ala Izquierda Estudiantil sufrió la amargura de ser atacado despiadadamente y la enorme injusticia de no haber salido electo para el Comité Central mientras otros lo eran sin merecerlo. Esa injusticia no puede repararse con manifiestos ni loas póstumas. Caiga ella como anatema encendido sobre los nombres de los que —por incomprensión política unos y por envidia otros— la propiciaron, organizaron e impusieron.

Gabriel Barceló ha caído como vivió: luchando contra una enfermedad terrible, que le robó, minuto a minuto, aquella inteligencia suya tan lúcida y armoniosa. Su agonía de una semana fue una protesta constante contra una realidad ineluctable. Sus últimas horas fueron de forcejeo desesperado y dramático con la muerte. Aquel espíritu de

acero se resistía a ser vencido. Duelo emocionante, angustioso, pero sin posibilidades de victoria para él. Cuando Aureliano Sánchez Arango le cerró los ojos, Gabriel Barceló había perdido su última batalla.

Líder lo fue él como pocos. Reunía espléndidas condiciones específicas para serlo: talento, visión política, abnegación ejemplar, valor sin límites. En él se operó el fenómeno rarísimo de convivir, en armonioso consorcio, el hombre de pensamiento y el hombre de acción. Gabriel Barceló servía lo mismo para la barricada que para el gabinete. Con la propia disposición con que se enfrentaba a los tiros redactaba un manifiesto, escribía un artículo o aclaraba, con inusitada brillantez, cualquier punto oscuro de la teoría marxista. Dirigentes y conductores de masas de su tipo no se improvisan ni pueden crearse artificialmente. Sólo un hombre de sus calidades puede llenar el vacío que él deja. Nunca un pseudo-revolucionario ni un monaguillo del clisé.

Por eso, porque no era Gabriel Barceló un muerto inútil, no ha sido inhumado, como el racimo diario de los que expiran oscuramente en sus camas, entre simples jeremiadas, sino entre laureles y salvas y clamores viriles, ya que «ni lágrimas pasajeras ni himnos de oficio son tributo propio a los que con la luz de su muerte señalan a la piedad humana soñolienta el imperio de la abominación y de la codicia». Sus funerales, a lo largo de las calles palpitantes de vida, quedarán como uno de los más solemnes actos de afirmación revolucionaria que ha presenciado La Habana. Entre gritos, consignas y canciones, y el duelo inconsolable de su madre y hermanos, una muchedumbre enfebrecida de estudiantes y obreros escoltó el cadáver desde la Universidad, en cuya Aula Magna fue tendido, hasta el Cementerio. No olvidaré jamás el instante en que el féretro en hombros desfiló, a los sones dramáticos de *La Internacional*, bajo los pinos atormentados, camino de la fosa húmeda. Un instante en que los corazones curtidos en el combate diario, en la miseria y en la cárcel se confundieron, estremecidos, en un mismo ritmo de esperanza y de pena. Apolonia Gomila —la madre destrozada y enhiesta— debió sentirse sacudida por una extraña mezcla del más radiante orgullo y del más tenebroso dolor.

A *La Internacional* sucedieron gritos empenachados de cólera. Luego un silencio emocionante flotó sobre el vasto enjambre de cabezas descubiertas. Gabriel Barceló había llegado al lugar de su vivo reposo. Descansaron los nobles despojos sobre el mármol tapizado de rosas.

Un silencio más emocionante aún. Iban a comenzar los discursos. De pronto, alguien empezó a hablar con voz que parecía un clarín. A esa voz siguieron otras cargadas todas de dolor y de fe. Y al final, ante el féretro envuelto en la roja bandera del Partido Comunista de Cuba, Aureliano Sánchez Arango consumió un turno en nombre de los amigos íntimos de Gabriel Barceló. Cuanto dijo le manaba directamente del corazón. Fue un himno inflamado a los merecimientos excepcionales del gran luchador y una despedida desgarrada al amigo entrañable de una década, al amigo que tan estrechamente estuviera ligado a su vida y a sus combates revolucionarios.

Ya era casi de noche y empezaban a arder las primeras estrellas cuando fue sepultado el inolvidable amigo y camarada. El desfile se inició lento y triste. Una angustia íntima me retorció el espíritu cuando lo dejamos allí, silencioso, solo e indefenso ante la inexorable invasión larvar del sepulcro.

[febrero de 1934]

Nota

- ¹ El 13 de noviembre de 1949 Roa escribió otro artículo sobre Barceló, en el que narró: «En la primera conferencia nacional del Ala Izquierda Estudiantil sufrió la terrible amargura de ser atacado despiadadamente por los popes del Partido Comunista y afrontó la enorme injusticia de verse desalojado del Comité Central, mientras otros eran designados sin merecerlo, en inflexible cumplimiento de la «línea». Semejante monstruosidad no podrá ya repararse con manifiestos convencionales ni con loas póstumas.» («Gabriel Barceló», en *15 años después*. La Habana, Imprenta Alfa, 1950, pp. 421-424. La cita en pp. 423-424.)





RON BACARDÍ





Tiene la palabra el camarada máuser*¹

La historia, ya larga y nutrida, de los pueblos sometidos a la opresión imperialista tiene en Cuba uno de sus capítulos más sangrientos y vergonzantes. Esa opresión del capital financiero, principalmente norteamericano, ejercida a través de las clases privilegiadas nativas y de sus camarillas políticas, dóciles a sus exigencias crecientes, adquiere en estos últimos años^a claros caracteres de extrema agudeza, que si por una parte ha lanzado^b al país por el plano inclinado de la barbarie, por otra ha acelerado^c el proceso del despertar político de las masas oprimidas^d colocándolas en una posición francamente revolucionaria, al borde de cuajar en lucha armada.

Ya para nadie es un secreto que la oligarquía asesina y rapaz que asaltó el poder^e en 1925, con el apoyo directo de Wall Street, está próxima a la trágica voltereta final. Aun la percepción política más rudimentaria se percata que estamos^f pisando los umbrales mismos de la revolución. Se olfatea en el aire, vibrante de iras ávidas de cristalizar en acción. Flamea sobre las fábricas y talleres donde día a día el obrero deja su sudor y su vida. Sobre los campos diezmados por el hambre y las enfermedades y las condiciones inhumanas de trabajo, determinadas por el feudalismo sobreviviente en el latifundio azucarero. Ruge en el recuerdo

* Este llamamiento a las armas, dirigido a los estudiantes, fue publicado en el segundo número de *Línea*, correspondiente al 10 de julio de 1931.

^a «adquiere **durante los** últimos años».

^b «**han** lanzado».

^c «por **la** otra **han** acelerado».

^d «de las masas **sojuzgadas**».

^e «que se adueña del poder».

^f «se percata de que estamos».

de cada caído. Se percibe, llameante, en los gritos coléricos y los puños erizados de amenazas de los desocupados, que constituyen la más formidable condenación de un régimen fundamentado en la injusticia de clase. Se evidencia, en fin, en la agitación volcánica que estremece, conmoviéndola, toda la Isla.

Estamos viviendo^g el resquebrajamiento objetivo del régimen colonial. Estamos en presencia de una revuelta^h de masas contra el imperialismo yanqui y su verdugo Machado. Ampliarla, darle un contenido agrario y antimperialista, transformarla en revolución, es obligación previa e ineludible de las organizaciones que luchan verdaderamente por la liberación nacionalⁱ y social de Cuba. Por eso, ya sobra la palabra y la pluma. La conciencia popular está ya madura para el vuelco redentor y sangriento. Ahora se hace urgente la necesidad de predicar a balazos. La consigna es única y definitiva: «Tiene la palabra el camarada máuser.»

Esta revolución nada tiene que ver con la enarbolada, como panacea suprema de nuestras miserias y sufrimientos,^j en cada esquina y en cada café, por la oposición nacionalista, Mario García Menocal, Miguel Mariano Gómez y el Directorio Estudiantil Universitario, teórica y prácticamente vinculado a esas fuerzas de la burguesía desafecta a Machado y de la cual viene a ser^k su brigada de choque. No obstante la espesa demagogia gastada, el movimiento controlado por ellos, por su índole y naturaleza, es absolutamente político y, en consecuencia, sin contenido revolucionario, porque, aunque se hayan enlodado innumerables páginas tratando de demostrar lo contrario, la revolución como realidad puramente política no existió nunca. La revolución tiene siempre entraña económica.^l La revolución es la violencia organizada de las masas oprimidas para modificar históricamente, en su raíz misma, las relaciones

^g «Estamos **no sólo** viviendo».

^h «en presencia, **también**, de una revuelta».

ⁱ «transformarla en revolución **democrática bajo la dirección del proletariado en alianza con los campesinos y la pequeña burguesía radical**, es obligación previa e ineludible de las organizaciones que luchan **genuinamente** por la liberación nacional».

^j «de **las** miserias y sufrimientos **del pueblo cubano**».

^k «vinculado a **las** fuerzas de la burguesía y **los terratenientes desafectos** a Machado y de **las cuales** viene a ser».

^l «el movimiento controlado por **esas fuerzas**, **dada** su índole y **alcance**, **sólo tiende a una mera remoción en los puestos de mando y acaso a reformas puramente adjetivas**,

sociales de producción,^{ll} a las cuales corresponden formas ideológicas, jurídicas y políticas peculiares.^{mm} Este concepto tiene vigencia en todo tiempo y lugar. La historia está pertrechada de ejemplos. Por eso, concretarse en Cuba, en la fase actualⁿ de su desarrollo histórico, como se concretan el Directorio Estudiantil Universitario y las facciones politiqueras de oposición, que en vano pretenden encubrir su aspiración exclusiva al disfrute del presupuesto con una deslumbrante pedrería seudorrevolucionaria,^ñ a eliminar a Machado y sus conmlitones, sin intentar, conjuntamente, cambiar la estructura colonial cubana, sostenida y fomentada por el imperialismo, es, rigurosamente hablando, perpetuar la situación^o con apellidos distintos y de la propia calaña, es robustecer el crimen y la explotación imperantes, agravándolos, hasta convertir el país en un feudo espantado y hambriento, donde nuevos Machado, reproduzcan, sin escrúpulos ni remordimientos, los procedimientos infames del actual.

Cuba —resulta ya un lugar común decirlo— cae dentro de la denominación histórica de país colonial, desangrado y empobrecido en beneficio de los intereses imperialistas y de sus cómplices criollos, que, teniendo como instrumento político la oligarquía gobernante, descargan todo el peso de la explotación^p más tremenda sobre las espaldas del pueblo. Esta condición colonial, que la insurrección de 1895^q transmitió a la República al no liquidar las relaciones feudales sobre las que se asentaba nuestra constitución económica,^r se acentúa a medida que el fracaso republicano manifiéstase en gobiernos cada vez más

dejando intacta, en consecuencia, la estructura económica colonial del país, fuente de su servidumbre, atraso, ignorancia y miseria. Nada más distante, pues, por su carácter y objetivos, de una revolución en la efectiva acepción del vocablo.»
«Aunque se exprese en términos políticos, la entraña de la revolución es económica.»

^{ll} «para modificar **radicalmente, el régimen de** relaciones sociales de producción.»

^{mm} «políticas y **de conciencia** peculiares.»

ⁿ «**De ahí que**, concretarse en Cuba, en la fase **presente** de su desarrollo.»

^ñ «con una deslumbrante **fraseología** pseudo-revolucionaria.»

^o «cambiar la estructura colonial **de Cuba, condicionada**, sostenida y fomentada por el imperialismo **yanqui, sea**, hablando **con rigor**, perpetuar la situación.»

^p «la **camarilla** gobernante, descargan todo el peso de **su** explotación sobre las espaldas del pueblo.»

^q «que la **revolución de independencia** de 1895.»

^r «al **ser interrumpido su desenlace por la intervención norteamericana**, se acentúa.»

corrompidos y autoritarios^s y la crisis revolucionaria mundial, precipitada por la guerra europea, culmina en revoluciones sociales, triunfante en Rusia, malogradas en Italia, Alemania, Hungría y Finlandia, al mismo tiempo que el pauperismo y la represión provocan levantamientos revolucionarios en los países subyugados por el imperialismo. La desastrosa política económica de la tiranía machadista, sus repetidos empréstitos disfrazados de financiamientos, su entrega total a los bancos imperialistas, particularmente al Chase National Bank, sus decretos de restricción de la zafra, el Plan Chadbourne, el Capitolio y la Carretera Central construida con fines militares para servicio de las tropas yanquis en cualquier emergencia, sus procedimientos fascistas,^t los asesinatos de Julio Antonio Mella y los más destacados militantes del movimiento obrero, la masacre del 30 de septiembre del año pasado en que cayera cobardemente muerto el estudiante Rafael Trejo y toda la teoría de persecuciones y desmanes que le siguieron teniendo su expresión máxima en los crímenes de Arsenio Ortiz^u en Oriente, han creado, junto con los factores antecedentes, la situación objetivamente revolucionaria^v que vivimos. Mientras los nacionalistas y los estudiantes engañados por el Directorio centran toda su aspiración y su actividad en la simple sustitución de Machado, el Ala Izquierda Estudiantil moviliza sus fuerzas y las orienta en un sentido genuinamente revolucionario,^w proyectando su ataque contra Machado y las fuerzas históricas que lo mantienen.^x Leales a nuestra «filiación y nuestra fe» antimperialista asumimos la postura correspondiente,^y prescindiendo al hacerlo de la posibilidad o no del logro inmediato de nuestros objetivos.^z

^s «cada vez más **sumisos**, corrompidos y autoritarios».

^t «el Plan Chadbourne, **los fantásticos márgenes obtenidos en la construcción del Capitolio y de la Carretera Central**, sus **métodos** fascistas.»

^u «cobardemente **acribillado a balazos** el estudiante Rafael Trejo y toda la teoría de persecuciones y desmanes que le siguió, teniendo su expresión máxima en los **horrendos** crímenes de Arsenio Ortiz».

^v «junto con **las contradicciones heredadas**, la situación objetiva y **subjetivamente** revolucionaria».

^w «en un sentido **verdaderamente** revolucionario.»

^x «y las **clases sociales y los intereses extranjeros** que lo mantienen y **usufructúan**.»

^y «asumimos la postura **congruente**.»

^z «de nuestros objetivos, **pero absolutamente seguros de que, a la postre, la victoria será nuestra**».

En el momento mismo en que la acción armada va a desencadenarse sin tregua ni cuartel nosotros lanzamos una vez más nuestras consignas a las masas estudiantiles, atrayéndolas a la línea justa: ¡Tiene la palabra el camarada máuser! ¡Contra el verdugo Machado, por la revolución agraria y antimperialista!

[10 de julio de 1931]

Nota

¹ Roa tomó este título de un verso del poema «Izquierda marchen» de Vladimiro Mayakovski, que se había publicado en la *Revista de La Habana*, no. 5, mayo de 1930, pp. 175-177 en una versión al castellano de José Antonio Fernández de Castro y José Z. Tallet:

1.

Adelante! Marchemos! Marchemos!

¡Basta ya de frases y de parches!

¡Hay que poner fin a la cháchara frívola!

¡Tiene la palabra el Camarada Máuser!

[...]

También se publicó un fragmento de «150 millones» (pp.172-175). Los dos poemas acompañaban el «Ensayo sobre un poeta suicida. (Vladimiro Mayakovski 1894-1930) de Fernández de Castro, ilustrado con un retrato hecho por Mario Carreño (pp. 177-185).

Mongonato, efebocracia, mangoneo

El 4 de septiembre de 1933 quedará incorporado a la historia de Cuba con caracteres específicos. Coincidiendo con una avergonzada fuga de estrellas, dio su primer vagido la Junta de los Cinco, pentarquía mestiza, que llevaba en su entraña pintoresca^a el germen sangriento del «mongonato». Fue, positivamente, un sensacional estreno en el alhambresco tinglado de la política criolla. Tenía, sin duda, el deslumbrante prestigio de lo inédito: un ensayo de ballet ruso con un fondo de palmeras y plátanos fritos. En cambio, contrastando fuertemente con él, el 12 de agosto —caza despiadada de porristas y fuga criminal de Machado y secuaces— fue un suceso anodino, típicamente histórico.^b Fueron muchos —naturalmente interesados en presentar la averiada mercancía con refulgentes oropeles— los que se dieron el tremendo «lijazo» de considerar como revolucionaria la hábil maniobra imperialista que llevó a Céspedes^c y al ABC al usufructo del hueso presupuestal. La realidad es que, rigurosamente enfocado, todo aquello no trascendió, en ningún momento, del incoloro ámbito del cuartelazo sietemesino, tan frecuente en América.

No acontece así con el 4 de septiembre, que, al revés del 12 de agosto, posee una fisonomía propia, peculiarísima, que en el futuro, la perspectiva histórica, hará más inconfundible y destacada. Aquella madrugada pereció, sin el menor pataleo, el contrahecho gobierno de Céspedes, a la vez que el sargento taquígrafo, Fulgencio Batista, improvisado jefe de un pronunciamiento de fila sin objetivos políticos

^a «que **anidaba**, en su entraña pintoresca.»

^b «típicamente **mostrenco**.»

^c «que llevó a **Carlos Manuel de Céspedes**.»

concretos, daba a luz, mientras dormía míster Welles a pierna suelta, el engendro que padecemos, siendo Batista circunstancialmente auxiliado en el supremo trance por Sergio Carbó y el Directorio Universitario, que, al punto mismo de articularse en el poder, perdió su carácter estudiantil para transformarse en una casta política. Así, por obra y gracia del azar, que adquirió la forma corpórea del doctor Gustavo Cuervo Rubio, ascendió al gobierno el grupo de muchachos que, reiteradamente, de palabra y por escrito, en el exilio y en la cárcel, se habían manifestado plenamente adversos a ocupar puestos públicos responsables para conservar, de esta suerte, una posición independiente, crítica, fiscalizadora, al margen de todo sectarismo político. Al hacerlo, se reiniciaba en el mundo occidental el imperio de la «efebocracia», la que muy pronto, se fundiría en «mongonato»^d e inmediatamente daría inicio al «mangoneo» más descocado que en Cuba ha ocurrido.

A primera vista, el movimiento del 4 de septiembre fue para muchos un auténtico cambio de constelaciones en el firmamento político del país. Yo tuve la fortuna, junto con Aureliano Sánchez, José Z. Tallet y Gustavo Aldereguía, de presenciar la constitución de dedo de la Junta de los Cinco.^e De regreso a mi casa, anoté cuidadosamente, cuanto se vertió aquel amanecer en Columbia.^f Oí cosas inolvidables. Oí a Rubén de León proponer a Porfirio Franca, a título de individuo absolutamente desconectado con la banca y de especial capacidad para el estudio y resolución de los más complicados problemas financieros;^g y oí a Sergio Carbó autodenominarse ultraradical y apoyar, por eso mismo, cálidamente, la proposición de Rubén de León, ya que, de esa manera, al ser designado Franca, la pentarquía se despojaba un tanto del agudo izquierdismo^h que su participación en ella le imprimía. Más de una vez, nosotros, particularmente Aldereguía, estuvimos a punto de pronunciarnos duramente contra aquella farsa.

^d «el imperio de la **el que** muy pronto, se fundiría **con el**».

^e «**la Junta de los Cinco**, integrada por el banquero Porfirio Franca, el profesor Ramón Grau San Martín, el periodista Sergio Carbó, el profesor Guillermo Portela y el abogado José Miguel Irisarri.».

^f «**aquel amanecer en el Campamento de Columbia**.».

^g «**a título de** banquero especialmente capacitado para la solución, en beneficio del pueblo, de los más complejos problemas financieros;».

^h «**del extremo izquierdismo**».

Sin embargo, no pocos tragaron. Para estos, por primera vez en Cuba, se había constituido un gobierno auténticamente revolucionario, que se nutría y apoyaba en las grandes masas populares, sin contar con la previa certificación de Washington y su agente en Cuba. La Junta de los Cinco lanzó una detonante proclama explicando su génesis y haciendo suyo, como plataforma ideológica y anzuelo, el demagógico programa que el Directorio Estudiantil Universitario presentaba como propio, aunque es muy probable que no hubiese sido concebido ni redactado por sus componentes. La Pentarquía se propuso como cuestión previa la inmediata extinción de las supervivencias del machadato y el fusilamiento de los machadistas culpables presos en la cárcel y en La Cabaña, debiendo verificarse esto último por los llamados Tribunales de Sanciones,ⁱ que hasta ahora sólo han sancionado su propia incapacidad. Fulgencio, los Cinco, el Directorio, y las bayonetas mismas en que Machado cimentó su régimen de miseria, opresión y terror, eran las garantías máximas de que los terribles problemas que Cuba afronta —imperialismo, hambre, desocupación— iban a ser adecuada y rápidamente resueltos. A pesar del poderoso e insolente cerco de cañones yanquis que apretaba la Isla convulsionada,^j el más rosado y dulce optimismo coloreaba el ambiente. Fulgencio —aún sargento— los Cinco y el Directorio no perdían coyuntura para lucir sus entorchados apostólicos. En el Palacio se podía entrar y salir como Pedro por su casa. El tan anhelado gobierno que iba a proporcionarle a las masas lo que estas pedían, estaba ya en el poder. Carbó, inquieto, alerta, empenachado de palabras rimbombantes, era la personificación misma de la justicia.^k Su dramático llamamiento de *La Semana* anterior al 4 de septiembre, era ya una realidad tangible: «Todo el poder para los revolucionarios.» Sólo que los únicos genuinos —los obreros y campesinos— quedaban violentamente fuera de él. Pero esto tuvo su justa compensación con el emplazamiento brutal de las ametralladoras frente al local de la Confederación Nacional Obrera de Cuba y la custodia, entre agresivos fusiles, de una manifestación de estudiantes de izquierda, que iba a Instrucción Pública^l a presentar su pliego de demandas. Mas eso

ⁱ «**debiendo** sometérselos a los llamados **Tribunales de Sanciones**,».

^j «**que** amenazaba la **Isla convulsionada**,».

^k «**de** Dantón.».

^l «que iba a la **Secretaría de Instrucción Pública**».

carecía de importancia. Lo trascendental era que el Directorio, los Cinco y Fulgencio ocupaban el poder y vivían en Palacio. Con esto estaba ya asegurado para el pueblo oprimido y explotado de Cuba un porvenir risueño, en el que la paz, la prosperidad y la justicia serían sus elementos cardinales.

Pero la Junta de los Cinco se quebró una tarde con la misma facilidad con que había nacido, dando paso al régimen presidencial, cuya más alta jefatura asumió, también de dedo, el ilustre profesor de Fisiología de la Universidad de La Habana, doctor Ramón Grau San Martín. El Directorio, los Cuatro —Irisarri, el más preparado y mejor de todos, declinó inteligentemente toda responsabilidad con la nueva situación—, Fulgencio, el ABC Radical, el BVD¹¹ Cojan Puestos, prestaron todo su apoyo y calor al nuevo gobierno.

Los Cinco habían tenido su minuto de gloria. Fue el goce efímero de una cópula al descuido. Pero cuando los crudos vientos de la realidad deshicieron la Pentarquía no hubo nadie que lo sintiera.

Mientras la ola intervencionista se agudizaba,^m el ascenso revolucionario de las masas alcanzaba temperaturas insospechadas. Las huelgas se acumulaban con fantástica celeridad. En varios centrales, los obreros azucareros y campesinos se hicieron fuertes. Cuba tuvo su primer soviet en Mabay. Grau empezó a despachar con sus muchachos en donde mismo lo hiciera Machado, sin perder su sonrisa, entre amenazas terribles, cargado el ambiente de pavorosos presagios, con el creciente descontento de los sectores «madrugados» el 4 de septiembre, con un pueblo famélico y explotado por la burguesía y el imperialismo más allá de todo límite. El gobierno apolítico, técnico y universitario no sabía por dónde empezar, ni qué hacer, ni a dónde ir. Desconcertado, se dio entonces a culebrear. Fatigó la cuerda floja. El espíritu de Pubillones¹ se instaló en Palacio. De fisiólogo competente, Grau devino maravilloso equilibrista. Flirteaba graciosamente con las izquierdas y le hacía guiños de inteligencia a la burguesía amedrentada, profería denuestos de Welles y pagaba la deuda extranjera, estaba ansioso de ser reconocido por Washington y permitía mítines antimperialistas, lanzaba un virulento manifiesto contra las corporaciones económicas y

¹¹ «Fulgencio, ya coronel el ABC Radical y el BVD».

^m «se encrespaba.»

mandaba, por bajo cuerda, emisarios a recabar su apoyo. Nunca hubo en Cuba un espectáculo a la vez tan divertido y trágico. El «mongonato» nació así entre la angustia y el choteo.

Bajo el rótulo altisonante y pomposo de «revolución auténtica» se inició la «desconflautación» más formidable que Cuba recuerda. Gobernar adquirió categoría de suceso deportivo. La Gaceta Oficial parece un récord hípico. Lo inefable es la atmósfera del «mongonato». Todo marcha sobre rieles de aciertos. La efebocracia se siente responsable y adulta. No le importa que el pueblo se muera de hambre, ni le preocupa mucho la contingencia de una masacre. Está en el poder y le basta.

Una revolución de estudiantes es cosa que sólo puede aceptarse a título novelesco. Los estudiantes, masa informe, cambiante y supeditada, no pueden por sí mismos, independientemente, hacer revoluciones. A lo sumo asaltar el poder. La revolución es una obra multitudinaria, de profunda raigambre económica, dirigida por un partido representante de intereses reales en la producción, que se constituye en vanguardia dirigente, para la transformación sustantiva de la realidad histórica. En las actuales condiciones objetivas del mundo, sólo puede hacer una verdadera revolución el Partido Comunista y los estudiantes revolucionarios apoyarla. En Cuba, esta revolución, por razones específicas de su desarrollo histórico,ⁿ de su posición semicolonial en el mapa económico y político del capitalismo dominante, no puede ser otra que la agraria y antimperialista. Los estudiantes tienen en ella un lugar como colaboradores, pero jamás como guías.

Lo propio ocurre en los movimientos políticos de tipo burgués. Es esta clase,ⁿ y sus partidos representativos, la única que puede encabezarlos con sentido histórico. A los estudiantes de derecha les corresponde el papel y función de apoyarlos. Cuando el organismo estudiantil se desplaza de su verdadero terreno y se sitúa en una órbita en la que históricamente no encaja está ya liquidado como tal.

El Directorio Estudiantil Universitario confronta esta situación.^o No existe ya como organismo dirigente del estudiantado de derecha, cuya genuina representación, en el sector universitario, la ostenta en estos instantes la Asamblea de Delegados. Es una mera agencia política que

ⁿ «por razones **consustanciales** a su desarrollo histórico.».

ⁿ «de tipo burgués **o pequeñoburgués. Son estas clases.**».

^o «**encara** esta situación.».

está en todo y no hace nada práctico, efectivo. Y que al supeditarse al gobierno se hace responsable y solidario de su conducta. Este grupo de ex-estudiantes ha vinculado su destino histórico al «mongonato», próximo al naufragio definitivo.

La prueba concluyente de que el Directorio no representa al estudiantado es que no le preocupa ni atiende, en lo más mínimo, las demandas exigidas por aquel. Se quiere la reapertura de las clases, la matrícula gratis para los estudiantes pobres, la reorganización de la enseñanza. Pero al Directorio no le interesa esto. Más exactamente: está prácticamente contra la apertura de las clases y la matrícula gratis para los que no pueden abonarla. La razón es evidente. Apertura de las clases significa la destitución inmediata del Directorio por la masa estudiantil. Matrícula gratis es una consigna que está en abierta pugna con los intereses que él encarna. Al Directorio lo que le importa, por encima de todo, es seguir en el disfrute del poder, por tiempo indefinido, hasta que se cumpla íntegramente su milagroso programa revolucionario.^p

Hasta ahora la «efebocracia» no ha producido ningún fruto estimable. Su labor ha sido negativa. No ha hecho más que invadir, torrencialmente, las oficinas públicas a título de «revolución triunfante», arrasando con la quinta y con los mangos. Los Directorios de provincia no le van a la zaga a su organismo director.^q ¿Dónde está la tan cacareada pureza, la generosidad impar, el desinterés de que tanto se alardeó? Lo que asoma profusamente por todos lados es la mala yerba de la ambición.

El «mongonato» se ha convertido en una máquina productora para uso y beneficio exclusivo de unos cuantos. El Estado es de todos ellos, menos de Grau San Martín. La descentralización es inaudita. Anarquía: es la palabra de orden. Grau y Fulgencio se desconocen recíprocamente. Citaré un caso concreto. Una amiga fue a La Cabaña con un pase de Grau a visitar [a] un oficial detenido por los sucesos del Hotel Nacional. El sargento de guardia le negó la entrada a la fortaleza porque el pase no venía suscrito también por Batista. Entonces un soldado, que por allí mataba su ocio, exclamó: ¡Hombre, sargento! ¿por qué no la dejas pasar? ¡Si Grau está con nosotros!...

^p «su **taumatúrgico** programa revolucionario.»

^q «no le van **en** zaga a su organismo **dirigente**.».

El «mongonato» no ha dictado hasta ahora una sola medida de naturaleza constructiva. Sólo ha destruido sin ton ni son. Esta incapacidad suya es la que,^r por encima de toda otra consideración, ha retardado su reconocimiento por Washington, no obstante sus desesperados esfuerzos por conquistarlo. Su demagogia, en este sentido, ha sido funesta. Su falso izquierdismo lo ha perjudicado sobremanera a las pupilas del imperialismo, que no puede contemplar sin sobresalto un movimiento de soldados y marinos que depone, primero, y luego, en la sangrienta aventura del Hotel Nacional, balaceo a sus oficiales sin que les quede nada por dentro, aunque estos soldados y marinos carezcan de conciencia política e ignoren, por eso mismo, la raíz social de su actitud. Basta que se haya producido para que el imperialismo recele. Por su parte, mister Welles brinda toda su fuerza y apoyo al ABC, su «niña bonita» —según la certera expresión de José M. Valdés Rodríguez— que, en su relampagueante gestión gubernamental, demostró estar capacitado para servirlo con singular eficacia.

Un observador severo de la realidad política y social contemporánea, sabe que en los países coloniales y semicoloniales ningún gobierno puede subsistir si no cuenta con el apoyo del imperialismo,^s que es su base económica correspondiente. Penetrado de ello, el «mongonato» se ahínca por conseguirlo. Y en este empeño no discierne procedimientos. Todos los caminos que conducen a Wall Street le parecen válidos.

La trágica jornada del 29 de septiembre, con ocasión del proyectado entierro de las cenizas de Julio Antonio Mella, el heroico luchador comunista asesinado en México por orden de Machado, es una demostración terminante de ello. La masacre de aquella tarde fue una cosa perfectamente elaborada de antemano y,^t su derivación ulterior hacia el saqueo vandálico de los centros obreros, sólo tiene precedentes en la Alemania de Hitler y en las satrapías balcánicas. Ella tenía el doble objeto^u de procurar, por un lado, un acercamiento con Washington y, por otro, con la burguesía y terratenientes criollos, desconcertados por un gobierno que toleraba mítines revolucionarios y banderas rojas en el teatro Nacional.

^r «Su incapacidad es la que.»

^s «ningún gobierno **que no luche para destruirlo con el apoyo del pueblo**, puede subsistir si no cuenta con el **respaldo** del imperialismo.»

^t «La masacre de aquella tarde **había sido minuciosamente preparada y**.»

^u «**Tenía** el doble objeto».

La maniobra por lograrlo fue brillantísima.^v Sangre proletaria regó de nuevo las calles de La Habana y las cenizas de Mella no pudieron reposar bajo un gobierno estudiantil en la tierra por cuya liberación nacional y social había ofrendado su vida. De esta sangrienta jornada son responsables el gobierno y todos los sectores que lo alientan y dan vida,^w entre ellos el Directorio Estudiantil Universitario, que hasta ahora nada ha dicho al respecto, como no sean las palabras de Rubén de León en *Alma Máter* pretendiendo justificar el hecho. No quiere esto decir que yo crea que los miembros del Directorio atacaron personalmente a los manifestantes. Pero sí los responsabilizo políticamente, como miembros de una entidad adherida al gobierno, por aquellos trágicos sucesos.

El «mongonato» vive, en estos momentos, horas decisivas. La represión es cada vez más feroz y sangrienta. El gobierno que prometió enfáticamente el derecho a la huelga las liquida a sangre y fuego. Disuelve a tiros manifestaciones de mujeres. Las cárceles, fortalezas^x y el Presidio Modelo están abarrotados de presos políticos. El hambre ronda con macabra insistencia en cada puerta. Los sectores desplazados de la oposición —ABC, nacionalistas, menocalistas, los disgustados de última hora, ABC Radical—, se aprestan a recobrar el «mangoneo», hoy en poder del «mongonato» y su aventajada vanguardia, el Directorio Estudiantil Universitario. Míster Welles acecha la coyuntura para desembarcar los marinos y hacer una distribución a su gusto de las fuerzas económicas y sociales operantes en el proceso histórico cubano.^y Por su parte, el proletariado labora afanosamente por la única revolución que le dará tierra, pan y libertad: la agraria y antimperialista.

Mongonato, efebocracia, mangoneo...

He aquí tres palabras que explican, cristalinamente, la situación actual de Cuba.²

10 de noviembre de 1933

^v «La maniobra **para** lograrlo **dejó un saldo siniestro**.».

^w «que lo alientan y **apoyan**.».

^x «Las cárceles, **las** fortalezas».

^y «para desembarcar los marinos y **meter de nuevo en un puño** las fuerzas **políticas**, económicas y sociales **desplazadas de la órbita del imperialismo por la presión revolucionaria de las masas**.».

Notas

¹ Alusión a un circo famoso de la época.

² Roa ajustó los criterios sobre este texto en 1947: «Hay ya suficiente lejanía para juzgar, serenamente, el gobierno presidido por Grau San Martín desde el 10 de septiembre de 1933 hasta el 15 de enero del año siguiente. Los testimonios desaforados de sus enemigos suministran una imagen astigmática de esa enmarañada, fluctuante, convulsa y aleccionadora experiencia. El sectarismo que los tiñe y la violencia de la brega deforman el contorno y desnaturalizan el dintorno de los hechos. Mi artículo *Mongonato, efebocracia, mangoneo*, imbuido de la concepción extremista entonces en boga en la izquierda revolucionaria, es prueba fehaciente de ello. No es que yo vaya ahora a arrepentirme de haberlo escrito. No es eso. Sigo creyéndolo a la luz de una óptica genuinamente revolucionaria. Pero lo considero injusto en cuanto falsifica el carácter del gobierno de Grau San Martín, mide por un mismo rasero a los intereses y grupos que lo sustentan y a los que se le oponen, no discierne el alcance popular de sus medidas, sólo ve la incapacidad, la petulancia, la flaqueza y la arrebatía que lo mina, ignora la gallarda y trascendental postura de la delegación cubana a la Conferencia Panamericana de Montevideo, pasa por alto la ingente labor revolucionaria de Antonio Guiteras y del núcleo decidido que lo sigue, y subestima el rol jacobino de la pequeña burguesía en los pueblos política y económicamente enfeudados a la dominación extranjera. No me duelen prendas en reconocerlo.» [«Trayectoria y balance del ciclo revolucionario» (21 de diciembre de 1947). En *15 años después, op. cit.*, pp. 211-225. La cita, pp. 213-214.]

Interviú profética

Se me ocurre esta tibia noche de abril aromar los pulmones con acres fragancias marinas. Tumbo por el Malecón hacia La Punta. A un lado, lo de siempre. Al otro, la enorme masa líquida irisada de extraños reflejos. También lo de siempre. Por suerte, no hay luna. Pero no podía faltar que alguien me gritara: «¡Pélate!»

Sin duda, soy ese suceso insólito que es un hombre feliz. ¿No fue Manolito Kant el que dijo que pensar es el goce supremo? En cambio, mi amigo Pepe Tallet —que es un poeta lírico en mangas de camisa— sostiene que su tragedia es lo que va de un tranvía a un Cadillac. Pero lo positivo es que en este instante lo mismo me da llamarme Raúl que Ramón. Y mucho menos me importa que el hombre venga de Adán como que la hoya de Bartlet se ingiera a Cuba, antes de las elecciones de diciembre, con menos dificultad que yo una aspirina. Lo único que ahora me interesa vitalmente es no existir. Ni ser yo ni ser tú. Decididamente, el Camel y el estómago satisfecho son las condiciones previas para arribar al nirvana. ¿Lograré al fin gozarlo en toda su plenitud?

Malecón y Galiano. Me detengo porque sí. Hago que miro el mar. Luego el cielo, luminosa espumadera. Es eso, me pica el ombligo. No me lo rasco. Y me siento en el muro.

Cuando más entretenido estoy en explorar las trémulas redondeces de una mulata vecina, alguien me dice, golpeándome la clavícula:

—Hola, tocayo.

Es Raúl Ortega, periodista inquieto y bueno, hombre tremendo y jefe de Información de *El Crisol*, la hoja restallante que dirige Julio César González Rebull. No me queda más remedio que volver a ser.

Esas fugas maravillosas y antimarxistas no pueden compartirse con nadie. Ni siquiera con uno mismo.

—¿Qué se cuenta, querido?

Es inútil, Raúl Ortega va derecho a su fin.

—¿Qué piensas del momento actual?

—Pero viejo...

—No hay viejo ni excusa que valga. Me enteré por el Fantasma Verde que estabas aquí y he venido, en nombre de *El Crisol*, a entrevistarte. Supongo que no te vas a dar lija conmigo.

Indudablemente, he caído en la trampa. Como Raúl Ortega lo sabe, empieza a acribillarme a preguntas.

—¿.....?

—Machado se fue, pero la estructura histórica del país sigue intacta y retorna velozmente al machadato. No es extraño que así sea. El cuartelazo sietemesino del 12 de agosto, controlado y dirigido por Sumner Welles y usufructuado principalmente por el ABC, fue un escamoteo sangriento de la revolución popular contra el sistema económico y político que tan siniestramente encarnara Machado. Yo lo dije en el entierro de Alpízar. Producto de esa maniobra imperialista, el gobierno presidido por Carlos Manuel de Céspedes —escogido de una lista de candidatos afines por el propio Welles— concitó inmediatamente sobre sí la repulsa del pueblo, que advertía en su contextura y estilo la prolongación del machadato sin Machado. Ni dos meses alcanzó a vivir aquel engendro político confeccionado en la Embajada yanqui a espaldas de las masas. La madrugada del 4 de septiembre lo vio feneecer oscuramente, sin un gesto, sin disparar un chícharo, mientras el padre de la criatura, ajeno a todo aquello, dormía dulcemente en la Embajada. El pronunciamiento cuartelario fue civilmente asistido por el Directorio Estudiantil Universitario y otras organizaciones sin masa que, por su romántica postura antimediacionista, habían quedado fuera de la jugosa componenda dirigida por Welles. Nació la Pentarquía con los primeros claros del alba: una semana de «ballet ruso con un fondo de palmeras y plátanos fritos». Y ocupó la presidencia de la República el doctor Ramón Grau San Martín. Con esto se inicia la desconflautación más auténtica que recuerda la historia de Cuba y que yo me permití rotular, con ese don humorístico que la naturaleza me ha dado y que yo tan estupendamente administro, «mongonato, efebocracia,

mangoneo». El Nacional, la masacre del 29 de septiembre, Mabay, Atarés, Mendieta, el ABC, mister Welles, Batista, mister Caffery. El régimen desorbitado del doctor Ramón Grau San Martín cayó al fin víctima de su propia incapacidad histórica. Washington se lo tragó.

—¿.....?

—Sí, no lo niego. Nunca se ha sentido mi espíritu más deliciosamente instalado que en aquella situación caótica. Parecía como si la Isla entera se hubiera mudado para la estratosfera. Créeme: personalmente siento muchísimo que mister Caffery y Fulgencio Batista nos devolvieran tan pronto a la tierra.

—¿.....?

—El 18 de enero de 1934 es un día trágico para Cuba. Estoy por decir que más trágico que el 20 de mayo de 1925. Entre chupinazos y banderas verdes se articularon ese día en el presupuesto las fuerzas más oscuras y regresivas de la opresión social sistematizada. Carlos Mendieta, jipi en mano y vestido de blanco, se sentó, desfallecido de emoción, en el muelle trono presidencial. Su sueño se había al fin realizado. No; no habían sido inútiles ni la grotesca aventura de Río Verde, ni los seis meses de cárcel, ni el pan caliente y salvador del exilio. A su diestra, ávido de renovar sus tropelías cercanas, el ABC, embrión del pseudo-fascismo tropical. Y luego, detrás, cubriéndole las anchas espaldas guajiras, Miguel Mariano, Don Cosme, Justo Luis y Mario García. Al fondo, entre ametralladoras y rifles y el perfil rapaz de mister Caffery, manejándolos sin ser visto, Maese Pedro Batista.

—¿.....?

—Lo que vino después tú lo sabes mejor que yo. Latrocinio y candelita, sumisión plena al imperialismo y predominio, cada vez más acentuado, del poder militar sobre el poder civil, ridículamente disminuido aun en sus funciones más específicas. Despojo diario de las leyes beneficiosas arrancadas a la burguesía y al imperialismo por el proletariado en acciones gloriosas. Persecución organizada a sus sindicatos y dirigentes. Oye bien: si el gobierno descolorido de Céspedes apenas tuvo tiempo de enseñar la garra, y el de Grau San Martín intentó por todos los medios a su alcance —demagógicos y represivos— romper el movimiento revolucionario del proletariado, el de la reacción concentrada los ha dejado chiquitos en este aspecto. Este gobierno ha llegado, en su feroz reaccionarismo, hasta crearse un aparato jurídico para sobre él

ejerger una política de tipo francamente fascista. Al ABC debe abonarse esa maniobra cavernícola. Ya no existen, ni en el papel, los más elementales derechos democráticos. Los estudiantes fuimos brutalmente tiroteados en el parque Trillo por exigir que se consagrara en el Estatuto Constitucional la autonomía universitaria que había concedido Grau San Martín y por protestar de la supresión de la pena de muerte en favor de los delincuentes machadistas. Por el camino que vamos no tardarán mucho tiempo en dar señales de vida las milicias de asalto, la quema de libros en el parque Maceo, el linchamiento de negros, la goma y el aceite ricino.

—¿.....?

—Seguro. La tiranía machadista va a resultar insignificante al lado de esta otra que empieza a desarrollarse con una virulencia que desconoció aquella en su inicio. El tiempo dirá.*

* En efecto, el tiempo lo ha dicho. Y yo he sido profeta en mi tierra.

Goma, palmacristi, asesinatos políticos, tortura, supresión de la pena de muerte y la confiscación de bienes a los delincuentes machadistas, protección descocada a los machadistas de segunda fila pero responsabilizados con la tiranía y singularmente a Ramón Vasconcelos, que a diario injuria a la revolución y a los revolucionarios desde la columna de honor de *El País*, atracos sistemáticos a los fondos públicos, créditos fabulosos al ejército atropellador y parasitario y desatención plena de las necesidades sanitarias y educacionales, censo escandalosamente falseado, zafra de sangre y a jornal de hambre, detenciones y encarcelamientos a granel de los elementos opositoristas, principalmente de los luchadores obreros y campesinos y de los estudiantes e intelectuales antimperialistas, tribunales de urgencia, instrumentos represivos de carácter fascista: todo en menos de un año y al servicio y para mayor gloria de la plutocracia yanqui, siendo presidente de la República Carlos Mendieta y Montefur.

El provisionalato —que intentó reagrupar en un solo frente político y alrededor del glorioso presentado de Río Verde los intereses fundamentales de las clases dominantes esclavas del imperialismo— ha devenido en once meses puro régimen represivo, dictadura militar y policiaca en apoyo y mantenimiento exclusivo de la dominación colonial y de sus palafreneros nativos.

En los momentos en que redacto esta nota, el sistema instaurado a bombo y platillo el 18 de enero de 1934, con el concurso del ABC y de los sectores politiqueros que por meras razones de reparto presupuestal lo fueron abandonando a medida que sus voracidades inagotables no hallaban adecuada satisfacción, confronta una crisis tan profunda y extensa que es muy probable no logre superar. El descontento popular se agudiza y ensancha por instantes. El movimiento estudiantil por los derechos democráticos, contra la dictadura militar y el imperialismo desborda su marco específico y se nutre y robustece con el apoyo militante y solidario de todas las capas oprimidas del país, de las organizaciones revolucionarias de masas y de los

—¿.....?

—Por su parte, como sabes, los sectores y caudillos fuera del «mangoneo» se aprestan vorazmente a engramparlo. Los auténticos, agrupados alrededor de Grau San Martín, acechan su oportunidad. Menocal, en el destierro voluntario, no pierde coyuntura de expresar su descontento porque el reparto del presupuesto no alcanza a satisfacer el apetito tradicional de sus conmlitones. Desde luego, si al cabo se decide a romper con el gobierno se pondrá a preparar una tremenda revolución. Pero todo se disolverá en una bola más. Menocal sabe demasiado bien que el jamón solo puede comerse estando uno vivo.

—¿.....?

—Desde el 12 de agosto las perspectivas del país en vez de cambiar favorablemente se tornan cada vez más cerradas. Creían los ingenuos y lo propagaban los bribones que con quitar a Machado ya todo estaba resuelto. La realidad ha demostrado que el problema no es de hombres sino de sistema. Mientras no se aniquilen las bases de este no habrá bienestar verdadero ni paz positiva. Cuba sufre la crisis general que corroe el régimen capitalista. Crisis que agudiza su condición semi-colonial y la efervescencia política que ha provocado en el pueblo la inutilidad aparente de su lucha contra Machado. Y dentro de esas condiciones históricas, no hay salvación para nosotros.

—¿.....?

—Desde luego. La historia no plantea problemas sin solución. Esa crisis tiene salida real. Una salida revolucionaria de masas, que barra con el actual ordenamiento histórico del país e implante un gobierno

sectores opositoristas más combativos y honrados, que son los que mantienen consignas programáticas en relativa contradicción con los intereses imperialistas. Es esta una coyuntura magnífica para derivar de esta concurrencia de fuerzas políticas y sociales, afectadas comúnmente por la situación imperante, la creación de un verdadero frente único de masas contra la reacción fascista y la intromisión constante de los Estados Unidos en los asuntos cubanos. En este sentido, se ha lanzado ya por los organismos revolucionarios de izquierda un cálido llamamiento a cuantos —exceptuando a los grupos definitivamente reaccionarios como el ABC y a los núcleos supervivientes de la politiquería crapulosa y corrompida como los liberales, conservadores, nacionalistas y marianistas— estén sinceramente dispuestos a entablar combate contra el cesarismo fascista y los atropellos y abusos del imperialismo yanqui. Ha llegado el momento de evidenciar con hechos concretos quiénes son los que están al lado y defienden los intereses populares y quiénes, no obstante proclamarse sus Mesías, son, en el fondo, sus enemigos peores.

desvinculado del imperialismo y de la burguesía y terratenientes nativos. En otras palabras: una revolución agraria y antimperialista, que se prepara, organiza y desarrolla en un plano internacional. Esa revolución —ya en marcha— enrolará en sus filas a todas las capas oprimidas y explotadas de la población, al campesino, a la pequeña burguesía, a los intelectuales y estudiantes, bajo la dirección histórica del proletariado y su partido de clase.

—¿.....?

—Viejo, no me confundas con una vulgar pitonisa. Las transformaciones históricas están reñidas con el almanaque. Lo único que te puedo asegurar es que, más tarde o más temprano, ella se producirá. El futuro del mundo y de Cuba pertenece al proletariado, gústele o no le guste a los aristocratizantes jefecillos del ABC.

—¿.....?

—La Universidad vive una situación crítica. Nada se ha hecho aún en serio por modificar su arcaica y podrida estructura. En definitiva, creo que todo seguirá igual. Hay indicios para pensarlo. En las recientes elecciones para cubrir los cargos estudiantiles, han triunfado las derechas y los mediocres. Los elementos más capaces y puros, los que en ningún momento perderían de vista los intereses del alumnado, los únicos que serían capaces de llevar la reforma universitaria hasta sus últimas consecuencias, fueron derrotados, entre ellos nada menos que Aureliano Sánchez Arango y Ramiro Valdés Daussá. Sobre la colina universitaria —que debía ser atalaya de los tiempos nuevos— empieza a soplar también la ventolera reaccionaria que azota el país.

—¿.....?

—¿Un juicio de conjunto sobre el momento actual en una frase? Aquí está: ¡qué plasta!...

Y sigo Malecón abajo, dueño otra vez de mí mismo, sin pensar en nada, magníficamente escoltado por un batallón de estrellas.

[10 de octubre de 1934]



FIN DE FIESTA

por

Aureliano Sánchez Arango





Y llegamos al Final, así con mayúscula, puesto que esto es nada menos que el «Fin de Fiesta» de una fiesta descomunal, «románica» —perdón, mi querido Rafael—; algo como una bacanal política —humana sobre todo— de los años mozos. Ahítos, hartos, con la vida vívida metida en los huesos, más allá de la carne. Saturados de dolor, de aventura, de anécdota. La hiel y la miel, el triunfo y el fracaso, el bien y el mal, la verdad y la mentira, la mixtura chaplinesca. Un ritmo, un vértigo de montaña rusa, durante años y años. Todo hasta las entrañas. Lo intenso fue siempre extenso. La calidad en cantidad y a la inversa. Henos allí, volatineros impenitentes, sobre una débil cuerda y el abismo abajo, a nuestros pies, ávidos de tragarnos. Y correr y saltar y hacer piruetas, sin mirar a lo hondo. Caer y levantarse, o no levantarse —¿cuántos quedaron atrás?— Y seguir incesantemente, desenfrenadamente, hasta el aturdimiento. Bufo, subversiva o no, pero bufo. Borrachera de vida plena, con los pulmones dilatados y el pecho amplio, y los ojos encendidos, abillantados de un modo extraño. Hemos vivido, año por año, el ritmo de nuestra edad. Hemos volcado la sangre de la tierra sobre nosotros y más de uno hizo, generosamente, lo contrario. Cada generación —se decía en una hora romántica de América— tiene su misión que cumplir, y nosotros hemos ido cumpliendo, día a día, la nuestra, como podíamos, sin traicionarnos nunca. Hemos sido carne de presidio, carne de exilio, carne de masacre. Y hemos forjado, dentro de nosotros mismos, un mundo nuestro, nuevo, distinto, una vida interior. ¡Tenemos una vida interior!

Instantes de una crueldad inhumana, minutos de magnífica belleza, exaltaciones febriles, éxtasis místicos, enfermizos. Alboradas y

crepúsculos, como vinculados a la suerte del sol. Un día aplastados por las miserias del espíritu y al siguiente renaciendo con un ímpetu frenético, iluminados por el optimismo, por la fe en nosotros, en los hombres, en el mundo. Luchar siempre, incansablemente. Y no ha faltado una sonrisa diabólica, ni una mirada tierna. Todo. ¿Todo?

La escala aquí se dobla treinta peldaños apenas ascendidos. Hacia abajo, en cualquier dirección. Este es «el libro de todos nosotros», que ahora finaliza, escrito por nuestra pluma mejor. Estamos rotos, extenuados, deshechos, rendidos por la fatiga, muertos. Se venció una larga etapa. Ahora, una elegía póstuma, un epitafio imposible. Y a mudar la vida a otro planeta.

¿Veis?

Es bonita y cómoda esta metempsícosis de los vivos. Y es seductoramente trágico el panorama. ¿Quién no se mata aquí? Luce bien, sobre todo. Romántico además. El jovencuelo de veinte años que ya ha visto ascender los espirales de la marihuana, ¿acaso no ha agotado la vida? Aquella niña clorótica, dieciochoabrileña, de cuencas negras y hundidas, un capítulo de Freud, que lee a Nervo y, sin duda, a Vargas Vila, ha llenado ya, plenamente, su misión. Burlada tres veces. Nada menos que tres, la última, sobre todo. ¿Qué de nuevo puede aprender? ¿Qué nuevo goce o qué nuevo dolor? No se matará nunca. Pero el complejo suicida le aprieta el cuello día y noche, y la hace lucir más interesante. O mejor: porque luce así más interesante. Ni siquiera sueña que se despertará cualquier día, en una mañanita limpia, bajo los «otros cielos», de Barba Jacob. Eso queda para las demás, vidas vulgares y sencillas.

Y el genio precoz. Desarrolló el hilo del ovillo del genio con extrema precipitación. Es un amargado prematuro. A los catorce saltó de *El corsario negro* a *Ibis*. Enseguida, Schopenhauer y Nietzsche. El complejo fatalista. Un nuevo dios pagano, de huesos amelcochados todavía, en gesto despectivo frente al mundo, negándolo con un encogimiento de hombros. A momentos, su actitud es de reto amenazador y audaz. Nadie lo comprende, en tanto que él lo comprende todo y a todos. Masoquismo intelectual que concluye siempre en la obsesión suicida. Ha vivido demasiado y demasiado aprisa. En los libros, por

supuesto, y en los personajes trágicos que han lacerado su espíritu. Bajo el cabello cuidadosamente desordenado, vive un concepto ampuloso llenando todos sus pensamientos: *nihil*. Buda mirándose el ombligo.

Histerismo individual y colectivo. Neuroendocrinología —¡uf!— y psicoanálisis. Mil tipos más, distintos y semejantes a un tiempo, centros todos del Universo, practican, subconscientemente, el deporte de la tragedia.

Saludemos con solemnidad luctuosa la aparición de un nuevo complejo: el de la generación sacrificada. Más impresionante, más conmovedor, más dramático. ¿Qué cuerda no vibra? ¿Qué lágrima no se arroja a la mejilla resuelta a desaparecer en la urdimbre de los hilos de cualquier pañuelo, aun sucio y maloliente? Un verdadero cartel. Los yanquis tienen su palabrita, al uso, un tiempo, en la Isla del Jején. Tan popular por lo menos como «la historia del cuchillito», nuestra, oriunda de Alhambra.

Los libros de Barbusse, de Remarque, de Glaeser, tienen un sentido y un contenido. Lo negativo en ellos es objetivismo útil, combativo. Cada uno es un formidable grito de guerra contra la guerra. La generación maldita, la anterior, la que se pudrió en las trincheras, descuartizada por los obuses, por la metralla, envenenada por los gases, mutilada por dentro y por fuera, víctima de la canalla imperialista internacional, lucha aún, en los libros de la postguerra, contra los asesinos de ayer, los ventrudos, los especuladores, los magos de la explotación y del pillaje, los mismos de hoy, confabulados para el nuevo crimen. Generación admonitoria. Afirmativa hasta cuando muestra al desnudo el pus de sus llagas. Generación que apostrofa y acusa «después de muerta». Esto fue aquella. Es decir, otra cosa. Y su tragedia fue, al cabo, el drama del mundo.

¡Cómo entristece el espectáculo de un lirio languideciendo bajo el beso pleno de un rayo de sol! Pero aquí sólo hay una honda compasión humana en el espíritu selecto y contemplativo. Hace falta algo más. Morir y vivir. Ver el entierro. Vivir habiendo muerto por el exceso de vida y por el martirio y por haberse dado a los demás. Por haber sufrido, reído y llorado a causa —generoso martirologio— de lo externo. Haber sido víctima espontánea de los hombres, o de las cosas, o de las circunstancias simplemente. Haber sacrificado lo propio a lo ajeno y conquistado, gloriosa y tristemente el derecho al

escepticismo, el último reducto de los viejos, y a un rictus de amargura en los labios.

Así, ya está creada la figura interesante. Legítimo espécimen de la generación sacrificada, por ahí va un joven escéptico. Al pasar, le sigue un gran trecho, como escoltándolo, la mirada de admiración discreta y comprensiva de cuantos le conocen y saben de la larga historia de sus luchas. Ha dejado una estela de respeto semirreligioso. Hubo una cosa a la que todo el mundo llamó en una época machadismo, y ahora, también todo el mundo, llama machadato. Este que acaba de pasar sufrió mucho «cuando el machadato» a más de haber vivido una vida intelectual y afectiva intensísima. Está mordido, quemado. Se aleja con la barbilla casi descansando en el esternón, arrastrando la mirada por el suelo, en ángulo de 45° siempre aventajándole un metro a los pies en la marcha. Nadie adivinaría que bajo la camisa, disimulado también por el gesto absorto y despreocupado, va un pecho ligeramente henchido, oculto como un secreto inconfesable. De todos modos ahora es otro, y piensa y siente y se produce de un modo distinto, más grave, más circunspecto. Nadie que se respete medianamente renunciaría a esa circunspección provectora cuando da aires de joven curtido y experimentado. Es lástima que no estén al uso, en esta época, las antiparras.

La generación sacrificada está, pues, destruida, trágicamente deshecha, inmolada. La mitología se ha nutrido abundantemente, en tanto que desde las ruinas de la gran catástrofe, cada uno con gesto cansado y la mirada en vago, como perdida, intenta brujular su vida nuevamente. La generación sacrificada en una bacanal política, quemada en ofrenda a los dioses de una vida absurda y despiadada. El «Fin de Fiesta».

Se puede hacer un soliloquio con un perro y ponerlo a decir agudezas y cosas interesantes. Sacarle por el hocico un lenguaje hiperbólico y hacer de él un mago del retruécano. Pero no se puede matar, así como así, a Augusto Pérez —con todo y ser sólo un ente de ficción— después de haberlo puesto en pie. Augusto Pérez siguió viviendo a pesar del novelista que lo engendró sacándolo de sí mismo. Vive, aún a sus expensas. Nutriéndose de la sangre, de la luz, del calor y de la vida de Don Miguel. Por encima del ser o del no ser, o del querer ser o del

querer no ser. Augusto Pérez es. Sus propósitos suicidas se tornaron en ansias desesperadas de vivir frente al empeño criminal de Don Miguel. Este, al fin, lo mató, o creyó matarlo porque el infeliz Augusto siguió viviendo. Y Don Miguel —asesino frustrado— hizo el ridículo.

Nadie puede, así como así, matar a Augusto Pérez después de haberlo puesto en pie.

Súbitamente todo ha cambiado. Cambio de panorama, en cada hora, de las cosas perennemente iguales y tan distintas cada vez que se repiten. El amarillo rojizo de un fuego lejano ha inundado el espacio y las sombras negras escaparon, escurridizas, por el lado del tramonto. La vida recomienza todos los días en el amanecer.

Este ya puede ver y palpar y estirarse y formar casi una gran cruceta con las piernas y los brazos. Vuelve, como regresando de un largo y angustioso viaje, o como apaleado. Algo le aprieta las sienes, el cerebro le gravita desmesuradamente y tiene los labios resecos. Es un borracho. Uno cualquiera. Si fuera pintor sería cubista porque lo normal en él es ver las cosas caprichosamente desfiguradas y burlándose del equilibrio. Pero no es pintor sino borracho. Cuando más un artista del bamboleo y del alcohol. Por tanto, no hace líneas y figuras geométricas, sino bebe. Bebe y sueña que se va mecido deliciosamente, con la suavidad de la brisa, con un movimiento de ondas. Después se arrepiente. Beber y arrepentirse. Es su vida.

Pero esta vez, en este amanecer luminoso, con la cabeza ardiendo y los labios resecos!... Hay un patético desfile cinematográfico de su vida pasada. Un nuevo recuento y un nuevo propósito, afirmado rotundamente, mientras los ojos inyectados de sangre todavía, se ocultan de la claridad ofensiva de la mañanita confortadora.

¿A la noche? ¿A la noche? ¡A la noche sigue la fiesta!





OTROS TEXTOS





Martí, poeta nuevo

Símbolo de nuestra época es la piqueta revolucionaria. Es decir: audacia, inconformismo, afán de porvenir.

Paralelamente, empero, la confrontación se impone. No sólo lo noviestructural es lo genuino. Tan revolucionarios fueron los versos de Rubén Darío como lo son ahora las estrofas dinámicas de Block. Todo el que cumple ampliamente con su tiempo lleva en sí una partícula de eternidad. Eso es lo que ha ocurrido con Góngora, el Greco y tantos otros que hoy llamamos comprensivamente precursores. Eso es lo que ocurre con la obra literaria —que no con la política— de nuestro José Martí. En sus dos aspectos, prosa y verso, lleva vigorosamente impreso el sello de la actualidad perenne.

Como poeta —del prosista trataremos en otra ocasión—, ¿a qué escuela lírica perteneció Martí? Propiamente a ninguna. De todas las tendencias literarias de su época no había una que latiera acorde con su ritmo espiritual. Todas trascendían a refinamiento, a egolatría, al más acendrado burguesismo. Aun cuando leía a Baudelaire y a Verlaine, a Dubus y a Moréas, a Rodembach y a Poe, no los imitaba. Su salud intelectual, su cerebración robusta estaba en pugna con la ideología brumosa, casi se diría enfermiza, que distingue al simbolismo francés de su proyección americana, el modernismo. Él lo decía: sólo lo directo es poderoso. Lo que otros nos legan es como manjar recalentado. Y poniendo en práctica su credo no hurgó sino en su propio pecho-caverna de penas sin nombre. Y desde entonces fue poeta nuevo. Desde entonces «el arte por la vida» fue su norte.

Precursor del modernismo denominan críticos agudos a José Martí. Y se equivocan, en parte. Precursor en cuanto amó la libertad artística, la

estética acrática, el verso de una sola pieza, la renovación ideológica. Radicalmente antimodernista en lo referente a la elección de los motivos. Bien distintos a los de Casal y Silva, de Gutiérrez Nájera y Darío, quienes se llegaron a encerrar en la hermética Bastilla del subjetivismo. Los versos de Martí no responden a falsas posturas, a simulados dolores. Nacieron casi siempre «de grandes miedos o de grandes esperanzas».

Así en los días de su apostolado recibe malas noticias de Cuba. El déspota español se reafirmaba. Y sucumbían los patriotas a la influencia del medio. El sueño literario se esfumaba en la pasividad. Y al choque de esta realidad terrible, sintió Martí que en sus entrañas algo se desgarraba, se rompía. Desesperado se dio a escribir versos hirsutos, bravíos, roncós de cólera. Eran versos imponentes, selváticos, huracanados, sin consonancias ni asonancias. Eran sus *Versos libres*.

En ellos se revuelve enfurecida la ardorosa indagación del revolucionario. Males del corazón ¿a qué nombrarlos? El poeta queda oscurecido ante el recuerdo punzante del pueblo que, allá lejos, a «la orilla del mar salobre», gime sin consuelo entre las garras brutales de la tiranía colonial. La intensidad y el dramatismo de esos endecasílabos pujantes sólo encuentran eco en el poema «Los doce» de Alejandro Block. En la literatura de vanguardia —al menos en la americana—, no hay nada parecido a los *Versos libres* de José Martí.

Angustias continentales son las que le determinan a escribir versos, meses más tarde. Fue aquel trágico invierno, «en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington los pueblos hispanoamericanos». Visionario y, por ende, dotado de intuición histórica, pudo trasponer Martí los umbrales del mañana y vio a nuestra América indígena genuflexa miserablemente ante el coloso del Norte: veinte pueblos libres trocados —por la penetración económica y la discordia intestina—, en veinte pueblos esclavos. E incapaz de resistir —él que se debía a la América, pues de ella era hijo—, tan dantesco panorama se fue a refugiar «al monte» y en sublime «comunicación con la naturaleza» escribió versos pequeños, copas con música, exaltaciones verbales, alardes imaginativos, sueños de amor, paisajes psíquicos. Y recogidos luego en minúsculo volumen formaron su colección de *Versos sencillos*.

Esencialmente nuevos son los *Versos sencillos*. Cualquier poeta de vanguardia puede firmarlos como propios sin traicionar sus ideales

estéticos, por muy avanzados que estos sean. Adviértanse en ellos —a excepción de la rima—, todos los ingredientes que se emplean en el laboratorio gigantesco de la poesía nueva. Nada falta: ni la sinceridad artística ni la metaforización constante. Abundan los contrastes ideológicos, las situaciones anímicas. Y no son raras las alegorías, ni los simbolismos trascendentes:

*Duermo en mi cama de roca
mi sueño dulce y profundo;
roza una abeja mi boca
y crece en mi cuerpo el mundo.*

La visión de la vida a través de un prisma puramente plástico alcanza en la poesía de Martí sorprendentes cristalizaciones. Y al desborde inagotable de color y luz se aúnan, como en milagrosa concreción, la riqueza verbal y la soltura en el procedimiento. Tampoco le es ajeno el don sintético. Aprisiona en el frasco de un poema las fragancias opalinas del poniente.

Y en cuatro versos hace que reviente —granada luminosa—, el día:

*El clarín solo, en el monte,
canta al primer arbol;
la gasa del horizonte
prende, de un aliento, el sol.*

Fue el impenetrable Mallarmé quien introdujo en la literatura «la imagen como resorte de la emoción fragante y de la visión inesperada». Puesto en práctica el precepto por los ajenjosos concurrentes a los Martes de la calle Roma, ahora más que nunca se hacen los poemas a base de imágenes, de construcciones mentales que carecen de significación y sentido para el academizante y el burgués. En su época fue Martí el primer imaginífico. Logró singularísimos aciertos, de los cuales se valió posteriormente, con gran éxito, Rubén Darío. Y llevó sus atrevimientos hasta lo inadmisibles:

*En cuanto llega a esta angustia
rompe el muerto a maldecir:*

*le amanso el cráneo: lo acuesto:
acuesto el muerto a dormir.*

Bien dice el camarada Fernández de Castro en su notable antología *La poesía moderna en Cuba* que en el postulado martiano «todo está dicho ya, pero las cosas cada vez que son sinceras, son nuevas», se condensa toda una teoría poética de los tiempos nuevos. Efectivamente, en alto grado poseyó Martí —innatamente—, el sentido de la poesía vanguardista. Antes que los ultraístas, ya él había proclamado —en alguno de sus prólogos relampagueantes—, la sencillez en la forma. Y había cantado en páginas de acero la belleza trepidante de los puentes. Hombre superior supo, además, corresponder a la novedad de su arte con la limpieza de su espíritu. En esto estriba fundamentalmente la autenticidad de sus estrofas, más nuevas aun que las de muchos vanguardistas «enragés».

Urge, pues, en consecuencia, que una pluma también nueva, despojada de prejuicios y transida de sustancial inquietud, ensaye una interpretación cabal de la vida y de la obra de José Martí. Lo exige la juventud cubana. Lo exige el instante histórico.

1927. Revista de Avance [La Habana], 30 de agosto de 1927, pp. 254-255, 269.

Rubén Martínez Villena. Semblanza crítica

¿Su vida? Atormentada y enhiesta como la de todos los espíritus superiormente estructurados. Formidable gesto de creciente rebeldía, alto luminoso en una tempestad de sombras.

¿Su obra? No es la de un orfebre de la rima; y menos, la de un infecundo y tenaz contemplador de las estrellas.

En él —en su temperamento excepcional— cuajó el milagro: el ensueño y la actitud combativa se adunan estupendamente. De vivir Francisco José Castellanos, hubiera registrado el hecho.

Rubén Martínez Villena marcha a la extrema vanguardia de su promoción. Identificado esencialmente con los nuevos postulados sociológicos y económicos que son banderas de combate para las generaciones noviestructurales, se le vio siempre esgrimir el mazo reivindicador de la protesta. Fue ayer «contra la realidad de un momento». Hoy, contra la realidad de una época. Mañana contra todo lo que sea un obstáculo para el libre desenvolvimiento de los «tiempos nuevos» que apenas si instruyó José Ingenieros.

Y este hombre —que es todo un dinámico estallar de generosas rebeldías—, es también —o fue— un gran poeta: y supo de ese exquisito tormento de ofrendarse en holocausto a sus dolores y de ser consolado en sus desilusiones por el ruiñeñor divino que arrulló a su homónimo¹ genial de Nicaragua, a la sombra de los pinos en la Isla de oro. Mas, ¿lo ignoráis todavía? Cinco años han corrido, y en ellos Martínez Villena no ha escrito un solo verso. ¿Y cómo habría de ser de otro modo si ya él no siente su tragedia? —ni quisiera sentirla—, ¿para qué?

Efectivamente, en Martínez Villena se ha operado una radical trasmutación de todos sus valores y conceptos: lo mismo en política

que en literatura y en poesía. Y como ese cambio significa que su trayectoria ideológica y espiritual ha variado de sentido, me parece ahora oportuno subrayar los lineamientos generales de ese ciclo de su vida que se acaba de cerrar.

Y este ciclo —o época vital— se caracteriza fundamentalmente por sus actividades literarias. La política científica —que el viejo Unamuno ha elevado a la categoría de religión, puesto que es la trama misma de la Historia— no era aún preocupación constante de su mente como lo es ahora. Y es que estaba en esa edad bendita en que se sueña con «el verdadero azul y la canción profana» y se llora sin motivo y se ríe sin saber por qué.

De ese modo sus ensayos primigenios denotaban fatalmente la influencia almibarada del romanticismo. El *corazón le dolió* y no pocas veces traspasado de melancolía, repitió frente a los desfallecimientos del crepúsculo aquel verso de Jules Laforgue: *Ah, qué cotidiana es la vida*.

Lógicamente, eso pasó. (Tenía que pasar.) Y vino el luminoso hallazgo de la propia personalidad.

El tierno y melifluido rimador de serenatas y amores contrariados se reveló entonces como lírico potente.

Y dentro del coro de voces nuevas que al unísono empezaban a vibrar la suya fue, *personal*: jamás se confundió con la de sus compañeros de faena.

Era aquella —en el orden literario— una época de afirmación cubana. El modernismo —hasta cierto punto renovado por Regino E. Boti y complicado por José M. Poveda— había muerto con la publicación de *Versos precursores*. Era, pues, ineludible, orientarse por rumbos inéditos: crearse una cultura propia —limpia de fronteras—, ante la vida: una actividad rebelde y como norma la sinceridad. Fueron «los nuevos» —acertada denominación de Lizaso y Fernández de Castro— los que, recogiendo las trascendentales inquietudes del momento (guerra europea, revolución rusa) imprimieron a la lírica vernácula un matiz y dirección inconfundibles: Marinello, Tallet —solitario como un monolito—; Núñez Olano, Rubiera, los Loynaz y Martínez Villena.

En este, la ironía otoñal se alió a la técnica compleja y al motivo trascendente. El amor fue en sus estrofas, accesorio. Y el «no saber a dónde vamos ni de dónde venimos», una torturante y verdadera obsesión.

El soneto es el molde en que por lo regular Martínez Villena vació sus sensaciones. Y en su difícil manejo tiene vuelos estupendos, aciertos heredados. Entre ellos es imperioso citar «Motivos de la angustia indefinida», en que el poeta, al fin, se queda solo: *como un verso de consonancia imposible*.

¿Otro ejemplo? «Paz callada». Reproduce este soneto la angustia del hombre que no siente, ni espera, ni rememora nada. Por su dramatismo y la amargura inabarcable que desborda, se diría un paisaje psíquico de Amiel. «Página de la droga celeste» —sueño de opio, oloroso a recuerdos baudelerianos— es una realización maravillosa: en que fondo y forma responden a las exigencias del autor.

«El campanario del silencio» fue el último soneto que escribió Martínez Villena. Técnicamente, perfecto. Vale más, empero, por cuanto indica la cabal transformación que en su almario se ha verificado. Con serenidad socrática, con elegancia espiritual incomparable, el poeta le arranca los badajos a las campanas de sus propios versos para luego oír bajo sus sienes:

¡el toque inverosímil del campanario mudo!...

Pero no constituyen, ciertamente, estos sonetos, lo más representativo ni lo mejor de su escasa producción poética. El afilado humorismo que apuntábamos —rasgo fundamental de su manera— en ellos por ningún lado aparece. Y para encontrarlo en toda su plenitud, es imprescindible acudir a la «Canción del sainete póstumo» y a la «Defensa del miocardio inocente», a mi juicio sus dos más perdurables creaciones.

En la «Canción del sainete póstumo» logra el poeta —ampliamente— su deliberado propósito de burlarse de la muerte. Y con tal fuerza que todo lo que hay de lúgubre y solemne y misterioso en el velorio queda desplazado como por encanto por la *hilarante virtud del disparate*, cuando entre los recodos de la semioscura sala se perfilan —insinuantes— *las apetecidas tazas de chocolate*.

Pero luego, allá en la madrugada —clarín del gallo en la campiña, fuga de estrellas en el cielo— sobre la nutrida y curiosa concurrencia:

gravitará el solemne concepto del jamás

Y de los rincones se alzarán —plegarias filosóficas— murmullos y cuchicheos. Y en alta voz como para ser oída hasta por los amodorrados, una jamona instruida dirá a su vecina: «Esa es la vida. Todos, pobres y ricos, torpes e inteligentes, van a confundirse con el equitativo seno de la madre tierra.»

Y todos, como obedeciendo a un ritmo interno único, responderán con la cabeza afirmativamente: «Sí, es verdad, todos tenemos que morir.» Y vestida de sol, perfume y aguas sonoras y trinos alados, llegará la mañana, pero ella —ligera del poema absurdo: en el que la risa y la tragedia se compenetran hasta confundirse— no vendrá. Así concluye la «Canción del sainete póstumo» que a pesar de sus méritos, incontables, no es —como piensa Eduardo Avilés Ramírez— lo mejor que en Cuba se ha escrito, desde 1920 hasta hoy.

Otro es el fin —y la envergadura ideológica que persigue Martínez Villena en la «Defensa del miocardio inocente». Ante todo, este es un poema revolucionario: más por su contenido que por lo que Emerson denominó magistralmente «la arquitectura del poema». Se trata de impugnar la vieja tesis —reñida desde luego con la ciencia— de que el corazón «siente» y es motor de los impulsos y arrebatos líricos. Y esto supone, inexorablemente, una actitud destructiva, negadora, iconoclasta. Martínez Villena —en nombre de la Santa Justicia y de la respetable justicia fisiológica— anonada la ancestral creencia. Y proclama del miocardio a seguidas —con revolucionario criterio socialista— «la solemne verdad de su inocencia»; mientras el Gran Culpable —el cerebro— se oculta aviesamente «tras la sabia protección de la frente».

De la «Defensa del miocardio inocente» sí puede afirmarse —sin comedimiento— que es una de las más auténticas realizaciones líricas de la nueva poesía cubana. Lo que no podrá decirse, por ejemplo de la «Sinfonía urbana» —particularmente floja. Y en cuanto a los ripios y «sonoras consonancias vulgares» que en sus versos abundan, Martínez Villena es el primero en señalarlos; que no en balde su honradez artística e intelectual le impide ser benévolo consigo mismo. De ahí que se resista a recoger su producción en libro. Y si alguna vez se decidiera a hacerlo —posibilidad remota— lo titulará inflexiblemente «Poemas del otro yo», como para desligar así su responsabilidad histórica de una época que él detesta por estéril.

No quiere esto decir, por otra parte, que Martínez Villena haya renunciado para siempre a ser poeta. Versos subjetivos más nunca los hará; pero versos multitudinarios, llenos de iluminaciones colectivas, los escribirá a su hora cuando la alborada de la nueva era se quiebre en mil chispazos sobre el horizonte. Entonces... sus estrofas incendiadas por anhelos largo tiempo contenidos —restallar de látigos liberadores serán para nosotros, los que con él forjamos el mañana, heraldos de victoria.

Y tras la lluvia de cenizas su nombre se confundirá en la historia con el de Alejandro Block.²

«Suplemento Literario» del *Diario de la Marina* [La Habana], año 95, no. 274, 2 de octubre de 1927, 3^{ra}. Sección, p. 34.

Notas

¹ Alusión al poeta nicaragüense Rubén Darío.

² La página tiene como título general «La obra poética de Rubén Martínez Villena». Se incluyen los poemas «El anhelo inútil», «Página de la droga celeste», «El soneto de los 100!!!», «La ruta de oro», «El enigma del amante inmenso», «Motivos de la angustia indefinida», «El cazador», «Canción del sainete póstumo», «Defensa del miocardio inocente», «Paz callada», «Capricho en tono menor», «Insuficiencia de la escala y el iris», «El campanario del silencio», «El faro». Peña ilustra la página. A partir de este homenaje surge la idea de realizar una colecta entre los amigos del poeta para publicarle un libro de versos. Entonces se originó la polémica entre Martínez Villena y Jorge Mañach; y el primero rechazó el proyecto. Véase Ana Cairo: «Villena-Mañach». En: *El Grupo Minorista y su tiempo*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, pp. 357-475.



José Zacarías Tallet. Semblanza crítica

No hay duda que la anterior a la nuestra —aludo, claro está a *los nuevos*— es una generación vitalmente fracasada y lo es por lo siguiente: porque ella aún no ha cumplido, ni cabe admitirse a estas alturas que lo cumplirá, el «rol» histórico de manifiesta y audaz beligerancia que nuestra época forzosa, fatalmente determina. Me explicaré, para evitar así probables torcidas interpretaciones; desde el doble punto de vista intelectual y artístico, y dentro del radio estrechísimo de las posibilidades insulares, la generación de *los nuevos* ha realizado hasta ahora una tan positiva como brava faena; y es perfectamente lógico augurar que sus futuros esfuerzos en ese sentido cuajarán en más vigorosos resultados. Pero desde el punto de vista ideológico-político se ha quedado —y he aquí el origen de ese fracaso, en mi concepto vital, más arriba apuntado— ampliamente rezagada. Pues cree y fía aún, con ingenuidad conmovedora, en la democracia pura y en el héroe de Carlyle. Y permanece como encastillada en torres de acero ante los grandes, complejos problemas políticos y económicos que el momento histórico ha planteado, dejando a la humanidad extraviada en el desierto de las interrogaciones.

Mas si tal es su actitud considerada como grupo y, por ende, vertebrado en idénticos anhelos y comunes afinidades verifican en el orden personal las ineludibles escisiones, provocadas por los valerosos disidentes que surgen en todos los movimientos y cruzadas de cualquier jaez; quienes, abrasados de inconformidad consigo mismos y con cuanto les rodea, cruzan la tierra de nadie y se incorporan, o al menos tratan de incorporarse, a los que ideológicamente delante tremolan el estandarte de los radicalismos.



Esto es lo que ocurre con José Z. Tallet. Si cronológicamente pertenece a la generación de *los nuevos*, en el modo de enfocar los fenómenos históricos y los conflictos económico-sociales es francamente de los nuestros. Aunque, a diferencia de su dos veces hermano Rubén Martínez Villena, sea más espectador que combatiente.

Y se explica. Porque en el fondo, y a pesar de las rebeldías y entusiasmos que temporalmente lo roen, es Tallet un vencido del escepticismo. Mas, sin embargo, ante «la calma feliz de la pasividad total» —verso obsesionante de Lahor, discípulo directo del grave mármoro Leconte de Lisle— advierte él con hondo regocijo intraducible cómo sus potencias espirituales se rebelan magníficamente, y desoyendo esta vez al «familiar cordero que hay en su corazón» deja que el *rugido* se deshaga en másculo grito admirable: «llegaré de pie». ¿Llegará?... Esa es la dramática pregunta que la Vida suspende a diario sobre su cabeza. ¿Llegará...? Y el torturado poeta se piensa un nuevo infeliz Prometeo, encadenado en la roca de su propia desconfianza. La terrible desconfianza que, ante las ineluctables exigencias de los postulados biológicos, alguna vez nos ha mordido ferozmente a todos.

Su vida accidentada, plena de altibajos y de absurdas contingencias —aprendiz de clérigo, cubano enhiesto en Yanquilandia, discípulo de Renán el piadoso y de Anatole el burlón, poeta, burócrata, protestante de los 13, veteranista y patriota, administrador de *Venezuela Libre*, presidente de la Universidad Popular José Martí, periodista, corrector de cables, marxista teórico, etc. etc.; ha sido, por otra parte, determinante decisivo de ese su abrumador escepticismo, principal y casi único generador de su ironía, flagelante en ocasiones como un *knut*. En su ruta espiritual supo, además, José Z. Tallet de todas las desesperanzas y de todos los dolores. Soñaba y se ilusionaba ante el rubio candor de las auroras, mas luego el crepúsculo de la derrota lo inundaba de este *tedium vital*, tan sobriamente expresado por Leopardi. Pero, soñador indomeñable, se relanzaba al día siguiente, nauta de lo fantástico en el aeroplano de la quimera, por los espacios en que lunas y soles a millares se embriagaban de color y luz, sin pensar —loco y más loco Tallet— en «los indispensables, cotidianos frijoles». Por fuerza natural de los contrastes, tremendo había de ser su desencanto.

Y es así como Tallet —«cansado, derrotado, ávido de un remanso»— se encontró súbitamente haciendo versos, aunque —él lo subraya y tiene en ellos sobradísima razón— «de modo diferente del que hasta entonces usara apolónica gente».

Efectivamente, peculiaridad de sus poemas es la penetrante originalidad que los informa. Tallet es Tallet. No pide de prestado ni la técnica, que ya él se ha creado una propia que es molde adecuado a sus desconcertantes pensamientos, a sus volterianos y anatolefrancescos estallidos. Y es lo que precisamente indigna a los poetastros al uso y a los versificadores a granel, que ese arbitrarismo y ese desenfado tan suyos no violan las reglas de la métrica. Por lo contrario, Tallet inflexiblemente las observa.

Antes de hallarse a sí mismo y encontrar su camino de Damasco, todo auténtico poeta ensaya, tatea, estudia, asimila de aquí y absorbe de allá, medita, coteja y se esfuerza en darnos un latido personal en sus estrofas. No podía, desde luego, ser Tallet una excepción de esta norma. Antes de ser él *guabineó* con el romanticismo y hasta rindió el consabido tributo a S. M. el Soneto. Como Regino E. Boti, ese enorme poeta tan poco estudiado como comprendido, Tallet no oculta sus predilecciones, ni las influencias que otros ejercieron sobre él. En «Yo poeta...» nos habla de «sus maestros y de sus próceres estros»: del padre Darío, del ayer alegre y hoy triste Machado (Manuel) y del amargado y lunático Silva y de Agustín Acosta, su hermano mayor. Nos habla, también, de lo que él entiende por ser poeta. No el cincelador de orfebrerías y de miniaturas preciosistas, ni el que copia lo externo y lo interno con la lente de Santa Coloma. Para él ser poeta es «a ratos sentirse como un niño pequeño, viajar por el país de los sueños, trocarse en Pan bicorne en vista de unos senos virginales, pensar en los dolores y en los males», sobre todo —según lo entendemos Tallet y yo— en los dolores y los males colectivos, que son muchos, y:

*[...] apenas púber ya sentirse anciano
y añorar del plus ultra los umbrales;
y comprender y amar cuanto es humano
y oír las sinfonías estelares,
y gozar de una absurda serenidad inquieta,
entonces, ¡soy poeta!*

«[...] y comprender y amar cuanto es humano». He aquí la noble, la única genuina función de los poetas en esta época universalmente deshumanizada que vivimos. Y no cantar de sí y por sí, sino plasmar el dolor de todos los versos en el verso de uno. Y eso es lo que, en realidad, hace Tallet. A primera ojeada podría achacársele como matiz fundamental de sus estrofas, un acendrado intimismo, pero, un sereno análisis, nos lleva a la conclusión de que Tallet se despersonaliza, se desliga de su mundillo interior en cuanto ello es posible a un poeta esencialmente lírico, como en fin de cuentas es él.

Tallet ha producido siempre relativamente poco y siempre —*renovare o morire* que dijo el histórico conquistador de Fiume— con ansias de superarse. Así de él puede afirmarse que cada poema que escribe —o escribió, pues hace dos años que sufre atroz desgano lírico— significa un ostensible paso de avance. Prepara ahora el poeta su libro primigenio, que se titulará como el primer poema *La semilla estéril* —canto del esfuerzo inútil—; y como advertencia: *Versos de ayer*. Esto nos lleva como de la mano a proclamar a los cuatro puntos cardinales que Tallet prevé una ulterior evolución en su manera poética. ¡Ojalá que para entonces —si es que su pesimismo ha desaparecido— enarbole no sólo la pluma, sino también la necesaria piqueta!

No obstante, ¡qué frutos tan raros y tan singularmente amargos atesorará este su primer libro! No, su obra no es una semilla estéril. Estrofas enteras hay de Tallet que en mucho tiempo —y bien sé lo que digo— no podrán ser superadas. El hálito vital, profundamente humano, que de ellas se desprende las hace accesibles a todos los corazones y a todos los gustos populares. Y poesía que se adentre en el alma del pueblo es poesía destinada a perdurar.

Imposible analizar uno por uno todos los poemas de su producción, que, por lo demás, detenidamente he examinado sin hallar defectos que, en lo esencial, modifiquen la visión de conjunto. Me limitaré, por tanto, a enumerar algunos de sus poemas representativos, entre los cuales pocos de más intensidad emocional y de irónica ternura, sombreada por el inefable recuerdo de la niñez sin pecado, que «Remembranzas». Son estos poemas, entre otros de análoga modalidad y novísima factura. «Y a pesar...», «Psichozoomachia», «Posibilidades», «Oración», «Mis avatares» —en que volcó Tallet su sólida cultura histórica—; «Mi corazón», «Epístola íntima», «Tristitia

caducitatis», «Exhortación al iconoclasta», «Elegía diferente» y «Savoir vivre».

Pero de todos ellos los más destacados son, a mi juicio, los tres últimos: la «Exhortación al iconoclasta», la «Elegía diferente», y «Savoir vivre». El primero es un robusto canto pleno de alientos revolucionarios. Fue seguramente concebido en uno de esos luminosos, memorables instantes, en que Tallet arde, vibra, sueña, fulmina, cree viable, y lo que es más importante aún, prodiga en fecundas y perdurables consecuencias, la renovación integral. Prescindiendo de su valor literario y del alarde de destreza técnica que indefectiblemente supone su formidable arquitectura, tiene la «Exhortación al iconoclasta» un mérito imponderable: sus estrofas rugientes, erizadas de apóstrofes y como de antorchas verbales —y de esto he sido yo afortunado testigo— han encendido pechos e inflamado voluntades, mostrando al propio tiempo, como en un relampagueante, milagroso alumbramiento, panoramas de bellas y dilatadas perspectivas históricas oreadas por brisas de fraternidad y de justicia. Tal, la trascendencia de este poema de Tallet. Ciertamente, más ideológica y dinámica y social que literaria.

En la «Elegía diferente» se nos ofrece Tallet tal como es él normalmente. De ahí que posea, como fijador exacto de su contextura temperamental, un altísimo valor humano. Como el título lo implica, es esta una elegía diferente a las demás. Nada de quejumbres, ni de lloros, ni de maldiciones, ni de ayes. Y, sin embargo, ¡cómo el dolor rechina ásperamente en cada verso! Tallet se burla de todo: de la muerte, de quien fue su amigo del alma, Carlos Riera —de sí mismo—; y luego, como reacción sentimental inevitable, en cada sarcasmo va oculta una lágrima, una de esas «lágrimas que mojan, verdaderas», idénticas alas que los niños sin percatarse derraman. Nunca, en verdad alcanzó la ironía un tan trágico sentido como en la «Elegía diferente» de Tallet —lo mejor y más original que en su género se ha escrito.

Inferiorísimo a los anteriores brevemente comentados poemas, es «Savoir vivre» en el aspecto literario. Mas no así en el ideológico, pues es él la filosofía de Tallet: su posición y actitud frente a la vida. Filosofía agudamente pesimista que, tras un absurdo pero sublime reto a «las impasibles, remotas estrellas», le impele a exclamar decepcionado: «Mas si la luz del sol es muy candente / y la testa no quiere se abatir / y no despierta el prójimo entusiasmo, / ¡hay que aprender a dormir!»

Avanzadísimo en ideas, piadoso y bueno con los buenos, cruel y malo con los malos, sarcástico, sensual, desconcertante, descreído y aunque más espectador que combatiente —sin admirar extraordinariamente a Ortega y Gasset— Tallet «siente y piensa en onda larga». Por eso, repito, está con nosotros y, en justa correspondencia, le llamamos camarada.¹

«Suplemento Literario» del *Diario de la Marina* [La Habana], año 95, no. 330, 27 de noviembre de 1927, 3^{ra} sección, p. 34.

Nota

¹ La página tiene como título general «La obra poética de José Z. Tallet». Incluye los poemas «La semilla estéril», «En el banco de la paciencia», «Mi coraza», «Semejanza», «Elegía diferente», «Un rugido», «Posibilidades», «Tristitia caducitatis», «Savoir vivre» e «Y ya basta».



Divagaciones sobre el poeta José Martí

I

El continente trágico. Bajo este epígrafe rodeado de sentido podría situarse la historia de toda la América Nuestra. En insospechada complicidad con el azar, los españoles la asaltaron un día y de la terrible aventura —despojo, opresión, sangría— quedó casi agotada. Vino la Revolución. Y como su «justicia» fue sólo una palabra cargada sobremanera de sombras e iniquidades y periférico el cambio institucional, la Revolución fue escamoteada por el rubio poderoso, oportunista y falaz, en acecho perenne del débil. Así, penetrada, absorbida por un imperialismo, aunque pertrechado de ademanes civilizadores, plenamente bárbaro en rigor.

Tiranizada cotidianamente por sus propios hijos, césares sietemesinos. Espejismo económico y miraje político, Nuestra América vive un ritmo histórico de decadencia que es la angustia de su mejor juventud. Sus más altas y elocuentes voces de ayer lo profetizaron reiteradamente: Bolívar, Martí. Nuestra América las negó. Peor: las profanó. El panamericanismo oficial cogió de anzuelo insigne a Bolívar y su gloria iluminó —ilumina— turbias apetencias y abyectas zalamerías. Martí fue —es— paraván y tropelía y alforja sin fondo. Y fue —es— cheque y credencial. Muchos, los peores, viven de Martí. (Cuando suene la hora implacable y necesaria de las liquidaciones —para entonces Nuestra América será lo que debe ser— sus nombres serán exhumados y arrojados al vertedero. Ahora: Silencio: Desprecio.) Contados, los buenos viven para Martí. Y entre estos, Juan Marinello, cuya cuidadosa compilación¹ y estudio preliminar, por encargo de Cultural S. A., a las poesías de José Martí, suscita estos comentarios. Divagaciones, mejor.



Si poetas capaces de vender su conciencia por un plato de alubias y renunciar a su hombría por miedo a las represalias de arriba, infestan el mundo, en Juan Marinello —calíbrese la magnitud del hecho en la Cuba de hoy— el poeta no ha pulverizado al hombre, antes bien le ha engrandecido y como insuflado desinterés y entereza. El hermano Platón no lo habría desterrado ciertamente de su encarecida República, por otra parte tan miopemente estructurada. Poetas de este linaje —desengañense los onanistas de la torre de marfil— son los que históricamente permanecen, porque además de cantar —«entretenimiento distinguido»— pugnan por la realización de normas más justas de vida común.

II

Afirma Unamuno que la leyenda es la raíz misma de lo histórico. ¿Incierto? Peligrosísima la afirmación, por lo pronto. La leyenda nubla, deforma, corrompe, a veces destiñe —el suceso histórico. En nuestro lenguaje, tal suceso histórico es una huella, como un pronunciamiento político y un hombre genial. Martí es un suceso histórico y por serlo se han de precisar su proyección y contornos —lo que fue y hasta dónde fue— con la nitidez posible. De otra suerte, nuestra visión sobre Martí, sería medularmente falsa y falsa también nuestra interpretación de la historia de Cuba. Puestas a valorar, la fórmula ideal sería: a cada cual según la calidad y virtualidad de lo que hizo y según sus peculiares conocimientos. Martí —superior esfuerzo incomprendido por nuestros mediocres profesores de historia— precipitó el movimiento revolucionario del 95 ulteriormente fallido en la práctica republicana. Martí es nuestra más universal cabeza pensante y anchuroso espíritu, certero taladrador de lo que acontecería mañana. De lo que hoy está aconteciendo sin que lo advierta hasta ahora para evitarlo, una viril movilización de las fuerzas productoras e intelectuales. Martí —en suma— fue un hombre genial. Pero los genios también tienen limitaciones. Las tuvo Martí. Señalarlas, enjuiciarlas, no es revivir el negro gesto de Judas. (No comparto la opinión de Renán cuando habla de la generosa necesidad de traicionar a nuestros maestros para ser buenos evangelistas.) Es sencillamente ver a los hombres como son. Situar a José Martí en su verdadera perspectiva histórica. Pues toda exaltación extrahistórica

—deificación— engendra la superstición y el error. Por eso —la nueva generación cubana, que siente a Martí con amoroso estremecimiento que no oscurece empero su sentido crítico— se solidariza con la honrada actitud de Juan Marinello en su encendida interpretación del poeta José Martí. Aclaremos: encendida, no obstante el rigor puesto en ella.

Rigor, afán discriminativo. Y, además, comprensión global. Comprender a Martí. Sentir nuestro propio espíritu inmerso y como empapado de estelares efluvios en el suyo abismal: he aquí el logro magno. El logro de Juan Marinello. Quizás si este sea por hoy y por años el más frutecido acierto de su ya rica granazón intelectual. Más que *Liberación*, un hito en la evolución poética de Cuba. Huelga discernir por qué.

III

José Martí poeta: límite. Horizonte visible. El poeta José Martí: lejanía sin confines: Infinitud. José Martí poeta es el maravilloso creador de los *Versos sencillos*, intrépido triunfante batallador contra el «consonante que siempre magulla» de los *Versos libres*. El poeta José Martí es todo José Martí. Porque nunca hombre alguno —ni Goethe— vivió más intensamente la poesía y su poesía que él.

Y en función de este pensamiento central gira a mi ver la interpretación —rigurosa y encendida— de Juan Marinello. Surge luego la digresión: justificación de la nueva poesía y de la suya propia, estilizada y difícil. Y hasta la especulación. Ambas reveladoras. Marinello —además del don lírico— posee talento generalizador, planta rarísima en los predios criollos, donde la yerba oratoria llena caballerías enteras. Y no por culpa del trópico. Recuérdese a este propósito que en *Indología*, sostiene José Vasconcelos que es tesis sin sustentáculo la que asimila el clima templado de la cultura con la definición misma de la cultura. Por otra parte la aptitud filosófica —como el talento artístico— es condición inmanente en los pueblos que la ejercitan. Ni situada en las regiones boreales Cuba hubiera parido un Schopenhauer y menos un Karl Marx, un Spengler o un Einstein. Ni siquiera un Bergson. En cambio aquí y en el Polo Norte, Cuba alumbraría tantos Llés y Lamar Schwyer como mosquitos en un charco de agua. Pero es posible que ande yo equivocado. Y como aplastante mentís a mi audacia surja

mágicamente en este nuestro triple bochorno —tropical, histórico, humano—, un Enmanuel Kant, como el otro, aunque genial, tupidor y enredador. Con todo yo lo espero echándome fresco.

He mencionado y citado en mi apoyo a José Vasconcelos. Replicando a un equivocado aserto suyo sobre José Martí poeta, Marinello constata que el autor de *La raza cósmica* además de «acertar cuando discurre por senderos y antros de nuestra política americana» tiene «mucha afinidad de visión y de estilo con Martí». Sobre lo primero me pronuncio decididamente en contra. La actuación política de Vasconcelos no huele precisamente a rosas. Ahí está el reciente ensayo de Luis Araquistáin, *La revolución mexicana* —tan agudo a veces, tan dramático otras, tan sospechoso cuando endiosa la obra pequeñoburguesa de Obregón y Calles—, que lo pone sin contemplaciones en su adecuado lugar. Ahí está, para condenarlo en modo incontrovertible, su ciega y reiterada campaña contra las conquistas legítimas de «La Revolución Mexicana». No; no es posible sin merma de la propia dignidad, conciliar la actuación política de Vasconcelos con su indudable penetración en ciertos problemas de América. Seguramente Marinello ignora aspecto tan criticable del «místico» Vasconcelos. En hombre de su limpieza, no de otra se explica su afirmación.

Como todo prosador de pura sangre, de auténtica estirpe, Martí tiene sus imitadores. Hasta hay por ahí literatuelos que exhiben descocadamente sus tesoros inconfundibles como cosa propia. Y le llaman maestro. Vasconcelos no es un imitador servil del estilo —a un tiempo torturado y lujoso— de José Martí. Le sobra personalidad para hacerlo. Pero sí se advierte que lo ha leído con noble provecho. De ahí sus repetidas afinidades —contactos eléctricos— con el escritor Martí. Por eso sólo en parte tiene razón Juan Marinello y créase que para subrayar mi discrepancia releí atentamente dos libros de Vasconcelos. Si yerro, no se impute pues, a ausencia de información.

IV

Filiar un poeta es siempre empequeñecerlo. Yo confieso que incurrí en el mismo pecado que ahora condeno, al rotular a Martí de «POETA NUEVO» en artículo publicado en la revista *1928*, del que estoy totalmente

arrepentido. Xavier de Villaurrutia —en carta a Jorge Mañach— negó mis apreciaciones. Nada se perdía por eso. Ni se negaba tampoco. Lo que sí nos prendió en ira —Raúl Maestri compartió mi indignación— fue que Villaurrutia mercadeara a Martí el título de poeta; como antes demostraba nada más —nada menos— que Villaurrutia no había leído ni por el forro a Martí, opté por sonreírme de él, olvidando piadosamente su parentesco con Alcibiades y Oscar Wilde. Marinello menciona generosamente el lance —otorgándole lúcidamente la razón a Villaurrutia en lo concerniente al contenido mismo del artículo— que no sin escrúpulos recojo para esclarecer mi posición.

Incuestionablemente, Martí no es poeta ni nuevo ni viejo. Es sólo poeta de siempre. Como Homero y Shakespeare y Schiller y Góngora y Rubén Darío. Por eso me parece obvio que Marinello queme sus energías volviendo como promete «sobre este aspecto de tanta sugestión en la poética martiana». Ni Martí fue precursor de los nuevos credos poéticos —como yo intento probar— ni en su poesía, prosa y verso la preocupación social alcanza el cardinal latido que en Block. Aunque evidentemente, no está tan lejos Martí del autor de «Los doce», como el vanguardismo de la genuina poesía social derechamente disparada a la consecución de tiempos fragantes de justicia y de amor.

Marinello aspira a refundir en libro su estudio preliminar a las «poesías» de Martí. Allí quedarán dilucidadas las capitales cuestiones humanas y estéticas que plantea el egregio poeta, cuya esencial tragedia fue verse históricamente constreñido a sólo ser hijo de América y no primogénito del mundo, que es el anhelo vital que trascienden sus escritos.²

Orto [Manzanillo], no. 6, t. 18, agosto de 1929, pp. 5-9.

Notas

¹ *José Martí: Poesías. Estudio preliminar*, compilación y notas de Juan Marinello. La Habana, Cultural, 1929. Volumen once de la Colección de Libros Cubanos, dirigida por Fernando Ortiz.

² En el *Diario de la Marina*, 19 de mayo de 1929, p. 18, apareció la primera versión de este artículo. Véase en la colección de Recortes sobre Martí (C. 64, no. 3) de la Biblioteca Nacional José Martí.



Presentación del autor de «Federico y yo»

Raúl Roa, escritor novísimo —por la edad, por la auténtica novedad de su obra— se nos muestra en este ensayo en uno de sus aspectos característicos: en el de humorista. Con gracia que sólo producen la cultura y el talento, hermanados al suave rencor de no poder penetrar lo que nos rodea y limita, discurre Roa sobre el espíritu —viejo, nuevo— de Federico Amiel. Como en el ensayo político, habitual «campo de operaciones» de Raúl Roa, se toca aquí un ansia vital, una fresca esencia juvenil que enseñan otra vez cómo el escritor cobra virtud comunicativa y fuerza genuina a medida que se acerca y se nutre del hombre que lo sustenta.

N[ació] en La Habana en 1907. Estudiante universitario. Redactor de América Libre, revista antimperialista fundada por Rubén Martínez Villena. Ex profesor de la U[niversidad] P[opular] José Martí. Ha colaborado en el Suplemento Literario del Diario de la Marina —donde se dio a conocer— en Social, Orto y otras publicaciones literarias y estudiantiles. En diferentes ocasiones de su vida universitaria ha pronunciado conferencias y discursos, sazonados siempre con pimientos de coraje. R. R. cultiva con parejo ímpetu el ensayo, la ironía y el nerviosismo. Nunca ha hecho versos.

Revista de La Habana, no. 7-8, julio-agosto de 1930, pp. 53-56.



Impotencia (Cuento)

Aunque hoy no es 10 de octubre, he amanecido con los ojos profusamente embanderados de lagañas. Y sobre todo con unas urgencias terribles de pegar palabras, no obstante que mi suprema aspiración literaria es escribir sin ellas.

Creo que he pasado la noche entera en tumultuosa polémica conmigo mismo. Los compañeros pueden o no creerlo. Lo que sí no pueden discutir es que, para consuelo de mi familia y desconsuelo mío, estoy preso, que soy el número 122. Mucho antes de que nos cazaran oscuramente —sólo nuestros ojos sudaban miradas rabiosas aquel día— yo estaba convencido que la cárcel era tan estéril como masturbarse. Ahora mi convicción se ha convertido en axioma. Entré hombre —«yo sé quien soy»— y ahora, a los 34 días de régimen carcelario, soy puro espectro, sombra de mi sombra, que es como decir sombra de mis huesos. ¿No entramos ya acaso por el aro de la disciplina? Presumo que a mis compañeros les ocurrirá lo mismo. En realidad, tengo muy serias dudas de uno, pues fue siempre sombra.

Tuvimos, es cierto, nuestros momentos gloriosos. Hubo instantes de genuina tensión trágica. Y también tuvimos nuestros momentos turbios. Pero ese tiempo, repleto de afirmaciones y sonoro de rebeldías, ya pasó. Unas palabras duras de concisión y rechinantes de odio mal contenido —¡levántense, lo manda el jefe!— sincronizadas por cincuenta brazos asesinos que nos arrebataron de las camas, señalan el doloroso inicio de nuestro descenso vital. Al día siguiente, un resurgimiento formidable de juventud. ¡Las celdas! ¡La rebelión frustrada! Después... Después nuestras familias empezaron a respirar.

Desde entonces somos sombras. Sombras que comen, que duermen, que leen, que ensayan cada día la estafa de su propia angustia en «la fiesta del Chiviricuán», sombras que a veces sueñan con mujeres que a su vez las sueñan y otras recuerdan recuerdos absurdos, irrealidades, espejismo. Pero sombras que siempre, siempre —ya casi maquinalmente— obedecen.

La otra noche sentí más aguda, más dramáticamente esta condición nuestra de sombras. Eran aproximadamente las diez. Silencio, impuesto por la corneta que todos nos esforzamos en burlar. Súbitamente un maullido, nostálgico de piltrafas. En la galera de enfrente, una carcajada rota. Luego silencio. Silencio absoluto. Mongo¹ acababa de cerrar los ojos, deslumbrados aún por la visión de Sandokan y sus tigres de Mompracem. Guillot² roncaba como de costumbre. Los demás hacía rato que dormían. Yo leía *Los hombres en la cárcel* de Víctor Serge, escritor que se nutre de sí propio. Leía y meditaba y cotejaba. «Aquello» que él narra sí es algo serio. Comparada con «la muela», esta prisión es una delicia, me decía a mí mismo. Repentinamente, brinqué sobresaltado. Soy poco exacto: espantosamente alterado. Pablo de la Torriente —«Grande», como yo le llamo, poniendo en esa denominación al par que mi amistad fraterna su propia plenitud sin consonante— dice que yo le parezco, entre otras muchas cosas inverosímiles, un Beethoven hambriento y un Hamlet estilizado. Pablo tiene razón. Era yo un manojo vibrante de tragedia. Desesperado, grité, grité, grité:

—¡Yo lo quiero! ¡Yo lo quiero! ¡Que me lo devuelvan! ¡Que me lo devuelvan! ¡No lo quiero lavar! ¡No lo quiero lavar! ¡Yo lo quiero! ¡Yo lo quiero!...

Y por respuesta el silencio, un silencio absoluto.

Sufrí tanto como la primera vez que me mordió la injusticia. Y cuando extenuado, vencido, comenzaba a mecirme en la hamaca del sueño, la diana resonó más potente y alegre y mejor tocada que nunca.

No sé por qué me acordé de Feito³, adiposo de generosidad más que de grasa.

5/2/931

[Aclaración de Pablo de la Torriente]

Esto es una muestra literaria de la locura normal de Raúl. El protagonista de este escrito «se mantiene tácito», como diría Escalona⁴ en su lenguaje particular.

El protagonista es un chaleco-sweater que él no quería mandar a lavar después de un mes de uso continuo.

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, p. 3.

Notas

- ¹ Ramón (Mongo) Miyar.
- ² Manuel Guillot.
- ³ Armando Feito Ínsua.
- ⁴ Rafael Escalona Almeida.



Prefacio al folleto de ***La jornada revolucionaria del 30 de septiembre***

Cuatro años van a cumplirse de la trágica caída de Rafael Trejo en una tángana ya histórica.

Trejo y el 30 de septiembre irán íntimamente vinculados en el recuerdo y en la historia. No se podrá hablar de esa heroica jornada sin que, a la vez, surja su nombre, prematuramente aureolado por el martirio. Por eso mismo, sigue siendo «útil después de muerto». Por eso mismo, él está hoy más vivo que nunca, presente en nuestras luchas contra el fascismo, la opresión imperialista y sus verdugos nativos.

Ya va siendo hora de que se rinda a Rafael Trejo el tributo ferviente y perdurable que él merece. Por lo pronto, la Asociación de Estudiantes de Derecho ha acordado publicar, como homenaje a su memoria y a su sacrificio, estas páginas mías que evocan desde su raíz el pronunciamiento estudiantil del 30 de septiembre de 1930.

Débese la noble iniciativa al actual presidente de la misma, Lorenzo Rodríguez Fuentes, por la directiva en pleno de la Asociación.

La jornada revolucionaria del 30 de septiembre. La Habana, Cultural, 1934.





Raúl Roa

Pablo de la Torriente Brau

Es recibido también por una enorme ovación. La masa grita: «¡Se soltó el Loco!», nombre con que es conocido generalmente el estudiante izquierdista.

Empieza diciendo: que quiere expresar que su actitud dentro de la comisión obedeció a un estricto criterio de justicia y que pretendió en todo momento mantenerse en el justo medio entre el tribunal de la inquisición y el de examen de sociología cuando era catedrático el inolvidable y ultra-bondadoso doctor Cuevas Zequeira. La masa responde con grandes risas.

Enseguida entra Raúl Roa a hacer un examen a fondo de lo que representó la represión hecha por el profesorado sobre el movimiento estudiantil de 1927, calificándolo como un acto de aplastamiento, de destrucción de toda la efervescencia estudiantil, lo que representó en definitiva, tres años más de tiranía bárbara hasta que en el año de 1930 cuajó de modo sangriento y heroico el movimiento que se inició con la muerte de Rafael Trejo.

Habló Roa asimismo de lo que representó para la Universidad aquel castigo inaudito, y que la convirtió durante un tiempo, por el terror y la fuerza, en un organismo que pasaba por un período pantanoso, desde el punto de vista moral y académico en medio del cual se debatía infructuosamente el empeño luchador de unos cuantos. Para hacer ver hasta qué punto descendió el profesorado, recordó la visita «de desagravio y respeto» que se acordó por el Claustro General hacerle al general Machado... Y el empeño servil que se puso en averiguar «quién se había expresado incorrectamente del Jefe de la Nación», durante los disturbios. Al hacer el estudio del turbio papel que desempeñó la Comisión



Investigadora previa a la de los Consejos de Disciplina, remarcó el dato estupendo de cómo habían insertado al final de su labor el informe de la policía, fechado con anterioridad a la formación de la comisión investigadora; y se refirió a la actitud de los estudiantes expulsados de cuyo grupo sólo dos «que estaban muertos» (se refería a la muerte civil). Analizó también cómo por sólo haber tumbado unas tarjetas, aquellos profesores habían impuesto penas hasta de 15 años de expulsión y manifestó cómo el resultado de aquella salvaje represión fue «el cobarde silencio preñado, por singular paradoja de cuantos serviles». Para terminar, hizo una declaración sobre la actitud de los estudiantes que permanecieron en la Universidad después de las expulsiones y a los cuales no se les debió juzgar con el hacendoso juicio de «culpables», porque «no se puede coquetear todos los días con los fusiles y las ametralladoras y de todos era sabido que el ejército ocupó la Universidad».

Al terminar Raúl Roa su sólida estructuración del problema, recibió una gigantesca ovación, cuando terminó exigiendo por el «honor de la Universidad la expulsión de unos profesores que la deshonoraban y cuyo perdón significaría una aprobación por la masa estudiantil actual de la expulsión de sus compañeros de 1927».

Como dato curioso podemos hacer constar que entre los que aplaudían a Roa por su exposición, se encontraba el doctor Fernández Camús, profesor de Derecho.¹

Fragmento de Pablo de la Torriente Brau. «Por votación unánime de 2000 estudiantes de la Universidad se pone en frente del gobierno». *Ahora* [La Habana], 9 de junio de 1934. En Olga Cabrera y Carmen Almodóvar (comps.). *Las luchas estudiantiles universitarias (1923-1934)*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 353-355.

Nota

¹ Primera asamblea estudiantil celebrada en el anfiteatro del Hospital Calixto García (8 de junio de 1934) para conocer y discutir el fallo de la Comisión Mixta Depuradora (integrada por profesores y estudiantes) que analizó los expedientes de los profesores involucrados y cómplices del machadato. Roa fue uno de los estudiantes miembros de la Comisión.

Recuerdo en el *Diario* de Nueva York

Pablo de la Torriente Brau

[abril 1935]

Ayer es un buen día de recuerdo. Por la mañana tuvimos una reunión muy importante Yeyo, Carlos, Raúl, Amat¹ y yo, en el cuarto de casa del primo de Raúl, donde viven los tres. Tratamos del estado de la situación de Cuba y analizamos quiénes son los que pueden hacer algo por la revolución. El ABC y los Auténticos parece que piensan unirse. Guiteras² es un iluso y su partido carece de base. Es una estructura artificial. Mas, con todo, dispone de bastantes armas y de alguna gente para alzarse cuando llegue el momento. Nosotros, ¿qué hacemos? En realidad asumimos una actitud ridícula en Cuba, al no admitir puestos. Desde ellos, aparte de disfrutar de un relativo bienestar que nadie tenía más derecho que nosotros a disfrutar, hubiéramos podido hacer mucho más por la revolución. Además, hoy no estaríamos en tan angustiada situación económica, pues de nuestros sueldos bien hubiéramos podido ahorrar algo, para poder vivir algunos meses en el destierro. Pero somos un grupo de una psicología particular. Por temperamento estamos en la revolución. Llevamos años en ella, siempre sacrificándonos. Cuando llega el momento, siempre respondemos. Y nunca nada obtenemos. Pero no nos quejamos, al contrario. Sin embargo, llegamos a la conclusión de que esa actitud no puede ser mantenida; que tenemos que desechar escrúpulos tontos y ridículos y si triunfa la revolución, estamos obligados a obtener en Cuba posiciones desde las cuales podamos desarrollar iniciativas que en algo beneficien al pueblo de Cuba. Tenemos que admitir que, mientras llegue la revolución social, algo, por el camino podrá ir haciéndose en beneficio del pueblo. No hacemos más que socavar y destruir. Algo debe poder hacerse en provecho de todos. De alguna manera podemos aliviar arbitrariedades, injusticias

y cabronadas. Y, por lo menos, nos convenceremos de que nada puede hacerse, sino lo definitivo, y podremos estar más tranquilos. En la enseñanza en Cuba, en la agricultura, en otros muchos aspectos podemos nosotros desarrollar algunas actividades. Yo creo que sí. Será bueno crear, ver alguno [sic] de uno en el camino que se queda atrás... También consideramos la posibilidad de nuestra filiación. Yo dije que, por temperamento estaba con la revolución y por el mismo temperamento no podía pertenecer al Partido Comunista; al único al cual, en último extremo me afiliaría. Carlos dijo que, en último extremo no se afiliaba a ninguno. Y Yeyo dijo que estaba a punto de decir con González Palacios, que, en último extremo, se metía a policía secreta. Pero yo creo que son exageraciones. Carlos propuso que, visto nuestro análisis de que debemos tender a que se constituya un frente único de los que pueden hacer la revolución armada, debemos hacer un llamamiento con estudiantes, que es el único carácter de cierta unidad y base que podemos ofrecer. Aureliano observó que, como estudiantes, al final del movimiento, como siempre, nuestra posición nos indicaría la necesidad de aislarnos de nuevo en la Universidad a observar y criticar todo lo que hacen los cabrones. En estas condiciones propuse yo que tratáramos de inclinar al grupo de Guiteras, realmente hacia la izquierda. Aureliano aceptó esto enseguida. Yo añadí entonces que el trabajo que estoy ordenando sobre los papeles de Ferrara³ y firmar todos ese panfleto, demostrativo del machadismo de los nuevos opresores, lo que nos dará cierta personalidad para llamar al frente único. [...]

«Pablo: con el filo de la hoja». *La Gaceta de Cuba* [La Habana], año 35, no. 1, enero-febrero de 1977, pp. 2-9. El texto, pp. 7-8.

Notas

¹ Aureliano Sánchez Arango, Carlos Martínez, Raúl Roa y Víctor Amat.

² Antonio Guiteras Holmes.

³ Orestes Ferrara. Se refiere a *Los títeres de Ferrara*.

12 de agosto de 1948

Andamos ahora vislumbrando, brumosamente, el cabo de las tormentas los que cabalgábamos entonces en el potro sin frenos de la juventud. Tres lustros hace ya que huyó despavorido de Cuba el general Gerardo Machado. «No abandonaré el cargo —vociferaba jactanciosamente apenas unas horas antes— hasta que expire el término para el que fui electo en 1928, es decir, el 20 de mayo de 1935. ¡Ni un minuto más ni un minuto menos!» Es, sin duda, una frase típica de paranoico acosado; es también cifra y compendio de toda una época. Detrás de esa insolencia verbal está la gran tragedia que culminó el 12 de agosto de 1933.

Mucho se ha escrito sobre el movimiento popular que puso término al torvo mandato de Gerardo Machado y le alumbró nuevas rutas a la vida cubana; pero su historia —la historia que desentraña, ilumina y aprehende— está aún por hacer. Se han publicado valiosas interpretaciones dispersas en folletos, periódicos y revistas y algunos libros, entre los cuales sobresalen *¡En Cuba Libre!* de Gonzalo de Quesada y Miranda, *Revolución y seudorrevolución* de Carlos González Palacios y —valga la inmodestia— *Bufa subversiva* de este prójimo. *¡En Cuba Libre!* la crónica finaliza, justamente, el 12 de agosto de 1933, con palabras mías pronunciadas en esa memorable mañana en el micrófono de La Voz del Aire, ocupado «revolucionariamente» en compañía de Manuel Guillot y Jorge Quintana. *Bufa subversiva* es una relación fragmentaria del movimiento estudiantil hasta la huelga de marzo de 1935. *Revolución y seudorrevolución* es un ensayo de valoración histórica que abarca los principales aspectos del proceso.

Ninguno de esos libros alienta pretensiones mayores, ni trasciende la óptica personal de su autor respectivo. Ninguno ofrece, en consecuencia, una perspectiva de conjunto del proceso revolucionario sistemáticamente elaborada a la luz de un análisis histórico-sociológico, ni trasluce, por parte alguna, el manejo a fondo de la copiosa documentación de primera mano existente. Después de haberme facilitado Salvador Vilaseca los veinte nutridos tomos de su archivo, he tenido que concluir, forzosamente, que en vano podría emprenderse la inaplazable faena sin abreviar en este rico venero de manifiestos, artículos, recortes, opúsculos, documentos y cartas, de indispensable compulsión para reconstruir la historia de la revolución, esclarecer su sentido y deducir conclusiones. Hora va siendo ya de ponerse a la obra. No sé si dispondré de fuerzas suficientes para rematar el empeño; pero vale la pena, de toda suerte, correr la aventura. El mentado libro de González Palacios —quede para otro día el encomio y la discrepancia— no es ajeno, en buena medida, a la decisión adoptada de componer la historia de nuestra revolución. Estoy seguro que habrá de agradecerle la nueva al talentoso compañero y viejo amigo. Desde ahora me refocilo con sus jugosos disentimientos.

Me ha venido todo esto a las mientes al enfrentarme de nuevo con la histórica efemérides del 12 de agosto. Bien está, de todo punto, que la lección se precise y la condenación se renueve. Hay que recordar y difundir, en cada aniversario, aunque un émulo suyo detentara el poder, que nunca tuvo la república gobernante peor que Machado y que ningún otro dejó tan abominable memoria. Y es imprescindible dejar enérgicamente sentado que nada de lo acontecido después lo justifica y redime, ni niega la vigencia del movimiento revolucionario, ni enturbia la pureza de sus ideales, ni arroja un saldo desfavorable en los objetivos propuestos. No estamos aún, ciertamente, ni a medio camino de la conquista y disfrute de nuestra liberación nacional y social; pero lo importante es que, a despecho de reveses, adulteraciones y excrecencias, la voluntad de proseguir la marcha se mantiene firme y el entusiasmo encendido. No en balde sentenció Martí que «cuando un pueblo entra en revolución no sale de ella hasta que la corona». Y en eso estamos, en la pugna decidida por coronar la revolución que el 30 de septiembre salió heroicamente a la calle a disputarle los destinos de Cuba al machadato y al imperialismo, lo

que nada tiene que ver con la «revolución permanente» de León Trotski, ni con los mercaderes de la violencia que están chupando la ubre.

Bien está que todo esto se diga cada 12 de agosto; pero volver una vez más sobre la fecha en tono de arenga o evocarla truculentamente al cárdeno fulgor de los saqueos, de la cacería despiadada de porristas y de la fuga vergonzosa de los grandes culpables, no es cosa, en verdad, que incite mi ánimo en esta ocasión. A lo que me siento movido, por la profusa documentación que he revisado en estos días y la necesidad ya imperativa de ir jerarquizando los sucesos, las ideas y los protagonistas del proceso revolucionario, es a examinar los plurales factores determinantes del 12 de agosto y el complejo cuadro de sus antecedentes inmediatos. Mas, de sentirse movido, a siquiera intentarlo, va un trecho apreciable. Habría que incurrir, por angostura obligada de espacio, en un esquematismo excesivo, al cabo contraproducente a los fines propuestos. Es tarea propia de una serie de artículos, de un folleto o de un libro. Y debo ya, pues, resignarme peregrinamente a explicarle al lector cómo hubiera yo debido alcanzar el propósito perseguido.

La primera cuestión que habría de plantearme es la concerniente a la naturaleza y curso del proceso revolucionario en desarrollo. Ninguna revolución se produce por generación espontánea. Un largo y oscuro período de gestación precede a su estallido. Mucho antes que cuaje la conciencia revolucionaria ya el conflicto material que la genera ha adquirido tensiones y polaridades extremas en la estructura subyacente de la sociedad. Un sumario recordatorio de la mediatización originaria de la república y de la supervivencia económica y social de la colonia, agravada por la creciente penetración de capital yanqui hasta adueñarse de las riquezas fundamentales del país y de sus determinaciones políticas, contribuiría a dar la clave del régimen de Machado y de la revolución popular que suscita, subrayándose ya desde el 30 de septiembre de 1930, en que se vierten, simbólicamente, sangre estudiantil y sangre obrera, su carácter democrático y su contenido antimperialista.

Indispensable resultaría fijar el papel respectivo que juegan en la fase inicial del ciclo revolucionario la juventud estudiantil, el movimiento obrero, el Partido Comunista y los «nacionalistas» que encabezaba Carlos Mendieta. Si todos convergen en su repudio a Machado, sus concepciones políticas y sociales son inconciliables en algunos casos y en otros existen divergencias profundas. No hay punto de contacto

alguno ideológico, ni estratégico, ni táctico, entre los comunistas y los «nacionalistas». Ni entre estos últimos y el Directorio Estudiantil Universitario en punto a programa y métodos de lucha. Ni entre el Directorio y los comunistas en cuanto a la índole y alcance del movimiento revolucionario. Ni lo hay tampoco, en este mismo sentido, entre el Ala Izquierda Estudiantil y el Directorio, no obstante participar, de consuno, en acciones de calle y en los preparativos de la insurrección de agosto de 1931. Los «nacionalistas» aspiran, pura y exclusivamente, a sustituir a Machado. El Directorio propugna un «cambio total y definitivo de régimen», entendiéndolo por tal una remoción de la estructura jurídica, política y económica del país sobre una base democrática y capitalista, que le permita desenvolverse, sin interferencias extrañas, hacia una nacionalización progresiva de anchas implicaciones sociales, anticipando así la programática auténtica. El Partido Comunista tiene su línea política rigidamente trazada y a ella se ajusta. Combate por igual a Machado y a la «oposición burguesa», sin establecer distinciones ni matices. Su «revolución» es la agraria antimperialista y su objetivo establecer un gobierno soviético de obreros y campesinos, fantasmagórica panacea a la sazón recetada por la Tercera Internacional para los pueblos coloniales y semicoloniales. El Ala Izquierda Estudiantil, como la Liga Antimperialista y el Socorro Rojo Internacional, son meros organismos colaterales del Partido Comunista y teórica y prácticamente operan a su servicio. El nivel de desarrollo de las distintas clases sociales y el grado de influencia ejercido sobre ellas por los partidos y grupos de oposición completaría el panorama.

Necesario será analizar el fracaso de la insurrección de agosto y distribuir responsabilidades. Habrá que proyectar también la mirada sobre la emigración y precisar la postura de los diversos grupos exilados. La Junta Revolucionaria, controlada desde su fundación por los «nacionalistas» y los viejos políticos, debe merecer detenida atención. Al naufragar la insurrección de agosto en Río Verde, irrumpirá el ABC en la arena revolucionaria. Pronto se cubrirá de laureles por la abnegación y denuedo de sus combatientes de fila. Su programa, lanzado más tarde al transformarse la secta terrorista en partido político, sólo podrá entenderse y valorarse a partir de la composición social de sus dirigentes y de sus elementos de base. Es una típica organización de clase media preterida y al par afanosa de poder. Habrá que ir a la severa crítica a

que fue sometida por Rubén Martínez Villena al aparecer su asendereado *Manifiesto-Programa*. En sus extremos fundamentales aún sigue en pie. El ABC representa la «izquierdización» de determinadas zonas de la oposición de tipo restauracionista y un nítido intento de «organización política del nacional-reformismo en Cuba». Literariamente el *Manifiesto-Programa* es un documento irreprochable. Además, contiene positivos aciertos y constituye un serio esfuerzo de interpretación de la realidad cubana desde el punto de vista abecedario; pero ninguna de sus medidas económicas ataca las raíces de la estructura factoril de la república y entre sus pretensas novedades «brilla, como una perla en un estercolero, la supresión del voto analfabeto». No cabe ya duda, por su conducta posterior, que en «el casco de una bomba el ABC tenía ya preparado el incensario para Wall Street».

Sin este previo recuento, no podría adentrarse uno en los antecedentes inmediatos de la caída de Machado. Véanse ahora los distintos costados del proceso. De un parte, la victoria electoral de Franklin Delano Roosevelt en noviembre de 1932. Su elección coincide con una de las más agudas crisis cíclicas del capitalismo mundial, la marcha acelerada del fascismo, los preludios soterrados de los frentes populares y la degeneración de las actividades de la oposición en Cuba en puras acciones terroristas. Las cárceles están cundidas y repleta la emigración. Varios dirigentes del Directorio Estudiantil Universitario se han visto forzados a expatriarse. Se radican en Miami, donde la colonia de proscritos alcanza cifras elevadísimas. En New York «funciona» la Junta Revolucionaria, que preside Carlos de la Torre.

No tardaría el Directorio en enviar su representación a la misma. La misión de sus delegados es vigilar las marrullerías intervencionistas de la Junta. Han declarado de entrada su discrepancia ideológica con los integrantes de la Junta y su propósito de continuar laborando independientemente por la insurrección popular que el Directorio organiza y propaga. Las únicas actividades de tipo genuinamente revolucionario que se desarrollan en Cuba las dirige y controla el Partido Comunista a través del movimiento sindical. Se organizan vastas huelgas en los centrales azucareros y se mantiene la agitación en las ciudades mediante actos de calle. La impotencia del terrorismo para derrocar el machadato salta a la vista. Son victimados a diario los esbirros de la tiranía; pero, en implacable represalia, caen los revolucionarios en racimos. El

año de 1932 se cierra, dramáticamente, con el vil asesinato de Juan Mariano González Rubiera.

A partir de la toma de posesión de Roosevelt, hay que centrar la atención en Estados Unidos. La Junta, por un lado, el ABC, por el otro, laboran, afanosamente, por obtener de Roosevelt una «solución» al problema cubano. Papel mojado es el compromiso antingerencista contraído por la Junta a instancia del Directorio. Sus miembros siguen merodeando el State Department. El general Menocal pelea en la misma trinchera. Había definido claramente su postura al comentar la moción presentada por el representante republicano Hamilton Fish —uña y carne de Sumner Welles— urgiendo al gobierno de Hoover a que actuara inmediatamente para terminar «el reino de terror en Cuba y los graves quebrantos que estaban sufriendo los intereses norteamericanos en la Isla». «Los Estados Unidos —afirmaba Menocal— pueden ayudarnos considerablemente. Bastaría que amenazaran a Machado con intervenir y la oposición haría el resto. Los Estados Unidos tendrían derecho a intervenir en los asuntos cubanos porque Machado ha violado varias cláusulas de la Enmienda Platt. Tendrá que ser Washington... o nosotros, cuando podamos.»

No perdería prenda el ABC por su parte. Aureliano Sánchez Arango ha tenido, en sus manos, un documento que proyecta luz vivísima en la actitud del ABC antes, en y después de la *mediación*. Su consulta es indispensable. Se relatan, en dicho documento, las actividades que desenvuelven en Washington un grupo de personas a nombre de la Junta Revolucionaria para obtener la intervención del gobierno de Roosevelt en Cuba. Estas actividades son, desde luego, estrictamente secretas y las ignoran los delegados del Directorio, los profesores universitarios y el núcleo menocalista. El informe, dirigido a la Célula Directriz por un prominente abecedario, augura la ineficacia de estas gestiones por carecer los personeros de la Junta de «relaciones e influencias suficientes para el propósito perseguido». Y anuncia también que otros elementos, utilizados por él, laboran en parejo sentido, con entero desconocimiento de los otros y con evidentes probabilidades de éxito. Concluye el informante dando instrucciones específicas al ABC, al objeto de promover ataques a las propiedades norteamericanas —se mencionan las siembras de caña, los tanques de petróleo y mieles— para reforzar las gestiones que sus emisarios realizan en Washington.

Tócale ahora papel preponderante al epistolario de la época. Hay que escudriñar la correspondencia entre los principales jefes de la oposición e incluso entre figuras de menor cuantía. Sumamente instructiva resultará la lectura de las cartas cruzadas entre Carlos Finlay, Reinaldo Márquez y Aurelio Fernández Concheso. Será igualmente provechosa la lectura de la prensa norteamericana y de los artículos, discursos y documentos de los cubanos emigrados en los umbrales de la *mediación*. El informe confidencial de Carlos Finlay a Juan A. Rubio Padilla y Carlos Prío Socarrás sobre los resabios antiplattistas de Willy Barrientos y Luis Barreras aclara muchas cosas. De igual manera, aunque en otro sentido, las cartas de José Morell Romero a Manuel Márquez Sterling. Las declaraciones de un grupo de profesores universitarios contra toda forma de ingerencia en la vida cubana es de obligada lectura. Y deben conocerse, para totalizar la visión del momento, las actividades antimachadistas de Ramón Grau San Martín, Fernando Ortiz, Herminio Portell Vilá y Ventura Dellundé en los Estados Unidos y fijarse su posición respectiva en el proceso estudiado. Sugiero a Portell Vilá que tome por su cuenta el asunto.

Se ha solido creer que fue el asesinato, en pleno mediodía, de los hermanos José Antonio y Solano Valdés Daussá, lo que decidió a Roosevelt a inmiscuirse en la situación cubana. Ciertamente la opinión pública yanqui, indignada por el crispante relato de Phillips en el *New York Times*, redobla su protesta contra los crímenes de Machado. Ciertamente también que el representante Fish y los senadores Borah y Shipstead reclaman del presidente su inmediata intervención en Cuba. No es menos cierto, sin embargo, que ya Roosevelt venía aprestándose a tomar cartas en el problema cubano. Tenía, ante sí, hacía rato, el voluminoso informe de sus enviados secretos y el conocimiento directo de la bancarrota económica de la isla. Sólo acechaba la coyuntura propicia. Ya había sonado la hora de tirar por la borda, como un trasto inútil, al fiel perro de presa del Chase National Bank. Crítica prueba para el presidente Roosevelt y puesta en cuestión de la buena vecindad loada melódicamente en histórica perorata. Los contrastes y conexiones entre la diplomacia del dólar y el garrote tras el guante de seda es punto capital a estudiar. El imperialismo por otros medios y otras formas. Sumner Welles, amigo de confianza del presidente, de probada experiencia en análogos menesteres, funcionario de categoría en el State Department

fue designado embajador en Cuba con plenos poderes y carta privada de presentación a Machado. No puede prescindirse de la interpretación que en su libro *The time for decision*, da Welles, de su «misión a La Habana». La adoba y presenta a su gusto y medida. Confunde y enmaraña todo para revindicar su maltrecho prestigio diplomático y político.

Es necesario analizar las gestiones de Welles con sumo cuidado y muy de cerca desde su arribo a Cuba. No importan, en ningún sentido, sus declaraciones protocolares. Lo que importa es su hacer. Trae un propósito definido y la táctica correspondiente: sustituir «constitucionalmente» a Machado sin alterar la estructura colonial de la república. La fórmula que le dará vida y cauce a la *mediación* la aporta Cosme de la Torriente. Machado y la oposición restauracionista se aperciben gozosos al juego imperialista con finalidades distintas y apetencias diversas. Los «nacionalistas», el sector dirigido por Miguel Mariano Gómez, el ABC, la OCRR, el claustro universitario en su mayoría, la UCRR, los conservadores ortodoxos, un grupo de las mujeres opositoras y los claustros del Instituto de La Habana y de la Escuela Normal de Maestros designan sus delegados a la mesa redonda con los representantes de Machado. Se abstuvieron, de los sectores invitados, el general Menocal y el Directorio Estudiantil Universitario. El primero, por considerarse relegado a un plano subalterno. El segundo, por razones ideológicas.

No podría pasarse por alto la pugna interna que afronta el Directorio al plantearse la *mediación*. Los líderes actuantes en La Habana acuerdan asistir a una entrevista solicitada por Welles. Los dirigentes exilados en Miami se oponen resueltamente al acuerdo. Alegan aquellos que si han aceptado la invitación de Welles es precisamente para «cantarle las cuarenta». Objetan estos que acudir a esa entrevista significa traicionar los postulados revolucionarios y reconocer el derecho de Estados Unidos a disponer de los destinos de Cuba. Hay que ir, necesariamente, a las actas del Directorio, en que se transcriben las disputas telefónicas de Juan A. Rubio Padilla, Carlos Prío Socarrás y Manuel Antonio Varona con Felipe Martínez Arango y Augusto Valdés Miranda. Se mantienen los primeros abroquelados en su negativa. Se acuerda, al fin, cancelar la entrevista con Welles, y pronunciarse públicamente contra la *mediación*. Y hay que ir también a las actas del Directorio en que se da curso y debate a la propuesta de los líderes exilados de romper con el ABC por haber «faltado a la moral revolucionaria».

Urge ya revisar la difundida opinión de que la mesa redonda tuvo la simpatía y el respaldo del pueblo. ¿Quién desata y mantiene la huelga general que da al traste con la *mediación* y con Machado? ¿No combaten la *mediación* desde sus comienzos el ABC Radical, la OCRR de Alfredo Noriega, la CNOC, el Partido Comunista, la Federación Obrera de La Habana, la Unión Radical de Mujeres, la Oposición Trotskista, el Ala Izquierda Estudiantil y los militantes del APRA? ¿No se irguieron contra ella, rifle en mano, Antonio Guiteras y Blas Hernández? ¿Y no alzaron manifiestos de repulsa la Unión Libertadora de Revolucionarios Cubanos, Enrique Mazas y José Miguel Irisarri, entre tantos que lo hicieron, organizaciones y personas?

Nada pone tan de manifiesto las interioridades de la *mediación* y de la posición del ABC como el propio libro editado por este en 1934. Muestra inequívoca de lo afirmado: «Estos procedimientos de salvajismo implantados por la tiranía han hecho que una parte de la opinión sana del país vea como una liberación, como una cuestión de humanidad, un grado más o menos intenso de ingerencia yanqui que pusiera fin a tanta brutalidad oficial.» «Aceptaríamos el auxilio norteamericano sólo para sustituir al gobierno actual, ilegítimo e impopular, por otro gobierno cubano legítimo y popular.» «Si, gracias a una posible presión norteamericana, se restablecen las libertades elementales de Cuba, el ABC las empleará para combatir al gobierno ilegítimo al amparo de esas libertades.» «La aceptación del ABC —Welles— es indispensable como paso inicial.» «Entendemos que la *mediación* que los Estados Unidos ofrecen —Jorge Mañach— no tiene ningún carácter conminatorio al amparo de la Enmienda Platt, sino que es simple ofrecimiento amistoso de buenos oficios, de acuerdo con los usos internacionales.» «Usted nos ha tomado del brazo y vamos caminando.» «Nosotros entendemos que a la gestión de usted se le ha dado el carácter de una interposición de buenos oficios, pero que, debido a las peculiares relaciones existentes entre los Estados Unidos y Cuba, la *mediación* viene teniendo toda la virtualidad y todo el carácter subterráneamente coercitivo de una intervención.» «Lo que nosotros quisiéramos es que usted nos ayudara a resolver nuestro problema para que nosotros pudiéramos cooperar con usted a resolver el problema de usted.» «En la *mediación* el ABC lucha honradamente por obtener ventajas para el pueblo de Cuba, canalizando el mal de la ingerencia, que es un mal real

y por el momento insuperable, a fin de que le rinda siquiera algunos beneficios a Cuba, aunque le produzca el enorme daño de confiar a manos extrañas la solución de los problemas indígenas y de buscar fuera de nosotros las fuerzas dirigentes de nuestro destino.» «Por desgracia, la situación del país es tan peculiar que nosotros hemos tenido que hacer un doble juego: no entorpecer el trabajo de la Comisión Mixta, porque estamos representados en ella, y al mismo tiempo mantener la apariencia ante nuestras filas de que no estamos en la Comisión.»

La consulta de *Denuncia*, órgano del ABC, resulta imprescindible. Y deben leerse, asimismo, los artículos justificativos de Jorge Mañach publicados en *El País* y los aparecidos hace poco en *Bohemia* en defensa póstuma del ABC. También las impugnaciones del Partido Comunista y sus simpatizantes en distintos periódicos y revistas; y, particularmente, el folleto de Enrique Fernández *La razón del 4 de Septiembre*. De obligada lectura son la *Historia de la Enmienda Platt* de Emilio Roig y *Cuba, tierra indefensa* de Alberto Arredondo.

La huelga general de agosto es otro costado del proceso que se precisa examinar a fondo. Surge, inesperadamente, de un paro de ómnibus. Crece y avanza como un torrente de lava e inflama a todas las clases sociales. Disloca la *mediación* y acaba por devorarla. Se generaliza el día 6. La brutal masacre del 7 la vigoriza y compacta. Obliga al ABC a presentarle un ultimátum a Welles y a este lo fuerza a atizar al ejército y a arrojar a Machado. El Partido Comunista ordena la vuelta al trabajo al conceder Machado, ya contra la pared, el grueso de las reivindicaciones exigidas. Inútil. Ya «la cantidad se ha transformado en calidad» y la huelga económica se ha convertido en huelga general política, cuyo objetivo es derribar a Machado e imponer una solución popular. Su impresionante desarrollo quedó registrado, día por día, en un reportaje de Ángel Gutiérrez Cordoví. Portell Vilá ha recogido, para la historia, las repercusiones del proceso en Washington. El punto de vista machadista fue expuesto por Alberto Lamar Schweyer.

Las últimas horas del machadato se desenvuelven con ritmo cinematográfico. El ABC, al percatarse de que los acontecimientos han desbordado la *mediación*, se pone a la cabeza de las masas populares en lidia implacable contra la dirección comunista. Sólo le importa ahora, como antes, el usufructo del poder. Machado denuncia a Welles ante el Congreso. Va a Columbia. Pero ya Welles le ha tomado todas las avenidas.

El ejército se subleva y Machado renuncia. Welles pretende imponer, como sustituto, a Alberto Herrera. Acepta al cabo, violentándose a sí mismo, a Carlos Manuel de Céspedes. Machado y sus más cercanos conmlitones se fugan protegidos por el nuevo gobierno. La huelga sigue: pero la revolución popular ha sido yugulada y Cuba continúa «debiéndole favores» a quien siempre tan caro se los ha cobrado. Mientras en las calles la muchedumbre da escape a su rencor reprimido, empieza ya a despuntar silenciosamente la alborada revolucionaria del 10 de septiembre. Aun Antonio Guiteras permanece alzado en los breñales de Oriente.

He ahí los materiales de mi frustrada interpretación del 12 de agosto y he ahí también la posición que hubiera asumido. Nunca he olvidado que, en el pórtico mismo de su radiante desplome, José Martí confesó que cuanto había hecho, y haría, era para «impedir, a tiempo, con la independencia de Cuba y Puerto Rico, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América». Y, a toda hora, he tenido presente esta lapidaria advertencia de Manuel Sanguily: «Las intervenciones americanas en las contiendas electorales de nuestros partidos políticos, como en otros cualesquiera conflictos interiores, suelen ser insinceras, comúnmente interesadas y siempre vergonzosas y funestas».

Tomado de *15 años después*. La Habana, Imprenta Alfa, 1950, pp. 60-70.

La *Bufa*... quince años después¹ (1950)

Hace tres lustros di yo, al aire fragante de la mañana, las rápidas y abigarradas páginas de *Bufa subversiva*. Era un libro de combate y un libro de combate sigue siendo. Afirmativo y esperanzado, siempre abierto y pugnaz, como el espíritu que le infundió aliento y sentido. Era el libro de una generación destinada históricamente a la brega por el advenimiento de días radiantes, que acaso no serían suyos. Muchas veces he vuelto a esas páginas en estos turbulentos quince años que nos ha tocado en suerte vivir. Han sido y son, para mí, a despecho de todo, asilo, espuela y renuevo. No conozco antídoto más eficaz para el escepticismo, el engolamiento y la papada, que esta vibrante *Bufa* subversiva de mis años mozos.

En otros libros que he impreso posteriormente, podrá quizás encontrarse una prosa más repujada, o ciencia más o menos infusa; pero, en vano se buscaría el candor, el desenfado, la intransigencia, el quijotismo y la juvenilia que palpita en *Bufa subversiva*. Se confunden los tarrallazos implacables a los verdugos y tráfugas con las trémulas ofrendas a los héroes y mártires. Enarbola por allá el estudiante el gallardete de su rebeldía y por acá es abatido en la emboscada miserable. Insurgen, alternándose paradójicamente, la mueca hiriente de la burla y el recatado dolor de los afectos truncos y las ilusiones rotas. Canta la fronda y ruge el mar. Se clava el vituperio, en lomo ajeno, como tábano inmisericorde. Ni siquiera faltan las injusticias y las mercedes. Hay allí de todo, como en toda *juma*. Pero hay también, sublimándola, con el «Trago inicial» de Pablo de la Torriente Brau y el «Fin de fiesta» de Aureliano Sánchez Arango, sed de libertad, hambre de justicia, confianza en el pueblo y fe en una vida más bella [...].²

«Al lector». En: *Quince años después*. La Habana, Imprenta Alfa, 1950, pp. 9-14. El fragmento tomado en pp. 9-10.

Notas

- ¹ Título atribuido (A. C.).
- ² En el cierre del libro se indicó que se terminó de imprimir el mismo día del aniversario catorce de la muerte de Torriente Brau. De este modo se explicitaba el homenaje a su hermano espiritual.



CARTAS





A Pablo de la Torriente Brau y Aureliano Sánchez Arango

Hospital Militar, a los 168 días de comemierdería gloriosa.¹

Mis queridos Pablo Sansón y Aureliano Platón:

Les escribo dos líneas por conducto de Fausto² —no el de Goethe— sino Menocal, que está al salir para esa. Pero antes de continuar oigan mi saludo por pascua florida, noche-buena y día de reyes: miserables, asquerosos, puñeteros, izquierdistas, anarquistas, hand-bollistas, andróginos y presos. Ahora cojo transferencia en el tranvía que está en la esquina y sigo. Pero antes me han entrado ganas de defecar y lo hago aquí mismo:

Oye Yeyo³: estoy encojonado contigo porque no me has puesto una letra. Del [ilegible. Un apodo que da a Pablo] sí recibí hace dos días una carta en que me contaba los progresos carpinteriles de todos y el tortilleo que se traen con los políticos.

Oye [el mismo apodo]: Hablé con Teté⁴ por teléfono el otro día al descuido. Supe por ella que me has hecho una cosa larga y flaca como yo.

Vi al Guajiro⁵. Está más gordo que Yeyo. Anda sin bigote y hasta polemiza con [Jorge Mañach] y le rompe la cara también.

Ha sido de lo más divertida esta «pugna» dialéctica. La originó Pendás con unos comentarios a unas glosas de Mañach sobre las minorías revolucionarias, y empezaron los insultos a llover por ambas partes. Entonces yo, que no tenía nada que hacer y sí muchas ganas de clavar a Jorgito, jalé por el estilete y lo convertí en un insecto con una carta personal que tiene más de veinte cuartillas a máquina. No les envío copia porque la única que tengo está en la imprenta, pues la gente del Ala —del cuarto de ala— han confeccionado un folleto recogiendo toda la polémica, titulándola Reacción vs Revolución [Motivos de polémica]. Cuando se publique les mandaré un ejemplar. Van a gozar, se los aseguro.

Los supongo naturalmente hambrientos de noticias. Ahí van algunas. El Asno⁶ ha declarado, como siempre en un cuartel, que piensa quedarse hasta el 35. Por ahora, pues, seguimos presos. La amnistía no

camina. Y —lo más importante— otra vez se ha vuelto a vigorizar el terrorismo gubernamental. A un soldado que llevaba preso en Camagüey a un hermano de Varona, lo mató a tiros un estudiante, que todo parece indicar le llevaron la cabeza. Aquí, en La Habana, ha corrido igual suerte Alpízar⁷. Fue sorprendido con una bomba saliendo de la casa de Silvia Martel[1] por el experto Olave a quien, al tratar de registrarlo, hirió de un pistoletazo mortalmente. Ayer murió. Después de una huida fue cogido Alpízar y asesinado. Todo el mundo —su propia madre inclusive— lo supone muerto. Sus compañeros Miranda⁸ y Cancio⁹ fueron —asómbrense— puestos en libertad por Saladrigas, así como todos los varones Martel[1] —padre inclusive— y los médicos y alumnos de guardia en el Calixto¹⁰ esa noche, a quienes se acusaba de haber curado a Alpízar. Lo evidente es que al pobre muchacho se lo comieron, Calvo¹¹ y Cía.

Las bombas siguen. Ha habido algunas muy serias. El otro día hubo una sesión en el Capitolio en la que se dijeron horrores de la oposición, especialmente del Ala, a quien se le hace responsable de toda la campaña terrorista, porque somos rojos, comunistas, etc. El imbécil de Lombard¹² afirmó que había que responder a las bombas con las bombas... Y salieron a relucir las pistolas y por poco hay un *uan, tu, tri*, cojan la escalinata. Lo que les digo respecto del Ala se publicó en los periódicos. Así es que ni se ocupen, a seguir jalando almanaque.

Línea no sale hace tiempo. Mejor. Y el Partido me parece que dejó de existir. No da señales ni de agonía, y Villarreal¹³ más cretino que nunca. Por poco le escribo una carta para taponarle la boca, que es una letrina inagotable de estupideces. Pero me arrepentí, porque no valía la pena gastar papel y tiempo en restregarle su cretinismo al máximo. Pisa y corre de este proceso amasado con mierda y materias anejas.

Yo ya estoy loco por volver allá. Me he hecho dos curas de las ladillas intestinales, pero se me han vuelto a reproducir. Con motivo de las lindezas que cuento aquí, delante del viejo Fausto Menocal, aproveché la ocasión para decirle que yo quería irme cuanto antes, que aquello era más saludable que TODO, y que además estaban ustedes, y BASTA. Probablemente me opere de las amígdalas, de las que estoy muy fastidiado, y seré «vuestro».

Contéstenme, carajo. No sean vagos. Háganme una carta conjunta, un pedazo cada uno. La ponen a nombre de la vieja y a mi dirección (San Lázaro no. 15, altos) y sáquenla con cualquier visita.

Muchos recuerdos para todos los compañeros, especialmente un abrazo para el cro. Gabriel¹⁴. Para ustedes mi huesudo abrazo de siempre,

Raúl

¡Ah! Y para el anarcoide y mojón Garza¹⁵ todo mi afecto sin filiación, cagándome en la Internacional y en las patillas mismas de Marx. Al Cojo¹⁶, que siga haciendo frituras con sus sesos.

[¿26? De diciembre de 1931]

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, pp. 4-5.

Notas

- ¹ Según José Z. Tallet, Roa y Pablo de la Torriente Brau fueron detenidos en su casa un domingo al amanecer y Zoe de la Torriente Brau señala que la detención se produjo a mediados de ese año. El lunes 13 de julio de 1931 *El Heraldo de Cuba* dio la noticia de la detención. Dice Tallet que el día antes el traidor José Soler Lezama había recogido todos los materiales del único número de *Línea* que habían preparado en su casa. Evidentemente se refiere al que circuló con fecha 10 de julio de 1931. Luego, fueron apresados el 12 de julio, lo que permite precisar que esta carta Roa la escribió el 26 de diciembre de 1931, o sea, 168 días después de su arresto. Otros datos que aporta la carta, como el asesinato de Félix E. Alpízar (21-12-1931) y las felicitaciones por las fiestas de fin de año también lo corroboran.
- ² Fausto García-Menocal.
- ³ Aureliano Sánchez Arango.
- ⁴ Teté Casuso.
- ⁵ Porfirio (Guajiro) Pendás.
- ⁶ Gerardo Machado, el «Asno con Garras».
- ⁷ Félix Ernesto Alpízar.
- ⁸ Augusto (Polo) Valdés Miranda.
- ⁹ Guillermo Cancio.
- ¹⁰ Hospital universitario Calixto García.
- ¹¹ Miguel Calvo.
- ¹² Aquilino Lombard.
- ¹³ Marcos García Villarreal.
- ¹⁴ Gabriel Barceló Gomila.
- ¹⁵ Manuel Garza Fernández.
- ¹⁶ Guillermo Estrada Estrada.

A Pablo de la Torriente Brau

Tonel de las Danaidas, enero 5 9/32

Muy querido y venerable abuelo:

[...]

¡Ah, Copérnico tropical, si me cogen vivo esta vez —que sería volver a nacer sin duda— os aseguro que no me quedaría más remedio que seguir jalando rancho «reformado» y, en pareja invencible con Saumell¹, propinarle tremendas derrotas diarias a mi querido Carbajal²! Y en ese desdichado trance tú ganarías más que nadie, torre de Babel en ruinas! Ya tendrías quien se ocupara de sacarte a coger el sol y de prepararte la poción Yacú para que durmieras bien. Yo espero que esta vez la suerte sea piadosa conmigo y pueda, como el guajiro, capear el temporal —que ahora es sirocco desenfrenado— hasta el año de gracia de 1935, en el que quizás vuelva a hablarse de posibilidad de libertad para ustedes. Y no os quejéis, ¡vive Dios! ¿Acaso no osasteis, menguados, luchar contra el imperialismo y sus limpiabotas nativos? Jódanse, pues.

[...]

¿Recibieron Gabriel³ y el Waki⁴ mis cartas? Ah, y si dentro de un mes todo sigue igual, o peor, pito para Marte pasajero en un grillo trimotor que me regaló Santa Claus. Escíbeme por Teté⁵ a través de Gilda⁶. Abrazos para todos de Raúl.

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, p. 5.

Notas

¹ Alberto Saumell.

² Ladislao González Carbajal.

³ Gabriel Barceló.

⁴ Porfirio Pendás.

⁵ Teté Casuso.

⁶ Gilda Roa.

A Pablo de la Torriente Brau

Habana, Enero 16 9/32

Muy querido y venerable Abuelo:

Recibí tu carta y también la de mi adorado sobrino¹. Las respondí ya a Saumell² porque, como le decía, me salió de los “eggs” y además aún no le había escrito. Y basta. Ahora acabo de recibir cabizbajo y lloroso todo un rosario interminable de advertencias, máximas, consejos y postulados tuyos para tu pobre nieto demente. ¡Qué experiencia, qué serenidad, qué sabiduría resplandecen en todos ellos! Los acepto en todo lo que tienen de aceptable; es decir, en todo. ¡Ah, el profundo conocimiento que acarrearán los años ricamente vividos! Bien. Tendré en lo adelante más sentido común. Mejor empezaré a tener eso que me es más extraño que hablar bien de Mañach³. Créeme, abuelo mío, que todos mis “yerros” no son deliberados, como las acrobacias de Villa, derechamente proyectado hacia las posiciones eminentes. ¡Ah, los ímpetus incontrolables de la juventud! ¿No comprendes? Sospecho que no están tan lejanos los años floridos en que tú meabas miel de abeja!

En lo que respecta a mis posibles personalismos, estate tranquilo. ¿Cómo podría yo darte un disgusto cuando tus arterias amenazan reventar por la arteriosclerosis? No, no caeré en ellos. Desde luego, esto es muy duro de creer para ti. Pues sí, «believe or not», vas a quedar sorprendido con mi lenguaje limpio de ataques abyectos a quienes por otra parte lo merecen. Aunque no de su peculiar claridad, pasión y energía. Lo único que me jode como nieto es que mi abuelo no haya tenido plena confianza en mí. En ese aspecto, no tengo queja del sobrino, al que la fe no lo ha abandonado. Y al carajo.

Sigo aún recluso. Aunque no completamente. Ya te veo mesarte las enormes patillas fluviales, ante mis imprudencias después de un millón de días a carne en trocito. He salido varias veces. A casa de Pepe⁴, a gustar de los besos, al cine.

Oye esta cosa tremenda. Anoche vi *Grand Hotel*. ¿No te muerde la envidia? Mientras pasaba ante mi vista conturbada, no dejé de recordar

aquellos nuestros proyectos, fabricados en el babilónico cuarto de mármol, que, ya «seguramente libres», ir a ver juntos con Teté este formidable torbellino de emociones. Por vez primera en luengos años, colgaron de mi nariz mocos trémulos como luceros.

¡Qué película, viejo asqueroso! Ni es de Greta⁵, ni es de John⁶, ni es de Joan⁷, ni es de Wallace, ni es de Lewis; sino es sola y plenamente de Lionel⁸. Los otros lucen ridículos a su lado. Verdad es que su rol es el que más intensidad interpretativa exige. Es el hombre torturado por la muerte próxima —presente en su carne y en su mente— al que la vida regala con momentos inefables, más allá de su comprensión, embotada por los sufrimientos. Conoce a un amigo —su primer amigo— en John, quien a cambio de una lealtad perruna, intenta robarle la cartera repleta de oro al saltársele de la mano cuando un colapso lo fulmina porque su aparato cardíaco no ha podido resistir la dicha que minutos antes lo ha visitado en forma de miles de marcos que ha ganado al poker. Conoce al amor —su primer amor— en Joan, quien lo acepta por necesidad y por piedad. Pero él ignora todo esto, él está al margen de su tragedia. No ve más allá de sus sentidos. Él vive la amistad de John y el amor de Joan como si fueran realidades vivas y concretas. Y al final cruza el «lobby» ya curado de su tortura por el resorte de una emoción que es sólo suya. Ahora clama por la vida y se pierde en ella todo emparejado de esperanzas.

Greta es la bailarina llagada por el hastío y por los fracasos escénicos recientes. La ruina física empieza ya su labor implacable. El teatro, que en otro tiempo su nombre iluminaba y hacía temblar de aplausos, está cada vez más vacío y desolado. Es sólo un recuerdo su esplendor físico y su gloria artística. Pero ella no puede vivir sino de realidades. Necesita los aplausos. Y si no olvidar que los necesita. El vehículo es la morfina. El momento culminante suyo es cuando decide matarse. El inesperado encuentro con John —barón arruinado, ladrón profesional, que va a robarle un collar de perlas— colma su vida rota —la de ambos— de nuevo sentido.

Joan es una mecanógrafa magullada por la miseria. Necesita vivir, y para lograrlo no para en escrúpulos burgueses. Su «necesidad» domina toda su conducta. Pero se enamora a su vez de John, quien —en un principio asequible a enredarse en un fácil amorío— le confiesa luego que realmente no le interesa. Greta es el ombligo de su vida sentimental y sexual.

Wallace es el opulento y feroz director de una nueva Cía. que se dedica a negocios siderúrgicos. Joan es su mecanógrafa accidental. Naturalmente, arde por tirársela. Joan no vacila en aceptar sus proposiciones de acompañarlo a Londres y de ser suya. Sólo exige «money» y tratamiento y ajuar adecuado. Por lo pronto, se instala en el Hotel.

Lionel ha sido uno de los que más bestialmente ha trabajado para engordar la fortuna de Wallace. Por eso, está enfermo.

Y viene la escena central de la película. Wallace reclama la presencia de Joan. Esta —que acaba de ser desengañada por John— danza con Lionel, por indicación de aquel. Lionel no sabe dar un solo paso bien. La estruja. La pisotea. Mira al suelo en vez de sus ojos. Pero es feliz como nunca. Casi llora.

De vuelta a la barra, Wallace lo desplaza brutalmente de su sitio. Lo increpa. Lo insulta. Lionel se revuelve todo encendido de indignación y rencor contenido y le abofetea el rostro con palabras crudas y verdaderas. Se arremolina la gente. Wallace se le echa al cuello y poco falta para que lo desnude. Hipando, Lionel, con la muerte empañando su mirada, dice que ya él sólo es suyo. Ya no tiene dueño. Va a morir.

Llega John. Beben. No muere. La vida sigue su encrespado desenvolvimiento en el Grand Hotel. El ritmo trágico se acentúa. Sin embargo, Lewis —un doctor, envenenado por el escepticismo y por los recuerdos de las trincheras, que le dejaran cicatriz indeleble en el rostro— sólo advierte monotonía en todo aquello. Siempre igual. Vienen unos, se van otros. Nada insólito. La monotonía es el ritmo que preside la vida en el Grand Hotel.

Greta ha renacido con el amor de John. Está primaveral. Más bella que nunca. Es decir: por primera vez bella. Yo no vacilaría en ponerle la mazorca de maíz. Han vuelto la gloria y la dicha. Pacta una huida con John. Este acepta. A la media noche de ese día. Pero como necesita dinero sale a robarlo. Se cuelga en el cuarto de Wallace, quien ha salido a la habitación inmediata donde está Joan con los senos rígidos y la otra boca fragante, gritando por una fumada. Wallace descubre a John por la sombra de su cuerpo proyectada en la cama. Escena violenta. John cae con el cráneo destrozado a telefonazos. Entra Joan, y el espectáculo sangriento le pone en las ancas el espíritu de Paaivo Nurmi. Su meta es el cuarto de Lionel. Aún no repuesto del colapso que lo derribara, este llega al cuarto de Wallace. No acepta las imploraciones

de este. No se mata a un hombre porque le quiera robar a otro la cartera. Y más cuando se necesita. Wallace le hace un llamamiento a su generosidad. Invoca a su familia, sus hijos. La seguridad que sobre él va a caer la hecatombe si aquello llega a conocimiento de la policía. Lionel, magnífico, responde: ¿Y tú cuándo te preocupaste por mi vida, permanentemente desangrada por tu explotación sin conciencia? Llama a la policía. Wallace se va entre dos esbirros, las muñecas estrujadas por las esposas.

Greta —que desconoce la muerte de John— corre a la estación donde se han dado cita.

Lionel y Joan van hacia la vida olvidados de todo. El cadáver de John es cruelmente arrojado a un carro común, y entre risotadas de sus muerteros lo llevan al cementerio.

Nueva gente solicita alojamiento en el Grand Hotel. Nuevas caras resplandecen el «lobby». La vida de este atorbellinado entrecruzamiento de los más contradictorios sentimientos y situaciones, sigue su normal desenvolvimiento.

Lewis —el doctor envenenado por el escepticismo y por el recuerdo de las trincheras— masca su desilusión de que allí no ha pasado ni pasa jamás nada; que todo es igual; gente que se va; gente que llega...

Y eso es rápidamente trazado lo que es *Grand Hotel*. Pero todo eso es mierda. Eso hay que verlo. Y ustedes no la verán por lo menos hasta el 35. Por eso, yo he intentado darles una vaga imagen de la película más honda, humana y fuerte que he visto desde... que salí a la calle esta vez. No la mejor de todas, ni siquiera mejor que *Amanecer*, *Muchedumbre*, *Luces de la ciudad* y otras.

Ahora me quito. No sin anunciarles que muy pronto les remitiré mi paquete y las [¿barrenitas?] que me piden. Los cigarros se los conseguiré a Teté⁹. Me ocuparé de los de Warner y lo de las medicinas.

Abrazos a todos y para ti de

Raúl

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, pp. 5-6.



Notas

- ¹ Porfirio Pendás.
- ² Alberto Saumell.
- ³ Jorge Mañach.
- ⁴ José Zacarías Tallet.
- ⁵ Greta Garbo.
- ⁶ John Barrymore
- ⁷ Joan Crawford.
- ⁸ Lionel Barrymore
- ⁹ Teté Casuso.



A Jorge Mañach

Hospital Militar. Abril 2 de 1932

Mi querido Jorge Mañach:

Le devuelvo con el excelente y amable Sonville¹ la carta de Barceló². La he leído y releído con verdadero placer. Ella me confirma una vez más, que en Gabriel conviven armoniosamente, en maravilloso equilibrio, el sentido de la estimativa y la capacidad tribunicia. Porque no sé si sabrá que es un formidable agitador. Del grupo nuestro es, de los más destacados. Es sumamente estudioso y tiene talento. Si algún día se te presenta la ocasión de charlar un rato con él, comprobarás lo que te digo.

Me he tomado la libertad, de sacar una copia de la carta.

Cuando concluyas tu trabajo para el *Diario*³ me haces el favor de prestarme el libro de Ponte⁴. Le avisas por teléfono a Sonville para que pase a recogerlo.

Me dice este que podía pedirte prestado algunos libros tuyos. Muchas gracias. Y te los pido enseguida, si los tienes. «Lecciones sobre la filosofía de la historia universal» de Hegel. «La América Hispana» de Waldo Frank, un libro de Jorge Pasadre, cuyo título no recuerdo bien, publicado por la editorial Amauta (es sobre historia y política del Perú) y «La rebelión de las masas» de Pepito Ortega, cuya lectura no concluí en mi prisión pasada porque la truncó la orden de «recoja, que se va en libertad».

Por primera vez en mi vida —to be or not to be— estoy trabajando con ahínco, disciplinadamente. Tomando notas, organizando los datos —tengo un estupendo arsenal estadístico leyendo sistemáticamente. En fin, que estoy viviendo a contrapelo del trópico y de mi temperamento. Es lo único que debo —y cuánto— a esta prisión que por otra parte tanto me ha perjudicado físicamente. Y eso que aquí me he re- puesto bastante. Pero tengo siempre suspendido sobre la cabeza la amenaza del traslado a Presidio. Y entonces adiós libro y radio, lo poco que he ganado. Allá, donde conviven casi 150 presos, resulta hasta

imposible la mera lectura. Lo he podido comprobar. Aquí, sobra!!! tiempo para la actividad intelectual.

¿Sabes en qué lugar está Marinello⁵? Porque en el Príncipe parece que no está.

Y muchos saludos a Margot⁶, y a los amigos comunes, a Rafael S. Solís singularmente. Te abraza,

Raúl

Colección Mañach, no. 547. Archivo Literario, Instituto de Literatura y Lingüística.

Notas

¹ Arturo Sonville.

² Gabriel Barceló Gomila.

³ Diario de la Marina.

⁴ Francisco Ponte Domínguez. ¿Aludirá a *Elementos de derecho político* (1926)?

⁵ Juan Marinello fue condenado a seis meses de prisión en abril de 1932. En septiembre salió del Presidio Modelo y debió pasar a la vida clandestina hasta su salida hacia México en abril de 1933.

⁶ Margot Baños.

A Manuel Navarro Luna

Agosto 30/32

Mi muy querido Mongo Paneque:

Desde que el poeta¹ de los papiros tropicales te escribió su carta, estoy yo haciendo la mía. Pero materialmente sin hacerla hasta ahora. Por eso –por exclusiva culpa mía– salen con gran retraso.

Siempre leo tus cartas a Marinello, y siempre las encuentro estupendas. Mejores, más formidables que tus formidables «Cartas de la ciénaga». Porque oye: tu producción más auténtica está regada en tus cartas particulares. Lo único que te deseo es que si alguna vez se recogiesen todas y publicasen como tu epistolario no fuese Félix Lizaso, quien las anotase, ordenase y prologase [, porque] se desprestigiaba tu memoria. [?]² y es deplorable, porque, en el fondo, es un «correcto funcionario» y un buen muchacho incoloro.

(Aunque todo esto es evidente, el poeta Marinello dirá que es exageración mía, que Lizaso no se merece esto, etc. No en balde suda «leche de bondad humana» por todas partes.)

Y ahora a tus versos. Me gustaron muchísimo. Desde el título hasta el prólogo que le va a poner Juancillo. Trabaja en él cuando las condiciones le son propicias. Pocas veces por cierto. Aquí, Mongo Paneque, no se puede leer ni trabajar sistemáticamente. Sólo a minutos. Ni siquiera esto es rico en matices desusados. Es tranquilamente igual, desde que llegamos. Tic-tac de reloj que, caminando, no camina. Monotonía químicamente pura. Las mismas cosas, las mismas conversaciones, todo idéntico. Por eso, mentirá rotundamente quien luego en la calle escriba o hable solo sobre la temperatura, dramática, de la prisión. Cuento puro. Y vuelvo a tus versos, de los que me he escapado casi subconscientemente. Sí, son tus mejores versos estos, que recoges en «Pulso y onda», y, versos de diez y ocho kilates, por cualquier malecón que los pasees. Lo que no podrían hacerse so pena de oxidarlos, con los de Florit y Ballagas.³ El primero no dará jamás nada que quede. Se explica. Es dos veces sordo: del oído y de la sensibilidad. El otro sí tiene temperamento. Pero tiene excesiva predilección por atra-

carse de musarañas. Esa es mi visión actual de ambos. Puedes, si gustas, comunicárselas como son.

Si algún día salimos, y hay entonces [?]⁴ pienso dedicarme a clavarle la puntilla a algunos mercachifles de la inteligencia que sufrimos naturalmente, si Jorgito⁵ no supera el [¿apriorismo?]⁶, que lo devora encabezará la lista. Y lo voy a virar al revés como un calcetín.

Me parece Mongo Paneque que ya me he hecho acreedor de una respuesta tuya. La espero. Salúdame a todos los amigos de esa. A tu mujer, tu Monguito, tu familia, mi afecto de siempre. Un abrazo para ti de

Raúl

Entre tú y yo: me joroba Waldo Frank. Sobre todo después que dijo aquello, que nosotros habíamos nacido para podrirnos en la cárcel sin remedio. Lo que parece va a cumplirse. Y esto no me hace perder la sonrisa ni la mala lengua. Lo que me joroba es que predique estoicismo quien es incapaz de practicarlo.

Colección Navarro Luna. Archivo Literario del Instituto de Literatura y Lingüística.

Notas

¹ Juan Marinello (Juancillo).

² Mutilado.

³ Eugenio Florit y Emilio Ballagas.

⁴ Mutilado.

⁵ ¿Jorge Mañach?

⁶ Palabra casi ilegible.

A Pablo de la Torriente Brau

Habana, Dic[iem]bre 12 9/32

Mi querido abuelo:

Sufre, solloza, ruge, patalea y límpiate los mocos. Una vez más te he dejado dentro. ¡Y las que faltan! Hoy a las seis traspuse triunfalmente el rastrillo del Príncipe. ¡Imaginaos!

Hasta ahora he tenido esto lleno de gente. Suárez Solís¹ y Juan² vinieron de los primeros. De estos aún conservo la solapa mojada de ternura. Luego los de siempre, Pepe³ y Chema,⁴ [¿Noelia?] y Judith⁵, etc. Y antes que todos, tu Teté⁶, que está más linda y bien que nunca. ¡Lo contenta que se hubiera puesto de haber tú venido con el nieto! Le prometí escribirte hoy mismo; y aunque tardísimo, lo estoy haciendo.

[...]

Bueno, me quito. A todos un tremendo abrazo fraternal. Escribiré pronto largamente. El recurso de embarcarse queda como última emergencia. Tu nieto,

Raúl

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, pp.6.

Notas

¹ Rafael Suárez Solís.

² Juan Marinello.

³ José Zacarías Tallet.

⁴ José Manuel Valdés Rodríguez.

⁵ Judith Martínez Villena.

⁶ Teté Casuso.

A Pablo de la Torriente Brau

Habana, Diciembre 22 9/32

Muy querido y venerable abuelo Pablo:

Recibí tu colérica epístola, llena de helénico confusionismo. Es verdaderamente asqueroso que tú incurras en esas equivocaciones. Yo te perdono en definitiva, porque bien sé dónde está la causa de ellas. ¿No escupirás de rabia y te darás tremendos tirones de barba si te digo que chocheas? Es la arterioesclerosis que —comején maldito— te come los últimos vestigios de vida que quedan en ti. Ya Teté¹ lo sabe y está desolada: tú no eres más que un anciano con «tres cuartos de cuerpo sin alma», sin dientes, arrugado, con la antigua musculatura —gala y orgullo en otro tiempo del Atlético²— toda desflecada, sin más pasatiempo que contar las estrellas y acariciar la melena de luz de los recuerdos. (¡Coño, qué frase más formidable!)

Bien. A otra cosa. Me parece excesivamente cruel eso de recordarte tus achaques. Y yo te quiero, a pesar de tu manía senil de orinarte en la cama. Juan³ evoca esto trémulo de congoja. Tú sabes que él es un sísmógrafo ante el dolor ajeno.

La otra cosa es que ya vi a las dos mujeres: la blanca y la roja. Aquella no fue a recibirme porque estaba enferma, pero me llamó por teléfono y me abrumó de dulces puerilidades (que yo —acorazado de bolsillo— recibí impávido, como ustedes seguramente la noticia de «se quedan»). Luego la fui a ver; pero te confieso —¡Oh mi abuelo a quien me está vedado mentir!— que no sentí que se me estrujara el miocardio esa noche. Creo que todo aquello se evaporó para siempre. A la otra la fui a ver a su casa. Francamente me sedujo. Ya su boca fue mía. (Importante: no es tan marmórea como pensaba. Lo que pasa es que en esas cosas todo depende del ejecutante. Y me he comportado como un Beethoven del violín.) Ahora lo patético: ayer mismo, después de una sesión caliginosa y desfalleciente, llego a mi casa y al poco rato me llama la otra, la muchacha que en mi «adolescencia soñadora y triste nimbó de primavera mis senderuelos». Se me paralizó todo. Ahí estaba

su voz, esperándome en el teléfono. ¡Y no fui, abuelo mío; no pude ir; me disculpé diciendo que estaba ocupado! ¿Motivo de esa actitud de folletín romántico? Pues éste: que estaba confundido de vergüenza como quien acaba de hacer algo malo. ¡Oh, abuelo mío, el marxismo no ha secado en mí el arroyuelo de la sensibilidad! Sigo siendo un comemierda del más claro linaje. ¿Y tú?

Ya me tienes otra vez sombrío y mordido de complicaciones. Dos mujeres y el problema agudísimo de Perico y nosotros. Un triangulito de yuca. [...]

Ya le di a Juan tus cartas y los papeles del materialismo.

[...]

Emilito⁴ me prometió mandarles un paquete también. En el mío van millones de tabacos y porquerías.

La noticia de los pulsos me ha puesto tembloroso de emoción.

A Teté la vi la otra noche en el «caserón de las sombras», que era el santo de Judith⁵. No pierde sus esperanzas de verte muy pronto, ni yo tampoco. A mi sobrino que haga suya esta carta. A todos, a toditos, a los nueve, muchos abrazos y mi deseo más ferviente de que pasen unas pascuas felices y un próspero año nuevo. Adjunto el sello para la «contestata».

Abrazos de

Raúl

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, pp. 6-7.

Notas

¹ Teté Casuso.

² Club Atlético.

³ Juan Marinello.

⁴ Emilio Roig de Leuchsenring.

⁵ Judith Martínez Villena.

A Juan Marinello

Presidio Modelo, ¿13?-12-9/32¹

Juan de América
(Ese galeote de la carne en trocito)

Muy querido «viejo» Juan:

Tu reciente carta a Ignacio² nos permite romper nuestra «mudez» de la que nos acusas en tu tarjeta al abate Gabriel³. Hasta esa carta tuya desconocíamos tu dirección actual. De ahí nuestra imposibilidad de conectarte. Pero no creas que no hemos puesto de nuestra parte para lograrlo. A Jorgito⁴ y a casa, pregunté por tu «bohío», el primero aún no me ha contestado; mamá indagó tu domicilio sin éxito. Y basta de protocolo Juanillo Marinelle, como te llamaba el inofensivo Gaby. Aunque mi «mudez» hubiese sido voluntaria, ten la seguridad que no obstante las escasas veces que me he permitido calificarte de «poeta regular» —calificativo el más duro que he vertido sobre ti— se te quiere de gratis, a pesar, de tus «barbas venerables» y de tu «mirada dolida y lejana».

A propósito, una pregunta indiscreta, pero que me robaría el sueño si no te la zumbara: ¿fuiste tú mismo quien redactó el pulcro pie que consteló tu retrato de la Terminal? Porque ese estilo es muy tuyo, a menos que en el tiempo que pasaste [¿?], te hayan brotado discípulos en los periódicos. Sueño nos da, esto es serio. Puro relajo. Pero no quiero cortarlo sin decirte que en esa fotografía, no obstante tu aire apostólico, pareces un visir metido a vendedor de hebillas. Matías⁵ más que un «junker» germano luce un luchador greco-romano. (Por mi parte, aunque me hubiesen captado en perfil simiesco hubiese querido salir fotografiado con ustedes.)

Ya han llovido algunos días desde entonces. Y han ocurrido también grandes sucesos. El más grande y trascendental de todos: que en los primeros días de octubre concluimos la traducción del mamotreto de Bujarin⁶. Concluimos, digo, porque fui yo quien ocupó tu puesto. Lo

que no significa que me busqué mi «figura», sin perder el tuyo tú naturalmente. No te puedes imaginar —o mejor, sí te puedes imaginar— cuánto sufrí en esos días. Quedarán en mi recuerdo como una pesadilla medioeval. Difícilmente vientre alguno de rusa vuelva a parir otro Bujarin. Es modelo de imbéciles y espejo de cretinos. Algo así como un D. [don] Gonzalo Aróstegui, nacido en Siberia. Ahora se está ya pasando la copia definitiva. Pablo⁷ y Gabriel quisieran publicarlo antes de que termine el año. Va a ser difícil, ¿no podías tú, o alguien de tu confianza, hacerte cargo de averiguar precios, etc.? Ellos quieren publicarlo en España. A mí me parece que la Editorial indicada para eso, más que «Espasa-Calpe» es «Cénit».

Nuestra cooperativa sigue funcionando. Tu sitio lo ocupa el «profesorito» Cotoño⁸. Tenemos ya sartén. Te has perdido, te estás perdiendo succulentos banquetes. El Guajiro⁹ ha resultado un alquimista. Hace maravillas con la carne en trocito, que tanto te apasionaba. Además ha confeccionado par de «macarronadas» sin paralelo. Y vamos derecho para la tercera. No pensamos, por ahora, abandonar nuestro delicado refugio. Lástima, que no lo compartas también tú. Sabes que siempre serás recibido con los brazos abiertos; y que tu puesto sigue siendo tuyo. ¿No te decides a ello? En tu caso, yo mandaría al polo Norte, al que tamañas asquerosidades me propusiera. Porque, viejo Juan, esa es la verdad: mientras Pablo y yo, y todos sudamos y olemos —si se nos pega— a grajo, tú sudas bondad y sólo a eso hueles.

¿Has visto a Pepe¹⁰ y a Chema¹¹? ¿Y al inmundo Guerrita¹²? El bajel sigue, dando tumbos. ¡Qué cretino es el tipo ese y los de su calaña!

En tu tarjeta a Perico —que hoy recibió— anuncias el envío, de un cargamento, de libros. No se quede eso en promesa. Los esperamos pronto.

Entralguito¹³ me escribió ayer; además me prestó el libro de Humboldt¹⁴ sobre Cuba y se puso con un dulce, que trasciende todo calificativo. Ese Entralguito es mucho Entralguito.

Guillot¹⁵ estuvo malo, en efecto; fue trasladado a La Habana. En el Hospital Militar, a donde fue conducido para ser reconocido, le diagnosticaron principios de beri-beri. Una alimentación adecuada y un poco de reposo le devolverán las energías perdidas.

La academia del Capital¹⁶ —patadas en los sesos por un viejo, que no los tuvo— sigue funcionando, pero perdiendo adeptos. Ayer se fue

Campito¹⁷, ¡qué lechero se puso! Ya antes se habían ido Lulo y Miguel Acosta.

Pablo y yo proyectamos ahora escribir el anti-Marx. Queremos algo nuevo. Algo, que nos haga olvidar de todas esas mentiras en las que sin embargo creemos. Y cada día más que el anterior. Porque oye, a pesar de eso, yo soy marxista hasta el sepulcro, igual que Pablo. A este tuve ayer noche que sacarlo en andas del patio, víctima de un feroz reumatismo. Cumplía precisamente 105 años¹⁸. Bueno, si el pulso se lo tolera te hará ahora unas líneas. Saludos afectuosos a Pepilla¹⁹. Recuerdos a los amigos. Abrazos de

Raúl

Colección Juan Marinello (texto manuscrito).

Notas

¹ Una carta enviada a Marinello por Pablo de la Torriente con fecha 11-12-1932, publicada por Ana Suárez en *Cada tiempo trae una faena...* (vol. I, pp. 366-368), permite precisar, por la similitud de las anécdotas y los temas tratados, que Roa le escribió a Marinello entre el 11 y el 13 de diciembre. También la alusión de Roa al cumpleaños 31 de Pablo, el 12 de diciembre, arroja luz al respecto.

² ¿Ignacio González Tellechea?

³ Gabriel Barceló Gomila.

⁴ Jorge Mañach.

⁵ Matías Barceló.

⁶ Nicolás Bujarin. Se refiere al *Materialismo histórico* (en una traducción del inglés).

⁷ Pablo de la Torriente Brau.

⁸ Manuel Cotoño.

⁹ Porfirio Pendás.

¹⁰ José Z. Tallet.

¹¹ José Manuel Valdés Rodríguez.

¹² José Antonio Guerra.

¹³ Elías Entralgo Vallina.

¹⁴ Alejandro de Humboldt. Alude al libro *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*.

¹⁵ Manuel Guillot.

¹⁶ Academia Marxista.

¹⁷ ¿Bernardo Campos Abreu?

¹⁸ Alusión a la serie de crónicas «105 días preso» (1931) de Pablo de la Torriente Brau.

¹⁹ María Josefa Vidaurreta.

A Manuel Navarro Luna

Habana 1 de agosto 9/34

Mongo único:

¿A qué viene ese silencio tan prolongado conmigo, que soy el único hombre en el mundo capaz de interpretarte y comprenderte. Ríete de Marinello. Yo, yo y yo.

Bueno la cuestión es esta. Acabo de publicar un folleto sobre la jornada del 30 de septiembre. En paquete aparte te mando un ejemplar y también a los amigos de esa. Van dirigidos a *Orto*. Si tienes tiempo que perder te agradecería me hicieras un comentario demente sobre el folleto.

Todavía no te he dicho la cuestión. Resulta que quiero ver si puedo situar allá en tus lares un buen número de ejemplares y nadie mejor que tú para lograrlo. El precio es barato, más barato que Batista:¹ 30 centavos. Si crees que hay ambiente, me escribes enseguida y dime cuántos folletos te envío.

Tengo en perspectiva un libro maravillosamente absurdo. Ya está hecho prácticamente. Se titula: «Bufa subversiva». En el capítulo «Presidentes» estás tú por derecho propio. Tiene esta Bufa tremebundos aspectos y contingencias aladas. Es del culo, viejito.

Espero, coño, que te tomes la molestia de notificarme que te he escrito. Es lo menos que puedes hacer y ven otra vez por aquí que la Habana está ausente de «hombres» y repleta de títeres.

El otro día almorzó aquí el enorme, el inmenso, el inefable, Luis Prada², de allá. Y almuerza como un burgués- ¡Al carajo los comunistas burgueses!

¡Y abajo el imperialismo y la guerra! El Congreso se ha suspendido. Me defeco opulentamente en Mendieta. Recuerdos. Tuyo

Raúl

Notas

¹ Fulgencio Batista Zaldívar.

² Ex preso del Presidio Modelo.

A Manuel Navarro Luna

Habana nov 29 9/34

Mongo Paneque el único:

Coño, al fin has resollado. Tus líneas las he demorado, redemorado. Había llegado a pensar que ya ni te acordabas que yo, el único hombre en el mundo que puede compararse a Mongo Paneque, ya no existía. Y eso me tenía encojonado. Sobre todo que mis últimas líneas no me las habías respondido.

Gracias por tus notas estoy loco por leerlas.

Ahora oye esto: he escrito sobre algo que solo yo podía escribir. Es para el libro que tengo en la imprenta, que se titula *Bufa subversiva*. No es un trabajo crítico. Es cosa puramente imaginativa. Te aseguro que cuando lo leas vas a salir corriendo por las calles de la aldea gritando: cojones por fin alguien me interpretó. Despidete de lo que me ha salido. Algo del carajo.

Cuando me den la prueba, te la mandaré por correo.

No creo que estés enfermo. No puede ser. Mongo Paneque está por encima de esas pendejadas.

Recuerdos a los tuyos

Te abraza

Raúl

Colección Navarro Luna. Archivo Literario Instituto de Literatura y Lingüística.



A José Antonio Fernández de Castro

14/9/35

[...]

Aquí estamos en esta ciudad luminosa y podrida, pasando las de Caín. Y lo más simpático es que nuestras perspectivas de regreso a Cubita se confunden en el tiempo.¹

Colección Fernández de Castro, No. 455. Archivo Literario Instituto de Literatura y Lingüística.

Nota

¹ Roa está exilado en Nueva York y Fernández de Castro era diplomático en la Embajada cubana en México.

A Pablo de la Torriente Brau

Philadelphia, 4-11-1935:

Viejo asqueroso: Aquí va lo que he podido hacer para *Frente único*. Pon lo que te salga y lo que no te salga. En cuanto al título del editorial, me parece el más acertado “La revolución a la deriva”. Pero si no lo crees pertinente ponle el otro. Creo que he cumplido mi compromiso. Ya sé que no fue el propio día que llegué, pero sí el siguiente. Gustavo enviará lo suyo enseguida. Me parece que vale la pena esperar. Lo está pasando en limpio. Para ganar tiempo yo remito aparte lo mío.

[...]

Como estoy tan cerquita de ustedes, me siento casi allá. Debo confesarte que me fui con el corazón encogido, igual que Ada.¹ Tú sabes que yo soy de los que siente entrañablemente la amistad. Y ustedes todos —Alberto² y Gladys,³ Pimpín⁴ y Daniel,⁵ tú y Teté—⁶ son pedazos de mí mismo.

Esta carta es para todos. Y a todos les escribiré separadamente enseguida. Contéstame enseguida. Para todos abrazos cariñosos nuestros,

Raúl

La Gaceta de Cuba. La Habana, septiembre-octubre, 1996, pp. 4-10.

Notas

¹ Ada Kourí.

² Alberto Saumell.

³ Gladys López.

⁴ Carlos Martínez Sánchez.

⁵ Daniel Saumell.

⁶ Teté Casuso.

A Pablo de la Torriente Brau

Philadelphia, 8-11-1935

Viejo cochino: Lo siento por tí. Pero sí, eres el mulo general. Mas no olvides que yo por lo menos soy la jaca, o el jaco, mejor dicho, porque por fortuna pincha conservo aún.

[...]

Phila es una plasta. Todo es una plasta. La vida es dura, amarga y perra... Eres un irresponsable. ¿Acaso no lo soy yo? ¡Cómo te jode la comparación, viejo asqueroso! Porque tú eres de los que te guillas de equilibrado, armonioso, disciplinado, serio, correcto, inflexible... ja... ja... ja... [..]

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, pp. 7.

A Pablo de la Torriente Brau

Philadelphia, 9-11-1935

Querido Pablo:

Aquí va el artículo de Gustavo¹ y un entrefilet mío sobre el asunto de César. Supongo ya en tu poder lo último que te mandé. El artículo de Gustavo encaja perfectamente en el tono doctrinal que queremos imprimirle al periódico. Es un poco largo, pero su interés y contenido compensa la extensión.

[...]

Ya Entralgo² debe de tener en su poder nuestra comunicación. En cuanto responda, precisa que te pongas en contacto con Naredo³ y Tomás de la Cruz a fin de que lo vayan a ver enseguida. ¿Qué hay del pacto con IR? ¿Ya enviaste las bases? Supongo tendrás ya carta de Luis.⁴ [...]

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, pp. 7-8.

Notas

¹ Gustavo Aldereguía.

² Elías Entralgo.

³ José Naredo Vidal.

⁴ Seudónimo de Ramiro Valdés Daussá.

A Pablo de la Torriente Brau

Philadelphia, 12-11-1935

Viejo chocho:

[...]

Recibí carta de Entralgo¹. Dice que el periódico ha causado magnífica impresión, que no se nos ocurra modificarlo en ningún sentido. Por su parte el viejo Don Fernando² le confesó con los ojos en blanco y la papada trémula, que era el nuestro el tipo de periódico revolucionario por el que suspiraba luengo tiempo ha. Ya te podrás imaginar lo que esto significa en gordo tan descontentadizo y criticón como él...

[...]

Ada³ sigue vomitando aunque menos. Todo parece indicar que tendrá que irse para la tierra natal. Esa perspectiva me pone el culo minado de angustia.

Escríbeme una letra si te sale. Y no me pongas malas palabras. Recuerdos nuestros para todos. Para ustedes nuestro abrazo,

Raúl

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, pp. 8.

Notas

¹ Elías Entralgo

² Fernando Ortiz.

³ Ada Kourí.

De Pablo de la Torriente Brau

New York, 9, 12, 935

Querido Raúl:

[...]

Ah, carajo, olvidaba decirte que he leído tu libro, que me parece estupendo y que es una lástima que no se pueda leer en Cuba. Lo mejor del libro es que se parece a ti, desordenado, brillante, inquieto. Tiene cosas magníficas y cosas maravillosas. La instantánea campesina, aunque no lo hicieras con ese ánimo, en realidad es un cuento estupendo. Las páginas universitarias, un gran recordatorio. Y Agis el Espartano y la Inter-
viú profética dos de los mejores capítulos. Me gusta todo. Leonardo¹ piensa que tú eres el mejor escritor de Cuba. Yo pienso lo mismo. Me dijo Leonardo que los apristas en Miami, comentando tu libro, ironizaban diciendo que a juzgar por él, entre tú y Aureliano habían tumbado a Machado. Cuando llegue el caso puedes decirles que si eso no fue así, por lo menos, sin el aporte de ellos bien pudo ser, en cambio...

Ahora estoy leyendo el libro de tu tío². Francamente, no te pongas bravo, pero es el gran cabrón. Se trata de un libro asqueroso, escrito por un hombre inteligente, de estilo atrayente, porque tiene imaginación. Pero, con esa tesis, no digo yo si le publican el libro en inglés, francés y español. Si yo hubiera conocido ese libro en Cuba, nadie hubiera impedido que en el periódico «Ahora» le hubiera mandado el gran leñazo. Tiene talento tu tío. Y por eso mismo se me ha aproximado más al fusilamiento. Sin duda que tiene más lectura que muchos sabios y eruditos de Cuba. En este sentido no es tan bluff como lo pintan. En cambio, sin duda, es más sinvergüenza de lo que se asegura. Y no te pongas bravo.

[...]

Pablo de la Torriente Brau. *Cartas cruzadas. Correspondencia 1935*. La Habana, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2004, pp. 225-232. La cita en pp. 229-230.



Notas

¹ Leonardo Fernández Sánchez.

² Jorge Roa.



A Pablo de la Torriente Brau

Tampa, diciembre 19 de 1935

Mi viejo y enojado abuelo:

[...]

En cuanto a las apreciaciones tuyas sobre mi libraco, no las acepto. Son excesivamente excesivas. Siempre te las agradeceré por aquello de que vienen de un viejo erudito y experto en achaques literarios... En cambio, suscribo con dolor infinito tu juicio sobre el libro de mi tío y su autor. Fue el mismo mío al concluir su lectura.

[...]

Pablo de la Torriente Brau. *Cartas cruzadas. Correspondencia 1935*. La Habana, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2004, pp. 362-370. La cita en p. 369.

A Pablo de la Torriente Brau

Tampa, 22-12-1935

Viejo Pablo:

[...]

Por el propio Pimpín¹ van noticias frescas, de ayer mismo, sobre los últimos acontecimientos. Asimismo una copia original de la «doctrina auténtica», que pude hacerla a espaldas de Lincoln² que me la había facilitado a título de curiosidad. Las tachaduras y enmiendas corresponden al original. Archívalo enseguida. Nos servirá en su momento. Hay que irse pertrechando de elementos fundamentales. Hay que estar al tanto de la marcha de la revolución por dentro.

[...]

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, p. 8.

Notas

¹ Carlos Martínez Sánchez.

² Lincoln Rodón.

A Pablo de la Torriente Brau

Tampa, 3-1-1936

Viejo y querido abuelo:

Aquí está Kourí.¹ Igualito. El mismo que dejamos hace diez meses en Perseverancia 10. Quizás un poco más gordo, pero desbordando personalidad como nunca. Ada² y yo estamos jubilosos. Lástima que el encanto no pueda ser completo.

Por un lado me dio una noticia que me ha dejado el ánimo ensombrecido: lo que la vieja tuvo fue un colapso. Cosa de verdadero cuidado. Por el otro, como si eso fuera poco, se lleva a Ada con él. Estima, y yo lo comprendo, que debe estar un tiempo con los suyos. Luego retornará. Probablemente la ausencia durará un mes: lo suficiente para que el corazón se enferme espantosamente.

Con ese motivo nos trasladaremos de un momento a otro para Miami, donde ella tomará el barco para Cuba. Yo la esperaré allí hasta que regrese. Lo más probable es que venga para aquí, pero haré cuanto pueda por volver a New York, sobre todo si ella se queda en Cuba. Prefiero New York a todo. Ya estoy hasta los cojones de este ambiente de chismografía.

¿Qué pasa que no escriben? Le he escrito a Alberto³, a Pimpín⁴, a ti, sin resultado últimamente. Necesitamos orientaciones concretas de ustedes. Hoy recibí copia de la carta que te escribió Sanjenís⁵. Ella confirma plenamente todo cuanto les he informado. El pacto está ya prácticamente roto. Juan⁶ no lo quiere. El CGN del PRC en Cuba no lo ha ratificado aún, ni lo ratificará según noticias que tengo. La realidad es ésta: el frente único ha entrado en su última etapa. No creo que la supere. Habrá llegado entonces la coyuntura de plantear la consigna verdadera: el partido único de izquierda previo un desmascaramiento de los actuales, plenamente incapaces de llenar su función. La realidad misma se encargará de demostrarlo. Nosotros debemos estar alerta. En Cuba, según Kourí, hay una idea bastante clara de la crisis que confrontan los partidos revolucionarios. La gente clama por el frente

único, por la agrupación, por la propaganda. Y es un deber ineludible darle lo que pide.

Hace unos días le escribí largamente a [nombre ilegible] sobre todas estas cosas, a ver qué piensa él. Ahora tendré oportunidad de hablarle largamente.

Necesito saber enseguida de ustedes. ¿Qué tal la fiesta del 24 de diciembre? ¿Y el periodiquito?

Recibí hoy carta de Entralgo⁷. En efecto ha estado gravemente enfermo con difteria. Además ha estado perseguido. No ha ido de milagro al Príncipe.

Escríbeme a la dirección de Gustavo⁸ por el momento. Él se encargará de remitirme las cartas hasta que yo les avise mi nueva dirección provisional.

Con este ajetreo he tenido que suspender el trabajo sobre Rubén⁹. Lo seguiré en Miami. ¡Cuántas bellas cosas inéditas tengo aquí de él! Creo que podré hacer algo interesante.

Te adjunto el manifiesto último del PRC. Está escrito por Guillermo¹⁰. Este me dará mañana su articulito para ORCA.

A todos recuerdos nuestros. A la vieja Carlota¹¹ que estoy próximo a la melancolía mocosa. ¡Qué tragedia este desgarramiento tan temprano! ¡Me cago en mis espermatozoos!

Te abraza,

Dile al colorado que me mande el negativo de Guiteras¹².

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, pp. 8-9.

Notas

¹ Juan B. Kourí.

² Ada Kourí.

³ Alberto Saumell.

⁴ Carlos Martínez Sánchez.

⁵ Luis Sanjenís.

⁶ ¿Juan Febles Secretal?

⁷ Elías Entralgo.



- ⁸ Gustavo Aldereguía.
- ⁹ Rubén Martínez Villena.
- ¹⁰ Guillermo Martínez Márquez.
- ¹¹ Teté Casuso.
- ¹² Antonio Guiteras Holmes.



A Pablo de la Torriente Brau

Miami, 10-2-1936

Viejo Pablo:

[...]

La noticia candente es la concentración de todos los dirigentes de JC¹ en México a ver si logran resolver su propio potaje. Los auténticos confían en que de ser así el pacto será firmado, aun con sus modificaciones.

Vi otra vez a Emilio². Ayer mismo. Él cree que el pacto tiene un chance nuevo, aunque remotísimo, de aprobarse. De todas formas, sigue pensando en que no hay más solución real que el FU³.

Me imagino que ya el periódico debe estar en la calle. Mándame una remesa enseguida. [...]

Estoy dando ya los toques finales a mi trabajo sobre Rubén. Ni una gran cosa, ni una mierda. Te remitiré —no me olvido— tus cuartillas. Y oye: te cito, viejo maricón con frío!

[...]

Tuyo, Raúl

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, p. 9.

Notas

¹ Joven Cuba.

² Emilio Laurent.

³ Frente Unico.

A Pablo de la Torriente Brau

Miami, mayo 2 de 1936

Querido Pablo:

[...]

Ahora bien. De fracasar lo apuntado —cosa poco probable— y se decidiese la participación de ORCA e IR a la conferencia de Tampa, nosotros entendemos que deben supeditar su asistencia a la misma a la previa unificación de su posición teórica ante el Pacto de México y el problema general de la revolución. ORCA e IR —organizaciones afines— tienen que superar cuanto antes esta etapa de inconsistencia y vacilación teórica en que viven. De ser ORCA e IR las convocantes, se fijaría una fecha lo suficientemente racional como para que ambas organizaciones pudieran presentar una ponencia conjunta. En caso de ser la asamblea, nosotros debíamos previamente, y con el tiempo adecuado, redactar esa ponencia. La cuestión es que, de una manera o de otra, ORCA e IR tienen que ir a la conferencia de delegados con una respuesta concreta a la pregunta angustiosa y reiterada de Saumell.

No se olviden del tiempo. Recuerden que, además del que precisa invertir en la ponencia exclusivamente, entra en él la devolución de la misma a los respectivos ejecutivos para su discusión y aprobación.

[...]

Como ves, con este material puede elaborarse una tesis sólida y comprensiva de todos los aspectos del problema revolucionario. Manos a la obra, pues. Nuestra labor final será refundir todo el material aportado y darle unidad ideológica y de estilo. IR y ORCA podrán ofrecer, de esta manera, a la consideración crítica del pueblo cubano, un documento de verdadero rango, que exprese, hasta donde nos alcance el meollo y la penetración política, los intereses genuinos de la revolución cubana, hasta ahora vacía de contenido concreto.

¿Se percatan ahora cómo es materialmente imposible construir semejante edificio en quince días? Hasta ahora hemos esperado un año para obtener como fruto el monstruoso engendro de México.

Tengamos ahora la suficiente paciencia para que el nuestro no se quede en aborto.

Unos y otros debemos ponernos inmediatamente a la obra. Hay que ganar tiempo, que es cosa distinta a atropellarlo irreflexivamente.

Siguiendo nuestra ya establecida costumbre, saco copia de esta para Gustavo y los compañeros de IR. A todos los abrazos nuestros,

Raúl
Rubio¹

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, pp. 9-10.

Nota

¹ Juan Antonio Rubio Padilla.

A Pablo de la Torriente Brau

[Miami] 11 de julio de 1936.

Viejo Pablo: En carta anterior, te adjuntaba unos cuantos papeles para tu archivo. Para nuestro archivo, ya que, en rigor, el tuyo sigue siendo el de la organización.

Quiero ahora referirme, de paso, a dos cosas tuyas que merecen una respuesta adecuada: tu informe de los trabajos de ORCA y tu carta algebraica. Lo primero es un índice irrefutable de nuestra labor, que ha sido intensa sin duda y, sobre todo, limpia de ambiciones y mierdas. Tu carta algebraica, algo maravilloso. Habrá que publicarla cuando se pueda. Es un ensayo lleno de atisbos y deducciones ciertas. Aunque pésimo alumno de Matemáticas, declaro solemnemente que no hay método más efectivo y seguro que el empleado por ti. Ríete tú ahora de Marx y Engels y hasta de Lenin. De Stalin, ni hablar. No tiene categoría. Aquí la susodicha epístola ha suscitado verdadera sensación. Y puede ser que si te viras, o te viran primero que a mí, pienso recogerla con tus papeles póstumos. Ya lo sabes: tienes en mí un fiel Lizaso¹...

En nuestra tesis política, como verás cuando te llegue —Pimpín² tiene que reproducir una página— se usan no sólo deducciones tuyas, sino párrafos enteros de tu carta. La tesis fue hecha en colaboración: yo hice la primera y última parte. El obispo la segunda... fui designado, además, corrector de estilo.

Esta tarde a las tres se inician, convocados por nosotros, los trabajos del Frente... El resultado puede predecirse... Si acaso, más bien negativo. El PRC hará cuanto esté de su parte por no ir a la integración del Frente... Lo básico es acorralarlo de tal suerte que, caso de romperse la gestión nuestra, sean ellos los responsables de la misma.³

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, p. 10.



Notas

- ¹ Félix Lizaso.
- ² Carlos Martínez Sánchez.
- ³ En la epístola se aludió al ensayo «Álgebra y política» (1936), que Roa publicó en 1968.



A Pablo de la Torriente Brau

Miami, 26-7-1936

Viejo Pablo:

Esta propia tarde terminamos la cuestión del Frente Único. Lo que falta es cosa sin importancia: aprobación de actas hasta ahora no pasadas en limpio, redacción definitiva del pliego de Frente Único, etc. Mañana por la mañana será la última reunión. Por la tarde regresan varios compañeros para Cuba, entre ellos Gustavo¹ y Mongo². Yo, por mi parte, aguardo noticias concretas sobre mi situación en Urgencia en relación con el «Mundo Infantil»³. Como tú comprenderás, yo no estoy dispuesto a negar ni mi participación en la huelga ni mi calidad de corruptor de la niñez. De ahí que no obstante mi terrible desesperación por pitar, yo haya optado por esperar la amnistía. En cuanto esta salga, vuelo. Aunque en realidad no podría hacerlo si ahora se tirara: no tengo ni tres quaros. ¿Ustedes qué piensan hacer?

[...]

Yo creo que hemos rendido un trabajo fecundo. Por lo pronto, el frente está constituido. Sólo quedó fuera, por el momento, el PRC. Pero lucharemos por traerlo al mismo. Claro que todo tiene su límite. Si el PRC decide no venir, pues al carajo... y a otra cosa.

Cuando te remita el pliego de Frente Único, leerás cómo todas las cuestiones centrales del mismo son nuestras. Es decir: de IR, de ORCA. Hemos desarrollado una labor conjunta.

Ahora a Cuba, a resolver la fusión definitivamente y echar las bases del nuevo partido. Sobre esto trabajamos ya. Yeyo⁴, el Guajiro⁵, Guillot⁶, Irisarri⁷ y otros están dispuestos a integrarse en el mismo. A ese efecto tendremos mañana un cambio de impresiones. Creo honradamente que estamos en disposición de hacer algo efectivo, potente y de alcance. Pero para ello hay que ir a Cuba. Eso es previo. [...]

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, p. 10.



Notas

- ¹ Gustavo Aldereguía.
- ² Ramón (Mingo) Miyar.
- ³ Se refiere al proceso seguido a los redactores y colaboradores de la publicación *Mundo Infantil*. Entre estos últimos se encontraban Roa, Pablo de la Torre, Mirta Aguirre, Calixta Guiteras y Rosa Hilda Zell.
- ⁴ Aureliano Sánchez Arango.
- ⁵ Porfirio Pendás.
- ⁶ Manuel Guillot.
- ⁷ José Miguel Irisarri.

A Pablo de la Torriente Brau

Miami, 5-8-1936

Viejo Pablo:

[...] Las labores del nuevo partido marchan adelante. Recibí carta de Ramiro¹ ayer en que nos anuncia la próxima publicación de un semanario, que se llamará *Ruta*.

Anoche tuvimos una amplia conversación con Yeyo², el Guajiro³ e Irisarri⁴ sobre el nuevo partido. Fecunda altamente la misma. Vienen decididamente con nosotros.

Lo de España, formidable. Allí está hoy el eje de la historia mundial. Triunfaremos, sin duda. Mi chiquito –que estudiará este magno acontecimiento en la historia del Instituto– está muy bien y engordando. Ada igualmente. Y yo loco por verlo. ¿Y tú? [...].

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, p. 10.

Notas

¹ Ramiro Valdés Daussá.

² Aureliano Sánchez Arango.

³ Porfirio Pendás.

⁴ José Miguel Irisarri.

A Pablo de la Torriente Brau

Habana, 12-8-1936

Viejo asqueroso:

Recibí ayer tu carta. Te equivocaste para fortuna nuestra. No tuvimos Pimpín¹ ni yo dificultad mayor. Hasta ahora jugamos calle. Sin embargo, acaba de abrirse una nueva causa en relación con la Conferencia de Miami. Ya engramparon anoche a Purita², la esposa de Miguel Ángel³. Yo creo, no obstante, que podemos ir escapando, como tantos otros. Hay sencillamente que hilar mucha habilidad y discreción.

Veo que al fin pitas para la tierra gloriosa del Quijote. Te envidio hondamente; pero no puedo hacer otra cosa, por el momento, que quedarme aquí. Aparte de que políticamente hago falta. Ya empezamos a trabajar en la cuestión del nuevo partido. Mañana tendremos la primera reunión al efecto. [...]

La situación, gravísima. Se vive la inminencia de una profunda crisis política. El Cazón⁴ está perdido. Se lo confió al propio Quevedo⁵. Y no te puedes imaginar —no obstante tu poderosa capacidad especulativa— la extensión ni la profundidad del régimen amarillo. Todo lo invade y lo penetra todo. Hasta los *sports*. El apapipiaje es pavoroso. La vigilancia informada, brutal. Yo veo que la tarea es magna, y si queremos lograr algo tendremos que avanzar desde la entraña. En una palabra: precisa conservar la fe y reagrupar filas. Hay un desconcierto evidente y no menos decepción.

Hoy —12 de agosto— no ha habido nada. El gobierno suspendió la manifestación y el mitin. ¡12 de agosto machadista! Día abyecto y doloroso: no se ha movido una paja. Créeme: me siento enfermo de cólera.

¿Cuándo viene la vieja princesa⁶? Que me avise para ir a esperarla. E igualmente Alberto⁷, Gladys⁸. Contéstame tú enseguida. No te vayas sin hacerlo. Yo, por mi parte, lo haré también. Ya, para la poniña, podré darte una información más concreta y nutrida. [...]

No dejes de escribirme desde el campo de guerra. ¡Desde la línea del Guadarrama! ¡Desde donde estés! Seguiré tu trayectoria en gozo y agonía. Te lo repito: no te olvides de eso. [...]

Robinson Crusoe⁹

La Gaceta de Cuba [La Habana], año 34, no. 5, septiembre-octubre, 1996, p. 10.

Notas

- ¹ Carlos Martínez Sánchez.
- ² Pura Estrada.
- ³ Miguel Ángel Fernández de Velazco.
- ⁴ Miguel Mariano Gómez Arias (el hijo de José Miguel, el «Tiburón»).
- ⁵ Miguel Ángel Quevedo de la Lastra.
- ⁶ Teté Casuso.
- ⁷ Alberto Saumell.
- ⁸ Gladys López.
- ⁹ Seudónimo de Raúl Roa.





ANEXOS





Personalidades

Acosta Bello, Agustín (1885-1979). Poeta modernista. Autor de *La zafra. Un poema de combate* (1926). Enfrenta la dictadura de Machado afiliado a Unión Nacionalista.

Acosta Bello, José Manuel (1895-1973). Dibujante y fotógrafo. Participante en la Protesta de los Trece, miembro del Grupo Minorista y Secretario de la Universidad Popular José Martí. Gran amigo de José Z. Tallet.

Adams, John Quincy (1735-1826). Presidente de los Estados Unidos. Se le atribuye la teoría de la fruta madura con respecto a la tesis de apropiarse de Cuba.

Agis IV (244-241 a.n.e.). En Esparta intentó repartir tierras a los pobres. Fue encarcelado y estrangulado.

Agüero y Agüero, Joaquín de (1816-1851). Patriota cubano. Fue ejecutado por el colonialismo español.

Ainciart Agüero, Antonio B. Jefe de la policía de La Habana. Dirigió la represión contra la manifestación del 30 de septiembre. Se suicidó (19 de agosto de 1933). Su cadáver fue linchado y arrastrado por las calles hasta el frente de la Escalinata universitaria, donde querían colgarlo. Eduardo Chibás habló a la multitud para impedirlo.

Alcibiades (450-404 a.n.e.). General y político ateniense.

Aldama, Miguel (1820-1888). Terrateniente. Político dirigente de la emigración cubana en los Estados Unidos durante la Guerra de los Diez Años.

Aldereguía Lima, Gustavo (1895-1970). Médico y político marxista. Amigo íntimo y médico personal de Mella y Martínez Villena.

Participante en la expedición de Gibara (1931). Fundador y uno de los secretarios generales de ORCA.

Alejandro Magno (356-323 a.n.e.). Político y militar griego. Rey de los macedonios. Dominó grandes territorios en Europa y Asia. Uno de los iconos del expansionismo imperial.

Alpízar, Félix Ernesto (19?-1932). Miembro del DEU de 1930. Torturado y asesinado por la satrapía machadista. Sus restos se encontraron en agosto de 1933 en el Castillo de Atarés. Roa habló en su sepelio.

Ameghino, Florentino (1854-1911). Arqueólogo y paleontólogo argentino.

André Alvarado, Armando (1872-1925). Comandante del Ejército Libertador. Preparó un fallido atentado contra Valeriano Weyler. Ejerció el periodismo y fue director de *El Día*. Se opone inmediatamente a Machado y este ordena su muerte, ocurrida el 20 de agosto de 1925, a sólo tres meses de haber asumido la Presidencia.

Alvear, Marcelo Torcuato de (1868-1942). Abogado y político. Presidente de la República de la Argentina (1922-1928).

Amiel, Henri-Frédéric (1821-1881). Escritor romántico suizo. *Diario íntimo* (1883) fue su obra más famosa.

Araquistáin, Luis (1886-1959). Político y diplomático de la Segunda República Española. Visitó La Habana (1927). En *La agonía antillana* dedicó un capítulo a censurar la dictadura de Machado.

Averhoff Plá, Octavio (*Coquito, Sargento*). Rector machadista de la Universidad de La Habana (1927-1929). Máximo responsable de las expulsiones de los estudiantes. Fue promovido a Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes (1930-1933). Era tan odiado que recibió un «bombardeo» de huevos podridos a la salida del cine Encanto en una ocasión. Huyó con Machado.

Avilés Ramírez, Eduardo (1896-¿?). Escritor y periodista nicaragüense residente en Cuba hasta 1926. Luego se instala en París.

Bakunin, Mijail (1814-1976). Político revolucionario ruso. Uno de los ideólogos del anarquismo. Polemizó con Marx.

Balmaceda, Miguel. Miembro de la sección de expertos de la policía machadista.

Ballagas, Emilio (1908-1954). Poeta cubano.

Baños, Margot. Esposa de Jorge Mañach.

- Barba Jacob, Porfirio** (seudónimo de Miguel Ángel Osorio) (1883-1942). Poeta colombiano. Visitó varias veces La Habana.
- Barbusse, Henri** (1873-1935). Narrador y político antiguerrerista francés. Se convierte en un intelectual con prestigio mundial. Organiza el grupo de intelectuales Clarité (Claridad) para la propaganda. Su novela *El fuego* es una lectura «obligatoria» de jóvenes con inquietudes revolucionarias.
- Barceló, Matías**. Periodista. Amigo de Marinello.
- Barceló Gomila, Bartolomé** (*Bartolo*). Hermano de Gabriel. Encarcelado en Presidio Modelo.
- Barceló Gomila, Gabriel** (1907-1934). Líder del DEU de 1927. Expulsado por diez años de la Universidad de La Habana. Miembro del Partido Comunista. Perteneció a la ANERC en Nueva York. Fundador y líder del Ala Izquierda Estudiantil. Encarcelado en Presidio Modelo. Orador, profesor y traductor de textos marxistas. Murió de tuberculosis (febrero de 1934). Para sus compañeros era un paradigma de revolucionario, de la estirpe de Mella.
- Barrera López del Castillo, Luis** (*Barrerita*). Miembro de los grupos armados del DEU.
- Barrymore, John** (1882-1942). Actor del cine estadounidense.
- Barrymore, Lionel** (1878-1945). Actor del cine estadounidense.
- Batista Zaldívar, Fulgencio** (*Beno, El Conde del Palmacristi, El Indio*) (1901-1973). Sargento mayor taquígrafo; se ha dicho que prestó servicios en el equipo del presidente Alfredo Zayas. Trabajó en el campamento de Columbia durante el machadato. Uno de los conspiradores del golpe de Estado del 4 de septiembre de 1933, desplaza con astucia a Pablo Rodríguez de la jefatura. El periodista y pentarca Sergio Carbó lo asciende a coronel. Organiza, con el apoyo del embajador estadounidense Jefferson Caffery el golpe de Estado del 15 de enero de 1934. Controla el poder desde la jefatura del ejército hasta 1940. El 10 de octubre de ese año jura como Presidente constitucional de la República.
- Baudelaire, Charles** (1821-1867). Poeta simbolista francés. Autor de *Flores del mal* (1857).
- Bernal del Riesgo, Alfonso** (1902-1975). Uno de los ideólogos del movimiento estudiantil de reforma universitaria y de los fundadores del Partido Comunista. Psicólogo y profesor universitario.

- Bergson, Henri** (1859-1941). Filósofo francés.
- Betancourt, Arturo**. Miembro de la Sección de Expertos de la policía machadista.
- Boch, Gustavo** (*Fifi*). Médico. Pertenecía a la Asociación de Estudiantes de Medicina en 1923. Participó en los inicios del movimiento de reforma universitaria. Tuvo una pelea con Mella.
- Block, Alejandro** (1880-1921). Poeta simbolista ruso. *Los doce* (1918) fue su libro más famoso.
- Bolívar, Simón** (1783-1830). El Libertador. Personalidad cimera de las guerras independentistas en la América hispana y fundador de naciones como Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia.
- Borges, José Elías**. Miembro del DEU de 1927. Expulsado de la Universidad. Estuvo entre los fundadores del Ala Izquierda Estudiantil. Se graduó de médico y se convirtió en uno de los organizadores de la Federación Médica de La Habana. Fue asesinado por el batistato (1934).
- Boti, Regino Eladio** (1878-1958). Poeta modernista, crítico literario e historiador. Autor de *Arabescos mentales* (1913), *El mar y la montaña* (1921) y *La torre del silencio* (1924), entre otros.
- Botifoll, Luis**. Miembro del DEU de 1930.
- Breá, Juan Ramón**. Miembro del DEU de 1927. Encarcelado en Presidio Modelo. Se adhirió al grupo trotskista que encabezó Sandalio Junco (1932).
- Buda** (Dakyamuni Gautama, 560-480 a.n.e.). Asceta indio. Fundador del budismo, una de las grandes religiones.
- Bujarin, Nicolás** (1888-1938). Dirigente del Partido Bolchevique. Uno de los teóricos del marxismo. Autor del *Manual de materialismo*.
- Caffery, Jefferson** (1886-196?). Embajador estadounidense entre diciembre de 1933 y 1937. Se le consideraba un experto de políticas represivas en El Salvador, Colombia y Cuba. Se le odiaba como el máximo protector de Batista. Después de Cuba fue nombrado en Brasil.
- Caín**. Personaje bíblico. Primer hijo de Adán y Eva. Asesinó a su hermano Abel. Vivió errante pasando penurias.
- Calvo Herrera, Miguel** (1878-1932). Capitán de los «expertos» de la policía machadista. Ajusticiado el 9 de julio de 1932.

- Calles, Plutarco Elías** (1877-1945). Presidente de México entre 1924 y 1928. Reprime los movimientos sociales. Estructura el Partido Revolucionario Institucional (PRI), desde el que controla el estado hasta que asume la presidencia Lázaro Cárdenas (1936-1940).
- Capdevila, Federico** (1845-1898). Militar español que defendió a los estudiantes de Medicina asesinados el 27 de noviembre de 1871.
- Carlyle, Thomas** (1795-1891). Escritor inglés de biografías. Autor de *Los héroes*.
- Campos Abreu, Bernardo** (*¿Campitos?*). Encarcelado en Presidio Modelo.
- Cancio, Guillermo**. ¿Miembro del DEU?
- Carbó Morera, Sergio** (1896-1971). Director del periódico antimachadista *La Semana*. Es uno de los pentarcas. Ascende al sargento Fulgencio Batista a coronel.
- Carrillo, Justo**. Miembro del DEU de 1930. Encarcelado en Presidio Modelo en tiempos de Machado.
- Casal, Julián del** (1863-1893). Poeta modernista y periodista cubano.
- Castañón, Gonzalo**. Periodista español, residente en Cuba. Furibundo opositor a la independencia de Cuba, murió en Cayo Hueso en un enfrentamiento con un cubano al que provocó. Dirigía *La Voz de Cuba*.
- Castellanos, Francisco José** (1892-1920). Ensayista modernista y traductor literario del inglés. Se le rindió un homenaje en el «Suplemento Literario» del *Diario de la Marina* (9 de octubre de 1927).
- Casuso, Teté** (1914-1994). Esposa de Torriente Brau. Poeta y narradora.
- Céspedes y Quesada, Carlos Manuel de** (1871-1939). Hijo del Padre de la Patria. Combatiente del Ejército Libertador. Diplomático. Su amigo Sumner Welles lo escoge para Presidente de la República (12 de agosto-4 de septiembre de 1933).
- Céspedes Ortiz, Carlos Miguel** (*El Dinámico*) (1881-1955). Secretario de Obras Públicas del machadato.
- Cicerón, Marco Tulio** (106-43 a.n.e.). Pensador, orador y político romano.
- Chaney, Lon**. (1883-1930). Famoso actor de cine estadounidense. Se le conocía por *El Hombre de las Mil Caras*.
- Charcot, Jean Martin** (1825-1893). Médico neuropsiquiatra francés.

- Chelala Aguilera, José.** Secretario general del DEU de 1927. Expulsado diez años de la Universidad, terminó la carrera de Medicina en París.
- Chocano, José Santos** (1875-1934). Poeta modernista peruano. Asesinó al escritor Edwin Elmore (1925), quien poco antes había visitado La Habana.
- Comte, Auguste** (1798-1857). Filósofo francés, teórico del positivismo.
- Conde de Valmaseda** (Blas Villate y de la Hera). Capitán General de la Isla de Cuba (1870-1872, 1874-1875). Utilizó estrategias de genocidio sobre la población cubana durante la Guerra de 1868.
- Condenados de Scottboro.** El 25 de marzo de 1931 se produjo una pelea entre trabajadores desempleados blancos y negros en un tren. Por odio racista, nueve jóvenes negros fueron acusados de violar a dos jóvenes blancas en el incidente. Ocho jóvenes negros fueron condenados a muerte. El Partido Comunista de los Estados Unidos y la Defensa Obrera Internacional organizaron una campaña para salvarles la vida. Los trabajadores cubanos se solidarizaron con ellos, quienes permanecieron en prisión más de quince años.
- Cotoño Valdés, Manuel** (¿?-1954). Miembro del DEU de 1927 y del Partido Comunista. Exiliado en México, perteneció a la ANERC. Expulsado por seis años de la Universidad de La Habana. Encarcelado en Presidio Modelo.
- Crawford, Joan** (1904-1977). Actriz famosa del cine estadounidense.
- Crespo, Manuel.** Uno de los asesinos más odiados. Torturaba en el Castillo de Atarés. Verdugo de Félix E. Alpízar. Huyó con Machado.
- Cuevas Zequeira, Sergio** (1863-1926). Nació en Puerto Rico. Era profesor de psicología, moral y sociología en la Universidad de La Habana.
- Cuervo Rubio, Gustavo** (1891-¿?). Médico. Profesor de la Universidad de La Habana.
- Danton, Georges-Jacques** (1759-1794). Revolucionario francés y orador.
- Darío, Rubén** (1867-1916). Poeta modernista y diplomático nicaragüense. *Azul* (1888), *Prosas profanas* (1896) y *Cantos de vida y esperanza* (1905), fueron leídos por generaciones de cubanos y latinoamericanos.

Darwin, Charles (1809-1882). Científico naturalista inglés. Autor de *El origen de las especies* (1859).

Díaz Gallup, Ambrosio. Supervisor militar del Castillo del Príncipe. Responsable del asesinato del obrero José Wong.

Dubus, Edouard. Poeta simbolista francés.

Einstein, Albert (1879-1953). Físico alemán. Premio Nobel (1921).

Emerson, Ralph Waldo (1803-1882). Filósofo del trascendentalismo y poeta estadounidense.

Engels, Friedrich (1820-1895). Filósofo y político revolucionario alemán. Uno de los fundadores del marxismo.

Entralgo Vallina, Elías (1903-1966). Historiador y sociólogo. Profesor universitario.

Erasmus de Róterdam (1466-1536). Pensador holandés. Uno de los teólogos católicos de una reforma del cristianismo. *Enquiridión*, *Elogio de la locura*, *Coloquios familiares* y *Adagios*, fueron libros famosos del humanismo renacentista.

Escalona Almeida, Rafael. Miembro del DEU de 1930.

Espartaco (113-71 a.n.e.). Esclavo gladiador en Roma. Encabezó una famosa sublevación.

Estrada, Pura. Esposa de Miguel Ángel Fernández de Velazco.

Estrada Estrada, Guillermo (*El Cojo Estrada*). Encarcelado en Presidio Modelo.

Estrada Palma, Tomás (1835-1908). Presidente de la República en Armas. Delegado del Partido Revolucionario Cubano tras la muerte de José Martí. Presidente de la República (1902-1906). Le decían *El Maestro de Central Valley*: «*Con Palma de Presidente / Palma de paz y unión / Será Cuba la nación / Más hermosa de Occidente*».

Feito Insua, Armando. Miembro del DEU. Encarcelado en Presidio Modelo. Asesinado en la represión de la Huelga de Marzo de 1935.

Febles Secretal, Juan. Miembro de la dirección de Joven Cuba.

Fernández, Benito. Encarcelado en Presidio Modelo.

Fernández Conchoso, Aurelio. Profesor de la Universidad de La Habana. Después, uno de los políticos batistianos.

Fernández de Castro Abeille, José Antonio (1893-1951). Crítico literario, periodista e historiador. Responsable del «Suplemento Literario» del *Diario de la Marina* (1927-1930), convierte a Roa en

uno de sus colaboradores. Organiza el homenaje a Rubén Martínez Villena en 1927.

Fernández de Velazco, Miguel Ángel. Secretario de Comunicaciones en el gobierno de Grau. Miembro de Joven Cuba.

Fernández Ros, Leopoldo. Periodista. Fue director del periódico *La Noche*. Se convirtió en uno de los censores del machadato. Era el jefe intelectual de la Porra. Fue ajusticiado el 11 de marzo de 1933.

Fernández Sánchez, Leonardo (1907-1965). Dirigente estudiantil del Instituto de La Habana. Amigo íntimo y colaborador de Mella. Uno de los redactores de la revista *Juventud*. Se encuentra entre los fundadores del Partido Comunista. Presidente del Comité Pro Libertad de Mella cuando la huelga de hambre. Fundador de la ANERC en Nueva York. Presidente del Club Mella de esa ciudad. Director de la revista en español *Mundo Obrero*. La satrapía de Batista asesina a Ivo, su hermano menor, el 31 de agosto de 1934. Es un antibatistiano irreductible. En 1938, abandona el Partido Comunista en discrepancia con la estrategia política de aceptar una transacción con Batista. Se le admira como uno de los veteranos del movimiento estudiantil revolucionario.

Ferrara Marino, Orestes (1876-1972). Italiano combatiente del Ejército Libertador. Diplomático y profesor de la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana. En el último período, Secretario de Estado de la dictadura de Machado.

Ferrer Gutiérrez, Virgilio. Miembro del DEU de 1930.

Ferri, Enrico (1859-1929). Político y abogado penalista y criminalista italiano.

Figuroa, Isidro. Obrero comunista herido en la manifestación del 30 de septiembre.

Fish, Hamilton. Miembro de la Cámara de Representantes estadounidense que apoyaba a los antimachadistas.

Florit, Eugenio (1903-1999). Poeta cubano.

Franca Álvarez de la Campa, Porfirio. Banquero. Uno de los pentarcas.

France, Anatole (seudónimo de François Anatole Thibault) (1844-1924). Narrador francés. Premio Nobel (1921).

Frank, Waldo (1889-1967). Escritor estadounidense. Biógrafo de Simón Bolívar. Visita La Habana (diciembre de 1926) y desde entonces se solidariza con el movimiento antimachadista.

- Freud, Sigmund** (1856-1939). Médico austriaco fundador del psicoanálisis.
- Fuertes Blandino, Carlos Manuel.** Miembro del DEU de 1930. Asesinado el 6 de abril de 1933 por la delación del estudiante José Soler Lezama.
- Garbo, Greta** (1905-1990). Actriz sueca famosa en el cine estadounidense.
- García Bárcena, Rafael** (1907-1961). Miembro del DEU de 1930. Poeta. Uno de los redactores de *Directorio*.
- García Villarreal, Marcos.** Uno de los fundadores y dirigentes del Ala Izquierda Estudiantil. Se afilió a la OCC (trotskista).
- García-Menocal Deop, Mario** (1866-1942). General del Ejército Libertador. Uno de los fundadores del Partido Conservador. Presidente de la República (1913-1921). Uno de los organizadores del intento de alzamiento en Río Verde. Le decían, como apodo irónico, *El Mayoral*: «Corta la caña, / anda ligero, / mira que viene / *El Mayoral*, / sonando el cuero.»
- García-Menocal Deop, Fausto.** Hermano de Mario.
- Girona, Julio** (1914-2002). Pintor, escultor y caricaturista. Crea en La Habana un grupo de ayuda a la revista manzanillera *Orto*. Autor de un busto de Martínez Villena en poder de su amigo Roa.
- Gläser, Ernst** (1902-1963). Narrador alemán. Autor de *Los que teníamos doce años* (1929) y *Paz* (1930).
- Góngora y Argote, Luis de** (1561-1627). Poeta español.
- González Carbajal, Ladislao** (1911-1995). Fundador del Ala Izquierda e historiador del movimiento estudiantil. Militante del Partido Comunista. Encarcelado en Presidio Modelo.
- González Palacios, Carlos** (1902-1952). Periodista y político. Autor de *Revolución y seudorrevolución* (1948).
- Gómez, José Miguel** (1858-1921). General del Ejército Libertador. Cacique del Partido Liberal. Presidente de la República. Le decían, como apodo irónico *Tiburón*: «*Tiburón* se baña, pero salpica».
- Gómez Arias, Miguel Mariano** (1889-1950). Hijo de José Miguel. Alcalde de La Habana (1925-1929). Se opuso al segundo mandato de Machado. Presidente de la República (mayo-diciembre de 1936). Fue destituido por el Senado a instancias de Batista. De modo irónico le decían *Tiburoncito* o *El Cazón*.

- González Rebull, Julio César.** Director del periódico *El Crisol*.
- González Gutiérrez, Juan Mariano.** Mártir estudiantil del combate antimachadista.
- González Rubiera, Juan Mariano.** Mártir estudiantil. Tenía 18 años al ser asesinado por los sicarios de Machado..
- Grau San Martín, Ramón** (1889-1969). Médico y catedrático de la Universidad de La Habana. El DEU lo propone para la Pentarquía. Presidente de la República (10 de septiembre de 1933-15 de enero de 1934, el *mongonato*). Cacique del Partido Auténtico desde su fundación.
- El Greco** (Doménico Theotocopulis) (1544-1614). Pintor español de origen griego.
- Guillaume Pérez, Rosario** (*Charito*) (1889-1975). Miembro del Club Femenino de La Habana. Participante en el Primer Congreso de Mujeres (abril de 1923). Se consideraba en la izquierda comunista.
- Guerra Debén, José Antonio** (*Guerrita*). Hijo de Ramiro Guerra. Miembro del DEU de 1930 y del Partido Comunista. Uno de los fundadores del Ala Izquierda Estudiantil. Amigo de Rubén Martínez Villena y —probablemente— uno de los redactores del ensayo «Cuba, factoría yanqui» (1928). Fue encargado de conseguir los alojamientos clandestinos para Rubén (mayo-agosto de 1933).
- Guillot Benítez, Manuel.** Miembro del DEU de 1927. Expulsado por quince años (la más alta sanción) de la Universidad de La Habana. Encarcelado en Presidio Modelo. Perteneció a Joven Cuba (1935-1936).
- Guiteras Holmes, Antonio** (1906-1935). Miembro del DEU de 1927. Combate insurreccionalmente a Machado en la provincia de Oriente. Secretario de Gobernación, Guerra y Marina del gabinete de Grau San Martín, presenta los decretos más radicales. Líder de Joven Cuba en el enfrentamiento a la satrapía. Batista lo asesina en El Morrillo (8 de mayo de 1935). Es uno de los paradigmas de revolucionario para su generación. Véase el homenaje de Pablo de la Torriente Brau en «Hombres de la revolución» (1936).
- Guiteras Holmes, Calixta** (1905-198?). Miembro del DEU. Hermana de Antonio y una de las fundadoras de Joven Cuba.
- Gutiérrez Cordoví, Ángel** (*Cucho*). Periodista. Elaboró un diario de la huelga de agosto de 1933 que se publicó en el periódico *Ahora* (1934).

- Gutiérrez Nájera, Manuel** (1859-1895). Poeta y narrador modernista mexicano.
- Guyau, Jean Marie** (1854-1888). Pensador francés. Autor de *La educación y la herencia*, *Esbozos de una moral sin obligación ni sanción* y *El arte desde el punto de vista sociológico*.
- Hatuey**. Cacique de la etnia arahuaca. Fue quemado en la hoguera por los conquistadores españoles en Cuba.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl** (1895-1976). Político peruano. Fundador del partido APRA. Visitó La Habana en noviembre de 1923. Mella polemizó con él en México.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich** (1770-1831). Filósofo alemán. Sus ideas influyeron en la conformación del pensamiento marxista.
- Heredia, José María** (1842-1905). Poeta parnasiano francés. Autor de *Los trofeos*.
- Hermida, Ramón**. Miembro del DEU de 1930; después pasó al ABC.
- Hernández, Gerardo** (*El Niño de Guatemala*). Encarcelado en Presidio Modelo.
- Hernández, Juan Blas**. Se alzó contra Machado. Participó en los actos contrarrevolucionarios del 8 de noviembre de 1933, donde murió.
- Hernández, Oscar Jaime**. Miembro del DEU de 1927. Uno de los expulsados.
- Hernández Catá, Alfonso** (1885-1940). Narrador y diplomático cubano. Fue cesanteado por la dictadura machadista. Publicó *Un cementerio en las Antillas* (1933), conformado por un ensayo y cuentos de denuncia. Solidario con el movimiento estudiantil.
- Hernández Guzmán, José**. Colaborador de la revista *Orto*.
- Herodoto** (484-420 a.n.e.). Historiador griego.
- Homero** (IX a.n.e.). Poeta griego. Autor de *La Iliada* y *La Odisea*.
- Hoover, Herbert Clark** (1874-1964). Presidente de los Estados Unidos (1929-1933).
- Humboldt, Alexander von** (1769-1859). Científico alemán. Autor de *Ensayo político sobre la Isla de Cuba*. Fernando Ortiz la republicó, acompañada de su monografía «Humboldt y Cuba». Se le considera el «segundo descubridor» de Cuba.
- Ichaso Macías, Francisco** (*Paco*) (1900-1961). Periodista y crítico literario y de artes. Miembro fundador del Grupo Minorista y de la organización ABC. Uno de los editores de la *Revista de Avance*.

- Inclán Costa, Clemente** («*El Rector Magnífico*») (1879-1965). Médico y profesor. Rector de la Universidad de La Habana; en su primer mandato fue elegido por el claustro el 13 de febrero de 1930.
- Ingenieros, José** (1877-1925). Médico, profesor universitario y político argentino. Uno de los ideólogos de la juventud latinoamericana en el siglo xx. *El hombre mediocre* (1913), *Hacia una moral sin dogmas*, *Las fuerzas morales* (1925), fueron algunos de los libros que funcionaron como lecturas de formación de los estudiantes e intelectuales. Visitó La Habana en 1915, donde conoció a Enrique José Varona, y en 1925, momento en que lo agasajó el estudiantado revolucionario, encabezado por Julio Antonio Mella. (Véase: Ana Cairo: «José Ingenieros y la generación del 30». *Bohemia*, 22 de abril de 1977, pp. 88-89).
- Irisarri, José Miguel** (1895-1968). Con Juan Marinello dirige la revista *Política* (1931). Miembro de Joven Cuba y de la Pentarquía.
- James, William** (1842-1910). Filósofo y psicólogo estadounidense. Autor de *El pragmatismo* (1907).
- Jiménez, Antonio** (*Lico*). Fue miembro del Ejército Libertador. Incondicional de Machado, ordenaba las acciones violentas de la Porra. Ajusticiado después de la caída de la dictadura.
- Jiménez de Ayala, Asela** (1907-1978). Esposa de Rubén Martínez Villena.
- Jordán, Reinaldo** (*Tatica*). Miembro del DEU de 1930. Perteneció a Joven Cuba.
- Jorge de Tella, Pilar**. Dirigente del Club Femenino de La Habana. Una de las organizadoras de los congresos de mujeres en 1923 y 1925.
- Josefa la Camagüeyana** (Estela Moré). Prostituta que dirigió la Porra de mujeres que atacaba las manifestaciones de estudiantes y a otras mujeres antimachadistas.
- Junco Camellón, Sandalio** (1898-1942). Dirigente obrero de los panaderos. Miembro del Partido Comunista y de la ANERC en México. Estuvo en Moscú; a su regreso fue uno de los organizadores del trotskismo (1932-1933).
- Jung, Carl** (1875-1961). Psicólogo suizo. Fue discípulo de Freud y después polemizó con este. *Psicología del inconsciente* (1912) y *Tipos psicológicos* (1921), fueron libros famosos.

- Kant, Immanuel** (1724-1804). Filósofo alemán. Autor de *Crítica de la razón pura* (1871).
- Kourí, Ada** (¿1916?-2005). Estudiante. Esposa de Raúl Roa.
- Kourí, Juan B.** Médico y profesor universitario. Solidario con el movimiento estudiantil. Propuso que todos los profesores involucrados con el machadato renunciaran para acelerar la depuración del claustro (1934). Suegro de Roa.
- Laforgue, Jules** (1860-1887). Poeta simbolista francés.
- Lago Pereda, Roberto.** Miembro del DEU.
- Lamar Schweyer, Alberto** (1902-1942). Periodista y ensayista. Miembro del Grupo Minorista. En 1927 se declaró machadista y rompió con el Grupo.
- Lange, Friedrich Albert** (1828-1875). Pensador socialista moderado, autor de *Historia del materialismo* (1866).
- Largo Caballero, Francisco** (1869-1946). Dirigente obrero y del Partido Socialista Obrero Español. Presidente del gobierno de la Segunda República Española y ministro de la guerra entre septiembre de 1936 y 1937.
- Laurent, Emilio** (1902-1946). Oficial del ejército antimachadista. Jefe de la expedición y toma de Gibara (17 de agosto de 1931). En la cárcel se le considera un héroe. Jefe de la Organización Auténtica.
- Lecoute de Lisle, Charles-Marie** (1818-1894). Poeta parnasiano francés.
- Leguía, Augusto** (1863-1932). Político peruano. Presidente de la República (1908-1912 y 1919-1930); en el último período implantó una dictadura. Mantuvo relaciones de colaboración represiva con Machado.
- Leibnitz, Gottfried Wilhem** (1646-1716). Filósofo alemán.
- Lenin** (Vladimir Ilich Ulianov) (1870-1924). Político ruso, teórico del marxismo y fundador de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (1924-1990). *El Estado y la revolución*, *¿Qué hacer?*, entre otros, fueron sus textos más leídos. Uno de los iconos del movimiento revolucionario mundial del siglo xx.
- León, Rubén de.** Miembro del DEU de 1930. Presentó la denuncia sobre los asesinatos cometidos bajo las órdenes de Pedro Castells en Presidio Modelo.

- Leonidas.** Rey de Esparta. Murió en combate durante la batalla de las Termópilas (480 a.n.e.).
- Leyva, José** (*Pepelín*). Miembro del DEU de 1930.
- Lincoln, Abraham** (1809-1865). Presidente de los Estados Unidos durante la Guerra de Secesión (1860-1865), en la que resultó victorioso. Fue asesinado en un teatro. Uno de los iconos del *self made man* (hombre hecho por sí mismo), porque ascendió de leñador a Presidente, y del democratismo estadounidense. Muy admirado por los cubanos por firmar y ejecutar la ley de abolición de la esclavitud. El pueblo guardó luto por su muerte.
- Lizaso González, Félix** (1891-1967). Miembro fundador del Grupo Minorista. Uno de los compiladores de *La poesía moderna en Cuba* y de los editores de la *Revista de Avance*. Biógrafo y difusor de Martí.
- Llés, Fernando** (1883-1949). Ensayista amante de temas filosóficos y sociales.
- Lombard, Aquilino.** Político machadista. Miembro de la Cámara de Representantes. Pertenece a la elite de burgueses y profesionales negros que fundó el Club Atenas (1919).
- Lombroso, Cesare** (1835-1909). Médico y antropólogo criminalista italiano.
- López, Gladys.** Esposa de Alberto Saumell.
- Loynaz Muñoz, Dulce María** (1903-1997). Gran poeta modernista. No publica libro hasta muchos años después. Es conocida por los poemas antologados en *La poesía moderna en Cuba* (1926).
- Loynaz Muñoz, Enrique** (1904-1966). Poeta modernista. No publica libro. Hermano de Dulce María. Se les conocía por «los Loynaz».
- Loys, Felipe** (*El Comandola, El Nelson Cubano*). Comandante del barco de guerra «24 de febrero», en el que trasladaban a los presos políticos a Isla de Pinos.
- Lozano Pino, Miguel.** Miembro del DEU de 1930.
- Lugones, Leopoldo** (1874-1938). Poeta modernista argentino.
- Luzán, Rafael** (*Parfemio Protopilión y Agamenón de Ubidia*). Encarcelado en Presidio Modelo.
- Machado Ruiz, Manuel** (1874-1947). Poeta modernista español.
- Machado Morales, Gerardo** (*El Asno con Garras, Mussolini Tropical, El Mocho de Camajuani, El Batracio*) (1873-1939). Oficial del

Ejército Libertador. Secretario en el gobierno de José Miguel Gómez. Sátrapa de 1925 a 1933.

Maestri Arredondo, Raúl (1908-1973). Miembro del DEU de 1927. Profesor de la Universidad Popular José Martí. Jefe de redacción de *América Libre*. Logró ser absuelto en el primer consejo de disciplina. Se le consideraba un traidor. Viajó con una beca de la Hispanocubana de Cultura a estudiar Ciencias Económicas en la Universidad de Berlín (1929-1931). Publicó *El latifundismo en la economía cubana* (1929), y *El nacional-socialismo alemán; sus antecedentes, su ideología, sus aplicaciones* (1932), que fue considerado pro fascista. Él respondió al texto de Roa con *Carta abierta a Raúl Roa* (1933).

Maidique, Modesto. Senador.

Malatesta, Enrico (1853-1932). Político anarquista italiano.

Mallarmé, Stephane (1842-1898). Poeta simbolista francés. Autor de *La siesta de un fauno* (1876).

Manduley, Marcio. Mártir estudiantil del combate antimachadista.

Mañach Robato, Jorge (1898-1961). Periodista, crítico literario y de arte. Hace famosa la columna «Glosas». Miembro fundador del Grupo Minorista. Uno de los editores de la *Revista de Avance*. Perteneció a la célula matriz de la organización ABC (después, un partido político), y dirige sus publicaciones *Acción y Denuncia*. Secretario de Educación, por su gestión se crea la Dirección de Cultura, como parte de la entidad (1934).

Marañón, Gregorio (1887-1960). Médico, profesor universitario y escritor español.

Martell Bracho, Silvia. Miembro del DEU de 1930.

Mariátegui, José Carlos (1894-1939). Revolucionario y teórico marxista. Uno de los fundadores del Partido Comunista Peruano. Roa tenía una foto suya en su habitación como gesto de admiración. Es corresponsal en Lima de la revista *Social*. En La Habana se reproducen sus textos y se le ama. Su revista, *Amauta*, circula entre los intelectuales cubanos, al igual que sus libros.

Marinello Vidaurreta, Juan (*El Poeta Juan*) (1898-1977). Crítico literario, profesor de Español de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana. Miembro fundador del Grupo Minorista. Uno de los editores de la *Revista de Avance*. Participante en la

manifestación del 30 de septiembre. Encarcelado en El Príncipe y Presidio Modelo. Dirigente de la Liga Antimperialista y editor de su órgano, la revista *Masas* (1934-1935). Director del periódico comunista *La Palabra* (1935).

Martí, José (1853-1895). Poeta modernista. Delegado del Partido Revolucionario Cubano. Organizador de la guerra de 1895.

Martínez Echemendía, Luciano (1876-1954). Padre de Rubén Martínez Villena. Profesor de la Facultad de Pedagogía de la Universidad de La Habana. Secretario de Educación en 1936.

Martínez Márquez, Guillermo (1900-¿?). Miembro fundador del Grupo Minorista. Director del periódico revolucionario *Ahora*.

Martínez Prieto, Ricardo. Rector de la Universidad de La Habana durante los sucesos de la manifestación estudiantil del 30 de septiembre de 1930.

Martínez Sánchez, Carlos (*Pimpín*). Miembro del DEU de 1930. Fundador del Ala Izquierda Estudiantil. Perteneció a ORCA y la representó en la conferencia de Miami.

Martínez Villena, Judith (1901-1938). Hermana de Rubén y esposa de José Z. Tallet.

Martínez Villena, Rubén (1899-1934) Poeta, crítico literario, narrador y ensayista político. Miembro fundador del Grupo Minorista. Se destaca como político en el Movimiento de Veteranos y Patriotas (1923-1925). Profesor de la Universidad Popular José Martí. Asesor legal de la Confederación Nacional Obrera de Cuba, deviene uno de los organizadores de dicha organización sindical. Miembro del Partido Comunista y su figura más destacada entre 1927 y 1933. Redactor principal del ensayo económico marxista «Cuba, factoría yanqui». Muere de tuberculosis. Íntimo amigo de Roa y uno de sus paradigmas como revolucionario.

Marx, Karl (1818-1883). Pensador y político alemán. Fundador de la teoría revolucionaria marxista.

Mayakovski, Vladimiro (1893-1930). Poeta futurista ruso y soviético. Uno de los cantores de la Revolución de Octubre.

Maza y Artola, Juan José (1867-1939). Profesor de Griego de la Universidad de La Habana.

Maximiliano Fernando José (1832-1867). Archiduque del Imperio Austriaco. Durante la invasión francesa a México aceptó ser nombrado

emperador de México. El ejército leal al presidente Benito Juárez ganó la guerra. Fue encarcelado, juzgado y condenado a fusilamiento.

Méndez Capote, Domingo (1863-1934). Vicepresidente de la República en Armas durante la Guerra de 1895. Senador y Vicepresidente del gobierno de Estrada Palma. Miembro de la Junta de Nueva York durante el machadato.

Mendieta Montefur, Carlos (1872-1951). Médico y Coronel del Ejército Libertador. Dirigente del Partido Liberal, disputa con Gerardo Machado la candidatura para las elecciones de 1924. Enemigo de la Prórroga de Poderes. Se alía a Mario García-Menocal en el alzamiento de 1931. Presidente de la República, dócil a las órdenes de Batista, desde el 18 de enero de 1934 hasta el 12 de diciembre de 1936. Le decían *El Solitario de Cunagua*.

Milián Rodríguez, Mirto. Mártir estudiantil antimachadista mortalmente herido por las fuerzas represivas machadistas durante una manifestación efectuada en Santa Clara el 10 de enero de 1933.

Millás, José Carlos. Director del Observatorio Nacional. Pablo de la Torriente Brau se cartea con él sobre astronomía.

Miyar, Ramón (*Mongo*). Miembro del DEU de 1930. Perteneció a Izquierda Revolucionaria.

Montoro, Rafael (1852-1933). Político y orador del Partido Autonomista. Fue Senador de la República.

Morand, Paul (1888-1976). Narrador francés. Visitó dos veces La Habana en 1927. Amigo de José Antonio Fernández de Castro y Alejo Carpentier.

Moréas, Jean (1856-1910). Poeta simbolista francés. Autor del «Manifiesto del simbolismo» (1886).

Napoleón III (Luis Bonaparte) (1808-1873). Sobrino del general Napoleón Bonaparte. Dirigió el golpe de Estado que liquidó la Segunda República Francesa. Se proclamó Emperador del Segundo Imperio (1852-1870).

Naredo Vidal, José. Estudiante universitario.

Navarro Luna, Manuel (*Mongo Paneque*) (1894-1966). Poeta. Pertenecía al grupo de redactores de *Orto*. Amigo de Roa.

Nervo, Amado (1870-1919). Poeta modernista mexicano. Era famoso su poema «La amada inmóvil».

- Nietzsche, Friedrich** (1844-1900). Filósofo alemán. Autor de *Así habló Zaratustra* y *La voluntad del poder*.
- Núñez Olano, Andrés** (1900-1966). Periodista y poeta. Amigo de Martínez Villena.
- Obregón, Álvaro** (1880-1928). General y político. Presidente de la República Mexicana (1920-1924).
- Olave, Casimiro**. Miembro de la Sección de Expertos de la policía machadista.
- Ortega, Raúl**. Periodista de *El Crisol*.
- Ortega y Gasset, José** (1883-1955). Pensador y ensayista español. Sus textos fueron leídos por generaciones de cubanos y latinoamericanos.
- Ortiz Cabrera, Arsenio** (*El Chacal de Oriente*) (1880-¿?). Su expediente de crímenes se inició con la represión contra los miembros del Partido Independiente de Color (mayo-julio de 1912). Supervisor Militar de Oriente (noviembre de 1930). Uno de los más odiados asesinos del machadato en la provincia de Oriente, de modo especial en Santiago de Cuba. Efectuaba un viaje de placer por el extranjero cuando cayó Machado.
- Ortiz Fernández, Fernando** (1881-1969). Científico social y político liberal. Representante a la Cámara (1917-1924). Autor del ensayo *La decadencia cubana* (1924). Presidente y fundador de la Sociedad de Folklore (1923) y de la Institución Hispano-Cubana de Cultura (1926-1932, 1936-1946). Presentó en la Cámara un proyecto de ley para legitimar la reforma y la autonomía universitarias (1923). Director de la *Revista Bimestre Cubana* (1910-1959). Perteneció a la Junta de Nueva York, que hacía presión antimachadista (1930-1933) en los Estados Unidos.
- Pazos, Felipe**. Miembro del DEU de 1930.
- Phillips, J. D.** Corresponsal del *New York Times* en La Habana. Presenció el asesinato de los hermanos Valdés Daussá y lo denunció en un famoso reportaje.
- Píndaro** (518-446 a.n.e.). Poeta griego.
- Pintó López, Ramón** (1802-1855). Patriota cubano de origen catalán. Fue ejecutado por el colonialismo español.
- Pendás, Porfirio** (*El Guajiro*). Miembro del DEU de 1930. Uno de los fundadores del Ala Izquierda Estudiantil y del grupo de redactores de *Línea*.

Peraza, Francisco (1856-1931). General del Ejército Libertador. Uno de los fundadores de Unión Nacionalista. Asesinado en Loma del Toro, Pinar del Río (31 de agosto de 1931), por la Guardia Rural.

Pérez, Floro (1906-1932). Mártir estudiantil de la lucha antimachadista.

Platón (427-347 a.n.e.). Filósofo griego, discípulo de Sócrates y autor de *La república*.

Poe, Edgar Alan (1809-1849). Poeta y narrador romántico estadounidense.

Ponte Domínguez, Francisco (1906-19?) Abogado e historiador.

Portela, Guillermo. Profesor universitario. Uno de los pentarcas.

Portell Vilá, Herminio (1901-1992). Historiador. Profesor universitario. Fundador de la cátedra de Historia de América en la Universidad de La Habana. Miembro de la delegación diplomática a la Séptima Conferencia Panamericana (Montevideo, diciembre de 1933).

Portes Gil, Emilio (1891-1978). Presidente de México (1928-1930).

Poveda, José Manuel (1888-1926). Poeta modernista. Autor de *Ver-sos precursores* (1917).

Pozo y del Puerto, Justo Luis del. Político de Unión Nacionalista.

Prada, Luis. Encarcelado en Presidio Modelo.

Prío Socarrás, Carlos (1903-1974). Miembro del DEU de 1930. Encarcelado en Presidio Modelo. Uno de los fundadores del Partido Auténtico. Años después, Presidente de la República (1948-1952).

Quevedo de la Lastra, Miguel Ángel (1908-1969). Director de la revista *Bohemia*.

Quílez, Alfredo Telmo (1886-1960). Periodista y director de *Carteles*.

Quintana, Jorge. Miembro del Ala Izquierda Estudiantil. Después perteneció a Joven Cuba. Ejerció el periodismo.

Ramírez, Juan Pedro (*Puchito*). Encarcelado en Presidio Modelo.

Remarque, Eric María (1898-1970). Narrador alemán. Autor de *Sin novedad en el frente* (1929).

Renán, Ernest (1823-1892). Historiador y pensador francés.

Ríos, Fernando de los (1879-1949). Político y ensayista. Ministro en la Segunda República Española. Visitó La Habana.

Rivera, José Eustasio (1889-1928). Novelista colombiano. Autor de *La vorágine*.

Roa García, Gilda. Hermana de Raúl Roa.

- Roa Garí, Ramón** (1844-1912). Ayudante del mayor general Ignacio Agramonte Loynaz en la Guerra de los Diez Años. Narrador testimonial: *A pie y descalzo de Trinidad a Cuba* (1870-71) (1890) y *Convenio del Zanjón* (1878). Su nieto Raúl lo admira y escribe *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí* (1970).
- Roa Reyes, Jorge** (1884?-1947). Tío de Raúl Roa. Profesor de la Universidad de La Habana. Autor de *En el surco de las razas* (1924) y *Los Estados Unidos y Europa en Hispanoamérica. Interpretación política y económica de la Doctrina Monroe: 1823-1933* (1935).
- Rodenbach, Georges** (1855-1898). Poeta simbolista belga.
- Rodó, José Enrique** (1871-1917). Pensador uruguayo. Su ensayo *Ariel* (1900) potenció la tendencia latinoamericana del «arielismo», una forma de crítica a la cultura anglosajona. En Cuba, una parte de los arielistas devino antimperialista. Podría ilustrarse con Mella.
- Rodón, Lincoln**. Político del Partido Auténtico.
- Rodríguez, Pablo**. Sargento organizador de la conspiración del 4 de septiembre de 1933. Es desplazado de la jefatura por Batista. Perteneció a Joven Cuba.
- Rodríguez, Carlos Rafael** (1913-1999). Dirigente estudiantil en Cienfuegos. Miembro del Ala Izquierda Estudiantil. Fundador del Grupo Ariel.
- Roig de Leuchsenring, Emilio** (*Emilito*) (1889-1964). Miembro fundador e historiador del Grupo Minorista. Subdirector de *Social y Carteles*. Historiador antimperialista. A partir de 1935, jefe de la Oficina del Historiador en el Ayuntamiento de La Habana.
- Rolland, Romain** (1866-1944). Novelista francés. Autor de *Juan Cristóbal* (1910-1912). Premio Nobel de Literatura (1915).
- Roosevelt, Franklin Delano** (1882-1945). Presidente de los Estados Unidos (1933-1945).
- Rosell, Carlos**. Miembro del DEU de 1927. Expulsado por diez años. Uno de los fundadores del Ala Izquierda Estudiantil.
- Rousseau, Juan Jacobo** (1712-1778). Filósofo, narrador y músico francés.
- Rubiera, Ramón** (1894-1973). Poeta modernista. Autor de *Los astros ilusorios* (1925).
- Rubio Padilla, Juan Antonio** (1907-1989). Miembro del DEU de 1930 y de Izquierda Revolucionaria.

- Rubio Padilla, Rafael** (1910-2000). Uno de los organizadores del DEU de 1930.
- Salgari, Emilio** (1862-1911). Narrador italiano. *Sandokan, El capitán tormenta, El corsario negro*, entre otras, han fascinado a generaciones de lectores. Torriente Brau lo consideraba su icono literario.
- Sánchez Arango, Aureliano (Yeyo)** (1907-1976). Conoció a Mella cuando fue uno de los redactores de la revista *Juventud*. Miembro del DEU de 1927. Expulsado por diez años de la Universidad de La Habana. Perteneció al Partido Comunista, que después abandonó. Uno de los fundadores del Ala Izquierda Estudiantil. Encarcelado en El Príncipe y Presidio Modelo. Ingresó en Joven Cuba (1935 y 1936).
- Sarmiento, Domingo Faustino** (1811-1880). Escritor y Presidente de la República de la Argentina. Autor de *Facundo. Civilización y barbarie* (1845).
- Saumell, Alberto (Beto)**. Miembro del DEU de 1930 y del Ala Izquierda Estudiantil. Encarcelado en Presidio Modelo, facilitó datos esenciales para el libro de su amigo Pablo de la Torriente.
- Saumell, Daniel**. Hermano de Alberto.
- Sbert, Antonio María** (1901-?). Miembro del Consejo Ejecutivo de la Unión Federal de Estudiantes Hispanos, que agrupaba asociaciones de la Federación Universitaria Española.
- Schopenhauer, Arthur** (1788-1860). Filósofo alemán.
- Serge, Víctor** (1890-1947). Político, periodista y escritor francés de origen ruso. Autor de *El año I de la Revolución Rusa* (1928).
- Shakespeare, William** (1564-1616). Dramaturgo y poeta inglés.
- Shelton, Sylvia**. Miembro del DEU de 1930.
- Shelton, Georgina**. Hermana de Sylvia.
- Schiller, Friedrich** (1759-1805). Poeta romántico y dramaturgo alemán.
- Spengler, Oswald** (1880-1936). Filósofo e historiador alemán. Autor de *La decadencia de Occidente*.
- Sicre, Juan José** (1898-1974). Miembro fundador del Grupo Minorista. Escultor famoso por las efigies de José Martí. Hace copias de la mascarilla de Mella.
- Silva, José Asunción** (1865-1896). Poeta modernista colombiano.
- Soler Lezama, José**. Miembro del DEU de 1930. Uno de los fundadores del Ala Izquierda Estudiantil. Encarcelado en Presidio Modelo.

Confidente de la policía. Responsable del asesinato de Carlos M. Fuertes Blandino. En septiembre de 1933 fue sometido a un juicio estudiantil, en el que se le condenó a fusilamiento. Se dijo que había reconocido sus culpas y enfrentó con dignidad la ejecución.

Sonville, Arturo. Estudiante de Medicina. Trabajó como interno en el Hospital Militar de Columbia. Amigo de Roa, le sirve como correo entre 1931 y 1932.

Spinoza, Baruch de (1632-1677). Filósofo holandés.

Spencer, Herbert (1820-1903). Filósofo inglés teórico del evolucionismo positivista.

Suárez Solís, Rafael (1881-1968). Español radicado en Cuba. Periodista y crítico literario. Solidario con el movimiento estudiantil antimachadista. En su casa se fundó el Ala Izquierda Estudiantil.

Stalin, José (seudónimo de Iosiv, V. Dzhugachivili) (1879-1953). Político ruso y soviético. Presidente de la URSS y Secretario General del PCUS (desde la muerte de Lenin hasta su fallecimiento).

Stirner, Max (seudónimo de Joham K. Schmidt, 1806-1856). Pensador alemán teórico del anarquismo.

Tallet, José Zacarías (*El Poeta Pepe*) (1893-1989). Periodista y traductor de inglés. Miembro fundador del Grupo Minorista. Presidente de la Universidad Popular José Martí. Cuñado de Martínez Villena. Autor de los poemas «Exhortación al iconoclasta» (dedicado a Mella), «La rumba» y «Balada del pan». Subdirector del periódico antimperialista *Ahora* (1933-1935). Amigo íntimo de Roa y Torriente Brau.

Terencio (¿190?-159 a.n.e.). Poeta latino.

Torquemada, Tomás de (1420-1498). Organizador del Consejo de la Suprema y General Inquisición (1483), autorizada por la bula papal de Sixto IV (1478) a petición de los Reyes Católicos, quienes designaron a Torquemada para implementarla. Su nombre funciona como imagen de perseguidor, verdugo implacable.

Torriente Peraza, Cosme de la (1872-1956). Oficial del Ejército Libertador. Político opositor a Machado. Tuvo una importante participación en la Mediación.

Trejo, Rafael (1910-1930). Miembro del DEU de 1930. Es mortalmente herido en la manifestación estudiantil del 30 de septiembre. Uno de los símbolos de los mártires estudiantiles contra el machadato.

- Trotsky, Lev Davidovich** (seudónimo de Leiba D. Bronstein) (1879-1940). Político ruso y soviético. Teórico del marxismo. Stalin lo mandó a asesinar.
- Trujillo, Santiago.** Sicario de Machado. Jefe de la Policía Secreta.
- Unamuno, Miguel de** (1864-1936). Pensador, poeta, narrador y ensayista español. Sus textos fueron leídos por generaciones de cubanos y latinoamericanos. Se le estimaba como un maestro.
- Valdés Daussá, Ramiro** (1909-1946). Miembro del DEU de 1930. La dictadura machadista le asesinó dos hermanos. Encarcelado en El Príncipe y Presidio Modelo. Uno de los fundadores de Izquierda Revolucionaria y del Partido Agrario Nacional.
- Valdés Miranda, Augusto** (*Polo*). Miembro del DEU de 1930.
- Valdés Rodríguez, José Manuel** (*Chema*) (1896-1971). Crítico de cine, periodista y profesor de apreciación cinematográfica. Amigo de Roa.
- Vallejo, César** (1893-1938). Poeta peruano. Autor de *Los heraldos negros* y *Trilce*.
- Vargas Vila, José María** (1860-1933). Narrador modernista y periodista colombiano.
- Varona, Enrique José** (1849-1933). Filósofo y político. Fundador del Partido Conservador. Vicepresidente en el primer gobierno de Mario García-Menocal (1913-1917). El maestro inspirador de la rebeldía antimachadista para los intelectuales y estudiantes.
- Varona, Manuel de.** Miembro del DEU.
- Vasconcelos, José** (1882-1959). Fue Secretario de Educación en México (1921-1924) y desarrolló múltiples iniciativas editoriales y artísticas para divulgar la cultura. Autor de *La raza cósmica* (1925) e *Indología* (1926). Visitó La Habana en 1925; entonces, los intelectuales y jóvenes lo aclamaron como un maestro.
- Velázquez, José Sergio.** Miembro del DEU de 1930.
- Vergara Leonard, Alejandro** (1901-1944). Médico. Perteneció a Unión Nacionalista. Encarcelado en Presidio Modelo. Fundador y líder del Partido Agrario Nacional (PAN).
- Vilar Aguilar, César** (1900-1975). Dirigente de la CNOC y miembro del Partido Comunista. Encarcelado en Presidio Modelo.
- Vilaseca Forné, Salvador** (1912-2003). Miembro del DEU y organizador de una colección famosa de documentos del movimiento estudiantil contra Machado y Batista.

- Villaurrutia, Xavier** (1903-1959). Poeta mexicano.
- Vivó Escoto, Jorge Abilio** (1906-1979). Delegado al Primer Congreso de Estudiantes. Profesor y Secretario General de la Universidad Popular José Martí. Uno de los redactores de *América Libre* y del ensayo «Cuba, factoría yanqui» (1927). Estuvo encarcelado en Presidio Modelo. Secretario General del Partido Comunista en agosto de 1933.
- Verlaine, Paul** (1844-1890). Poeta parnasiano francés.
- Vidaurreta del Cañal, María Josefa** (*Pepilla*) (1893-1976). Esposa de Juan Marinello.
- Welles, Benjamín Sumner** (1892-196?). Diplomático estadounidense. Amigo personal de Franklin D. Roosevelt. Llegó a La Habana (mayo de 1933) y organizó la Mediación. Fue el artífice de la renuncia y huida de Machado. Impuso a Carlos Manuel de Céspedes Quesada. Eligió a Fulgencio Batista para que preparara el golpe de Estado contra Ramón Grau San Martín. Abandonó La Habana (diciembre de 1933), pero siguió atendiendo los asuntos cubanos en el Departamento de Estado hasta ser nombrado embajador en la Alemania de Hitler (1937).
- Wilde, Oscar** (1854-1900). Poeta y dramaturgo inglés.
- Wilson, Thomas Woodrow** (1856-1924). Presidente de los Estados Unidos de América durante la Primera Guerra Mundial.
- Wood, Leonard** (1860-1927). General del ejército norteamericano. Médico. Jefe de la ocupación militar en Cuba (20 de diciembre de 1899-20 de mayo de 1902).
- Yrigoyen, Hipólito** (1850-1933). Presidente de la República de la Argentina (1916-1922).
- Zayas Alfonso, Alfredo** (1861-1934). Escritor y político. Uno de los fundadores del Partido Liberal. Vicepresidente en el gobierno de José Miguel Gómez (1909-1913). Presidente de la República (1921-1925). Le decían *El Chino*, como apodo irónico.
- Zaydín, Ramón**. Periodista, director de *El País*, y profesor universitario.
- Zenea, Juan Clemente** (1832-1871). Poeta romántico, crítico literario, traductor y político.

Personajes

Augusto Pérez. Protagonista de la novela *Niebla*, de Miguel de Unamuno.

Fradique Mendes. Personaje creado por el narrador naturalista portugués José M. Eça de Queiroz (1845-1900) en la novela *Las cartas de Fradique Mendes*. En dicho texto aparece el personaje Pacheco, que se utiliza para ilustrar la mediocridad intelectual exitosa. Rubén Martínez Villena ironiza con el «pachequismo» a la cubana.

Gamiani. Personaje de la novela erótica *Las noches de Gamiani*, que se ha atribuido a Alfredo de Musset. Se consideraba una típica lectura sexual para hombres.

Mongo Paneque. Personaje protagónico de la novela *La conjura de la ciénaga* (1924) del narrador Luis Felipe Rodríguez (1884-1947). Manuel Navarro Luna lo utiliza como seudónimo para publicar *Siluetas aldeanas* (1925) y *Cartas de la ciénaga* (1930). Roa comenta este último texto.

Robinson Crusoe. Protagonista de la novela inglesa de título homónimo, cuyo autor es Daniel Defoe.

Obras

- Batey* (1930). Libro de cuentos escrito por Pablo de la Torriente Brau y el médico Gonzalo Mazas Garbayo.
- «105 días huyendo». (Periódico *El Mundo*, 21 de mayo-4 de junio de 1931). Narración testimonial de Rafael García Bárcena sobre los estudiantes que permanecieron en libertad. Es un texto dialogante con el de Pablo.
- «105 días preso». (Periódico *El Mundo*, 26 de abril-8 de mayo de 1931). Narración testimonial de Pablo de la Torriente Brau sobre los estudiantes encarcelados en el Castillo del Príncipe habanero y la cárcel de Nueva Gerona en Isla de Pinos.
- El Capital*. Una de las obras más famosas de Karl Marx.
- Las catilinarias*. Cuatro discursos de Cicerón contra el político Lucio Catilina.
- Las conferencias del Shoreham* (1933). Manuel Márquez Sterling.
- El control obrero y la nacionalización de la industria*. V. I. Lenin.
- El corsario negro*. Novela de Emilio Salgari.
- Cuba: tierra indefensa* (1945). Alberto Arredondo.
- ¡En Cuba Libre!* (1938). Gonzalo de Quesada Miranda. Crónica sobre la lucha contra Machado.
- «Glosando glosas». Porfirio Pendás. Revista *Línea*, no. 4, 7 de noviembre de 1931.
- Historia de la Enmienda Platt* (1935). Emilio Roig de Leuchsenring.
- Historia del materialismo*. Federico Alberto Lange.
- Los hombres de la cárcel*. Víctor Serge.
- Ibis* (1900). Novela de José M^a Vargas Vila.

«La jornada revolucionaria del 30 de septiembre». (Periódico *Ahora*, 15 de abril de 1934, sección dominical). Raúl Roa publica este texto testimonial como folleto (agosto de 1934) y, por último, lo incluye en *Bufa subversiva*.

El latifundismo en la economía cubana (1929). Raúl Maestri.

Mitología de Martí (1929). Colección de cuentos de Alfonso Hernández Catá, en los que Martí aparece como personaje.

«La muerte de Ingenieros» (1925). Artículo de Rubén Martínez Villena aparecido en la revista *La Mujer Moderna*.

El nacional-socialismo alemán; sus antecedentes, su ideología, sus aplicaciones (1932). Raúl Maestri.

La poesía moderna en Cuba (1926). Antología realizada por José Antonio Fernández de Castro y Félix Lizaso con la ayuda de la mayoría de los poetas vivos compilados. Se reunían para discutir en la biblioteca Falangón, sita en el mismo edificio donde vivía Martínez Villena (Amargura y Compostela, en la Habana Vieja).

Poesías (1929). Compilación de poemas de José Martí. La obra fue realizada por Juan Marinello para la Colección de Libros Cubanos (volumen XI), que dirigía Fernando Ortiz.

Presidio Modelo (escrito en 1935, publicado en 1969). Relato testimonial de Torriente Brau. Roa funcionó como albacea.

Pulso y onda (1932). Poemas de Manuel Navarro Luna.

La razón del 4 de septiembre (1935). Enrique Fernández.

La revolución mexicana. Luis Araquistáin.

Revolución y seudorrevolución (1948). Carlos González Palacios.

«La rumba» (¿1928?) Poema negrista de José Z. Tallet. Uno de los más famosos del vanguardismo. Lo recitaron Eusebia Cosme y Berta Singerman. Fernando Ortiz lo alabó.

Rusia en 1931; reflexiones al pie del Kremlin. César Vallejo.

Teodicea; ensayo sobre la bondad de Dios, la libertad del hombre y el origen del mal. Gothfried Wilhem Leibnitz.

The Time for Decision (1946). Benjamín Sumner Welles.

Versos sencillos (1891). José Martí. Roa glosa los versos: «mi verso es un ciervo herido, / que busca en el monte amparo.»

La vorágine. Novela del narrador colombiano José Eustasio Rivera.

Prensa

Ahora. El Periódico de la Revolución (10 de octubre de 1933-7 de marzo de 1935). Periódico revolucionario. Después del golpe de Estado del 4 de septiembre hubo un colapso de la prensa. Un grupo de periodistas desempleados se organizaron en una cooperativa para fundarlo. Guillermo Martínez Márquez fue elegido director y José Z. Tallet, subdirector. Pablo de la Torriente Brau y Regino Pedroso eran redactores. Roa colaboraba asiduamente. Fue clausurado por la represión fascista que aplastó la Huelga de Marzo de 1935.

Alma Mater (octubre de 1922). Revista fundada por Mella. Se convirtió en el órgano del Directorio de la FEU (a partir de diciembre del mismo año).

Carteles (1919-1960). Semanario de información. Alfredo T. Quílez era el director-propietario. Emilio Roig de Leuchsenring atendía la orientación política anti-Zayas, Machado y Batista. Conrado Massaguer se ocupaba del diseño gráfico.

Directorio. Revista órgano del DEU (1931-1933). Rafael García Bárcena era uno de sus redactores.

Frente Único (Nueva York, 1935-1936). Órgano de ORCA. Pablo y Roa fueron sus principales redactores.

Heraldo de Cuba (1912-1932). Fundado por Manuel Márquez Sterling. En 1914 su propiedad y dirección pasaron a manos de Orestes Ferrara, que lo convierte en uno de los periódicos más ilustrativos del pensamiento liberal de la época. Clausurado por Menocal a raíz de La Chambelona (febrero de 1917), volvió a circular en diciembre de 1918. A partir de 1925, junto con *El Sol* de Marianao, se

convierte en vocero oficial del gobierno de Machado. En 1928 asume su dirección Carlos Machado Morales, hermano del dictador. A la caída de este sus instalaciones fueron asaltadas y totalmente destruidas (12 de agosto de 1933).

Juventud (octubre de 1923-1924). Revista fundada por Julio Antonio Mella como órgano de los estudiantes renovadores habaneros. Leonardo Fernández Sánchez y Aureliano Sánchez Arango son redactores.

Karikato (1929-1931). Revista humorística antimachadista que dirigía Julio Gaunard.

La Semana (diciembre de 1925-junio de 1931; septiembre-diciembre de 1933). Periódico antimachadista que dirigió Sergio Carbó.

La Voz de Cuba. Periódico de los integristas del colonialismo español durante la Guerra de los Diez Años.

Línea (1931-193?). Revista órgano del Ala Izquierda Estudiantil. Gabriel Barceló fue su primer director. No. 1 (14 de mayo de 1931); no. 2 (10 de julio); no. Extraordinario (septiembre); no. 4 (7 de noviembre).

Mundo Obrero. Publicación comunista en español. Se editaba en Nueva York (3ra Ave. y 125). Leonardo Fernández Sánchez la dirigía.

Orto (1912-1957). Semanario cultural ilustrado que se publicaba en Manzanillo.

1927, 1928, 1929, 1930, Revista de Avance (15 de marzo de 1927-septiembre de 1930). Proyecto de creación vanguardista ideado por miembros del Grupo Minorista. Marinello, Mañach, Ichaso y Lizaso constituyeron el equipo editor más estable. Carpentier, Martín Casanovas y Tallet participaban de modo esporádico en el grupo de editores. La publicación desapareció por solidaridad colectiva de Mañach, Ichaso y Lizaso, con Marinello, quien fue encarcelado por participar con los estudiantes en la manifestación del 30 de septiembre de 1930.

Revista de La Habana (1930). Publicación vanguardista que dirigía Gustavo Gutiérrez.

Social (1916-1933, 1935-1938). Revista mensual ilustrada. Conrado Massaguer atiende la parte gráfica y Emilio Roig de Leuchsenring, la literaria. Es una de las publicaciones vanguardistas. Vocera del Grupo Minorista.

Suplemento Literario del Diario de la Marina (13 de marzo de 1927-1930). Se creó el 8 de octubre de 1922 bajo la dirección de Rafael Suárez Solís. Sin embargo, José Antonio Fernández de Castro (al ser designado jefe, por sugerencia de Ramiro Guerra), fue quien lo convirtió en uno de los voceros más eficientes de las tendencias vanguardistas en Cuba.

Organizaciones políticas y sociales¹

ABC (septiembre de 1931-1933, 1933-¿1947?).

ABC (1931-mayo de 1933). Organización celular clandestina antimachadista. Se definía como de derecha. Se conformaba mayoritariamente por intelectuales y hombres de negocio (pequeños y medianos). Joaquín Martínez Sáez fue su máximo ideólogo económico y político. Carlos Saladrigas, Jorge Mañach, Francisco Ichaso, entre otros, trazaban sus estrategias propagandísticas.

ABC Grupos de acción (finales de 1931-mayo de 1933). Comandos autónomos de las células políticas. Alfredo Botet los dirigía. Coordinaban acciones con los grupos armados del DEU. La muerte de Clemente Vázquez Bello (1932), presidente del Senado, fue la acción más famosa de la alianza de los comandos ABC-DEU. Según el testimonio del doctor Guillermo Barrientos (*Willy*) —miembro del DEU—, los integrantes de los comandos habían jurado guardar secreto sobre quiénes eran sus integrantes. Alfredo Botet reveló detalles después de la caída de Machado. Por el contrario, Barrientos cumplió el juramento.

ABC (partido político, abril de 1933-¿1947?). Con vistas a participar en la Mediación de Benjamín Sumner Welles, se creó una estructura política pública y se difundió un manifiesto-programa. Jorge Mañach asumió ser la imagen, como representante de la Mediación, y como director de los periódicos *Denuncia* y *Acción*, y Secretario de Educación del gobierno Batista-Mendieta-Caffery (hasta

¹ Se ha incorporado la mayor cantidad de datos posibles. Se agradecen las rectificaciones, precisiones y ampliaciones. A. C.

julio de 1934). Rubén Martínez Villena (en nombre del Partido Comunista), analizó el manifiesto-programa.

ABC Radical (mayo de 1933-¿1934?). Grupo que se creó con los miembros que no aceptaron la Mediación de Welles. Oscar de la Torre lo encabezó. El manifiesto constitutivo tuvo repercusión en el ámbito de los antimachadistas.

Ala Izquierda Estudiantil (3 de enero de 1931-30 de octubre de 1937). Surgió como una escisión del DEU de 1930. Agrupaba a los antimperialistas (comunistas, marxistas y de otras tendencias). Su primer líder fue Gabriel Barceló. Véase la excelente monografía testimonial de Ladislao González Carbajal. *El Ala Izquierda Estudiantil y su época*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1971.

APRA [cubano]. Desde 1927 era pública la existencia de un grupo afín al partido APRA fundado por Víctor Raúl Haya de la Torre. Orosmán Viamontes y Enrique de la Osa estaban entre los más activos. Cuando Mella publicó el ensayo «¿Qué es el ARPA?» (1928), Viamontes polemizó con él. Después de la caída de Machado se organizó el Partido Arista Cubano.

Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC, abril de 1928-10 de enero de 1929). Creada por Julio Antonio Mella en México. Organización política e insurreccional antimachadista con aspiraciones de frente unitario. Mella intentó readecuar la experiencia de José Martí con el Partido Revolucionario Cubano (10 de abril de 1892-19 de mayo de 1895). Leonardo Fernández Sánchez dirigía la filial de Nueva York. José Chelala Aguilera, la de París. Todos los mellistas (comunistas, marxistas, antimperialistas, admiradores sin filiación) se sumaron o estaban dispuestos a colaborar. El asesinato de Mella liquidó el proyecto insurreccional y aceleró su fin.

DEU (1929-1930). Se conformó durante ese curso académico. Rafael Trejo, Roa, Carlos Prío Socarrás, Ramón (*Mongo*) Miyar, Rafael Rubio Padilla, Virgilio Ferrer y José Antonio Guerra estuvieron entre los organizadores. Aureliano Sánchez Arango y Juan Ramón Breá (DEU, 1927) los ayudaron. La manifestación estudiantil del 30 de septiembre de 1930 y el proyecto de homenaje nacional a Enrique José Varona (3 de octubre) eran algunos de los objetivos programáticos. Rafael Trejo (mártir) los representó. Roa era aceptado

como su cronista. Véase «La jornada revolucionaria del 30 de septiembre».

DEU. Grupos de acción (finales de 1931-mayo de 1933). Comandos autónomos que coordinaban acciones con los del ABC. Realizaron ajusticiamientos (como el del capitán Calvo). Pusieron bombas (como la de Flores No. 66). La muerte de Clemente Vázquez Bello, presidente del Senado, fue la acción más notoria de los comandos DEU-ABC. Pío Álvarez (mártir) los representaba. El doctor Guillermo Barrientos (*Willy*) testimonió que sus integrantes habían jurado mantener el secreto sobre la identidad de los miembros de los comandos, y él lo cumplió, excepto en el caso de Pío Álvarez, cuya biografía (inédita), escribió.

DEU (30 de enero de 1931-4 de noviembre de 1933). Se derivó de la escisión del Ala Izquierda. Organización que reunió a la mayoría de los estudiantes universitarios antimachadistas. Muchos estuvieron en Presidio Modelo y en el Castillo del Príncipe. Félix Ernesto Alpizar, Pío Álvarez, Carlos Manuel Fuertes Blandino, Juan Mariano González Gutiérrez, mártires, podrían representarlo. Rafael García Bárcena y Justo Carrillo fueron dos importantes cronistas. Véase: «105 días preso», de Torriente Brau, y «105 días huyendo», de García Bárcena para los inicios de 1931; y «Contrabando de armas en época de Machado» y «48 horas al garet» (*Bohemia*, 25 de marzo y 22 de abril de 1934), de Justo Carrillo.

Directorio Estudiantil Universitario (DEU 1927, 1930, 1931-1933)

DEU (1927-1928). Se organizó entre marzo y abril de 1927 para oponerse a la Prórroga de Poderes machadista. Los primeros manifiestos se publicaron en abril. Gabriel Barceló era el líder. José Chelala Aguilera se desempeñaba como secretario general. Aureliano Sánchez Arango, Antonio Guiteras Holmes, Eduardo Chibás, entre otros, lo integraban. Mella era su fuerza inspiradora. Sus miembros enfrentaron las sesiones de los Consejos de Disciplina. Un grupo importante de ellos fueron expulsados. Se desestructuró hacia junio de 1928.

Directorio de la Federación Estudiantil Universitaria (1922-1923).

Julio Antonio Mella lo organizó el 20 de diciembre de 1922. Fue electo Secretario General y la presidencia se rotaba todos los meses entre los presidentes de las asociaciones de estudiantes por

facultades. Se organizó el Primer Congreso Nacional de Estudiantes (octubre de 1923). Mella renunció en diciembre de 1923 para favorecer la unidad. Su órgano fue *Alma Mater*.

Directorio Femenino Universitario. Se organizó a finales de 1930 para coordinar las acciones de las estudiantes. A él pertenecieron Sylvia Shelton, Zoila Mulet, Calixta Guiteras, Inés Segura, Silvia Martell, Clara Luz Durán, Sara del Llano, Virginia Pego, entre otras.

Federación Anticlerical de Cuba (8 de abril de 1924-¿diciembre? de 1925). Durante el Primer Congreso de Estudiantes se produjo un debate religioso con algunos delegados de colegios privados. La polémica se extendió a la FEU. Mella organizó la Federación como un espacio público para ese tipo de diálogos, sin riesgos de que afectara las acciones unitarias de las organizaciones estudiantiles (ideológicamente muy plurales). En la Federación se reunieron estudiantes, profesionales y obreros que coincidían en las denuncias sobre el pensamiento conservador de la Iglesia Católica. Algunos censuraban los métodos de las escuelas religiosas donde habían estudiado. Cuando Mella se exilió en México, la Federación comenzó a extinguirse.

Grupo Minorista (18 de marzo de 1923-1929). La Protesta de los Trece se consideró como su acto fundacional. Los intelectuales que lo conformaron se opusieron a la corrupción política del gobierno de Alfredo Zayas y a la satrapía de Machado. Alberto Lamar Schweyer se declaró aliado del dictador y se le valoraba como un apóstata. El 7 de mayo de 1927 firmaron la «Declaración del Grupo Minorista» en el bufete de Emilio Roig de Leuchsenring, quien fue el primer historiador del Grupo. Rubén Martínez Villena era respetado como uno de sus líderes. Las revistas *Social* y *Carteles* funcionaban como sus voceras.

Izquierda Revolucionaria (abril de 1935-¿1938?). Organización estudiantil antibatistiana. Algunos fundadores provenían de los DEU de 1927 (Eduardo Chibás) y de 1930 (Ramiro Valdés Daussá).

Joven Cuba (marzo de 1934-¿1938?). Organización revolucionaria antibatistiana fundada por Antonio Guiteras. Se definía como de izquierda antimperialista, de orientación socialista (véase el «Programa»). En sus filas había marxistas, socialistas, ex miembros de

los DEU. Después del asesinato de Guiteras eran públicas las querrelas entre las diversas fracciones y tendencias. Véase «Álgebra y política» (1936), de Pablo de la Torriente Brau.

Junta de Nueva York (1930-1933). Grupo de presión política antimachadista que trabajaba en ciudades como Washington y Nueva York. Domingo Méndez Capote, Manuel Márquez Sterling, Fernando Ortiz, entre otros, pertenecían. Véase *Las conferencias del Shoreham* (1933), de Manuel Márquez Sterling.

Liga Antimperialista de Cuba (1925-1927; 1933-1935). Asociación de estudiantes, obreros e intelectuales cubanos y latinoamericanos para difundir las ideas antimperialistas. Mella la fundó (junio de 1925). En cierta medida las revistas *Venezuela Libre* (1925) y *América Libre* (1927), servían de voceras. Con el Proceso Comunista (julio-agosto de 1927) terminó el primer momento. Después de la caída de Machado se reorganizó. La revista *Masas* era su órgano y Juan Marinello uno de sus dirigentes. Con la represión de la Huelga de Marzo de 1935 desapareció.

Oposición Comunista de Cuba (OCC, agosto de 1932-¿1934?). Grupo trotskista, surgido como fracción dentro del Partido Comunista. Sandalio Junco y Marcos García Villarreal estuvieron entre los fundadores. Después de ser expulsados del Partido Comunista, se estructuraron como organización política a la que se sumaron estudiantes y obreros. Juan Ramón Breá se adhirió.

Organización Auténtica (OA, febrero de 1934-1938). Era el grupo insurreccional —o también denominado ala militar— del Partido Auténtico. Emilio Laurent era su dirigente. Véase el libro de este: *De oficial a revolucionario* y los juicios respetuosos de Pablo y Roa acerca de Laurent en *Cartas cruzadas*.

Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA, 29 de agosto de 1935-¿1937?). Torriente Brau (primer Secretario General), Aldereguía, Roa, Carlos Martínez, entre otros, la fundaron en Nueva York. Se consideraba una organización heredera de la ANERC de Mella. Véase *Cartas cruzadas*, correspondencia de Torriente Brau.

Partido Agrario Nacional (PAN, septiembre de 1934-¿1940?). Alejandro Vergara lo dirigía. Sus miembros provenían de la izquierda antimachadista, antimperialista. Se privilegiaba el tema de la lucha

contra el latifundio. Algunos ex miembros del Partido Comunista (como Alfonso Bernal del Riesgo), se afiliaron.

Partido Auténtico (8 de febrero de 1934-31 de diciembre de 1958). Se constituyó con ex miembros de los DEU, periodistas, abogados, profesores, etcétera. Se fundó con el nombre de Partido Revolucionario Cubano (Auténtico, como modo de realzar el antecedente martiano) y fue ilegal hasta 1938. Ramón Grau San Martín era su cacique.

Partido Conservador Nacional (1907-1927). José González Lanuza lo organizó con vistas a las elecciones que preparaba el interventor militar Charles Magoon. Enrique José Varona aparecía como la figura tutelar. El general Mario García-Menocal y sus adeptos ingresaron, y este consiguió imponerse como el cacique. En 1927, con el inicio de la Prórroga de Poderes, se produjo una escisión. Un grupo de congresistas aceptó el pacto reeleccionista de Machado y otro se opuso. García-Menocal siguió controlando y encabezó la membresía que negoció la creación de la Unión Nacionalista con los liberales del grupo de Mendieta.

Partido Comunista (1925-1939). Se creó el 16 de agosto de 1925. Mella y Fernández Sánchez, entre los fundadores, podrían ilustrar la presencia de estudiantes como uno de los grupos sociales que le sirvieron de cantera. El Secretario General siempre debía ser un obrero. Entre 1927 y 1930, Martínez Villena se convirtió en la figura más relevante, pero sin desempeñar ese cargo. Existió una fracción comunista dentro del Ala Izquierda y hubo querellas en torno a la figura de Gabriel Barceló.

No todos los marxistas quisieron ingresar o permanecieron en el Partido, porque había discrepancias políticas. Desde 1934, Blas Roca se convirtió en el secretario general y diseñó estrategias para intentar el diálogo con otras organizaciones bajo los principios del Frente Único. En 1938 el Partido fue legalizado. Y en 1939 cambió el nombre por el de Unión Revolucionaria Comunista.

Partido Liberal (1904-1938). Surgió de la fusión de los partidos del general José Miguel Gómez y del doctor Alfredo Zayas, para enfrentar la aspiración reeleccionista de Estrada Palma. José Miguel era el cacique, aunque Zayas controlaba a un grupo. Los dos mantuvieron la alianza contra García-Menocal. En 1920, Zayas abandonó

el Partido al negociar con García-Menocal la candidatura presidencial. En 1924, Machado (de cierto modo, heredero de José Miguel), se enfrentó a Mendieta y obtuvo la candidatura presidencial. Con la Prórroga de Poderes, Mendieta controlaba a los opositores, quienes confluían en la gestación de la Unión Nacionalista. Entre marzo de 1927 y agosto de 1933, los liberales eran los machadistas. Cuando Mendieta formó gobierno (febrero de 1934), los liberales menos comprometidos comenzaron a reorganizar las huestes liberales, entre las cuales Batista escogió a algunos de sus más fieles servidores.

Porra (1931-1933). Grupo paramilitar de delincuentes y prostitutas oficialmente denominado Liga Patriótica, creado para agredir o asesinar a los antimachadistas. Fue creado en 1931. Leopoldo Fernández Ros era el jefe intelectual, y Antonio Jiménez el de las acciones violentas. A los porristas se les pagaba dos pesos la hora.

Primera Internacional Comunista (1848-1864). Fundada por las organizaciones sociales europeas. Karl Marx y Federico Engels (miembros de la Liga de los Comunistas) estuvieron entre los fundadores.

Unión Cívica de Exiliados Cubanos (UCEC, agosto de 1929-1933). Se constituyó en Nueva York. Predominaban los estudiantes. *Libertad* era el vocero. Eduardo Chibás la lideraba.

Unión Nacionalista (junio 1927-1933). Organización de políticos enemigos de la Prórroga de Poderes machadista. Se agruparon liberales partidarios de Mendieta, conservadores afines a García-Menocal, veteranos, estudiantes y profesionales sin afiliación política anterior. Editaban el periódico *Unión Nacionalista*. El general Francisco Peraza era quien concentraba las simpatías estudiantiles.

Sitios históricos y geográficos

Castillo de Atarés. El más tenebroso de los centros de torturas y asesinatos en el machadato. Félix E. Alpízar y Margarito Iglesias fueron enterrados allí para que las familias pensaran que estaban desaparecidos. El capitán Crespo era el verdugo principal.

Castillo del Príncipe. Presidio de La Habana. A partir de 1930 se habilitaron galeras para los presos políticos. Allí fue asesinado el obrero comunista José Wong, por órdenes del supervisor militar, teniente Ambrosio Díaz Gallup.

Escalinata de la Universidad de La Habana. Construida entre 1926 y 1929, al unísono con la Facultad de Derecho, para ser inaugurada como parte de las obras en función de la Sexta Conferencia Panamericana. A partir de la manifestación estudiantil del 30 de septiembre de 1930, se convirtió en punto de reunión política para acciones estudiantiles en la calle.

Flores 66 (en el barrio de Santos Suárez). Atentado con una bomba (1932) para ajusticiar al capitán Calvo. Varios de sus hombres murieron y él salvó la vida.

Fortaleza de la Bastilla. Cárcel durante la monarquía francesa. Su asalto por el pueblo es el símbolo del inicio de la Revolución Francesa (julio de 1789).

Hoya de Bartlett. Gran fosa marina en las inmediaciones de Santiago de Cuba.

Hospital Reina Mercedes. Al igual que el Hospital General Calixto García, estaba adscrito a la Facultad de Medicina. Se encontraba en 23 y L, donde hoy está la heladería Coppelia.

Línea y 8 (barrio de El Vedado). En sus inmediaciones estaba la casa de Enrique José Varona, punto de las manifestaciones estudiantiles.

Parque Eloy Alfaro. Punto de reunión de las manifestaciones estudiantiles que partían de la Escalinata universitaria. Forma un pequeño triángulo en las intersecciones de las calles Infanta, O y 27.

Parque Maceo. Punto de reunión de las manifestaciones estudiantiles cuando Mella dirigió la FEU.

Patio de los Laureles. Era el centro de la vida estudiantil en las décadas de 1910 y 1920. El Alma Mater lo preside hasta que la estatua es trasladada a la Escalinata. En el edificio actual de la Facultad de Matemáticas se conserva una parte del patio.

Presidio Modelo (1925-1935). Por decreto presidencial (3 de agosto de 1925) se anunció la construcción. Se decía que se escogió la Isla de Pinos para aprovechar la mano de obra barata de los presos en la explotación de la cantera de mármoles. El capitán Pedro Castells fue nombrado para supervisar su construcción y dirigirlo. Se trasladaron reclusos del Castillo del Príncipe para que sirvieran de albañiles. La primera galera circular se inauguró el 17 de febrero de 1926. Los presos políticos comenzaron a llegar en septiembre de 1931. Fueron asignados al área del hospital. Los presos comunes tenían prohibido relacionarse con ellos. Algunos estudiantes sancionados (como Alberto Saumell) vivieron en las circulares y fueron los que aportaron los primeros relatos sobre los asesinatos de los presos comunes. Se organizó una red de informantes que suministraba todo tipo de datos e historias. Pablo de la Torriente Brau propuso que se denominara «Antro Modelo» del machadato.

Teatro Alhambra (Consulado y Virtudes). Se dedicaba a presentar obras del llamado teatro bufo y revistas musicales, que solían dialogar con los hechos de la actualidad de la época. Era el referente del teatro popular. Su público era casi exclusivamente masculino.

Teatro Auditorium (hoy Teatro Auditorium Amadeo Roldán). Inaugurado en 1928 como la mejor sala de conciertos de La Habana. Era propiedad de la sociedad Pro Arte Musical.

Educación popular

Academia Carlos Marx. En Presidio Modelo, funcionaba a las seis de la mañana. Barceló, Torriente, Roa, entre otros, impartían clases de superación política marxista (1932-1933).

Academia Materialista. En Presidio Modelo funcionaba a las siete de la noche. Gabriel Barceló explicaba el libro *Materialismo histórico* de Nicolás Bujarin. Torriente Brau, Marinello y Roa ayudaban a Barceló en la traducción del libro al español desde el inglés (1932-1933).

Universidad Popular José Martí. (3 de noviembre de 1923-9 de julio de 1927). Surgió como un acuerdo del Primer Congreso de Estudiantes. Mella impartía clases y la organizó hasta noviembre de 1925. José Z. Tallet aparecía como su presidente y la inscribió en el Registro de Asociaciones. Jorge Vivó se desempeñaba como secretario hasta su clausura, como parte de la ola represiva machadista desencadenada con el proceso comunista. Martínez Villena y Roa fueron profesores.

Cronología de Raúl Roa (1907-1937)

1907

abril

- 18 Nació en la casa sita en Carlos III no. 205.

1915

diciembre

- 9 Llegó José Ingenieros a La Habana, en tránsito hacia Washington, donde asistiría al Congreso Médico Panamericano. Se alojó en el hotel Sevilla y visitó a Enrique José Varona.

1921

enero

- 6 Enoch Crowder, enviado especial del gobierno de los Estados Unidos, llegó a La Habana para asesorar al presidente Mario García-Menocal en el manejo de la crisis económica. Crowder vivía en el barco «Minnesota», surto en el puerto, y continuamente enviaba *memorandums* injerencistas al gobierno.

mayo

- 20 Alfredo Zayas juró la Presidencia de la República.

agosto

- 11 Se promulgó la ley que autorizaba a la Universidad de La Habana a conferir grados científicos.

septiembre

- 20 Eduardo Betancourt Agüero, vicepresidente de la Asociación de Alumnos de la Facultad de Derecho, participó como delegado cubano en el Congreso Internacional de Estudiantes, celebrado en México. El evento sesionó hasta el 8 de octubre.

Mella matriculó en la Universidad de La Habana.

noviembre

- 16-18 Mella participó con los estudiantes de su Facultad en las acciones de rebeldía para impedir la entrega de un Doctorado *Honoris Causa* a Enoch Crowder.

1922

diciembre

- 20 Se constituyó el Directorio de la Federación de Estudiantes de la Universidad de La Habana. Mella fue electo secretario general.

1923

enero

- 1º Estalló el movimiento de reforma universitaria liderado por Mella.

marzo

- 18 Rubén Martínez Villena encabezó la Protesta de los Trece contra la compra fraudulenta del convento de Santa Clara.

abril

- 1º Rubén Martínez Villena creó la Falange de Acción Cubana junto con los intelectuales participantes en la Protesta de los Trece y otros anti-zayistas.
- 1-7 Primer Congreso Nacional de Mujeres. Estudiantes, obreras y profesionales fueron delegadas.

octubre

- 25-25 Primer Congreso Nacional de Estudiantes. Se celebró en el Aula Magna de la Universidad de La Habana. 128 delegados con 33 ponencias. La enseñanza media (Institutos, Escuelas Normales y colegios privados), tuvieron delegados. Mella fue el principal organizador.

noviembre

- 3 Se inauguró la Universidad Popular José Martí. Estudiantes e intelectuales impartían clases a los obreros.

diciembre

- 20 Mella renunció a la presidencia del Directorio de la FEU.

1924

enero

- 21 Falleció V. I. Lenin.

abril

- 8 Mella creó la Federación Anticlerical de Cuba.

noviembre

- 1º Gerardo Machado electo presidente.

diciembre

- 14 Asamblea del Congreso Nacional Obrero en La Habana.
- 28 Machado anunció las primeras ideas del proyecto reeleccionista en una reunión con oficiales del ejército en el campamento de Columbia.

1925

febrero

- 19-19 Segundo Congreso Nacional Obrero. Se celebró en Cienfuegos.

marzo

- 13 El Congreso de los Estados Unidos ratificó el tratado Hay-Quesada por el que se reconoció la soberanía cubana sobre los Estados Unidos.
- 22 En la revista *El Figaro* apareció la «Romanza del mal estudiante», de Agustín Acosta,
(A los muchachos de la Falange de Acción Cubana)
Estoy enfermo de uniformidad!
¡Oh, mis días de hotel y de
Universidad! //
Los tranvías azules venían
del Vedado...
Y yo era un estudiante
desaplicado.//
Todo era monótono, igual,
y yo quería
un claustro alegre como una
pajarera.//
Me enfermé de retórica, de absurdo... y de derecho...
Y yo me preguntaba
a menudo: ¿qué has hecho //
imbécil? Los enormes laureles
y las flores
sabían más que los más
sabios profesores.//
No más paralelismos... Basta de geometría
de varas de medir para la poesía.//
Muchachos: rechazad los dómines ignaros
y dadme la oportunidad para abrazaros.
(*El Figaro*, 22 de marzo de 1925, p. 98).
- 18 Manifestación de empleados gubernamentales con el presidente Zayas y el general Machado al frente para agradecer a los Estados Unidos. Los estudiantes rompieron la manifestación gubernamental.

abril

Machado viajó a los Estados Unidos. Allí declaró que en su gobierno no habría huelgas que duraran más de veinticuatro horas.
Mella publicó el folleto *Cuba, un pueblo que jamás ha sido libre*.

junio

- 27 La Liga Antimperialista de Cuba se constituyó en un aula en el Instituto de La Habana. Mella, Fernández Sánchez, Martínez Villena, Tallet, Roig de Leuchsenring, Marinello, entre los fundadores.

agosto

- 7-7 Tercer Congreso Nacional Obrero en Camagüey. Se fundó la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOO).

- 8 José Ingenieros visitó —por breves horas— La Habana. Los estudiantes e intelectuales fueron sus anfitriones.
- 17-17 Primer Congreso de las Agrupaciones Comunistas de La Habana. Se fundó el Partido Comunista.
- septiembre
- Roa matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana.
- noviembre
- 26 Asistió al mitin en el Patio de los Laureles, donde Mella habló —por última vez— a los jóvenes universitarios.
- 27 Mella, otros miembros del Partido Comunista y dirigentes obreros, fueron encarcelados.
- diciembre
- 5 Mella se declaró en huelga de hambre, en protesta porque le negaban el derecho de fianza.
- 6 Se constituyó el Comité Pro Libertad de Mella, que presidió Leonardo Fernández Sánchez.
- 12 Rubén Martínez Villena le pidió a Machado la libertad de Mella en el patio de la casa de Jesús Barraqué, secretario de Justicia.
- 23 Mella puso fin a la huelga, cuando se le autorizó la fianza.

1926

- enero
- 18 Mella (bajo el nombre de Juan López) partió desde el puerto de Cienfuegos con destino a Honduras y de allí a México.
- marzo
- 5 La Facultad de Derecho propuso al Rector el otorgamiento del Doctorado Honoris Causa a Machado.
- abril
- Mella publicó «El Asno con Garras», en el que protestó por la proposición de distinguir a Machado con el Honoris Causa.
- mayo
- 31 Ceremonia del otorgamiento del Doctorado Honoris Causa a Machado.
- julio
- 20 Asesinato de Alfredo López, líder de la CNOC.
- agosto
- Mella publicó «El grito de los mártires», en homenaje a Alfredo López.

1927

- enero
- Roa firmó el manifiesto estudiantil «Atropella el monstruo a Nicaragua. Nuestra protesta»

- marzo
- 13 José Antonio Fernández de Castro fue nombrado jefe del «Suplemento Literario» del *Diario de la Marina*.
 - 15 Primer número de 1927. *Revista de Avance*.
 - 28-29 La Cámara de Representantes aprobó el Proyecto de Reforma Constitucional. Se abrió el camino a la Prórroga de Poderes.
 - 30 Roa participó en la manifestación estudiantil a la casa de Enrique José Varona contra la Prórroga de Poderes. La policía atacó a los estudiantes y atropelló al filósofo.
- abril
- Se constituyó el Directorio Estudiantil Universitario contra la Prórroga de Poderes (DEU).
 - Primer número de la revista antimperialista *América Libre*, dirigida por Rubén Martínez Villena. Roa era uno de los colaboradores.
- mayo
- 20 Festejos por las «bodas de plata» de la República.
- junio
- 14-14 Aprobación en el Senado del Proyecto de Reforma Constitucional.
- julio
- 9 Causa judicial 967 Proceso Comunista. Fue ordenado el encarcelamiento de Roa por ser profesor de la Universidad Popular (fue clausurada). Logró esconderse.
 - 27 El Congreso aprobó la reforma constitucional. Se anunció la visita de Calvin Coolidge para inaugurar la Sexta Conferencia Panamericana.
- agosto
- 15 Son excarcelados los incluidos en el Proceso Comunista.
 - 30 Apareció el artículo de Roa «Martí, poeta nuevo» en la *Revista de Avance*.
- septiembre
- 2 Roa publicó «Rubén Martínez Villena. Semblanza crítica» en el «Suplemento Literario» del *Diario de la Marina*. En él propuso un homenaje a Rubén, consistente en la edición de un libro con sus poemas.
- octubre
- 5-18 Polémica Mañach-Martínez Villena. Rubén decidió cancelar el proyecto de libro.
- noviembre
- 1º Asamblea Estudiantil. Después, Gabriel Barceló y un grupo de estudiantes destruyeron las pancartas publicitarias machadistas de las obras en construcción dentro de la Universidad. Machado ordenó la clausura del Centro. La policía y el ejército ocuparon las áreas.
 - 24 Se constituyó el Consejo de Disciplina Único para juzgar a los estudiantes.

- 27 Roa publicó «José Z. Tallet. Semblanza crítica», en el *Suplemento Literario* de *El Diario de la Marina*.
- 30 Primeras sentencias del Consejo: veinte estudiantes juzgados; dieciocho condenados y dos absueltos. Barceló, Chelala, Sánchez Arango, dirigentes del DEU, expulsados por diez años. Raúl Maestri, absuelto. Primer número de la revista vanguardista *Atuei*, dirigida por Enrique de la Osa y Francisco Masiques.

diciembre

- 2 Eduardo Chibás redactó y circuló un manifiesto de solidaridad con los estudiantes condenados.
- 21 Nueva sesión del Consejo Disciplinario. Chibás expulsado por cuatro años.
Apareció «Salutación fraterna al taller mecánico» de Regino Pedroso en *Atuei*.

1928

enero

- 16 Se inicia la Sexta Conferencia Panamericana en La Habana. Coolidge la inauguró en el Teatro Nacional (Prado y San Rafael).

mayo

- 1º Participó en el acto de conmemoración del día de los trabajadores celebrado en el Nuevo Frontón.
- 11 La Convención Constituyente aprobó la reforma constitucional. Machado quedaba reelegido.
- ? Concluyeron las sesiones del Consejo de Disciplina. En total fueron juzgados ciento trece estudiantes y noventa y uno fueron sancionados.

abril

- 10 Asamblea estudiantil. Boicot a las clases. El rector Averhoff dictó la expulsión inmediata de los organizadores. Entre los sancionados estaba Inés Segura, la única mujer juzgada.
- ? Primer número de *América Libre*, dirigida por Martínez Villena. Roa perteneció al grupo de colaboradores.

1929

enero

- 10 Asesinato de Mella en Ciudad México.

agosto

Roa publicó «Divagaciones sobre el poeta José Martí» en la revista *Orto* de Manzanillo.

octubre

Integró el grupo reorganizador del DEU.

- 31 Pronunció la conferencia «La actitud política y social de José Ingenieros» en la Asociación de Estudiantes de Derecho.

noviembre

- 27 Mitin en el teatro Auditórium en recuerdo de los ocho estudiantes de Medicina y de Mella.

1930

enero

Octavio Averhoff renunció. Había sido promovido a Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. Ricardo Martínez Prieto lo sustituyó como Rector interino.

febrero

- 10 El médico Clemente Inclán Costa fue electo Rector.
15 Apertura del Congreso Internacional de Universidades. Días antes, el Rector había anunciado que los estudiantes sancionados podrían reincorporarse si lo solicitaban. Dos manifiestos circularon en la inauguración del Congreso; uno, de los expulsados que rechazaban el ofrecimiento, y otro de los miembros de DEU solidario con ellos. Habló en un encuentro estudiantil con la delegación mexicana.

marzo

- 20 Huelga general obrera exitosa. Rubén Martínez Villena y los dirigentes de la CNOC organizaron un paro con la participación de más de 200 000 obreros. Machado ordenó el asesinato de Rubén.

abril

- 1° Roa acudió a despedir a Rubén al puerto, quien iba exilado, primero a Nueva York y después a la URSS, para intentar curarse la tuberculosis.

agosto

- 12 José Wong, obrero comunista, fue asesinado en el Castillo del Príncipe.
Rubén Martínez Villena llegó a la URSS. Participó en un congreso. Trabajaba, cuando podía, en la Internacional y se atendía en un sanatorio cuando empeoraba.
Clemente Inclán solicitó licencia por enfermedad. Martínez Prieto, de nuevo, Rector interino.
Apareció «Federico y yo» en la *Revista de La Habana*.

septiembre

- Fernando Ortiz y Domingo Méndez Capote propusieron un homenaje nacional (con repercusiones en América Latina), para festejar el cincuentenario del primer curso de filosofía de Varona. Pablo de la Torriente —como secretario de Ortiz— atendía los detalles en la comisión organizada. Roa estaba designado por el DEU para ser uno de los oradores.
Martínez Prieto pospuso el inicio del curso hasta noviembre.
30 Manifestación estudiantil en contra de la decisión rectoral. Por la mañana, se leyó en el Patio de los Laureles un manifiesto. Bajaron la

Escalinata. En el parque Eloy Alfaro fueron agredidos por la policía de Ainciart. Rafael Trejo fue herido de muerte; Pablo de la Torriente y el obrero Isidro Figueroa resultaron lesionados.

Renuncia definitiva del Rector Clemente Inclán, en desacuerdo con las acciones represivas de la dictadura.

octubre

- 2 La policía ocupó la Universidad.
- 3 Suspensión del homenaje a Varona.
- 23 «Manifiesto-programa al pueblo de Cuba» del DEU.
- ? Pablo de la Torriente publicó «Informe oficial estudiantil sobre los sucesos del 30 de septiembre de 1930» en *Alma Mater*. Eusebio (*Chacho*) Hidalgo, comenzó a organizar el Ejército Estudiantil Caribe.

noviembre

- 11-13 Se nombraron supervisores militares en las provincias. Arsenio Ortiz asumió ese cargo en Oriente.
Suspendidas las garantías constitucionales.
- 30 Manifiesto del DEU en el que pedía la liquidación del gobierno.

diciembre

- 15 Una parte del claustro profesoral se solidarizó con el DEU.
- 15 Machado clausuró la Universidad y cesanteó a treinta y dos profesores.
Roa partió exilado hacia Nueva York. Después viajó a Miami para retornar a La Habana.
- 20 Después de viajar en auto de Nueva York a Miami, llegó a La Habana por avión. Se instaló en la casa de José Manuel Valdés Rodríguez, en espera de un probable alzamiento.
- 24 Fracasó el proyecto insurreccional «Asalto a los Cuarteles».

1931

enero

- 3 Roa participó en la reunión del DEU en la casa de Rafael Suárez Solís. La policía los detuvo. Ese día se decidió la fundación del Ala Izquierda Estudiantil.
Preso, junto con Pablo de la Torriente Brau en el Castillo del Príncipe y en la cárcel de Nueva Gerona.
- 8 Manifestación de mujeres frente al Palacio Presidencial fue atacada por porristas prostitutas.

febrero

Primer número de *Cuba Libre*, publicación del DEU dirigida por Rafael García Bárcena.
Circula el «Manifiesto-Programa del Ala Izquierda Estudiantil».

abril

- 9 Roa y los demás estudiantes presos fueron liberados.

- 26 Pablo de la Torriente Brau inicia la publicación de la serie testimonial «105 días preso» en el periódico *El Mundo*. Concluye el 8 de mayo.
- mayo
- 12 El Tribunal Supremo de Justicia dictó sentencia de inconstitucionalidad sobre la Prórroga de Poderes.
- 14 Primer número de *Línea*, órgano del Ala Izquierda Estudiantil. Gabriel Barceló era el director.
- 21 Rafael García Bárcena inicia la publicación de «105 días huyendo» en el periódico *El Mundo*, que se extiende hasta el 4 de junio.
- junio
- 12 Pablo escribió a Rubén Martínez Villena:
[...]
Tu carta desde el Cáucaso me llegó estando en la cárcel, precisamente en días estupendos para leerla a los muchachos de la galera, casi todos del Directorio que —como te enterarás— han seguido una línea bien pobre. Tú y Julio Antonio [Mella] constantemente estaban allí como alfileres, llamando a la realidad a esos muchachos, culpables de tener conceptos viejos. No contesté tu carta entonces, porque, como te digo, eran días de polémica áspera entre el grupo de nosotros —Aureliano, Guillot, Pendás, Raúl y yo— y todo el Directorio. Aunque no completamente de lo que pasó allí, alguna idea te harás si lees la colección de artículos que te mando con Asela y que publiqué en *El Mundo*. Más adelante acaso entre Raúl y yo hagamos un libro y en él pondré detalles cinegrafiados de interés casi histórico. Lo primero que he hecho es el último capítulo. Se titula «La revolución de mierda» y Raúl ya tiene también el título de su epílogo: «La mierda de la revolución». Como ves, esto apesta que es una barbaridad [...].
«Pablo: con el fijo de la hoja». *La Gaceta de Cuba* [La Habana], año 35, no. 1, enero-febrero de 1997, pp. 2-6. La cita, en pp. 3-4.
- julio
- 1º Se prorrogó la clausura de la Universidad.
- 16 Publicó «Tiene la palabra el camarada máuser», un llamamiento a participar en las acciones revolucionarias, incluido en el segundo número de *Línea*.
- 12 Roa fue detenido por el experto Calvo en la casa del poeta José Z. Tallet junto con Pablo de la Torriente Brau.
- agosto
- 7 Fracaso del proyecto insurreccional de Unión Nacionalista. Se frustró la expedición de Río Verde. El general Francisco Peraza y Eusebio (*Chacho*) Hidalgo, fueron asesinados en Loma del Toro (Pinar del Río). Mendieta y García-Menocal fueron encarcelados por seis meses. Leonardo Fernández Sánchez inauguró el Club Mella en Nueva York.

- 9 Arturo del Pino se batió a tiros con el ejército hasta la muerte en una fábrica de medias, en Luyanó. Pino era admirado como un paradigma de la valentía personal.
- 12 Roa, Torriente Brau y otros estudiantes fueron trasladados de La Cabaña al Castillo del Príncipe, acusados de conspirar.
- 13 Alzamiento de La Gallinita en Oriente. Lo dirigió Antonio Guiteras.
- 20-20 Desembarco del yate «Ilse Vormauer» y toma de Gibara. Emilio Laurent lo encabezó.
- septiembre
- Se organizó el ABC.
- Número especial de *Línea* en conmemoración del 30 de septiembre.
- 30 En el Castillo del Príncipe Roa leyó «Rafael Trejo y el 30 de septiembre» en el acto de recordación.
- octubre
- Roa, Pablo y veintidós prisioneros más integraron el primer grupo de presos políticos trasladados al Presidio Modelo.
- noviembre
- 7 Cuarto número de *Línea*. Porfirio Pendás publicó «Glosando glosas», texto que inicia una polémica con Jorge Mañach.
- 18 Roa, enfermo en el Hospital Militar, escribió «Carta a Jorge Mañach», con la que se involucró en la polémica.
- diciembre
- 8 Los presos de La Gallinita fueron liberados.
- 21 Asesinato de Félix E. Alpízar, miembro del DEU.
- 30 Un grupo de presos comunes agredió a los presos políticos en el Castillo del Príncipe; las autoridades organizaron el acto criminal.
- 1932**
- enero
- 4 Un grupo de profesores universitarios presentó una acusación judicial por la agresión a los estudiantes en El Príncipe.
- abril
- 2 Enfermo en el Hospital Militar, pidió libros a Mañach.
- mayo
- 9 El capitán Miguel Calvo, jefe de los expertos, fue ajusticiado.
- 26 Mañach explicó, en una epístola a Lino Novás Calvo, que había decidido no contestar la carta-ensayo de Roa (de noviembre del año anterior).
- septiembre
- 27 Ajusticiado Clemente Vázquez Bello, presidente del Partido Liberal y senador machadista. En represalia, los porristas asesinaron a Ángel Aguiar, Gonzalo, Leopoldo y Guillermo Freyre de Andrade.
- noviembre
- 1° Franklin D. Roosevelt ganó las elecciones presidenciales en EE.UU.

- 9-10 Un ciclón provocó un ras de mar que destruyó Santa Cruz del Sur, en la provincia de Camagüey. Hubo más de tres mil muertos.

1933

abril

- 6 Carlos M. Fuertes Blandino fue asesinado por la delación del estudiante José Soler Lezama.

mayo

- 7 Benjamin Sumner Welles, enviado del presidente Franklin D. Roosevelt, llegó a La Habana.
19 Rubén Martínez Villena arribó clandestinamente por Santiago de Cuba.

agosto

- 5 Huelga en La Habana.
7 El ejército y la policía masacraron al pueblo, que se había lanzado a las calles porque se rumoraba que Machado había huido. Se calcularon más de veinte muertos y ciento setenta heridos.
Sumner Welles aceleró los preparativos para la salida de Machado.
11 El ejército, por órdenes de Sumner Welles, exigió la renuncia del sátrapa.
12 Gerardo Machado huyó con rumbo a Nassau. Roa, en unión de Manuel Guillot y Jorge Quintana, ocupó La Voz del Aire y denunció lo que pasaba. Después, presencié los incendios de las casas de los machadistas, el saqueo del Palacio Presidencial y los tiroteos en la persecución de los esbirros.
13 Carlos Manuel de Céspedes Quesada juró la Presidencia. Sumner Welles lo había escogido.

septiembre

- 2-3 Un ciclón azotó Las Villas. Céspedes Quesada viajó a esa provincia.
3 Juicio estudiantil al delator José Soler Lezama. Fue condenado a fusilamiento.
4-5 Un grupo de sargentos organizó un golpe de Estado en el campamento de Columbia. La dirigencia del DEU aportó las decisiones políticas. Se destituyó a Céspedes Quesada. Se constituyó una Pentarquía para gobernar.
Roa presencié los hechos desarrollados en Columbia.
9 El pentarca Sergio Carbó ascendió al sargento taquígrafo Fulgencio Batista a coronel, Jefe del ejército.
10 Se disolvió la Pentarquía. Ramón Grau San Martín juró la Presidencia. Antonio Guiteras Holmes fue nombrado secretario de Gobernación, Guerra y Marina.
19 Antonio Ainciart, ex jefe de la policía machadista en La Habana, se suicidó. El cadáver fue arrastrado hasta el frente de la Escalinata de la Universidad.

28-29 Se trasladaron las cenizas de Mella a La Habana. Manifestación desde el puerto hasta la sede de la Liga Antimperialista en la calle Reina, donde se organizó el velorio. Minutos antes del entierro se organizó la represión por órdenes de Batista. Juan Marinello salvó las cenizas de Mella y quedó encargado de su custodia hasta que las entregó al Gobierno Revolucionario (¿1961?).

Roa oyó hablar en público, por última vez, a Martínez Villena al este rendirle tributo a Mella.

octubre

2 Los ex oficiales del ejército machadista se concentraron en el Hotel Nacional, bajo el amparo de Sumner Welles. Guiteras, al frente del ejército, atacó el inmueble hasta la rendición.

6 Decreto presidencial de Grau San Martín que estableció la autonomía universitaria.

12 El ejército estudiantil Pro Ley y Justicia explicó sus funciones en el periódico *Ahora*.

14 Grau San Martín promulgó los «Estatutos para el gobierno provisional de Cuba», instrumento jurídico para validar los decretos-leyes. Se crearon los Tribunales de Sanciones para atender las denuncias de los crímenes cometidos por los machadistas.

27 En el periódico *Ahora* se publicó esta impactante carta de Ramiro Valdés Daussá a Sergio Carbó sobre la burla de la justicia:

Habana, octubre 26 de 1933

Señor Sergio Carbó

Presente

Amigo Carbó:

Leí tu artículo «Divisa de *La Semana*» en el último número. Llegó a mis manos cuando regresaba de las lomas de Pinar del Río, de buscar al confidente que causó el asesinato de mis hermanos.

El espíritu general de tus líneas me parece bien. Se advierte que tratas de incitar a todos a cumplir con el deber ineludible que tienes contraído con los que cayeron de imponer sanción a sus victimarios. Pero me siento aludido en tus líneas y ha sido la impresión dolorosa que me causó su lectura la que me obliga ahora a escribirte.

Supones que los «supervivientes», los que juraron venganza sobre las pobres tumbas, están demasiado entretenidos en las Secretarías pidiendo destinos y no se acuerdan de los muertos, preguntas «dónde están los cientos de nombres que debieron figurar en la causa de los Valdés Daussá» y te sorprendes de que no desfilen por el TRIBUNAL DE SANCIONES los hermanos de los sesenta estudiantes muertos durante la hecatombe.

Quizás te dignes decirme cuándo me has visto buscando empleos en las Secretarías o en el Palacio al que asiduamente me dicen que concurre, a

quien está encargado de exigir que se aplique justicia en el caso de los Valdés Daussá. Yo en cambio podría decirte si te interesara, muchas cosas de esa causa, cuya investigación dirijo personalmente. Te convencerías de que no pueden dormir tranquilos los asesinos porque los busco. Conocerías cómo el ejército protegió decididamente a Pepe el Chulo, el indigno confidente que fui a buscar en las lomas de San Juan y Martínez para luego los soldados retratarse con él y alardear con su captura. Y te enterarías de que Rubio Ruiloba, vigilante 763 que maltrató a uno de mis hermanitos cuando los detuvo, y que tuve la debilidad de poner hace tres meses a la disposición del Tribunal de Sanciones —acusado formalmente— está ya en libertad.

No sé cómo calificar si de ingenuas o de ligeras tus líneas del otro día. Tú no estás tan desligado del gobierno que desconozcas cómo están constituidos los Tribunales de Sanciones. Nosotros soñábamos con jurados revolucionarios que liquidaran rápidamente la jauría asesina del machadato y tú sabes —o debías saber— que no es eso lo que hay. Con viejos magistrados y códigos y procedimientos arcaicos, no se hará la justicia que ansiamos todos: véase si no cómo han sido puestos en libertad Ramón Fernández, Domingo Ávalos, etc.

Este es el motivo que no estén ante el Tribunal de Sanciones los cien hombres que debieran figurar en la causa de los Valdés Daussá, y tantos otros nombres que estarían en las causas de los demás caídos. Nadie tiene fe en el Tribunal de Sanciones; todos saben que no hay quien ha de castigar como merece a los Silva, Cabrera, Souto, y demás asesinos de nuestros hermanos y compañeros.

Pregunta al Directorio si quieres y allí te dirán que han resignado todas las comisiones para trabajar en «mi asunto»; después de haberme visto absorbido casi por completo en los asuntos «de todos» para ayudar a hacer el «Gobierno de los Cinco»; por lograr después que el gobierno de Grau que nació de él hiciera por cumplir el Programa Revolucionario que le encomendamos.

Ya el Presidente tiene en su poder el Memorándum del DEU y entre otras cosas exigimos en él la constitución de un verdadero Tribunal Revolucionario y su rápida actuación.

Veremos si se hace así, entretanto invito a todos los que conmigo sufren el dolor de pérdidas irreparables a manos del machadato, a que no hagan el menor caso de tu alocución y permanezcan sin aportar acusaciones ante el Tribunal de Sanciones actual. Así al menos quedarán libres los sicarios sin la protección de las autoridades y ¡que cada cual se haga su propia justicia!

Tuyo affmo.,

Ramiro Valdés Daussá

(*Ahora*, 27 de octubre de 1933, pp. 1, 8).

noviembre

- 8-9 Sublevación contrarrevolucionaria del ABC en La Habana. Guiteras, al frente del ejército, logró que se rindieran.

diciembre

- Sumner Welles regresó a los Estados Unidos. Jefferson Caffery asumió como embajador en Cuba.
- 19 Asamblea general de estudiantes en la Universidad de La Habana; se acordó la creación del Tribunal Depurador Estudiantil.
- 23 Publicó «Depuración estudiantil» en el periódico *Ahora* (p. 4).
- 25 Publicó «Hotel Nacional Universitario» en el periódico *Ahora* (p. 4). Circula el libro *Machado. Crímenes y horrores de un régimen*, de Carlos González Peraza, con amplia información sobre los asesinatos.

1934

enero

- 15 Batista ejecutó un segundo golpe de Estado que derrocó al gobierno de Grau San Martín.
- 16 Falleció Rubén Martínez Villena.
- 17 Carlos Mendieta Montefur juró la Presidencia por órdenes del embajador Caffery y de Batista.

mayo

- 29 Se firmó un nuevo Tratado Permanente con el gobierno de los Estados Unidos. La Enmienda Platt quedaba derogada.

agosto

- 24 Firma del nuevo Tratado de Reciprocidad Comercial entre Cuba y los Estados Unidos.
- 28 César García Pons publicó «Un libro de Raúl Roa» en el periódico *Ahora*. Se trataba de la noticia sobre la aparición del folleto *La jornada revolucionaria del 30 de septiembre*.
- 31 Asesinato de los estudiantes habaneros Rodolfo Rodríguez e Ivo Fernández Sánchez.

octubre

- 24 En el periódico *Ahora* se publicó «Programa de la organización Joven Cuba».

noviembre

- 16-24 «Tierra o sangre», de Pablo de la Torriente Brau, testimonio en defensa de los campesinos del Realengo 18, apareció en el periódico *Ahora*.
- 24 Roa escribió «27 de noviembre de 1871».

1935

enero

- 8 La Asamblea Universitaria se solidarizó con la huelga de los servicios sanitarios municipales.

- 10 Homenaje a Mella. Se constituyó el Comité de Huelga Universitaria y se acordó prorrogarla.
- 20 Primer número del periódico *La Palabra*, dirigido por Juan Marinello.
- febrero
- 21 Asamblea general estudiantil que aprobó los puntos propuestos por el Comité Universitario de Huelga:
Derogación del fuero militar. Cese de los supervisores militares. Libertad de los presos políticos. Supresión de los tribunales de urgencia. Solidaridad con las demandas de otros centros docentes. Restablecimiento de los principios democráticos inherentes a la libertad ciudadana. Dotación de una estación experimental a la Escuela de Ingenieros Agrónomos. Atención urgente a las necesidades de la escuela primaria.
- 25 Asamblea general estudiantil con representantes obreros solidarios y de los campesinos del Realengo 18.
- 26 En el Tribunal de Urgencia no. 1 (con sede en el hemiciclo del Senado en el Capitolio), se efectuó el juicio al Consejo de Dirección de la revista antimperialista *Masas*. Marinello, Valdés Rodríguez, Regino Pedroso, Joaquín Cardoso, Fernández Sánchez y Chelala Aguilera fueron condenados a seis meses de cárcel.
- marzo
- 1° El Consejo Universitario apoyó a los estudiantes.
- 2 Se inició la huelga del transporte por carretera.
- 6 El Comité de Huelga Universitario llamó a la huelga contra la dictadura. La Confederación de Profesionales se sumó.
En el Tribunal de Urgencia no. 2 de La Habana fueron juzgados los intelectuales responsables de la publicación *Mundo Infantil*. María Josefa Vidaurreta, Calixta Guiteras, Alberto Ruz, José Hurtado de Mendoza y Rosario Guillaume fueron condenados. Los colaboradores Roa, Torriente Brau, Mirta Aguirre y Rosa Hilda Zell recibieron aviso de que serían arrestados.
- 7 La policía ocupó la Universidad.
- 8 Los periódicos *Ahora*, *La Palabra*, *Acción*, fueron clausurados.
- 9-14 El teniente coronel José Eleuterio Pedraza asumió como gobernador militar de La Habana. Dictó bandos que prohibían el tránsito de vehículos y peatones y la reunión de más de dos personas. Se decretó el estado de guerra nacional. Ocho revolucionarios aparecieron asesinados. Batista elevó el salario de los miembros del ejército. Roa, Pablo y grupos de revolucionarios tuvieron que buscar las vías para exilarse.
La tirada de *Bufa subversiva* fue confiscada y destruida por la policía y el ejército; sólo se salvaron los ejemplares que Roa ya había repartido.

- abril
Roa llegó exilado a Nueva York.
- mayo
Se casó por poder con Ada Kourí, quien se le unió en Nueva York.
- junio
26 En una carta a Juan Antonio Rubio Padilla, Pablo afirmó que Roa planeaba escribir un libro sobre Guiteras:
«Raúl puede, si se le alienta, hacer este libro en tres o cuatro meses. Ha conseguido, según me dice, una documentación preciosa y él puede hacer un soberbio trabajo» (*Cartas cruzadas*, 1935, t. 1, p. 132).
- agosto
Se establecieron en Filadelfia, donde estaba Gustavo Aldereguía.
- septiembre
Organizó el mitin de homenaje a Rafael Trejo en Filadelfia; Pablo realizó otro en Nueva York.
- noviembre
Se mudaron a Tampa junto con Aldereguía.
- diciembre
8 Pacto de México. Alianza entre Joven Cuba y la Organización Auténtica, grupo militar del Partido Auténtico.

1936

- enero
Se trasladaron a Miami.
15 Terminó el ensayo «Una semilla en un surco de fuego», que serviría de prólogo a *La pupila insomne*, recopilación de los poemas de Rubén Martínez Villena.
16 Elecciones generales con la anuencia de más del treinta y ocho por ciento de los posibles votantes. Miguel Mariano Gómez fue electo presidente, y Federico Laredo Bru vicepresidente.
- abril
22 Pablo escribió «Hombres de la revolución», homenaje a Guiteras y Carlos Aponte con motivo del primer año de su muerte.
- junio
13 Pablo le dedicó a Roa «Álgebra y política» (carta-ensayo). También lo remitió a Ramiro Valdés Daussá.
- julio
9 Nació su hijo Raúl en La Habana.
¿25-27? Conferencia de Miami. Delegados de ORCA, Izquierda Revolucionaria, Partido Comunista, Partido Aprista, Partido Agrario Nacional. Joven Cuba, Partido Auténtico y Legión Revolucionaria, discutieron las opciones para constituir un frente único antibatistiano. Se valoró la alternativa insurreccional (no inmediata) y la de avances en un proceso

de regreso a la normalidad política. Acordaron la creación de un comité nacional (tres miembros por cada organización). Se alentó el regreso clandestino a Cuba. Roa y Aldereguía (a nombre de ORCA), estuvieron entre los organizadores.

agosto

Regresó a Cuba. Le escribió a Pablo el 9 de agosto:

«Ya sé que España es hoy el panorama y el imán; pero yo tengo algo en Cuba —palpitación oscura y levisima— que me impele violentamente al retorno. Siento la inquietud devoradora del hombre que ignora la prolongación amorosa de sí mismo» (*Cartas cruzadas*, 1936, p. 408).

Desde La Habana le reiteró el 14 de ¿septiembre?:

«Yo insisto en mi envidia. Pero, a la vez, estimo que tu presencia aquí es infinitamente más importante que en España. Estamos deshechos. No puedes imaginártelo. Ningún esfuerzo, por leve que fuera, deja de ser trascendente. Nosotros ya estamos trabajando en nuestro partido (*Ob. cit.*, p. 416).

diciembre

- 17 Batista se reunió con los oficiales del ejército en Guane (Pinar del Río), y acordaron destituir a Miguel Mariano, quien discrepaba de sus acciones dictatoriales.
- 19 Pablo murió en combate (Majadahonda, cercanías de Madrid, España).
- 24 El Senado (por miedo a ser disuelto si no ejecutaba la orden de Batista) se reunió en funciones de tribunal de justicia para destituir a Miguel Mariano. Laredo Bru juró como presidente.

1937

marzo

Fue uno de los fundadores del Partido de Izquierda Revolucionaria junto a José Z. Tallet y Ramiro Valdés Daussá.

diciembre

- 23 Se promulgó la amnistía para los delitos políticos y sociales.
- 26 Absueltos los sancionados por los tribunales de urgencia.

